

De Léon Greiff

Obra completa • Prosa
Volumen II, Tomo 1

Segunda edición



LEÓN DE GREIFF HÄUSLER; Medellín, 22 de julio de 1895. En su ciudad natal fundó, junto con un grupo de intelectuales, la revista *Panida*, que publicó veinte números. En Bogotá creó la revista *Los Nuevos*, junto con su hermano Otto y un grupo de escritores. Fue director de la *Revista de las Indias*, en sus primeros cinco números, y en 1940 formó parte de los intelectuales que le dieron vida a la Radio Nacional. En la década de los cincuenta hizo parte del comité patrocinador de la revista *Mito*. En la Universidad Nacional de Colombia ostentó el cargo de gerente del equipo de fútbol de la Institución y, con posterioridad, fue profesor de literatura en la Facultad de Ingeniería, y de música en el Conservatorio.

Sus seudónimos literarios son una muestra de la gran musicalidad de su obra: Guillaume de Lorges, Claudio Monteflavo, Diego de Estúñiga, Gaspar von Der Nacht, Gaspar de la Nuit, Sergio Stepansky, Beremundo el Lelo, Leo le Gris, Judas el Oscuro, Matías Aldecoa, Erik Fjorsson, Harald el Oscuro, entre otros.

“Porque me ven la barba y el pelo y la alta pipa /
dicen que soy poeta..., cuando no porque iluso /
suelo rimar –en verso de contorno difuso– / mi
viaje byroniano por las vegas del Zipa”.

(Tergiversaciones I).

León De Greiff

Obra completa

Prosa

Volumen II

Obras
Escogidas

Colección Obras Escogidas

Colección de la Rectoría
de la Universidad Nacional de Colombia

León De Greiff

Obra completa

Prosa

Volumen II

Tomo 1

Editor
Hjalmar de Greiff



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA
Rectoría

Bogotá, D. C., 2026

Obra completa. Prosa, León de Greiff

© Herederos de León de Greiff
© Herederos de Hjalmar de Greiff (recopilación)
© Alexis de Greiff (prólogo)
© Universidad Nacional de Colombia,
Vicerrectoría de Investigación,
Editorial Universidad Nacional de Colombia

ISBN obra completa PDF: 978-628-503-148-9
ISBN prosa volumen II, tomo 1 PDF:
978-628-503-153-3

DOI: 10.15446/edunal.573

Primera edición, 2026
Bogotá, D. C., Colombia

Universidad Nacional de Colombia

José Ismael Peña

Rector

Olga Janneth Gómez

Vicerrectora de Investigación

Editorial Universidad Nacional de Colombia

Juanita Villaveces

Directora

Juan Francisco Poveda

Jefe de la Oficina de Edición

Daniel Pajón Toro

Edición y corrección de texto

Martha Echeverry y Laura Argüello

Diseño de la colección

Editorial Universidad Nacional de Colombia
Avenida El Dorado, n.º 44A-40, Edificio
Hemeroteca, Bogotá
(57-1) 316 5000, ext. 20046
direditorial@unal.edu.co
portaldelibros.unal.edu.co

Agradecemos al profesor Alexis de Greiff por su apoyo y asesoría durante el proceso de edición de la versión digital de la *Obra completa*. Su acompañamiento permitió hacer correcciones y ajustes a la edición de 2018 sin alterar la obra de León de Greiff ni el trabajo de recopilación de Hjalmar de Greiff. De esta manera, se transmite de una generación a otra de la familia de Greiff la custodia de un legado literario de valor universal.

Esta obra está sujeta a la licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional.



CC BY-NC-ND 4.0

Universidad Nacional de Colombia, Sede
Medellín

Johanna Vásquez Velásquez
Vicerrectora de Sede

Arley David Zapata Zapata
Secretario de Sede

Luz Adriana Ruiz Marín
Jefe de la Sección de Publicaciones de la Sede

Hernán Alberto Leal Rodríguez
Diagramación

861.865

G73 Greiff, León de

Obra completa : prosa / León de Greiff ; editor, Hjalmar de Greiff ; [escritor de prólogo], Alexis de Greiff -- Primera edición. -- Bogotá, Colombia : Universidad Nacional de Colombia. Editorial, 2026.

1 recurso en línea. v. II, t. 1 (954 páginas) : fotografías. -- (Obras Escogidas)

ISBN 978-628-503-148-9 (obra completa) (PDF)

ISBN 978-628-503-153-3 (v. II) (t. 1) (PDF)

1. Greiff, León de, 1895-1976. 2. Prosa colombiana - Siglo XX.
3. Literatura colombiana - Siglo XX. 4. Prosa - Siglo XX.
- I. Greiff, Hjalmar de. II. Greiff, Alexis de. III. Título. IV. Serie

Catalogación en la publicación Universidad Nacional de Colombia. Sede Medellín



▲ *León de Greiff. Foto de Abdu Eljaiek. Archivo personal Hjalmar de Greiff.*

BAJO EL SIGNO DE LEO



BAJO EL SIGNO DE LEO

Programas transmitidos por la Radiodifusora Nacional
1953-1961

1953

I

Después de largo silencio, torna a aquesta querencia, si el último, uno de los más antiguos —y de los más añejados en todo sentido— colaboradores de la Radio Nacional.

Unas veces —colaborara en programas musicales, *ad-usum* de los menos enterados; en programillas poético-musúrgicos (POESÍA Y CANCIÓN) y, otras —las menos— en cierta cosa que se llamó EXTRAVAGANCIA Y CAPRICHIO, de hechos y dichos y escritos raros, o de mal conocidos u olvidados de resabios, o casi ignorados, y de singulares o extraños o meramente curiosos.

Pseudo-erudito (en apariencia), cuasi-humorista (a contrapelo) y siempre sin propósito didascálico (mal pedagogo) ni pretensión monitoria, con que se entretenía breve núcleo de gentes desprevenidas y a la caza de intrascendencias divertentes, antes que de lítica sabiduría doctrinal —de veras o de similor—.

Creo que esta reaparición vongreiffiana va a ser como que por esos mismos predios o aledaños...

BAJO EL SIGNO DE LEO. Nada de horóscopos. Menos mal debería llamársele —quizá— no bajo, sino desde el signo.. Y de Leo, sólo por vecindad, si aquéste mora bajo el de Cáncer (y, hasta donde se sabe, aún sin él). El mote del programilla tampoco es de Leo, sino de otro que también poetea: de un vate petro-célico. Leo poetea, ni lítico ni uránico (claro que menos todavía uranista). Poetea, si poetea con nulos ismos (¿cinismo?); ínsula, bastante barataria, helás!! (¡y no dándolo de barato!).

Desde el signo, entonces, o bajo el Signo de Leo, es tema de poco momento si de largos quince minutos. Y allí se tratará (y allí es aquí) de toda cosa y de ninguna o nicosá. De todo y nada y tal cual fantastiquería en el medio.

Mientras se inicia el ciclo o periplo en proyecto, —como hoy es apenas el preludio— voy a contar en qué me he entretenido, en qué me he demorado, o cómo he vegetado en tanto. Con algunas reservas, para ulteriores confidencias infidentes. Pero, —en general— he estado o sido dado a la soledad (en usufructo) y donado al silencio, y con sordina.

Soledad. Nada más, nada menos que mayor soledad. Cesación de mesteres absurdos... El ensueño vagando, divagando la mente a duerme-vela... ¡Oh soledad sin unidad y sin edad! ¡Oh ensueño si pequeño, zahareño! Magia de la cogitación pasmada o lela.

Nada más, nada menos ... ¡Oh cura de reposo! Son esas, flores céreas, las que labró el obrero ... Vagar y divagar y discurrir sin ruta y sin sendero y sin meta. (Eso sí: don artesano presuroso y minucioso.) ¡Oh peón del ingenio! No bardo a tantos cuantos —maravedís: renglones— para mecenas con taxi-metro! Vagar y divagar y discurrir... Tus libres cantos tásalos ningún Creso: ni a talento el milímetro...

Vagando el pensamiento a duerme-vela: ¡ninguna flor de trapo!, ni un madrigal de falsa pedrería verbosa, en dulce salsa de arrope con polvillos de canela! (Vagando el pensamiento en el tras-sueño surgieron Segismundo, Hamlet, Fausto, y entre la sola soledad silenciosa!) ¡Oh ensueño zahareño si pequeño! ¡Oh ardida soledad en holocausto! ¡Magia de la cogitación ebria u ociosa...!

Cierto que estaba a mi vera Deidamía —a ratos— y en otros otra cualquiera beldad, motivadora aquella de cánticos y estrofillas.

Y antes y mientras y después, he pergeñado micro-poemones de los largos y anchos, y cancioncillas de las ligeras, si lastradas de acerba pesadumbre.

Y he reído no poco de mí mismo y he reído algo más del pantontorio, del boborio y de mendacias y falacias y de Falacio y de Mendacio.

Pero, en particular, dado a mi silencio (con sordina) y donado a la soledad —a secas— no tan secas.

Mientras la soledad y el silencio y el ocio —sin paradoja— he perpetrado (sin de ello) buena copia —como cantidad de renglones de los llamados cortos—, que no son tales, como no sea de genio. Buena copia de versos. Yo, Beremundo.

Yo, Beremundo el Lelo, Beremundo el insólito, probé nunca de acólito, y erigí torres, derruí molinos —de viento aquestos, esas marfilosas— mas no habité mis torres, que viví en mi bicoca...

No salí de mí mismo sino a entrar en mí propio: quiero decir, que penetré en lo mío por donación del cuyo que era suyo —si para mí, para los dos, a trueque— trueque o trastrueque —del cuyo mío y de entrambos... ¿Trabalenguas? ¿Enigmas?—. ¡No que no! Paradigma del en mutuo donarse. Fuí mentecato insigne, crédulo en demasía muchas veces, y en otras, pocas, zorro por extremo: y siempre, siempre mentecato!

Olvidaba que fuí poeta por riesgo mío y cuenta: mas, por ventura, nada quedó escrito; como cantaba al oído de nadie toda mi poesía fue cosecha de Eolo, ¡botín del mar y despojo del fuego! Presumé de filósofo, si sólo saqué en claro que el resto vale menos si todo vale nada y que la vida importa lo que dura el instante ... Señor de Ocio —Inane Beremundo

BAJO EL SIGNO DE LEO — ¡Qué vá!

No nos veíamos, ni nos hablábamos —menos— Gaspar y yo desde los tiempos de Upa —cuyos pies beso si es dama— a quien conozco ni de oídas y que impórtame otro bledo, u otra higa —si es dama—. Pero suele decirse *Los tiempos de Upa*.

No me veía con Gaspar. Topamos hace poco el uno con el otro. Gaspar de la Noche, a quien aludo —o el de marras— porque hacía tanto de su desaparición, espetóme su enésimo RELATO, del cual memoro ciertos trancos.

Yo soy Gaspar (decíame) bufón de la reserva —califiqué servicios—. Poeta no doctor, que tolerancia me licencia. Bufón en ejercicios —no espirituales— y en ejercicio —de contrabando— ya intermitente. Cabalgo a Clavileño: ¿hay otro potro (yo no lo sé) de los que pastan hierba? Jamelgos tantos ví cuya arrogancia los incita a yantar ante manteles y a beber en cristales cuando el sicio: (que se abrevaban antes en la fuente si desembarazados del cabestro) Cabalgo a Clavileño: el tal Pegaso ya no es de paso, pero ni de trote: si mal montado se volvió de carga. ¡Pegaso!, abur! Cabalgo a Clavileño. Gaspar yo soy. Nunca fui Garcilaso; en jamás fui Quijote; yo soy Gaspar sin lanza en astillero, sin adarga (nueva ni antigua) Gaspar yo soy, fijodalgo y valvasor y sin galga (rodada) ni galgo corredor.

Por lo que se oirá más adelante, Gaspar tampoco nació bajo el Signo de Leo —¡ni más faltaba!—.

Porque añade Gaspar: Yo soy Gaspar (dále que dále). Ayer era Argonauta: desaforado viking. Yo soy Gaspar, bufón de la reserva. Y en mi Mester de Juglaría —que ya va largo—, nada tuve que ver con la caterva, ni con tribus y trincas y morralas: que discurrí, señero, tras de la sombra mía, sonriente a las veces, pocas otras amargo, si casi siempre taciturno. —Lejos del alborozo, del regocijo y de la algarabía mesnaderos—: taciturno si diurno, taciturno hacia el véspero, taciturno otra vez cuando nocturno, y en el amanecer...

¿Naciera bajo el signo de Saturno? ¡Qué lo voy a saber ...! Sábelo Aláh (no curo de sabello ni me importa ignorarlo). Como decíase Palamedes: *Muy más sabes por lo que atán bien ignorades, que menos ignorades por lo que mal sabes, Palamedes.* ¡Palamedes! ¡Ese sí que era un gallo!

Yo creo que basta por hoy de Gaspar y de Beremundo. Y de Leo. Y de Leo ... *ni hablar* como dice Maolillo Pendás el donostia. De Palamedes se hablará después. Y hasta la próxima se despide el de
BAJO EL SIGNO DE LEO.

Ver SOLACES DE PASIÓN Y PASCUA - RELATO QUINTO DE GASPAR y RELATO DE LOS OFICIOS Y MESTERES DE BEREMUNDO (en FÁRRAGO y VELERO PARADÓJICO - OBRA POÉTICA Volúmenes II y III). Hay dos manuscritos:

a) Después de largo silencio torna a aquesta querencia, si el último, uno de los más antiguos colaboradores de la Radio Nacional. Unas veces —las más— colaborara en informaciones musicales *ad-usum* de los menos enterados, otras, en una cosa que se llamó EXTRAVAGANCIA Y CAPRICHIO, de hechos y dichos y escritos raros

o mal conocidos o casi ignorados, y singulares o extraños o meramente curiosos.

Pseudo-erudito —en apariencia—, cuasi-humorista —a contrapelo— y siempre sin propósito didascálico ni pretensión monitoria.

Con que se entretenía breve núcleo de gente desprevenida y a la caza de intrascendencias divertentes antes que de sabiduría doctrinal.

Creo que esta reaparición von-greiffiana va a ser por esos mismos predios.

BAJO EL SIGNO DE LEO. Menos mal debería llamársele —quizá— no bajo sino desde el signo y de Leo, sólo por vecindad, si aquéste está bajo el de Cáncer (y, hasta donde se sabe, aún sin él). El nombre del programilla tampoco es de Leo, sino de otro que también poetea: de un vate petro-célico. Leo poetea, no lítico ni uránico —menos todavía uranista—, poetea, si poetea con nulos ismos, sin istmos ni cinismos: Insula, bastante barataria, hélas! (y dándolo de barato!).

Desde el signo, entonces y bajo el signo de Leo, es tema de poco momento si de quince minutos largos y allí se tratará —allí es aquí— de toda cosa y de ninguna o nicososa, de todo y nada y tal cual fantastiquería en el medio.

Mientras se inicia el ciclo o periplo en proyecto, como hoy es apenas el preludio, voy a contar en qué me he entretenido, en qué me he demorado o cómo he vegetado en tanto. —Con algunas reservas, para ulteriores infidencias. Pero en general, dado a la soledad —en usufructo— y donado al silencio y con sordina.

Cierto que estaba a mi vera Deidamía —a ratos— y en otros otra cualquiera beldad, motivadora aquélla de cánticos y poemillas.

Y antes y mientras y después, he pergeñado micro-poemas de los largos y anchos y cancioncillas de las breves si lastradas de acerba pesadumbre.

Y me hé reído un poco de mi mismo y he reído algo más del pantontorio, del boborio —a secas— y de mendacias y falacias y de don Falacio y don Mendacio.

Pero, en particular, dado a mi silencio —con sordina— y donado a la soledad —a secas—. No tan secas.

Mientras la soledad y el silencio y el ocio —sin paradoja— he perpetrado buena copia (como cantidad) de renglones de los llamados cortos, que no son tales.

Buena copia de versos, si no copia de ajenos. Yo Beremundo. Yo Beremundo el Lelo (un espacio en blanco) Señor del ocio. Inane Beremundo.

No nos veíamos, ni nos hablábamos —menos— Gaspar y yo, desde los tiempos de Upa —cuyos pìes beso— a quien conozco ni de oídos y que impórtame otro bledo. Pero suele decirse *los tiempos de Upa*.

No me veía con Gaspar. Topamos hace poco, el uno con el otro. Gaspar de la Noche a quien aludo —o el de marras— porque hacía tanto de su desaparición, espetóme su enésimo Relato, del cual memoro ciertos trancos:

Yo soy Gaspar (decíame) bufón de la reserva
—califiqué servicios—.

Poeta no doctor, que tolerancia
me licencia. Bufón en ejercicios
—no espirituales— y en ejercicios —de contrabando— ya intermitente.

Cabalgo a Clavileño: ¿hay otro potro
(yo no lo sé) de los que pastan hierba?
Jamelgos tantos ví cuya arrogancia
los incitó a yantar ante manteles
y a beber en cristales cuando el sicio:
que se abrevaban antes en la fuente
si desembarazados del cabestro...)

Cabalgo a Clavileño: el tal Pegaso
ya no es de paso, pero ni de trote:
de mal montado se volvió de carga.
Pegaso, abur! Cabalgo a Clavileño.
Gaspar yo soy. Nunca fuí Garciilaso;
en jamás fuí Quijote:
yo soy Gaspar sin lanza en astillero, sin adarga
(nueva ni antigua).
Gaspar yo soy, fijodalgo y valvasor
y sin galga (rodada) ni galgo corredor.

Por lo que se oirá más adelante, Gaspar tampoco nació bajo el signo
de Leo —ni más faltaba!—. Porque dice Gaspar:

Yo soy Gaspar. Ayer era Argonauta:
desaforado viking.
Yo soy Gaspar, bufón de la reserva.
Y en mi *mester de juglaría*
—que ya va largo—
nada tuve que ver con la caterva,
ni con tribus y trincas y morrallas:
que discurrí, señero, tras de la sombra mía,
sonriente a las veces, pocas otras amargo,
si casi siempre taciturno
—lejos del alborozo, del regocijo y de la algarabía
mesnaderos—: taciturno si diurno,

taciturno hacia el vérpero, taciturno otra vez cuando nocturno
y hacia el amanecer...

¿Naciera bajo el signo de Saturno?

¡Qué lo voy a saber...!

¡Sábelo Alah! (No curo de sabello

ni me importa ignorallo).

Como decía Palamedes:

muy más sabes por lo que atán bien ignorades

que menos ignorades por lo que mal sabes,

Palamedes!

Palamedes! Ese sí que era un gallo!

Yo creo que basta por hoy de Gaspar y de Beremundo - y de Leo.

Y de Leo *ni hablar* como dice Pendás el donostia.

Hasta la próxima se despide el de BAJO EL SIGNO DE LEO

27 VIII 1953

b) Después de largo silencio, torna a aquésta querencia, si el último, uno de los más antiguos —y de los más añejados en todo sentido— colaboradores de la Radio Nacional.

Unas veces —las más— colaborára en programas musicales, *ad-usum* de los menos entendidos; en programillas poético-musúrgicos (POESÍA Y CANCIÓN) y, otras, —las menos— en cierta cosa que se llamó EXTRAVAGANCIA Y CAPRICHOS, de hechos y dichos y escritos raros, o mal conocidos u olvidados de resabidos, o casi ignorados, y de singulares o extraños o meramente curiosos. Pseudo-erudito (en apariencia), cuasi-humorista (a contrapelo) y siempre sin propósito didascálico (mal pedagogo) ni pretensión monitoria. Con que se entretenía breve núcleo de gentes desprevenidas y a la

caza de intrascendencias divertentes, antes que de lítica sabiduría doctrinal —de veras o de similor—.

Creo que esta reaparición vongreiffiana va a ser como que por esos mismos predios o aledaños.

BAJO EL SIGNO DE LEO. Nada de horóscopos. Menos mal debería llamársele —quizá— no bajo, sino desde el Signo. Y de Leo, sólo por vecindad, si aquéste mora bajo el de Cáncer (y, hasta donde se sabe, aún sin él). El mote del programilla tampoco es de Leo, sino de otro que también poetea: de un vate petro-célico. Leo poetea, ni lítico ni uránico (claro que menos todavía uranista). Poetea, si poetea con nulos ismos, sin istmos (ni cinismos?): ínsula, bastante barataria, helás! (y no dándolo de barato!).

Desde el Signo, entonces, o bajo el Signo de Leo, es tema de poco momento si de largos quince minutos. Y allí se tratará (y allí es aquí) de toda cosa y de ninguna o nicosá. De todo y nada y tal cual fantástiquería en el medio.

Mientras se inicia el ciclo o periplo en proyecto, —como hoy es apenas el

23 VIII 1953 (manuscrito incompleto)

II

Si no hay nada nuevo bajo el Sol —como iteran desde hace tanto—. Si no ocurre nada nuevo bajo el Sol, ni nada nuevo ocurre sobre el suelo —hasta donde yo sepa—, no es de esperarse que bajo el malhadado signo de Leo cosa notoria acaezca. Y el que acontezca tanto de lo mismo o el que suceda cuánto de lo propio, cabe —holgadamente— dentro de la lógica. Con lo cual tampoco nada se clarifica ni mucho, ni se explica

nicosa que lo valga, ni se descubre incógnita alguna, pero ni siquiera hácese exégesis nea de los más resobados y resabidos lugares comunes.

Y si no ocurre nada nuevo ni antiguo —que a Leo conste— será entonces soltarle bridas al bridón fantasioso, soltarle riendas al mal arrendado matalón y darle sueltas al desalumbrado y peor humorado espíritu, a que otée y atalaye e investigue, y se recree y hasta crée y críe algo de sí, como bien creado y buen criado (si agora mal nutrido y si abrevado a la breve).

Suéltale bridas al bridón, pésimo —tú— rocinante raciocinante, bueno ni para Cónsul de Calígula. Suéltale bridas, a que él te suelte coces. Suéltale riendas, a que él te las rinda y torne en tarascadas. Y dále sueltas al espíritu... Con aquéste no te irá tan mal, que es anodino e imbele, tras de lelo, huero y aberenjenalado.

Duermen ahora todos los sueños: Lázaros resepultos. Todos los sueños se fueron... —resonaba un NOCTURNO de Chopin (entre toses). Se fueron todos los sueños como si fueran el sueño único... Y quizá no serían sino sueñecillos de pipiripao...

Lo que no le aconteció a Apolodoro, ya no le va a suceder a nadie. Hablo de Apolodoro el insigne escoliasta y sofista macedonio, de muy sonada

reputación hace dos mil y sesenta años —lustro más, lustro menos— y ogaño, desde ha poco, con nosotros.

Apolodoro el Macedón —favor de no confundirle con Apolodoro de Sicilia, ni con Apolodoro Mallecho ni con Apolodoro el Faraute (uno de los traídos y llevados Otros-Yoes de Marras y de un cierto quídam muy desaprensivo tras de enófilo). Apolodoro el Macedón, arquilóquida emérito, doctísimo virtuoso del parágrafo, precursor del poégrafo, redundante polígrafo (in-mente), devotísimo hagiógrafo y excelente chalmúgrafo —ya que fue el primero y por muchos siglos el único en tratar y curar la malatía o elefantiasis con aquello que nombróse no tan elípticamente—, Apolodoro el Macedón no estuvo nunca quieto y en su sitio sino que anduvo siempre de la Ceca a la Meca y a la Taqui; ni anduvo nunca mudo y callado sino que estuvo siempre en función oratoria, parlanchín de espita suelta, como ya se decía; ni jamás lo fue ni se hizo el sordo, aunque no compusiera ni una mala sonsonata ni una peor bisinfonía; ni estuvo manco ni cojo (lepantino ni de Missolonghi) cervantesco ni byroniano; ni tampoco se metió Palemón, ya que ninguna Eloísa hiciérale abelardizar —malgrado de entrambos, como en el caso histórico—.

Apolodoro el Macedonio, el ilustre escoliasta, el monumento de pansofía y panerudición; Apolodoro el Macedón no escribió en jamás de ellos ni una sola interlínea: no le quedaba tiempo, nunca le sobró un minuto, pues no dejó de hablar jamás. Si tenía alguien que le escuchara. Si careciese de quien le oyera.

Cuando estaba solo pensaba hablando y cuando dormía (o dormitaba homérico) le seguía funcionando el aparato pensatorio subconsciente y la maquinilla parlante. Precursor entonces también del gramófono sin púa, cilindro, disco o cinta y sin la cometa de la Voz del Amo. No escribió Apolodoro ni el más breve de los micro-poemas beremundianos, mayores que Poemillas mahabaráticos o quier siquier ramayanescos.

Lo que no le aconteció a Apolodoro —agora entre nosotros, resurrecto— ya no le va a pasar a nadie.

A Apolodoro el Macedón y el más hedonista de los macedones u otros. Y cuando su Aventura tras del leontófono, a la caza del leontófono de que habló Plinio.

Del leontófono. Hace ya como un lustro y quinto, decíame algotro orate y como que se refería a aqueste: Yo creo, amigo, que te hace falta ya un leontófono, para que te cures definitiva, radicalmente de la leontíasis ósea. El leontófono es cierto animalillo —según los Diccionarios y al decir de Plinio—, es cierto animalillo que causa la muerte al León que come de su carne. Es pequeñuelo el leontófono y vive en las mismas regiones habitadas por el Rey de los Animales... Vivirá entonces por las nubes! díjole aquéste a esótro.

Y oiga, amigo: cambio mi plato de cháncharos o chachafrutos, mi fuente de espinacas, por un pernil de leontofono. Trueco la *chanfaina* descrita por el *Didáscalus Lupulentus* (de Linneo), trueco mis duelos y quebrantos y no sólo sabatinos, por una suficiente porción de leontófono, garantizada letal!

Doy de adehala 777 cuadernillos de poemas inéditos, mis centésimas de veinteava y veinticuatrava de acciones en las Minas del Vikingo y en las del Rey Salomón! Y la de Saba me perdone...

O me quedo con la leontíasis osea... o sea con el cráneo patológicamente espesado, duro y de consistencia ebúrnea (de que leí en novela policiaca de Lorac) ¿Esa será la leontíasis Osea?

Desde ese dialoguillo y hasta hace siete meses no se volvió a tratar de la leontíasis ósea ni del leontófono —panacea asaz prepenicilínea—. Hasta hace siete meses, cuando le dió a Apolodoro, el macedón y más hedonista, por sacar de penas al homónimo del Rey de los Animales —y colega suyo—. Con lo que inició su Aventura. Su viaje en pos del leontófono de Plinio.

Y anda en ello. Ya empiezan a llegarme noticias de su periplo. Y ya llegaremos a referimos a ellas. Llegaremos —digo— su intérprete y yo. Porque escribe ahora Apolodoro —es decir, dicta— en el más abstruso de los guirigayes y en el más arcano de los galimatías. Ya llegaremos a las noticias de Apolodoro.

La última vez que le ví —poco antes de su viaje— venía penseroso, que puede valer por cogitabundo, embebecido y quizá embolismado, por las rúas. Y si no encallecida la mollera, las plantas sí —en plural— con desarmonías notorias locomotivas, de ritmo sincopado: dáctilo a babor, a estribor pirriquo —como si fuera cojo de las dos— y pausas intempestivas, si breves.

Venía penseroso, los ojos zarcos aún, puestos en lejanías gríseas, y las mientes por los de Úbeda (cerros de mucho recurso); la valijilla de los papelotes —encinta de micro poemones—, soto el ala; soto

el naso la cerbatanilla de carey surtidora de humo cinéreo, cinéreo no obstante la rubiedad del combusto tabaco y la albura envolvente. Un poco excedido de barbas. Los oídos captando músicas irreales, sordos al evidente ambiente ruido. Los ojos zarcos puestos en lueños mirajes embaidores.

Venía penseroso Apolodoro; penseroso, que puede valer por cogitabundo o divagante o soñador insomne, resonámbulo: urdiendo naderías, edificando hialinas torres, babélicas un poco —de confusas— maguer la transparencia de su osatura; monumento de ocio lauto; fábricas de ficción sin consistencia: naderías, Baruch. Otra vez, de la cerbatanilla surtidora, pero ya proveniente del magín o caletre, humo cinéreo.

Tal venía Apolodoro el Macedón. La última vez que le vi. Cuando ya —quizá— planeaba su periplo y en pos del leontófono liberador del rey de los animales. En este caso del no nada feliz *Félix-Leo-Nectarius* (de Buffon).

Como el que aquesto lee es escriptor subconsciente e hiperfantasista, se le van del magín las ideas (que llaman) y naufraga —tras de zozobrar— en lagunas definitivamente estigias si las hay, o que ya las hubo... Por modo que el que aquesto escuche —ya benévolo— duplicará su benevolencia y pacientará no poco.

Puede que —al fin— algo se saque por consecuencia —colaborando—: tendiendo puentes de barcas sobre las paludes, y mojando el Caos... BAJO EL SIGNO DE LEO, dejando a Apolodoro por unas fechas —sancionado— y en la nao Hiperetusa, rumbo a la costa más próxima de Africa, de cuya costa internaráse, con el Sahara como meta...; el de BAJO EL SIGNO DE LEO —en tanto— volverá por su nombre y ya —quizá— en forma ordenada y lógica tratará —talvez— temas de su competencia y dilección, como son, a saber: Gorja. Risa. Extravagancia. Sarcasmo. Insolitez. Musurgia. Fábula y Poesía.

Y Poesía?... Si Poesía es áspero agobio de por vida, razón de ser, lacra imborrable lacerante. Estigma, baldón y malatía peorativos. Gafedad, manquedad, tacha y reproche permanentes. Apostolado tonto. Inaptitud e ineptitud consagradas. Inri. Irrisión. Lucro cesante incesante y daño submergente. Oprobio. Agobio una vez más.

Y si el poeta lleva flor de lis en el hombro. Yerro en la espalda. Lucero en la frente. Tirso y cascabeles de bufón. Cetro de caña de Rey de Burlas. Y naso ciranESCO...

Cómo no divertirse en veces el poeta, y como no darle diversión a la Poesía?

Esto no me lo decía Hilarión el Melancólico y Catedrático, profesor de Retórica manida, ni me lo dictaba alguno de mis Cacodaimones en trance didascálico. Nada de ello. Esto lo dice BAJO EL SIGNO DE LEO, Heráclito llorante, para que ría Demócrito a carcajadas. O viceversa. Hasta aquí...

3 IX 1953

Ver POEMILLA DE BOGISLAO (en *VELERO PARADÓJICO* - OBRA POÉTICA, Volumen III).

Hay el siguiente manuscrito —incompleto—: Si no ocurre nada nuevo bajo el sol —como iteran desde hace ya tanto— ni nada nuevo ocurre sobre el suelo, es de esperarse que bajo el signo de Leo no cosa acaezca y que acontezca de lo mismo y que suceda de lo propio.

Con lo cual tampoco se aclara mucho ni se explica cosa que lo valga. Y si no ocurre nada nuevo ni antiguo, será soltarle bridas al bridón, riendas al amendado y darle sueltas al mal humorado espíritu a que otée e investigue, se recrée y crée algo de sí, como buen criado (si mal nutrido y abrevado a la breve).

Lo que no le acaeció a Apolodoro ya no le va a suceder a nadie. Hablo de Apolodoro insigne escoliasta macedón, de muy sonada reputación hace dos mil y sesenta años, —lustro más lustro menos— Apolodoro el macedón —favor de no confundirlo con con Apolodoro de Sicilia, con Apolodoro Mallecho ni con Apolodoro (uno de los otros yóes de marras y de un cierto quídam muy desaprensivo tras de enófilo)—. Apolodoro el macedón arquilóquida emeritísimo, doctísimo hagiógrafo, redundante polígrafo, virtuoso del parágrafo, precursor del telégrafo y excelente chalmugrafo, ya que fué el primero en curar la malatía o elefantiasis con aquello que nombróse

elípticamente. Apolodoro el macedón no estuvo nunca quieto y en su sitio.

3 IX 1953

III

En los primerísimos lustros, yo fui —velay!— poeta de los malos —no habiéndolos peores—. Poeta de los malos, si alguna vez los hubo buenos —que no lo creo—: ya que poeta —etimológicamente no (o no lo sé) pero si de acuerdo con la lógica, la nilógica y la silogística, no puede significar nada bueno ni menos nada de provecho, pero ni siquiera nada no malo, aunque si anómalo. Etimológicamente quizá no... Y, ahora que lo recuerdo, etimológicamente también...: porque POETA, en el idioma de los primitivos cuscas, viene de PO, que significa inútil y de ETA o ETON, que quiere decir: lo que se presta a la risa (una especie de gas hilarante, porque, además, la suscita). Poeta, entonces, es lo risible sin substancia o con una substancia sin mayor consecuencia y sin mayor o menor operancia, prestancia ni beligerancia...

Poetas llamaban los cuscas de la primera dinastía a una suerte de espetadores o dulcamaras o Autólicos de naderías, los cuales dulcamaras o espetadores actuaban por las plazas y zocos y bazares, para diversión de los papanatas o papamoscas o páparos en ejercicio de su vagancia o sinocupacion. Papanatas o papavientos o papamoscas son voces que suelen

valer para aplicarlas a los lectores o audientes de los poetas tales por cuales y olé con todos. Páparos son algo de los mismos y paparrasollas —a éstos no aludí— son espantajos o cocos si no trasgos o duendes.

El primer poeta habido fue el segundo orador de que sépase. El primer orador fue el protopaparrasolla papamoscas, narciso de sí propio, id est, la perfección, nata, espuma, flor y cogollo del género.

No se conserva su nombre, que así es la ingratitud. Llamémosles Yoego de Mimío a vate y orador —orates ambos—. Y esto no tiene nada que ver con lo que sigue.

Casi ni yo mismo lo conozco personalmente. Alguna vez, sólo, topé con él —solo él además— y apenas si nos vimos y nos distrajimos mutuamente de nuestros ningunos quehaceres, por muy corto rato. Y no topé con él en ningún Café —donde difícilmente consíguese la soledad de menos de tres, sino en un parque. Y hablamos el mi desconocido y yo (su desconocido) de otras cosas y no de las nuestras; ni de sus poesías, que después me diera para que las leyese, ni de las mías, que no interesaban por el momento, no por ya conocerlas él, sino porque convenía para su salud el que las siguiera ignorando. Echenique no tenía por qué saber de mis veleidades

poéticas, pues yo me le presenté en mi calidad de simple paseante ocioso, y magüer mis trazas —o quizá por ellas— no sospechó que yo fuese poeta en ejercicio. Quizá pensó tan sólo que fuéralo ya en receso y en desuso o bien retirado de semejantes inactividades, o por edad o por cansancio o por hastío o por remordimiento. Esto último sin incurrir en palinodia.

El me dijo. Vea, señor: yo estoy recién llegado de mi pueblo y no conozco a nadie del Altiplano. Ayer me lo mostró a Usted un paisano mío. Usted estaba, señor, en un Café con varios sujetos, y mi paisano me dijo que ellos eran unos intelectuales (y se les notaba por el plantaje) y que Usted era muy amigo de ellos porque le gustan mucho los versos... Y yo también soy poeta, señor. Vea: aquí tengo un cuademito de versos. Yo me llamo Ildefonso Echenique...

Mucho gusto de conocerlo, joven Echenique... Yo me llamo Matías Aldecoa.

Aldecoa? pero qué apellido tan raro...

Allá se las vá y se las vé con Echenique, joven. Aldecoa significa el de al lado. Lo que por acá,

bárbaramente, dicen el de junto... Echenique también parece ser Vasco... No?

Pues yo qué voy a saber. Por allá en Güíntar —de donde soy yo— hay mucho Echenique. De apellido Vasco si no conozco a nadie en la región. Talvez en Santa Fe de Antioquia o en la Villa... Yo no estuve en la Villa sino una mera semana, de paso para Bogotá. Yo vengo a conseguir trabajo en algún periódico. Con mis versos...

Vea joven Echenique: con los versos no levanta ni tribuna. Centavos... Centavillos... Maravedises... Por qué no se dedica a otra cosa... Usted qué sabe hacer? A qué se dedicaba en Güíntar?

Pues yo trabajaba en una tierrita que tiene mi taita por allá cerca a Obregón, en las orillas del Cauca. Pero es que por allá no da sino fríos y fiebre y pereza... Ultimamente yo no hacía sino aburrirme... y versos, y el viejo se embejucó (sic). Y yo me le embejuqué (sic) al viejo y me largué con los mil pesos de mi hijuela. Ya no me quedan sino setecientos cincuenta, con lo del viaje y una muda que merqué en la Villa. Yo me quiero dedicar a la literatura.

Muy buen porvenir, joven Echenique. Yo de ser Usted me volvía para Obregón o para Güíntar que debe ser menos caluroso. Con la plata que le queda, compra cuatro o cinco vacas (flacas)... (Como el diálogo ya data..., por ese tiempo, hace sus veinte años— se compraban las cinco vacas (flacas) con ese dinero). Compra cuatro o cinco vacas... Y en último caso se bebe la leche que no cambie por víveres en el sitio. Y siga haciendo sus versos por allá. Si quiere me deja el cuaderno. Leeré sus versos y los haré conocer de esos literatos que usted cree mis amigos. Si a ellos les gustan, no creo que tengan inconveniente en lograr su publicación y el que le den algo por ellos en los periódicos. No será tanto. Déjeme su cuaderno.

Bueno señor. Es decir: sí le presto el cuaderno, pero lo que es volverme para Obregón o para Anzá o para Güíntar... Eso si es cosa suya.

Ildefonso Echenique me prestó el cuaderno. Y yo lo leí y no le publicaron ninguno mis amigos. Y yo no volví a ver al joven Echenique. La entrevista fue seis meses antes del día en que recibí un telegrama suyo y desde su pueblo en el que me reclama sus versos. Se los mandé. Copié alguno de los que me interesaron. Y a ellos pensé referirme alguna vez que pretendí hacer crítica. Pero...

Todavía menos que poeta retirado soy crítico siquiera en cierne. Pero me interesaron los versos de Ildefonso, aunque tienen mucho aire de familia con los que privaban por entonces.

No tiene mayores resabios retóricos, lo que, para el caso, es benéfico. Pero hay en ellos cierto dominio intuitivo, instintivo, tal vez, en el manejo de las ideas, tropos y metáforas. También tiene el sentido de la armonía. A esos versos pensé referirme y así lo hice —pero nada de ello se escribió. Fueron apenas comentarios de Café.

Nunca tuve tiempo de hacer otra cosa. Además hube de dedicarme a la traducción de EL VIAJE MARAVILLOSO DE LA NAO ARETUSA, del autor de los CUENTOS DEL TIEMPO NUNCA. Traducción que aún no he logrado terminar por seguirle los pasos a Beremundo el Lelo y corregir las pruebas de sus dislates y fantastiquerías.

Estos son unos versos de Ildefonso Echenique:

Y este es el Cuento de nada se sabe si nada se ignora,
de todo se ignora si todo se sabe.

Como cuando el reloj marca la hora,
como cuando la canta el reloj-ave,
como el rocío aljofarando llora
y en el alba, a que el sol lágrimas lave

y a que el viento en sus cláusulas las grabe
—clepsidra-arena instantes se devora—;
y así como doblones atesora,
para nada, el rapaz, como el ignave
maravedises tira... Nada, todo se ignora,
todo, nada se sabe.

Y este es el Cuento que se dice nunca
y este es el Cuento que jamás se calla.
Sumido en la espelunca
y en la gehena, preso entre qué malla,
la alma jamás adunca.

10 IX 1953

Ver Aqueste es el cuento de nada se sabe si nada se ignora (en POESÍA NO INCLUIDA EN FÁRRAGO - OBRA POÉTICA Volumen II).

IV

Se parlaba la vez anterior de escribir en prosa adocenada, de la que priva por fluyente, cursiva, impersonal, anodina, corriente, moliente y emoliente a que todo lector o audiente della la toma como prosa propia... Todello aún en verso libérrimo si en prosa adocenada... o en prosa de taracea...

No ve, don Atilano...! Esa si es prosa llana! Así escribe cualquier académico de la legua y todo dios y cada quizque! —intervino Zutanejo—.

(Es, don Atilano, pariente prójimo de Pandemos, tío —aqueste— de Zutanejo y del inefable La Palice, y sobrino carnal —por línea materna— de Pero, el tan mentado señor de Grullo).

No se confunda al óptimo de don Atilano con su tocayo el primogénito de Atila y su antítesis (del Huno). Nosotros no sabemos por qué le impusieron el nombre de Atilano al chico número uno del Huno Atila. Sin duda —presúmese— el subconsciente de la su cónyuge de aqueste dio con aquése alcuño protestante... ¡Atila no! decíale a ella —tácito— el subconsciente. No era, de juro, Atila el Huno, muy agradable sujeto en su vida privada.

A estas horas, en este sitio —donde escríbese— es cuasi imposible coordinar, coordinar siquiera, y ni siquiera nesciencias y nugacidades proto frivolidades y la pannadería. Qué algazara! Qué estruendo! Qué alboroto! Qué tremebunda barahúnda! Qué guazábara! Pide aquel mocetón —don Ox— cerveza bávara! Chilla esotro por esto o por aquello... Néctares o ambrosía. Pócimas, filtros, hidromiel. Vámonos pues, entonces, para un rincón menos absurdo. De paso, dejemos a don Atilano el Mansueto y tan poco divertido y del otro que tal, don Zutanejo el Memo.

Llegado que hubiéramos al rincón menos absurdo que buscábamos y que no resultó rincón sino ventana abierta a la rúa y rauta y entrada y salida —casi— de la bicoca, e instalados ante la mesilla, dímosnos a la meditación y en silencio.

Porque decimos con el Salmista:

*atenderé a mis caminos, para no pecar con mi lengua;
guardaré mi boca con freno... Enmudecí con silencio, cálleme aún
respetto de lo bueno...*

Aún respecto de lo bueno: y qué no, entonces, respecto de lo mediano y malo y repeor?

Y —para descansar un tanto de la prosa llana— releímos un poco de don Bruno Ibeas: apartes del Undécimo de los DIÁLOGOS DE PASATIEMPO:

Esto es de Ibeas: En frente nuestra una andolina grácil penetra el aire con sus largas y fuscas rémiges. Más allá, de la altura de un abete, un córneo y rojizo pico de mirlo desgrana su impertinente melodía amorosa sobre el vacuo. A la vera de nuestro oído, una fontana ríe con muelle carcajada de hembra juvenca. Ni el volitar del ave, ni la quejumbre erótica del mirlo, ni la gaya risa del agua, son en sí. Son porque yo los sitúo en una estructura de relaciones...

Yo veo las llanadas largas, inmensas, en que la ancorca, la muladermita o la marga de cal han puesto sus tintes. Una columna de humo asciende harona, lenta. En el agro, trigales ensangrentados de ababoles, invadidos de centinodias y jocoyeles; hazas de ervillas, herenes, fenogrecos, atrevidillas, cicérculas, josas, eriazos, barbecheras... Un dardabasí hiende la calma del aire con ímpetu de flecha; los arrejaques voltigean en pos de los dípteros. Todo es ayermado, semeja un país derelicto. Un sendero altibajo y angosto se aleja en sierpe bordado en sus lindes por resedas, camomilas, matricarias, asareros, labiérnagos y egílopes... ¿No está aquí la adustez, la miseriuca del espíritu? Al contemplar esas solicitudes hoscas, silentes, aún en días de asunción florínea, ¿no se enjutarán las almas en un estertor trágico? ¿No devendrán unas almas hirsutas de beduino apensante, tojos y cambrones sublimados?

Ni sabemos que contestarle al Padre Bruno Ibeas.

Permanecemos en silencio un buen momento. No pintaba mal el día, por el alba, si después llegó el orvallo, leve, desmenuzado. Y ya deslizados, furtivos y silenciosos, de riguroso incógnito, y en el rincón del cafetín. Y solos. No lucíamos ninguna de nuestras condecoraciones. No portábamos nuestro monóculo ni olvidamos nuestro peluquín peinado relamidamente. Para el cigarrillo, la más discreta de nuestra secuencia de boquillas. Libros ni papelorios en los bolsillos, ni azul cuaderno bajo el ala, ni cuaderno zinzolín bajo el alón. Soto el alón chambergo —y era boina— la carota, ni tan tersa (de rasurada) como glúteo de pulcela, ni muy florida carolingia.

De riguroso incógnito. Presencia de burgués y hamletiana ausencia —las nuestras—. Un tercio de Sir John Falstaff, otro entre Cézanne y Lelian (pero no pintor ni bilateral ni cojitranco) y el último tercio..., de los tercios de Flandes. Se nos trajo la breve porción de moka. Leído lo de Ibeas ya transcrito y transmito, trasegamos el moka. Desenfundamos la altaclara y joyosa (es antinomia doble: ni tan alegre ni tan estrellada de joyas, ni tan clara la altanera). Desenfundámosla y la esgrimimos, no contra endriagos ni cuélebres ni contra odres de vinazos, sino contra imbele y lechal pergamino.

Pero no divaguéis. O divaguéis ordenadamente. Ibais en yo que sé y veníais del Padre Ibeas, que observaba: Hemos morado en un sector de realidad supera, la que se encuentra harpando. El hondón es tan arcánico para nosotros como los vacíos celestes monstruos. Lo curioso es que creímos penetrar bastante y nos hispimos, nos emborrachamos de prestancia como Júpiteres victoriosos. Así la sobreabundancia del léxico, de colones en los párrafos y de entarascamientos en la retórica de la dicción. Cuando el espíritu está desainado, las palabras fluyen adunia, sin compás. Ello es una ectrosis ideológica...

A la rutina se la apoda conspicuidad y equilibrio de sindéresis. Lo entesado se desestima. ¿Qué autores se proclaman excelsos? A. B. C. D. ... Unos seres neutros que no se experimentaron zaheridos por el mangual de la existencia abrupta, ni asurados en el horno de los grandes instintos... Fríos como un bamboche. Inmergían

su cálam o en agüilla de acahual perfumada de anime y decían entre singultillos y damerías unas pocas vacuidades rumorosas...

Cesad o divagad. Ibais en yo que sé y tornáis a Ibeas y la altaclara y joyosa de que hablábais no será vuestro cálam o o péndola? Yo comparto vuestro tedio y vuestro fastidio, pero me separo de vuestro odio. De vuestro odio o suma de odios.

Aborrecéis la Gramática, que la ponéis como dicen Dueñas (tales como la nodriza de Julieta —la de Romeo—) pero os la sabéis decorosamente. Aborrecéis la retórica elocuencia y el tropical follaje y los llorones arrullos y los adocenados madrigales remanidos que privaban entonces y privan hoy con apenas formales informes modificaciones, que dicen adjetivas.

No es necesario —como suele decirse— ni es oportuno —como suele pensarse— insistir como vosotros en que *todo no vale nada y el resto poco o menos* o como fuese. Ese fue refrán o estribillo de cierta BALADA —ya añeja— del danzarín o baladero ya no tan joven. Y ese refrán de suso, no es tan defensible, no es lógico siquiera, ni gramaticalmente bien construido. Linda en lo absurdo, y como frase, según el Padre Ibeas, a quien citáis, es a duras penas lililinda... Pero Alah es más grande. En estas acercóse don Luis de Argote y nos susurró al oído:

*Menos solicitó veloz saeta
destinada señal, que mordió aguda;
agonal carro por la arena muda
no coronó con más silencio meta,*

*que presurosa corre, que secreta,
a su fin nuestra edad. A quien lo duda,
fiera que sea de razón desnuda,
cada Sol repetido es un cometa.*

*¿Confíesalo Cartago, y tú lo ignoras?
Peligro corres, Licio, si porfías
en seguir sombras y abrazar engaños.*

*Mal te perdonarán a tí las horas;
las horas que limando están los días,
los días que royendo están los años.*

Esto nos dictó don Luis al oído, en consideración de la brevedad engañosa de la vida (y no tan breve). Don Luis de Argote y Góngora no estuvo largo rato con nosotros. Dijo y se fue. Nos dejó en nuestras pobres soledades claras, y escapó tras las suyas preclaras, clarísimas y ricas soledades.

Nos dejó don Luis en qué paupérrimas soledades y congojas. Rumando cosas ya viejas en antaño, íbamos —vosotros y yo— a tornar a Bruno Ibeas... La fortuna que se acercó a la nuestra mesilla un huésped parlanchín, anécdotas en ristre... con lo que se nos fue el hilo... con lo que fue desapareciendo nuestro tedio cejijunto y lo trocamos (interludio) por la

algazara y la guazábara ambientes. Que ya iba poblándose de ruidos el rincón menos absurdo, en que morábamos de riguroso incógnito. ¿Quiénes? Pues los interlocutores reales o imaginarios que han ido o venido apareciendo...

Definitivamente es mejor hacer nada que hacer solo naderías o (peor) boberías. La soledad absoluta, en el silencio, se conjuga y confunde exquisitamente con la pereza, con el lauto ocio, con el *dolce farniente*. No hacer nada. No hacer nada distinto de ensoñar, de vagar y divagar y discurrir entre volutas y espirales de humo, y por ondas musicales. Ensoñar solo y tras ningún señuelo falacioso. Ensueño puro.

Llegó ahora Gaspar el Errabundo, vate en caducidad. Y tornó pobre y desmejorado de condición y de salud mental, un poco lelo y embobecido. Avejancado y otrosí —magüer su inopia— gotoso. Gotoso, miope, calvo y áfono. Gaspar el Errabundo hecho cribas, voto a ellas!

Pero ya no hace versos ni RELATOS con argumento y sin poesía de la pura, decantada, y con poesía de la turbia y xarra. Ahora se dá por docto en Cenología absoluta y en Hialurgia aplicada a la fabricación en serie de prosa sosa ociosa y con frecuencia isocrónica por heptémeros. Trabaja con nos. Ingresa en

nuestro equipo. No es nimboseo o nimbífero su estilo sino discreto y respetuoso de las normas formales (o de las formas normales). Y escribe corto, por fortuna, siguiendo a medias a Gracián.

Gaspar el Errabundo —oh rubor!— hacia 1915 manufacturaba sonetos en secuencias o ciclos interminables. Pésimos además los sonetitos y sonetones romanticoides con que invadía los ámbitos poéticos. Mordecai! —como decía Ebenezer—: tras de cada sonetito o sonetón seguían docenas y cada sonetón o sonetito ya estaba precedido de otras tantas docenas... Afortunadamente desapareció buen número de ellos y solo queda breve copia —y en copia manuscrita—.

Pero ahora Gaspar se dejó de las tonterías de su mocedad lontana y lontana. Quizás las de su senectud no tan lozana y lozana sean más leves. Quiéranlo así los Hados y las Hadas y el buen Gaspar... mas ya será para otra vez.

22 X 1953

V

Si dispusiera de mi Camino de Terciopelo, de mi Sendero de Velludo. Si dispusiera —al menos— del sillón de Velludillo de que todo poeta o sotapoeta debiera estar provisto —y proveído—.

De velludo, o de cuero, como aquél rojo, que fue asa de dulce sacrificio. Muelle sillón primorosamente aforrado. Puesto —aqueste otro— ni tan cerca ni tan lejos de la chimenea (puede esto ser hipotética figura poética) y en medio del emporio de los libros y mamotretos y a estribor de la discoteca. Con la mesilla musical a babor. La mesilla sustentadora de la luna gigante, la luna de ebonita de antaño.

Si dispusiera de mi camino de terciopelo, sendero de velludo o trocha de cuero repujado, sería fácil atender a urgencias de índole intelectual-amateur y aún profesional (intelectualoide).

Unas y otras urgencias se van posponiendo o se van despachando a la diablo, a como salga, a como puédase con notorio desprestigio de quien acaso jamás disfrutó dél —amplio y rotundo— y en perjuicio de nuestras letras y reputación de atenienses suramericanos (y de universales beocios).

Y ni acudir a ellas y valerme de las NUEVE DE LA FAMA...! Que, si alguna, una cualquiera o algunas, cualesquiera de las Nueve Musas dignárase enderezar su soplo inspirador hacia mi enhiesta calva testa: abierto golfo, de harto buen fondo, desabrigado eso sí... Que, si tú, gentil Erato elegíaca me donaras,

me prestaras —a mutuo— La Lira, o tú, Melpomene trágica, la careta, o tú, Polimnia lírica, la actitud meditativa.

Tú no, Calíope!, que soy alérgico —por igual— a la elocuencia y a la épica... (tanto como al CANTE-JONDO).

Ni tú, Talía, propicia a la Comedia y al idilio: que no aprovecho —ahora— para el idilio, si alguna vez aproveché, y que la *comedia é finita* (e pur si muove).

Urania... a tí te pintan con globo y un compás. Soy poco estratosférico y el compás lo perdí y ando sin él y el mundo que tenía en la mano Carlomagno ya me sirvió para echar a rodar la bola (en versos atribuidos a mi colega Sergio Stepánovich Stepansky —que son de mi tío Bogislao). Tú no, Urania! Ni tú, Terpsícore: nunca fuí danzarín —ni metafísico Nijinski— (que el ágil danzarín era y es y será el que danzaba, danza y danzará con su sombra) Cantor fuí, pero poco... y, en cuanto a su Lira —de Terpsícore—, cuento ya con la de Erato...

Clío...: eres Musa de la Historia... y a mi me gustan más la Fábula y la Mítica. Quédate, Clío, con Don Oz.

Pero Euterpe, la Musa de la Música y de la poesía lírica —de donde se desprende o colige que poesía y música pares son y simultáneas—, Euterpe, oh tú, si me podrías dar en préstamo y usufructo tu flauta! (que es la mía de cañas).

Con la Lira de Erato, con la Flauta de Euterpe, con la Careta de Melpomene y con la Actitud Meditativa de Polimnia... y con el soplo inspirador, llamado *estro* en las Retóricas Manidas y Mansuetas y Obsoletas... tampoco lograré salir del paso. Que me sigue faltando la butaca de peluche, sendero de velludo, camino de terciopelo, trocha, atajo o desvío de cuero repujado —piel— o cuero crudo.

Para ser claro, aunque jamás he pretendido aparecer y, menos, ser obscuro, el Sillón de Terciopelo de que todo poeta o sotapoeta debiera estar provisto (es proveído), para poderse dedicar a sus escarceos someros o a sus buceares abisales, pudiera ser, si no la holganza, el vagar lauto, el ocio libre de trabas y de lastres (es decir, con lastre amonedado: maravedises o talentos —reales aunque fueran de Vellón—) y el dulce *farniente* (para poder hacer algo): y si no todo lo enumerado, al menos. —No! No! No! Todo lo enumerado. Todo lo enumerado y —de adehala— un buen velero y viento en popa a toda vela (esproncediano) y partir, por el Norte y por el Sur,

abur! a conocer a todos y a cada uno o una de los o las antípodas —cuyos, los de ellas, beso...

Quizá por los antípodas y con las sirenas Anti-Musas correspondientes pueda, ahora, salir del paso. Eso sí, con mi butacón de peluche o mi turquesa de pana o velludillo.

Y ya en ello, para ensayar la péñola o pendolón —que no para probar el estilete— y antes de entrar en materia poética, porque —por el momento— *hoy no tengo apetito poemático*: mi humor hodierno gira a la chacota.

29 X 1953

Ver CAMINO DE TERCIOPELO, SENDERO DE VELLUDO Y NUEVE MUSAS (en BÁRBARA CHARANGA).

VI

Se continúa con la odisea de Sergio Stepanovich Stepansky. Se llegó hasta que díjose que caminó menos que se detuvo —en la vía— y al fin llegó a Titiribí.

Llegó al amanecer de la octava noche o del séptimo día y noche de su fuga, y posó en la de doña Práxedes (de esta posada, típica además, de un solo resbalón va a dar uno —o una— a Sitio Viejo, porque la calle es lisa

y pina). Y Sergio Stepansky, ya de día, tras pingüe desayuno y breves pisolabis posteriores con sus amigotes matutinos, paró en la esquina del mesón oteante, y en su atalaya y oteo distraído... patinó y el resbalón no paró sino en Sitio Viejo. Debería estar aún por allí, todavía de minero en los socavones y de coplero en los expendios de morcillas y de anisado y del amor barato... si no hubiérase topado en Sitio Viejo con sus cuatro circasianas...

Eran cuatro, eran cuatro, sólo cuatro las huríes de Sergio, tetra-hermanas, —de Stepansky poético el dolatro: —cuatro eran y huríes circasianas..., y se llamaban, en su orden: Primavera, Vera, vera, ligera, parlera y retrechera; Estío, Rocío de lío en lío, avío de tronío para el frío; Otoño, no otoñal sino en retoño, no de Logroño, ni de la Villa del Oso y del Madroño, pues era circasiana inconfundible; e Invierno, emblema del amor alterno, si tierno y sempiterno, si *añejo Edén* y *hodierno Averno*. De alfandoque las cuatro circasianas, Alfa, de alfeñique, de alfábega o de alfar como tanagra de terra-cotta. Beta de Betulia (muy la Judith de numerosos Holofernes) y ducha en la gambeta; Gama de gamut, la de piel de gamuza, la cervatilla melodiosa; y Delta, esbelta, resuelta y suelta, de coruscante delta (o rizo friso) en el vórtice o vértice de la doble Láctea vía. No se trata de ninguna mala

doble columna... (según decía Sergio cuando estaba verboso y se sentía efusivo).

Sitio Viejo, en lo hondo, en el fondo, o en el sub-fondo de la estrecha cañada o quiebra de La Amagá, es campamento de mineros, refugio de perdidos, perdularios, tahúres, gallofos y de traviatas (perdidos, o malhallados y amalayados), emporio de El Zancudo (y de los zancudos), feria, bazar y zoco multicoloro, panoloroso y polisonante de la picaresca multitudinaria; puerto para la sed, hostel de las hambres, hospital de las hembras (como albergue ocasional del mal amor...) (según don Puritano el Segundón).

Hemos vivido, hemos bebido y hemos bobeado, muy ricamente, dijo al salir de allí,—semanas después— con las sus cuatro circasianas el inefable Sergio Stepansky. Por respeto al gallo César el Calvo (y al divino Leonardo) no dijo Sergio veni, vidi, vinci, sino viví, bebí y bobeé...; y conocí allí a Salvo Ruiz y a Masato (agregó más tarde) ya en Zuyaxiwevo, conversando con Efe Gómez, Ciro Mendiá y Josefo (las tres palmeras del oasis de ese Sájara: las tres palmeras machos, pues había sí copia de palmeras fembras muy deleitables...) Mister Grey, decía...

Mister Grey decía —metiéndose en lo que no le importa y por darlas de enterado: Cuando, en el año 2000, Sergio Stepansky complete 105 años de fructuosa labor en su *residencia en la tierra* seguramente empezará a sentirse avejancado, avejentado: y si la madurez intelectual no le trajera para ese entonces la cordura, a lo peor querrá iniciar la ordenación de sus recuerdos con vista puesta en escribir luego sus memorias. Muy posiblemente rectificará (o hará la intentona) no pocos de los conceptos, apreciaciones, conjeturas, informaciones, indiscreciones e infidencias, relacionadas a su persona y a sus andanzas y malandanzas y danzas y venturanzas, aventuras, venturas, desventuras y malaventuras. Conceptos, etcétera, míos y tuyos y de otros ene-enes. Pero como —en el año 2000— no quedará de aqueste títere sino su busto (de mármol róseo de Nare), erigido en Leolandia solar por la región de Bolombolo, si no en el Alto de Pore, seré yo —el titere— apenas un convidado de nadie y de piedra, muy si señor y mudo y sordo de mis predios y dominios, caliginosos o entre neblinas. Lo que lamento (en cuanto se refiere a mi busto) es que no me va a ser dable ni conocerlo, ni verlo, ni mirarlo ni admirarlo... porque —todo es posible— y por eso lamento no estar allá, me esculpen y exculpen (y escalpan) calvo, y a lo mejor les dé quizás por hacerme la barba en seco. Lo del busto se deja de ese tamaño, que será tamaño heroico.

De manera que —rehilando— a mi me tendrán sin cuidado las rectificaciones de Sergio Stepansky (en el año 2000), y sigo o prosigo: En El Taparal sorprendió a Sergio Stepansky su nombramiento de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario (con categoría de Embajador) de los Reinos Unidos de Bolombolo, Coco Hondo y Casco de Mula, ante la Corte de Netupiriomba altiplánica. Pensaba regresar, Sergio, a las bocas de la Amagá, para hacer, con sus cuatro circasianas, el viaje que hiciera Boussingault, y que corre así descrito: De Titiribí

bajé al Cauca, en tres horas, a paso de mula. Debíamos embarcarnos en este río para ir a Antioquia. Don Sinforoso García había hecho construir una balsa de guadua que debía conducirnos. La resolución era atrevida, pero al medio día nos hallábamos en la boca del Amagá cuya altura es de 558 metros. Temperatura 31 1/2 grados. La corriente del río era de una asombrosa rapidez y el sitio tenía algo de pintoresco y sombrío. Era una enorme masa de aguas que se precipitaba por una garganta de cerca de 100 metros de anchura, y que producía un continuo rugido que obligaba a hablar al oído. En caso de naufragio no había playa donde abordar. El río está furioso, decía Walker; abandonemos nuestros calzados y quedémosnos en calzones de baño! Esto parecía lo más prudente. A las 2 subimos a bordo, nos agarramos a las sillas, llevando los pies entre el agua. Tan pronto como se cortaron las amarras, la embarcación partió como una flecha. La situación era nueva y deliciosa. Los balseros tomaron los remos para moderar la bajada. Pasamos felizmente los dos escollos que había que salvar en esta navegación desordenada, pues ni siquiera advertimos los bancos de Mocuá y de Cara de Perro, probablemente por la altura de las aguas. A las 5 ya habíamos salido de la garganta estrecha, la corriente era menos rápida y vimos a la izquierda la aldea de Anzá. A las 6 atracamos en la hacienda de Abejuco, donde fuimos bien acogidos por la propietaria, la señora Juliana, que explotaba la mina de oro de Giumá (sic) (Puede ser de Quiuná?). Al día siguiente, a las 8, volvimos a trepar en la balsa. Evidentemente el río era ya más apacible. Dos veces encontramos islas de guijarros que atravesamos a pie, con el agua a mitad de la pierna, mientras la embarcación las bordeaba. Lo que más nos hacía sufrir era el ardor del sol. Frecuentemente teníamos que mojar nuestros sombreros para amenguar los efectos de la insolación. El valle se ensanchaba más y más. A las 3 desembarcamos en el Paso Real de Antioquia. El barómetro indicaba una altura de 438 metros; la temperatura era de 29.7 grados. Habíamos navegado 8 horas (sic) (la cuenta da 11 horas), pero no tengo noción (habla Boussingault) del espacio recorrido; observo solamente que comparando las alturas de dicha distancia, la

caída del Cauca es de 120 metros. Abajo del Paso Real el río deja muy pronto de ser navegable aún para las balsas. Cerca del río del Espíritu Santo, algunas leguas abajo del Paso Real, están las cataratas de Juan García y más lejos aún la espantable garganta de Orabajo, donde la anchura del Cauca es de 15 a 20 metros.

Y hasta aquí monsieur Boussingault.

Pensaba regresar Sergio Stepansky a las bocas del Amagá, pero no lo hizo. Sergio había sido profesor de gimnasia sueca (¡y en Estocolmo, que es el colmo!) aunque no era apto, por inepto, ni para espirituales ejercicios, y confundía la magnesia con la gimnasia, al revés de lo que ocurre generalmente. La magnesia con la gimnasia, la palingenesia milesia con la paronomasia de Aspasia, la disfacia con la amnesia y la Asia menor con la mayorcita de las Asias que era Parasia. Sergio aprestó sus condecoraciones: la de la CRUZ DEL SUR (condecoración barata), la del DRAGÓN ENFERMO, la del GRIFO DESCONSOLADO, la del GATO QUE PELOTEA, la del OSO POLAR, la de la FOCA SITIBUNDA, la de DEIDAMÍA (que la tienen tantos), la del ASNO DE BURIDÁN, la de la MULA DE BALAAM, la de la MONA DE FONCITO, la del CISNE DE PESARO y la de la CACATÚA MELANCÓLICA. Pero... Sergio Stepansky no aceptó el nombramiento ofrecido de Enviado Extraordinario y etcétera. Siguió, sí, para Netupiromba, haciendo escala en la Villa,

sin investidura oficial como encargado de negocios (suyos y malos) ad interim.

Se instaló en la Villa —en la Abadía de Govaerz, sexto piso— y fundó una oficina de estadística de carreteras y de secretariado amoroso, ya en prosa, ya en verso, y en los ratos perdidos descifraba crucigramas... Dejemos quieto un rato a Sergio Stepansky en su Abadía.

10 XII 1953

1954

VII

Si yo me llamo andana no será por mi voluntad. Son tantas las promesas que hago al prójimo (y me las hago también) que es imposible ni recordarlas en su oportuno tiempo. Verbi-gratia: cuántas veces no habré ofrecido meterme en el silencio, no saber de mi soledad, vegetar en ella, que es reino de sombras, asilo de fantasmas, refugio de renunciaciones, puerto -hospital para naos de vencida (birremes en derrota si gustáis o galeones mostrencos) y mauseolo para Leos momias. Si me llamé Lázaro o mausoleo reseputo a qué exhumarme con tal frecuencia y en són de nada? A tu nicho, otra vez, Lázarete y per-sécula.

14 I 1954 (manuscrito incompleto)

VIII

Viniendo como de tan lejos aunque ahora se llega casi que de aquí mismo otra cosa sería salir para la enésima de cualesquier Quijotes —miguelescos o apocrifarios— tras de otra Pícara Justina, mejor, tras de otra Lozana Andaluza, reóptimo, mas no de ninguna Dulcinea, pero ni de la propia Aldonza Lorenzo que algo tendría —magüer rústica— para que el Quijana se enamoriscara —no de su cara ni morisca— si de lo bien plantada. Lo sé del Bachiller Sansón Carrasco o —si la marro— del mismo don Miguel, que platiqué con él no ha mucho. Viniendo como de tan lejos aunque ahora se llega casi que de aquí mismo, desde dentro. Salir para la enésima. La anterior y penúltima fué pésima. Resultó doña Onésima Falacia hartó más que delusoria, ducha en ardides y triquiñuelas y engaños diminutos. La describían entre viuda y por recasar, entre célibe honoraria o maridada transitoria. Esto lo refería un seor bellaco que seguramente tampoco supo conocerla por propia percepción. Era asaz cauta como para dejarse descifrar

1 II 1954 (manuscrito incompleto)

IX

Esto no lo soñé yo ni me lo refirió mi amigo Juan, el veterano Capitán de Navío, ni lo estoy inventando. Esto lo sé yo, simplemente. Una vez que arrió la grímpola más alta, ya venidos a tierra los otros gallardetes tras el pendón, el *viejo lobo de mar* (no es alusión a José) dió con su pipa sobre la borda vecina —la de estribor—, se atusó los bigotazos realmente olorosos a pólvora, entrecanos y enterrojicobrizos, lanzó el antepenúltimo de sus tacos y el penúltimo de sus ternos como dos salivazos, aclaróse la voz y abocardando la boca la abocó a la bocina —punto en boca no— para decir: ¡Truenos de Hamburgo! Terremotos de Cúcuta! Cataratas!

El viejo lobo de mar era capitán de la nao pirata *La Dulce Melusina*, velívola ligera, belígera galeota —de las mayores, casi galera— armada en carso (es un decir), que hacía hasta sus trece nudos y disparaba hasta quince carronadas --lo uno y lo otro por hora--. Era en tiempos no nada aún mecanizados. *La Dulce Melusina*, de dos palos, venía de rendirse, reducidos sus efectivos a una séptima y definitivamente agotadas sus municiones. Los trece sobrevivientes --todos ellos malferidos-- ya no tenían sino sus sables de abordaje y sus *kris* malayos *arma terrible en sus manos* de ellos, precursores de los

tigrecillos de Momprácem del fiero Sandokán y del buen señor Yánez. El *viejo lobo de mar* (esto no me lo refirió Oswaldo) tras bocinear su triada de juramentos --no tan protocolarios pero si más diplomáticos que otros que le eran habituales y que suprime la autocensura--, escanció media pinta de Ron de Jamaica, y --con asepsia y sin anestesia-- hízose uno de los más limpios y perfectos *harakiris*. Cayó sin un *ay!*, sin un *helás!* siquiera (no sabía francés...) Dijo sólo: ¡*Miércoles!* porque éralo de ceniza y porque había recalado en Cartagena de Indias, en alguna muy sonada ocasión.

Su segundo, que era también vizcaíno, pero no tan bragado, y --aún más-- un tanto petimetre, no dijo nada... (mudo el pobre no por pavórica alalia, sino por ablación de la lengua, en los baños de Argel (baños turcos muy incómodos), no dijo nada y alargó su de abordaje al vencedor. El vencedor, don Nuño Ansúrez, conde de Puño-en-Rostro, Marqués de Barbagelata, tres veces Grande de España, y una sólo vez (de una vez por todas) muy pequeño de cuerpo, canijo, enclenque, desmedrado y pusilánime --voz culterana por entonces-- Don Nuño recibió el espadón (que no quiere decir nada desobligante, en este caso) y por menos que se le cae de las manos, que era pesada la cimitarra y más damasquina que de

Toledo, y --para sus nervios-- se veía teñida de sangre y de ella chorreante aún. Don Nuño no sabía qué hacer o qué no hacer con ella, y la endilgó a Gerineldos, su paje de él, y su otro él de la Condesa y Marquesa, la muy grandísima de España e Indias, insigne, invicta combatiente en los campos de pluma de las gongorinas batallas de amor. Condesa y Marquesa, en su orden, de Puño-en-Rostro y de Barbagelata (de casada) y de soltera Dama de Monteflavo y de Venusia, sub-diaconisa de Mitilene. Gerineldos, su paje de él, y su doble de ella... ¿y ésto que és? No había quedado yo en no referir nada relacionado con nuestras piraterías? ¿Dejar en paz nuestras fazañas de bucaneros, filibusteros, corsarios y caballeros de la mar y señores feudales del océano? ¿Y esto que és?

No curo de sabello. Ni me importa ignorallo.

*

El fusilamiento del señor Mariscal Michel Ney, duque de Elchingen, príncipe del Moskwa lo refieren así quienes lo presenciaron: de diciembre de 1815. Era un jueves. El tiempo, siniestro. Una llovizna fina caía de las nubes densas y grises. *Qué día más desapacible*, dijo el Mariscal y sonrió con naturalidad. Luego, como el Abate de Pierre se hacía a un lado, para darle paso, agregó alegremente: *Subid, señor cura...; dentro de poco yo pasaré primero...* Dos tenientes entraron al carruaje con el cura y el condenado. Los gendarmes y los granaderos rodearon la carroza. Seguían, con el conde de Rochechouard a caballo, una compañía de sub-oficiales veteranos, el pelotón de ejecución y un

piquete de la guardia nacional, que cerraba el cortejo. A cien metros de la verja del Observatorio, se detuvo el carruaje. ¿Cómo? ¿ya llegamos? observó el Mariscal, que había creído que la ejecución sería, como lo fue para Labedoyère, en la explanada de Grenelle.

Bajó primero el Mariscal, como lo había dicho. Luego, volviéndose hacia el Abate de Pierre, que le seguía, le entregó una cajilla de oro, último recuerdo para Eglé, la Mariscala, y --para los pobres de la parroquia de san Sulpicio, las monedas que le quedaban. El abate lo abrazó, lo bendijo, se puso de rodillas a alguna distancia y allí quedó en oración hasta que todo terminó.

Las tropas se habían formado en cuadro. Ney avanzó hasta ponerse en frente del pelotón de ejecución. le preguntó al ayudante Saint-Bias, cómo debía colocarse. Este de conformidad con órdenes superiores, quiso vendarle los ojos y pretendió hacerle arrodillarse. El Mariscal lo rechazó, como hombre que desde hacía 28 años veía venir, sin agacharse, las balas y los proyectiles de cañón: *Ignoráis, señor, que un militar no teme a la muerte.* Luego avanzó cuatro pasos. Y allí —cuéntalo Rochechouard, que desde su caballo vigilaba la ejecución— y allí, en una actitud que no olvidaré nunca, tan noble era, tan digna y tranquila, sin ninguna jactancia, se quitó su sombrero, y, aprovechando el momento que le dejó el ayudante mientras se hacía a un lado para dar la voz de *fuego!*, pronunció estas palabras que oí muy claramente: *Franceses, yo protesto ante el cielo y ante los hombres que el juicio que me condena es inicuo... Mi honor...* Al decir esto último y como lleváse su mano sobre el corazón, se oyó la detonación. Cayó fulminado. Cayó de bruces. Recibió once de las doce balas: una en el brazo derecho, una en el cuello, tres en la cabeza y seis en el pecho...

Parece ser esta la verdad. De todos modos el Mariscal Ney, el León Rojo, Pedro el Rojo, si no estuvo jamás en los Estados Unidos...

VARIACIÓN NÚMERO DIEZ Y SIETE... Ney no estuvo en los Estados Unidos, aunque si fué su propósito llegar allí... A la altura del Cabo de Finisterre, un fortísimo temporal desvió la nao de su ruta y el 30 de febrero —de 1816— tocó en Serranilla, mínimo islote. Se aprovisionó allí la nao de cocos y de cangrejos ingentes y enderezó su ruta una otra vez hacia los Estados Unidos. Michel Ney se quedó en Serranilla, haciendo de Robinson Crussoé, escribiendo sus Memorias Militares, y tañendo la flauta, hasta fines de 1822. No se sabe cómo ni cuándo exactamente salió de Serranilla y fué a dar a la isla de Santa Cruz.

Ancló allí la goleta... (no recuerdo su nombre —no era *La Dulce Melusina*— o si lo sé mas no lo digo) que venía de Hamburgo con rumbo a Colombia, y Michel Ney fué recibido a bordo y unió su suerte a la de una pareja de suecos en aventura minera y en viaje de bodas. Una pareja de suecos que venía a Colombia por dos años. El sueco, el Capitán Carlos Segismundo quizá reconoció a Ney apenas lo vió. Aunque lo tenía por fusilado en 1815 y no lo veía hacía doce años, pero como lo había visto en circunstancias no olvidables, talvez lo identificó desde el primer momento. Se habían visto a ojo de catalejo en el campo de Dénnevitze —por vez primera—, luego en Dessau y por última vez en el de Leipzig. A los 44 del Mariscal se enfrentaron entonces los 19 del Capitán, que hacía

parte, con su regimiento, del cuerpo que comandaba el príncipe heredero de Suecia —el ex-Mariscal Bernadotte— antiguo conmlitón y ex-amigo de Pedro el Rojo, de Miguel Ney, siempre francés...

Ney se llamaba en Serranilla y en la isla de Santa Cruz, el Mayor Reiset, en licencia indefinida y en París de Francia y desde Portugal hasta San Petersburgo, el León Rojo, Pedro el Rojo, Michel Ney, Príncipe del Moskva, duque de Elchingen, hijo del tonelero Pedro Ney, de Sarrelouis, fusilado frente al Observatorio el 7 de diciembre de 1815. Junto con el Capitán y con su esposa —del Capitán— llegó a Colombia. Cuando se reencontraron iba Ney hacia la sesentena. Su estatura prócer, su ya encalvecida testa roja, su nariz respingada, su agresivo mentón, sus ojos de acero azulado, su bondadoso corazón y su coraje frío, se hermanaban con la prócer estatura, la poblada melena, los ojos de cobre de Falún, el magnánimo corazón y el frío coraje del sueco, que tenía poco más de la mitad de sus años y la mitad de su graduación —menos de la mitad— y su devoción irrestricta por Ney, el Aquiles auténtico muy mayor que el irreal homérico. Y por el Río Grande de la Magdalena —en champán— llegaron Michel Ney, el Capitán y doña Luisa Petronella, a Nare, el 1º de abril de 1826.

Puede que haya no poco de fantasía en todo lo que narran los empingorotados historiadores académicos o afines y similares o sucedáneos. En torno a ciertos personajes suele entreverarse la fábula con la leyenda, enredaderas y parásitas del tronco yerto que es apenas osatura y pretexto y desaparece soto el follaje. La ficción, la leyenda y la fábula, por mor de la invención fantasiosa, hételas hechas Historia con mayúscula... Prueba de todo aquesto... Pero: ¿para qué vamos a darlas de eruditos, nosotros, tú y yo, meros poetas ingenuos, de sinceridad, simplicidad y de llaneza o llanura ingentes?

León Riotor, a base de las MEMORIAS DE UNA CONTEMPORÁNEA, la famosa aventurera Ida Saint-Elme (el verdadero y no corto título de su obra en ocho volúmenes, viene a ser: MEMORIAS DE UNA CONTEMPORÁNEA O RECUERDOS DE UNA MUJER SOBRE LOS PRINCIPALES PERSONAJES DE LA REPÚBLICA, DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO. Véase en la obra de Ida, a la Contemporánea, en relaciones galantes sucesivas con numerosos hombres célebres: Pichegru, Marescot, Moreau, Ney, Napoleón 1º, Talleyrand, etc, lo que la hizo merecedora del nombre de *La Viuda del Grande Ejército*. Ida de Saint-Elme... es decir, entre ella y León Riotor y lo que cuenta Thiers y lo que se lee en el libro del General Bonnal y en el Proceso de Michel

Ney, cuya primera edición tenemos nosotros, tú y yo, Leo y el del Signo, también...)

León Riator (ya se cerró el paréntesis) fabuló una biografía novelada de Ney, *ad usum...*, *ad usum* de quienes se aburren seriamente leyendo libracos eruditísimos y doctos y documentales. El primer capítulo de su libro AMORES Y TRAGEDIA DE MICHEL NEY, MARISCAL DE FRANCIA, se nombra EL TAÑEDOR DE FLAUTA.

Todos recuerdan —si lo leyeron— un pasaje conmovedor, como de Lamartine, en que refiere que Ney languidecía en los calabozos de la Conciergerie, testigos de la agonía de los realistas, de los girondinos y de la Reina María Antonieta y de André Chenier, durante las proscripciones del terror... No tenía (Ney) más interlocutor que sus pensamientos y como distracción, sólo su flauta. De la que hacía brotar aires a veces tristes como su alma (cito a Lamartine), a veces gayos como sus recuerdos de la infancia, y que contrastaban, por su acento pastoril y sereno, con la noche de su prisión y las angustias de sus horas presentes. - Uno de los compañeros de cautiverio, separado de él por el espesor de los muros, Lavalette, escuchaba desde lejos, sin poder responder, la flauta melancólica del héroe. Lavalette refiere que después de su evasión y del suplicio del Mariscal, oyó un día, casualmente, en su destierro más allá del Rin, uno de los aires que tocaba el prisionero, y que esas notas, sonando en una flauta de campesinos alemanes, le recordaron el mismo aire modulado antaño por el infortunado cautivo, le apretaron el corazón y le hicieron llorar.

EL TAÑEDOR DE FLAUTA se llama el capítulo inicial del libro de Riator. Ney, como se sabe, era hijo de Pedro Ney, tonelero de Sarrelouis y soldado veterano de la Guerra de los Siete Años. Uno de los testigos del bautizo de Ney fué el viejo flautista Folbisch... Riator no habla en ningún momento del Viaje de Ney, ya fusilado, a Norte América, ni mucho menos de su odisea por las Antillas Menores y Mayores y su feliz arribo a Colombia por los años de 1826. Michel Ney, Pedro el Rojo, El Valiente entre los Valientes, con el nombre de Michel Reiset, ex-mayor del tercer regimiento de húsares, tocó tierra firme en Santa Marta el 14 de enero de 1826. Desde el 13 viera, desde la nao, Punta Gallinas y el Cabo de la vela. El 15 en compañía

11 II 1954 (manuscrito incompleto)

X

Hay otra cosa: se tiene, casi que en prensa, un LIBRO DE FUGAS, o —como dice su presunto autor o fautor— LIBRÍCULO DE FUGAS, SI NO DE BACH, TAMPOCO DEL ARROYO. DE MÚSICO FRUSTRADO, CANTOR, CAPELMAESTRE SIN CAPILLA. DE FUGAS LIBRES LIBRO PARVO, AL USO DE INFANTES O DELFINES. Vacila el autor si formular —también— y si *ad usum lacerti* o si *ad usum lacertorum*... Ya se tratará de ésto más adelante. Y de ese LIBRO DE FUGAS tengo noticia y conocimiento por la infidencia de un mal amigo del pergeñador —peor pergeñado— oh, qué pergenio! Precede al libro en potencia un

extenso cuanto difuso prólogo, prefacio, preámbulo, atrio o dilatado preludio, a manera de exposición de motivos, que en este caso será exposición de Temas de las tales Fugas. Exposición y re-exposición de temas, sub-temas y retemillas.

Cuenta el buen señor y mal coplero que no salió de Babia ninguna vez, sino para ir a Thúle, y que es poeta unánime y multánime —ignoro qué querrá decir con ello—, y que no sólo es poeta sino también histrión, juglar, trovero-trovador-trovadorante, mimo, capelmaestre, chantre, escalda, titerero, funámbulo -sonámbulo-noctámbulo, bufón, pitre, gabe y violín-violero...

¡La caraba! Agrega que su LIBRÁCULO DE FUGAS es a ene voces (a ene más una, para ser exacto) y que el libro será *la obra maestra del autor más lelo...* Y... en lo de autor lelo y más lelo, abundo, super-abundo y redundo. Pero hay en el LIBRO DE FUGAS trancos, fragmentos, pasajes y aún episodios completos, de cierto cierto e incierto interés para el especialista. Para el especialista en dislates y extravagancias. Para un Erasmo venido a mucho menos y que condescendiera a estudiar locuras de menor cuantía e inofensivas, y submanías, en determinado sentido y modo edificantes, ejemplarizantes: no trascendentes pero divertidas, amenas y motoras de burla y regocijo. No seré yo el Erasmillo para la aventura, el Erasmillo del Elogio de esa mansa Folía... Dijo el autor que su LIBRO DE FUGAS es al uso de infantes o delfines

y que vacila en si formularlo también *ad usum lacerti* o *lacertorum*... Vacila si formular e ignora latamente el de la no salomónica si es correcto decir de una u otra guisa: ha descuidado tanto, ignominiosamente, no sólo el trato de los autores de la *más pura* sino hasta el buscar lograr siquiera un baño somero de la más turbia y elemental de las latinidades. *Ad usum lacertorum* —y él el primero— el LIBRÁCULO DE FUGAS, y las naderías que, so capa de escribidor o de escribano o amanuense, urde, enreda o fabrica, si no zurce, a manera de atuendo arlequinesco, de sobre-sábana de retazos y pegotes, o de mosaico amontonado de abigarradas locetas o de centón calepino en cuya danza mézclanse el bable y el maicero, el castellano y el vizcaíno, el galo, el galicado, el gales, el galaico, el ítalo, el gótico, el eslavo, el lapón, el samoyedo y el berebere, y la jerga culterana y el idioma rotundo, ajoso, de los arrieros de su provincia —de cuyas indoctas academias es correspondiente: de la de la arriería *antioquensis* y de la de lo gongorino culterano—. *Ad usum lacertorum* el LIBRÁCULO DE FUGAS, y aquestas aventuras, mala-venturas o sin venturas, en prosecución de lo obvio y de lo mínimo nimiamente, como si se tratara de muy trascendentales investigativas lucubraciones. Lo obvio y lo mínimo, en función de introvertido y —helas!— extravertido análisis de un personaje o personeja de imponderable quilataje e inconmensurable magnitud —no lo dudéis—

y muy interesante (para sí propio y aún para éste su exégeta minucioso, su exégeta excesivo, su lento exégeta divagador y vagueante por meandros y recovas, por cuetos y vericuetos, con amplios paréntesis y digresiones a máxima frecuencia y a mínima oportunidad y a casi nula pertinencia: es decir, frecuentes, inoportunas e impertinentes) y muy interesante el análisis ordenado antimetódicamente, con prescindencia total de gráficos estadísticos... ¿y qué se hizo el estadístico? Pero:

Era la Poesía como la luz del viento
cuando discurre —sordo— cuando divaga —ciega—.
Símbolo puro del infinito dentro del momento
y de lo efímero que dura y que perdura y que se va y que nunca
/ llega.

Era la Poesía como campo reseco tras la siega,
como el océano después de la borrasca, hípido y lento.
Igual a hembra poseída, saciada —Ipsilon, Gama, Omega—,
y al hombre penseroso, trascendental, hierático, virulento.

La Poesía cosa es de magia y sortilegio y maravilla;
—fácil tonada que la discanta el caramillo;
aria aérea en la cálida voz sexual de la contralto.

Todo el dolor inmerso en la congoja. Toda la euforia. Apenas brilla
lumbrada ocasional si zozobrante: estride sólo el grillo...
¿La Poesía cosa es cimera tallada en corazón si de cenizas
/ de basalto...!

Si señor y si Gusta...: ni mendaces ni Mendozas, ni feraces ni feroces ni furaces, ni raposas ni rapaces; Sanchos ni cinchas, tantos ni tontas encintas sin cintos...

Cuanto a todo esto y lo demás, basta por hoy. Y Gusta gasta gesto justo al gusto. Y a otra cosa; es el caso: Para Bogislao, como si nada hubiera pasado, sucedido o como si todo hubiera pasado ya. Salvo que, para su soledad, le hacen falta sus músicas —no las interiores que hartó le atosigan— sino las músicas que le vertía en sus oídos su colección grabada en lunas planas de ebonita. Lunas planas, lunas llenas. Pero están mudos los discos del Discóbolo en receso por falta de en qué hacerlas girar... Salvo que, para su silencio, le hacen sobra los ecos en la caracola marina aposentados y que demoran en irse con las lenas Helenas por quienes no ardió Troya... (Las Damas Bobas son de las más vivas: muy serenas zarinas son sirenas; albas duquesas majas son de Goya...), que demoran en irse, con su rahez música muerta y hacia la más remota lejanía. Salvo que, para su paz, le es asaz dura la vida cotidiana, que se le envenena de diminutos problemillas. Para la paz posible, lontanos los más elatos afectos. Róbinson isloteño, sin riesgo de evasión, sin ilusión de ningún retorno. Por lo demás, para Bogislao estadígrafo, como si nada hubiera pasado. Para Bogislao grafómano, como si todo

hubiera sucedido y sido escrito (y hasta escriturado). Para Bogislao poeta, como si ya todo estuviera escandido (no escondido), soñado todo, y nada por nacer ni por hacer y por osar. Bogislao, entonces, si no de mármol, bronce o madera policromada, ni estatua, —es momia yerta, prefaraónica...; entelequia inerte y fría, gélido endriago, Buda total, y Yago de sí mismo! Bogislao elegíaco! Elego el lego! Vamos! que no es para tanto, ni para mucho menos, Bogislao de mi!... Con todo, el espíritu divagante *du plus péripateticien des Pingouins humains* (al decir del ilustre autor de MEIPE) pasa a otro tema, éste folklórico, si no popular.

Refiere Adeodato, en SUS INMEMORABLES, capítulo 3º, tranco 87, hacia el final: ... era Clito llorante en demasía... —algunos exégetas, desalumbrados paleógrafos, con base en ese texto (manuscrito) de Adeodato, crearon un cierto mito que hizo carrera, e inventaron a un tal Heráclito llorón, filósofo melancólico. El texto, claramente dice: era Clito llorante en demasía. No leyeron estos exégetas de parapillo el tranco 87 en su integridad, que reza así: Por la partida del infame Aris (tras los encantos de la frágil Eunóe) era Clito llorante en demasía. Tras los encantos de la frágil Eunóe es interpretación mía, deducida de los anteriores y posteriores trancos del capítulo 3º, que no leyeron los exégetas, paleógrafos desalumbrados, dejados de las luces minervinas.

La tal Clito era aulétrida virtuosísima; también Aris era virtuoso del aulos. Eunóe gerenciaba el dúo de aulétridas. Era ya un poco matronil —si frágil—, de muy buen ver aún —empero—; de corazón ternísimo, muy alocada de sus partes o de muy débiles defensas. Aris no era propiamente ningún Pastor Fido, y amaba a diestra y siniestra —por así decir, ya que todas son destrísimas—. Amaba a diestra y a siniestra, a babor y a estribor, Aris; y sin dejar de amar a Clito, requetó de amores a la quebradiza y requetada Eunóe.

Por la partida del infame Aris (pastor) era Clito llorante en demasía.

Voy a traducir los trancos 85 a 90 (del capítulo 3° de LAS INMEMORABLES de Adeodato) que son los más pertinentes —aunque os parezcan impertinentes—: En la Arcadia feliz (lo refiere Herodoto de Halicarnaso) tres pastores había, dados a Danza y Música y a Eros: Eunóe, hembra madura, dueña de la majada. Maestra de la flauta y el garzoneo. Clito, pastora, aulétridazagala, sacerdotisa de la docta Venus. Aris, zagal, aulétrida, pastor, faunillo si no sátiro rijoso, de amor disperso y vario. Eunóe dirigía a los aulétridas. Hembra en sazón y frágil, ternezuela, se rindió a Aris tras no largo asedio. Por la partida del infame Aris, era Clito llorante en demasía... Clito sin Aris, ménade gimiente, por los riscos y prados apacibles de la Arcadia feliz vagaba loca... ¡Pérfida Eunóe! voceaba. ¡Pérfido, infame Aris! repetía el Eco. La pérfida y el pérfido no oíanla! Venus propicia, vigilante, sordos los tornó... etc., etc.

Hay que tener mucho cuidado en la traducción e interpretación de los textos añejos, porque —a lo peor— los exégetas inventan a Heráclito llorante, para que ría Demócrito a carcajadas...

No ha poco anduve, un si es no es de picos pardos, con Miguel de Cervantes Saavedra...: Llévase esos vidrios vacíos, ya depósito para el almacenaje, ya vehículos para el trasiego. Y traiga una medida —ni tan breve ni desmesurada— de ese pésimo Ron, no de Jamaica, a que se abreve dél la sed, a que se acalore el yermo magín, metido, inmerso en horribidas neveras, de ellas psíquicas o metapsíquicas, de ellas sólo ambientes. Una medida no tan breve como imperceptible, ni tan colmada que se revierta sobre los ausentes manteles: ora se bebe sobre pura quincallería de materias plásticas!

Cuando bebía con el Manco —otrora—, las mesas de los mesones eran de honesto roble si no de prócer encina —si nudistas las mesas— o sobre ellas mismas alemaniscos o brocados. Con el Manco se bebía Yepes o Madrigar, añejos, en pulcras, cultas cráteras —parlando en argotéico, que no en argótico— (no se estilaba entonces beber mínimas dosis: menos aún bebellas de tan baja prosapia o sin prosapia). Caldos de linaje muy ilustre, doctamente añejados, expertísimamente decantados, muñidos y enderezados a su máxima perfección. Me decía el Manco que en los de Argel —baños en seco— no se sufría tanto por la ausencia como por la ruin ralea de los brebajes de potar. Pánfilas hidromieles cuando no mixturaciones torpemente especiadas, óptimas para los lucios eunucos atenorinados, pésimas para erguidos varones de pelo en pecho y noble sed en gola, barítonos virítonos aunque bajos cantantes, y doñeadores de buen catar si soto mísero manto, a media capa a veces, o sin capa como el evadido o fugado de la dama en celo de Putifar. El Manco, que no era mudo y que esgrimía la péñola

como el estilete, me decía —confidente—: *Caro Leo: vive bien, bebe mejor, venustea a tu amaño, parla poco y no escribas para ellos ni para los fariseos!*. Don Miguel —¡rabie Lope!— así se curaba de sonetetes habilidosos como del propio *con razón Vega por lo siempre llana* o de su fe de bautismo teñida de judaico por cuanto Saavedra; don Miguel —que esté a la diestra— gustaba de las donas, castellanas o de la morería, principiantes —por el A.B.C.— o doctas bachilleras de las Sorbonas o Salamancas, ricas en experiencias, ya académicas, ora de mera práctica o gay-artesanía vocacionales. Gustaba de todas ellas! Buen don Miguel! Excelente don Miguel! Y cómo befaba de Doña Mencía de Alburquerque y de Doña Urraca Traslaviña —a quienes no logró por *gazmoñas y renuentes*, como las llamó Dulcinea del Toboso —transposición de Aldonza Lorenzo, azafata de Doña Mencía, y de Irene Tobar, dueña joven de Doña Urraca—. Irene y Aldonza, lugartenientes de sus amas, hartos amaron al Manco; Aldonza dióle vida a Sansón Carrasco Cervantes y Lorenzo, mal bachiller, buen tahúr, óptimamente dotado de las mejores mañas y de los peores ardidés del padre putativo del Hidalgo Manchego.

Pero el Manco se fue. Desvaneciósse entre neblinas y lagunósidades. Otro día vendrá. Reanudaremos nuestra plática informal y de lo que me narre en torno a Aldonza y a Irene principalmente, de lo que se me narre —si está en vena— cuenta daré minuciosa y prolija. No es tan inaccesible el Manco, si se le trata con el debido respeto, la mayor cortesía... Y si no se le interrumpe con necias acotaciones baladíes... Y si abunda el buen vino. Yepes o Madrigar, de preferencia...

¿Seré fautor de la inútil fazaña?
¿Seré cultor de la imbele folía?
Mester de juglaría
a nadie daña.

Ni al sol deslustra ni mi cifra empaña
ser ogaño el jugar que ayer solía...

Mester de juglaría Arte es cimero
magüer sus trazas de bufón o gabe;
en su cholla lo grabe
el majadero:
poeta ultra-pomposo o ruín trovero
valen —redondo— un mismo ingente cero...

¡Harto poco valemos! *Tanto monta!*

Todo esto no viene a nada ni a cuento...
Parasicología del leosignista? ¿Paranoia? ¿Cinesismo
o ponosis? ¿El tan nombrado *surmenage*? O, ya,
la presbiofrenia?... Arcanos, arquitrabes... Eludo
investigallos y meterme en aquestos. Entre burla
y veras, veras, concluí alguna vez. Veras. Verdad?
Y no verás, como creyeron... No verás, pues no
pétame el tuteo más que el hablar en tercera persona
o en pluralidad ficticia. Digo siempre YO, escribo
siempre yo, vivo siempre Yo, no por yoísmo agudo,
egoísmo y egotismo, sino más bien por timidez
u orgullosa modestia o encaracolamiento. Suficiente
y pedante en grado sumo paréceme el Nos, por más
que es usual en casos tales y cuales. Usual pero no

lógico. Y yo —por lo menos hasta donde me dé cuenta— lógico soy, cuanto anfibológico (y ecolálico). Por lo mismo de mi lógica digo redor y alrededor y no alrededor ni en rededor (que son enredadores) y digo titerero y no titiritero (así tirite o titirite.) Y... Váleme Ulises! Ya que el sutil Odiseo me soltó de sus manos y me dejó de sus brazos y no en las y los dulces de Calipso o de Circe sino en los y las del Cíclope, ásperos y aspérrimas...

Todo como que iba bien —las opiniones divididas—, todo como que iba ¡dále que dále! sin ninguna armonía, sin grata melodía, pero marcando el ritmo y con exactitud semanal sincrónica (sincrónica de sin crónica ni cronicón o sincrónica de sincronía?) y con exactitud sincrónica fluía, manaba la corriente no tan lustral ni clara, pero apenas turbia y en manera alguna ponzoñosa, si no anodina (en cuanto a que no templa ni calma el dolor) y si bastante anodina por insignificante, ineficaz e insubstancial; fluía la corriente: no tan fácil su fluir, cuando se es tartajoso y tartamudo de estilo, dado a la batología y otras —además—, elíptico en veces, descalificado de numen, de inventiva tocada de inopia, de exhausta o intermitente imaginación, de gélido estro, de verbo no nada en absoluto exuberante ni menos espontáneo: el fluir de su estilo es, en síntesis, precisamente, un auténtico, real y verdadero y flagrante estilicidio.

Iba entonces saliendo todo bien que mal o mal de mal en peor, hasta la dichosa ocurrencia del Ulises guajiro interferida por la de un otro romero que, aunque lozano aún, resultó no ser el arbusto de hojas aromadas y de flores azules, sino el romero peregrino que va en romería con bordón y esclavina (y debajo de la esclavina...): *Las flores del romero, niña Isabel, hoy son flores azules, mañana serán miel...* decía don Luis el Califa. Las de este otro romero, cuando regrese de su romería, se sabrá que son hojas impresas y encuadernadas y argumentos del hipotético y tardío comentario. Que no haya pasado nada. Nada grave. Nada que tuerza el rumbo de los astros ni interrumpa la erección iterada de efímeros andamiajes de Leo —que yo tampoco leo ni de oídas, que no me escucho—. Entiendo que la demencia del amigo el romero no puede calificarse de precoz (ni de procaz) ni que ese su librejo en potencia sea la primera de sus manifestaciones pero ni siquiera la antepenúltima. Yo ya sabía —pues lo conocí en algún antaño, si dejé de tratarlo y maltratarlo— que no estaba muy en sus cabales ni muy cuerdo y ajustado del meollo ni muy sano del caletre o magín —quier de la cholla— y que no era tan discreto como para tener callada y recatada su folía: antes bien (y después mal) la exhibía y publicaba y no sólo por modo transitorio —por vía oral como aquesta— sino dejando constancia de ella por escrito (manuscrito o impreso). Y sin mas incidir y reiterar

(porque el romero de que hablo es su presunto coautor) pongo a disposición del curioso y del desocupado y ocioso, el LIBRÁCULO DE FUGAS de mi alienado ex-amigo y romero y de otro de mis yóes. *Pero no divagues* —Leo— apúntanme, unisonantes, Mandricardo el Mandria, Proclo el Proclive, Wolfgango el Lupercio, Heráclito el Heteróclito y el propio Ulisida de Odiseo. O, si no, *preguntadlo a Muñoz que miente más que yo* lo dice el Refranero a toda voz... a toda coz.

He de tornar, entonces... a la base... tras de un breve interludio: Lo que refieres en esa prosa de amaranto y jalde. Lo que relatas obelístico, lítico, parabólico. Si contádolo hubieras sin más ni más en no heurístico canto de trovador, de juglar o de escalde (lo que tu eres): viento eólico... Mejor no lo dijeras, tanto y cuánto —y como es obvio y además en balde— en jamás apostólico —puf!— ni didáctico en nunca: cristalizadas gémulas de llanto que aplauso no envilezca ni Taltibío heralde ni Pandemos (remídico simbólico) convierta en panacea de su cólico... Aquestas tus Memorias-esperpento, otro cualquiera erupta, otro regüelda, otro cualquiera de prosapia edilica, vierte o revierte en Chile o Paraguay, en Prisco, en Sacramento...

11 III 1954

Y el manuscrito continuaba así: Y divagando más: Sonsón es onomatopéyico nombre o apodo de la *patria chica* de Ño Cargamundo, de Mano Cantalicio y de Fernando Villalba, otro joven poeta más que quincuagenario, de inspiración niponeso-daríaca (muy antaño). Como nueve de cada trece de los de Sonsón, Villalba es són-són de don Lorenzo Xaramillo. Sonsón como lo sabemos todos los suecos de la mejor época —suecos desde 1620 hasta 1826 (más o menos), sonsón quiere decir *nieto*. De donde —verbi-gratia—

Sonsón Caballero es una otra manera de llamar a Luis Eduardo, el ex-enemigo número uno de los —entonces— nuevos o nuevones, hoy jóvenes poetas etc., etc., más que quincuagenarios como Fernando Villalba. Luis Eduardo Sonson Caballero es, ogaño, máximo amigo de los ex-nuevos aludidos y prócer muy ilustre.

Menos solicitó veloz saeta
destinada señal, que mordió aguda,
agonal carro por la arena muda
no coronó con más silencio meta,

que presurosa corre, que secreta,
a su fin nuestra edad. A quien lo duda,
fiera que sea de razón desnuda,
cada sol repetido es un cometa.

Confiésalo Cartago, ¿y tú lo ignoras?
Peligro corres, Licio, si porfías
en seguir sombras y abrazar engaños.

Mal te perdonarán a tí las horas;
las horas que limando están los días,
los días que royendo están los años...

me dictó Don Luis al oído, en consideración *de la brevedad
engañososa de la vida* (y no tan breve) ...

Ver SONETO - SECUENCIA DEL MESTER DE JUGLARÍA I
(en FÁRRAGO - OBRA POÉTICA, Volumen II) y DIVAGACIÓN TERGIVERSACIÓN
- INTROVERSIÓN (en BÁRBARA CHARANGA).

XI

Y a otra cosa. Esto no lo decía nadie conocido letrado ni anónimo alguno, que lo decía el Qüídam quibusque: te estés quieto, te estés quedo, once de cada diez veces; calles o tacitées y enmudezcas, doce de cada once; oigas ni escuches y menos seas eco, trece de cada doce, e inmérgete en tí mismo per omnia. Salgas de tí solo una vez en cada hebdemero por el cuarto de hora del pastor y otros quince minutos para que espetes tus naderías jóvicas si joviales del jueves. Si propugnas paz y pugnas por libertad de tu pensamiento, no lo comuniques; ni turbes aquella de los demás; ni paz ni libertad cogitante revuelvas —que las amancillas— en los zocos y ágoras con las gentuallas tertuliantes ni las resueles por pasiva. Te estés quedo, te estés quieto; calles, tacitées, enmudezcas, ni oigas ni escuches ni seas eco. En tí mismo inmerso, cogita. Silba tus tonadas para tí —y para las arañas gourmontianas— y discanta las lucubraciones de tu *estro* para tí. Los hebdomadarios cuartos de hora del pastor (y de la pastora) no los compartas con una misma ni con determinada: que el azar es sumo inventor; y los quince minutos para estar en la espetera tampoco los dediques a un auditorio único. Sino que sean para quien deséenlo o lo soporten por rutina, indiferentes. Esto no lo decía nadie conocido letrado ni anónimo alguno, que lo decía el

Qüídam Quibusque, a mi enderezado y a mi endilgado. Alcéme de hombros, cuyo es comentario mío usual y concepto cuasi perenne de la taifa de lelos otros-yoes obsoletos y caducos. Ante el Qüídam, alcéme de hombros y guiñele los ojos como aconséjalo el veterano capitán del atlético Tolima relozano... Los dos gestos míos, simultáneos (alce y guiño) motor fueron de la fuga del Qüídam Perencejo. ¡Echadle un galgo! Soltadle dos! Echadle toda la jauría, si os prueba hacello, doctísimas academias, sapientísimos concilios, vanilocuos clanes! Solo que estuve, anduve, anduve, anduve... trincas y cotarros! hasta que me detuve en el habitáculo y, en él, dime a escuchar las músicas intemporales, si no de las esferas, de los discos. Porque han tornado a mi las músicas tras luengos días y por meses... Que no tenía en que hacerlas sonar. Quizá la Música libreme de la atrábilis ya que la Filosofía no alcanzó para tanto: como si no fuese sino una Sofía cualquiera: talvez Beethoven tenga aún razón empero.

Si la Filosofía, si la Sofía que a mi me peta (no tan la del día porque ella sí existencialista) es ya sublime y dejó a la zaga la o las que el Sordo tenía en mucho, la Música a su vez si más fina (más fina?) e intelectualizada no disminuye, no puede dejar de lado la que sigue siendo cimera y quimera y cada década más alta. Como todo son ciclos, pasé por uno

que alontanóme de la Música, no sensorial ni afectiva sino físicamente. Llegó un momento en que, por *substracción de materia*, como repítese tan originalmente, no tenía ni vehículo para la audiencia doméstica id est a domicilio —Grullo— de la música a bordo siempre: y la mi discoteca también fue saqueada: pagó diezmos y ni a trueque de primicias —quizás—: pero no siempre segundas partes no fueron buenas que las hubo y las hay óptimas partes segundonas. Bien. La Filosofía —la que pétame— adúnase con la Música —la que regocíjame— y con la Poesía —que, cariciosa, lancíneme, o pungente, úngeme con óleos ledos, o, elática, súmeme en sima o en cima álzame— Job. Música, Poesía y Elación y Sofía adúnanse; ante odio, Tedio, Fastidio, Hastío, Aburrimiento, fórmanse en cuadro, a que Cambronne se la espete —a contrapelo—y a la falange quíntuple. Cuando besé por vez primera —limpia de afeite, gordezuela— tu boca, Alda, sentí que el mito renacía, soñé que era —otra vez— la Poesía, —para ese mito— mendicante y poca: y poca y mendicante era tu boca, y magnífica y suma. Poesía, para ese mito: el mito no valía... oh sí! valía, vale una bicoca: una bicoca sin su plus-valía...

No me parecía la Poesía, como en otros tiempos. Se envejece o se hace uno más tonto. El descubrimiento de la pínica advino hacia la madurez. No ciertas pilosidades viriloides restábanle a su total femineidad venustísima. Quizá hacíanla menos rendida, menos pasiva, más actuante. Y en ciertos modos de su carácter asaz dominante, egoísta y... dentro de su sexo, viriloide un poco: nunca rendida, siempre derrotada, siempre vencida si en jamás hembra entregada: Mujer funcional, con cierta androginia Cristina de Suecia... fría y ardiente: quieres que te dé tu regalo de cumpleaños... gozando mucho entregándome a tí...? Porque siempre se daba... si reticente.

20 IV 1954

XII

Hoy es el día de los Santos Inocentes...? No, no es hoy su día de ellos, entre los que —si no de los primeros— ocupa Leo, entre los segundos, destacado lugar —Leo el Lelo por cuanto Beremundo, el Lelo como Buho y el Lila por sí mismo— y si no degollado por el Herodes, ni por ninguna ráfaga de hetiquez, degollado sí en la de San Bartolomé —como se sabe— y en el camarín de una denodada y docta Herodías expertísima, y Margot, la por más señas, no totalmente pelifulva. Si me curáse de mi disfasia, no sólo de la locutoria, sino también de la discursiva, que quizá ni llámese asá, pero de otra guisa. Si me curáse de mi

disfasia o, dicho mejor, si sanáse de ella puesto que de ella no me curo mucho ni poco. Si sanáse de mi disfasia y si se dulzuráse mi congoja íntima, y si me dejáse de tracamundanas, esclavitudes —de grado— cenojiles —y de ahí hacia arriba—, talvez saliera del clan de los Non-Sanctos Inocentes, para ingresar, céleremente, nunca en el de los zahoríes, mas en el de los avisados indiferentes o enterados meramente, displicentes. Así podría dedicar *mi conato* —sic— (o buena parte dél) a poner en muela el primer centiloquio de los que tengo en mi obrador o taller o fábrica de opúsculos, filial de la de crepúsculos —con arreboles—. Sosegado el espíritu, además, tornar a la mi celsitud relativa. Volver a ser señero, desdeñoso y altivo: no juguete de veleidades ni idólatra de falaces entelequias ni vasallo ni valvasor de principesa alguna Aldonza, delusivas y taimadas. Tornar a ser tolmo isloteño: lago dormido de atolón hispido y ríspido, para hablar jerga más accesible a greyes planas y soto-greyes o al *vulpino intelecto*, según Mosén Roberto.

Y Deidamía? Ella no sabía si era ella, pero lo sospechaba o parecía. Deidamía! Ya ni habrá ocasión de definirlo. Huía y no sabíase por qué. Esquivábase, escondíase como si tuviese algo que ocultar. Oh Deidamía! Quizá... Por lo menos debía haber puesto las cartas sobre la mesa o sobre holandas.

Hubiera sido lo leal consigo misma. Con menos subterfugios y recovecos. Entre lo malo prefiero —de una vez por todas— lo peor. Oh Deidamía! Y Deidamía? Deidamía se llamó Andana... Se llamó Andanada otro sí... Se llamó a calificar servicios... Se llamó llama llama llameante y luego llama de la puna, llama púnica...

Don Mandapoco llegó muy taciturno a su despacho de invierno. Venía en busca de don Mandamenos, a quien no halló, mas topó con don Mandamás a quien no deseaba encontrar. En esas arribó don Mandamucho llamado también don Mendacio —si no por sus áulicos y alzapuelles—. Este don Mandamucho me dá a mí en los mismísimos testimonios...

El 22 de noviembre penúltimo —por ahora— fué memorable sábado si con algún tropiezo que, quizá, desilusionó, que, acaso defraudó. Siempre —Wilde— *se mata lo que más se ama*. Pero hubo un par de episodios —sucedáneos—, que asaz emocionaron. Y el 28 de noviembre dejamos en Nare a nuestros amigos —por dos o tres heptémeros— que resultaron hartos mas. Pero, por hoy, tornemos a cosas no más de ahora. Por ejemplo: lo que hubiera sucedido en Europa, después de 1789, si, como lo escribe Stephen Vincent Benet, Napoleone Buonaparte (nacido para el caso el 15 de agosto de 1737) hubiera muerto como

Mayor de la Artillería Real de Francia el 5 de mayo del dicho 1789? Transposición se llama esa figura. No se olvide que el Mariscal Ney murió en Cancán de Antioquia en 1846 (creo) y que las Aventuras de Ney entre Bredunco y Nive (como erróneamente dicese, por entre el Cauca y el de la Magdalena) según Leo, las empezó a escribir Bogislao desde 1946 (creo) a base de documentos irrefragables y apenas hoy —ayer— se entera Bogislao de lo dicho por Vincent Benet, con la circunstancia —en favor de Bogislao— de que Ney murió definitivamente —por segunda vez— en 1846 según Leo, treinta y un años después de su presunto fusilamiento, y Napoleón una sola vez, en Santa Elena, sin lugar a dudas, en 1821. De ayer 5 de mayo, ciento treinta y tres años ha...

Razón se trae el epígrafe de Benet: *No basta ser un genio: el tiempo y el hombre deben coincidir. Tal vez Alejandro el Grande, nacido en época de profunda paz, no habría conmovido al mundo. Newton, criado en una cueva de ladrones, podía no haber inventado más que una nueva e ingeniosa ganzúa...* John Cleveland Cotton.

León Bogislaus Ludvicson Fromholdt von Greiff, nacido en Abylund —hacia 1830— hubiera sido obispo luterano de Vexio, Uppsala o Lund, o, dado a luz en uno de los siglos XVI, XVII o XVIII, hubiera sido el 5º de los tres mosqueteros que ya eran cuatro, el mozo de estribos de la Reina Cristina, en sus horas libres,

y antes, Coronel de coraceros de su padre de ella, el rey de Hielo, Gustavo II Adolfo el Grande, si no —más tarde— Edecán de Carlos XII, más loco que *ene* cabras de Sicilia —capretinas sículas— o más orate que *ene* mas uno ex-vikings de Bolombolo.

Se impone para Nos aunque indignísimo el empleo de la sibateína en dosis un si son no son muy más que super-abracadabrantés! (Oh Deidamía Oh ex-mía Deidamía! no se sabía nada...).

En las Notas y Disertaciones para ayudar a la inteligencia del Divan Oriental-Occidental, Goethe, el sabio en toda cosa, el curioso y escudriñador eruditísimo, nos habla de Marco Polo, hombre admirable que ocupa una posición eminente: Marco Polo, en la 2ª mitad del siglo XIII, llega hasta los límites más lejanos del Oriente; nos inicia en las más extrañas costumbres, que nos parecen casi fabulosas y asombrosas. Nos lleva a la corte de Kubláï-Kan, que reinaba como sucesor de Gengis-Kan, sobre regiones inmensas. Qué debe pensarse —en efecto— de la extensión de un imperio del que se dice, entre otras cosas: La Persia es (de ese imperio) una provincia grande, que se compone de nueve reinos, y todo el resto se mide con esa misma medida. La residencia del Kan, en el norte de la China, es inaccesible. El Palacio del Kan es una ciudad

dentro de una ciudad. Los tesoros y las armas forman montañas. Los empleados, funcionarios, los soldados y los cortesanos son innumerables. Leopardos amaestrados —sin alusiones más o menos contemporáneas—, halcones, azores, neblíes y gerifaltes adiestrados, ardientes auxiliares de los cazadores. Oro y plata, joyas, perlas, mil objetos preciosos en la posesión del príncipe y de sus favoritos, mientras millones de súbditos deben contentarse con una moneda ficticia para sus cambios. Habla el Omnisciente Goethe de otros viajeros ilustres, entre ellos un tal Juan de Montevilla, cuyos viajes se inician en el año 1320. La relación de sus viajes ha llegado a nosotros como un libro popular, muy desfigurado y adulterado por desdicha. Se admite que su autor hizo grandes viajes, que vió mucho —y bien visto lo que vio— y que sus descripciones son exactas. Pero se aprovecha de los trabajos ajenos y mezcla a sus relatos fábulas añejas o novísimas. (Como lo hace el del programilla, quien saluda a su predecesor Juan de Montevilla, que debe ser el mismo Sir John de Mandeville tan nombrado viajero si fantasioso fabulador). Pero ninguno de estos viajeros vale lo que Sindbad el Marino y en todo caso vale menos que el viajero Mandricardo y que sus viajes. Los Viajes de Mandricardo, desde la Ceca a la Meca, desde Uppsala a Bolombolo, del nido a la Biblioteca, de Potosí hasta

el Pactolo, del solio a la taquimeca, del uno hasta el otro Polo...

Pero antes de entrar en los Viajes de Mandricardo, es plausible escuchar alguna Visión Memorable del proto-iluminado William Blake, insigne vate inglés que así narra lo que vió: Yo estaba en una imprenta del Infierno y vi el método por el cual se trasmite el saber, de generación en generación. En el primer aposento había un hombre-dragón que llevaba lo que sobraba a la puerta de la caverna. Dentro, cierto número de dragones cavaban la cava o caverna. En el segundo aposento había una víbora enroscada entorno de la roca y de la caverna, y otras que la adornaban con oro, plata y piedras preciosas.

(Parecía aquello el Serpentario de Ciro Mendiá o el del culebrero del limonero de Opogodó).

En el tercer aposento había un águila, cuyas plumas y cuyas alas eran de aire: volvían infinito el interior de la caverna. En su contorno había un gran número de hombres semejantes a águilas, que construían palacios en los inmensos acantilados. En el cuarto aposento, había leones hechos de un fuego violento, que obraban estragos en redor y fundían los metales volviéndolos fluídos vivos...

(lo que demuestra que no es el León, que os habla, como lo pintan...).

En el quinto aposento había formas sin nombre, que hacían correr los metales en la extensión: allá los recibían los hombres que ocupaban el sexto aposento: y tomaban la forma de libros e iban siendo colocados en fila, en Bibliotecas.

Los Gigantes que formaron ese mundo y le dieron una existencia sensible, y que ahora parece que viven encadenados, son en realidad, las causas de su vida y las fuentes de toda actividad. Pero las cadenas son las astucias de los espíritus débiles y tímidos, que tienen el poder de resistir a la energía. Según el proverbio, el débil en valor es fuerte en astucia. Así, una porción del Ser es el Prolífico, la otra el Devorador. Para el devorador parece que el productor en sus cadenas. Pero no es así: él no toma sino porciones de la existencia y se figura que es la totalidad.

Y sigue Blake: Pero el Prolífico cesará de ser si el devorador, como un mar, no recibiera el exceso de sus alegrías. Algunos dirán: ¿pero no es solamente Dios el único Prolífico? Satáno el tentador era considerado, en otro tiempo, como uno de los antediluvianos, que son nuestras Energías. Dice más adelante el Visionario: Entonces me avalancé rectamente en el cuerpo del sol. Allá me vestí de blanco, y, tomando en mis manos los volúmenes de Swedenborg, descendí de esta región gloriosa y pasé más allá de todos los planetas, hasta que llegué a Saturno. Allí me detuve a descansar, y después me lancé al vacío, entre Saturno y las estrellas fijas. Una misma ley para el león y para el buey es la Opresión.

La Energía es la única vida y proviene del cuerpo, y la Razón es el límite o circunferencia exterior de la Energía. La Energía es la Alegría eterna. Entonces Ella puso en el Mundo el Deseo Pálido, padre de la Curiosidad, virgen siempre joven. En seguida, la Pereza de plomo, de donde vino la Ignorancia, que dió vida al Asombro. Estos son los dioses nacidos del Temor. Ella no los conocía. Sin embargo todos ellos guerrear con la Vergüenza y refuerzan

su débil brazo. Pero el Orgullo despertó, no supo que la Alegría había nacido, y sacando de sí propio semillas emponzoñadas, las introdujo en el Monstruo Vergüenza: nació la Ambición, rampante como un sapo. Las...

Hasta aquí Blake

6 V 1954

XIII

Y ya verán quien es Calleja.

Porque —después de un viaje largo, introspectivo— háse llegado, si no a parte alguna, sí a la conclusión de que lo más cuerdo es insistir en la añeja folía, persistir en ello, para no caer de folía en bobera, de locura en bobada, de insania mansa en tontería agresiva. Y tratar de lograr la perfección en la locura que —y ya alguien lo proclamó, seguramente— es cordura mayor que la obvia cordura corriente. Y si es locura de las de ensimismación sublimada y no nada ruidosa, ya que el insano de marras ni susurra, menos vocea (bucina ni estentorrea) y —si mucho— se expresa por escrito y no con suma claridad. Con no leerle... Y como no dé cualquier malancosejado con las sus escripturas y las endilgue ex-catedra (desde su tingladillo...) Mas, ya verán quien es Callejas, listo a impedirlo, a toca teja por de contado o dando y dando: punto y contrapunto y controversia: no en defensiva sino en activa: en contra-ataque fulmíneo. Sin divagar, íbase en que la

del Quidam es locura de ensimismación sublimada y meramente discursiva o cogitante. Piensa o sueña que piensa o cree que discurre si sueña y en mudo soliloquio o en tácito coloquio con las desdobladuras de si mismo: con la cáfila de sus otros-yoes y soto-nos y sosías y con la secuencia de pseudo personajes que el piensa son hitos de su mínima expresión multánime. Que el insano Quidam de Marras es a veces un tal Apolodoro de Nolandia —por las Batuecas— quebrador de hemistiquios, quebrantador de normas y normalista en quiebra, cuando no Taltibío, remero de galera antes, piloto ahora de la Nao Hiperetusa —si hoy en receso—: la Nao Hiperetusa, siempre en carena. En otras ocasiones el orate de marras es el vago de Beremundo, Autólico de baratijas, espetador de incongruencias narrativas en las que acumula naderías sin cuento, y redundante y superabundante locuaz —si habla—. Veces torna a ser el orate Sergio Stepanovich Stepansky... en sus lagunas: como que olvida que Sergio pasó a difunto hace ya lustros o se salió del mapa y andará estratósfero brincante de Algol a Sirio o de Altaír a Betelgeuse, si no del uno al otro cuerno de Selene menguante. También suele ser Boemundo en brazos de Cimodocea, Veleda, Cidalisa y Eunoe, las integrantes de su Quinteto —como cuerdas— del que es él clave y si el ido de marras. Si habla con don Os, créese historiógrafo, edecán de Clío y confidente de Swedenborg y Blake y de mister Grifius y entonces

es el coleccionista de las Andanzas de Ney por Antioquia y de las Memorias anticipadas del Bogislao. Otras veces cree ser el mismo, Bogislao, con lo que ármase qué fandango, que trapatiesta organiza, que zurriburris... pues yo también las doy de Bogislao (que es un mi tío apócrifo) cuando inverecundo y desaprensivo y caído de mi torre y el Quidam de Marras, sueña ser otras vegadas don Juan de Cipagauta, aventurero del siglo XVI, XVII y XVIII y circumnauta filibustero un tris, bucanero otro poco, piratilla ocasional, fanfarrón lo suyo (que no era poco simulador): mixtificador de caudal inventiva... Buen mitómano. Don Juan de Cipagauta, el nauta y circumnauta, conquistador sin cartabón ni pauta —si mentiroso—: amó la vida lauta y al desgaire —si asaz siempre impecune— y aunque tañó la flauta, nunca hechizó ni sierpecilla incauta ni mucho menos dona adusta y cauta, ni dona experta —para el caso— impune; crée —otro sí— don Ente (el de quien parlo) que es por su riesgo y cuenta ente imponente, muy ente de razón, con vida propia como escritor o justador del verbo, cuando cantor —figurado o actuante— y si músico (en veces de tal posa). Dejémosle, a ese Quidam y ya verán quien es Calleja El Solitario, a su soledad, el isloteño a su insulilla; el nada afable, el insociable, el hosco, a su rincón y vuelto a la pared que es lo más lógico y metido entre sí: fosco tras hosco. Es, a la larga, más cómoda actitud, y dá más

alas a inerte acción y a la función introspectiva, y aún a creaciones y recreos pseudo-poéticos (o poéticos de veras) y cuasi literarios quier semi filosóficos. Oh Amauta! Sólo. Tan solo. Función de tí, y en tí, so tu manteo asbéstico y en tu toga de amianto. Y óxte, gentes! Buen viento! Abur! Habías echado en olvido a Da Vinci. No te membrabas ya de Leonardo: *Se tu sarai solo, sarai tuto túo...* Sigue tu rauta, vé por tu rúa —no como cipagauta ni como cualquier algo tra cacatúa. Evita el duo (con tal cual excepción de amicicia amorosa) y huye veloz del coro, de la masa coral, y meno mosso del trio y del cuarteto... Pero no huyas del Quinteto que ya sabemos: ese del que eres clave y del que cuerdas son Veleda, Eunoe, Cimodocea y Cidalisa: dos violines, Amati, la viola Stradivarius, Guarneri, el violoncello: Cimodocea, contralto de peluche, aunque no cante y aunque no se le escuche cuando cante. Cimodocea Brunehilde y Bradamante! Veleda leda. Leda, Cidalisa Marfisa, Eunoe angélica satánica como Aglae Fonoe o

12 V 1954 (manuscrito inconcluso)

XIV

La vez anterior se trató de MEMORIAS DE BOGISLAO y de una segura interferencia de Mordecai... Bogislao, ha poco, es decir hace rato..., pasara de otras labores secundarias y por poco tiempo a unas de supervisoría archivera. Por contados hebdémeros pasó de didascálico a paleógrafo in-partibus fidelísimos. Cambió de jaula, id est, de galera. Y subió de un tercero a un cuarto piso. Aqueste hartoso soledoso. Pero es —Bogislao— como ha sido y será siempre, el capitán de sus sueños, el condotiero de su fantasía, el rector de su divagancia, el capelmaestre de la mínima suya, a la que le queda grande aún el diminutivo y no llega ni a mera ronesa de la sabana; el capitán de sus sueños, el batutista y la propia batuta concertantes de su banda de vientos, y, de adehala, ahora, paleógrafo venturo —autodidacta— y hasta donde le ayude la miopía y cerrazón de las vistas y del meollo. Paleógrafo, primero que mimeógrafo, antes que parodiógrafo y copiógrafo; y leogrifo, leogrifo leogrifario siempre. Escribir mucho arruina no sólo las potencias espirituales, como se tiene sabido, sino que también descompone el físico. Y es probado, como decía Quevedo, y como consta en el Archivo Nacional. Probado entonces que el ejercicio de la pluma, o de la Olivetti, —aún moderado— no sólo arruina las espirituales potencias (y el lector o audiente las

de la paciencia, llamadas otrosí paciencias jóbicas —debiendo llamárselas jóbicas otrónó: que no fue Job tan paciente, si pudo haber sido el protagonista de la segunda serie de las LAMENTACIONES, ya no de Jeremías—) —el paréntesis va largo—: no sólo arruina las espirituales potencias sino el propio físico del meneador de la péñola o unidígito de la maquinilla mecanográfica: mejor será ya no esgrimirla más y cesar en su meneo o dedeo, Bogislao, magüer no seamos oficial primero de ninguna secretaría, pero si secretario suyo de sí, con pluma no de ganso ni ansarón, y, cuando mecanizado, monodáctilo mecanógrafo y con tanteo y tartamudeo. Dejar, Bogislao, el ejercicio de la pluma, que arruina el físico, y darse a la paleografía (y a la paleografía comparada aún) que es, aquélla, *ciencia o arte de leer la escritura y signos de los libros y documentos antiguos*.

Entrégate, entonces, oh Bogislao el Burócrata, a la Paleografía. Por la mañana: las horas vespertinas dedícalas a la introspección y a la musurgia y al enhebrar ensueños en hilos inasibles de ficción y de silencio y de vagos anhelos. Por la mañana a la Paleografía; al mediodía a la bucólica, gastronómica si posible, y a la enófila aperitiva: cuando advenga la noche de ceniza —o de coque— dedícala al pregusto del éxtasis final. En los últimos

días de hace tantos años nada le pasa a Gaspar, es decir a Bogislao. Desde que el corajudo campeón Palinuro depuso las armas, y —nuevo aunque añejo Cincinato— fertiliza el agro con el noble sudor que mana de su frente ex-ceñida por el lauro (y con abonos químicos), después de haber inundado los Orbes con las fanfarrias estrepitosas, heraldos de sus fazañas...; desde que Palinuro (uno de los Otros-Yóes de Bogislao) depuso las armas, nada que ocurre por estos predios como para referirlo a propósito y despropósito de entretener y divertir o de aburrir y fastidiar a las buenas gentes oyentes y venturas desventuradas lectoras de aquestas MEMORIAS Y AVENTURAS. Que yo, Bajo el Signo de Leo, fuera de escribano, relator, historiógrafo, amanuense o coronista de Bogislao (y de Palinuro y demás Dobles y Triples del *héroe*), no ejerzo otras funciones, siquiera burocráticas, que, ni tanto como aquellas, pudieran ser llamadas —benévolamente— literarias o afines. De adehala, o por contera o yapa —a elección— en estos días no he podido platicar con Hilarión el Taciturno, ni con Diógenes el Puritano, ni con Sergio el Estepario, ni con Efestión el Glabro, ni con Deodato el Dositeo, ni con el propio Bogislao, ni con Beremundo menesterozo, pese a sus innúmeros mesteres con quienes trueco ideas y las trastrueco, y de cuyas tablas febles y veras y mentiras se nutre mi parva poquedad noticiaria.

Visto lo uno y sufriendo lo otro, héme dado, yo, el Escribano locutor —como Bogislao— a la Paleografía, con ánimo de llegar a ser —como él— en una docena larga de años, sagaz trasladador de escripturas añejas y de garabateados —donosamente— protocolos. Así —quizá— dable me sea cumplir con acierto mis funciones ad-látère de Herr Bogislao, como su biógrafo, apocrifario, mitógrafo y memorialista. Y —simultáneamente— héme licenciado paleógrafo *a-rebours*, pues pretendo poner en signos intraducibles e inexegetables y en cláusulas abscontas, reconditísimas, las, de Bogislao y mías, tontas, claras, planas y someras lucubraciones y confidencias (algunas de éstas de subido color y sabor sapidísimo), para, disfrazándolas así de recónditas, tenébreas y soterrañas, las crean, las imaginen, las buenas gentes audientes o leedoras, tan ricas de concepto, sindéresis y meollo, como escabrosas de estilo o desestilo o sin estilo, y, las de sabor escabroso y aliñado sabor, FÁBULAS MILESÍAS. Por modo que profeso la Paleografía ex-profeso —Yo, el Escribano— para traducir e interpretar. Y hago de paleógrafo leogreiffiano para enrevesar, tergiversar, confesioncillas indiscretas, tergiversar, enrevesar naderías —de Bogislao y mías— insaboras, y retorcer y contorsionar dislates sin maldita la gracia. De las primeras, mejor no meneallo. Pero sería dilatado definir qué son o no son naderías y dislates —en conjunto— o que es o no es cada uno de

los componentes plurales del binomio. Y se tiene, además, que *definir es limitar* (y lo dijo el divino Leonardo). Y se tiene que toda definición es un Lugar Común, necesariamente. (Y esto último si no recuerdo quién lo dijera. Alguien sería, pero no yo; tampoco fue ninguno de los integrantes de la fanfarria disorde, ninguno de los compañeros Otros-Yóes o Dobles de Bogislao y míos).

Dado que sería largo —sobre enfadoso e inoperante— (que no parece voz muy ortodoja) entrar a definir que son o sean o no, naderías y dislates. Dado (o tomado en préstamo) que Leonardo da Vinci ya sentenció y es su fallo inapelable para el cuerdo. Y para el cuerdo de mí. Prestado (o dado en usufructo) que hay urgencia de huir —en lo posible— del apestoso Lugar Común. Así como de la música (y la poesía) que agrada a los danzarines y tangantes. Y dejando de lado otros considerandos axiomas-dogmas tan atingentes y valederos como los susodichos... Resulta que naderías y dislates —aún de Bogislao y míos— serán lo que sean y nada en dos címbalos —ni voladores— y hélas! o velay!, como mejor os pete o se os aconseje, y todo se irá definiendo y lugar-comunizando por sí mismo, y el buen Sancho con todos. Y llega Sandoval valsando.

LAS MALAVENTURAS DE EBENEZER-BEN-MORDECAI son interpolables y serán interpoladas en las MEMORIAS DE BOGISLAO Y DE SU ESCUDERO Y SU ESCRIBANO Y SU ESPOLIQUE Y DE SUS PANIAGUADOS. Resulta que aqueste desconocido artífice —Mordecai— de tantas naderías baladíes, en sus actividades prácticas y no ostensibles, es un funcionario tipo —que vale por standard—, normalmente adocenado, insignificante como tal, por modo que deplorabilísimo. Ni va, ni viene, ni cuenta ni hace falta ni sobra, ni fá, ni fú, y anónimo si en nómina. Empero, Ebenezer-ben-Mordecai-ben-Platón, cuando sale de sus funciones contables y entra en las incontables —por numerosas o por no referibles todas sino en són (con sordina) confidencial—, sin ser un tarambana de ejecutorias ni un malandrín de alternativa como EL NIÑO DEL ALIFAFE —su resobrino el torerete—, es un tío o re-tío de cuidado, aunque parezca un mero primo. Le da por ser artífice de naderías baladíes —cierto es—: pero éste su *hobby*, ésta su manía, casi hipotética, además, es pabellón mercante que camufla piráticas fechorías suyas y de su banda. La su banda es un trío —apenas— pero arma qué trapatuestas y aquellarres y más alboroto que los orquestones caros a Berlioz y a Mahler. Es un trío y él le hace cuarto. No es un cuatuor instrumental —ni de vientos siquiera— sino cuarteto de catadores de lo añejo y de lo neo —en cuanto caldos— y de lo neo y lo apenas maduro si se trata de blancas o trigueñas

o de morenas aceitunas u olivas dahlias. Obran como conjunto si enófilos, y cada uno por su mismísima punta en los devaneos y escarceos doñeguiles.

Ebenezer-ben-Mordecai-ben-Platón nada cuenta de sí mismo, de sus orígenes y primeros avatares. Yo le creo —a Mordecai— hijo de algún buen Mardoqueo, quizá Mardoqueo Jaramillo, pues por el acento parece antioquensis. Ebenezer..., quizá sea nombre elegido por él para tapar el Jairo. Ebenezer-ben-Mordecai —es hipótesis mía— llamóse inicialmente Jesús Jairo Jaramillo, hijo de don Mardoqueo. En cambio Ebenezer es harto prolijo cuando narra sus andanzas y malventuras y fazañas o proezas contemporáneas... De lo que va corrido de este siglo. Y a ellas se llegará. Los otros rufos de la banda —rufos aunque no necesariamente pelirrojos ni rizados ni *rufos a lo walón* —ni tan rufianes—, son, a saber: Matías, Mateo y Matatías Galo, hijos póstumos de Rufo Galo y de Gala, nacidos en buen tiempo y aún simultáneos. Gala Placidia, viuda de Rufo Galo, dió educación esmerada a su prole rufina. Con todo derecho organizaron ellos —ya adolescentes— su Tríplice Alianza, no para fines bélicos, parabólicos ni ante ni antibélicos, sino para no interferirse. Así, Matatías optó la Numismática, Mateo la Filatélica y Matías la Crucigramática o Crucigrametría trascendente. Matías buscó siempre entre las morenas, Mateo entre

las rubias y entre las otras Matatías (y no tías ni que las matase). Matatías gustaba del cognac. Mateo del whisky y Matías de la ginebra. Matías profundizó en las literaturas góticas —escandinava, angla y germánica—, Mateo en las romances y mediterráneas —grecolatino—, y Matatías en las esclavas y orientales. Matías era tenor. Matatías barítono y Mateo, bajo. Matías llegó hasta la polifónica, Mateo se quedó en el barroco, y Matatías tomó para sí la posterior a Bach. En la música moderna compartían antipatías y preferencias: disentían sólo en detalle. Matatías gustaba de la prosa, Matías del verso, y Mateo mezclaba una y otro, cuando daban los de la Tríplice en escribir, en crear —como dicese por alto— o en componer —como peyorativamente; que —como leer— leían toda cosa, aún policiaca. Vaya pues! y todo en armonía... (y contrapunto) hasta que Ebenezer-ben-Mordecai se llegase a alborotar el cotarro... (Armonía, contrapunto y fuga..., en tal caso, casi siempre). Ebenezer-ben-Mordecai-ben-Platón, disociador por excelencia, discutidor disputador impertérrito, de eclecticismo polémico y escepticismo pugnaz. Ebenezer esperaba a que dijeran, para contradecir, a que loasen para vilipendiar, a que atacasen para defender, a que denigrasen para enalbar o albear, a que cesasen para reiniciar, a que transigiesen para tornar a disentir. Y, luego, a reír, —mefistofélico o yago— proclíveo...

y a reir —ingenuote o bonachón, pazguato o pueril. Y a aguantar el chubasco de impropiedades que se le venía alud encima—. Por lo demás, todo acababa en libaciones rituales, primo, y para sellar la paz, —después de fumar el calumet consabido—, y después... veíase constreñido o constricto Ebenezer a beber cognac con Matatías, whisky con Mateo o ginebra con Matías o —para no agraviar a ninguno— aquavita con Bogislao que llegaba..., y, ya integrado el Quinteto, a catar el indígena néctar, Ebenezer, Matatías, Mateo, Matías y Bogislao. Y esta es la introducción de los personajes —primeros roles— de la Comedia. LAS MALAVENTURAS DE EBENEZER-BEN-MORDECAI, DEL TRÍO RUFINO Y DEL MÉTOME EN TODO BOGISLAO. Porque el Trío de Rufinos es Cuarteto de Ebenezer y Quinteto de Bogislao y podrá llegar a ser SEXTETO DE LUCÍA, cuando advenga Lucía... Alguna vez —en Tota— sin Lucía aún, lo llamaron el QUINTETO DE LA TRUCHA (muy poco una trucha para cinco y para tales cinco! —cuatro para el caso... porque Bogislao no es piscívoro como alérgico a las Sirenas—). Este Quinteto nada tiene que ver ni que oír con el de Ebenezer Gamut —que son otro Quinteto y otro Ebenezer—, y le vamos a llamar Quinteto de las Discordancias o de las Discrepancias o el Quintetín mal temperado? a pesar de o por su mucho temperamento? o —quizás— por la intemperancia verbal de quienes intégranlo? Decídalo Hamlet...

XV

Llega Sandoval valsando. Que todo llega, hasta Sandoval. Y esto no es del Refranero de Correas ni del de Sancho, sino del Refranero de Bogislao, del métome-en-todo Bogislao. El cual, antes de nada y después de lo contrario —para no tanto iterar— es un hombre, si pugnaz, rehacio a lo rahez, asaz benevolente de suyo: de cuyo hecho emana el ser tomado en menos por el grupo, grupeto o banda de que hace parte. Ebenezer-ben-Platón-ben-Mordecai —particularmente— befa dél a cada traspiés que dá, sea idiomático, sea cordial porque el homobono de Bogislao es ingenuote y crédulo en demasía, magüer agudo y escéptico para otras actividades e inactividades. Los sus traspiés idiomáticos resultan de que como escribe tanto —si parla poco— y dormita algo más que Homero y caza nubes y echa a volar globos de fantasía, y no se para en pelillos gramaticales... pues... he aquí la razón de la frecuencia de los tras-piés de Bogislao en cuanto a los idiomáticos. De los otros *ni hablar* —parlando el ovetense— es más prudente y en jamás meneallos.

El Trío de rufinos sigue las huellas de Ebenezer -ben-Platón-von-Mordecai en la tarea de pretender fastidiar al y-a-mi-qué de Bogislao nominado también el álzome-de-hombros. Los rufinos Matatías, Matías y Mateo toman el pelo a Bogislao —lo que resulta abusivo y harto inoperante porque tuvo más pelo Lain Calvo y era Calvino menos glabro. Digo en la testa. Empero, los rufinos, Mateo, Matías y Matateo tornean a Bogislao más a fondo, id-est, no por los traspiés suyos de uno u otro jaez, cordiales o idiomáticos, sino porque escriba. Porque escriba mal o peor o bien y porque no deje las damas y se dedique a las matemáticas y aún a las damas chinas —juego— o al ajedrez. En este juego de los escaques, Bogislao sólo puede competir con Oswaldo o con Choces y quizá con Ulises (pero no con Odiseo que lo aprendió con Palamedes y lo jugaba con Circe, ducha en tretas, gambitos y celadas. Odiseo tomaba la dama si era Circe o Calipso la contendora casi en la apertura o precisamente en la apertura. Tomaba la dama a trueque de las torres y un caballo, aunque fuese el caballo de Troya. Esto Odiseo). El Ulises de la terna de contendores ajedrecísticos de Bogislao, que él integra con el didáscalo Oswaldo y Choces el coreógrafo, mejor escribe que ajedrecea. El trio de rufinos, Matías, Matatías y Mateo toman —metafóricos— el pelo de Bogislao, quizá para colgarlos de un ciprés o sauz lo que constituye una cabreridad. Ya le dicen poetete

ya le dicen poetón, poetoide o poetastro y *eta* sin Poe. Y si se meten con su prosa, ora la dicen prosa sosa o potása —no cáustica siquiera— ora la dicen la prosa galimatías o galimatatías cuando le da por el galimateo a Bogislao. También le dicen... Pero dejemos en paz a los mendaces soslayados y rufos.

Volvamos al punto de partida. Llega valsando Sandoval. Sandoval no hace parte del grupeto sino como suplente o ripieno, cuando alguna de las partes dél acatárrase —para el canto— o embébesse en demasía —para todo lo demás. Llega Sandoval valsando. Como danzarín no es nulo si no es ningún Nijinski, pero ni cuando demente. Llega entonces, con un mensaje de Gaspar que escribe desde Babia. Gaspar estuvo siempre en Babia, desde muy antes de ir a ella a dictar patafísica y logomaquia, catacrética, semántica, leontológica e hiperbatónica, batología y caótica rítmica. Escribe Gaspar en babia y desde Babia e invita al grupeto. Desean los Mecenas de la Urbe que todos los que están en Babia conozcan —y no en televisión sino en persona y actuantes in-vivo— a Ebenezer, Bogislao, Mateo, Matías y Matatías. Sandoval encargaráse de la pecunia, de lo numulario —gerente eficaz nada rapaz—, sino capaz, veraz y asaz eficiente. El Quinteto actuaría en dúo —Bogislao, Ebenezer—, en trío —Mateo, Matatías, Matías— en cuarteto aquestos últimos y el propio Matatías que

es ventrilocuo; en quinteto —los tres Rufos y los del duetto— y como Bogislao baritoniza y tenorea simultáneamente, en sexteto también y aún en septuor. Claro que actuarán todellos como solistas, ora cantando ya diciendo versos dellos o de quienes sean. Representarán la FARSA DE LOS PINGÜINOS PERIPATÉTICOS y las PAMPIROLADAS PANDEMONIÚMNICAS de don Palmerín de Pantontonia, farsilla si las hay y húbolas siempre. La Sorbona de Babia hará editar las Poesías (sic) de Bogislao, llamadas FÁRRAGO, los crucigramas a Ebenezer-von-Platón-ben-Mordecai y los setecientos setenta y siete Lieder de Matías, los ochocientos ochenta y ocho Madrigales de Matías y los tres solos de píccolo de Matatías. Cada solo de píccolo de Matatías dura sólo un minuto. Lo bueno si breve (corto) dos veces bueno, dijo Gracián. Aprended de Gracián y de Matatías, oh prolijos! Si van a Babia los de la trinca, Babia será qué Jauja para mis amigotes y terminarán las Malventuras de Ebenezer-von-Platón-ben-Mordecai, de Bogislao el métome-en-todo y de Mateo, Matías y Matatías Galo, hijos de Rufo Gala y de Gala Placidia, tataranieta lejanísima de Bilitis, liberta Macedonia, por parte de Spiridión, como sábase por el RELATO DE PROCLO que así empieza: entre el hijo de Galo y Ebenezer —obsérvese— existe parentezco: Spiridión biznieto de Mordecai y chozno de Ebenezer, propugnador de Basra, casó con Amonasra (hija de Radamés y Aida). Si cuando canto, como es uso, vozno, no se le tome a mal, que así es a vida... Chozno de Ebenezer, Spiridión, biznieto de Mordecai, hijo fué

de Patroclo —no de su homónimo el homérída, de amistades dudosas con Aquiles— de Patroclo, labriego intrascendente, roturador del agro, cónyuge de Bilitis. Lo narra Proclo, relator obsoleto, por los cerros de Úbeda o de Mérida vagante, discurriente. Menester es que enfiles presto, raudó, y la cláusula cadente coloques bien y operarás milagro. Spiridión el Plácido, hijo fué de Patroclo y de Bilitis liberta macedonia, y, ex-soprano (tras una laringitis que la llevó a la máxima afonía) danzante experta, grupa babilonia y de ojos flechas donde las ponía. Spiridión el Plácido gustó del fruto ácido: casó con una nómida núbil de ardiente boca y húmida.

De aqueste enlace de Spiridión el Plácido y de la núbil princesa de Numidia proviene una larga secuencia de Spiridiones hasta llegar a Gala Placidia, esposa de Rufo Galo y ... al trío de Rufinos Matías, Matatías y Mateo. Más claro? Cuando se regrese de Babia (todo cabe en lo posible) relataré lo de más meollo que por allá acontézcales a los farandúlicos amigotes integrantes del Quinteto de las Discordancias o de las Discrepancias o Quinteto mal temperado. Mientras... Sandoval organiza la expedición, en cierto sentido punitiva. Vacila Sandoval en cuanto el sistema traslaticio... Vacila entre viajar en litera (que parece lo indicado para movilizar literatos) o viajar a lomo de dromedario, no contraindicada esta suerte de transporte para dromómanos a diario. La litera tendría que ser de magnas proporciones, porque —aunque discrepantes— son inseparables los de la farándula literata. También el dromedario sería colosal —y escasean literas y dromedarios de las requeridas

condiciones—. Viajarán entonces a pié y no en fila india sino en a modo de falange macedónica. Entonces viajarán a campo traviesa o codo a codo si por camino, vía, senda o trocha. El problema es de Sandoval.

Me vino una vez —y era recaída— (pero ya se me fué) por darlas de humorista después del deceso de Fonoe. Fonoe murió de lo que suelen morir todas, todas las gentes de su género, con excepción de la *desdichada* Elvira de Espronceda y de Joan Crawford en cierta cinta. El humorismo es cosa seria, demasiado seria para mí, que pienso a tontas, escribo a locas y vivo a la diablo, vivo o vegeto a la diablo, con suma indiferencia y nonchalanza total. Vegeto entonces a la diablo y pienso a locas y escribo a tontas. No quiero decir que piense en locas y me cartée con tontas ni que tenga nada que ver con la diablo ni con ninguna diablesa. Si no que todo se vuelve lugar común y así suele decirse, sin ningún compromiso. Parlando de otra guisa: vivo, duro o vegeto como si ello no tuviese nada que conmigo se relacionase o que me importase. Cuando nada se ambiciona o se desea ni aún se espera —hastiado escéptico— se dura o se vegeta con displiscencia señera y señorial. Y se piensa —función también ya vegetativa— sin poner mientes en ello —cogitación subconsciente— y se escribe —manía enquistada— sin objeto ni sujeto, tón ni són, razón ni sinrazón... se escribe por escribir sin escribir,

como en ocasiones se lee por leer sin leer, es decir sin atender a lo ni entender lo que se lee: escribanía gratuita, mera función caligráfica (aunque es casi tan fea la letra como anodina la canción). Me vino una vez —y era recaída— por darlas de humorista, ora en verso ya en prosa que en este caso será la misma cosa: ni prosa ni verso ni cosa. Si en otro tiempo resultaba humorista sin pretenderlo —humorista involuntario— pues pensaba que era serio —no adusto— cuando escribía tras de pensarlo para en serio; con tal cual incongruencia por tergiversar y scherzar un poco. Todo esto no lo digo yo sino que Gaspar lo recita —por escrito— en el mensaje que llegó de Babia. Parla también Gaspar de sus andanzas por Babia y regiones limítrofes, en su mito. Ahora... Dejando de lado a Upa, paso a otra cosa. Y sigo. Y siguió. El programa de hoy es el problema de mañana, y el problema de hoy será el programa televisado de mañana. Como canción, la de Sergio Stepanky...

Otra, que dice: Oh tú, la Innominada! Mientras llegas, te nombro dueña de lo que réstame, dueña de lo que faltame, señora de mi flor de lis en el hombro, de mis estigmas en las sienes: de cuanto abrumame y exáltame. Oh tú la Innominada! Mientras llegas... etcétera y etcétera - Que ya es parabisar.

8 VII 1954

Ver RELATOS DE PROCLO (en POESÍA NO FECHADA O INCONCLUSA - OBRA POÉTICA, Volumen III).

XVI

BAJO EL SIGNO DE LEO —que no es de Leo sino de Bogislao, y que tampoco sería en caso alguno de Leo, porque el de Leo es el signo de Cáncer, como ya se relató—, continuáse con la secuencia sin mayor consecuencia ni menor trascendencia, con la secuencia de las Aventuras y Malventuras de los farandúlicos. Los cuales farandúlicos sujetos —cuyos nombres ojalá pudiera no volver a decir —aparte del hecho de que los conozco de cuartos de siglo—, no tienen ninguna importancia para las artes ni para las letras, como no sea (por la circunstancia anotada arriba) para mí, o para los del mundillo que conmigo transita rúas de fantasía y bizarría y extravagancia y divagancia, como son, a saber: el simpar Apolodoro de Mesina y no sólo de Mesina sino, en más o en menos, del propio Chigorodó; Cimodocea Traslaviña ninfa egeria (de color) y —de yapa— aderezadora de las viandas manutenientes, reconfortantes y saborosas: no todo ha de ser fréjoles a la torrezna o al tocino, ni menudencias y no de ave, perros calientes y morcillas. Cimodocea Traslaviña y Mardonio Sastoque integran el servicio denominado doméstico. Juan de Juanes es nuestro maestro peluquero, rapabarbas y esquilador, y correo de las brujas, y comentarista deportivo. Epitacio Alcofribas, ducho en el mangoneo, es nuestro detective de cabecera y lector de cámara, cambia

-discos, bibliotecario y jefe de las bodegas y de las cavas (no de las Florindas), y no a sueldo ni ad-honorem ni aún a satisfacción: sólo que le dio por ahí. Tal vez le baste con las propinas de Matatías y de Ebenezer. Perantonio Entrambasaguas, águila de la finanza, es nuestro tesorero, nuestro fiduciario. Descansamos en él, en él confiamos a cierra ojos...: y no es nuestro Tesoro moco de pavo —como dizque decían los clásicos—: Tesoro es de los de Aladino, por lo menos, si no es el de Alí Baba. Vigila Perantonio nuestro Tesoro y nos da lecciones de la más sana economía. Maneja nuestra balanza, nuestra balanza de pagos, muy doctamente: qué expertísimo balanzario es Perantonio! Cantalicio Cipagauta es *ministril*, *bufón* y *jugar* a nuestro servicio —en el día—; en la noche es nuestro dador de serenatas a las alunaradas amigas, cuando no presentes y —en nuestros ágapes— tañe el laúd, ora, o tañe el sisallo: otrora tañó la flauta de Pan... Ya se irá presentando a los demás habituales visitantes huéspedes e integrantes paniaguados permanentes del mundillo. Las Damas carecen de nombre, fuera de que preséntanse siempre con antifaz, las unas, y las otras con tupidos velos. Como señal o distintivo píntanse sendo lunar en la mejilla izquierda de cada una. Un lunar de distinto color siempre y siempre el mismo... como no haya intercambio. La del lunar verde busca a Bogislao; la del lunar gules a Matías. La del anaranjado favorece a Mateo, la del

zinzolín a Ebenezer, la del gualda a Matatías, y luce muy bien el lunar negro en la mejilla de la *suspirada* incógnita amadísima de Sandoval. Y viene Sandoval valsando. Qué nuevas nuevas trae Sandoval? Es un otro mensaje de Gaspar de la Noche siempre en Babia. Desde Babia confirma el buen Gaspar la invitación hecha al conjunto de los cinco, y la hace extensiva a los otros corifeos y a las no nada feas corifeas alunaradas. En Babia seguirán —seguramente— conservando su incógnito. También invitan de modo especialísimo a Beremundo el Lelo, el de los innúmeros oficios y mesteres. Y le ofrecen diez o doce mesteres y otros tantos oficios más, que no tiene en su colección o que faltan aún en el catálogo, según la última versión (por ahora), que hay otra en gestación, elaboración y consulta con los más altos heliotropos conocidos. Ignoran en Babia, y talvez hasta Gaspar de la Noche no lo sabe, que Beremundo el Lelo es mito y patraña e infundio y mera fantasía y ficción de las más ficticias y facticias. Patraña urdida por el filatero de Bogislao cuando proclive, de Bogislao, parangón de la filatería engañabobos y atrapamoscardones, autor del NEO PARALIPÓMENOS, que publicará después de FÁRRAGO, quinto Mamotreto, y antes que BÁRBARA CHARANGA. Invitan a Beremundo, quien, por lo antedicho y otras razones potísimas, no podrá ir a Babia sino en su calidad de Otro-Yo y Doble o Sosias de Bogislao. De Babia mandan decir —si se le cree a

Gaspar de la Noche— que el júbilo babiano es de los más inmarcesibles, que es ya delirio colectivo, guazábara bávara y algarabía y tumulto. Ya se alquilan los balcones y gárgolas de la Calle Real de Babia (por la que irá a pasar el cortejo). Y cómo será cuando pueda repetirse: *Ya viene el cortejo* etcétera, etcétera! Que ahora va a ser, no el de los paladines con claros clarines sino el CORTEJO DE ORFEO: el BESTIARIO o CORTEJO DE ORFEO de Guillaume Apollinaire.

Ahora ya sábese que Babia es una ínsula, pero no la de Barataria, que era península apenas. Babia es una ínsula sita en el Archipiélago de Fuego, subpiélago de Ceniza, más al Norte del mar de los sargazos, más al Sur del mar de muchas eles, llamado también el Helesponto, más a Oriente del mar de Mármara, más a Occidente del mar Caspio y más abajo del mar Muerto. Es una ínsula, Babia, por modo que habrá de salir la expedición en la nao Hiperetusa. De aquí saldrá en ingente litera literata, hasta llegar al puerto de Punta de Vacas, donde carénase aún la nao Hiperetusa. De Punta de Vacas, puerto principal de Nolandia de Oro, zarpará la nao rumbo a Babia —por el piélago ululante— hasta el puerto de Úbeda. Y de Úbeda a Babia, que demora cerca a la cúspide de la ínsula, otra vez en la magna literata litera. Y en litera y en nao y en litera, viajarán Matatías, Bogislao, Ebenezer, Matías y Mateo, Beremundo Otro-Yo,

Sergio Stepánovich Stepansky, Baruch, Apolodoro y Epitacio. Quizá también don Oz, que anda reacio... y las últimas que son las primeras de primera... Los nombres no discanto, que no los sé. Los colores de los lunares de cada una y en cada mejilla izquierda, parte baja. Llamemos BE a la alunarada anaranjada, CE a la de gules, DE a la de zinzolín, EFE a la del lunar sinople, GE a la del negro lunar y HACHE (que es muda) a la de gualda: la de gualda no es muda del todo. La JOTA le corresponde (qué casualidad!) a una que es aragonesa... y KA, ELE, EME... (que no son sigla) etcétera, etcétera. En litera y en nao y en litera viajarán unas (de lunar lila, de lunar lunar) y unos. En el caso de que decídase viajar y no se derrumbe, arruine o periclite la invitación de los de Babia. En el mundillo de marras (qué se había hecho Marras?) todo sigue igual. Bogislao continúa dále que dále a la Olivetti, a ver si al fin termina con FÁRRAGO, quinto Mamotreto, y con la paciencia de quienes escúchanlo *Bajo el Signo de Leo*. Ebenezer-ben-Platón-ben-Mordecai, sigue descifrando Crucigramas ajenos y cifrando crucigramillas de los suyos; Matías insiste y persiste en sus Lieder, Mateo en sus Madrigales a Capella (no es Capella ninguna de las alunaradas) y Matatías en sus solos de pícolo. Beremundo el Lelo siempre en pos de un oficio, de un mester nuevo. Sergio Stepánovich Stepansky trabaja frenético en el volumen diez y siete y siguientes del LEXICÓN DE MISTER GREY, y Baruch, Apolodoro y

Epitacio, cada cual en lo suyo. Cimodocea Traslaviña, en la cocina, en ello, y aljofifando, que da brillo... Juan de Juanes y Perantonio Entrambasaguas y Cantalicio Cipagauta, en lo que les corresponde. Y las ilustres alunaradas, ídem de ídem e íbidem. Ya en conjunto, ensayan las farsillas que representarán, si van, en Babia, y que son —repito— las PAMPLINADAS PANDEMONIÚMNICAS DE PALMERÍN DE PANTONTONIA y la FARSA DE LOS PINGÜINOS PERIPATÉTICOS en versión corregida y aumentada. Es incorregible dicha farsa, en verdad..., pero está corregida. No sólo háse de corregir el cuerpo... o corregir pruebas. Esta FARSA DE LOS PINGÜINOS PERIPATÉTICOS es pecado juvenil de Aldecoa, Leo y Gaspar —en su primera versión—, en la su segunda, es pecado maduro del mismo Trío, y en esta tercera versión es pecado horrendo de senectud de Matías y Mateo y Matatías —asesorados por Ebenezer-ben-Platón-ben-Mordecai-el-Basri y el-alhelí y Sergio Stepánovich Stepansky— desde hace tres semanas otra vez entre nosotros. Como que regresara, de no sábase dónde —pues no cuenta— (y razón tendrá el vejancón pillastre!); Sergio siempre está de regreso, siempre estuvo y estará de regreso. Proclo —en cambio— siempre está yéndose y estuvo y estará. Y ahora no está yéndose sino que está ido, completamente ido, y en manos de los psicoanalistas. Proclo ido, si Sergio revenido... Ambos a dos asaz descalcificados del meollo —que dicen que

dije— y oxidados y tomados de orín. Y tomados (a secas) (a secas?). Tomados definitivamente. Tomados, aún con JOTA (la Aragonesa alunarada de aguamarina) Proclo en manos de los psicoanalistas más turulatos. Sergio no, que no cree en ellos ni en ello. No cree sino en Bogislao y sus ensalmos y panaceas, y para el caso presente, como no sabe que está revenido... Sólo sabe que está de regreso de sus lares y a sus dares y tomares... Refiere maravillas Sergio, de la Ignota —por nos— región de donde viene. Alguna vez que anduvo por Bolombolo —como se supo posteriormente por ciertos poemillas de su malaconsejada Minerva— contaba portentos de la Floresta de Brocelianda, de donde decía llegar. Ahora narra maravillas, digo, de la región Innominada. La mitad será mentira, patraña el resto, y el saldo... Si hay saldo y lo hay: pero es CERO. Porque Sergio es otro paradislero, fabulador y superchero y mixtificador y farolero. Pero es divertido y en ocasiones no tan embaidor, aqueste fantastón manifiacero y parlaenbalde..., aqueste otro patrañuelo fraseólogo. Si es como dice Stepansky la región hoy por hoy nominada Innominada, no le tiene que envidiar nada a la Netupiromba de la buena época, aún descontándole. Es otra Jauja con más señorío y de mayor alcurnia y mejor rango. Y vaya la una por la otra. Carece, agrega Sergio, carece la región Innominada, de poetas magistrales, si pululan allí

poetisas en grado sumo hermosas, de alta calidad como tales y de calidad óptima si prescindese de toda consideración poética de ellas, como autoras. Y ahí no miente Sergio, pues trajo poemas dellas grabados y despampanantes fotografías suyas también (suyas de ellas: no de Sergio, que es feo, pero sí de Sergio que las tiene por ellas a él donadas y dedicadas). Una de ellas, Iraeta, es de la estirpe de las Silvanas —en cuanto a la arquitectura— y si poetisa...; olvidaba que no he escuchado las grabaciones de Iraeta. Debe de ser una excelente poetisa... De tal palo... tal astilla. Otra de ellas, no de mi gusto lo que le oí, (me reservo entonces el nombre) distínguese en la fotografía —en color— por su semejanza con la menor de las tres Gracias, en todo lo demás... y en los ojos y la cabellera endrina, a la mayor de las cinco hermanas hijas del Rey de los Elfos. A una de ellas —de las poetisas de Sergio Stepansky— le cambió éste, la Vida, no por una baraja incompleta, ni por una docena de gatos de Angora, ni por naricilla alguna, sino por tres fines de semana en el Trópico de Capri, por tres noches áticas equivalentes a las Mil y Una Noches y por una secuencia de intercalados episódicos encuentros meridianos y del alba. Y ella fue quien retuvo a Sergio Stepánovich Stepansky en la región Innominada desde que desapareció de nuestra vera, poco después de su regreso de Talara y hasta hace algunos meses...

Que Sergio estaba aquí —pero incognitísimo— sin dejarse ver de los del Quintetín mal temperado...

15 VII 1954

XVII

Decía Sergio Stepansky en la del otro jueves, que la región hoy por hoy nominada Innominada no le tiene que envidiar cosa a la Netupiromba de la mejor época, *id est* a la Netupiromba de la primera dinastía, aún descontándole... Cuanto a la poetisa de Sergio, la que le retuvo en la región Innominada... sólo se sabe della lo que narró el propio estepario de que le cambió la vida no por baratijas sino por excursiones a dúo por el Trópico de Capri. Y Sergio estaba aquí, sin dejarse ver de los del Quintetín mal temperado.

Yendo en éstos y puestos, sobre las íes, los puntos, y las comas, paréntesis y demás zarandajas donde fuera, prosíguense los trenzados, intrincadísimos relatos e infundios, irrumpió Apolodoro: como quiera que celebrábase singular efemérides singular si pluralísima y no de pluralidad ficticia.

Irrumpió Apolodoro con su relato, que el nomina Canción: Caer he visto todas las hojas —aunque Otoño no es estación por estas latitudes—; caer he visto todas las hojas: hojas de parra sobre mis virtudes y mis vicios más inocentes y mis turpitudes, —teologales aquéllas, aristocráticos aquésos, éstas

anárquicas o rojas—. Caer he visto todas las hojas, casi todas las hojas del ocioso Almanaque: Hojas a que el poeta obre, hojas a que el poeta vaque: aquéas de laminado cobre, aquéstas de oro obrizo, fluídas... Caer he visto todas las hojas (aunque Otoño no es estación por estas latitudes), todas las hojas abolidas... Las hojas de la encina o del zumaque, del amamor y del manzanillero —hora en diciembre, aquéas—, las otras por enero...

(Aquí se fué la onda con Apolodoro, por la primera vez) —y ahora reaparece: Caer he visto todas las hojas, una a una, en secuencia, —si no se dá el Otoño y en estas zonas tropicales—. Caer he visto las hojas todas, una a una, en secuencia: hojas muy diminutas cuasi infinitesimales, infinidecimales sobre mis bienes; hojas ingentes, próceres, sobre mis males —parvos aquéllos, aquéstos innumerables y miserables y de ultra altísima frecuencia. Caer he visto las hojas todas, en secuencia, casi todas, si no todas las del ocioso Almanaque: hojas a que el poeta ponga, hojas a que el poeta saque: para aquéllas *vita brevis, ars longa*, y, para esótras, *todo es uno y lo mismo*... Caer he visto las hojas todas (aunque Otoño no es estación por Capricornio ni por Cáncer) inmerso en mi mutismo... Las hojas del madroño o de la ceiba, a cuya sombra adormeció su tedio secular —de regreso de Dabeiba, camino del Dabaibe— Sergio Stepansky, el bardo persa y medio, tañedor del fagot y el azumbaibe...

—INTERLUDIO CANTABILE, MA NON TROPPO—:

Oh qué melancolía! oh, que melanco! Lía se fué con otro! Y Lía alía belleza a ardor: oh, qué melancolía! ¿Sergio de mí, Stepansky triste y manco!! Tierno sollozo de mi pecho arranco, pesaroso! En la nenia se deslía mi corazón de azúcar! ¡Infel Lía! ¿Quién lo soñara? ¡Mudo estoy y estanco! - Sergio plañía así, lúgubre, trémulo... Sergio, otro tiempo gayo, vivo, alacre! Sergio el proclive, el forajido, presa de la melancolía! Antaño, el ámulo del azor,

del neblí, del halcón sacre! (Vamos, que dá el amor cada sorpresa...! Povero Sergio) Caer he visto las hojas todas, a fé de Apolodoro y a contra fé de Beremundo —por más que no el Otoño en ésta ocurre cintura ecuatorial —ancha de talle— (pero sin desdoro y sin que el caso sea verecundo). Caer he visto las hojas todas, mientras discurremifantasia, mientras Cronos anday transcurre lento, ogaño: muy raudo cuando Ludovico el Moro y todavía cuando Carlos Segismundo... Qué le vamos a hacer! *El tiempo es oro...* Que corra a su placer y le dé diez mil tres vueltas al Mundo. Caer he visto las del Almanaque: Caer he visto todas las hojas, a que el bardo vaque, labore y lidie, obre, haga, deshaga u ocie: lo mismo dá, —en Paris, Cantón, Nijni o Ubaque—: lo mismo dá si el tiempo es vivo o tardo: para que se licúe y se disocie Juan Lanas como el único Leonardo...!

Dejóse de oír un rato a Apolodoro... Torna a aparecer —trunco— ¡Mi peor poema! (que no es poco decir!): Caer he visto, todas, casi todas las hojas del ocioso Almanaque: desde los tiempos de Hermes Trimegisto, desde cuando la casa de Tócame-Roque: hojas a que el poeta vaque, hojas a que el poeta evoque: si juega a las damas, ataque, y si a los escaques, enroque...

Oh que, oh qué bárbaro el tal Apolodoro. Parece que su intención —en el Relato— es recordarle los años a Sergio Stepansky —Bajo el Signo de Leo— so capa de alaballe, béfale y soto su pabellón loante, endílgale directas indirectas. Allá ellos, Sergio y Apolodoro. No tengo nada que ver con los tales ni con toda la taifa de títeres que aparecen, desaparecen y reaparecen en este Disparatorio. Ni siquiera con el bobalicón de Bogislao, mi deudo, y si fuera del otro género,

la más antigua de mis deudas. Buen Bogislao, térete antaño y toriondo, ogaño, muérete y veras, mondo y lirondo...

Ahora, por estos días, al bobalicón de Bogislao no le interesa sino el ajedrez y a larga distancia y descontrol remoto. Remoto el descontrol pero efectivo si transita por la ex-calle Real, toma peones al paso, cambia torres (su Torre de Marfil por la de San Francisco, verbi-gracia) jaquea Damas, si Alfil, y al Rey de Burlas con su caballo bayo, que el otro ya periclitó por cambio. No le interesa sino el ajedrez a Bogislao y casi que lo mismo le sucede con Ebenezer y con Matías, Matatías y Mateo y aún con otros de sus amigos, corifeos y paniaguados. Háse olvidado Bogislao de su librote de poemas nominado, y bien, FÁRRAGO, y de sus lucubraciones filosóficas, ocultistas y de alta cábala. Háse desentendido de sus negocios: fábricas de crepúsculos, taller de batutas, obrador de gárgolas y quimeras. De sus negocios bursátiles y sus negocimunios. Anda peor del pensatorio que el mismo Sergio el Estepario, que el propio Proclo en su delirio, que Beremundo el menestario y Apolodoro el palinurio, orate del peor augurio. Anda mal, Bogislao, entonces, de la cholla y magín o caletre y anda mal como siempre y más que nunca de doblas y denarios, maravedises y talentos. Mal de óbolos, Bogislao, as, campeón entre discóbolos. Anda ahora mal hasta

de copecas... y esto es lo que más preocupa a sus cofrades del conventillo literario y del Quintetín filarmónico. Todo aquesto tiene en dilación y suspenso los preparativos y planeamiento del viaje a Babia. Y el Viaje a Babia es fundamental y decisivo. En Babia está —seguro— el mejor Nosocomio de que sábase. El mejor sanatorio de orates. Yo no sé por qué no se le llama Oraterio, directamente. Se pondrá allá en cura —en cura de reposo, siquier— a Beremundo para la su memez, a Bogislao para su chochez, a Mateo, Matatías y Matías para su desfachatez y a Ebenezer para que se averigüe por qué le falla la minerva. En el Oraterio de Babia logren, quizá, tornar a la cordura relativa, si mucho, a Beremundo, talvez a Matatías. A Bogislao no que no hay contra contra el Almanaque ni triaca alguna. Matías y Mateo se curarán si Matatías, pues son los tres en uno. Ebenezer-ben-Platón-ben-Mordecai demorará en estudio, vigilado por el insomne Gaspar de la Noche, el protopsiquiatra de Babia y Úbeda y Tontonia. Es un mago Gaspar, como sábase: Es uno de los Tres Reyes Magos iniciales y el primero de los Cinco Poetas Reyes Magos del actual elenco. Si lo que no logra Gaspar en el caso Ebenezer no lo conseguiría otro, ni siquiera el que batió las cataratas al Niágara, resucitó al Mar Muerto o tornó a Orlando furioso en Orlando enamorado... (aunque esto último mas que favor es disfavor o es ir de mal en peor o equivalente a cuatro

cuartos de lo mismo). En todo caso ni ése curaría a Ebenezer. Gaspar de la Noche sería el único capaz de tal fazaña, el único desfacedor de enturto tamaño. Digo, si Ebenezer está locato, que —si como parece— está bobo, no tiene cura ni le vale curador, curandero. Será ponerlo en curatela aunque está en tela de juicio su minoridad. Manos a la obra entonces, seor protomago Gaspar, brujo de la psicoanálisis magüer la su psicosis: Gaspar psiquiatra, alienista alienado; oráculo de Oraterio de Babia y del oraterío que allí mora.

Viene Sandoval valsando, llega valsando Sandoval. Con qué nuevas acércase el saltarín? Cuando saltó Aliacín al prado de los sueños —ya dello son mil años— . Cuando Aliacín del prado de los sueños saltó —dello serán minutos—: sonaron casi idénticas fanfarrias... Como era todo sueños si pequeños, como era todo lo que nada valió; diminutos los éxtasis si mínimos los daños, los goces tan inválidos como inanes los lutos: sonaron casi idénticas fanfarrias cuando saltó Aliacín al prado de los sueños, cuando Aliacín del prado de los sueños salió... Lo mismo dá si aciertas como si te descarrias: ¡oh corazón que no la negra flámula arrias, que siempre el rojo gallardete izas! - Lo que dió siempre fuego siempre dará cenizas... y eso ya es algo, fijodalgo!

Salió con esas, valsando Sandoval. Pudo haber salido con algo peor y —claro— con algo que lo valiera pero... no le al olmo peras pidas.

Surcaré el ronco océano! Somos nosotros mismos —susurra Sandoval— poetas, los ustorios faros (o farolillos) de los sueños: y amor es sueño ustorio: quema sus propios leños: no quedan ni cenizas —y ni vale la pena— de las que fueran ascuas... Abur! Felices Pascuas! Sandoval, gruñe a mi vera Apolodoro... y sigue Apolodoro: Yo siempre estoy llegando de alguna lejanía —de la misma quizabes—, corazón soterraño... Desde el primero día y hasta la última hora ventura... ¿es éste el año? Quién lo sabrá? Me dieran franca vía! Joyoso singlaría! Alegría! Alegría! Joyoso singlaría, y en la nao de pinos y de estaño! Cansado estoy. Cansancio metafísico. Vencido estoy. Rendido, eso no, nunca! Romántico no soy exangüe o phtísico... Erguido soy Titán (en la espelunca: no en ápex Prometeo sino en la sima indomeñado Leo).

Sima con ese, Apolodoro... Erguido soy Titán: de ánima trunca, de hastiado corazón, Titán Pigmeo! - Yo siempre estoy llegando de no se sabe dónde. Quizá de dentro de mi cosmos mismo girando a orillas de somero abismo —como a la mi nesciencia corresponde—. Soy de muy más Villamediana conde, si marqués de la Marca de mi Ismo. Cansado estoy. Hastiado estoy. Otea —y al medio de la media noche, torva— la Perenne, en asecho: oh dulce Dea! Más dulce es para mí tu falce corva que el sonar caricioso de la tiorba tañida por los dedos de Frineas; más tibio que el toisón de su Medea para Jasón —¿más clásica la cita?— (toisón o vellocino) y mas tiritas Jasón con él, que Leo ante la hoz y hecho con la Perenne otro Booz!

E insiste Apolodoro: Cansado estoy. Hastiado. Apunta mas no dispara la Perenne. Bueno... Qué se va a hacer. Apunta la bisunta y el mínimo Titán tasca su freno, piafante, meditando en el eoceno como buen paleontólogo, y urdiendo un epitafio a su difunta gestión, como mejor epitafiólogo —máximo teratólogo—.

Yo siempre estoy tornando de alguna lejanía desde el primero día. Cansado estoy de Bienes y de Males, buzo topo o azor nefelibata... Gira y se desbarata la sonata por espirales infinitesimales...

Y a todas éstas... ¿a qué viajar a Babia, Apolodoro, si siempre has estado allá *jóven aún*?

22 VII 1954

Ver RELATO DE APOLODORO, CANCIONCILLA y *No le al olmo peras pidas* (en VELERO PARADÓJICO, FÁRRAGO y POESÍA NO FECHADA O INCONCLUSA - OBRA POÉTICA, Volúmenes III y II).

XVIII

Ahora mismo y así desde hace siglos, *todo lo vé con malos ojos Hécate*. Y no porque sea en modo alguno estrábica, ni que los muestre pitañosos, ni sea émula de la de Eboli —la más coruscante y embaidora ciclopesa de que tiénese noticia, e inventora del monóculo—. Nada de eso: ni bizca, ni tuerta ni pitañosa, antes bien de ojos muy bellos, Hécate, si azul el uno, si el otro verde —verde y azul cambiantes—, y no chicos: ojazos abisales; y no inexpresivos: vivaces, subyugadores, cariciosos (ante quien le cae en gracia). Con todo, ahora mismo y así desde hace siglos, *todo lo vé con malos ojos, Hécate*. Hécate, la de la Mitología,

no necesita ser presentada (ni la Hécate simple, ni la triple Hécate, de tres cabezas) no necesita ser presentada en sociedad —genérica—: quizá sí en sociedades de autores y escritores... Hécate, la que todo lo ve con malos ojos. Pero Hécate de Corinto sí, pues no figura aún en ningún WHO IS WHO EN LA REPÚBLICA DE LAS LETRAS. Que aquesta Hécate es poetisa (no de las de Cándido) e importación última, traída —y no de los cabellos bellos— de la región Innominada, por Sergio Stepánovich Stepansky. Hécate de Corinto, como poetisa, es neodecadente y freudiana un tris, asaz onírica, desasida de lo real. Como persona real es Hécate toda una real hembra de tomo y lomo y de juro a taco. Real hembra si nada monárquica. Gústale más la poliarquía que la monarquía y más que la nonandria la poliandria —presumo que teóricamente o en sentido figurado o imaginativamente todavía—. Ligeramente morena, de proporciones y medidas casi las mismas de 36, 23 y 38 pulgadas, muy nombradas ahora. Quizá la tercera de las medidas llegue a las 40 pulgadas. Pues Hécate, casta, casta es anchilla... de caderas, Hécate. Hécate de Corinto, vínose a la zaga y arrimo de Sergio Stepansky, como su discípula, como su discípula nada mas. (No penséis mal de una y otro, que entrambos son incombustibles si incandescentes). Sergio profesa ahora la didascalia poética peripatética. Pasea por las alamedas, las rúas, los collados, oteros

y alcores, rodeado y seguido de su discipulato. Y el su discipulato, a babor, calza gregüescos, si —a estribor— luce faldellines someros y turgentes corpiños (chaquetines elásticos de punto de lana). Cinco son los discípulos y son nueve las discípulas de Sergio el Didáscalo Peripatético. Discurre Sergio y discurren en torno del, todos, ellas y ellos, por calzadas, estradas, rúas, alamedas, collados, oteros y alcores, en horas crepusculares, vesperales y matutinas. En aquéllas, la reunión se prolonga hasta el filo de la media noche. En aquestas, se inicia en la hora cuarta la reunión. Estas son dos breves horas destinadas y dedicadas al repaso, replanteo y discusión de lo estudiado y aprendido en la sextina del primer turno y principal. Hécate de Corinto, como más novel discípula, disfruta de especiales atenciones y mimos por parte del Maestro y de los cinco condiscípulos, y de manifiestos animadversión y desvío, de las ocho porta-sweaters, no se sabe si por ella novel o si por ella apenas nubil de ayer: que es Hécate harto joven, de muy reciente ascenso y paso de infantil a adolescente. Y entre las ocho, las hay ya madurillas, si en plena sazón todavía. La decana, Cimodocea Andújar, cuarentonea de lo lindo, y la menor, Iraeta, es un garboso sesqui-soneto sin estrambote: pues son veintiuno cabales y dodecasílabos, es decir dodecamensiles. Héte a Hécate que arriba. Acércate Hécate, dícele Sergio. Con que se va

acercando lenta y rítmica y ondeante, con gentil balanceo y ledo meneo y malicioso contoneo —la muy felina—, la luciferina Hécate de Corinto. Cuyo Corinto no es ciudad ni estrecho —que ella es ancheta— ni sugiere otro estado con el DE, que es célibe. Es ese su nombre de combate en la liza literaria. Hécate de Corinto. Con tal gracia figura en la nómina o rol, y, —doquiera— con la gracia propia suya y el salero que natura le donó.

Después de presentada con el protocolo y ritual caros a Sergio (recuérdese —si sábase— que Sergio fue Embajador fuera de lo ordinario de Trebizonda en Bolombolo y Encargado de Negocios —venido muy a menos— de Gaspar de la Noche en Netupiromba y Nolandia. Después de presentada Hécate y díchole sus títulos, preeminencias y demás condiciones Ebenezer - von - Platón - ben - Mordecai - el - Alhelí. Yo desde mi nicho les veía y oía —y trabados Hécate, Sergio y Ebenezer en trascendentales pláticas e intrascendente chicoleo— y la muy ladina me pareció muy más hechicera, falaguera y cautivadora. Temible donina, Hécate. Permaneceré en mi nicho —metafórico— despabilando sueños, descifrando enigmas, cifrando paradigmas y contemplando los estigmas que cavan sigmas en mis frente y sienes. La didascalia ambulatoria de Sergio el Eurístico prospera a diario si de crepusculario en crepusculario.

Dentro de muy poco las sus nueve discípulas serán nueve nuevas Musas sapientes y los sus cinco pupilos nuevos no siete sabios de Grecia. De Grecia no, que pese a los gregüescos no son tales, tales griegos, ni tales, ni siete, por más que residan ahora en la Atenas sudamericana. Serán los nuevos no siete sabios sino cinco de Babia y Babilania, Bobéria Citerior y Pantontonia. Y Sergio Stepánovich Stepansky, campantísimo, rodeado y seguido de las neo Musas y los neo Amautas, por los prados de trébol y amáraco y alhelí, por las rúas de asfalto o neme, de adoquines o macadamizadas y por las sendas zafíreas siderales que en veces sulcan nefelíbatos para acercarse a Sirio y a Bootes ellas y ellos a Andrómeda y a Casiopea. No mucho ha regresaron de uno de esos periplos aéreos. Regresaron un poco descaecidos, turulatos y hechos tarumba, sordos de adehala y gélidos por arrimarse asaz a la estratosfera de Urano. Tornaron descaecidos unas y otros —menos Sergio el Inmutable—, con las manos vacías y los ojos colmados de sideral angustia. Que el diablo Algol, veleta de Perseo, le sorbió los sesos a Cimodocea Andújar. Esta volvió con ellos y ellas y aterrizó incólume, mas dejó arriba sus mientes, fugadas al embrujo del maligno Algol. Altaír se dió trazas de embrujar a su turno a Iraeta de Calcedonia y Aldebarán a Progne. No lograronlo, empero, que Progne e Iraeta no cambian a su Maestro por un astro —ni de la pantalla que fuera ni por ilustre que sea

y corusco—, ni lo venden ni por treinta denarios. Los Cinco neo Amautas no se quedaron en las nebulosas. Para qué? Si siempre andan por ellas...

Cimodocea ya se va consolando de su dolencia alérgica. Parece estar en vías de prendarse de Matatías, quien la cortejó antes de saber de sus veleidades o aficiones poéticas y a la poética, y ahora huye en cuanto la vé, que es alérgico a ellas (digo a las literatas). Entre Cimodocea y Cimodocea prefiere a la ancilar Cimodocea Cipagauta, la Maga de la repostería y las artes para-manducatorias, y, en más, de tan buen ver como la otra Maritornes —Rosa de Bolombolo— y de mucho mejor callar que Cimodocea la Marisabidilla. Matatías es poco dado al chicoleo (pues los hay chicos). Ensimismado Chico (Leo dícele a Matatías). Ensimismado chico: hazle caso a la poetisa. Mira qué bovina placidez la de sus ojazos. Su boca sombreada no te recuerda la de Mariluz de los bezos de mora, la de Mariluz la de la venta de Otramina? Si no tan fresca como Iraeta o Progne o Nélida ofélida y gélida quizás, o Duhlia o Tecla o Calirroo o Eloa o Amalasunta, Cimodocea las aventaja —presumo— en facultades, sapiencia y buen sentido amorio. Tiene ojos de ser volcánica, tiene belfa boca de asaz gozadora y entusiástica y... Matatías asiente —por señas— y calla y medita. Y váse. Que le esperan Matías y Mateo y Matateo su sobrino, para salir los

cuatro en busca de su tío y tío abuelo Bogislao, que anda de picos pardos, de bureo en bateo, de bateo en jubileo y de jubileo en bureo —punto de partida—. ¿Y para qué buscar a Bogislao? Para salir con éste, y ya los cinco, a caza de Ebenezer-von-Platón-ben-Mordecai-el-Alhelí, que debe andar con Gaspar de la Noche tras las huellas y el rastro de Beremundo el Lelo... Aqueste en prosecución de lo obvio y de nuevos oficios y mesteres en qué entretener sus ocios...

El mísero de Sergio Stepánovich Stepansky quedó solo, entonces, pastoreando sus neo Musas y sus neo Amautas, El rebaño de las Pléyades —por ellas— y el de los Neo Pingüinos —rebaños ambos peripatéticos y dromomaníacos y ambulantes.

Estudian ahora —dados a la Estilística y guiados por Sergio el Eurístico y Semasiólogo como especialidad—, el RELATO NONO DEL CATABACAULESISTA y van por el tranco que se inicia con un Suelta el ancla! Orza! Iza! Ya la nao filante se desliza por la rada. La fina proa triza glauco espejo. Febea lumbré obriza corona espumas (como es claro) Atíza! clama Proclo, el piloto de la nao. Válame Thor! vocea Bogislao, cronista a bordo, ex-timonel de praho, bardo en receso y del Pípiripao huésped —que es tierra buena, como Urrao— Mordecai! gritó Alipio, alias Falopio, de la brújula el amo, el periscopio, el sextante, el octante, el nictalopio, telescopio, astrolabio espectroscopio, la heroína, el haschisch, nephentes, opio, la bodega... (la nómina no copio de cuanto en ella el buen Alipio guarda). Mordecai! gritó Alipio, cuya parda gramática cerril y cuya

tarda sindéresis bolonia o longobarda señalábanle acémila de albarda... Mordecai! gritó Alipio, y dijo mucho —si en trances de elocuencia nada ducho. Un griego dijo: *pego pero escucho* y arremetió, cual otro en Ayacucho, y *armas a discreción*: ¡Ave avechucho! le chilló a Alipio —cerca de la oreja siniestra, y un sopapo, a toca teja, le atizó, tieso, y entre ceja y ceja. La circundante multitud, perpleja quedóse. Multitud vale por sólo dos docenas de nautas y un Paolo sin su Francesca (mustio y mudo y solo) (Francesca se quedara en Bolombolo: que asaz temía el resoplar de Eolo —casi como las furias de Neptuno—, que no las de Vulcano ni de Juno. El griego del sopapo más bien Huno parecía que Heleno (a fe de alguno). Qué seguirá? Qué seguirá? Ninguno será osado a decirlo, ingenuo o tuno. —Retornando a lo serio: Baruch, vamos a partir. Y hacia dónde? Lo sé yo? Tampoco importa. Sirve un par —de Samos— ánforas llenas. Cuando las bebamos Zeus nos habrá el rumbo dado o no!

En éstas iban las y los discípulos de Sergio, con su estilística, cuando cayeron en cuenta de que había que pensar en algo menos serio y más serio —según—: el análisis ajedrecístico, que es otro cursillo que les da Sergio Pero a este análisis no puede hacerse deambulando sino frente al tablero...

29 VII 1954

Ver RELATO DEL CATABAUCALISTA (en VELERO PARADÓJICO - OBRA POÉTICA, Volumen III).

XIX

No todo sea siempre el ir y venir de bureo en bateo y en jubileo, etcétera, ni de Mateo en Matateo. Los integrantes de la trinca o cotarro vamos también en veces a fiestas de Erato y Terpsícore y Polimnia y Euterpe y de otras Musas. Ha poco fuimos los del clan a fiestas de Talía —de la mano de Clío, que es sigla didascálica, además, del cultor también de Clío y de Melpómene y de Talía, Don Oswaldo: al mismo tiempo eurístico, vespasiano, historiador y comediógrafo. Don Os, *didáscalus lupulentus*, —según cierto Linneo desalumbrado y nada en línea—. Ha poco fuimos a fiestas de Talía y casi que nos meten —si no en cintura— en la JAULA DE CRISTAL, a ser comparsas de Ariel y Flora, Eblis, Behemot y Belial y... y cabezas de estudio del Profesor Sig, si no cuerpos de ensayo del Doctor Pott. Qué deliciosa farsa la de Oswaldo, de ingenioso humorismo y de aguda sátira aviesa, con sus toques —discretos— sentimentales. Bravo don Os e intérpretes! gritaron —si en mente— Bogislao y Ebenezer, Hécate y Sergio Stepansky, Iraeta, Matías, Matatías, Mateo, Beremundo... y grité Yo. No asistió Matateo —en plan de estudio intensivo, ni la gentil cuanto otoñal Cimodocea...—. La cual Cimodocea anda ahora en distintas, en peores, quizás, que el discipulato, actividades, por fuera de la rectoría y maestrazgo

de Sergio y de su veeduría y control. No se sabe cómo saltó de discípula emeritísima de Humanidades —teoría—, a comprofesora —práctica— de humanidades comparadas con el tarambana pillín de Bogislao, querubino en vísperas de sesentón. ¡Qué binomio más divertido, más turulato, el binomio de Cimodocea y Bogislao! No es el binomio de Newton, dícele a Marras Ciro, pero si es un binomio contemporáneo de Isaac... Contemporáneo tú, Ciro vetusto, de Abraham el de Isaac y el de su seno tan mentado! Has de saber, Bogislao, que el Seno de Abraham no es paridad de esas que pretende aplanar no sé qué modisto memo parisino. No es paridad de Sweater. Es... es el seno de Abraham, mondo y lirondo e impar! Dijo Ciro, vejado, y tomó el puro portante, rumbo, sin duda, de su Serpentario, sito —el pobre— en Campoamor de Hatoviejo, cerca de Cantaclaro de Bello, más al norte del Manicomio del Bermejál, que es el norte de Bogislao y de Ciro, y donde crúzanse precisamente el meridiano y el paralelo de Beremundo insano y lelo y de toda la trinka de personajes de madera que maniobra aqueste otro malogrado titerero.

Cimodocea —decíase y dícese— y Bogislao —casi cien años entre los dos— estudian o repasan humanidades, libres de la égida de Sergio y de su tutela y tutoría, y las pasean —las sus humanidades— por collados, oteros, alcores, navas y demás accidentes

del terreno, accidentes circundantes de esta Urbe bacataense. A veces su paseíllo compártenlo Iraeta y Ebenezer, también en trance idílico, en denodado trance idíleo. Y este cuarteto, notoriamente cuaternario por el lado de los varones y tan campante, cúrase poco o nada y nonada de las vayas y pullas de Sergio y de su discipulato y de la trinca, clan o tribu (el resto del grupeto): Matías, Mateo y Matatías, Apolodoro y Proclo, Palinuro, Palamedes y el protomago de Gaspar de la Noche, enviado extraordinario de Babia. El gesto severísimo de Leo y de Baruch, si les inquieta y amilana. Baruch casi tan intransigente como Leo adusto y monitorio o admonitorio, si os parece mejor así. El cuarteto tan campante continúa en sus imponderables, a quince codos de la corteza terrestre y a tres milímetros de la folía. Son otros Fausto y Greta o Helena y Mefistófeles y la Otáñez... *Nunca la misma, pero la misma canción —de amor— que siempre recomienza.* Y lo dijo una vez Gerard de Nerval, príncipe de Aquitania, si no como aparece parafraseado. Siempre la misma canción, y la música poco diferente. A quince codos *flat* del piso, discurren, vagan y divagan y dícense ternezas Ebenezer e Iraeta —de Norte a Sur— y Bogislao y Cimodocea —de Sur a Norte— y no interfíérense. Cuando crúzanse, intercambian venias y zalamaleques, y continúan, pero, ahora, Iraeta y Ebenezer de Este a Oeste, y Cimodocea y Bogislao de Occidente a Oriente.

Cuando topan por segunda vez en la jornada las dispareas si pares parejas, hacen breve pausa, y, en cuarteto, prorrumpen en cántico. Trábanse en voces. Contralto Cimodocea, soprano asaz dramática y ligera en veces Iraeta. Bogislao baritonea y Ebenezer es bajo, no obstante sus siete cuartos largos de metro. Bajo cantante Ebenezer. Afortunadamente canta poco. Está muy ocupado, aún cuando no estudia con Iraeta, peripatéticos, muy ocupado en la corrección de las pruebas —que no de los dislates— del librote o mamotreto de Beremundo, en prensa casi. Y su título es FÁRRAGO (no de farra) y Quinto Mamotreto y no RÁFAGO como le llaman hoy en un noticiero cultural. FÁRRAGO, fárrago, fárrago. Ráfago no, aunque tampoco suena peor... pero le falta la TE inicial... Ebenezer e Iraeta, Cimodocea y Bogislao, cuando salga el libro de Beremundo, viajarán rumbo a la Villa de la Candelaria de Aná del Aburrá, a entrevistarse o entreverse y platicar con los Catedráticos Informan o los idem del Aire, por intentar y ver si Bogislao y Ebenezer pónense de acuerdo con ellos respecto a Swedenborg. Cimodocea e Iraeta irán como secretarias *ad-hoc* y como damas de compañía y egerias ninfas en ocasiones. Cimodocea es celosísima aunque no tanto como Iraeta: por modo que no se descuida... Les revisan hasta los versos que facturan uno y otro a la caza de... no me imagino qué, ya que ellos, si poetas, son poetas puros, químicamente puros,

de inspiración épico-didáctica doctrinal, no en jamás líricos eróticos... Poetas puros si los hay, de austeridad suma y soberanamente aburridores y agua fiestas los tales por cuales bardos. De las últimas producciones (sic) de Ebenezer es una DESPEDIDA, ABUR Y EPITAFIO A LIBRO DE SIGNOS de cierto quídam ex-amigo suyo y tocayo de otro.

Dice así Ebenezer-von-Platón-ben-Mordecai-el-Alhelí: LIBRO DE SÍGNULOS, Breviario (no tan breve) y Disparatorio. Centón sin tón. Haza y Grimorio de infra-poeta estrafalario, de sota-bardo perdulario, de cuasi-ex-vate ex-prenotorio. LIBRO DE SÍGNULOS, Noctuario, Dietario aún, Crepusculario, Albario poco... o tras jolgorio... LIBRO DE SÍGNULOS signario, Bric-a-brac multitudinario, no ejemplario ni monitorio. Laberinto sin laberintorio y, sin índices, Diccionario. Ni de Epifanio o de Gregorio —sino de Leo el Asinario—, ni de Miguel Angel Osorio —sino de Leo el Ilusorio—, ni de Villon patibulario —sino de Leo el Estepario—, ni de Góngora intransitorio —sino de Leo el Proditorio, bardo tabú del clan gregario, bardo tabú del clan rotario...—. *Libro de Sígñulos*, Ustorio —si espejo interplanetario—. LIBRO DE SÍGNULOS, ¡canario! ni de Verlaine o Baldelario ni de Heine, ¡noble abolorio! sino de Leo el Solitario. LIBRO DE SÍGNULOS... ¡Velorio, en Tenche! Corpus en Santuario! Emigdio, Crispulo y Honorio! ¡Oseas. Pafnucio, Macario! ¡Mardoqueo, Casiano, Liborio! ¡Santos...! Valed al proletario clan! Acorred al pantotorio! LIBRO DE SÍGNULOS, Osario sin catálogo ni repertorio, kárdex, nómina ni prontuario! Policromado Serpentario, multipintado Lacertorio! Culebra y lagarto de vario linaje: de ofidios Emporio si de antídotos dispensario! LIBRO DE SÍGNULOS, salario para el Orsado (ático, dorio, galo, sajón, anglo, samario... o berebere —hebreo o ario—) pero del Bárbaro (infusorio u orangután, mirlo o canario, fósil o chirle, cavernario o tabernario, promontorio o duna, o asceta o tenorio o de invertido itinerario

sexual —y estético o sensorio—) ¡horror! castigo infamatorio! Mancha! Baldón! Abominario! LIBRO DE SÍGNOS: al Boborio —tras batanearle el tafanario—, nalgadas en el incensario —unpocoatrásdelmingitorio—, puntapiés en el pensatorio —que allá lo llevan— ¡dád!... Precario sofión al multi-innumerario tropel, al estultorumnorio!...

Tal voceó Ebenezer en su DESPEDIDA, ABUR Y EPITAFIO A LIBRO DE SIGNOS.

Bogislao trabaja ahora en el Abominario de FÁRRAGO. Como no salga con tonterías semejantes o pares a o de las de Ebenezer! Ambos son y a cual más desalumbrado poetastro, a cual más somnífero, casi letales ambos, pero poetas puros, sin mácula, irreprochables puritanos. Cuáqueros los pobres zascandíles!

Cuando tornen Iraeta y Cimodocea, Bogislao y Ebenezer, de la Villa de la Candelaria de Aná del Aburrá, ya estará aburrida entre sí cada pareja, y quizás entonces haya trueque, trastrueque o canje o intercambio. Veremos entonces a Cimodocea y Ebenezer y a Iraeta y Bogislao reiniciando idilios neos...

Nuncalamisma,perolamisma canción—de amor—quesiempre recomienza, y así desde mucho antes de que Gerard de Nerval, príncipe de Aquitania, el Desdichado, escribiese la suya, que en cierto modo parafraseó Beremundo. Nerval dijo así (pero en su idioma): Esta canción de amor...quesiempre recomienza. Y Beremundo de Tontonia, de esta guisa o jaez: *Nunca la misma, pero la misma canción que siempre recomienza*. Corazón forajido! Siempre vencido, siempre vendido, nunca rendido y en jamás derrotado! Canción de amor perenne, si las amadas se van y tornan, huyen, renacen y se venden y se rescatan y se revenden... En odres nuevos añejo vino del amor inextinguible. Nunca la misma, pero la misma canción que siempre recomienza... etcétera y etcétera.

Pero puede acontecer que no sea así, que no haya trueque ni canje, y que Bogislao se dedique de lleno a la filatelia y Ebenezer se torne bululú. Pobre Sergio Stepansky, en caso tal: a más de Hécate, con Iraeta y Cimodocea... y Eunoe que lo espera en Trebizonda muy Penélope. Y, Hécate, sola, se basta y sobra para tener a Sergio turulato y perplejo y con —aunque vagos aún— propósitos de suicidio o de fuga... Vacila entre ir a Capri en pos de Eva siempre o a Tapachula de México, que allí vive la dulce veracruzana, la *jarocho* del colmado de en frente al María Cristina. La jarocho de crenchas de melcocha. De cuerpo casi igual a Marta Rochs, la chica del Brasil: 36, 23 y 38

pulgadas, y que no entrará por la moda del parisino Dior —a quien Machín confunda y Venus vulcanice—. Si Sergio no se fuga ni se harakiriza, parará en orate total y definitivo, a que lo trate en vano el Profesor Sig —psicoanalista de la JAULA DE CRISTAL de Osvaldiaz— y a que pase luego a la Jaula de barrotes férreos, con su sanforizada camisa de fuerza. Sergio ya tiene su sospecha de que tal fin lo acecha y en no lontana fecha. Lo acecha a la derecha. Cuando siga la flecha...

Pero sigue cantando Sergio, y se dice a sí mismo: Dále que dále a tu pandero! Dále que dále a tu bandurria! Trova joyoso por enero, gayo por mayo... o tétrico de murria por diciembre... Igual dá! Gira la rueda! Cantando el Cisne gozó a Leda, David, cantando, a Bethsabé... Ciertó que a Hércules Onfalia doctoró tejedor de lino o seda; verdad que a Sansón su Dalila su intonsa pelambre trasquila; verdad que en los muslos de dahlia de ardiente judía, Holofernes, capitis sufrió diminutio...? Qué, por Tais, advínole a Pafnucio...?

Y cantando el Cisne gozó a Leda y el oro, cantando, a Danáe... Canta, canta por ver si cae —verde, en sazón o ya madura— la más arisca o la más freda, la más salaz o la más pura, como cayeran Pasifáe, Panfila, Lálage, Makeda, Albertina, Xatlí o Agláe...

Sigue, sigue, oh Juglar cantando, insiste! Así dice Sergio. Que no siga, digo yo. Bajo el Signo de Leo. Que no siga, dícele Hécate, hecha erinnia, hecha furia, y echa sapos y culebras por esa boquirrita retrechera,

virulenta, vitriólica, y levemente sombreada y belfa un poquitín. Abur, Hécate... susurra Sergio, y váse...

5 VIII 1954

Ver SECUENCIA y UNA OTRA SECUENCIA (en FÁRRAGO - OBRA POÉTICA, Volumen II).

XX

Suele el soneto hacerse de catorce, de catorce versos o catorce renglones, habitualmente: cuando sin estrambote o garambaina apendicular y sin epígrafe de copete. Los renglones cortos. Todo ello así, mientras no lo pergeñe un barbarote que yo me sé y me conozco al dedillo, y quien —al soneto— dóvalo de renglones cortos y largos *ad-libitum*, y de hasta tres estrambotes estrambóticos o no, y pleno —el soneto— de muy deplorables licencias poéticas, prosódicas y de toda índole. A veces, de soneto, quédale sólo el mote, y tan campantes el sonetón y el barbarote. Suele el soneto ser continente de sustancias muelles, hialinas, vagarosas, sumamente espirituales, relindas y lililindas..., o, de morbosas, capitosas, cálidas, calinas, turgentes, pero en capcioso, hipócrita estilo seudo galante, madrigalesco de similar, protocolario, en cierto sentido, standard, tipo. Todo ello así, mientras no lo facture un pasmarote que yo me sé, y quien —del soneto— hace vehículo o excipiente

de truculencias o nugacidades, impertinencias o barbaridades, inanidades o malevolencias, secuencia de secuencias y banalidad de banalidades y todo vanidad. Pero como dizque el tal *sabe más que Briján* que es saber lo mismo que Lepe, persevera el fulano en su folía, y ensarta sonetos y sonetos como butifarras o como espeta desatinos a queste otro bausán de *Bajo el Signo de Leo* si de Cáncer...

Platicaba anteayer con Papiniano y no de lo de su resorte (de a queste) que aquése no capta..., y lo propio le acontece a Papiniano, pues no es él en quien pensáis, sino otro personajete, otro mengano, más que perencejo perencejísimo zutano y zutanejo y perengano, con la sola ventaja de que no es ni poeta, ni foliculario, ni musicante, ni en forma alguna cosa afín a literato rato: es un hombre de industrias y de la finanza, y tertuliano apenas ocasional —Papiniano— déste Sanhedrín, sinedrio y Cafarnaum de locos. Platicaba con Papiniano tertuliano esa vez, y en torno a temas de asaz somera inanidad, y de los sus de ellos problemas, de asaz túrgida magnitud. De aquéllos temas inanes se podría formar un tema único, el Monotema, para que lo analice y desmenuce, por los siglos de los siglos, la cofradía de los lelos y paralelos de todo el Orbe Mundo: que nada da tanto de sí como Nada..., para bordar alrededor suyo naderías del paroleo de viento con ruido de parla sin substancia ni hialina

ni esencia conceptual, si dulces naderías al regodeo y solaz de los papavientos lelos de toda lelidad y paralelos próceres de la Cofradía. Los de la Cofradía son legión como no ignórase, y dejemos a la legión platicando con Papiniano...

Y Sergio fué. Quizá a reintegrarse a la Cofradía y legión que agora gira en torno de Papiniano el Tertuliano y trábese de parolas con él? Quizá! Yo no lo sé. ¿Tornará acaso a su tarea apabullante de corrector de pruebas y de dislates, adjunto, de FÁRRAGO, el libraco de poemas de Beremundo? O estará en la brega, dándole, de revisar sus propios engendros poéticos, para publicallos impresos en Babia? Sábelo Alá! Talvez también lo sepa Lepe, que dizque sabe tanto o más que Briján? Sé, sólo, que es un amigo de Lepe y el corresponsal de Sergio —corresponsal telefónico a larga distancia—. Y no se sabe donde reside Briján. Bien. Si Sergio persevera en el furor poético llegará a ser, sin duda, otra plaga, otra peste semejante a Beremundo llamado el Longobardo, o el émulo del propio Bogislao el Profuso, nominado, otrosí, el Máximo Grafómano de estos territorios y ésta era. Sergio en la Cofradía, listo a liar sus petates, sus pobres bártulos, con rumbo al suicidio o al trópico de Capri —que él dice—. Que lo dice y así: Insisto en cambiar mis Trópicos —el de Cáncer y el de Capricornio— por el Trópico de Capri...: claro que si

está Eva allí, gringa morena. De las rubias —dícelo por Iraeta? dícelo por Hécate?— de las rubias líbreme el Demonio, que de las brunas —por Cimodocea, por Eunoe?— que de las brunas me libré ya. Me liberaré cada vez. Eva en el trópico de Capri, y el caprípede, el bisulco en el trópico de Eva... De las brunas me libro yo, que de las rubias no logrará liberarme ni el mismísimo Demonio coronado! Emigrar. Emigrar, Sergio Stepansky! O... meterme en total soledad y sumo silencio de los más táticos. Solisilente bardo acerbo y torvo, y en farniente absoluto. Hacer nada. Cuál más sabio ejercicio y muelle? Un poco soso. Sosísimo sosiego. Solo solaz. Hacer nada. Ni pensar? Si..., pensar sí. Naderías. Naderías en torno a nonada y nicosas —actual— y en redor de ninada y nocosa —de ayer. Pensar monotemático, ruta de la Locura, senda de la oquedad, atajo para llegar a la total esterilización del pensamiento, otrora fértil y fantasioso. Helás! Y si no es para tanto! Supervaloración de cotidiana ocurrencia sin importancia y trascendencia. Cotidiana, y desde los tiempos de la sardina y de Upa. De qué color serían los ojazos de Upa? Y de qué forma su naricilla cleopatrícia? O sus ojuelos y su naso? De Upa tiénense o tengo muy pocas referencias. Ninguna noticia. Será hablar de ella con Lepe y con Briján. Y Upa hembra? Y ni sería fémina Upa. Quizá ni marimacho. (Hasta sería varón de pelo en pecho y no de pechos en

pelo...) Hay que investigar acerca de Upa y de su Mito. Y... Ahora... Dejando de lado a Upa. Pásese a otra cosa. Y sigúese. Y siguió... Y siguió Sergio tras de su sombra. Susurraba: el programa de hoy es el problema de mañana y el problema de hoy será el programa televisado de mañana. Como canción, la de Sergio Stepansky... Otra, que dice: Oh tú, la Innominada! Mientras llegas, te nombro dueña de cuanto réstame, dueña de lo que fáltame, señora de mi flor de lis en el hombro, de mi tacha ocre en la frente, de mis estigmas en las sienes: de cuanto abrúmame y exáltame y... Oh tú, la Innominada. Mientras llegas... etcétera y etcétera, pues ya iba lejos y se borró el susurro. Y es ésto lo que dicese parabasisar del parabolano...

Y parla ahora Palamedes: En un rincón del mar están cantando las Sirenas. Bah...! las escuchen otros: no me curo de ése cántico —y pérfido y obscuro— que, ya extinto, perdura resonando. Pero —con todo—, cómo es muelle y blando y cómo jubilante, ése mentido canto de las Sirenas. En mi oído se va adentrando: y en mi pecho duro ya se afincó la endecha sin sentido que en un rincón del mar están cantando...

Y continúa Palamedes: Héte. Leo, otra vez del caramillo silvestre, tañedor —también silvestre—. No del órgano Bachico Maestre ni del laúd doncel trovadorcillo. Héte, Leo, sonando un són sencillo, nefelibato no ni atán pedestre. Por sonalle, Academia te secuestre? Por no sonalle, Apolo pierde brillo? No para el gusto de pulcela o doña, de vétera o novel; doctos o legos; turcomanos, mandingas ni españoles: héte, Leo, otra vez de la zampoña —para te divertir— manando soles rútilos, tiernos síes, duros egos.

— Rútilos soles, tiernos síes, egos duros, héte, soplando en el oboe, sin que la rósea oreja de una Cloe amartelados ruboricen ruegos, ni dancen a su són con sus labriegos labradorcillas cuyo pecho roe concupiscencia —Cuervo de otro Poe, buitres del semidiós— con hondos fuegos. Rútilos soles, egos, tiernos síes, refaláes y dóes —siquier utes— héte, soplando en trompa o clarinete. Para que te solaces y extasíes, te arrobes, te embeleses y te inmutés?: o te ensordezca el estridor, zoquete! O te ensordezca el estridor, Zoquete! Qué mejor evasión? Del Odiseo (Ulises si prefieres) data —creo— tal truco. Ineficaz? No me compete. Puede que a mí tal truco no me pete: a las Sirenas escuchar deseo toda vez y catar su melhibleo contralto sensuäl. *Voi che sapete...*? antañón Cherubino le pregunte tras oírla, a la mítica Sirena o a la real Sirena, como un zote. A tí, sordo evadido se te enyunte, o se te cebe para Nochebuena. Igual a mí me da, don Pasmarote. — Igual a mí me da, don Pasmarote, si no soplas (y callas) o si soplas, si burilas o esculpes o si escoplas, si pintas o enjalbegas, con achiote, o múrice, y si lo haces con garrote o con pincel, con guante o con manoplas. Igual me viene si facturas coplas o si te vuelves viento en el fagote....: ¡como no cantes! Pues tu voz, arrullo si ya lo fue, no será voz ogaño sino rebuzno y de los más ilustres! Lo afirmo yo. Lo dijo Pero-Grullo, y tras de Pero-Grullo su rebaño pedestre y sus volátiles palustres!...

Iba a continuar el inefable Palamedes, pero le dió pena. Cantó. Desaforado vocerío contra sordos espacios impasibles. Treno dilacerante por la honda muda oquedad del ámbito vacío. Enlutecida nenia de inaudibles másculos sónes de inexhausto brío: Fosco silencio el eco a la redonda. Y no ocurrió nada más. Huyó Palamedes como Sergio. Y vóyme yo tras ellos. Es lo justo.

12 VIII 1954

Ver SECUENCIA DEL SOLITARIO (Nº XXVIII) y SECUENCIA MUSICANTE (en FÁRRAGO y VELERO PARADÓJICO - OBRA POÉTICA Volúmenes II y III).

XXI

En lo anterior íbase en que hay que investigar acerca de Upa y de su mito... y en que Sergio Stepansky, dejando de lado a Upa, pasó a otra cosa y siguió —Sergio— tras de su sombra. Y susurraba en su fuga: el programa de hoy es el problema de mañana y el problema de hoy será el programa televisado de mañana. Eso susurraba, o lo contrario, que viene a dar en lo mismo. Y se decía, también, Sergio: Como canción, la de Ego de Mi. Es otra canción que dice: Oh tú la Innominada, etc., etc. y etc., pues ya iba lejos Sergio y se borró el susurro y aún el eco de su voz (asordinada ya de suyo). Y es esto lo que dicese el parabisar de lo lindo del parabolano... y parla ahora Palamedes —mudo entretanto— *En un rincón del mar están cantando* etc. y continúa Palamedes —por mucho tiempo mudo— desquitándose: (y tomándola conmigo) *Héte, Leo, sonando un son sencillo* etc. (hasta) *su rebaño pedestre y sus volátiles palustres!*... Iba a continuar el inefable Palamedes, pero le dió pena *Cantó —desaforado vocerío* etc. Y no ocurrió nada más. Huyó Palamedes como Sergio. Y vóyme yo tras ellos. Es lo justo. Vino luego —después— lo de la televisión, que fue el programa de la Bella y la Fiera. ¡Félix Leo! De la Bella y la Fiera, cuya fiera es el

León que no es tan fiero como lo televieron los que viéronle y oyéronle. Si le vieron y oyeron, que lo dudo, pues andarían hechizados televiendo y oyendo el contraste de la Fiera, id-est, la Bella. Hacía de Leo —en esa ocasión televidente— Bogislao von Greiff, bardo estratósfero feróztico, parabolano y fúnebre: que agora se le ve siempre de sombrío atuendo, de negra parafernalia total. Parabolano y ausente: que agora si que está ido. Ido y para no regresar ni precedido de la bíblica letra Jod. Bogislao hizo de Leo en esa vez y no lo hizo —dicen— tan mal: cierto que uno y otro son como dos cosas —personas— iguales a una tercera: la tercera es Sergio Stepansky. Son, entonces, iguales entre sí Leo y Bogislao y, con Sergio son los tres, tres en uno y nada en tres platos, sin llegar a ser tres Platones, aunque platónicos sí, los pobretes! Platónicos, es verdad, pero más amigos de La Verdad que ser platónicos y de todos sus derivados verbales. Bogislao en la televisión (como en todos los campos y actividades) se calumnió un poco mucho, seguramente por el natural sobresalto —que es tan tímido, pusilánime y sin arrestos—. Dijo de sí —o de Leo— inexactitudes flagrantes (e involuntarias, eso sí): de buena fé, que resultó asaz pánica —pero que, como no perjudican a otros terceros, distintos de los sus dobles, Caimacanes, otros yóes y sosías, pueden ser tomadas como verdades y de las de a puño, magüer baladíes— no perjudican a terceros

—ni a terceras— porque Bogislao es entelequia solitaria, es ser isloteño y vive o vegeta en pulcro aislamiento, sin casi afectos (aún de los naturales) —es decir, sin que inspire afecto o interés a nadie—, sin afectos e indiferente a cuanto le circunda, o circumrodea. Casi que nunca se da cuenta de que se le mortifica, zahiere u ofende, o se pretende ofenderle. Eso sí: cuando se percata de que se quiere ofenderle o se le ofende, se le ofende entonces ésa una y sola vez. Y el ofensor, real o presunto, desaparece para Bogislao. Resulta para él que es como si dejase de existir, que pasase a difunto o abolida la persona (y para siempre ignorada) autora y dueña de la ofensa o de su conato. Lo propio ocurre si se le loa o sahuma. Quien lo alabe (a más de estar listo para el alienista), quien lo alabe una vez, no volverá en jamás a laudarle e incensarle, porque Bogislao si reacciona, reacciona en frío, en tácito, ante el elogio: es decir, si reacciona —que no— déjalo no advertir, o se fastidia y váse. A menos que lóelo Leo, que lo elogien Gaspar von der Nacht, Gaspard de la Nuit o Gaspar de la Noche, que lo alabe Palamedes de Siracusa, o que hagan lo mismo y propio Palinuro o Proclo, Beremundo o Patroclo, don Juan de Cipagauta, Cimodocea, Iraeta o Eunoe. Bogislao es solitario. Es paradigma de la Soledad. No interesa a gente alguna —ni mítica siquiera—. Por modo que las sus inexactitudes son de efecto anodino. Sin efecto. Son inanes y apenas si

entretenidas. Entretendrán y divertirán —lo presumo— a gentes desocupadas, desprevenidas y desaprensivas, gentes cultoras del ocio lauto, del farniente dulcísimo, del vagar invaluable, del vacar luxuriante, de la Santa Pereza de maravilla. Que *la pereza es de raso o gamuza*, según dijo —hace marras, el orate Leó Legrí— que en antioqueño escándece Léo Légris, en berebere Sirg-el-Oel y en éuskadi o vascuence Aldecoa. Quizá dígase Ene Ene en el Homo-Idioma y en el esperanto. Entretendrán, digo, a la bien aventurada corte de los papavientos y lelos y pasmarotes y desalumbrados. Y ésas inexactitudes, sin fú ni fá, son sólo inexactitudes en torno a lo literario (que es para poco) y en torno a lo pintoresco (que es adjetivo). Por ejemplo Bogislao von Greiff —mi ex-tío— cometió inverdad cuando afirmó —confirmando y asintiendo— que los bolsillos de su entrañable sobrino Leo son *Cuartos de San Alejo*, como decir habitáculos de trastos inútiles y de toda suerte de papelotes y baratijas, que sus bolsillos son asilo y refugio de novelas policiacas, cuadros estadísticos de torneos de ajedrez (podrá ir a Amsterdam de Holanda el equipo nacional de ajedrez a fines de este agosto? El problema es de pasajes por avión o nao). Asilo sus bolsillos de lo ya enunciado y de cuadernillos de poemillas en gestación, aún en germen o ya con el acabado definitivo, bisutería en prosa y verso y en verdegay guirigay o en conceptuoso dezir.

19 VIII 1954

XXII

BAJO EL SIGNO DE LEO y no de don Leo, que le oí llamar así, por boca tan bella como su dueña desalumbradilla. Es harto mejor tomar las cosas con tiempo —frase hecha para el uso de don Homobono—. Es mucho mejor tomar las cosas con tiempo, —y no haya equívoco, que lo otro se dice abrevarse, beber, libar, trasegar y potar—. Abrevarse es un poquirritín peyorativo y aplícase a las otras bestias, de preferencia. Y abrevarse también es término que préstase a un otro equívoco, por algo que dicen que pasa u ocurre de higos a brevas, aunque con menor infrecuencia. Tomar las cosas con tiempo, para el caso presente, será como no dejarlas para el final momento, y último instante: porque podrá acontecer que se queden para póstumas o que habrá de machetearlas de lo lindo y a la diablo —para hacer feos—. Pacientad Amarilis. Sosegáos Fonóe.

Paz hayan vuestras sedes, Mirtoclea. Que el hebdomero anterior hubo regalo para el oído —a manos y arcos y bocas del OCTETO DE CÁMARA DE BERLÍN. De haberse visto a Cimodocea en extático deliquio o en delicioso éxtasis ante el OCTUOR de Franz Peter Schubert. Que lo escuchó dos veces a la mi vera, dejando a Sergio Stepansky y su didascalia

humanística por puertas, y a Gaspar de la Noche y sus ensayos de las farsas del repertorio para la ventura temporada teatral en Babia —y Gaspar en Babia, dándose contra las paredes como coleóptero coprómano o escarabajo coprolero o cucarrón lo mismo... Una gentil amiga de Cimodocea fue quien preguntóle a Cimo, que si su acompañante era el mismo tío ese de Bajo el Signo de don Leo y de otros disparatorios poéticos (o en verso, por lo menos). Cimodocea díjole que no y que no! Que el del Signo era un lejano pariente del Félix Leo Zodiacal etc., etc.

Pero no fue sino asaz efímero el regalo para el oído —a bocas y arcos y dedos— del OCTETO DE CÁMARA DE BERLÍN. Y Gaspar de la Noche dábase contra las paredes porque —como es lelo— no se enteró de tal octeto y ni siquiera del OCTETO de Schubert... y me leyó algo que escribiera en los tiempos de Upa, casi que en los de Schubert: Franz ha estado a mi vera estos últimos tiempos (Franz, después de Luis, después de Sebastián, después de... Para mi espíritu romántico y desueto, Franz, después del Sordo. Para mi espíritu avizor, sitibundo de raras cerebrales sedes, para mi espíritu alquitarado, decantado, función de soterrañas fruiciones y sutiles, acaso sea muy otra la canción). Ha estado Franz a mi vera. Franz ha venido a mí, ha cantado a mis oídos el diálogo de la muerte y la doncella, y, para mejor tomarme suyo, los violines, el violoncello y el alto jugaronme el ANDANTE VARIADO EN RE MENOR, cuyo tema es el del trágico Lied sencillo y lancinante: émulo único de EL REY DE LOS ALISOS. Franz ha estado a mi vera éstas últimas horas. Antes, veces y veces numerosas, toda la orquesta habíame

envenenado el espíritu y embelesádome con los dos tiempos de la *inconclusa* (e inconclusa por qué, si harto es completa?): los prodigiosos poemas gemelos, dignos —y es tanto para mí!— de las indestructibles epopeyas del Sordo. Recuerdas, oh Amigo, el Andante del OCTETO? El patético canto y sobrio, del clarinete, y luego del violín, y el comentario confirmador del fagot y de la trompa y de todas las cuerdas? Y la angustia laceradora y máscula del conjunto? Ya del octúor sabía, y de aquel Lied crepuscular, y de aquel otro plácido y severo, y de ANTE EL MAR, de crudelísimos acentos... — Pero apenas en las últimas horas Franz ha estado a mi vera. Franz ha venido a mí. Franz hame hecho ver al *Doble* en la calleja heineana. Hame dado a escuchar acres velludos de su quinteto de dos chelos. Franz ha venido a mí. Ha inmergídome en las masas ciclópeas de su TRÁGICA (que para mí es la en Do, la Grande). Franz ha venido a mí, ha cantado para mis oídos el diálogo de LA MUERTE Y LA DONCELLA, y, para mejor tenerme suyo, el chelo y el alto y los violines jugaronme el Andante Variado del CUARTETO EN RE MENOR, aqueso cuyo tema es el del patético Lied sencillo y lancinante: émulo único de la BALADA DEL REY DE LOS ALISOS? ¿Y EL DOBLE? ¿Y GANIMEDES? Y ATLAS? Y EL ENANO? Y ANTE EL MAR? Y GRUPO EN EL TÁRTARO? —Oh Franz, buen mocetón vienes, rollizo y miope, siempre un poco escaso de monedas, y no nada asaz conocido fuera del radio de su camaradería de taberna, de figón y de buhardilla. Enamorado de no se sabe cuál sexi-ligera rubia o morena opeli-roja. Desdeñado por el Magister Olímpico—tan desafortunado en sus incomprensiones musicales— y comprendido y admirado y amado por Prometeo, por El Solitario, con quien —oh doliente ironía, oh proclive sarcasmo!— talvez no se vió nunca, transitando las mismas rúas, frecuentando los mismos bodegones, de la misma Urbe, por años luengos, y siendo Franz —como lo fué y tenía que serlo— el primero y más digno de los devotos del Solitario, de Prometeo, del Prometeo que arrebató a los Dioses la Armonía!

Con esas salió Gaspar de la Noche. Y todo lo demás del hebdémoro pasado giró en torno a los escaques y al viaje del equipo de ajedrez de Colombia y al Torneo de Naciones, en Amsterdam de Holanda, en este mes de septiembre. Que los de la trinca y cotarro de los Otros-yoes y paniaguados se interesan por el ajedrez. Verdad es que ninguno dellos lo juega bien. Y cierto es que algunos dellos lo juegan harto mal. El poeta Mendía encargó a uno de los integrantes del equipo que, si de Amsterdam fuera a Rotterdam no dejara de saludar en su nombre a Erasmo (condiscípulo de Ciro y muy su amigote).

Retornando a lo serio... ¿dónde está Palinuro? Hace diez y seis años se le vió por última vez en esta Villa y Corte. Anunció a sus amigos y allegados que viajaría a Lund y a Stockholm a entrevistarse con Rosa Anderson Nisser, que, por entonces preparaba su libro OROYSELVASVERDES.AVENTURASYDESTINOSSUECOSEN COLOMBIA. Se ignora si llegó a su destino Palinuro. Se cree que no, porque en el libro de Rosa Nisser no aparecen los datos y documentos que él le llevaba. Documentos acerca de una de las tres familias suecas a que se refiere el libro. Familia sueca que se tornó colombiana. Quizá Palinuro, que es atolondrado, perdió en la ruta los documentos y datos de que era portador, o —como es olvidadizo— estará aún por ahí tratando de recordar a dónde proyectaba ir.

A lo mejor (para él) estara en Chía o en la roja Colina del Bermejál de Epifanio.

Retornando a lo serio... ¿donde está Palinuro? Hacia 1938 era Palinuro un letrado que prometía. Prometía... Donde quiera que esté debe estar prometiando... y cumpliendo años y lustros. Si alguien sabe de él, del paradero de Palinuro, que se lo cuente a don Euforio, gacetilla ambulante, por cuya vía se enterará toda la trinka y clan y grey de Otros-yoes y paniaguados, corifeos de Ebenezer-von-Platón-ben-Mordecai-el-Alhelí, y adoradores de Cimodocea, Iraeta, Porcia, Eunóe, Calirróe, Fonóe, Cloe, Veleda y Maqueda y Deidamía. Las cuales adoradas de los sus adorantes, ansian conocer a Palinuro, cuyos méritos saben sólo de oídas y de cuyas andanzas y fechorías y trapisondas —de las que se hacen lenguas sus cofrades— quisieran, anhelan ser partícipes. Copartícipes. ¡Cuánto vale una mala reputación! Ya que Palinuro, fuera de su fama pésima, nunca tuvo —y si vive aún— no tendrá en que caerse muerto (como dice don Homobono entre comillas). Don Homobono Entrecomillas y Entrambasaguas es el Pero Grullo sanforizado de ésta época. Suelen dialogar don Homobono Entrecomillas y Entrambasaguas y don Euforio Gacetilla y Choces, en el Café, ante el pasmo y embeleso de la habitual concurrencia. Don Euforio lleva las nuevas, y don Homobono las adoba

y comenta y las lugarcomuniza y acuña *ipso-facto*. Al pan pan y al vino vino —dice y créese neólogo don Homobono— y sin tón ni són, a troche-moche y de la Ceca a la Meca, y al César lo que es del César. Qué diálogos aquellos, conceptuales, ecuménicos, pandemónicos, aforísticos, apotegmáticos, lastrados de doctrina, rebosantes de enjundia y meollo! Regocijo del Pepe Mar y de Lozano y de Moisés y aún de Aarón (cuando concurre). Delicia y pasto de Falacio, de Mendacio, de Rahecio y de Bobecio y de Malicio y de don Negocio Desahucio. Los diálogos a que alúdese, cuotidianos —al mediodía y al véspero y a prima noche— y siempre diferentes, ganarían mucho al ser televisados. Que don Euforio es mondo, lirondo, orondo y grueso, y don Homobono es lánguido, lúgubre y larguirucho. Siempre el mito del Gordo y el Flaco. Siempre Panza y don Quijote, siempre Eneas y Benitín, Castor y Polux, Orestes y Pílates, Till Eulenspiegel y Lamme Goedzak y Pincho y Pancho. Siempre el Gordo y el Flaco.

Herr Oswaldo von Vespa, de la mano de Clio, disertó anoche en torno de las otras ocho musas. Todo iba bien. Atento el auditorio. Disertísimo el profesor. Cuando... en esas se presentó el de Marras seguido de Lepe y de Briján y precedido del su heraldo Taltibío, precedido por Vargas, que, naturalmente, había averiguado (con las de Villadiego, mediante indicación

de don Euforio Gacetilla y Choces) donde hallar a Herr Oswaldo von Vespa. Presentóse el citado cuarteto en són polémico (sin saber qué se trataba) y arremetió el cuarteto —cual otro cuarto en Ayacucho— contra ésto y aquello y contra Axel de Fersén a quien se refería Herr Profesor en el momento mismo de la irrupción de bárbaros sabihondos. Qué no dijeron de Fersén (a quien no habían oído mentar antes y ni siquiera vístole en la pantalla). El Profesor, seguido de sus discípulos y cofrades, abandonó la cátedra y el recinto. Tomó las de Villadiego tras tomar el portante y apurar el jarro postrimero. De los del grupo, sólo quedó con el cuarteto de Marras, Lepe, Briján y Vargas, el inefable Beremundo que —como sordo— no se enteró de nada ni antes ni después del arribo disolvente. Beremundo escribía... y prosiguió impertérrito en su de grafómano desenfrenado infatigable. Escribe ahora Beremundo, con su pluma de ganso —no es alusión desobligante— y con su pastrana ya célebre, un neo COLOQUIO DE LOS PERROS y una refutación al ELOGIO DE LA FOLÍA, a más de sus habituales naderías ritmadas y rimadas, y los CONSEJOS A SU SOBRINO —cuyo sobrino es Bogislao, el ex-tío de Leo—. El Ex-tío es tío muy otoñal. Tales CONSEJOS A MI SOBRINO endílgalos en forma de epístolas más o menos monitorias y hartó más que soporíferas —decía... pero esa ya será otra historia— historia del otro jueves.

2 IX 1954

Ver PROSAS DE GASPAR (XIII) (en PROSAS DE GASPAR).

Hay el siguiente manuscrito: Es harto mejor tomar las cosas con tiempo: y no haya equívoco, que lo otro se dice beber, libar, trasegar, potar o abrebarse. Esto último es peyorativo y aplícase a las otras bestias. Préstase también el término a un otro equívoco, que no se que ocurre de higos a brevas. Tomar las cosas con tiempo, para el caso, sería —ergo— no dejarlas para el último instante: podría ocurrir entonces que se quedaran para póstumas o que hubiera que machetearlas a la diablo o de lo lindo —para hacer feos—. Pacientad, Amarilis. Sosegáos, Fonoe. Que el hebdémoro anterior hubo regalo para el oído, por mor del octeto de cámara de Berlin. De haberse visto a Cimodocea en estático deliquio ante el Octuor de Schubert, que lo escuchó dos veces, a mi vera, dejando a Sergio y su didascalía humanista por puertas, y a Gaspar de la Noche y sus ensayos de farsas para la temporada de Babia, dándose contra las paredes como *coleóptero coprófago* (escarabajo coprolero).

27 VIII - para 2 IX 54

XXIII

Peor está que estaba dijo alguien —há tiempos... Así inició don Homobono, ayer, su cháchara vespertina ante sus lelos oyentes habituales. Don Homobono opera en un rincón de cierto cafetín. Y son sus habituales Pendrágon, Jefe Supremo, —como se sabe, si por ventura no se ignora—; el Jefe Supremo de la Peña, y, tras él, Papapavlou, Parliaros, Panagopóulos y Anagnostóu, agnóstico, griegos, Katajisto, finés, Porreca, ítalo, Pfeiffer germano —y tañedor de pífano (como le corresponde), y, tras aquéstos, Hermes, Pandolfo, Ataulfo, Rodulfo,

Adelfo y Volko, de la propia región nuestra. Peor está que estaba, proclamó don Homobono, Entrecomillas y Entrambasaguas, a manera de exordio y de prolepsis, y calló, expectante de la objeción... Como nadie reaccionara, ni siquiera inquiriente, don Homobono continuó: *Para me divertir* como dictó antenoche Esquilo el de Esquilache, citando a no sé qué Baladero de la localidad. *Para me divertir* —insisto— empiezo mi tarea de hoy, oh contertulianos! —apotegmático, y prorrumbo: Peor está que estaba, y aún así: peor estoy que estuve nunca!—, que estuve ninguna vez en mis cabales completos y totales; ni cuando fuera agricultante en Copacabana; que lo fuera, si después no más fuílo, ni menos ahora soylo... Pero, antes de seguir, he de contaros el RAPTO DE LOS COTURNOS, tragediecillabufa, melodrametehilarante en una entrada por salida, dramatización del desposeído, con música incidental del Capelmaestre Anatolius von der Pfeiffe —tocayo tuyo, amigo tudesco—, el cual Anatolius es doctor graduado en música (cánones, contrapunto y fuga triple); y su música, y ésta la incidental, son obra aún inaudita, inaudible aún, pero ya completa desde el Preludio y hasta la Coda.

El sábado pasado —uno de los últimos que pasó (y hasta inadvertido)— vertió en la mi escarcela (siempre de irónica artimética) algunos pocos maravedises —quier denarios— la pródiga Fortuna, por mediación cooperativa. Como el poeta —a pesar de cuanto se aventura avanzar en contrario— posa sus pareados sobre las calzadas, y no descalzo como en la edad de oro y de pié al suelo, como el poeta —insisto y redundo— posa sus pareados sobre las calzadas, y de calle en calle y de callo en callo, y como sus borceguíes lucían maltrechos, como sonrientes o bostezadores, con manifiesto redesprestigio del atuendo global, ya de suyo —y de mío— valetudinario y vejancón y decadente. Pues compré en un zoco un par de..., un par de coturnos, amigos Papapavlóu, Parliaros, Anagnostóu y Panagopóulos. Un par de coturnos. Ficiéronme en el zoco un lucido y precioso paquete paquetito continente del par de borceguíes dados de baja. Enderecé mis pasos con el coruscante par dado de alta. Y como no sólo el piso y el asfalto, en veces, pisa el vate, penetré a otro zoco o bazar, en pos de unas arias de Johann Sebastian Bach, de unos lieder de Franz Peter Schubert, de cierto cuarteto de Beethoven, de alguna suite de Haendel y del PIERROT LUNARIO de Schoenberg, y de otras obrecillas del período pianístico romántico. Ubiqué sobre el mostrador la carpeta o vademécum de los poemonones y las estadísticas y gráficas ajedrecísticas

(mal nos sigue yendo en Amsterdam... mal para nuestro deseo... si muy bien, para el futuro, como lo veremos... o lo verán). Ubiqué —repito y redundo— el vademécum o carpeta y el primoroso paquete encinta de los zapatos viejos! que cantó el Tuerto —que apenas era bizco— Luis Carlos López Escauriaza; y díme a elegir las planas lunas de ebonita o vinilita —no digáisles lentejones planos—, las de ebonita

15 IX 1954 (manuscrito incompleto)

XXIV

Aparte de todo lo que se sabe, y por fuera de todo lo que confiésase ignorar, se evidencia que es harto mucho lo que hay por conocer, y no para darlas de enterado, sino para no ser tan sumamente somero de la más elemental sabiduría, de la de al uso del mentecatorum noriosimulador, habitualmente muy bien informado de todo aquello de que no habrá de estar enterado nunca. Tipos de aqueste cuño son moneda de trueque y cambio cotidiano por cafetines y peñas y redacciones y talleres de programaciones de guiones y pasanaderías radiotelevisoras y de no ver ni oír menos y de academias o cooperativas de ingenios sin nada dél y de escritores que no van a garrapatear nunca y de literatuelos nominales fraguadores de agapecillos enderezados a mezquinas financiaciones pedigüeñas al toma y dácame el

porcentajecillo y empréstame el ropaje de paradislero para disfrazar mis trazas de lo propio que me soy, tras de turiferario y alzapuercos..., que a lo mejor se me tome, no sólo de sabandija, sino de sabandija literaria, con nulas letras —es verdad— pues no habrá quien la avale, si las avalaría el qualque qualunque quídam, ni se las tragaría el más franchute. De todo lo que sábese —que es pocón— y de lo que concédese ignorar —que no es cosa—, resulta que somos todos la suma Enciclopedia de la más total neciencia y la negadez absolutas y en jamás absolvibles... Y todo este fárrago lo espetaba un maduro vejancón mal encarado y cascarrabias, que suelo ver por ahí —desde hace días— y que sólo ayer pude identificar, hasta saber que era mi viejo amigo de hace lustros. Amigo..., es un decir, y decir conocido, es más exacto. No le veía... dígame 26 años, que no es poco. Lo vine a reconocer por el timbre muy peculiar de su voz, que no por su facha. Cuando le conocí era un mocetón de hasta 33 años largos de talle —creo—. Venía de Kazán o de Nijni-Novgorod, en misión confidencial del Sindicato de Productores de Guiones para Ballet, o SINPROGUIBA (sigla despampanante) y a caza o en cacería de genios ignorados y posibles autores venturos de nuevos guiones. Traía como anzuelo o señuelo o aves de presa, una docena de trece donosas gentilísimas danzarinas, expertas y gallardas bayaderas, y —por el momento— mudas, pues no sabían palabra

en idioma posible: francés u otros romances, inglés, mozárabe o antioqueño. Mudas, pero tan elocuentes! Mudas, pero cuán deliciosamente musicales!

ENE ENE: alto él, sin alcanzar estatura tarzanesca; metido en carnes, sin lograr ser obeso (que tampoco lo ambicionaba): ligeramente calvo si muy bien provisto de pelambre facial y —un poco más— de pelambre regada por todo el cuerpo (sin incurrir orangutánida ni goriloide). De carnación rósea, pero no de langosta recocida; los ojos (pero miope) del más refinado alinde y le tomaban un tercio de la cara (con un breve puentecillo en medio istmo de la península del naso; labios gruesos; belfo como Manon (ma non troppo, es decir): Manon Lescaut, si lo ignoráis, era de origen borbónico irregular y tenía el mismo belfo gracioso de la austríaca Madama Capeto, de donde se desprende que Austrias y Borbones son olivos y aceitunos.

La docena de trece beldades (de ellas circasianas y georgianas) poco a poco se disgregó: una a una se fueron fugando... Se dispersaron a lo largo y a lo muy estrecho de la mítica y remanida región de entre la Xenufaná y El Cangrejo.

Y ENE ENE, solitario LOBO ESTEPARIO ingresó como topógrafo y marca estacas y cadenero —a ignorandas— de una comisión de ingenieros de trazado de una región semi-selvática. Allí lo conocí, en ese país de ficción. Yo ejercía funciones contables y estadísticas —oficialmente— y otras particulares funciones no propiamente trigonométricas, que no son todas referibles, sino *soto voce*. A más de mis funciones mixtificantes de antipoeta a contrapelo, de mis funciones pseudo poéticas, de cuyos frutos —trovas y relatos— hice difusión excesiva de que —pecador— arrepíentome (inverecundo que fui, tras benevolentísimo si *maledictino* autocrítico). Y anti-exégeta, eso sí.

23 IX 1954

XXV

Hasta escuchando lieder de Grieg —digamos— y en su tugurio, en su Cuarto del Búho, con los librotes a su alcance, con el cristalino amigo a la vera, para —de rato en rato (espaciados) dialogar con él, y sorbo a sorbo (que es auténtico Bols de Holanda) no consigue olvidarse, ni breves instantes, de su rotunda soledad. Que, en veces, no le queda otro camarada que lo soporte si sobran los que él tiene por insoportables. No le queda otro camarada constante, y a él, que toda la vida fuera tan leal compañero de la secuencia larga de sus amigos. Y que los tuvo. Y tuvo otros afectos,

ni más faltaba! Quédanle, sí ausentes —no tan
lontanos— pero distantes —si presentes—, unos,
y en más premiosos menesteres y no tan ingratos como
el de hacerle acompañamiento al que, agora más
que nunca, como solista raspa las crines de su violín:
para las arañas decía de Gourmont. Tañe en él o en su
violoncello de velludo, si no siempre las de Bach,
tampoco sólo las sus *Secuencias*. Y ahora escucha
algunos pre-lieder de Mozart... Y echa un breve
diálogo mudo, con apenas un levísimo gorgoreo.
Pára el monodáctilo tecleo en su Olivetti. Y torna a sus
Secuencias... Toca ahora las nominadas *Secuencias del*
Belitre que vaya si van a ser tan sonadas cuando las
edite. Las *Secuencias del Belitre*, con variaciones.
Parece que de tanto hablar solo, en su tugurio,
o de tanto dialogar tácito, se está quedando mudo.
Aún cuando —por sus ocupaciones— (que las tiene!)
vése constreñido a salir por las rúas —de paso para
el obrador— y si, de mal aconsejado, detiénese
un instante o dos o tres momentos y pára en cualquier
cafetín: que, entonces, si algun extravagante su
ex-conocido, o su conocedor, le interpela, él, ni alza
los ojos (puestos en la tacilla del café o en libracó
de aventuras que semi-lée o en ése mamotreto de
Swedenborg que sobre-lée) él, ni alza los ojos ni se dá
por enterado de que se le parla. Como, magüer loco,
swedenborgiano y tocado de Blake, ejercita la lógica
más estricta, y —como zahorí— les concede zahoridad

a los demás, así sean romos, encuentra asaz ocioso entrar en explicaciones —por señas, por más señas, o signos... Tíra, entonces, los maravedises u óbolos en la mesilla... y parte. Parte sin novedad. Mudo. Cualquiera —susúrrase in mente—, cualquiera, por mínimo que sea tiene derecho —al menos— en su inopia, a la también mínima riqueza de su soledad y a la paupérrima libertad —siquier— de su silencio. De su lastrado silencio. Recuerdo, como en sueños, que alguna vez escribió un mi ex-amigo, su *Admonición a los Impertinentes*, no se si enderezada —inicialmente— a mí (por entonces muy locuaz). Quizá. Tal vez. Pero sí —seguro— que desde tiempos la tengo por mía, mía por adopción, sin roballe a él la paternidad de tal esperpentoso engendro. Tampoco olvido —unas veces hablo yo como por él— que, a más de ser solitario es, soy, soberbio, y en pos de soberbio soy —es— acerbo, y, tras acerbo, préciome, préciase de adusto, y, de contera, sobre adusto, impertinente —es decir, franco— y, de franco, exprésome, exprésase con suma claridad y total desnudez de atuendo eufemístico...

7 x 1954 (manuscrito incompleto)

Hay otra versión con ligeras variantes: Hasta escuchando lieder de Grieg, y en su tugurio, en su Cuarto del Búho, con el cristalino amigo a la vera, para, de rato en rato —espaciados— dialogar con él, y sorbo a sorbo, logra olvidarse, breves instantes, de su rotunda soledad. Que a veces no le queda otro camarada que lo soporte. No le queda otro y a quién toda la vida fuera tan leal compañero de sus amigos. Y que los tuvo. Y tuvo otros afectos, ni más faltaba...! Quédanle, si ausentes —no tan lejos— pero distantes —si presentes— unos, y otros en más apremiantes menesteres y no tan ingratos como el de hacerle acompañamiento al que agora, como solista raspa las crines de su violoncello: tañe en él, si no las de Bach, las sus Secuencias. Y ahora escucha preludio de Mozart... Y echa un breve diálogo mudo. Pára el monodáctilo tecleo en su Olivetti. Y torna a sus Secuencias... Parece que de tanto hablar solo, en su tugurio, sorbo a sorbo, se está quedando mudo, cuando —por sus ocupaciones— vése constreñido a salir por las rúas —de paso para el obrador— y si, de mal aconsejado, detiénese un instante y para en cualquier cafetín: que, entonces, si algún extravagante su exconocido le interpela, ni alza los ojos (puestos en la tacilla de café o en libraco que semi-lée) ni se entera de que se le parla. Como, magüer loco, ejercita la lógica más estricta, y —como zahorí— les concede zahoridad a los demás, encuentra ocioso entrar en explicaciones, tira los maravedises en la mesilla y... parte. Mudo. Cualquiera, por mínimo que sea, tiene derecho —al menos— a la mínima riqueza de su soledad y a la pobre libertad —siquier— de su silencio. Recuerdo, como en sueños, que alguna vez escribió un mi ex-amigo, su Admonición a los Impertinentes, no sé si enderezada a mí (por entonces locuaz) pero que desde tiempos la tengo por mía, por adopción, sin roballe a él la paternidad de tal esperpentoso engendro. Tampoco olvido, que, a más de ser solitario soy soberbio, y en pos de soberbio muy acerbo, y, tras acerbo, préciome de adusto, y, de contera, sobre adusto, impertinente —es decir franco— y, de franco, exprésome con suma claridad y total inopia eufemistonica... Total. Ni hablar

7 X 1954

XXVI

SWEDENBORG, ESPINOZA Y EL PENDRÁGON. Es éste el tema —principal— y el mote de una serie de sesudos ensayos exegeticos cuanto ficticios —de ficción benévola—, los cuales anda escribiendo o está por escribir ahora Apolodoro de Mesina y Capri, el émulo, que nunca el discípulo ni siquiera el condiscípulo de Pico de la Mirandola, y el compañero —que es demócrata— de su espolique y paniaguado Nico de la Farándula (Nico, no de Nicolás ni de Nicomedes, de Nicosia y Nicuesa, sino de Copérnico) y alias, Nico, Nico de la Farándula, alias último, hasta la fecha, del malhadado Beremundo el Lelo, para usallo en sus malas artes piscatorias y venatorias, en sus peores artesanías proditorias antipoéticas nada promisorias y en la su pacentísima elaboración (teórica por el momento) y *jaculatorias* a dúo con la otoñal Cimodocea, y vanistorias ustorias en trío, ya con la tercería coadyuvante de Sergio Stepánovich Stepansky... todo aquesto último relaciónase con la mentada elaboración del LEXICÓN Y TESAURO de Herr Félix Leo Bogisladicus Fromholdtsius Griffius Jaislerius, de Obregonia y Rinconia, Tenebria y Nolandia y Senescal de Pendragonia. El cual TESAURO Y LEXICÓN —hasta ahora teórico, fabuloso y quimérico— (de que se viene tratando desde hace ciento cuarenta y cuatro lunas —con sus cuartos: crecientes y menguantes—) en su

versión abreviada, *ad-usum-Delphinorum* y *Stultorum*, no analiza, desmenuza, combina y distorsiona y tergiversa sino meros 28 vocablos claves, a saber: Asarabácora, bazuqueo, caniculario, chorroborro, derrelicción, escuyer, fácula, guadameco, helás!, intercolumnio, junípero, kilovoltamperio, latebra, lloraduelos, mirobolante, numulífero, oimé!, pendrágon, quillotra, rodrigón, semicapro, teucro, usucapir, vanistorio, waterloo, Xatlí, Yo y zarandajas. En la versión para adultos precoces analiza setecientas ochenta y cuatro voces, en la para adolescentes zahoríes veintiún mil y novecientas cincuenta y dos, en la para gentes treintañeras y un tris más seiscientas catorce mil y seiscientas cincuenta y seis y en la para los ex-jovenetos entre los cuarenta y cuatro y Carlos Edmundo diez y siete millones, doscientas diez mil y trescientas sesenta y ocho palabrejas. Lo que daría, con una base de 90 palabras por día laborable y seis horas por día, veintiocho mil ochenta vocablos por año (de trescientos doce días) la bicoca o nadería de seiscientos doce años, diez meses, veintidós días, una hora y cincuenta y dos minutos *flat*... Habrá que aumentar el equipo —hasta el momento de cuatro— de manera que el TESAURO Y LEXICÓN se termine meses antes del 31 de diciembre del año 2001. Aqueste magno libro, quier mamotreto, en que labora —a cuatro magines, a cuatro voluntades de purísimo alinde— el nominado equipo de Beremundo el Lelo,

la autumnal Cimodocea, Sergio Stepánovich Stepansky, el cambalachero, y Bogislao, el tañedor del azumbaibe: habrá que conseguir, ya no la asesoría sola de la cáfila —que se llama legión— de los otros -yoes, doppelgänger, cacodaimones y sosías y egerias adlátere, sino una cooperación efectiva de otras autoridades idiomáticas como serían, quizabes, Esquilo de Esquilache, el catedrático don Os, el académico Pendás, Palamedes de Itaca, Gaspar de la Noche —ya casi definitiva—, Palinuro de Beocia, Erik Fjordson, Mirtoclea de Corinto, don Pirlimplín, el terceto de los Rufos: Mateo, Matías y Matatías..., así quizá la obra puede estar lista, a más tardar, ya no para el próximo 31 de febrero hacia el véspero de ceniza en la hora de la grisoneta, ya fugados los postreros arreboles, sino —como se dijo— para la noche de San Silvestre del año 2000 y en el preciso momento en que podría decirse —entonces, como antaño— he aquí llegando la noche preclara... y encenderá sus lámparas.

Y el próximo 31 de febrero... (solo a partir del año 2001 todos los meses serán de 31 días...) El 31 de febrero de marras —año 2001 de la era vulgar— aparecerá el LEXICÓN Y TESAURO, mamotreto N más 1 —de la nueva serie— con una breve introducción de Apolodoro de Mesina y Calpe, que ya por entonces habrá terminado con SWEDENBORG, ESPINOZA Y EL PENDRÁGON (serie de sesudos ensayos) y con quienes leyeren ése fárrago

(es decir los pocos sobrevivientes de los lectores de FÁRRAGO —quinto mamotreto—). Ya —para ese tiempo— Nico de la Farándula habrá echado juicio y dejándose de los sus versos —versores de beleño— y de las versátiles —propiciadoras de hastío tras de dadoras de deliciosos filtros y deleites intercolumnios. Dejándose Nico de todello que es —propiamente— nadedad de nadedad y todo nadedad... Pero Nico no se dejará de ello: magüer sabio. Del sabio es errar. Del zafío... poner herraduras o dejárselas poner o calzárselas él mismo. Nico de la Farándula, magüer sabio, zahorí y amauta y clérigo (del mester de clerecía) es un poquitín hallado falto de caletre y sobrado hallado de fantastiquero y cata-nubes (del mester de juglaría). Ensoñador estratosférico y periférico —que dicen— y nefelibato descompensado de lastre: con lo que se concluye —o puede concluirse— que anda tan mal de la minerva como del bolsillo —a la bolsa sin dinero llamémosla cuero, nos lo aconseja el Refranero— y tan desprovisto de maravedís como de talento, de sestercios como de Obolos y de ases..., como de lo que —en más— os pete. Nico de la Farándula, penúltimo pseudónimo de Beremundo el Lelo, el Lilaila y el Lelián (si no nada rimbaldiano en otro sentido), aparte de lo extravagante de su atuendo y de lo corusco de su vocabulario —si quevedesco, si gongorino si eufuística— es un perfecto don Homobono y Mátalas callando: especie o soto

especie del buen señor y del mejor majaderano y papa-espejismos (sin señuelo): si no calla (como un pez) si se engulle el anzuelo —como un atún en su lata— o como una tenca viuda o como una carpa vísperas del receso y descanso compensatorio; si no calla (como un pez); si medita casi tanto como un besugo valetudinario —y si se cura tanto de cualquier cosa, cuánto de cosa alguna, y como no se cura de su añeja bronquitis... Y aquí del Conde Claros! si allí de Clarismundo de Leleo, cultor del quid-pro-quo quodlibético! Tanto te amé. Quimera tan mi Unica! Tanto te amé, pulcela Mesalina... quitándote a zarpazos la hialina veste o si resbalándote la túnica... Tanto te quise, a tí, la de fe púnica, como a tí, la de sed lupercalina... Déjate de versos y de pamplinadas, caro Proclo, que ahora no está la... lo que sea, la arrepentida, para tafetanes. Nada de poetería. Semántica. Nada de endechilla romántica: Semasiología. Y —por favor— un poco de discreción y de silencio, caro, carísimo Proclo... Con la irrupción de Proclo —con razón dicho el Proclive— se reventó o se fue el hilo de aquesta enmarañada narración. Y, a hilo ido no vale ni echarle un galgo... Aparte de que no hay galgo o galga a la mano ni podenco ni alano. Ni siquiera el tan conocido *mísero can* hermano de... los poetas y similares.

Y —en nombrándolo— a la hora de nona... llegó otro sueño: Yo me llamo Nadie-me-nombre, o se me nombre con un conjuro mágico: Sol-sol-sol-Mí o ábrete Sésamo... o se me toque con acuífice báculo... Yo soy el que a Aladino le dió la lámpara de crisocalco —calcopirita?— y el anillo de fantasía... a que se viera multimillonario —¡panfilo iluso! Yo soy el sueño embañador, seductor y proclive, taimado, astuto y falso: le cambié por un espejismo y una muñeca rubia el alma al Dóktor Fausto, y a Ricardo Tercero su reino y su joroba por un caballo bayo, y al Moro Otelo su Desdémona, su Chipre y su Venecia y su Exsultate —y a Casio, de contera— por un pañuelo (¡il *fazzoletto*!): *honesto Yago*... Le troqué el Yelmo de Mambrino a Don Quijote, por la bóina de Sancho, dándole de adehala su Refranero y al Barbero y al Cura y a Dulcinea y al Bachiller Sansón Carrasco. Yo soy el sueño Nadie-me-nombre..., que se lleva su varapalo... Yo soy el que a Aladino le dio el feérico palacio locomóvil —¡panfilo iluso! ¡ilusos panfilos!— y al otro, si inconsútil, retráctil piel de onagro! Soy traficante en baratijas (Autólico segundo) para el ingenuo y para el mentecato. Para el simulador, tengo un emporio de ideas de prestado... Todo Aprendiz de Brujo huero y sandio tendrá de mi su Abracadabra y su Fiát-Lux, su invocación sortilega o su ensalmo... Cambio tu vida, pelafustán!: por ella dónote una librea de lacayo, la Cruz del Sur, la Jarretiera, y una aureola de latón y las plumas del grajo para tu pavoneo: así te finjas ser un quasi-dalgo... Soy el sueño falaz; yo soy el sueño Me-muero-de-la-risa-de-tu -pasma, pasmarote, y de la tu lela carota de Pierrot desalunado... Solo, señero Albatros.

De donde vendrá éste Qüídam, pregúntale soto-voce Claudio Monteflavo, a Cimodocea. ¡Vengo de no sé dónde, voy a nunca se sabe! (voceó el qüídam) y lo de Qüídam también carece de importancia. Yo vengo

—agrega— a ayudarles en la magna tarea del LEXICÓN Y TESAURO de von Griffius, muy buen amigo mío, antaño.

Vienen a mi zaga... Brotan ahora todos los sueños y subsueños; irrumpen, —surtidores estáticos, (mástiles, velas inútiles); sobran las hélices y los remos y los barcos... Todos los sueños y subsueños y soto sueños: Heraldos mudos! Taltibíos tácitos! Saltan ahora todos los sueños: alcotanes, neblíes, alfarraces, azores aletargados! Gerifaltes, borníes, halcones, sacres y tagres y alfaneques, mútilos pájaros, y el solitario albatros! No aquéllos a la caza de presa alguna! Ciriríes apáticos! Piratas abolidos! Inanes bucaneros! Decadentes corsarios! No aquéllos a la caza de botín o trofeos! A que el viento los deje, y en el alcándara, con las nieves de antaño... ¿Y el solitario albatros?

Pero —como lo dice el Amigo Qüídam— parece que vienen a su zaga y a colaborar en el LEXICÓN Y TESAURO de von Griffius... Ya los veremos de semasiólogos... El albatros —dice el qüídam— viene en calidad de mascota del equipo y... si la trinca dispone de un busto de Palas puede posarse en él —como otrora el Cuervo de Poe—. Yo soy tan edgaralanpoético! —agrega el Qüídam. Ya les iré presentando a mis eruditísimos cofrades y cosueños. Y no se eche en olvido que yo soy el sueño Nadie-me-nombre: pero podéis llamarme el Qüídam. Y tú, Cimodocea, tutéame. Y tu también, Eunoe! Y tu Mafalda. Esa vez, esa noche... No se trabajó en el TESAURO Y LEXICÓN. Había por ahí ginebra de Holanda —auténtica Bols— y unas dos docenas de Chambertin... y el CUARTETO CATORCE de Beethoven y el

QUINTETO CON DOS VIOLONCELLOS de Schubert. Y muy bueno el ambiente. Como damas, Cimodocea, Eunoe, Mafalda... y Hécate que llegó poco después. Todo lo vé con malos ojos Hécate... menos el buen vino y éste —conjugado con la buena música— letifícale el genio y dulzúrale la acrimónia: Loado el vino! Porque Hécate —mansueta— es un regalo de los Dioses. Como damas, las nombradas y Palas Atena —o por lo menos su busto— si de mármol — helás! como decía el que había leído todos los libros y que —entre guiones— no dijo eso de que los asiló su cabeza. *Traduttore... traditore* (Apunta don Homobono Entrecomillas y Entrambasaguas y Convidado de Piedra y perro de toda boda y a quien se le hizo oír la INVITACIÓN AL VIAJE —de Baudelaire y de Duparc— con lo que fué...). La música como fondo, el chambertín como sub-fondo y las cuatro féminas —ellas si no marmóreas— como primerísimas partes... Total, que la fiesta se llevó toda la noche y —en más— las horas matutinas. Por ventura era un domingo... y lluvioso. Y el TESAURO Y LEXICÓN? Pues se está en ello. No olvidar que los del año días laborables son trescientos doce y las horas laborables del día —para obra literaria— son seis... De modo que quitándole horillas al sueño, queda tiempo para gastarlo... aunque no el tiempo es oro... ¿Y, cuál más desvalorizado? El Tiempo? El Oro? *El oro y la plata como en fuga* decía el doctor José Ignacio Lora, y el tiempo se hizo para perderlo. Para echarlo a perder.

Más que el tiempo, un minuto, que el infinito, el cero y más que todo un ánfora de vino bullanguero... y si bebida a la vera de Eunoe, de Hécate, de Cimodocea y de Mafalda... ¡Ni hablar! A la vera de la retrechera Mafalda.

21 X 1954

Ver POEMILLA DE BOGISLAO (en VELERO PARADÓJICO - OBRA POÉTICA, Volumen III).

Hay el siguiente manuscrito: *Swedenborg, Espinoza y el Pendrágon*: es éste el tema de una serie de sesudos ensayos que está por escribir ahora Apolodoro de Mesina, el émulo, que no el discípulo ni siquiera el condiscípulo de Pico de la Mirandola, y el compañero de su espolique y paniaguado Nico de la Farándula (no de Nicolás el Nico sino de Copérnico) y alias Nico, alias último, hasta la fecha, de Beremundo, en sus malas artes piscatorias y venatorias, en sus peores artesanías proditorias antipoéticas y en su paciente elaboración (*jaculatorias* a duo con Cimodocea, y vanistorias ustorias en trio, con la tercería coadyuvante de Sergio Stepansky) del *Lexicón* y *Tesaurus* de Herr Félix Leo Bogisladicius Fromholdtsius Griffius Hoislerius, señor de Obregonia, Rinconia, Tenebria, Nolandia y Pendrágonia. El cual *Tesaurus* y *Lexicón* (de que se viene tratando desde hace ciento cuarenta y cuatro lunas —con sus cuartos crecientes y menguantes—) en la versión abreviada —*ad-usum Delphinorum*— no analiza, desmenuza, combina y distorciona sino 28 vocablos claves, a saber: Asarabácora, bazuqueo, caniculario, chorroborro, derrelicción, escuyer, fáucla, gadameco, helás!, intercolumnio, junípero, kilovoltamperio, latebra, lloraduelos, mirobolante, numulario, oimé!, pendrágon, quillotra, rodrigón, semicapro, teucro, usucapión, vanistorio, waterloo, Xatlí, Yo y zarandajas. En la versión para adultos analiza 784, en la para adolescentes 21.952, en la para treintañeros 614.656 y en la para ex-jovenetos entre los cuarenta y Charles Edmond 17'210.368 lo que daría: con una base de 100 palabras por día laborable y seis horas por día, 28.080 por año (de 313 días) 555 años, 4 meses, 23 días

y 36 minutos largos... por modo que el trabajo hay que hacerlo entre 11 para lograr terminarlo en 612 años 10 meses, 22 días y hora y 52 minutos.

Aqueste magno libro, en que labora —a cuatro manos, a cuatro magines, a cuatro voluntades de purísimo alinde— el nominado equipo de Beremundo, Cimodocea, Sergio Stepansky y Bogislao, con la asesoría de la cáfila —que se llama legión— de los otrosyóes, doppelgängeres, sosías y cacodaimones adlateres, puede estar listo, a más tardar para el próximo 31 de febrero, hacia el véspero de ceniza, en la hora de la grisoneta, ya fugados los postreros arreboles... y en el preciso momento en que podía decirse —hoy como antaño— *hé aquí llegando la noche preclara... y encenderá sus lámparas...*

El próximo 31 de febrero —sólo a partir del año 2001 todos los meses serán de 31 días...—. El 31 de febrero de marras —año 2001 de la era vulgar— aparecerá el Lexicón y Tesauro, mamotreto N + I —de la nueva serie— con una breve introducción de Apolorodo de Mesina, que ya por entonces habrá terminado con *Swedenborg*, *Espinoza* y *el Pendrágon* (serie de ensayos) y con quienes leyeren ese Fárrago. Ya —para ese tiempo— Pico de la Farándula habrá echado juicio y dejádose de versos —versores de beleño— y de versátiles —propiciadoras de hastío tras de dadoras de deliciosos filtros y deleites intercolumnios—. Dejádose Pico de todello que es nadedad de nadedad y todo nadedad... Pero Pico no se dejará de ello: magüer sabio. Del sabio es errar, del zafio... poner herraduras o dejárselas poner. Pico, magüer sabio, zahorí y amauta y clérigo, es un poquitín hallado falto de caletre, y sobrado hallado de fantástico y cata-nubes. Ensoñador estratosférico que dicen y nefelibato descompensado de lastre: con lo que se concluye que anda tan mal de la minerva como del bolsillo y tan desprovisto de maravedíes como de talento, de sextercios como de óbolos y de ases... como de lo que os pete. Pico de la Farándula, penúltimo sudónimo de Beremundo el Lelo, Lilaila y Lelián (si no nada uranista), aparte

de lo extravagante de su atuendo y de lo corusco de su vocabulario —si quevedesco, si gongorino— es un perfecto don Homobono y Mátalas Callando: especie o soto-especie del buen señor y del mejor majaderano y papa-espejismos (sin señuelo): si no calla —como un pez— si se engulle el anzuelo —como un atún en su lata— o como una tenca viuda o como una carpa vísperas del receso y descanso compensatorio —si medita casi tanto como un besugo valetudinario— y si se cura tanto de cualquier cosa, cuánto de cosa alguna. Y aquí del conde Claros, si allí de Clarismundo de Peleo, cultor del quid-pro-quo quod-libético! Qué super-birria, que ultra-maula! qué gafedad suma!

Tángo te amé, Quimera la mi Unica!
 Tángo te quise y virgen Mesalina...
 quitándote, a zarpazos la hialina
 veste o si resbalándote la túnica...

Tanto te quise, a tí, la de fé púnica
 como a tí, la de sed lupercalina...
 Berta... Aglae... Si nadie se imagina

21 X 1954

Ver *Tángo te amé, Quimera la mi única* (en POESÍA NO INCLUIDA EN VELERO PARADÓJICO - OBRA POÉTICA Volumen III).

XXVII

Este es el principio de la narración sucinta, muy esquemática de los últimos acaecimientos y ocurrencias vinculables a las corónicas fabuladas o noticias historiales en cuyo empeño anda —si desempeñándose con poca fortuna— la cofradía de los neo-serapiones. Se cambia de narrador a cada tranco, pero el relato —hasta donde sea factible así—

pretende y pugna por conservar la unidad rítmica —en la diversidad— el orden temático —dentro del desorden magnífico, imaginífico e inimaginable y sistemático— y la claridad melódica —no obstante los giros elípticos, las fugas cancriformes, las aliteraciones de bulto y el léxico pandemónico—. Se habla siempre o casi en primera persona, así sea ella (él habitualmente) por bajo de segundona las más de las veces, en veces pocas de clase cuartana, y, por excepción, de clasificación más que imposible. Como es el caso de ahora: y de quien hoy asume la vocería, y es anónimo aún, carente de seudónimo todavía y hasta sin alias. Llegó hace poco. No ha dicho —hasta el momento— de donde; ni menos da noticias prolijas de sí, personales, íntimas. Las señas visibles... —esas sí— por que no las puede disimular. Pero yo no soy retratero ni aprovecho para descriptor y... quiero avisaros —empieza— que todo marcha muy bien en la Insula de donde vengo —campando— y cuya ubicación geográfica juzgo prudente no mencionar sino más tarde, así mismo como su nombre y características topográficas, climatéricas etc. Sospecho que entre vosotros hay quienes la conozcan. Llámola Insula aunque puede ser que no esté entre sales (y iodos), de mar océano, ni en aguas dulces totalitarias (de Tota). Llamóla Insula. Punto. Todo marcha muy bien allá: quiero decir que no empeora, que se sostiene isocre en su mediocridad de Insula anónima. Allí las gentes —desde que visitó

la región el Deán Swift— allí las gentes se dedican a hacer lo menos, a dejar hacer lo más, a vegetar —mondo— en dulce holganza, en espera de que suceda algo o no suceda nada, lo que sea, sin su intervención ni su conato. Las gentes, digo. La masa amorfa, ella sí, pugna y jadea, obra, labora y lidia y ajetea. Se deja sojuzgar o mangonea; se la explota sumisa, resignada, pasiva, o explota ella a su turno y aún estalla flagrante. Las gentes, digo, huelgan, asaz contemplativas, en abulia tan búdica y en dejación a todo indiferente. Son lectoras insignes, las gentes; son audientes —las gentes— impertérritas. Por modo que en leer clásicos y románticos —antiquísimos o de la más fresca modernidad— y en escuchar las máximas músicas y las mínimas, desde Anfión y Seikilos hasta el músico que esté descubriendo el sonido 1955, entretienen su ocio, divierten su inacción y justifican la supervivencia dellas, vegetal. Cierto que, en ocasiones, mézclanle jolgorio a la holganza, y amoroso esparcimiento y ejercicio, y que en veces ponen en función activa péñola, pincel, cincel o cítara y échanse por esos campos ilímites —o no alinderados— de las artes llamadas bellas o malas-artes. Pero sin mucho esfuerzo. No pasan del boceto o del esquicio, del manuscrito garrapateado o de la borroneada partitura. Casi que nunca avanzan más allá del renglón trece en el soneto proyectado ni de la primera mitad del dístico, las gentes de la estilográfica, literatas. Las de la

esferográfica, musicadoras, se quedan entre cinco o seis compases... de espera. Y así las gentes del pincel y del cincel. Y todo ello es ganancia neta para las llamadas artes bellas o malas artes. Cuando surge algún Bonaparte de la acción, entre las gentes, al Napoleoncete, le dá remate al soneto y le endilga estrambote e intitúlale y échale a la gaveta (con el dístico ya concluso), a que descúbranles los pesquisadores del año 2001.

Aparte de ésto... en la Insula —y es ello lo que yo vengo a avisaros, a notificaros— ocurrió hace siete hebdómadas algo insólito. Desparecieron —simultáneamente— cinco musas, del museo. Desparecieron —en más— la espada de Damocles y la de Roldán, de la oploteca; la balanza de pagos de Shylock, del Banco de Sangre; la linterna de Diógenes no de su tonel, sino del que ahora comparte con las Danaides, (quién lo creyera, de Diógenes!); el anillo de Saturno y la música de las esferas, de la estratosfera; el anillo de Hans Carvel, del anular correspondiente; la palanca de Arquimédes, del palanquín o portantina en que se la llevaba y traía; la lámpara de Aladino llena de lamparones, de manos de su lampadóforo, la... la... la... la escala de Jacob, del Cuarto de San Alejo y el Cuarto de San Alejo de la Casa de Tócame Roque. Las cinco pegásides, las cinco puérides, las cinco musas desaparecidas, desaparecieron

seguramente con Mazetto de Lamporecchio reconocido filo-piérides y pro-pegásides notorio. También con ellas y con él, Gerineldos su acólito de él y su mascota —de ellas—. Desparecieron —otrosí— las nieves de antaño y el manteo de Villon, de la cámara frigorífica o heladera en que dormían con los Infantes de Aragón... ¿Y los Infantes de Aragón qué se hicieron? que no aparecen por parte alguna.

De todo aquesto notificoos y os doy aviso y participación: Créese —en la Insula— que de la simultánea y múltiple desaparición de musas y sus adláteres, de los cachivaches y de baratijas enumerados —en parte apenas—; créese en la Insula que hay indicios suficientes como para poder sindicar del desafuero y desaguisado a un tal Beremundo el Lelo, caído de Babia y de la Luna y a otro tal que se dice y nombra Sergio Stepánovich Stepansky, evadido de Siberia, que parece ser el PRÍNCIPE IDIOTA de Dostoyevski, pero puede ser también el protagonista de Oblomov. Sergio y Beremundo anduvieron por Insula, de la Ceca a la Meca, de buhoneros y saltimbancos. Y dícese en Insula que Sergio y Beremundo están entre vosotros. Que vosotros —magnánimos y manguianchos— asiláislos, escondéislos y camufláislos o acogéislos o toleráislos o lo que sea. Yo a ellos no los conozco sino por referencias y un poco de oídas, que hay grabaciones,

en Insula, de las sus voces. Pero sí conozco a tres de las cinco Musas desaparecidas del Museo y creo que aquella dama que juega al ajedrez con ese individuo delgaducho, canijo y desmelenado es una de ellas... Pasaba por rubia en el catálogo del Museo... Empero, magüer la endrina crencha que agora mésase —ante la inminente captura de la torre— tengo para mí que es ella la mismísima Urania, musa astronómica. Y... —Oiga Don Ene Ene, prorrumpe la así señalada: está usted memo o excedido de copas: sepa y entienda que yo no soy ni musa, ni musa astronómica, ni Urania, ni me he teñido de rubia nunca, ni jamás he estado en su tal Insula ni menos aún en su Museo. Yo soy Cimodocea de Capri, cultora de la poesía amatoria y cónyuge de mi bisulco Foncio de Capri —aquí presente y no tan canijo— y que me tiene ganada la partida desde que inició la apertura, a pesar de que en el juego medio lo estaba dominando. Tengo muy buenos recursos en el juego medio, pero Foncio, Foncito es muy ducho y taimado y embaidor finalista... De manera que ni Musa, ni de Museo, menos y —cuando Musa— de las de *carne y hueso* del chorotega Darío. Déjese ver y examinar de Bogislao, ese que vése ahí cazando rimas al vuelo, que es alienista de cartel y no hay orate que se le resista ni cuerdo que no pare en loco si lo toma de su cuenta. Hágase ver y chequear de Bogislao, el mago de las psicosis y las metempsicosis. Vésele ahí cazando rimas y

aplicándose dosis máximas de no se que filtro o triaca que él llama la panacea universal, peñascaró, nylon, puro, las once, niquelado, y que los Dioses Olímpicos —agrega— nombraron ambrosía. Ambrosía. Déjese ver, hágase examinar de Bogislao, don Ene Ene y cuenta que se lo dice Cimodocea. Y Urania será su... ¡Basta!, dama otoñal —ya lo veremos— que aquí tengo la ficha dactiloscópica de las Musas desaparecidas, de Mazetto, de Gerineldos, de Sergio y de Beremundo. Además, no se sulfure —o azúfrese si quiere—, que no es con usted ni con las otras Musas ni con sus ad-láteres acólitos. La misión que encomendáraseme en Insula, relaciónase con Sergio y Beremundo y no tanto con ellos cuanto con la recuperación de los cachivaches y baratijas que de Insula substrajéronse y trajéronse. Con que devuelvas el bric-a-brac de trastos inútiles —para ellos— se pondría fin a mi acción. Y todo quedaría como antes de mi advenimiento y aún mejor que estaba... Como lo explicaré más tarde. Cuando dé con el tal Beremundo el Lelo, caído de Babia o de la Luna, y con el PRÍNCIPE IDIOTA u Oblomov, el llamado Sergio Stepánovich Stepansky, y la espada de don Roldán y la tajante Damocles, de la oploteca de Insula, la balanza de Shylock —del Banco de Sangre— la linterna de Diógenes —de su ex-tonel y del de las Danaides—, y el anillo de Saturno y la música de las esferas —de la estratosfera— y el anillo de Hans Carvel —de su anular—, y la palanca de Arquímedes, de la

lámpara de Aladino, y la escala de Jacob y el Cuarto de San Alejo, de la Casa de Tócame Roque. También desaparecieron dos torres (y no de Villarroel ni de ajedrez): la de marfil de Alfred de Vigny y la abolida torre del Príncipe de Aquitania, y dos copas o vasos: la del Rey de Thulé y la copilla si vaso pequeño en que bebía —y cuánto!— Alfred de Musset... ¿Dónde dar con Sergio y Beremundo? Como dicenme, por ahí, verlos con frecuencia en la compañía vuestra o a vosotros con ellos, héme permitido presentarme ante esta ilustre y docta Academia en busca de luces...

Del rincón noroeste del aposento alzóse una voz —que su dueño perduró horizontal como estaba—. Levantóse una voz grave y lenta, barítónica y virítónica: Señor don Ene Ene, ha rato que a trechos le escucho, interrumpiendo a trechos mi meditación. Por lo que colijo, busca usted a Sergio y a Beremundo y una secuencia de antiguallas. Dice usted que conoce las voces de Sergio y de Beremundo. Necuáquam! Beremundo el Lelo es mudo, no sólo de nacimiento sino por inclinación —si tácita— a ser tácito. Y Sergio Stepánovich Stepansky se tragó la lengua en Bolombolo de Venecia, tras una rabieta, y desde entonces no parla o fabla sino figuradamente, por signos y señas, o por boca de sus voceros que leen lo que él les dá escrito. No tiene usted —entonces— don Ene Ene ninguna grabación de las voces de ese par de

próceres mudos. Seguramente ha sido víctima de la superchería de quién sabe que dúo de tunos farsantes mixtificadores, suplantadores de los nombres y personalidad de Sergio y Beremundo; explotadores de su renombre y fama de ellos y de la majadería, nesciencia y memez suyas y de las gentes de Insula. Beremundo y Sergio están aquí. Mírelos. Son esos dos... no les digamos jóvenes, son esos dos, no les digamos viejos, son esos dos prototipos de la madurez ya pasadilla —digamos así— que dialogan por medio de guiños y gestos y ademanes en el rincón sureste de este aposento, en la mi diagonal. Son mudos pero no sordos... y se están mofando de usted y desde su exordio, don Ene Ene, como dos benditos! Y están escribiendo, además. Y están bebiéndose —en más de además— el resto de ginebra auténtica Bols de Holanda que trujóme un caro amigo de Amsterdam. Hola! Sergio, que no es vodka! Cesa, Beremundo, que no es hidromiel! Y básta!

Prestadme los escriptos, a que Leo los lea. Leo lee: Yo Beremundo el Lelo, nunca estuve en la Insula de que parla Ene Ene! Jamás rapté Sabinas ni mucho menos Musas, ni más si de Museo! Qué palancas de Arquimedes! Durandal de Rolando, ni espadas de Damocles! No entiendo por que gímedes ni de que estas hablando, señor Horacio Cocles! Ni linternas ni diogénicas! Ni lámparas ni aladíneas! Ni escalas del onírico Jacob, asaz escénicas, de leer entre líneas... (Ni Lamporecchetto ni Gerineldillos —Batti, batti, o bel Mazetto la tua mísera Zerlina!) Ni qué anillos de Hans Carvel, palanquín ni portantina, ni cuarto ni de San Alejo,

casa ni de Tócame Roque! Ene Ene, a la tu Insula! Nadie a Sergio ni a mi toque, que se queda sin península, tras sin corto o largo enroque, con que hacer, don Ene Ene. A la Insula, Ene Ene. Bene! Bene!.

Será verdad, dice Leo, pero versos —si-lo-son— son harto malos. Y tu, Sergio, nada escribiste? Por señas da a entender Sergio que nones. Quizá después, cuando se marche el qüídam. Y que él nada tiene que ver con el tal pleito. Dícelo, alzándose de hombros. Y empina el codo luego. Parece que por ahí tiene su botellín de vodka —de 40 grados— que con nadie comparte, ni con Nadia ni Sonia. No lo cataba Sergio desde... mejor no meneallo. Dígase que desde los tiempos de Upa —de cuyos tiempos ni contratiempos nada se sabe, como no sea que pasaron hace marras de marras—. Excelente dona Upa! que era dama —y de aupa— se colige por indicios —aún sin lupa— o por pálpito mero, no por razón ninguna. Héle preguntado a Lepe, héle a Briján preguntado, mas ni Lepe ni Briján han contestado. Fáltame hablar con Lepillo, que tiene el genio investigador desarrollado en grado sumo. Pero Lepillo excursiona, de conserva con el de Vargas y de brace. Los tiempos de Upa! Qué tiempos aquéllos! escolia Berenice, la maga del estropajo y de la escoba, aljofifera insigne y fregatriz denodada, con otras cualidades —de calidad también— y en otros campos. Very, very Nice es Berenice. Y cree que los tiempos de Upa son los tiempos

de Aúpa. No es semasióloga más sí imaginativa. Y cita a Horacio, a Quinto Horacio Flaco: las penas *montan a la grupa y cabalgan con nosotros!* Eruditísima Berenice, si a contrapelo y en pelo —en veces—. Mientras estén las penas a la zaga... agrega y sigue —tan campante— ora de fregatriz —*ad-honorem*— ora de colaboratriz —*ad-placerem*—. Los tiempos de Upa. De Upa? De aúpa? Todo tiempo de aúpa fue mejor y será óptimo cada vez, cada vez re-óptimo, reóptimo cum laude cada vez más, que las horas se van, que se fugan los días, que los meses se agotan y son pocos los años —de vivir— por venir.

Déjate de digresiones y en voz alta, Ebenezer! No te das cuenta de que cogitas —no in mente— sino cuasi estentóreo? Déjanos escuchar estos *lieder* de Franz Peter Serafín Schubert y escúchalos también tú, filosofículo. La música de Schubert, Ebenezer... Pero ahora le toca el turno a Bela Bartok.

28 X 1954

Ver RELATO DE LOS OFICIOS Y MESTERES DE BEREMUNDO
(en VELERO PARADÓJICO - OBRA POÉTICA, Volumen III).

XXVIII

Tras no pensar en Aixa —muchas lunas— pensaba ha poco en ella, e ideaba (con tan lindo temilla; cabeza de öro y de puente, de puentecillo, de puente de violín?, de Puente de los Suspiros?). Ideaba, proyectaba, soñaba —digo— o cualquier otra cosa parecida, en deleitable secuencia, en euforético ciclo de episodios y de vivirlos y tornarlos materia de poesía... Pensaba ha poco en Aixa, en Aíxa —que suena y consuena mejor— y en vella a ella la bella... Mejor no haberla visto... Aíxa es de öro y voluptad trasunto. Sus labios —sin decirlo— y su voz, el solo timbre grave, de contralto —sin expresarlo— la venden (en cuanto a venustad y voluptad). El oro hartó es visible, si natural o si de procedencia alquímica. Mejor no haberla visto, como ha poco la vi...

Y se venía diciendo —hace una hebdómada— cuando irrumpió e interrumpió Béla Bartok. Se venía diciendo, narrando y refiriendo que Beremundo el Lelo es mudo, no sólo de nacimiento —ello se sabe por tradición, de tío abuelo en tío y de tío en sobrino; por tradición oral de próceres añosos sábase que es mudo de nacimiento, y no sólo, sino también mudo adoptivo, por sistema y norma e inclinación —si tácita— a ser tácito (como Retácito). Y Sergio Stepánovich Stepansky, si antes tartajoso pero nada

demosténico, se tragó la lengua, en Bolombolo de Venecia, tras epónima rabieta y furibundo acceso colérico, y, desde entonces, no parla o fabla o susurra y balbuce sino figurativamente, por labios y gola de signos y señas o por bocas o bocazas de sus voceros leedores en alta y altavoz, lo que él, Sergio, les dá escrito. Y se sabe que lo leído es de él, porque el su estilo se resiente del inicial tartajeo. No tiene usted, entonces, Seor don Ene Ene, ninguna grabación —así lo afirme enfático— de las voces de ese ilustre par de prohombres mudos. Seguramente ha sido víctima usted —Seor— de la superchería y timo de quién sabe que dúo de tunos farsantuelos mixtificadores, suplantadores de los sus nombres o gracias famados y de las sus personalidades eminentísimas. Sus, de Sergio y de Beremundo. Explotadores de su renombre y fama dellos, y de la majadería, insensatez, nesciencia, nugacidad y memez suyas —Seor don Ene Ene— y de las gentes, también calabacíneas, de la Insula. Beremundo y Sergio, están aquí, presentes. De cuerpos presentes si de ausentes ánimulas doquiera vagueantes. Están aquí. Mírelos... Son esos dos... (No les digamos jóvenes). Son esos dos... (No les digamos viejos...). Son esos dos... prototipos de la madurez ya pasadilla, manidilla —así si digamos—. Esos dos que dialogan por medio de guiños y gestos, visajes, ademanos y contorsiones, en el rincón sureste de aqueste ordenadísimo aposento, precisamente en la

mi diagonal, detrás de aquellas columnas trucas de libros y papeles a medio derrumbarse... Son ellos mudos, si Seor, pero no sordos..., y se están —a ojos vistas— mofando, sí, mofando de usted, tuerto don Ene Ene, y se mofan de usted y hacen befa de su torción, tortedad, torsión y tortura, y desde que la iniciación del su exordio, y como dos benditos!! Y están escribiendo, además. Y están bebiéndose —en más de además— el resto de auténtica ginebra Bols de Holanda, que, de la mismísima bodega de Erasmo de Rotterdam (en Rotterdam), trújome un caro amigo dilecto, de Amsterdam. Hola! Sergio, no la bebas, que no es vodka! Cesa, suspende, pára, Beremundo, que no es hidromiel! Y basta!

Prestádme los escriptos, manuscritos, Beremundo y a que Leo los lea... Leo lee: (dificultosamente, ante los garabatos y palotes y tachaduras del Mudo). Así: Yo, Beremundo el Lelo, nunca estuve en la Insula de que parla Ene Ene! Jamás rapté, ni siquiera sabinas, Sabas tampoco, helás! ni mucho menos Musas, ni más si de Museo! Qué palanca de Arquimedes! Durandal de Rolando, ni espada de Damocles! No entiendo por qué gímedes, ni de qué estás fablando, Misér Horacio Cócles! Palancas ni de Arquimedes! (No se dirá Arquimédes?) Ni palanquines ni de Mandarines! Linternas? ni de Diógenes, diogénicas! Lámparas? ni aladíneas! Ni escalas del onírico Jacob —de leer entre líneas (como ya lo veredes...) Ni de Romeo escalas, harto muy más pro-eugénicas! Mazzetos qué, ni qué Gerineldillos! Saturnianos anillos, ni anillos de Hans Carvel! ¡Cuarto de San Alejo! Cas de Tócame Roque! Ene Ene:

a tu Insula!... Nadie a Sergio ni a mí retoque o toque: ése tal, sin península se verá y sin ni corto o largo enroque con qué hacer, Ene Ene! Ene Ene: va bene, bene, bene! a que lustralifiquen Hipocrene o Castalia o Nemequene, Ene. A tí —parangón de la Animalia!

Todo ello será verdad —concluye el leedor Leo— pero... versos —si lo son— son harto malos! Ni del propio Ene Ene que ellos fueran! Decáes, Beremundo... ¡Pero tú, Sergio, ¿nada escribiste? Por señas da a entender Sergio que Nones. Quizá después —adivínole— cuando se marche el Qüídam y se oiga alguna música. Y que él, Stepansky, nada tiene que ver con un tal pleito, pleito de zarandajas. Esto dícelo alzándose de hombros. Y empina el codo, luego. Parece que por ahí tiene —para entre gin y gin— su botellín de vodka. De 40 grados. Y que con nadie comparte. Con nadie: ni con Nadia ni con Sonia, ni con Vladia. No lo cataba Sergio, el vodka, desde... Mejor no meneallo... Desde México? Dígase que desde los tiempos de Upa —de cuyos tiempos ni contratiempos nada, nada se sabe. Como no sea que fueron tiempos que pasaron hace marras de marras. O que... ¡Excelente doña Upa! Que era dama se infiere quizá o se colige —por indicios— aún sin lupa. Lupa de lente. Lupa no de Roma, no de lupercales. Que era dama doña Upa se colige por indicios o por pálpito mero, no por razón ni sinrazón de ningún género. Héle preguntado a Lepe, héle a Briján

preguntado, mas, ni Lepe ni Briján han contestado. Fáltame hablar con Lepillo, que tiene la protuberancia del genio investigador y pesquisidor asaz desarrollada, protuberante en grado sumo. Pero Lepillo excursiona, de conserva con su curiosidad y de bracete con Vargas el de Albacete y con la sobrina de Vargas. Los tiempos de Upa! Qué tiempos tan sabrosos! Qué deliciosos tiempos! escolia así Berenice amiga, la, por hóbby, maga del estropajo y de la escoba! Aljofífera insigne y fregatriz denodada —por afición—. Con otras notabilísimas cualidades y aptitudes y aficiones, Berenice amiga, de calidad y mérito, sumos también, en otros campos. Very, very nice, es Berenice... Y cree ella que los tiempos de Upa son los tiempos de aúpa. No es semasióloga o semántica, mas sí, tras de romántica, imaginativa y leóloga. Eruditísima, Berenice, si a contrapelo y en pelo —a veces—. Y cita a Horacio. A Quinto Horacio Flaco. Cita aquello horaciano de que *las penas montan a la grupa y cabalgan con nosotros*. Mientras estén las penas a la zaga... agrega. Y sigue tan campante, Berenice, —ora de fregatriz y aljofífera —ad placerem— ora de colaboratriz y compañera —ad placerem y ad honorem también—. Los tiempos de Upa? Todo tiempo de aúpa fue mejor. Es mejor. Todo tiempo de aúpa será óptimo siempre, cada vez, cada otra vez será reóptimo. Re-óptimo cum laude cada otra vez más... Que las horas se van, que se están yendo: que se fugan

los días (y las noches...), que se están fugando: que los meses se agotan, que se están agotando. Y son pocos los años, ya, —de vivir— por venir... Por venir, quizá sin porvenir.

Déjate de digresiones y en voz alta, Ebenezer! No te das cuenta de que cogitas, si aqueso es cogitar, y no in mente sino cuasi estentóreo? Espera, espera, Mandricardo..., le dice Ebenezer... Y escucha, que es breve: Todavía irrumpir, irrumpir otra vez, echar más favilas al viento, más guijarros al mar, y dar de beber al sediento, de yantar al hambriento, y de amar, de yogar, al hambriento y sediento del liento sulco de arar, de navegar, de taladrar y de sembrar y cosechar... Yo siempre escribo lo que siento. Yo siempre escribo lo que siento con aromas y ritmos del soñar —al azar—, con ácidos y sales y posos de pensamiento. Todavía irrumpir, ogaño. Otra vez, otra vez echar más pavesas al viento, más cenizas y escorias y zurrapas al mar, y dar de yogar y de amar al aún turbulento; de beber y soñar, pero no le saciar, al de sólo de ensueños y fervor y de sedes y ardor opulento. Yo siempre siento lo que doy en pensar. Yo siempre siento lo que doy en pensar y pienso siempre lo que doy en sentir, como siento lo que doy —al azar— en soñar... Todavía irrumpir, irrumpir otra vez, derramar y aromar —que es de zábila, de sándalo— la savia que me resta: Sólo cuenta el instante, sólo vale el momento, sólo.

4 XI 1954

Ver RELATO DE LOS OFICIOS Y MESTERES DE BEREMUNDO Y SONATINA (en *VELERO PARADÓJICO* - OBRA POÉTICA, Volumen III).

Hay el siguiente manuscrito fechado el 4 XI 1954: Tras no pensar en Aixa —muchas lunas— pensaba ha poco en ella e ideaba (con tan lindo temilla, cabeza de oro y de puente, de puente de violín? de puente de los suspiros?) ideaba, proyectaba, soñaba —digo— o cualquier otra cosa parecida, en deleitable secuencia de episodios y de vivirlos

y tornarlos materia de poesía... Pensaba ha poco en Aixa, en Aíxa —que suena mejor— y en vella a ella la bella... Mejor no haberla visto... Aixa es de öro y venustad trasunto. Sus labios —sin decirlo— y su voz, el solo timbre grave, de contralto —sin expresarlo, la venden (en cuanto a venustad). El oro harto es visible, si natural o si de procedencia alquímica. Mejor no haberla visto como ha poco la ví... Y se venía diciendo —hace una hebdómada— cuando interrumpió Bela Bartok: Beremundo el Lelo es mudo, no solo de nacimiento —ello se sabe por tradición oral de próceres añosos— sino también mudo adoptivo, por sistema y por inclinación —si tácita— a ser tácito (como Retácito). Y Sergio Stepánovich Stepansky, si antes tartajoso, se tragó la lengua en Bolombolo de Venecia, tras epónima rabieta y furibundo acceso colérico, y desde entonces no parla o fabla sino figuradamente, por labios de signos y señas o por bocas de sus voceros leedores en alta y altavoz, lo que él les dá escrito. Y se sabe que es de él porque el su estilo se resiente del tartajeo. No tiene usted —entonces— Seor don Ene Ene, ninguna grabación —así lo afirme— de las voces de ese ilustre par de prohombres mudos. Seguramente ha sido víctima usted —seor— de la superchería y timo de quién sabe que duo de tunos farsantes mixtificadores, suplantadores de los nombres famados y de las sus personalidades eminentísimas de Sergio y de Beremundo. Explotadores de su renombre y fama dellos, y de la majadería, nesciencia y memez suyas —seor Ene Ene— y de las gentes, también calabacíneas de la Insula. Beremundo y Sergio, están aquí, presentes. De cuerpos presentes si de ausentes ánimulas vagueantes. Están aquí, Mírelos ... Son esos dos..., esos dos ... no les digamos jóvenes. Son esos dos, no les digamos viejos... Son esos dos... prototipos de la madurez ya pasadilla, manidilla —digamos así—, esos dos que dialogan por medio de guiños y gestos, visajes y ademanos, en el rincón sureste de aqueste aposento, precisamente en la mi diagonal, detrás de aquellas tres columnas trucas de libros a medio derrumbarse... Son ellos mudos, sí seor, pero no sordos..., y se están —a ojos vistas— mofando de usted, tuerto don Ene Ene, y se mofan de usted, de su torsión, tortedad y tortura y desde el su

exordio, como dos benditos! Y están escribiendo, además. Y están bebiéndose —en más de además— el resto de auténtica ginebra Bols de Holanda, que trújome un caro amigo, de Amsterdam, y de la mismísima bodega de Erasmo de Rotterdam (en Rotterdam). Hola! Sergio, no la bebas, que no es vodka! Césa, pára! Beremundo, que no es hidromiel! Y básta! Prestádmme los escriptos, Beremundo, a que Leo los lea... Leo Lée: —difícilmente, ante los garabatos del mudo—: Yo, Beremundo el Lelo, nunca estuve en la Insula de que parla Ene Ene! Jamás rapté, ni siquiera sabinas, Sabas tampoco, helás! ni mucho menos Musas, ni más si de Museo! Qué palancas de Arquimedes! Durandal de Rolando, ni espada de Damocles! No entiendo por qué gímedes, ni de qué estás fablando, miser Horacio Cocles! Palancas ni de Arquimedes (no se dirá Arquimédés?) Linternas ni de Diógenes, diogénicas, lámparas ni aladíneas. Ni escalas del onírico Jacob (manuscrito incompleto)

XXIX

Casi ninguno de los oyentes —y ahora si itero— conoce ni de nombre a Harald el Oscuro. A ese no lo conozco sino yo y lo conoció alguna vez quizá y en la Noche Morena la hechicera Lálage, Isolda, Furia, Iseo. Y era y es un sujeto —Harald— de mérito, de mérito singular y de pluralísimos méritos de índole varia... La biografía de Harald, si no la escribo ya, no la escribiré nunca, y si no la escribo yo... Era (para empezar en orden) un ciudadano anodino a simple vista, si asaz complejo. Elemental y complejo ser Harald. Quizá si sus obras fueran conocidas. Sus obras escritas, vividas bajo el Signo de Saturno... para venir a ser espetadas bajo el SIGNO DE LEO. Si doy

con otras distintas de alguna que tengo en mi carpeta. Y que es un RELATO autobiográfico —en parte— y en parte fantasioso y de mito y pura fábula.

Yo soy Harald, soy Harald el Oscuro. (Yo no: él, que continúa:) Oh playas verdeantes de algas marinas, sobre las guijas de estridente diamante y flavo cobre. Oh piélagos preñados de la cálida voz de las sirenas. Oh piélagos que nutre denso susurro: —trenos de náufragos a la deriva por sus senos procelosos, y que ya dormirán en las ondas serenas. Yo anhele tus límites planicies: hielos glaucos, brumas, nieblas, —última Thúle— para ulular mis turbios himnos raucos! Yo soy Harald, soy Harald el Oscuro. Todos los viajes, todos mis viajes, son viajes de regreso. Yo torno ahora, retorno ahora del azur y hacia el azur. Violada luz diaprea sus rútilos zafiros. Voz de sangre sus zafiros denigra. Mas no otro azur desea mi vagabundo sueño: sólo ese azur cebrado de viölas, ése azur ocelado de abenuz...! Oh piélagos transidos de agorera pavura irremisible. Oh piélagos que asorda gríseo clangor: equale de trombones, de lento ritmo y voz velada, audible sólo para los seres que un Fátum fúnebre señale... Yo anhele tus límites planicies: hielos glaucos, brumas, nieblas —última Thúle— para ulular mis turbios himnos raucos! Yo soy Harald, soy Harald el Oscuro. Yo sólo amo tu amor, fatal Isolda. Erigiremos en todos los caminos nuestra gitana tolda aventurera. Yo sólo amo tu amor, oh brava Isolda! brava Isolda hechicera! Yo soy Tristán de Leonís: ligera, por todos los océanos nuestra nao pirata discurrirá indolente, con viento ameno o duro; bajo la lumbre de topacio del sol; bajo la luz morena de la rosa de plata; o en la noche ceñuda —lúgubre y agorera—. Por todos los océanos nuestro amor, y el espacio sin lindes, y el ensueño, y hacia lo ignoto navegar... Por todos los océanos nuestra libre galera: y en el palo cimero la flámula escarlata con una rosa endrina, y en nuestros corazones la rosa purpurina y la flámula negra... Nuestra nao pirata discurrirá por todos los océanos

al azar, al azar, al azar... Erigiremos en todos los caminos nuestra gitana tolda aventurera, y el refugio ilusorio de nuestro ciclo errátil e inseguro... Yo sólo amo tu amor, mi brava Isolda, yo sólo amo tu amor, Ilse hechicera, yo soy Tristán, soy Harald el Oscuro...

Y el RELATO sigue. Más adelante se le dará fin. Harald el Oscuro es hoy un buen señor aburguesado y vive de sus rentas y de su tosudez, su renuencia en deponer las armas, arriar la flámula o gonfalón, y pasar a difunto. Sus rentas, si cuantiosísimas, no alcanzan a ser equiparables ni con mucho al su patrimonio de pertinacia y de terquedad y de obstinación y recalcitrancia —para decir en cuatro palabras lo que con una sola dellas fuera suficiente—. Se redunda bajo este signo. Vive de sus rentas hoy —Harald el Oscuro— el que antaño vivió a salto de mata o de matón en matón cuitas saltando. Y no quiere echarse a morir —plantado en su agerasia—. No quiere echarse a morir, por más que sus mejores amigos se lo aconsejamos cuotidianamente. Y no por heredalle, que sus rentas cesarían con su fallecimiento. Hizo cesión de sus haberes —ha poco relativamente— a cambio de una suma —la suma tiene varios orondos ceros— una suma y cifra mensual y de por vida.

Le dió a cierto *trust* sus Minas de somortas, de hefestitas y de peridotos en Gocia y Visigocia; su fábrica de pajaritas de papel y de batutas en la Aquitania nervalina; sus plantaciones de perejil

macho, de alpiste hembra y de lentejones epicenos, en sus latifundios del Quersoneso; su tenería, curtiduría —que no curtiembre— de pieles de zapa, es decir de pieles de onagro, sita en Balzacia Honoratísima; su central filatélica, babélica, bélica y aristotélica, que en la región pentélica fundó con Apolonio el Babilonio; en más, su reformatorio de poetas arrepentidos y de poetisas irredentas, sáficas o adónicas, su hostería, parador y refugio para vegetarianos enófobos parabolanos, babilanos y erófobos —por contera— y para vegetarianas de las mismas y en las mismas, en Patos y Citeres., su manufactura de Opus —en Canopus— para catalogar hasta la ópera omnia de Beremundo de Grafomanía y Poligrafónia; y su Pinacoteca, su Hemeroteca, su Biblioteca, su Oploteca, su Discoteca, su Mapoteca, su Latoteca, su Mitoteca, su Musoteca, su Mecanoteca, su Ofiucoteca, su Puroteca y su Tecateca (sin Hipoteca) —todello en Amecameca de Juárez, cerca del Popocatepetl y el Ixtlacíhuatl. Y su... Todo ello lo trocó por una pingüe renta fija y mensual y de por vida. Y como tuvo un tío —Vercingétorix— oriundo de la Villa de la Candelaria de Aná de San Ciro y del Aburrá, no quiere morir todavía para que no le resulte tan rematadamente malo el negocio que hizo. Y el negocio fue pésimo. Y Harald el Oscuro, ya aburrido del ocio, háse dado a escribir novelas policiacas, que, como aún manuscritas, sólo las

conocen él, Cimodocea y Ciro Mendía. Ya tiene escritas tres: MURIÓ DE AMOR LA DESDICHADA ELVIRA (caso único en la Historia). (Parece que la mató don José de Espronceda, tras haberle propinado los 154 ¡ay! que hay en el episodio central de su Poemonón). La segunda se llama FLEBAS EL FENICIO, MUERTO POR AGUA, HA UNA QUINCENA. Lo mató Eliot mismo sin haber tenido necesidad de la complicidad de ninguno de sus traductores. La tercera y penúltima —porque planea ahora la cuarta— se nombra e intitula TULA DE TAPACHULA VÍCTIMA DE SU GULA y es el caso de una muy primorosa jarochoa que dizque conoció personalmente Harald en Medellín cerca de Veracruz (en México) no en La Veracruz de Medellín, cerca de Hatoviejo...

Y..., voy a leer el resto del RELATO iniciado ya, de HARALD EL OSCURO: Yo soy Tristán, soy Harald el Oscuro: Dancé cantando mi canción acerba. Era el véspero, casi la noche, era el véspero de ceniza. El tardeño cocuyo su luz irradiaba. Su lumbré ingenua mi ingenuo corazón iluminaba. Mas mi espíritu pérfido mi ingenuidad enerva, y en el ingenuo corazón desliza fragante zumo de su ponzoñosa hierba. Yo soy Tristán, soy Harald el Oscuro. Divagar. Divagar por inéditos climas. Metafísicos vórtices. Remansada sapiencia. Júbilo y alborozo sensuales. Ebrias sedes. Acidia muelle. Venus autumnales, ingravidas adolescentes: oh vendimias opimas...! Al propio tiempo, nugacidad y vacío y nesciencia... Oh mujer, arcangélico vampiro, demoníaca Ofelia, candida cervatilla, hispido endriago! Todo lo excelso aroma en tu sollozo y en tu suspiro y en tu sonrisa! —Perfuma en tu pasión lo deletéreo y lo inefable, lo joyoso y lo aciago! Tifón de tempestades y sosegada brisa cantan en tu pasión: y un trémulo murmurio pulcro

balbuce en tu corazón! Yo soy Harald, soy Harald el Oscuro. Yo soy Tristán de Leonís, acedo. —Yo sólo amo tu amor, Ilse hechicera, yo sólo amo tu amor, fatal Isolda, mi brava Isolda! Yo soy Harald, soy Lancelot: —blanda sonrisa, corazón perjuro—; yo sólo amo tu amor, tu amor áspero y ledó, venenoso y lustral, proclive y puro, pérfido y claro, y abisal y erguido! Yo sólo amo tu amor, Ilse hechicera, Furia hechicera, Lálage hechicera: Yo sólo de tu amor —Ilse— me curo: y al azar de las rutas erigiremos nuestra tolda, fatal Isolda, y en nuestra tolda un penumbroso nido, y al azar de los vientos singlará nuestra nao aventurera... Yo soy Harald, soy Harald el Oscuro.

Recuerdo que cuando Harald me leyera ese relato —hace sus buenas marras— dijo que no escribiría más y se dedicaría a los negocios. Y desapareció por tres o cuatro lustros. Retornó hace poco, porque, repite, Todos los viajes, todos mis viajes son viajes de regreso. Y me leyó otro engendro suyo, que dícame es anterior al otro, porque no escribió realmente nada, después del ya mentado tantas veces. El que me leyó —anoche— precisamente, dice: (Habíamos libado un poco de ginebra Bols). Dice: Después de que escanciáramos el vaso postrimero —metidos ya en la sima berroqueña— nos dimos a decirles a Orión, a Fomalhaut, a Aldebarán, nuestra congoja, y a Proción y al divino Boyero: no sonreían, no sonreían, sino que se hermanaban con nuestra ánima pequeña, no se mofaban de nuestro diminuto afán. Muy más allá del mundo de los astros queda el país difuso de los sueños; muy más allá del campo de los sueños el reino está —brumoso y coruscante— de la locura, que en sus brazos muelles todo el amor ilímite atesora. Después de que vaciáramos el último jarro de vino —inmersos en la espelunca berroqueña— nos dimos a vagar bajo del tenso vientre maduro de la noche,

—áureo vientre y endrino; ya nos cantaba su canción zahareña, sensual, sexual, la noche, perfumada de jazmín y de incienso. Canción epitalámica, imbuída de un ambiente tibio de caligine: infusa de la música felposa que integra el sortilógico Nirvana; canción de éxtasis denso, que resume y acendra —entre sus filtros— la ventura. Después de que vaciáramos el último vaso de vino —inmersos en la espelunca berroqueña— nos dimos a soñar bajo del rútilo, combo, odorante vientre diamantino de la noche cenceña: para la Virgen Noche, para la noche virgen, no es siempre el hombre mutilo...? Muy más allá del túrpido deseo queda el país del sueño insaturable; más allá del deseo incoercible queda el país joyoso y frío y cáustico de la locura, que en sus brazos férreos todo el amor sin lindes atesora. Después de que escanciáramos el jarro postrimero —metidos ya en la sima berroqueña— nos dimos a narrarles a las constelaciones nuestra congoja, y al matutino lucero...: no sonreían, no sonreían de nuestra ánima pequeña, no se mofaban de nuestras infinitesimales desolaciones... Y más allá de los rútilos Orbes queda el país transido de los sueños; y más allá del yermo de los sueños se asienta la región ebria y radiante de la locura, que en sus brazos róseos todo el amor ilímite atesora...

Del origen de estos y los otros versos de Harald el Oscuro, no tengo noticia. Es discreto, Harald. Sólo habla de sí en los versos. Como cuando cuenta que Yo regalé mi corazón... y toda una colección magnífica de ensueños —que no alcanzó a imaginar Aladino— soplé como vilanos desde la erguida atalaya de mis sienes conquistadoras, dominadoras... Y mis labios enardecidos por sus besos, más imborrables que la sangre en las manos de Lady Macbeth asesina, (no perfumes de Arabia, ni el absintio con que endulzar solía la rebúsqueda del Olvido Imposible, disiparon la esencia prístina que en mis labios ilusionados puso, con la aureola de las vírgenes, su boca eternamente Mía!) y mis labios enardecidos por sus labios renunciaron a la golosina de sus besos. Y ello fue antaño, en un

brumoso Norte, muy más allá de Thulé fabulosa. El hombre es claudicante y es absurdo, no duro, no nada humano. Y otra vez —antes— en el rútilo cobre verdoso del río Cauca ponentino yo quise disolver la Inútil Aventura: se me salía de la boca el grasoso potaje de la vida cotidiana. Clavé mi frente encinta —pletórica de Futuras Cosechas— en el ajeno de oro de esas únicas aguas lustrales: como el madero de los naufragios el río desdeñoso me depuso en la orilla... Y yo era el hombre libre! Y yo era el hombre solo! Y discurría mi vida como el viento: de arista en oquedad, de monte a monte! Y el río Cauca me nombraba su amigo! Y hay otros que concluyen por decir que el hombre es duro, sórdido, avaro: y yo dilapidé mi fortuna de ensueños como si fuera un nuevo rico, y yo dilapidé mi Tesoro, mi invaluable Tesoro de Pasión, cuyo grito resonará en las edades... Doné mi corazón, y de adehala mi vida misma, y para que con él —endurecido— zurcieran calcetines en la paz hogareña... Que otra ocasión el río sí reciba la ofrenda de mi tosco madero! Lo besará con la lengua fogosa de sus aguas que ya el crepúsculo habrá teñido de amatistas! Lo contendrá en sus brazos que son —también— acariciantes aunque jamás como el perfume que emanaba todo el conjunto de su ser maravilloso, ni como sus palabras amorosas que me envolvían a manera de efluvios epitalámicos, ni como sus ojos fúlgidos, ni como su boca que se me dió definitivamente! Yo regalé mi corazón, su corazón, y doné de adehala mi vida misma, y para que con él —endurecido— zurcieran calcetines en la paz hogareña...

Decía Harald el Oscuro... Y es ya tarde. Y es ésta una muy triste fecha para mí. Oh desdichado Harald! O como decía el mentado Exégeta y vocero suyo, con epígrafe de Heine... Yo, desdichado Atlas! clamó el buído ruiseñor judío melado y virulento! Traigo este fardo... Vengo de Oriente y vendo sederías... Traigo este fardo: oh desdichado, oh desdichado Atlas con mi fardo de fantasías! Con mi fardo de nébulas al viento tardo, lento, vertiginoso, turbulento! Así cantó mi

turbio desvarío como el acedo ruiseñor judío! Vengo de no sé donde y traigo sederías (ficciones, fantasías). Cuento, además, relatos y fábulas amenas... Nada! Traigo este fardo sólo: Ficciones... Fantasías... Fantasías de nubes al viento, palabras sin sentido, palabras sin sentido: grávidas de pensamiento... ¡Qué te crees tú eso! (Dice Cimodocea...)

11 XI 1954

Ver RELATO DE HARALD EL OSCURO - RELATO DE PROCLO y RELATO DEL SKALDE (en VARIACIONES ALREDEDOR DE NADA - OBRA POÉTICA, Volumen II).

XXX

Viénesse tratando de Harald el Oscuro, personaje o persona mera, a ratos dramático, cuasi trágico, a ratos bufo y en el resto del tiempo aburguesado y anodino personaje. Y decíase que del origen de ciertos versos del que leyó alguien la pasada ocasión, no se tiene noticia. Es discreto Harald. Sólo habla de sí en los versos. En su nada amena conversación nada o poco menos que nada dice de sus andanzas. Pero en los versos suele ser harto indiscreto, mucho más que como cuando cuenta que Yo (él) regalé mi corazón...

En cierta ocasión —ya de un antaño muy vetusto— otro orate de la camilla tomó por su cuenta hablar en malos versos de sus compañeros y cómplices, y creo que en estos relatos que leo y transcribo, se refería a Harald el Oscuro, y dice: Y luego anduvo rumbo hacia el acaso... Cipango. El Cuzco, Troya, Tyro, Ménfis,

Mar de Baffin, Hong-Kong, Lutecia, Chipre, El Estrecho de Behring, Thúle, Síbaris, Tierra de Fuego, Angola, Taprobana, y el mítico país de Bolombolo!: iba en prosecución de Ensueños, sólo... Iba en prosecución de Ensueños, solo... ¡oh qué maravillosa hégira vanal!

Y resulta que Harald —según el exégeta o lo que sea—... El estaba vestido de su Insolencia; desnudo entonces. Desnudo entonces como ingenuo mármol. Desnudo y libre, al Sol y al Viento libres! Desnudo entonces! Inscrito en el tiránico círculo ambiente (elástico —al espíritu anárquico como al desdén apático— el Círculo Tiránico!). El estaba vestido de su Insolencia: Oh púrpuras y armiños imperiales...! ¡cuán pobres ante la magnificencia de esa su soberana vestidura! Manto de Vicio! Manto de Ocio! Manto de Odios y de Males! El estaba vestido de su Insolencia: desnudo entonces como estatua pura! Desnudo y libre, al Sol y al Viento Libres!

Y luego: Como tremar asordinado de invisibles violines y de oboes arrullos y de flautas gorjeos, —Filomelas y Apolos y Orfeos (arcanos de armonía)— son los idos esplines Odiseos... (Pugna el espíritu, labora y lidia, lidia y labora —libre de morbos decadentes antes y ahora— sólo por plácidas sendas perfumadas...?) ¿y a dónde fueron en fuga excéntrica turbios esplines tan deliciosos como los Deseos? Filomelas y Apolos y Orfeos (arcanos de armonía) son los idos esplines que me dejaron y no tornaron...? Y a dónde fueron en fuga excéntrica turbios esplines, turbios esplines que me dejaron y no tornaron? Turbios esplines...? Y a donde fueron, a dónde? Turbios esplines: —como tremar asordinado de invisibles violines son los idos esplines odiseos—. Libre de morbos decadentes antes y ahora: ¿turbios esplines a dónde fueron? y a donde fueron rabias afines —indóminas o apenas latentes— y tanta cólera sonora, y esos rugidos estridentes, y aquellas frías risotadas, y así la abulia y así la acidia, también fugadas?

Ahora el Exégeta prosigue su narración en torno a Harald, y ciertos episodios los pone como en boca del mismo. *Si pour telle beauté nous souffrons tant de peine, nostre mal ne vaut pas un seul de ses regars.* Pierre de Ronsard. Canté una vez y al linde de la tienda de una agarena. Un mozo rubio la raptó, y ella se fué. No más canté. Agarena, morena, cuyos ojos vivaces (yo no sé si existen otros de gemelo fulgor) con milagro sortilego captáronme el esquivo corazón. Sus ojos abismales, de esa vez y por siempre, rindiéronme a sus pies. Yo nunca oí su voz (después como que la vió y la oyó...) Yo nunca oí su voz, de oro y de mieles, ni su risa de jubilantes cascabeles. Sus labios, de lujuria húmedos, róseos, fueron más milagrosos que sus ojos. La fusca onda de su cabellera era como la noche perfumada de estrellas. Su cuerpo... ¡oh diminuta maravilla más eficaz que Venus Calipigia! Y más maravillosa aún era su luz desnuda, su íntimo fuego y la alegría de su juventud! Un mozo rubio la raptó. Y ella le quiso a él. Y ella se fué. No más, no más canté.

Y viene ahora, con epígrafe de Gabriele D'Annunzio: *Ora e muto il selvaggio paradiso già costumato a la tua signoria. Dov'è la voce onde l'anima mia e la selva tremavan d'improviso?* Canté otra vez en el tórrido monte, cerca del río bullicioso y bravo. Ella era belígera Amazona: esbelta, labios rojos, ojos claros, cálida voz velada y voluptuosa. (La gracia dieciochesca de su risa contrastaba con el hirsuto río tormentoso y la gente de aventura —toscos faunos modernos de ese monte) La alma suya era par del alma mía y al mío igual su corazón felino. Dos soledades entre la soledad desnuda: ¡no sé si ella me ama, ni si me amara entonces!

Hace una pausa el Exégeta de marras, para continuar: Vengo de no sé donde y traigo sederías (ficciones, fantasías, fabulosos relatos...!) Traigo, además, del sol, secos los labios, y secas las pupilas —casi ciegas—. Y el corazón —de orgullo y de dolor— de piedra! Y juzgo que allá vi cosas que antes no conocí, como son, a saber: Hombre sin Egoísmo, No Indiscreta Mujer; celistia a pleno día, cierzo y heladas en la Primavera; días azules sin alegría; sol fulgurante que el ánima enfría; Silencio Estéril; Soledad Huera: es decir, cosas que no conocía! Y otras, que, a mi deseo, yo nunca conociera, como son, a saber: Hombre sin Fantasía y Obcecada Mujer. E infiero que allá vi cosas que antes jamás no conocí: ¡deseos de besar, sin contra-boca! y sollozos de áspera monodía! y gritos de pasión sin armonía! y la anímula prisionera ya no cantaba, como un otro día, ni el Musical Silencio la imbuía, ni en Creador Silencio se abstraía, ni estaba Cuerda, ni era Loca! Y allá vi, cosas que antes jamás, nunca, no conocí: cosas que no conocía... cosas que no conociera!

Y comenta o acota o escolia el Exégeta: Lívidos son los sarcasmos del Funámbulo —lívidos, fríos, sórdidos fantasmas—. Les anuncia un juvenil cascabeleo: ¡músicas locas! Venid a ver sus trápalas y suertes! Venid a verle: Jugador de Enigmas, Juglar de Signos, Químico de Acordes: por mediación de insignes paradigmas os henchirá de hastío hasta los bordes, Odres Inertes! Aprestad los oídos, logotetas ávidos de escuchar para luego lucir, a toneladas, la Elocuencia: —toneladas de Ruido: ¡imaginad ese volúmen!— Aprestad los oídos, parád esas orejas, Rey Midas, pan-beocio. Multitud...: para escuchar mis Risas Circunflejas, Rey Midas, pan-beocio: la flor de mi cacúmen en igniscencia! Síntesis, concreción, cima y resumen de mi paradojal Munificencia, ¡Oro, Perfumes y Diamantes de mi Ocio! Y él (Harald el Oscuro) y él estaba vestido de su Insolencia: desnudo entonces, desnudo entonces como los mármoles, como los bronces y como la certitud de su demencia toda malabarismos y desgonces... Ficciones! Fantasías de nubes

al viento! Fantasías al viento, descaecidas, abolidas fábulas! Fantasías de nébulas al viento —trémulas de emoción, grávidas de pensamiento, leves, inútiles, errátiles, como su ambición, y fugitivas como su contento.

El relatante, exégeta y vocero de Harald el Oscuro y dizque *antes de entrar en materia* continúa espetándonos su miriamétrico engendro. Ahora viene algo como soneto o afín, de forma un poco libre ni ortodoja: Sutil vuelo de velas por mar de acero y de oro, es así el himno que canta mi capricho gozoso —por más que la severa boca me infunda miedo y cejijunto el espíritu vidente guarde silencio. ¿Ha de ser la perenne Elegía? El Treno monótono? ¡Un día he de cantar alegre como el marino eufórico! En el puerto que el sol enceguece —sol de oro y de fuego— beberé ron y whisky y gin días enteros! y he de danzar todas las danzas bárbaras! Será mi amor frenético la más esbelta mulata! Cambiaré cuchilladas con el jaque más bruto! Sutil vuelo de velas por mar de bronce y cinabrio, es así el himno que canta mi corazón solitario: guarda silencio mi espíritu vidente cejijunto...

Ahora se refiere el poetastro a alguno de los innumerables viajes de regreso de Harald el Oscuro. Quizá regresaba —en ese tranco— de la Floresta de Brocelianda, si no de la Selva de Melusina y de Bibiana, o de la sélvula de Oriana de que ha de parlarse en el AMADÍS DE GAULA. Y es esta la referencia: Ese venía por el rojo camino laso viandante bajo de los soles. Secos los labios precitos; los ojos encendidos; rendido de horizontes. Burgos le vieran, poblachos, aldeas, luengos senderos eriazos, playas inhóspites y laderas foscas, y ríos sonantes y bravos. Zíngaro pobre como un poeta, bailar hacía el oso de su pena: sonajas

érale su cansancio; sonajas érale y adufe destemplado: bailar hacía la Gitanilla de su quimera. Ese venía por la ruta, —el Viajero. ¿De dónde? Hacia dónde? Quién sabe! Circuía el pálido silencio como la toga de César o el manteo raído de Villon miserable: Circuía el pálido silencio. Luces pintábale de fuego la íntima hoguera insaciable. Secos los labios, —beso de las sedes, los ojos hastiados; burgos le vieran, aldeas, poblachos, luengos caminos, praderas, ribazos, joyantes emporios y Babels: laso viandante indiferente todo el dolor sellado, traía, —cenizas y místico sándalo—, dentro la urna frágil de sus sienes.

18 XI 1954

Ver FANTASÍAS DE NUBES AL VIENTO y ESQUICIO N° 1
(en LIBRO DE SIGNOS - OBRA POÉTICA, Volumen I).

XXXI

A veces le dá al espíritu ocioso por embarcarse en absurdas galeras, por salirse de su statu-quo filosófico no ante Belum sino post lides si no bélicas sí con temibles Belonas felonas un poco. Como le diera esta semana a un cierto amigo integrante de la cáfila. Que le dió, y en su cuarto del Búho y aposento no sólo de sus libráculos y sus papelotes y su discoteca sino también de la su claudicante humanidad, que le dió por reburujar papelorios de los por ahí arrumados y que abarcan un largo recorrido de peripecias, aventurillas, grandes negocios, mucha cantidad de poesías (no de poesía siempre) olvidadas o extraviadas apenas, no mala copia de cuadernillos-diarios íntimos, en cuanto anotación minuciosa de datos personalísimos, y en cuanto monólogos y diálogos también —consigo

mismo. Y se dió a ello sin propósito enderezado a tropezar con muchas cosas metidas ya en olvido sino en la búsqueda de poemas suyos desaparecidos, transpapelados y que ahora necesita pues el cierto amigo a que me refiero intenta publicar (que le cayó editor) cualquier sexto o séptimo mamotreto. El cual mamotreto amenaza llamarse VELERO PARADÓJICO. Pero esto no viene a cuento. Como yo hacía compañía al buzo de ese maremagnum, hube de presenciar el espectáculo. Mi desalumbrado colega y cofrade —que se creía solo— mostraba muy a las claras en la su faz el proceso de las emociones que perturbaban la serenidad filosófica del espíritu. Emociones gayas cuando tropezaba con episodios de gratísima recordación y regusto que se reflejaban en su jubilosa expresión: sonrisa, guiño de ojos y paladeo. Emociones acerbadas cuando encuentros contrarios. Yo lo miraba aunque hacía como que seguía leyendo MIS VENENOS de Sainte Beuve, redomado bellaco si finísimo, agudísimo, buído psicólogo. Y me decía —para mí no más: Si este amigo leyese este pensamiento de Sainte Beuve: Cómo se mata en nosotros el amor: son tres grados: sufrimiento, indignación y luego indiferencia. El sufrimiento gasta (desgasta) el amor. La indignación lo rompe y así se llega a la indiferencia final. Pero el amigo —aunque tiene subrayado el pensamiento en el libracó y algunos otros más— se olvida déellos y se dedica

a volver a vivir lo ya difunto. También subrayó esto otro: El amor en lo que tiene de completo y de realmente apasionado es algo tan temible que aún los testimonios más sinceros, más embriagantes de su dicha si se le presentan después de que su delicia pasó, se convierten en los más crueles y emponzoñados instrumentos de la venganza: lo que hizo su felicidad se convertirá en su suplicio...

Afortunadamente mi amigo dió con una media docena de poesías que tenía por definitivamente perdidas y se entregó a su lectura, corrección, aumento y disminución y a escuchar LOS PURITANOS de Bellini. Yo seguí en la lectura de los VENENOS de Sainte Beuve: por ahí hay un pensamiento suyo y fechado en 1852. Lo tiene subrayado mi amigo y anotado al margen: escrito como para (su nombre) cien años después. Y es éste: No he tenido ni primavera ni otoño: no he tenido sino un estío seco, quemante, triste y duro y que lo ha devorado todo. Luego se percató mi amigo que yo estaba en su aposento y dejó los versos tal como estaban al reencontrarlos. Sirvió dos vasos de malvasía, y sin dejar de oír a Bellini y de escucharlo aún —a ratos— nos dimos a hablar de ésto y de aquéllo, menos de lo que había observado en su expresión cuando topara con papeles íntimos suyos y de algunas —pocas— ellas. Parlamos desde poesía hasta estrategia. Mi amigo tiene este otro hobbey y teoriza como

un Iomini o un Clausewitz y como sostiene que estuvo en la Retirada de los diez mil y en la Retirada de Rusia y en Groosberen y Denevitz y en las Queseras del Medio (después de una caja de malvasía...) me endilga toda su sapiencia a cada trique.

En este caso a cada triqui-traque. Esta vez no se detuvo mucho en ello. Pero si en la poesía NOVA ET VETERA: valvasor de la noche si vasallo del día —por ahí le está dando ahora, si ayer estaba de Príncipe de Nolandia—. Valvasor de la noche si vasallo del día soy. Se llega la noche, recompensa del asco del día horrendo y el mester mezquino. Se llega al fin la noche de sortilegio, el lujo del paria, saldo de vivir, porción ínfima de que alcanza a ser dueño. Se llega al fin la noche. Soy el Rey de la Noche si el esclavo del día. Se llega, al fin, la Noche, compensación del horrible día de náusea, turbios menesteres y de trivial crepúsculo. Se llega al fin la noche. No importa si es la Noche de sola soledad, sin Quimeras y Circes. Si es la noche de mudo soliloquio o de sorda cogitación y ciega. No importa si es la noche de báquico jolgorio sin altura, y de abyecta, de anodina algazara. Soy el Rey de la Noche si el esclavo del día. No importa si es la noche de sola soledad... Mas, si la noche trae consigo un alma rea como la mía y un sensual murmurio y una éncia sexual de pulpa ardiente: valvasor de la noche si vasallo del día.

Déjate, Pafnucio, de nocherías y escuchemos a Bellini y que suene la trompa intrépida. Menos poesía, más malvasía... ya que así le llamas a aqueste brebaje... para mi que es apenas un modesto Tocay. Y oye lo que escribe Sainte Beuve sobre Víctor Hugo: Hugo se nos dá como un hombre que no tiene sino un defecto y una debilidad: amar en demasía a las mujeres y pretende que no sueña, en absoluto, en la gloria. Y concluye así el maligno: Hay siempre dos defectos en nosotros: el que se confiesa y el que se esconde... y cuando Hugo ingresó en la Academia Francesa: Hugo es de la Academia. Vamos. Vamos. Está bien. La Academia necesita ser desflorada de tiempo en tiempo. Y... Hugo dramaturgo es Calibán que posa para Shakespeare, para no citar más a Sainte Beuve redomado bellaco, si buído, agudísimo, finísimo psicólogo y crítico.

El mi entrañable amigo —y poeta— no se curaba de lo que yo le decía, ni de lo que le leí del amante de Adela Hugo ni de lo que cantaban los divos de LOS PURITANOS de Bellini. Abstraído —si no abstracto como ciertos pintorazos y pintorcetes— dialogaba con alguna de sus Musas seguramente o in-mente ¿Con Erato? ya hace rato que no se ve con Erato. Será entonces con alguna mozuela y soto-Musa suya. O decíase sus versos, los que topara en su rebúsqueda por el Cuarto del Búho, donde topó —de adehala—

trancos de sus DIARIOS ÍNTIMOS. Los tiene en prosa y verso; los tiene en verso y en prosa.

Esto, que se le cayera del bolsillo izquierdo interior, dizque es no sólo la iniciación de una secuencia de sonetones o sonetines, sino la de una historia seria de amor y de dolor, de éxtasis y de acerbidades... y es un sonetín en broma e invitación al vals: Tras quirite —Quirino— quiromante fué en Hesperia, Ostrogocia y en la Gaula citerior: su destino asaz crispante: pasó a difunto huésped de una jaula. Con el poeta de su amor amante, Fulvia Tranquila se pasó de maula; si no retrocedió no siguió avante: Fulvia indecisa, en la mitad del aula. Seas la que a Sansón rapa —Dalila—, Judit que decapita al Holofernes: ambas al cuyo diéronle lo suyo. Lo mismo de hacer has Fulvia Tranquila: —muy buen día será mañana viernes—: con Galo a toma y daca, a mío y tuyo...

Sucede, amigo del Signo de Leo, que estaba reburujando papeles y entre ellos topé este sonetete y todos sus agravantes, antecedentes y consecuentes, antecedenencias y consecuencias. Por eso veíasme enmimismado y unas veces transparentando júbilo y otras nostalgia y alguna acerbidad y aún cólera... De filósofo tengo ni un ardite magüer mi estoicidad aparente, y —si calvo— no sólo un pelo, sino una absalónica melena de tonto, poseo, en usufructo además y permanente.

Hubiera nacido en Babia, no más! Pero nació en Beocia y precisamente en su capital: en Bobilonia. Apolodoro de Bobilonia y como lo sabes, caer he visto, caer he visto todas las hojas, todas las hojas del ocioso almanaque: hojas a que el poeta horro de llanto ría, sonría —antes que de otro, dél (para ello bastara el conocello, o, si no, imaginarse a Caramuel o a cualquier Zipa o a cualquiera Zaque, o a mí... si de las barbas me despojas o me las embadurnas de zulaque). Caer, caer he visto todas las hojas —hojas secas— todas las hojas del ocioso Almanaque (si no Otoño sea estación por aquestas Batuecas) todas, todas las hojas, mas algunas (que olvidé: ¿quien no tiene sus lagunas?) Las hojas del totumo o del suribio como las del guanábano, bajo cuyo ramaje —hace ya marras— pusímosnos a oír a las cigarras, Margarita Amazona (por Bredunco) y aqieste orate: nos punzára el tábano del amor o el ardor o el embeleco sexual a entrambos. Del regazo tibio de Margarita... y de ese idilio trunco quedó no mucho: apenas sí las arras (y el regusto del gusto a guisa de eco). Apenas sí las arras: diez besos y una flor soto las garras del grifo azor... Madona Margarita —nunca después la vi— tiene la nema (marca en el busto, al fuego) —cifra y cuño— que yo le impuse con mi propio puño amante y que lacré con beso en ascuas, yo el Condestable, el Senescal don Nuño, don Nuño Ansúrez, prioste ni de Hita ni Arcipreste, y sí Duque de la Flema... Margarita Amazona, oh Margarita!: oh Margarita, mi peor Poema (que no es poco decir!) Caer he visto todas, casi todas las hojas del ocioso Almanaque, desde los tiempos de Hermes Trimegisto, desde cuando la Casa de Tócame Roque: hojas a que el poeta vaque, hojas a que el poeta evoque: si juega a las Damas, ataque y si a los escaques, se enroque —por artes de birlibirloque, por trucos del táquetetaque—.

Pero no era esto lo que te quería leer —agregó Apolodoro— sino unos fragmentos de mis DIARIOS ÍNTIMOS que por ahí topé y que corresponden a la época en que vi caer las hojas del guásimo y del písamo —más o menos la época de Cándido Leguízamo— y a la época en que vi caer las hojas, las hojas del alerce y las del álamo, las de la acacia y las del alcorque —más o menos en la época aglaofenia, época del cálamo y del tálamo—. Del Cálamo para escribir epitalamios y otras poesías sus afines; y del tálamo... para el epitálamo. Cuando ya no vea caer las hojas del sauz y del ciprés —por estar bajo tierra— leemos los fragmentos de mis DIARIOS ÍNTIMOS que te iba a leer y no te leo. Leo... No te los leo, Leo, que a lo peor los espetas BAJO EL SIGNO DE LEO y si te está escuchando Cimodocea... Saluda a Cimodocea. Y abur veterano. Y fuése Apolodoro de Bobilonia.

2 XII 1954

Ver SECUENCIA DE SONETONES O SONETINES (I) y RELATO DE APOLODORO (en *VELERO PARADÓJICO* - OBRA POÉTICA, Volúmenes II y III).

XXXII

Ahora se tiene que —como dizque estamos entrando por el aro y convirtiéndonos en personaje serio, Signo y Leo, dos en uno— le prometí a mi Egeria de turno transformarme en un escritor de lo más adocenado, formal y pluscuamperfecto negado —renegado— para la poesía y la ficción mítica

-fabulante y cuasi propio para dedicarme a manufacturar traslaciones poe o antipoéticas y de lo más exactas, milímetro a milímetro, adobadas con previas exégesis sumamente auto laudatorias y de diatribas, otra vez sumamente, sumamente peyorantes de las traducciones antecedentes malhadadas...; para salir con una otra traducción también muy tal por cual y... digamos, Signo y Leo, que no menos mediana que las otruelas. El mi intento de hoy en adelante es el de destraducir y retraducir a sus idiomas originales hasta una docena de víctimas inmoladas malamente; a retraducirlas de las sus versiones al castellano, al lunfardo, al platense y al ceméntico pseudo castizo teórico..., y con una circunstancia ventajosa, prenda segura del éxito: que sé casi tan poco de cada uno de los idiomas originales de los poemas por destraducir como del español...; y que de prosodia técnica estoy in-albis, si de la usual en ayunas. Esto me lo venía diciendo un amigazo mío contra-poeta él y ene veces ex-bardo él, y no de la ilustre progenie de los tropos (sino de la no menos ilustre raza de los tópicos, es decir de los topos, en diminutivo). Al cual mío amigazo le llenan de sumo tedio y total hartura todo género de pedanterías y suficiencia y yo me lo sé todo y, a ver mi don quien se me pone por delante y si no después de mí el diluvio, si —precisamente— antes de mí el Caos. Ese es el matonismo literario —crítico literario— como de un muy lejano oeste o de un éste o

aqueste muy vecinos. Allá el mío amigazo; como yo non capisco niente dello dél, non me curo de capiscación alguna, pues sigo perseverando en mis trece, a veces en mis catorce, y dále que dále que es de cuero. Pues si ninguno otro le da yo sí le doy parejo y duro Magüer sin tón ni són, como repetía el inefable Palamedes, que se lo oyera el propio Odiseo y en la de Troya, Troya de la argiva Elena sexapelante.

Luego el Ulises oyó cantar a las Sirenas... Yo no oí la canción; empero: La Canción que no oí quedó vibrando. La canción que escuché, borróse al punto... Y ésa otra canción de no sé cuándo, de no sé dónde (y ni estará sonando...) tómame para sí, consigo, llévame... La canción que no oí quedó vibrando...

Qué canciones! ni qué garambainas, dícame la mi Egeria de turno, por boca de Cimodocea, y en el cuarto de Cuarto del Buho, escuchando lieder de Schubert, y tras conjugar el más amable de los verbos y de leer una copleja ni copleja ni circunfleja, un poco —eso sí— perpleja; la cual suena como así: Esta es una, es una copla. No Cyrano me la sopla, persona no me la dicta, copla non es derelicta sobra de ningún naufragio; esta es una, es una copla: —calco, ni parodia o plagio—.

Parece que aquesta copla de coplas pretende ser epitafio y muy largo epitafio del seor Ene Ene, urdido a cuatro manos entre Bogislao y Beremundo,

mis mínimos amigos y los máximos enemigos
interinos del mentado seor Ene Ene, bardo inasible.

Copla septina. Divierto mis desidias con experto malabar, truco retórico. Gabe pueril, bufo eufórico soy: ¡poeta no, no, nunca! Desconcertado, conciertosónes desde la espelunca. Conciertosónes, oculto, solitario, entre el tumulto. Silencioso, en la algazara, sonecillos alquitara mi capricho, bufón, gabe; mi capricho trisca inulto, por las rejas de la clave. Como tentar, ya no tiento ningún teclado instrumento. Como tañer, ya no taño —si antaño tañí, no ogaño— cuerda o metal ni madera. Taño ni siquiera viento: ¡qué tañedor de Quimera! Hipotética viöla —Guarnerius faciébat— viola zurda torpe, y, con el arco, diestra no diestra: Aristarco ¡velay! yo soy de mi propio... Del virtuoso la aureola veo ni con telescopio... Esta es una copla, es una copla simple, escueta, ayuna de trascendencia o de pseudo...: como señor de mi feudo —de mi gana o mi capricho— trovas de mala fortuna trovo, gabe en entredicho. Esta es una, es una copla —frío Heredia no la escopla, no en matriz se funde estricta—. Copla es libre, harto convicta de no saberse el trisagio, ni andar tras normas... ¡Resopla! Velay! Helás! San Pelagio! Copla septina si octana por mi capricho y mi gana, salga por donde saliere... ¡Se canten el miserere y el Requiescat y el in pace! ¡Sacra música o profana, dale igual al que aquí yace! —Hic iá cet León Francisco de Asís von Greiff, hecho cisco! ¡Malogrado viking! ¡Nauta que ancló en tañedor de flauta! Músico en cierne, sin fruto —sin flor casi— ¡Oh, non capisco su tragedión diminuto! Non capisco niente! ¡Skalde pudo ser y ni fue Alcalde! No comprendo, no! La opus ciento suya, otro Canopus iba a ser! (Nunca la urdiera...) Larga vida vivió en balde: ¡majaderón de primera!

Los del EPITAFIO proyectaban seguir y espetar todo el engendro... pero interpuso su veto Cimodocea, y don Palmerín de Oliva y don Galaor, que estaban a la nuestra vera, amenazaron a Bogislao y Beremundo con voces airadas e imperativas. Obtemperaron, mansuetos, Beremundo y Bogislao, ante don Galaor y don Palmerín, que son gente furibunda, de lo más bravo en la Caballería Andante Quijoteña! También llegó en esas Apolodoro de Bobilonia, con Briseida y Sobeida, amigas suyas desde los tiempos de la Eneida (quiere decir desde hace doce años, cuando tradujo Apolodoro, al bable, el lío de Eneas). Briseida y Sobeida frisan en los veintinueve y medio, para sumar ciento ocho años los tres. Ellas y Apolodoro aportaron a la compañía, su compañía de ellos y tres ánforas de malvasía, más un cuarto de ternera y un lechoncillo: y de adehala una hogaza ingente y un magno queso de... como el mundo que tenía en los dedos Carlomagno para echar a rodar la bola. Y el septuor ya completo: Cimodocea, Briseida y Sobeida, don Galaor, don Palmerín, Apolodoro y don Ene Ene, se dió por constituído y entregóse a sesionar. Beremundo y Bogislao ya habían salido, por la tangente el uno y por la cotangente el otro. Los del septeto no tenían mucho empeño en trabajar y sacar tarea, y eso que su trabajo nocturno consiste en escribir y desbaratar lo escrito y en polemizar y sentar tesis muy absurdas y tan enrevesadas como inútiles

o no operantes. Esa noche, ni eso: Música y malvasía; luego, malvasía y viandas. Posteriormente música y malvasía otra vez y nada de conversación general. Dialoguillos aparte y muy en susurro. Don Palmerín solo, en su rincón, leyendo Libros de Caballerías. Y de los tres dúos no hay nada que decir, pues nadie les oyera. Largos dúos eso sí, como el de Tristán e Isolda.

El diálogo-dúo de Cimo y Ene fue más breve, e hiciéronle compañía al solitario de don Palmerín, quien, *soto voce*, decíase cierta cancioncilla de don Amadís de Gaula (o al Paladín atribuida): Esto que guardo entre mi pecho, si no es amor, es són al aire. Lo canta el Amadís al desgaire si dándole pecho a lo hecho. Esto que guardo sin cerrojos, si no es amor, es brizna al aire. La canta Amadís al desgaire pero escociéndole los ojos.

(Don Amadís, platónico enamorado de doña Oriana, acota don Palmerín de Oliva).

Esto que guardo, a puerta abierta, si no es amor es hoja al aire. Lo canta Amadís al desgaire si con el alma herida y yerta. Esto que escondo entre mi pecho, fallido amor, es són al aire. Lo oculta Amadís, al desgaire. Tiene el espíritu deshecho: y el corazón, ya no maltrecho sino hecho criba, y no al socaire... Dále que dále! Ese es el aire! De aquí a morir hay poco trecho... La de la hoz ya está al asecho y no soy quien la desaire...!

Ese don Amadís de Gaula! Qué paladín más zoquete. Y doña Orianilla, la muy veleta. Y me consta! dice don Palmerín, retorciéndose los mostachones... Ese don Amadís haciéndole cancioncillas! Vaya majaderano... En esas cesaron los dúos restantes y reintegróse el septuor en torno a don Palmerín, pero ya serían las del alba... con que tomaron soleta los huéspedes del Cuarto del Búho y quedóse, solo, don Ene Ene, señor del Insomnio Total, esperando el retorno de Cimodocea.

Y mientras, dióse a escribir (no cosas suyas): a poner en limpio, con su pastrana, los palotes y garabatos de Apolodoro: Las hojas del laurel y el tamarindo, del ciprés, del saúz, del amamor, soto cuyo refugio coadyuvante, concertaron (Pafnucio y Alienor) la su luna de miel, no por el Pindo, disfrutar, sino en sitio no distante, sino allí mismo, y sin —alrededor— pegásides ni piérides (Musas de veras o de similor) ni tanto Apolo o Apoloide barbilindo. Las hojas del comino o del guapante, del diomate o el cedro, a cuya sombra tuvo tan buen medro, con otra Beatriz, un otro Dante, y —como poco va de Pedro a Pedro y Beatriz son legión—, si no *Divina Comedia* urdióse allí, se urdió *Comedia de Equívocos*, paródica, o Sainete: Dante, el de ésta ocasión, era un tunante guasón, y Beatriz —tan gimnopedia— siempre amiga de hacer lo que le pete, cuando le pete; y —cuando nó— se atedia... Caer, caer he visto todas las hojas —aunque Otoño no es estación por estos andurriales—. Caer he visto todas las hojas; hojas de parra sobre los mis pecados capitales y sobre los más llevaderos —tan inocuos—; y sobre mis Males y mis Bienes, hojas, copia de hojas, resmas de hojas, vírgenes o maculadas de dislates y desatinos y de paradojas y tonterías. Y, en más, todas las hojas

del ocioso Almanaque —a fe de Apolodoro—. Las hojas del alerce y las del álamo, las de la acacia y las del alcornoque... Hojas, hojas, más hojas y más hojas: hojas a que el poeta escriba, hojas a que el poeta —fariseo— un Idilio nos dé, que es epitálamo flagrante, como el de Tristán e Iseo..., o quizá como el de... ¡detente cálamo! Hojas a que el poeta, aeda, bardo o lo que sea, se desencarte de su giba poetóidea y se dé al vinillo alocue..., y a recoger las hojas, las hojas todas, todas las hojas, las hojas todas del ocioso Almanaque —(antes de que del todo se *detraque*...)

Eso si no lo escribo yo dice Don Ene Ene. Es galicismo, mon cher Apolodore: Tu es, vraiment detraqué, mon cher; mais... ne dites pas detraque en castellano, Apolodoro de mí y de Bobilonia, y fariseo si yo escriba. Apolodoro ido, ¿qué iba a oír a don Ene Ene? Había marchádose con Sobeida y Briseida, amigas suyas desde los tiempos de la Eneida como ya se dijo y se explicó, pues aún el mismo Apolodoro es contemporáneo —algo machucho— y Briseida y Sobeida son pimpollos aún, magüer su ya próxima treintena (de cada una). Se enterará Apolodoro de que galaiciza, de todas maneras, eso sí, murmura Ene Ene... Y envainó su péñola (que es una esferográfica) y cerró el cuadernillo poemario de Apolodoro (que es un mamotreto magno, con más hojas que las que ha visto caer el de Bobilonia).

Sentóse Ene Ene en su butaca de velludo. Asió con la mano siniestra una crátera, con la diestra un ánfora (o garrafón) de malvasía. Llenó la crátera.

Y dióse a escuchar las VARIACIONES de Luis van Beethoven SOBRE UN VALS DE DIABELLI... En esas debe estar todavía, ya que iba a escucharlas treinta y tres veces arreo. Lo que a todos beneficia, que en trance tal, de éxtasis, no escribe Ene.

El EPITAFIO aquél que se empezó a leer dice dél: Larga vida vivió en balde: majaderón de primera! Majaderón sin segundo! von Greiff Carlos Segismund Fromholdt, ¡cual de su biznieto burlaría —en el aprieto de sabello!—, o el Obispo Wilhelm Fax: ¡verecundo ruborezco, ardo y me crispo! Y, cuál miss de Marinilla, Barbosa, El Socorro —humilla tu sien, recóndito vate— bisabuelos? ¡Vate Orate! ¡Válgate Santa Hermeguncia! ¡Herr Haeusler, para la Villa, no saliera de Maguncia! Herr Haeusler —el mister Aila de la Villa— brinca y baila de risa, desde su Rhin! Rabia don Oscar Odín! Rabia don Francisco Antonio de Obregón! ¡Que en la gran paila, Ene, te tueste el Demonio! dirán todellos, unísono...: será el alboroto horrísono! Todellos dirán: ¡reniego del trovador nocharniego! Cayó tan bajo el pirata! ¡Reniego del Gabe altísono, del bufón nefelibata!

Punto. Que no doy con el final del EPITAFIO de Ene Ene, por ahí traspapelado. Tal vez Cimodocea, en su manía de ordenar los papelotes y los libracos de Ene Ene, los arrojara al cilindro de la basura, alias... caneca. ¡Eureka! Eso pasó... Gracias, Cimodocea... y ahora —si no Sandoval valsando— llega Bela Bartok. Buona notte!

9 XII 1954

Ver *La canción que no oí, quedó vibrando* - *Esto que guardo entre mi pecho* - COPLA y RELATO DE APOLODORO (en POESÍA NO INCLUIDA EN FÁRRAGO y VELERO PARADÓJICO - OBRA POÉTICA, Volúmenes II y III).

XXXIII

En estos fines de año, que isocrónica —pero con tan retantísima frecuencia preséntanse—, los personajes serios y las personejas serias asumen posturas dizque sumamente trascendentales, como que supremamente cabalísticas, y erígense en oráculos sibilinos y en expedidores de pronósticos, vaticinios y profecías, y en dadores de fórmulas curatorias de todo mal y peligro físico, meta, pata e hiperfísico, y en propinadores de panaceas enderezadoras de todo tuerto, de toda torcedura, tortura y torción en la gerencia, en la lidería, en la administración y en la superintendencia contralora de todos los negocios y negocimunios de aqueste bajo Mundo. Las personejas o personajes serios o simuladores mixtificantes de la su seriedad y de la su adustez. Otros personajes y personejas, serios aún, ma non tanto, álzanse de hombros (si los tenían gachos o si erectos) y álzanse de tensión arterial, si álzanse de codos o los empinan, que es manera no eufuística de significar que danle pábulo a la su sed de ellos o si humedecen las sus secas fauces áridas o los sus ávidos cauces y arcaduces y vehículo de lo trasegado o de lo trasegándose. Las personejas y los personajes serios aún pero poco. Y álzanse de hombros porque todo, hasta a la larga y desde la corta, porque todo es lo mismo: y lo propio que fue es, y será y está siendo, y el año de hoy, como

el año de ayer, y como los años de los mañanas, rodarán siempre esa una misma secuencia de meses, quincenas, décadas, de semanas, de días y noches, de horas y de minutos. Omítese en la enumeración la secuenciecilla de los segundos, que no registranla sino instrumentos de precisión máxima. Omítese. Y puede omitirse: que no somos cronómetro... Y omítense los crepúsculos: los matutinos y los vespertinos, con todo y arreboles. Que son mero adorno —los crepúsculos— aún sin ellos —los arreboles—. Y en cuanto a la secuencia de los siglos? Los siglos son agrupación caprichosa imaginaria y de artificio, y, en más, pura leyenda: LA LEYENDA DE LOS SIGLOS, de Monsieur Victor Hugo!!! (Adviértese que LA LEYENDA DE LOS SIGLOS no ha sido traducida aún en su integridad: y... psitt!!! Que no lo sepa un nuestro caro amigo, dueño y señor de sus ocios... que, si se percata de ello, se dá a traducirla milímetro a milímetro, con tránsito o taquímetro y plomada artesanal. Sumamentísima hartísima plomada artesanal plomadísima! (Salvo los últimos renglones —que son de Beremundo— todo lo demás antedicho si no es de Pero Grullo será de don Homobono Entrambasaguas y Entrecomillas y de don Lugar Común Tópico Adagio del Refranero, señor de Frases Hechas y Refritas y de Cajón y del Concepto Ambiente de la Pantontería Lapaliciana y de lo que todo el mundo dice). Este mi don Lugar, con tantos apelativos y señoríos y sobrenombres, es un Grande de

España, de Portugal, de las Indias, de Fanfarronia y Bombacia: es don Lugar Común de Bola a Bola, para ser breves y hasta graciosos: don Lugar Común de Bola a Bola; y así se las ponían —en el billar— a Fernando Séptimo alias Narizotas, y así las ponía la su —putativa?— hija Isabelona, a todo quisque y a cada triqui-traque. Dello nos da fe Pendás, el astur ovetense (y donostia honoris causa).

Pero... y es intermedio y es de Proclo. Y aire es faceto: y de fin de año (sin palinodia): Todos mis yerros —inultos— claman venganza; mas soy Proclo, en mi bicoca; de mis yerros no me curo; las bailarinas cipriotas alrededor danzan; Proclo siempre sonriente, fríamente. Yo quisiera un corazón sensitivo, y por el mío trocarlo...: torturáralo el dolor —como en los montes argivos la jauría, al otro fatuo—. Cristo clavado en la luz gris de su cruz. Yo quisiera un ilusivo corazón, que por el mío trocara! ¡Otro espíritu que el mío quiero yo!... Por salir de aventura otra vegada... Frío espíritu burlero! ¡Corazón titeretero! Todos mis yerros —inultos— claman venganza: mas soy Proclo, en mi barrica; por mis yerros no me inmuto; las tanagras figulinas alrededor danzan; Proclo siempre indiferente, sarcástico, fríamente... Todos mis yerros —inultos— rien, ambiguos; Yo soy Proclo, hecho de jaspe: ¡Atlas fuera, con el Mundo sobre el hombro dolorido! —que cantara Heinrich Heine—. (De esta guisa, es antitética toda ética?) Mas soy Proclo en mi bicoca... Pasad, pasad lentamente días turbios como un ópalo! Pasad lentas, noches hondas... Las bayaderas entretejen la danza de los crótalos.

Proclo ríe en su rincón, el buen bufón. Y prosigue Proclo, modulando del sarcasmo frío a la serenidad displicente: Qué suave aroma. Qué música profunda —y ágil a un mismo tiempo y danzarina—. Qué soledad. (Mi espíritu se inunda de su delicia inmaterial y fina). Qué soledad. Qué euforia matutina. Qué suave aroma. Qué música profunda. Y éste que albergo yo, dolor acerbo, dentro mi corazón, miel fuera otrora: ¡Abur! Abur! dolor turbio y protervo, y afán pequeño, y cántiga obsesora de la inquietud. Abur! Se fuga ahora ése que yo albergué dolor acerbo...

Verdad, Cimodocea? Las personejas y los personajes nada, pero nada serios... Sacres acres alacres o mediocres isocres ocres... E incurables: ¿de qué diablo nos vamos a curar? si de nada nos curamos... Todo nos da lo mismo... Y Deidamía? La Deidamía se llamó Andana... Se llamó Andanada otrosí... Se llamó a calificar servicios... Se llamó un día llama llameante, y luego llama, llama de la puna; llama púnica. Los personajes y personejas nada serios de la mi cáfila, en éstos fines de año, como en los correspondientes a los de los antaños idos, idos con las sus nieves, y como en los de los que el Futuro nos reserve (que no es imposible!), no asumimos actitud ninguna, ni postura, diferentes a las de todo otro día, que cada día pone fin a un año, y cada noche le presta iniciación a un otro. Y sigue así la danza. Así la Danza: si baile de matachines, si tripudio sacro, si solemne, hierático y ritual, si frenética danza báquica de ménades y faunos y silenos en furor

—también ritual—, o si danza de San Vito, que es danza sin contra danza (y sin contra). Sigue, sigue la danza...

Y ése que danza con su sombra?: Ese que danza con su sombra: ése es el ágil danzarín. Y el que danza consigo mismo? El que consigo mismo danza, si no es Narciso ni su Doble, será entonces Hamlet-ser-o-no-ser, o será Buda-viéndose-el-ombligo, si no Polemarco-en-su-Insula (como don Rodrigo-en-la-Horca): Polemarco en su Insula, también de soliloquio en soliloquio, si con más cuerda, y suelta... Y cómo Polemarco soliloquia! Soliloquio de chico en su parroquia! Soliloquio, maduro, por Antioquia! Y hora soliloquéa o soliloquia como cualquiera aristoloquia o guaco!

Después le dió por perpetrar o urdir sonetos en gorja y como Polemarco versiloquia cuasi repentista o impromptuoso, en lo que va de ayer a hoy cuenta ya con un pasivo —en su activo— de dos docenas de tales sonetos. Es una ventura que todellos sean escriptos no con sangre, y sí con tinta, y no con tinta gules, sino con tinta sinople y de un crudo y subido sinople. Cuando termine esa serie informal, y de pura chacota, dizque va a emprender una secuencia de sonetos doctrinales y monitorios —algunos de ellos satíricos y hasta arquilóquidas— y no solo para no perder el hábito de hacerlos —que el hábito no hace al monje—, para ejercitar la péñola, pero también para castigar reos inultos —impunes hasta hoy—, pero, al parecer, no inmunes... Y no será ésa una de las sus antepenúltimas secuencias, que otras más le revolotean por el magín

y le revuelven el casco y le perturban las mientes y le trastornan hasta el colodrillo. El colodrillo, las mientes, el casco y el magín de Polemarco-en-su-Insula. Lástima de caletre y de cacumen! Que en otros tiempos prometía el chico —ya grandullón—. Prometía... Aún en estos renglones suyos (ya de su decadencia) tópanse vislumbres dello: Oh tú, que estás cantando frente a la Sima Obscura: (la voz asaz es rauca mas es viril y enérgica) ¡canta, canta mil años y otros mil y hasta Nunca! Oh tú que estás cantando con voz salvaje y única frente a la Turba Hermética...! Duro es el canto que yo canto, canto de anfíbol o de pórfido, ¿y atruena tus oídos mi dura cantilena? ¡Otra ocasión será dolida avena frágil donde un sollozo se encadena al lino cristalino de su llanto...! Oh tú, que estás cantando frente al Cantil Absurdo: (la voz asaz es rauca mas es viril y eufónica) ¡no cantes ni mil años y otros mil, ni un segundo! Oh tú que estás cantando vital y taciturno frente a la Tribu Anónima...! Duro es el canto que yo canto, canto de anfíbol o de pórfido: ¿enajena tus oídos mi ruda cantilena? ¡Otra ocasión mí túnica de amianto rasgaré, y en tu luz, Noche Morena, y en tu Fuego, arderé, loca falena...! Oh tú, que estás cantando frente a la Tierra Hosca: (tu voz es asaz recia mas es viril y cálida) ¡canta, canta a la Noche Nupcial y Cariciosa! Oh tú que estás cantando con voz sexual e indómita frente a la Selva en Ascuas...! Duro es el canto que yo canto, canto de anfíbol o de pórfido: ¿y Sirena serás y Circe, para mí, Agarena...? Ya, a tus oídos, es rendida avena mi canto, y a tu cuello se encadena con el lino hialino de su llanto? Oh tú que estás cantando frente a mi Aduar Recóndito: (tu voz es de cristales y es viril y calina) ¡canta, canta Mil Noches y otras Mil el gozoso canto ardido! ¡y al linde de mi tienda encendida! ¡y entre mis brazos! ¡y sobre mis ojos!...

Este como que fue un dúo cantado por Noche Morena y Polemarco... preludio de otros dúos...Y ya se va el año aqueste, de Marras. Y se va ya Polemarco, también, en pos de su Quimera. Retorna a su Floresta de Mitos (de donde no debió salir...) Y nos dijo al oído Polemarco —a Cimodocea y a mí—: Hay un Mito, es el Mito de Morgana: en la floresta de las donas sabientes —hechizadoras de valvasores y de villanos y de pazguatos y de videntes— (oh culebra semi-divina, fémina cuasi humana!) Morgana, Bibiana y Melusina y Loreley y Xheherazada y Dinarzada y Medea y Aglae, y Ulalume y Xatlí, danzan la danza que jamás se fina: ¡la danza de la Unica y de la Múltiple Dea!... Todo así sea, todo así sea fugaz, nugaz y transitorio y efímero... Todos en sus brazos nervudos el viento pirata se lleve... Tornátiles sirenas, tornátiles sirenas: si amantes y rendidas talvez no el sólo Ulises buscara no escucharos...? Tornátiles sirenas, walkírias de láctea piel, gacelas agarenas hechizadoras: acaso al propio Merlín no hechizaríais si rendidas y amantes: —así multiplicárais el embaidor sortilegio...? El embaidor sortilegio; miel de las bocas y juego de los ojos y perfume de los cabellos y milagro formal de los eréctiles pechos, de los muslos luengos, del vientre tenso: la delicia del sexo... Tornátiles sirenas de ojos de crisoprasa, valkirias de láctea piel y de taheña cabellera medúsea y de ojos de pálido alinde; tornátiles sirenas, gacelas agarenas, de ojos brunos y de cenceño cuerpo serpentíneo y de boca (húmda aljaba la boca, húmdo rogo la lengua, hoguera y dardo la lengua, húmdo dardo la lengua: disparado desde las almenillas de los dientes) y de boca cuyo sexual arrullo, cuyo sexual murmurio, cuyo sexual susurro mentes y corazones enardece, mentes y corazones adormece... Otro Mito es el Mito de Morgana: Morgana y Xheherazada y Dinarzada y Xatlí, son la Noche Morena, así como Leonora, Elsa, Aglae, Melusina, Bibiana, Calypso y Eixatlúeh y Loreley, son el Día, de rubra lumbre supraterranea... Otro mito es el mito de Morgana: yo la topé en la selva, siguiendo los meandros,

el caprichoso vaguitar, el discurrir de las sendas difusas; yo la topé: ambulábamos como sombras ilusas y febriles; yo la topé: bajo los palisandros y los cítisos, bajo los sicomoros y las ceibas; yo la topé: ¿hace siglos? ¿hace apenas minutos? Oh Morgana Morena, mi morena Valkiria, mi Amazona morena! Como polvo de estrellas, en tus ojos naufragaron los oros lívidos de las melenas de las Brunnehildes! Y en tus ojos se concentran los lutos y en tu pelo! En tu boca sexual se cría el fuerte vino que a mi Psique enajena! A tu paso, mis ásperos leones tórnanse canezuelos humildes, oh Morgana morena! Cantabas desde el ápice desnudo de tu bicoca esquiva: cantabas de tu lueño nemoroso retiro: *duro es el canto que yo canto, canto de anfíbol o de pórvido!* Qué canto menos rudo! Qué cántiga lasciva! Qué pean claudicante y nada viro! Cántes desde la cofa de tu leño: todo en sus brazos el viento se lleve, se lleve... Todo así sea fugaz, nugaz, efímero y transitorio...! Tornátiles sirenas: vuestro hechizo no dura ni cuando es sólo un sueño...! Nada es eterno, ni siquiera lo ilusorio...! Amantes y rendidas o pérfidas y aciagas, la testa del greñudo se fundirá en el plato como un balón de nieve...!

Ya se va el año. Buenas noches, Cimodocea. Polemarco, abur!

30 XII 1954

Ver AIRE FACETO - FAVILAS - SONATINA y MITOS DE LA NOCHE (en VARIACIONES ALREDOR DE NADA - OBRA POÉTICA, Volumen II).

Hay el siguiente manuscrito: En estos fines de año que isocrónica —pero con tantísima frecuencia preséntanse— los personajes serios y las personejas serias asumen posturas sumamente trascendentales, supremamente cabalísticas y erígen en oráculos sibilinos y expedidores de pronósticos, vaticinios y profecías, y en dadores de fórmulas curatorias de todo mal físico e hiperfísico, y propinadores de panaceas enderezadoras de todo tuerto, de toda torcedura en la gestión, gerencia, lidería, administración y superintendencia

contralora de los negocios de aquesta bajo mundo. Las personejas o personajes serios o simuladores de la su seriedad y la su adustez. Otros personajes, serios aún ma non tanto, álzanse de hombros (si los tenían gachos o si erectos) y álzanse de tensión arterial si álzanse de codos o los empinan, que es manera de significar que dándole pábulo a la sed o humedecen las sus secas fauces áridas o los sus ávidos cauces y vehículo de lo trasegado o trasegándose. Las personejas y los personajes serios aún pero poco. Y álzanse de hombros porque todo es lo mismo: y lo propio que fué es y será, y el año de hoy, como el de ayer y los de los mañanas rodarán esa una misma eterna secuencia de meses, de semanas, de días y noches, de horas y de minutos. Omítese en la enumeración la secuenciencia de los segundos, que no registranla sino instrumentos de máxima precisión. Omítese. Y puede omitirse: que no somos cronómetro... Y en cuanto a la secuencia de Siglos? Los siglos son agrupación caprichosa imaginaria y pura leyenda: La Leyenda de los Siglos, de Victor Hugo! (Adviértese que no ha sido traducida aún en su integridad: y, psit! que no lo sepa un nuestro caro amigo, dueño y señor de sus ocios... Que, si se percata dello, se dá a traducirla milímetro a milímetro, con tránsito o taquímetro y plomada artesanal. Hartísima artesanal plomada! Salvo los últimos renglones, todo lo demás antedicho no es de Pero Grullo sino de don Homobono Entrambasaguas y Entrecomillas y de Don Lugar Común Adagio del Refranero, señor de Frases Hechas y de Cajón y del Concepto Ambiente de la Pantontería Lapaliciana y de lo que Todo el Mundo dice. Este Don Lugar, con tantos apellidos y sobre nombres, es un Grande de España, de Portugal, de las Indias y de Fanfarronia y Bombacia: es don Lugar Común de Bola a Bola, para ser breves y graciosos; y así se las ponían a Fernando Séptimo alias Narizotas. Y las ponía así la su —putativa?— hija Isabel, a todo quizque y a cada triqui-traque. Dello nos dá fé Pendás, el astur ovetense y donostia *honoris causae*.

Las personejas y los personajes nada serios... Sacres acres alacres o mediocres isocres. E incurables: si de nada nos curamos ¿de qué diablos nos vamos a curar? Y Deidamía? La Deidamía se llamó Andana... Se llamó Andanada otrosí... Se llamó a calificar servicios... Se llamó un día llama llameante y luego llama, llama de la puna: llama púnica. Los personajes y personejas nada serios, en éstos fines de año, como en los correspondientes a los de los de antaño idos, con las sus nieves, y como en los de los que el Futuro nos reserve (que no es imposible), no asumimos actitud ninguna, ni postura, diferentes a las de todo día, que cada día pone fin a un año y cada noche presta inicio a un otro. Y sigue así la Danza: si baile de matachines, si tripudio sacro, solemne, hierático y ritual, si frenética danza báquica de ménades y faunillos en furor —también ritual—, o si Danza de San Vito, que es danza sin contradanza. Sigue, sigue la Danza. Y ese que danza con su sombra...? Ese que danza con su sombra: ése es el ágil danzarín. Y el que danza consigo mismo? El que danza consigo mismo, si no es Narciso ni su Doble, será entonces Hamlet-ser-o-no-ser, o será Buda -viéndose-el-ombligo, si no Polemarco-en-su-Insula (como Don Rodrigo-en-la-horca): Polemarco en si Insula, también de soliloquio en soliloquio, si con más cuerda y suelta... Y cómo Polemarco soliloquia! Soliloquió de chico en su parroquia: soliloquió, maduro, por Antioquia. Y hora soliloquea o soliloquia como cualquiera aristoloquia o guaco! Después le dió por perpetrar sonetos en gorja y como versiloquia casi repentista, en lo que va de ayer a hoy cuenta ya en su pasivo con dos docenas de tales. Es una ventura que todellos sean escriptos no con sangre, y si con tinta, no con tinta gules, sino con tinta sinople y de un subido sinople. Cuando termine esa serie informal y de pura chacota, dizque va a emprender una secuencia de sonetos doctrinales y monitorios —algunos de ellos satíricos y hasta arquilóquidas— y no sólo para no perder el hábito de hacerlos, para ejercitar la péñola, pero también para castigar reos inultos —impunes al parecer— pero no inmunes. Y no será esa ni siquiera de sus últimas secuencias, que otras le revolotean por el magín y le revuelven el casco y le perturban las mientes

y le trastornan el colodrillo. El colodrillo, las mientes, el casco y el magín de Polemarco-en-su-Insula. Lástima de caletre y cacúmen! Que en otro tiempo prometía el chico —ya grande—. Prometía. Aún en estos renglones suyos (ya de su decadencia) tópanse vislumbres de ello (versos...)

Y ya se va el año aqueste, de Marras. Y se va Polemarco, también, en pos de su Quimera. Retorna a su floresta de mitos (En la floresta de las donas sapientes etc (versos)

(para 30 XII 1954)

1955

XXXIV

En cierto tele-interrogatorio de que se habló otra vez le preguntaron al orate del cuento (¿del cuento de nunca acabar?) acerca del origen, motivación, pretexto y raíces del RELATO DE RAMÓN ANTIGUA. Y habló el orate de cerebración inconsciente, de creación subconsciente y de ideación a conciencia —nada en tres platos— con bases reales y sobre-reales y taracea del tras-sueño y de embutidos de ficción pura. Se embarulló no poco cuando refería cómo los todos o casi todos los personajes o personejas a quienes se alude en el RELATO son entes veros de toda verdad, desde Ramón Antigua, un negrazo cazurro, todo marrullas, ladino, de inverecundo vocabulario colorido y sávido, un negrazo entrecano, de Uno con Ochenta por Setenta, en esa época (hace 29 años *flat*). Un negrazo de un metro con ochenta centímetros de estatura, por setenta años, largos, de edad. Si vive (y es muy capaz!) se aproxima a los cien años que es cuando empieza

la madurez. Ramón Antigua refería (y aquí fue el corte...), refería (cuando el orate de marras le preguntó por su gracia para incluirlo en la nómina o rol de la flotilla fluvial de Bolombolo cuyo piloto y jefe iba a ser Ramón), refería (y es ya tercera vez) que: pues Yo *propiamente me llamo Ramón Vélis pero toda esta negrería y hasta los blancos me dicen con el apelativo de Ñor Ramón Antigua, Ño Ramón, el menorcito y seca-leche de Ña Petrona Antigua...* El orate viajó días después, y desde casi la propia puente de Bolombolo, hasta la vuelta de la Herradura y la casona allí sita, viajó fluvial en una ingente balsa o almadía (que por allá, en la región bolombólica, nombran tolete) cuyo piloto y primer canalete, era Ramón Antigua. Se sortearon y pasaron dichosamente tres o cuatro *chorros* (entre ellos el muy bravo de Los Micos) y cuando se acercaba la nao al más tremebundo dellos, nombrado el *chorro del abejero* seguramente por el su sordo y en crescendo *susurro... de enjambre*, clamó Ramón Antigua: *ahora sí, patrones, ahora sí téngansen de atrás y encomiendensen a la Sacratísima Trenidá, pa ver si no nos...* (y lo dijo con Jota). Afortunadamente no nos, no nos pasó nada (fuera del remojón y del susto) y —volviendo a la génesis del *Relato*— el orate de marras habló de Martín Vélez, de Toño Duque y de don Pipo y de las 7 Infantas de Lara, de las Infanzonas del *Paso de los Pobres* (las 3 hijas riquísimas de don Nuño Ansúrez, caronte de la barca

allí cautiva) y hasta del barbitaheño —por ese entonces— de Mister Grey —presunto pseudo ingeniero y ello por el atuendo y plantaje—. Pero olvidó u omitió referir que ese RELATO DE RAMÓN ANTIGUA, escrito en muy llano idioma, muy a la pata la llana, es sólo una de dos o tres versiones, escritas simultáneamente, casi, de casi la misma historia. O para caer en clarísimo y redundante: que fizo dos y hasta tres interpretaciones de un mismo tema y obvio.

A la pata la llana voceó en el un relato: En el Alto de Otra Mina, ganando ya para el Cauca, me topé con Martín Vélez en qué semejante rasca, me topé con Toño Duque montado en su mula blanca, me topé con Mister Grey, el de la taheña barba: los tres venían jumaos como los cánones mandan, desafiando al Olimpo con horrísonas bravatas, descomedidos clamores, razones desconcertadas, —los tres jumaos venían y con tres jumas en ancas, vale decir un repuesto de botellas a la zaga. Ellos cantaban canciones un poco muy mucho báquicas, donde era asunto de mozas —a juro desdoncelladas—, donde era asunto de mozas, y de riñas y batallas (con la divina botella de Rabelais bien loada); ellos corrían espuelas si las mulas se quedaban, ellos bajaban en todas las ventas y las posadas, bebían el aguardiente de espumillas irisadas —puro, dinámico, excelso— y en las totumas de nácar, y requerían de amores con miel de finas palabras a las chicas pizpiretas y a las señoras casadas, etc.

Y en el RELATO DE CLAUDIO MONTEFLAVO, si en otro idioma no tan llano, se trata más o menos de lo mismo, es a saber: Como llegamos a la venta —desde donde, a lo hondo, se oye el río— desmontamos de las cabalgaduras: en las piedras cantaron los espolines canción de estrellas teñidas de sangre...— ¡Ah de la venta! ¡Ah de la venta! Cantaron nuestras vozarrones. Luego cantaron canción de burbujas y de cristales, las copas translúcidas. E inquirimos por el tesoro de la venta serrana: — *Ya se irá, ya se vá, si no se ha ido...* En la venta se cruzan vientos duros —la venta, en la garganta de la sierra desnuda—. Cantaba el viento, cantaba el viento. Allá en el fondo, a lo hondo, la línea del río, y el treno del río. Luego de la canción de las burbujas, cantó el fuego en las piedras del hogar. Cantaba la sangre peán de lujuria. Más tarde eran cantando las estrellas vigías, su silenciosa música. Y rezongaban preces las viejas de la venta... Tornamos a inquirir: ¿donde está María-Luz, de los bezos de moras? *Ya se irá, ya se vá, si no se ha ido...* Y volvimos a las cabalgaduras piafantes. La Cruz del Sur en la linde del monte y el cielo. Cantó el hierro en los cantos redondos. Callados iniciamos el descenso por el camino en caracoles y en escalas; por el camino en lumbré tamizada de violetas; por el camino en perfumes del viento que susurra; por el camino en perfumes ásperos del monte; por el camino en músicas de las aguas dormidas y de las aguas que se despeñan... De su prisión de vidrio verde saltó el claro cristal: gorgear de burbujas y del perfume del anís montañero. Ibamos silenciosos. Cada cual dialogaba tácitamente con su amigo de vidrio. Más uno de nosotros —el viandante de la barba taheña— cantó, cantó (que taladró la noche con su voz recia) *El Rey de los Alisos*, malamente... E inquirió con voz más ruda: ¿qué se haría el tesoro de la venta? — *Ya se irá, ya se vá, si no se ha ido...*—

Habría que comparar las dos versiones en su integridad y darle opción a la tercera... ¿Y para qué? Y María Luz? donde está María Luz? y donde Amalasunta? Con *las nieves de antaño* aquélla (y otras) y aquesta (loado Machín!) con los fuegos de ogaño...

Y Erik Fjordson se aburría, se aburría en Zuyexawivo, y de qué manera! y le decía a Gautama: acórreme, ráptame, róbame, llévame, sácame deste postrer escondrijo. Llévame a Netupiromba! Tórname a Bolombolo! Llévame a Letabundia, a Tenebria! Llévame a Netupiromba! Opórtame al hueco más absurdo o al más absurdo antro! Bolombolo sería —como fuéralo— puerto soleado, capitosos aromas, tiendas de lona, gentes de aventura y alegres damiselas, y fulgurantes filtros y soledades hondas, y músicas lascivas e inmateriales músicas excelsas, y el Cauca río, el Cauca de oro viejo! Letabundia y Tenebria son las inexpugnables Cima y Sima —a jamás inaccesibles—. Netupiromba es sitio paradisial: euforia, sutil delicia, júbilo, leticia, geórgica eutrapelia, y alacridad sin límites, y la Noche Morena: la fina Xeherazada, Dinarzada fogosa...! Netupiromba es sitio paradisial, oh Budda!

Y Erik Fjordson se aburría, se aburría y cantaba... (se olvidó de Correas y su refrán: Cantar fabordón y sonar destemple...) y cantaba: Ha llegado el Fastidio... Avechucho protervo: sea el sapiente Búho o el azaroso Cuervo (así dijera el fatuo poeta, ése que antaño versos hacía con el signo mío) Ha llegado el Fastidio... Hosco símbolo huraño: mi linterna de Diógenes y mi toga cesárea; la Cruz del Sur que guía mi expedición icárea (mi expedición icárea que dió en Zuyaxiwevo, las alas derretidas por el tufo de Febo —Febo el de las retóricas cecinas—),

—mi cojera de Byron, de Heine mi parálisis, mi sordera, mi manquedad y mi epilepsia: tulipán de mis síntesis, loto de mis análisis, vaho de alóes y de sándalos y resinas... (así dijera entonces con magistral ineptia, así dijera el nimio poeta, ése que antaño versos hacía con el sello mío...).

Otro que tal era el desaparecido vate Diego de Estúñiga. Pero ese no impetraba por *un viajecillo al Centro de la Tierra!* (como Erik) *un viajecillo al Polo* —Norte o Sur es igual— o a los *Infiernos*, más sin *Virgilio*, si es posible, *oh Budda!* —sino que echaba con viento fresco a los sus fantasmas lívidos— y de este jaez: Con viento fresco, idos, idos, idos, fantasmas lívidos. Luengos son años y muchos —conmigo— que estáis, fantasmas, fantasmas lívidos. Luengos son años... Desde ésos años: —ingenuo niño, boca fragante, rubias guedejas, ojos atónitos de verde y oro—; hasta estos años: —turbio y mohíno, boca hastiada, grises ojeras, duros, sarcásticos, áridos ojos...— Luengos son años! Desde ésos años: —mancebo esquivo, boca anhelosa, negras ojeras, ávidos, ebrios, ingenuos ojos—; hasta éstos años: —de horror ahito, boca sangrante, calva melena, ojos acedos de gris y rojo...— Desde ésos años: —Werther gratuito, Manfredo fosco, René tronera, Leopardi, Shélley, Sorel y Adolfo—; hasta estos años: —burlón y frío, boca amargada, barba taheña, duros, sarcásticos, trágicos ojos—; desde ésos años: —Baco Dionysos, júbilo y danzas, boca sedienta, húmidos ojos de brillo erótico—; desde ésos años: —mancebo tímido, lúbrico y lúgubre fatal poeta, boca angustiada, rútilos ojos—; desde ésos años: —sátiro en rijo, boca gozosa, densas ojeras, ojos lascivos de verde y oro... ¡Luengos son años...! Hasta éstos años: —galán manido, boca anhelosa, boca sedienta, ávidos, ebrios, voraces ojos—; hasta éstos años: —acerbo, cínico, (desdén, desprecio, befante mueca) ¡y errante, exórbite, y huraño y solo! Luengos son años!

Luengos son años que estáis conmigo, fantasmas lívidos, fantasmas lívidos! Con viento fresco, idos... idos... idos.

Cantaba Diego de Estúñiga... Lo dicho por Correas:
Cantar fabordón y sonar destemple.

Y el buen Diego de Estúñiga se iría tras los fantasmas lívidos porque no lo volví a ver, ni saber nada dél, ni suyo, los mis correspondientes y ojeadores a ver donde salta la choz (si no el gazapo). Buen Diego de Estúñiga y Zúñiga señor de la Ñaña y esgrimidor de la Péñola, el de hendida pezúñiga bisulca.

Todo aquesto y aquello mito son de la noche en la solura. De la Noche que, sidérea iba cantando el himno absorto que seduce mi espíritu goloso: inasible, remoto, lueñe Coral nocturno! En cambio, el Día cuán actual y tonto! Siempre a mi vera el Día —hórrido, sórdido! Junto a mí, el bobo Día, plácido y bruto! Y el Día iba gritando su ruidoso peán somero y jubilante y gordo —frente a mi tedio torvo—: ¡no me peta ése júbilo! — De la Noche la luz azul y oro, perla y argento, o —sobre negro fosco— livor violado insólito de relámpagos súbitos: ¡ello es delicia a mis pupilas, gozo sin par, deliquio inenarrable, emporio de ventura. Pactolo de tesoros sin número... La luz del Día urdía ante mis ojos (finos para horadar brumas de ópalo) estridencias del Trópico: me resultaba absurdo...; y la vida ululaba por mis sordos oídos (en mi búdico rebozo) algarabías, alboroto: no de mi gusto. Químico de lo extraño, un filtro lógico busqué: —por un mar hondo, sobre las cimas, bogo; estático, errabundo. Un océano surco, Mar de plomo, quieto: (las velas penden, rotos senos vastos y flojos, blandos, vencidos, mustios!) Por un Mar, (viejo Océano, del ronco Maldoror) singlo, inmoto, múdico —y único a bordo—, mudo y único y lúcido. —Unico a bordo

del esquite anómalo— no a la moda—: *Velero Paradójico*...; y asaz nuevo a mi antojo; no a la moda: desnudo... Desnudo sobre el piélago unduloso, debajo de Saturno y de Canopus: un resorte en reposo, un mástil vagabundo. Sobre las cimas singlo de ése ponto plumbal, duro, monótono: un silencio estentóreo y un callado tumulto!

Conque de ahí, de ese esperpento surgió el título del próximo libraco y sexto Mamotreto *VELERO PARADÓJICO?* cuyo título es aún peor que *FÁRRAGO*... Cantar fabordón y sonar destemple, Amalasunta!

27 I 1955

Ver RELATO DE RAMÓN ANTIGUA - RELATO DE CLAUDIO MONTEFLAVO - RELATO DE DIEGO DE ESTÚÑIGA - RELATO DE ERIK FJORDSON y PRAELUDIUM (en *VARIACIONES ALREDOR DE NADA* - OBRA POÉTICA, Volumen II).

XXXV

Alguna vez se anduvo por Ecbatana y en su torno, en excursión memorable de la que se tiene escrita prolija narración o relato minucioso, cuyo texto manuscrito dicese que reposa en incierto anaquel entre los anaqueles de la alejandrina de Beremundo el Lelo. Los anaqueles del errabundo de Beremundo obran tan desordenados como su cacúmen, por modo y manera que topar con el manuscrito en cuestión es empresa heracleana para el más sonado buzo explorador de meandros y laberintos o el más ducho y zahorí de los pesquisidores caza enigmas y solutores de embrollos.

Como que sería más práctico o menos ilusorio que la empresa magna dicha, tornar a escribir ese relato minucioso o prolija narración de la excursión memorable por Ecbatana y en torno suyo, por donde se anduvo alguna vez y a lomo de dromedario, o volver a Ecbatana y alrededores, en helicóptero camello bicúspide esta vez o en portantina. Es de pensarlo, caro Palamedes, que ya no estás como para tales andanzas y vagamunderías sino para posar muy hogareño —es un decir— dándole en tu ocio y vegetar a la mera introspección si no al Nirvana ledó —al búdico umbilical ojeo. Introspecciónate a tu amaño y buen placer, y que se vea lo que sacas en limpio y pones en claro. Y cuéntanos luego los resultados, la flor y el fruto de la tarea, tarea-esquilmo un si es no es magna. Y, si magna, así de inútil. Y, si inútil, así de somnífera. Así sea. Es de pensarlo, caro Palamedes. Pero, mientras piensas en si has o no de pensar en ello, ponte a hacer algo, a que así no te enmohezcas ni te embotes ni te enteques ni te enzaines ni te envaines ni te encubes ni entoneles. Refiere una otra vez —en último caso— y con buena porción de fantasía coadyuvante, la añeja fábula (y neo mito) de Dinarzada —no de la Dinarzada soror de Xeherazada, no de la Dinarzada de las MIL NOCHES Y UNA NOCHE, sino de Dinarzada sutil la de los Ciento Veintitrés hacecillos de tiempo y un hacecillo más —veinte años después—. El neo mito y añeja fábula de Dinarzada Eixatlúe (de las Insulas de

Tristán e Iseo —nebulosas— y del caliginoso Trópico de Capri) no se conoce si se malconoce a trancos y ellos poéticos, de síntesis difícil y análisis cuasi imposibles. Volver prosa fluída los poéticos trancos y llenar los vacíos y lagunas. Así sea. Y sea así con prosa densa y aún con substancia poética y artificio retórico. Así sea. Y de esa guisa colmaríanse las curiosidades de Amalasunta, Anunziata y de Cimodocea, Asunta, y el deseo serísimo y funcional de información —curiosidad también, si profesional de historiadores sota-Clíos— de Beremundo y Aristóbulo, de Cleóbulo y Segismundo, de Raimundo y de Bóbulo, los futuros biógrafos anecdotarios tuyos —oh Palamedes!— y exégetas desventurados venturos de las tus obrecillas literarias o afines. Ponte a dejar en claro y eternizar en limpio ese largo momento de tu vida, nunca anécdota fútil solo, ni efímero episodio apenas. Antes, a manera de abre-boca y ante pasto, podrías abocetar —esquemático esquicio— los dintornos apenas del un hacecillo de tiempo más, del hacecillo ciento veinticuatro y veinte años después. Anímate, caro Palamedes y pon de prólogo el postludio, de preludio el por hoy epílogo y —quíéralo Machín!— episodio intermedio pero en jamás epicedio interludio. Poco o nada te va a entender Palamedes, oh Clarismundo de Patmos, tus macarrónicos Apocalipsis, tus blablaónicos verborreos, tus arreos, elipsis, catacresis, ecolalias y batologías. No te entenderá

Palamedes, Clarismundo! Y muy bien lo sabedes. No olvides lo que el propio Palamedes, decía, repetía y tornaba a decir: no tanto asáz jorobades, que fracasaredes, y atán mal quedaredes como lo sabedes (es decir, como lo ignorades: que muy más sabedes por lo que ignorades, que no menos ignorades por lo que no sabedes; es decir: nada en menos de un plato, ni en menos de un Platón, así sea el divino; o, en términos poéticos: ignoras lo que crees saber y sabes casi que lo mismo). Eso cree Palamedes. Yo no creo —escolia Clarismundo— sino en lo que en el alma me duele y el espíritu me lancina: jamás en lo que, en la carne, apenas sí superficialmente me lacera. Yo me soy estoico si supersensitivo: vivo de lo que siento, muero de lo que vivo, muero de lo que sé, vivo de lo que existe o no existe pero está en mi deseo o es a mi deseo. Quién me va a entender! y para qué? Lo que es es mi representación, mi figuración, mi ficción, mi ilusión, mi espejismo, el mío miraje. Alguna vez pensé que el Mar no visto podría ser símbolo de fracaso o emblema dél, o evasión de mi nesciencia. Otra vez creí creer que todo no vale nada si el resto vale menos. En verdad el resto, lo poco, vale muy más que el todo no vale... Estamos? Estamos, pero muy mal, don Clarismundo. La poesía parecía ser cosa seria. Poesía no es sino nadería. Qué más puede ser Ella? No ignoraba que no era cosa bella sino la que en sí propia se extasía. Como lo que de sí se desasía:

la elación de su pathos, la doncella de su virginidad, que mundos sella de pasión, la pasión, que donarse, sólo, ansía: La Poesía parecía ser cosa seria. Cosa seria. Yo creo ni en la Nada que es lo que sólo existe ni en lo que es la vislumbre de lo que vale nada. Pequeño en la altitud. Máximo en la miseria. Yo soy sino la brizna que a viento algún resiste. Soy sino el mismo viento que a la brizna anonada. Peor estamos, pero mucho peor, don Palamedes!

Peor que cuando irrumpíamos con la BALADA DEL TROVERO TRASHUMANTE, verbi-gratia, y espetábamos para Jovica, aquello de: Yo voy tocando mi vihuela —por estas rutas sublunares— fijos los ojos en la estela de consonancias singulares... Yo voy tocando mi vihuela (mejor que el sistro y que la tiorba), y ría y ría —centinela— Doña Crítica adusta y torva. Lejanos jardines abstractos, fugaces edenes de ensueño...! (En el dominio de los actos resulta inútil todo empeño...) Yo voy tocando mi vihuela para los sauces y los pinos, para el ave que esquivo vela, para los sapos nada antinos... Atrás se queden los collados verdinegros, muelles, feraces... Vengan los yermos desolados, los lentos bregares tenaces... Yo voy tocando mi vihuela... Y cesen las flautas y violas! Voy, tras la luna que riela, como un juglar que hace cabriolas! Y ríe, ríe, Multitud, de mi canción ingenua y nimia; no hay en mi trova pulcritud...: ¡si mi cantar no es flor de alquimia! Yo voy tocando mi vihuela sin que me importe la opinión del jorobado Pulchinela, ni del ventrudo Pantalón! Orfeo... que taña su lira. Trine su arpegio Filomela. Sople Bouvard, sin tón ni són, y tú. Psiqué, tréme y suspira...: yo voy ritmando mi canción y voy tocando mi vihuela mientras el mundo loco gira!

Cuando se irrumpía con esa balada no se había terminado la guerra de 1914 y vivían aún Apollinaire y Debussy, y Ciro Mendía no había cometido aún el pecado del ángel... pero ya don Lope de Aguinaga había echado por la calle de en medio y echado de baranda otrosí, con su pregón baladrón: Fazañas indecibles obré con esta daga, al favor de la noche y en trágicos suburbios, una vez que fui *picaro*... Recuerdo —como en turbios sonambulismos donde una luz naufraga— que fui taimado *picaro*: don Lope de Aguinaga!. Locas andanzas venusinas. Francachelas en que la sangre dialoga con el vino, después de heroicas tremolinas! Raptos de adustas damas... gentucilla de toga! Raptos de las amantes de alto Marqués o Doga...! De nobles y pecheras, monjas y bailarinas! Las noches de bureo por timbas y tabernas y por tabucos, bodegones y hostales, a caza de los bienes y a caza de los males: de los magníficos pecados capitales... sin poner mientes en las cosas eternas! Fazañas imposibles obré con mis puñales en los juegos de quínola y en los juegos de dados, y en los sañudos desafíos azarosos con turbas de judíos astrosos y con mendigos y frailes y soldados! Fazañas imposibles obré con esta daga! Yo fui taimado *picaro*: don Lope de Aguinaga!

Peor está que estaba, don Palamedes!... No queda otro recurso que volver a Ecbatana y sus contornos, volver los tres, Clarismundo, Palamedes y yo, y escribir otra vez la narración —aún más prolija— o el relato —más minucioso todavía— de cuanto por allí acaeciera cuando la excursión memorable... Mientras, quizá Beremundo tope con el añejo manuscrito de marras en los anaqueles de la su alejandrina biblioteca —con la asesoría de su mecanoteca y la tercería

coadyuvante de la su bodeguilla o tequiloteca; y si topa con él se tendrán dos versiones de la memorable excursión por Ecbatana. Menudo el lío para los exégetas cuando critiquen, analicen, escudriñen, compaginen y confronten ambos relatos! Qué trapatuestas, qué algarabías, qué guazábaras, qué sarracinas, qué sanquintines! y en torno de nicosa y de nonada. Mejor volver al tiempo de Upa, cuando ocurrió el Fluir de la emoción que se exuberaba en impulsos viriles y pujantes... y un muy ledo ensoñar de susurrantes ilusiones..., ¡y Psiquis prepondera! Tosquedades de pena, que aletargan señor Silencio, señora Luna, novia: renacentista tríptico de Lucca della Robbia, que decora lo que vivires amargan... Permanente decir de versos por todas las estaciones, climas, latitudes; versos que glosan ya virtudes envejecidas, antañeras, de modas o preciosismos banales de pastel, barrocos, nimios, versallescos, hora que alisos tanto frescos estridenciandodecoracionesdepapel! Orugirdeleonesllosdepaja —fácil trofeo de Tartarines— ogemirdeepilépticosviolinesy muy oídos, y huecos como su caja... Mixtificar martirios inauditos e inaccesibles a las ánimas fofas!, ánimas aptas para mofas y concetismos, en que filosofas —oh vacuidad!— argüíres ahitos! —Señora Luna, Novia, señor Silencio; Novia, señor Silencio, Señora Luna: en vosotro se integray en vosotro se aduna, mi ingenuidad, cuyo caso presencio! Sganarelos y Lindoros y Abates... ¡oh watteauistas que emigran a Citeres! Almas prendidas con miles de alfileres! Almas que no resisten tempestuosos embates, ni amores de mujeres! Almas que no miro! Almas que desdeño desde el orgullo a mi humildad inherente! Solemnidad de la innúmera gente que lleva lo vulgar y lo tonto latente...: yo me sepulto en mi exótico ensueño!

Y eso fué hace tantos años y lo decía —precisamente— *Aquel tipo azaroso que se toma sus tragos...* Aquel tipo azaroso que se toma sus tragos y que fuma en su pipa con humor displicente, a pesar de sus trazas no es un tipo corriente... y a pesar de su gesto no es uno entre los vagos! Por su mirada atónita discurren los endriagos de mil sueños ilógicos: desdeñosa o demente, no se posa en el rostro de la unánime gente... ¡pero se forja idílicos reinos lueños y magos! Al parecer, dormita como un ebrio de tropa...: mas se mira en sus ojos algo de super-hampa, que seduce a las almas embriagadas de tedio... Soñador... Vagabundo... que, a través de la copa, ¡quién sabe a qué castillo de ilusión pone asedio, sin sospechar que todo se lo llevó la trampa!

(y que todo se lo llevó la trampa desde... desde que se urdió ese engendro asonetado hace ya siete lustros). Siete lustros cortos... pero que largo el viaje —desde entonces— y que lento! Y hay que seguir dándole, y duro y parejo... Peor está que estaba, Clarismundo de Patmos...

3 II 1955

Ver BALADA DEL TROVERO TRASHUMANTE - BALADA EXTRAVAGANCIA Y CAPRICHOS RITMADOS ARRÍTMICAMENTE - TIPOS. - DON LOPE DE AGUINAGA (en TERGIVERSACIONES - OBRA POÉTICA Volumen I).

XXXVI

Irma de dónde surgió, que un instante rasguñó apenas el hielo azogado dejando ni huellas...?: Aéreo glisado su zig-zag... ¿Y en dónde y en dónde está Irma? —Norma de escultores; cánon de arquitectos— Irma esbelta, grácil. De luz coruscante sus ojos. Sus pechos erectos. Sus muslos perfectos. Los labios de Irma son el sello y firma de la propia Venus, y escriben con rútila sangre —nietzscheanos— Irma, Irma, Irma, no es de Samotracia la Victoria Mútila sino la integérrima Victoria que avanza —la auténtica Víctrix— con paso de danza. Irma de dónde surgió ...

Pues de Cali, sería, a ver vea, dice don Luis Cabal (no en sus cabales) Con lo que se trozó el hilo. Salía o no salía y no nada indemne y al parecer como que de una sensoria crisis delusiva —Anfión Eubolio—. Salía o no salía de un choque anímico y no poco lancinante. No nada indemne —y no que lo pareciera, sólo— porque el sujeto y víctima, a más de hipersensitivo, a más de antena vibratílísima para captar las más sutiles emociones, Encia es que se aferra tozudo a las pigmaliónicas entelequias que se crea y se recrea con base en los sus amoríos, aún en los sus devaneos y doñeos de turno y transitorios. Idealiza y sublima por extremo Anfión Eubolio, y sitúa su doñeo, su devaneo o su amorío en un clima de sumo ardor y en un ambiente de exaltación elata. En un clima poético —además— (no importa la calidad de la poesía). Y, luego, no puede, o, si puede, no quiere poder desprenderse de su orquídea, de su mito parásita

(De las catlejas de que dice Proust?) No quiere Eubolio Anfión desprenderse de su mito (ni despojarse de su túnica de Neso) ni cuando ya no cree en él (es decir en ella, la orquídea: y las hay caudinas...) Ni cuando ya no cree en su mito. Por tal como lo soñó, así insiste en tenerlo. Después... Después —ya en frío— rie de todello con algo de sarcasmo,

10 II 1955 (manuscrito incompleto)

Ver FABULILLA (en NOVA ET VETERA - OBRA POÉTICA, Volumen III).

XXXVII

Apareció ha poco en HOJAS DE CULTURA POPULAR, un larguísimo engendro —cuasi en verso por más señas— de un tal Beremundo el Lelo. Beremundo —entiendo— es otra forma del castellano Bermudo tan nombrado en los Romanceros. Y Beremundo, el del engendro ritmado, es un sujeto no nada recomendable (como poeta) si —como ciudadano— respetabilísima persona. Gentes hay (desalumbradas) que creen que yo soy el propio Beremundo. Y quiero negarlo enfáticamente, aunque no valga la pena. Pero me bastan mis propios pecados y es tontería apechar con los ajenos. No se si se refiere a Beremundo una dama, por descontado muy gentil y muy benévola al calificar a cierto poeta amigo mío, a quien acusa de imitar al mexicano señor Cantinflas. Mi viejo amigo —Beremundo o el que sea— está diciendo y espetando

ahora (y escribiéndolas, que es peor), las mismas cosas que decía, espetaba y escribía desde antes de que el cuate Moreno ingresase a la infantil, que entonces no llamaban *Kinder*. Hace mas de 35 años, en la REVISTA UNIVERSIDAD, de Germán Arciniegas, perpetró el poeta aludido por la dama las primeras PROSAS DE GASPAR, en el mismo estilo o sin estilo o desestilo de ahora. Por modo que es entonces (si la dama tiene la razón) un precursor de la cantinflería. Pero el amigo de BAJO EL SIGNO DE LEO jamás usó gabardina ni tiene a medio poner los pantalones: o los tiene muy ceñidos al gentil talle o ausentes totalmente —claro que en la intimidad—, ni ante el micrófono siquiera que oye y se deja oír (lo que por un oído le entra le sale por el otro que es oral, que es oído parlante). Pero vé poco el micrófono y ni ante ese homérico cegatón se despoja el poeta cantinflista de las calzas o gregüescos. Otra cosa, el amigo de Marras, el poeta a quien se refiere la benévola dama, casi nunca aparece BAJO EL SIGNO DE LEO, aunque sí, en ocasiones léense versos suyos. Lo demás del programilla que enmarca los sus versos o que sus versos enmarca, es cooperación punible de esa caterva un poco erudita y un muy desvergonzada, de esa caterva o trunca de sus conmlitones y paniaguados, algunos de ellos entre orates y lelos y otros fugados del boborio o salidos de allí en uso de licencia. Quizá uno de ellos (no lo nombro) padece meningitis ululante... Pero son

inofensivos en su pre o proto-cantinflismo antelucano. Y ninguno dellos pinta nada como erudito. Todo cuanto ellos dicen puede saberlo cada persona de cultura media. Y no es tan insólito el léxico por ellos manipulado. Es que las gentes se acostumbran a una especie de castellano *esencial* que ahora dicen, como para el uso de agentes vendedores forasteros. Pero el escritor tiene pleno derecho de emplear cuantas voces tenga a su alcance y estime pertinentes. En realidad (otrosí) BAJO EL SIGNO DE LEO no es programa serio en demasía, ni serio poco, sino poco serio y al desgaire. Pero así se le anunció desde el preludio y en la obertura. Si todo lo demás es tan serio y adusto y doctrinal y monitorio y en tan orondo, en tan pinchado estilo y tan de composición para examen de redacción, según reglas y moldes consabidos, lógico y obvio es que a alguien le provoque evadirse de cartabones y cortapisas y gálibos, de andaderas y carriles y le dé por echar por cualquiera tangente, y aún desee volverse curva que se aleje cada vez más de la asíntota. Llamo asíntota (en este caso) al estilo usual y cambio los términos de la definición de asíntota, que es línea recta que, prolongada indefinidamente, se acerca de continuo a una curva, sin llegar nunca a tocarla. Y el escritor de marras es curva que no quiere que se le acerque demasiado la asíntota. Personalmente si quisiera ser asíntota (pero menos estricta) es decir, quisiera ser asíntota para acercarse a

las curvas, pero hasta tocarlas y topar con ellas... Y sepa Arbeláez que yo soy el Otro (esto es acotación marginal, Cimodocea) Aparte.

Resulta decididamente engorroso tener que pensar siempre y siempre operar en torno a sí mismo, y no porque así se le desee: pero porque no puede ser sino así. Y tampoco puédesse dejar de pensar ni siquiera durante el sueño (dormido *id est*) que entonces actúa el pensamiento (o sucedáneo dél) a la topa tolondra, entre la pesadilla y el sueño (ensueño, de soñar) con la sensible adehala de que después casi nada se recuerda de lo pensado así y allí y —en lo que se recuerda, vaga, imprecisamente, qué maravillosa cogitación perdida y qué frustra creación de portento! Si pudiera fijar escrita mi pesadilla de antenoche. Ese vertiginoso viaje por... ¿Pero por dónde fue ese viaje? Quizá algún día lo recuerde. No en sueños si estuve, con algunos amigos, en viaje real. Estuvimos de excursión campestre en LOS NARANJALES DE LA ISLA por El Cuja de Fusagasugá, los de cierto quintetillo de Baquillos y Pantagrueletes. Uno de nosotros puede dar fe —que es notorio notario- y los otros cuatro podemos ser testigos de oídas y testigos oculares —de los demás, cada uno— y todos los cinco de lo actuado. Que se inició la actuación desde casi la salida y en casi todas las posiciones tácticas previstas (y en otros sitios apenas intuídos) y en desarrollo del planeamiento

estratégico. La ruta está (como dicese de oficio) erizada de dificultades —punto de vista en contra— o de ricas facilidades —punto de vista en pro—. En contra o en pro de las tentaciones báquicas o pantagruélicas o mixtas, y de otras. No se vencieron aquellas dificultades, sino que fuimos vencidos por las facilidades y hubimos de vernos rendidos ante las tentaciones. Una serie de escaramuzas y encuentros de avanzada perdidos, a base de celadas en todas las cuales caímos y de asechanzas en los ventorros y freidurías, mesones, ventas y paradores. Y esta anécdota será para más tarde porque apenas regresamos ahora.

El larguísimo engendro (y en verso por más señas) de don Bermudo Bermúdez, publicado poco ha en HOJAS DE CULTURA POPULAR, intitúlase RELATO DE LOS OFICIOS Y MESTERES DE BEREMUNDO ELLELO, y es la parte hasta concluida y primer movimiento, *Allegro con brío*, del POEMILLA (opus 17) de Beremundo que será de cuatro movimientos y en el que Bermudo Bermúdez trabaja ahora, denodado, en las horas que le deja sueltas su librería de viejo, quiero decir su biblioteca de literato antiguo que lee y relée (pero no para darlas de medio erudito).

Del RELATO DE LOS OFICIOS Y MESTERES DE BEREMUNDO —*Allegro con brío*— se dá una breve muestra leyendo a trancos y de aquí y de allí —en sin orden— a saber: Yo, Beremundo el Lelo, surqué todas las rutas y probé todos los mesteres. Singlando a la deriva, no en orden cronológico ni lógico —en sin orden— narraré mis periplos, diré de los empleos con que nutrí mis ocios, entretuve mi tedio, distraje mi hacer nada y enriquecí mi hastío...: —hay de ellos otros que me callo—: Catedrático fuí de teosofía y eutrapelia, gimnopedia y teogonía y pansofística en Plafagonia; barequero en el Porce y el Tigüí, huaquero en el Quindío; amansador mansueto —no en desuetud aún— de mulas cerriles y de onagros, —no sé donde; palaciego proto-Maestre de Ceremonias de Wilfredo el Velloso, de Cunegunda ídem de ídem e íbidem —en femenino— e ídem de ídem de Epila Calunga y de Efestión —alejandrino— el Glabro; desfacedor de entuertos, tuertos y malfetrías, y de ellos y ellas facedor; domeñador de endriagos, unicornios, minotauros, quimeras y licornas y dragones y grifos y —en más— de la Gran Bestia. Fui, de Sind-bad marino, marinero; pastor de cabras y chotacabras en Calabria y Sicilia, si de cabriolas en Silesia, de cerdas en Cerdeña y —claro— de corzas en Córcega; halconero mayor, primer alcotanero de Enguerrando Segundo —el de la Tour-Miracle—; castrador de colmenas y no de Casanovas, en el Véneto, ni de Abelardos por el Sequana; pajecillo de altivas Damas y ariscas Damas y fogosas, en sus castillos, y de pecheras —¡y cuánto!— en sus posadas y mesones —yo me era Gerineldos de todellas y trovador trovadorante y adorante; como fui tañedor de chirimía por fiestas candelarias, carbonero con Gustavo Wasa en Dalecarlia, bucinator del Barca Aníbal y de Scipión el Africano y Masinisa el Númida; piloto de Erik el Rojo hasta Vinlandia, y corneta de un escuadrón de coraceros de Westmannlandia que cargo al lado del Rey de Hielo —con él pasé a difunto— y en la primera de Leipzig.

Fui preceptor de Diógenes, llamado malamente el Cínico: huésped de su tonel, además, y portador de su linterna; condiscípulo y émulo de Baco Dionisos Enófilo, llamado buenamente el Báquico —y el Dionisiaco, de juro—... Le piqué caña *jorobeta* al caballo de Atila —que era un morcillo de prócer alzada: me refiero al corcel; cambié ideas, a la par, con Incitato, Cónsul de Calígula, y con Babieca, —que andaba en Babia—, dándole prima; fui zapatero de viejo de Berta la del gran pie (*buen pie, mejor coyuntura*), de la Reina Patoja ortopedista; y hortelano y miniaturista de Pepino el Breve, y copero mayor faraónico de Pepe Botellas, interino, y porta-capas del Pepe Bellotas, el de la esposa de Putifar. Exploré la región de Zuyaxiwevo, con Sergio Stepánovich Stepansky, lobo de donde se infiere, y, en más, ario. Fui consejero áulico de Bogislaus, en la corte margravina de Xa-Netupiromba y en la de Aglaya crisostómica, óptima circezueta, traidorcilla. No es cierto que yo fuera —es impostura— *revendedor de bulas* (y de mulas) y *tragador de fuego* y *engullidor de sables* y *bufón en las ferias*, pero si platiqué (también) con el asno de Buridán y Buridán y con la mula de Balaám y Balaám, con Rocinante y Clavileño y con el Rucio —y el Manco y Sancho y Don Quijote—. Les saqué puntas y les puse ribetes y garmbainas a los vocablos, cuando diérame por la Semasiología, cierta vez, en la Sorbona de Abdera, sita por Babia, al pie de los de Úbeda, que serán cerros si no valen por Monserrates, sin cencerros. Perseveré hartito poco en la Semántica —por esa vez—, si, luego, retorné a las andadas, pero a la diablo, en broma: semanto-semasiologo tarambana pillín pirueteante. Quien pugnó en Dénnevitz con Ney, el pelifulvo, no fui yo: lo fué mi bisabuelo el Capitán...; y fué mi tatarabuelo quien apresó a Gustavo Cuarto: pero si estuve en la Retirada de los Diez Mil —era yo el Siete mil Setecientos y Setenta y Siete, precisamente—: releed —si dudáislo— el *Anábasis*.

Y ese relato sigue y sigue y sigue. El final de lo hasta ahora publicado, dice así: Olvidaba que fui poeta, por riesgo mío y cuenta: mas, por ventura, nada quedó escrito: como cantaba al oído de nadie..., toda mi poesía fué cosecha de Eolo, botín del Mar y despojo del Fuego! Presumí de filosofo, si solo saqué en claro que el resto vale menos si todo vale nada y que la vida importa lo que dura el instante... Venido a más antaño, si ogaño vuelto a menos..., entiendo y curo que estoy ahora un poco ido del caletre, revuelto del magín y revenido del meollo... Pero no tanto... Yo, Beremundo el Lelo, el sin plaza, el no usable, el inútil señor del Ocio...

17 II 1955

Ver RELATO DE LOS OFICIOS Y MESTERES DE BEREMUNDO
(en VELERO PARADÓJICO - OBRA POÉTICA, Volumen III).

XXXVIII

Del ingenioso Ulises u Odiseo Homeros narra diferentes cosas. Todas ellas las creo, sí por maravillosas, no por ciertas. (Lo que es en estas PROSAS non se trata de Ulises u Odiseo.)

Vamos los pingüinos, pingüinos poetas, a filosofar. Filosofantes filosofículos. Ya son peripatéticos filósofos: areopagitas, deambulantes areopagitas, que silogizan —éticos— con acopio de citas epatantes. De citas con acopio —sopor, beleños, opio— doctorales ergotan los pingüinos: con acopio de citas en Latín, Griego, Siro-Caldáico (no es alusión a Ciro, que es de Caldas), Siro-Caldáico, en el dialecto que párlase en el confín de la Tierra del Fuego —¿es acaso el Patagón?—; en el Páncrito suave, en el Sánscrito abstruso, en el Lapón y el Samoyedo y el Hurón...; (y en tu galimatías macarrónico?). Y según el difuso sutilizar arcaico, sutilizar profuso al uso prosaico y en desuso, de Platones

y Minos, Sénecas y Licurgos y Solones, Agustines y Celso y Plotinos, Julianos y Zenones, Laotsés y Confucios y Gautamas, Diógenes y Epicuros y Pirrones; y de Erasmos sutiles y de sutiles Vives y Budeos, Gracianes y Bacones, Pascales y Spinozas, Descartes, Calvino y Aristóteles, Swedenborgs, Abelardos y Lucrecios y Aquinos... Y acedo Schopenhauer congojado y Kant, macizo y pétreo, y el loco Blake y el loco de Nietzsche! (oh Blake! oh Nietzsche!, Narcisos de la eternal Belleza!). Zarabanda ciclópea de tedio y tedio y tedio. Babélico bullir de tonterías! La Eterna Esfinge, y Eterno Asedio de sus Sabidurías! Intermedio. Intermedio corto, corto sin duda, —mas no menos útil—. Dolor de cabeza me arroja inconsútil como una corteza. Silencio. Grandes cantidades de silencio. Silencio...!

Y aprovechando el silencio: Hasta donde se tiene noticia (y esto, noticia, es de lo poco que aún se suele tener, que solemos tener todavía los poetetes, en semejante inopia e inopia funcional, en modo alguno modulante). Hasta donde se tiene noticia, sábese de don Bermudo Bermúdez, cónyuge de doña Urraca, ex -cónyuge de doña Mencía y futuro cónyuge de doña Brianda (que doña Urraca, magüer apenas madurilla, está en las penúltimas, casi que en las últimas), sábese, dícese, de don Bermudo, que anda en excursión, cinegética, por los reputados cerros de Úbeda, con su flamante —que dicen— con su flamante séquito de valvasores, de halconeros, alcotaneros y ojeadores, el Montero mayor, el Maestresala, el Catasalsas, su copero mayor y uno de los menores, el sumiller, su porta-gumía, y dos damas de compañía:

la dama Berenguela y la dama Juana. Y sábese, dícese, de don Bermudo, que discurre en excursión filosófica (de sumamente peripato que es) por los oteros de Babia y las lomas de Boberia, con su corte y cohorte de Ferios, Bárbaras, Baralíptones y demás zarandajas silogísticas de cabecera, como que Bermudo es tomista hasta las heces, insaturable tomista de tomo y lomo (aqueste a la parrilla). Las excursiones de don Bermudo —cinegéticas, filosóficas u otras— terminan siempre, cuando no finan muy antes de iniciarse, en *rotundo* fracaso (y *rotundo* entre comillas) y en ruido inane y en estruendo —si estentóreo— también todo ventolina (o ventolera, si así os peta más o si así despláceos menos). Terminan siempre asina las excursiones bermudinas o beremundanas. Que Bermudo vale por Beremundo y ninguno de los dos, ni la junta de los dos, vale un comino. Valdrán los dos, con supervalía y good-will —de adehala— lo que el más pájaro bobo de los pingüinos peripatéticos, filosofículos filosofantes, de que parlaba el vate orate...

¡Silencio!... Reclinan las frentes pensantes los pingüinos, ¡omnisapientes hilarantes! Hilarantes! Hilarantes como sus semejantes, todos los Sabios, —inconscientes muñecos de Guignol, con música de ta-ra-ra-ta adobada de bombo y ra-ta-plán, y truenos del Momotombo, y del hi-han del asno de Buridán. Muñecos del Guignol de Omar-el-Jayyám: las fichas de ajedrez de que nos trata en los hondos rubái del *Rubayata*. Con lo cual se fina (uf!) esta

poemática fantasista farsa grotesca y sibilina y bufonesca y antipática (para reír...) Con lo cual (uf!) se fina: pues los pingüinos ante la kilométrica perspectiva filosófica —o pseudo—, perspectiva un poco mucho tétrica, —armaron un de agramante: una guazábara tropical, catastrófica, que registraron los T.S.H. de la frontera bávara—. Y huyeron hacia el Polo —Norte o Sur, yo no sé—, y huyeron hacia el Polo, —un mástil rosa y negro y una gris banderola—, y huyeron hacia el Polo yermo y frío. Y yo me quedé solo. Solo. Solo. Solo y mío. Ite Fábula est Laus Leo.

Laus Leo! clamó Beremundo.

Que, en cuanto a mí, todas las cosas trujéronme fastidio... Como le de por escribir sus sueños, no los de cuando ensueña despierto —si ido— ni los del entresueño divagador en la vigilia —si ausente aun— y en trance, poseso de sus egerias y daimones y demiurgos, sino como le de por escribir los sueños de angustia y de maravilla, de congoja suma y de total delicia, en la sub-real sub-existencia y sobre-consciencia de cuando en veras duerme o lo vence soporoso el cansancio y lo enciende —acicateándolo fustigante— su elación, se pensará en que va a reaparecer un otro Teodoro Hoffmann, un otro Villiers de l'Isle-Adam, otro Edgar Poe, otro William Blake, hélas! sin estilo, o con ese su estilo o desestilo entre al desgaire y a la deriva, entre al socaire y a la jineta y sumamente apocalíptico si con nula categoría literaria ni prestancia formal.

Solo que logre dar, cuando le dé por escribir sus sueños con alguien que —ése sí— consiga prestarle a la informe materia prima, calidad y belleza y armonía o fealdad de hechizo, que, en cuanto a mí, todas las cosas trujéronme fastidio. Todas las cosas que están sobre la landa yerma, todas las cosas que están bajo las nubes grises, y bajo las constelaciones iridiscentes. Todas las cosas trujéronme fastidio. Todas las cosas que están junto a la lujuriente Naturaleza (que decían los vates de antaño), las que dicen los libros y recitan las gentes; todas las cosas que canta el viento ronco o sibilante, las que canta la lluvia a la sordina, trémula, y las que callan en la atediada sima de mi cerebro...

Y qué documental para el psicoanalítico lítico, quier para psiquiatra gastrónomo famélico de paranoias, psicastenias, esquizofrenias y ciclotimias! Qué festín de Baltasar para el esquizofrenético! Qué flora de fabulosas, coruscantes, teratológicas orquídeas! Qué fauna aquella de infraoceánicas criaturas, de monstruos abisales, inimaginados. E inimaginables, como no sea en la pesadilla, claro que en la pesadilla de quien sea imaginativo imaginero imaginador en su vida corriente. Pero, en cuanto a mi, todas las cosas trujéronme fastidio. Porque soñaba diferentes odiseas y distintos exilios y muy diversos éxodos. Y otra quietud. Nunca estaplanasucesióndepuestasdesolyderubiasaurorasydeclaros deluna(que decían los vates de antaño). Nunca estaplanasucesión de estribillos aburridores: ¡oh qué catálogo de ineptias, qué maremagnum de majaderías! Todas las cosas trujéronme fastidio.

Lo que soñara la otra noche —según dícame— daría oportunidad y ocasión a otras MIL NOCHES Y UNA NOCHE más, con la intervención de tres Xeherazadas y de hasta cinco Dinarzadas, y agrega que, en cuanto a longitud y otras dimensiones de la obra y en versión recortada de episodios y taraceas poéticas y arrequives de otra índole, de los que ruborezco —dice— equivaldría a dos o tres ASTREAS, a cuatro o cinco MAHABARATAS y a una docena de trece de DIVINAS COMEDIAS y no de Dante pero si mucho más dantescas. Que le dé por escribirlos.

Pero que no —además— por referírmelos, sus sueños, o prefiera hacer ésto y no escribirlos, que entonces se acabaría definitivamente mi tranquilidad filosófica. Nadie volvería a hablar del mi severo estoicismo señero. Que, a mí, todas las cosas trujéronme fastidio. Solía —solía— y aún suele, ahora, la imaginación insurgente y arbitraria, irrumpir por fantásticos senderos de caza, por fantásticos senderos ilusorios, por fantásticos senderos de caza: para cazar el CORTEJO DE ORFEO, la SUITE DE XEHERAZADA, toda la fauna mitológica y el tropel de los sueños... ¡LA SUITE DE XEHERAZADA! ¡El tropel de los Sueños!: mariposas de Muzo, cuya azul diafanidad se roba el viento! Todas las cosas trujéronme fastidio.

Eso decía el orate. El otro orate dizque soñó que iba a tener manera de lograr la financiación (como dicen) del viaje de un su amigo, a Mar de Plata, en la Argentina, del viaje de un su amigo que juega a los escaques, y a quien —a última hora— se invita a participar en un torneo internacional de ajedrez en el que participan eminentes maestros y grandes maestros internacionales y mi amigo, un modesto maestro colombiano. Dura prueba para él y maravillosa experiencia... Soñó el orate del cuento, soñó tener manera de lograr el milagro, no solo de conseguirla sino de conseguirla en breves horas. Y el sueño del orate se convirtió en realidad del cuerdo, en menos de 40 horas. Loados los hados. Es una fortuna poseer —en medio de la inopia y de la hosquedad— nobles amistades y es una suerte suscitar simpatías generosas cuando se es asaz antipático y ceñudo como el orate, y hasta como su joven amigo ajedrecista: hasta casi que lo mismo, que a este también le viene de casta. Le sonó la flauta esa vez al soñador empedernido y al iluso perenne. Y se enfrentará el mínimo hondero con qué máximos gigantazos difícilmente vulnerables... Y ahora... a hacer fuerza.

Y a salir para otro sueño y a retornar a mis mesteres, como que fui traductor de cablegramas del magnífico Jerjes; telefonista de Artajerjes el Tartajoso; locutor de la Esfinge y confidente de su secreto; ventrílocuo de Darío Enésimo Codomano el Multilocuo que hablaba hasta por los codos; altoparlante retransmisor de Eubolio el Mudo, yerno de Tácito y su discípulo y su émulo; caracola del mar océano eólico y ecolálico, y el intérprete de Luis Segundo el Tartamudo —padre de Carlos el Simple— y Rey de Gaula. Hice de andante caballero a la diestra del Invencible Policisne de Beocia y a la siniestra del Campeón olímpico TIRANTE EL BLANCO, tirante al blanco: donde ponía el ojo clavaba su virote, y a la zaga de la fogosa Bradamante, guardándole la espalda —manera de decir—, y a la vanguardia, mas dándole la cara, de la tierna Marfisa... Fui amanuense al servicio de Ambrosio Calepino y del Tostado y de Matías Aldecoa y del que urdió el MAHABARATA; fui —y soylo aún, no zoilo— graduado experto en Lugares Comunes discípulo de León Bloy y de quien escribió sobre los DIURNALES. Crucigramista interinario, logogrifario *ad-valorem* y *ad-placerem* de Cleopatra: cultivador de sus brunos pitones y pastor de sus áspides, y criptogramatista kinesiólogo suyo y de la Venus Calipigia, *viento en popa a toda vela...* Y fuí el Quinto de los Tres Mosqueteros (no hay quinto peor) —veinte años después—.

Y... pero será para la próxima ocasión, Cimodocea.

3 III 1955

Ver FARSA DE LOS PINGÜINOS PERIPATÉTICOS - NENIAS y RELATO DE LOS OFICIOS Y MESTERES DE BEREMUNDO (en LIBRO DE SIGNOS y VELERO PARADÓJICO - OBRA POÉTICA, Volúmenes I y III).

XXXIX

Sucede ahora que apareció Polión, el Lestrigón (hoy vegetariano). Polión Poliónides Polión, no obstante su apariencia y catadura de farandulero y su actividad intermitente de recitante (de recitante, como que endilga en sonadas veces luengas parrafadas y parlamentos, con engolada voz y zurdos ademanes y manoteos) no es persona distinta del buen burgués que él se es; del honesto, modesto funcionario y de los de trece en docena y en los días y horas malamente llamados laborables. Sólo que, en horas altas de la noche y bajas horas del crepúsculo antelucano y en las del crepúsculo vespertino de los sábados, záfase de bridas, cabestros y ataderos, suéltale velas al su bajel, que es un maltrecho galeón ya antiquísimo y héos —entonces— ante un Polión Poliónides Polión desdoblado: estratosférico como mejores los hay pocos y sumamente elocuente, parlanchín, comunicativo y decidor, así Polión el Lestrigón, el mismo que en los días laborables (pero no él mismo) discurre señero y silencioso, taciturno, cogitabundo, ensimismado y ausente. Y no se culpe al Tokay, al de Samos, a la ambrosía, ni al malvasía, ni a otros filtros de no tan lucido linaje, de menor resonancia y de no tan pimpantes y coruscos remoquetes, de jerarquía y prosapia famosas. Hastiado del fastidio, fatigado del hechizo de haber estado solo y tácito luengas horas,

rumiando en seco el su monólogo interior permanente, pues ahora se da a desfogarse, a vaciar el odre henchido —si de naderías— henchido hasta el rebalse y el rebose, y, espeta, hétele, el su almacenado monólogo interior, en forma de parrafadas y parlamentos, y a su media docena de habituales audientes y cofrades y cotertuliantes. De los cuales cofrades hánse ido ya ciertos, si fastidiados de la compañía o si, sólo, con deseo de fastidiarse de otra guisa, en otro sitio y ambiente, los unos, y, los otros... vaya nadie a saber por qué. ¿Y a cuál nadie le va a importar? Con que Polión Poliónides Polión sigue tan campante y campanudo (en veces) circundado de su media docena siempre, disminuída de los idos y acrecentada de los recién llegados. Y si este grupetto se adiciona en más con la legión de todos los sus dobles, sosías, otrosyóes, que han venido en bandada a rodearle en su infortunio y soledad, se tiene a Polión Poliónides Polión, más provisto de amigos y a láteres y camaradas que lo estuviera alguna, algootra vez. Llegóse el buen Matías Aldecoa, ausente desde treinta años, llegóse con su cacodaimón Miguel Zuláibar. Tornó Erik Fjordson, de Andalesnes (como Matías y Miguel): habíanse retirado de las lides farandúlicas y de los escarceos de poética sentimentaloides, y entregádose a la pesquería de atunes, arenques y bacalaos y a la escribanía de poesías yodadas y salinas. Regresó

—otrosí— Gaspar von der Nacht, de los hielos árticos circumpolares de Korpilombolo. Se presentó el Capelmaestre Claudio Monteflavo, que andaba urdiendo motetes y madrigales, a la sombra del primer Claudio (y Monteverde) y de Carlo Gesualdo, príncipe de Venosa. Vino también Parménides el Sofista, filósofo cínico, estoico además, y de yapa epicúreo: escéptico en total y decididamente nihilista y mixtificante, de humorismo trascendental, de bufonadas sin meollo y de intrascendente dogmatismo horrendo, ciertas veces. Llegaron también algunas otrastúes que son las cónyuges o comblezas de los otrosyóes. Entre ellas, Bibiana, Melusina y Fonóe, e Isolda y Ginevra y Oriana, de los dominios de Merlín, del Rey Artus y de Amadís de Gaula, de Lancelot del Lago y de Tristán de Leonís y en la floresta de Brocelianda. También llegaron... Ya se sabrá cuáles más otrastúes arribaron.

Matías Aldecoa y Miguel Zuláibar —arcades ambo, si malos y en desuetud— en idus muy lontanos, el uno al otro y el otro al uno, dijéronse de esta manera (y son curiosidad bibliográfica):

Zuláibar a Aldecoa: Aquí, rígido, un vate paradójico yace: Matías Aldecoa, juglar, nefelibata por cuyo verso ríspido, como cinta de plata riela un dolor, que, presto, se esfuma y se deshace... Es trovero de antaño, de romántica face; con la luna, —a los trenos de dolida sonata—, adunó sus ensueños..., y ya nada desata los quiméricos hilos de ese místico enlace... ¡Matías Aldecoa!,

bardo desconocido que discurre, la veste fúnebre y decadente, por los cielos plumbales de Levante o Muriente!: sus versos, que disfrazan un soñar retorcido, nunca nada dirán a Presente o Futuros, gracias al modo errátil y a los ritmos oscuros!.

Aldecoa a Zuláibar: RAPSODIA PARA MIGUEL ZULÁIBAR:
¡Camarada! Camarada en fantásticas, en ilógicas, en absurdas y múltiples lides, siempre fiel a mi vera, con tu gesto de risa, de sarcasmo, de burlas y befas y mofa— en el viejo navío —bergantín o goleta, urca, birreme o prao—, caballero en la hópita cofa, ¡cuántas veces mil veces relataras leyendas prolijas, profusas, donde hicimos, los dos, de adalides! ¡Añoranzas de puertos exóticos! ¡Fragantes hembras! ¡Lúbricas zambras! ¡Embriagueces de trágicas vides! Las humosas tabernas, los sombríos tabucos... Por España y las Indias, algaradas con la ríspida gente gallofa: y las noches eternas por antárticos y por árticos polos: y la azul, sollozante, romántica, trémula estrofa, estrujada de llantos, cuando noches lunosas, ante rejas morunas, ¡serenatas y duelos: amatorios ardides! Ya cesó la odisea. Hora somos añejos marinos. Viejos troncos y mútilos que a la orilla botó el oleaje... De un naufragio despojos...; abolidos despojos: marineros anclados en la hirsuta, fatídica riba! Se colman de ensueños las lentas veladas! Cantan las olas; zumban, silban los vientos; voces de mando estride el Capitán! ¡Camarada! Camarada en fantásticas lides! Compañero de todo mi viaje: mi real e hipotético viaje alrededor de los mundos, por absconditos Mares! Los barcos —hogaño— sin nosotros, alegres, se van... Camarada! Encendamos las pipas! El humo!... Vagarosos recuerdos!... Por tu rostro curtido una lágrima surca, furtiva...

Seguramente sería una furtiva lágrima reminiscencia del libretista del ELIXIR DE AMOR de Gaetano Donizetti! Peores cosas se oyen... Y... también llegaron... Pero, en esto se apareció don Oswaldo (que adoptó no ha mucho el alias, nombre de letras o seudónimo de Don Oxten y Moxte, señor de la Albufera y de las Almadrabas) y nos dimos a divagar y dialogar en tomo a Clío y a Talía y a Melpómene, las preferidas por parte de don Ox, y de casi todas las otras piérides por parte mía —con alguna excepción: que, entre las pegásides, entre las hijas de Mnemosina, nunca he podido con las titulares de la elocuencia y de la poesía heroica (ni con la décima Musa, que —según Arouet de Voltaire, es la de la Crítica—). Dialogado y divagado que hubimos (y monologado por turnos)...

17 III 1955

Ver MATÍAS ALDECOA y RAPSODIA PARA MIGUEL ZULÁIBAR (en TERGIVERSACIONES y LIBRO DE SIGNOS - OBRA POÉTICA, Volumen I).

XL

Otro ente a quien no veía ni sabía dél desde cuando mi fuga rimbaldiana por la Xenufaná, fuga mía que suscitó su viaje de él hacia Haparanda, reaparece ahora tal como desapareció. No le han hecho tanta mella los años transcurridos desde entonces, en cuanto al físico —y a primera vista—. Los sus ojos casi que con

el mismo brillo juvenil y —como antaño— verde mar el uno —el izquierdo— y azul acero el otro, ésto sí, cuando está de buen talante y humor regocijado, que, si de mal genio, o, ni enfadado, pero adusto, el ojo verde-mar se encrespa un poco y se le entristece el azul. Ya desapareció la su caudal melena, su cabellera merovingia o carlovingia, de rubio desvaído, y ostenta ahora un coqueto peluquín entrecano y cobrizo, levemente ondulado y lustroso. Un tanto rubicunda la nariz, seguramente quemada en frío por los hielos árticos y por los soles abisinios, que si viajó primeramente al círculo polar ártico —Laponia sueca— tras Gaspar von der Nacht y Greta, muchos años después y por dos lustros vivió en el Harrar, en pos de documentos para su libro acerca de Arthur Rimbaud, e inquiriendo por Amonasra, la hija de Radamés y Aída, casada con Spiridión, como consta en cierto Relato posiblemente suyo, no concluido aún, pero si ya en el taller u obrador de Relatos y otros, donde dánsele los últimos toques y pónensele los ribetes a dos o tres docenas de tales engendros. Un poco rubicundo el naso, continuó. Rubicundas las mejillas, tostadas frente y sienes. La boca con su gesto aún más acerbo. Si antes poco, habla ahora harto menos, y si otrora y antaño con dos o tres palabras polisílabas, hora y ogaño con uno o dos monosílabos. Abolió esdrújulas y sobre-esdrújulas. Y hoy no platica ni conversa. Hoy pregunta —poco— o contesta.

Y responde: si, no, yes, ja, oui, bien, mal, cá!, bah!, ea!, uf!. Yo, él, tú. qué?, pues, dos, tres, mil, mar, sal, sol, moon, más, di, sé (con si) o sé (con no). No dice ron, porque no le gusta, pero si dice gin, que asaz le agrada. Al gozquecillo mísero, can le dice y al pan, pan, y al vino, ven, van o voy; a Shakespeare, Will, a Wilhelm, Tell, a Edgar Allan, Poe, al príncipe del Moskva, Ney, al Cocoricó o Quiquiriquí, Cock, a 3,1416... le dice Pí, y al 24 de marzo de 1955, le dice hoy. Y ese otro ente a quien no veía ni sabía dél, desde la fuga rimbaldiana, reaparece agora tal como desapareció. Sólo que llegó de incógnito y niega ser él, cuando se le llama por su nombre de entonces. Hoy dice nombrarse Sirg-el-Oel, bardo berebere y cazador de elefantes y unicornios. Y busca un editor para su libro sobre Rimbaud y su breve ensayo en redor de Amonasra, hija, como se sabe, de Radamés y Aida, quienes lograron salir de su prisión, a pesar de la Fatal Pietra, y huyeron a Etiopía. Sirg-el-Oel se quedará con nos por el resto del año, al cuidado de sus ediciones. Luego, soltará sus amarras, y con rumbo conocido de nadie sino de él, desaparecerá en prosecución de lo obvio, a no dudarlo. Vino con él -para su secretariatouna nómade númida, nominada Budur, ex-bayadera. Se sabe que vino con él, pero nadie la ha visto; que la tiene a buen recaudo y en ignoto refugio.

Esto en cuanto a Sirg-el-Oel, bardo berebere cuyos versos de ogaño aún no conozco si de los sus poemas de antaño todavía memoro no pocos. Este es uno de ellos: (El Sirg-el-Oel de aquestos fue un poeta desafortadamente sentimental, ingenuo, romántico, sobre iluso, con resabios de cierta huella macabraica, como se captará): Atardecer. Temor crepuscular. Inquietudes que el véspero insinúa... Luces violadas. Nombre de mujer que escucho musitar cuando el silencio se acentúa... Angustia tremulenta. Indeciso dolor que no se nombra... Indeciso dolor que se aposenta —frío y taimado— en lo interior de nuestra sombra! Parpadear lento, undívago, ingrávigo, en la penumbra... y el mismo musitar y el mismo acento del nombre y de la voz que mi cansancio apesadumbra! Atardecer. Campanas augurales. Tristeza insomne, múltiple, que en su gris me circuye: y un rostro de mujer tras los cristales, que me mira y me nombra... y que me huye! Abulia. Anhelos de languidez, de sueño... ¡no sentir! Escancio tu licor, oh crepúsculo!, en los hielos del cansancio..., tu licor en los hielos del morir! Atardecer. Temor crepuscular. Inquietudes que el véspero insinúa. Luces violadas. Nombre de mujer que escucho musitar cuando el silencio se acentúa! Atardecer...

Sin duda y en un tono menor, característico de Sirg-el-Oel, en esa época lontana y lontana. Como se captará —otrosí— en aquestos otros ritmos: Canción. Canción sugerente, en la tarde opaca. Dezir maravillante, de pueriles vocablos; canción ingenua y triste. Oh tarde sola! Músicas de laúdes provenzales; arpegios que deshojó, dolientes, la castellana, cerca de la ojiva... (Los vidrios blasonados miran hacia el paisaje yermo y solo; los blasonados vidrios de la ojiva; la senda por donde viene el paje favorito... La senda está vacía) Canción ingenua y triste. Lentos acordes. Balbuceos virgíneos, tímidos,

trémulos... Balbuceos virgíneos ante el misterio de los amores, ante el misterio... Lueños acordes. Notas grises. Notas vagas y diluídas, en las brumas grises, en las brumas graves, densas, en las brumas impregnadas de tedios desolados. Canción agorera. Canción de la tarde. Voces que se ahogan en lloros. Voces inolvidables... Canción maravillosa, como oída más allá de los sueños... Canción ingenua y triste.

En realidad es una canción ingenua y triste esa de Sirg-el-Oel. Pero por ahí le daba en esos años de hace siete lustros (poca cosa). E insistía, como en este ritornelo: Canciones de silencio va nevando la luna por todos los caminos... La canción evidencio por el ledo argentarse de la bruna ramazón de los pinos... Yo voy —bajo los pinos— con mi tristeza bruna, que atediado evidencio..., por todos los caminos embriagados de hastíos y de luna, de luna y de silencio! Sus trovas de silencio va rimando la luna por cansados caminos... Y el trovar evidencio —dentro la noche bruna— por la tristeza insomne de los pinos ilusorios, de luna y de silencio!

Buen Sirg-el-Oel! (El Sirg-el-Oel del año 20, digo; que el de aquestas idus marceñas, es virulento, turbulento, inverecundo, acerbo, turbio, escéptico, sarcástico —melancólico en veces, si...—.) Y en veces... La nómade nómida nominada Budur, secretaria y numen (como deidad y como inspiración, de Sirg-el-Oel es presunción mía quizá no tan aventurada) se presentó ante mis ojos y es tan bella como Martita, a no ser que Martha sea la contrafigura de Budur y numen venturo del orate vate de marras.

Más orate —si posible— y sin duda alguna es León de Gaseyra que así firmaba antaño sus HARMONÍAS ESFUMADAS y que ahora postula y candidatiza a Ene Ene para el premio *del de la dinamita*. No para el premio de la paz, ni para el de la química, sino para el de la literatura. Por ahí lo leí en la prensa, con algunos comentarios a favor, y aún no he leído otro comentario en contra no sé si del postulante o del postulado o de ambos a dos, que es lo más seguro. El vate orate de marras ríe y sonríe con risa incógnita, invisible, debajo de sus mostachos y de su barba ex-taheña, entrecana, hirsuta, un si es no es fáunica mas no mefistofélica. Bajo una mala barba suele haber un buen reidor y burlador de todo, de todos y de sí mismo. Lo que reirá también Beremundo el Lelo, con el nuevo oficio o mester que se le ofrece para ponerlo en su catálogo: fui candidato de Germán León de Gaseyra para el Nóbel o premio del sueco de la dinamita. Y que novel candidato...

Mordecai! solía decir, ya no el divino Platón, sino el tan humano Polión Poliónides Polión de Paflagonia y Transilvania, otrojó de Bogislao y amanuense de Beremundo, Proclo, Palamedes, Palinuro y Aldecoa, pero no de Sirg-el-Oel, de quien —eso si— soy recitante, por el momento: Gira un ritmo sonámbulo por el hondo sosiego de la noche adormida (escribió antaño, muy antaño), de la noche dormida, bajo del vibratorio bullir

de las estrellas, sobre mi alma entristecida. Solitario —en la noche— voy sin rumbo, sin rumbo... Peregrino doliente, no a la caza de gloria, ni de amor, ni ventura... Peregrino cansado, indiferente. Mi espíritu es un ritmo —no más— dócil, sonámbulo, entre la noche muda, entre la noche ingrávida, despavorida, trémula, entre la noche cándida y desnuda. Mi espíritu es un vago ritmo sin alegría, sin amor y sin llanto... Palpita con la noche, vibra con las estrellas, y a la voz del silencio une su canto. De los astros inmensos y minúsculos, vaga luz descende, serena... Yo soy un peregrino de la noche, sonámbulo: y la noche a su yugo me encadena!

Después le dió por ser egótico y en tono teatral y luego por ser trovero trashumante: Yo voy tocando mi vihuela, por estas rutas sublunares, fijos los ojos en la estela de consonancias singulares... Yo voy tocando mi vihuela (mejor que el sistro y que la tiorba) y ría y ría —centinela— Doña Crítica adusta y torva...

24 III 1955

Ver RITMOS - RITORNELO - BALADA DEL TROVERO TRASHUMANTE (en TERGIVERSACIONES - OBRA POÉTICA, Volumen I).

XLI

Esta ha sido época de reaparición de amigos míos distanciados de mí por mil razones y motivos o sinrazones, época de readvenimiento de innúmeras mías entelequias, de no pocas figuraciones y fantasías de ficción y fábula, por modo que no tiene cosa de rareza, sino que es obvio caso, el del renacimiento, —porque andaba difuntísimo—, del renacimiento de Gaspar de la Noche, amigazo y amigote de la mocedad. Gaspar —como algunos lo sabían— solía

y suele aún echarse —en sus escribanías— por los meandros y vericuetos de la divagación periférica, de la elusión, de la perífrasis, de la elipsis y del laberintorio de los paréntesis.

Antaño quiso iniciar así su autobiografía —la que, dichosamente— descontinuó. Y no es chungu.

No en Mossul ni en Bassora, ni Samarkanda. No en Karlskrona, ni en Abylund, ni en Falún, ni en Stockholm, ni Koebenhavn. No en Kazán ni en Cawpore, ni Aleppo. Ni en Venezia lacustre, ni en la *quimérica* Stambul, ni en la Isla-de-Francia, ni en Tours, ni en Stratford-on-Avon, ni en Weimar, ni en Yasnaia-Poliana, ni en los Baños de Argel. Tampoco en Salamanca, Bolonia, Oxford, Heidelberg, Uppsala, Lund ni Alejandría. Ni en Viena alígera, fácil y musical; Bonn, Eisenach ni Salzburg; Brujas brumosa y mística, Toledo tétrica, ni en Versalles. No en Antwerp ni Firenze o Roma, pinacotecas vivas; ni en la gitana Córdoba, Napoli maloliente y soleada, Chicago tocinesca, Veracruz o El Cuzco o Cartagena de Indias; ni en Essen, Manchester, Norköping, Lyon, formidables usinas; ni en Corinto ni Síbaris ni Atenas. Ni en Thulé, ni Erewhon, ni Taprobana. Ni en Utopia o Laputa o Netupiromba. Ni en la región de Weir, ni en aquel annabélico reino por el mar... Ni en ninguna Cibdad de ensoñación, ni en ninguna moderna factoría, ni en ningún placer minero, ni siquiera en el Polo glabro —ni aledaños—: pero sí en un adormilado villorrio de los Andes, vio la luz (del sol o de la luna y las constelaciones, o del familiar velón) el amigo Aldecoa (Matías, Francisco, Odín) y en los años postreros del último (por ahora) siglo. Villorrio de los Andes, con pujos de pueblo grande y veleidades de emporio, habitado —al decir de Sirg-el-Oel, bardo berebere— por LA TRIBU TORPE (Sirg-el-Oel, Soneto número 453 K, de la serie H, que se inicia —creo—: Esta es la Tribu Torpe y

aquí hizo Shylock nido, si el Cananeo alcázares, en cuyos rostros tuertos es lo vulgar la Norma —de anchos ojos abiertos—: lujo barato, mármoles de quincalla, pandemónium manido) (Sirg-el-Oel, bardo absolutamente berebere, falleciera en enero de 1926, herido a mano salva por una ráfaga de tisis proveniente —según las más sagaces presunciones de Fortunato, orsado y zahorí— de el Páramo de Cruz Verde, glaciario venido a menos).

Según los datos de Gaspar; empero Sirg-el-Oel también fue víctima de resurrección o renacimiento.

Y continúa Gaspar: En ese villorrio le conocí, en un cafetucho, cuando hacía parte —Aldecoa— del grupo de *Panoplia*, revistícula de *literatura y arte*, como della rezaban los preventivos.

En la cual revista no escribió Matías ni una mera Oda u Odecilla, ni el flamante *ensayo* a base de la más vecina reseña mal-leída; ni escribí yo —Gaspar— el sonetito. Mas si influyó Matías en *Panoplia*, por reflexión, y muy notoriamente en algunos de sus camaradas.

Parlaba, numeroso y cordial, caudal y apostólico, en los *aquelarres* que apodaban (sabbáticas tenidas, ágapes o tertulias) y que ellos usaban congregar con múltiples fines non sanctos o inocentones, en los no nada babilónicos jardines o por las avenidas que bordean (bordeaban!) el riecillo —cuando la luna malva y rosa, en la noche azúlea—, o en el aposento de Cornelio Rufo Pino, o en el estudio o taller de Mosén Canijo, o en las *oficinas*, como le llamaban al glorioso desván —asiento de la redacción de la revista—, cuando no en ágora pública o en el antedicho cafetín homildoso, verdadero centro de sus excéntricas andanzas, y sede habitual del Maestro Malaquita, sabidor y protervo, corrosivo y crisostómico —de la Añeja Guardia—, de Farina, aquilino, y, para las plebes, enigmático —de la Guardia Joven— (de antaño!!), y de Fortunato —alma clara como sus ojos infantiles, genio oteante y lápiz buído—,

de Master Xovica, pergeñador de agudos aforismas, paradojal poeta, —buzo y nauta de selvas y paludes ogaño—, (hoy antaño), y de von Pfeife, músico malgrado, tañedor de laúd que aterrizó en urdidor de Baladas truculentas.

Poco asistía yo —Gaspard de la Nuit— a esas deambulaciones periféricas, pero si mucho a las veladas en el cafetín, que era una taberna humosa y semi-pública, que no pública en absoluto, porque los tales de *Panoplia* y sus seides, monopolizaban el único salón, decorado de fantasiosas lucubraciones —dibujos de toda guisa— y de las caricaturas punzantes de los habituales.

Monopolizaban el único salón, y si el mal aconsejado burgués os aduceo osanhedrita o abderitano (que, doquiérase, pululan) metía la nariz —precedida del vientre— no permanecía allí ni minutos, a menos que fuese osado a no temer el alud, la avalancha, el desgargarse de bromas, sátiras, satirillas, farsas e impertinencias (algunas harto pertinentes) de los del grupetto: befas, burlas y sarcasmos a veces transformados en más ejecutivas y visibles cuanto decorativas y protuberantes agresiones.

Y en el cafetín, en el cafetín conocí a Matías —Matías Aldecoa—, bardo inédito por esos idus más que hoy: charlador infatigable como infatigable rimador de fantasías humorísticas y burlescas, y famoso fabricante de humo de su pipa y de su caletre; doñeador fervoroso, y buen amigo de Baco, el de las viñas.

Y qué dices del mito de Tamar, Beremundo? Leí en tus versos que dísteme a ver anoche, que ayer mismo zozobraste otra vez en sus ojos-aguas-marina con briznas de luceros y polvillo áureo y ante su boca grozesuela como la de Eixatlue, triscadora así mismo y frente a su risa maliciosa como la de Dinarzada,

y por su espíritu vivaz, embaidor, retozante, burlón, incitador... Qué más dices, Beremundo, del mito de Thamar? Mas, Beremundo, por vez primera quizás, cierra el pico...

Gaspard de la Nuit en su semi autobiografía (por que en veces parece biografía de Aldecoa, de Apolodoro, de Zuláibar) (y más tarde no continuada) prosiguió así —en otro de sus trancos—: La risa que me daría. Cuando pienso en Aldecoa y en Leo, desorientados como un arenque sordo —en su dichosa región de Xenufaná— cavilando, los inocentes, por mi fuga, inquiriendo y pesquisando, los pazguatos, tras la posible meta de mi evasión subrepticia. La risa que me daría, si reír me petara, que no me peta. No han de saber jamás Leo y Matías (ni Fortunato, ni Hipólita ni Budur), no han de saber por dónde vago yo, Gaspar; por dónde surco, singlo o derivo, Gaspar; cuya es mi ruta, cuyos mi rumbo y mi derrota! Dijéraselos... Hubiéraselos dicho: si ellos fueran algo menos locuaces y difusores y un ardite más originales: que no se vinieran tras de mí, repisando las huellas de mis botas ferradas, ellos. Cuanto a ellas, Budur, Hipólita, Deidamía... No ha de ser a solas y en el silencio? Mi odisea rimbaldiana —por nombrarla de esa guisa—, el mi no de Hannón periplo, ni de Stanley (a fuero de reportaje), mi gaspárica ambulación —oh baladino!—, mi gaspárica ambulación a la ventura, ni siquiera a la aventura, ¿no ha de ser a solas, a solas y en el silencio? Matías y Leo, Le Gris y Aldecoa a mi vera, con su lastre de ellos: ése pathos romántico, ésa floresta retórica. Esa su tara sensiblera de ellos, ¿será compaginable con la aridez y la mudez, con la adustez y gelidez mías? Cuanto a ellas... ¡No que no! Vagar solo. Si tanto —en los crepúsculos— dejar tornar a mí un recuerdo somero de la nuestra camaradería; un vágulo recuerdo de ellos y de Fortunato; y un recuerdo calino de Budur e Hipólita y Deidamía, las musas eternas de unos cortos momentos... ¡Velay! ¡No que no!

Vagar solo y en irónico rumiar de ese pasivo... Y buscar otra cosa: otra cosa..., nada, por ejemplo. Vale decir: lo que el azar, munífico, depárele a mi desgana. El lauto azar y pródigo, dispensador de no sondada sima abisal generosa. Vagar a la ventura, por no soñadas ínsulas, por piélagos de no precisa ubicación... ¿No habrá por ahí, a babor, a estribor, una recóndita ensenada, de muelle curvatura femínea, para erigir mi bicoca? No se me dará, aún con albur, esa roqueña cima batida por los vientos, mansión de mi reposo? Mansión de mi reposo instantáneo. Batida por los vientos, preñada de músicas y de sabor y olor de selva. Mansión de mi reposo, transitoria estadía, rápido anclaje: alto de pocas horas para zurcir las velas y remendar ensueños y reforzar los mástiles y proyectar futuras travesías. El Viaje. Un otro Viaje. Un nuevo Viaje siempre. La risa que me daría... Cuando pienso en su indigente fuga de ellos, tan restricta: ...Cualquiera fué en la búsqueda de un sueño ilustre y raro, que dió con Bolombolo, como aquel que a la caza de Orión o Casiopeia, o en la hazaña de Icaro (montado en Clavileño...) topa con el absurdo lleco, solo... Oh sueño asaz pequeño! ¡Qué manida Odisea! Que estos o semejantes o similares versos, o afines o sucedáneos, facturara Aldecoa, si no se cura... Que no se cura... La risa que me daría, si reír me petara, que no me peta.

Lo transcrito y un soneto auto-retrato de Gaspar, fue lo último dél recibido. Llegó con una densa epístola (a Budur? a Deidamía? a Hipólita? ya no recuerdo) en la que se despidió de sus compañeras y compañeros. Meses después hizo remitir dos RELATOS DE GASPAR, mas una sarta de truculencias inverecundas, a guisa de escolio de sus RELATOS. Todo ello vino de Korpilombolo. *The rest is silence.*

Hasta hace poco el resto era silencio, realmente, en relación con Gaspar. Solo que ahora renace o resucita el buen Gaspard de la Nuit —que andaba difuntísimo—. ¿Thamar? Tras de luengo y notoriamente lastrado silencio cogitante, descerró, descerrajó el pico Beremundo (seguro que lo había cerrado en falso) Thamar? dijo el Lelo: no sé si será mito porque ignoro de qué o de quién se trata... Como no sea... Ah! Ya doy en ello y doy con ella. Se trata —acaso— de esa bella creatura, de esa gentil donina vestida de donaire y gracia sumos, a quien empecé ahora a dar clases de retórica y poética, de metafísica gimnosofista, de eubolia, eufuismo, eumetría, eutaxia y eutrapelia? Desde que deseché por anodina y harta la clinoterapia opté la peripatética didascálica (terapéutica asaz entretenida). Y en mi gestión docente ambulatoria véseme con mi corusca discípula, por rúas, plazoletas y parquecillos. Y llamáisla Thamar y mítica a la mi leonada cárte, cuyo soy preceptor y maestro, si no escalafonado? Haz de mendacios! Corro de falacios! Trinca de rahecios y malicios y —tras con bocios— casquilucios! Hez de resacas! Bazofia zurrapienta! El mito de Thamar... Si los mis versos son meros ejercicios de retórica, ejemplos prosódicos ad usum Delphini... No que no! son para el uso de ... digamos de Thamar... No de ningún Delfín, de ninguna Delfina, ni de ningún cetáceo. Thamar... Marat... Matar.

31 III 1955

Ver PROSAS DE GASPAR (I - XX) (en PROSAS DE GASPAR) y SECUENCIA DEL SOLITARIO I (en FÁRRAGO - OBRA POÉTICA, Volumen II).

XLII

Bien. Ahora bien. Si bien mal íbamos. Le decía Apolodoro de Siracusa en carta a su entrañable paniaguado Palamedes de Caltanissetta, que, cuando a Palinuro de Mesina le advenía una malaventura de las mayores y de orden literario, como quien dice de las mínimas. Como ejemplo verse constreñido a asistir a la locución y a presenciirla, —a la locución de poesías—, aún sin tener que escucharlas y ni oirlas, porque es sordo y para ello particularmente. Le decía Apolodoro que a poco andar del tiempo de la malaventura le llegaba a Palinuro la ventura *compensatoria*. Pues le advino ha tres semanas la locución de poesías y para grabarlas, y poesías suyas de contera y dichas por él mismo, de yapa, y para futuras audiciones de hasta cinco de sus amigotes, a 33 revoluciones. No duró la locución del poema sino cosa de hora y cuarto! Y como ventura *compensatoria* le llegaron —una semana después— Belkis, Makeda, la Reina de Saba: le llego Thamar, quiero decir, como que Thamar es todas ellas y ella misma y, en más, la Venus Gnidia. Palinuro fijamente se lo refirió a Apolodoro, el más seguro depositario infido de sus secretos. Apolodoro se lo narró a Palamedes. Palamedes le llevó el cuento a Beremundo.

Beremundo se lo espetó a Bogislao, y Bogislao lo va a relatar en alguno de los sus próximos esperpentos. Bien. Harto bien ahora, si bien mal íbamos. Harto bien vamos, si no precisamente del magín que anda a la par con la escarcela. Le pone muchos nombres a todas sus Quimeras, Palinuro. Y todas las quimeras de sus sueños, sin ser ficciones puras, se las convierte su imaginación en reales entelequias de su anhelo. Lo que le está acaeciendo ahora con su Thamar, su Venus de Cnido, la su Reina de Saba —¡buen Salomón está hecho Palinuro!—, la su Makheda y la su Belkis oji-auri-glauco... Palinuro reside hoy, no sólo en Babia y siempre de la Ceca a la Meca, reside hoy Palinuro en Amecameca de Juárez, cerca del Popocatepetl y del Ixtlazíhuatl, en su carácter de agregado cultural del Consulado de Sicilia, donde fuera antaño pastor de cabras, como cabe poderse recordar si se ha leído a Beremundo el proto-lelo u oídoselo leer.

Hoy calla Beremundo. Rumia —eso sí— su perenne monólogo: Solo. Absurdamente solo (dícese in-mente). En medio de los libros y papelotes, rodeado por mis recuerdos, ante la extinta voz de las cosas circundantes. Solo y en el silencio, pues ni la palpitación del horologio que sobre la mesilla mide y marca, irónico —o apenas indiferente— el paso; ni las maravillosas músicas (otras veces aposentadas en mi memoria y en mis oídos cautivas, y que cantarme solían los cimeros temas dilectos), ni las maravillosas músicas ahora se dejaban aprehender ni sentir,

fundidas acaso en el silencio, o silenciadas por mi afán, por mi deseo obsesor de soledad. Estar, hallarme solo, solo y sordo.

Solo. Absurdamente solo. En medio de los libros y papelotes, rodeado de los recuerdos, ante la extinta voz de las cosas circundantes. Solo y en la obscuridad, ya que mis ojos —fijos en lontanos sitios, en deseados aposentos donde Ella mora— corta cuenta daríanse de la verdosa y sedante luz de la lámpara. (Y sedante y verdosa pocos minutos antes, mas ya también extinta). Mis ojos fijos en lontanos aposentos, donde, porque ella duerme, ninguna lumbre había. Mis ojos en la sombra perfumada de su alcoba. Todo mi ser sintiendo, cerca de sí, todo mi ser sintiendo vivir, en el reposo de su sueño de ella, a ese otro ser, a ese otro ser —realidad, mito y ensueño—. Solo y en la obscuridad. Absurdamente solo...

Hasta aquí llegó Beremundo en su rumiar. Que irrumpió en su retiro Gaspar de la Noche, alumbrado y desalumbrado a la vez, y tras del zalamalec, se dieron a jugar a los escaques, en cuya ciencia son ellos, ambos a dos, nulos de toda nulidad... Otra cosa será dejar pasar nubes no mirándolas; asistir —espectador indiferente— al fugarse de días y noches, con el paréntesis de los tan nombrados crepúsculos. (Se decía así y a sí Beremundo, en tanto movía maquinalmente los trebejos del axedrez, para jugadas inverosímiles, que en aprietos ponían a Gaspar, alumbrado y desalumbrado). Espectador abúlico, mirando sin ver, pero bebiéndose con los ojos lo que simula no mirar; viendo lo que no se mira, aspirando con todos sus sentidos ávidos la sombra transitoria que

pasa; cansado y quieto y sordo. Cansado y quieto y sordo, y aunque no exista otro más pletórico de vigor, más sediento de hacer y deshacer, girar y hendir el viento, rasguñar ondas acres, pisotear el reseco terrón, y oír todos los sónes que discurren —latentes. Flámulas en derrota, banderas abatidas, gonfalones de bruces en el fango, —sobre la escarificada planicie nada más vivía; y las estrellas se guiñaban los ojuelos, las burlonas estrellas, desde su balcón de peluche (Julietas en celo), desde su atalaya de velludo, vagamente remecidas (sin duda) por la *música de las esferas*, su propia música entonces, a no serlo por la de mandolinas y bandurrias de amartelado galantuomo, y acaso —además— por los ecos lontanos de férvidas sonatas, de tocatas ciclópeas, de cantatas enfebrecidas: gritos y cántigas, trenos y arrullos y epitalamios, —función de la humana angustia y del amor en trance de melodía—.

Y seguía Beremundo en su monólogo, si atendiendo a su juego de ajedrez, muy malamente.

Danzaban —si era danzar ese irrumpir de gráciles bacantes y maduras, de esbeltas y de grosezuelas, de estilizadas como cenceños pajecillos, o de valkirias madonas de fértiles mamilas enhiestas y de calipigias rotundidades sobrias—: danzaban, si era danzar ese giro vortiginoso, animada metopa de ménades lujuriantes, exultantes, friso en marcha y al són de fanfarrias sabáticas, de scherzi de jubiloso delirio, de frenético ritmo apocalíptico.

Pero yo soñaba esa vez, si no todavía... Y me bebía el mar sordo, el dulcísimo, acérrimo mar —si presentido, o ya descaecido por el naufragio—, el dulcísimo, acérrimo mar sordo: espejo sin lustre, de odiseas mezquinas, de Circes segundonas. Sirenas en trance de afonía, limitados periplos y de centrípetas fugas: ¿una noria es la rosa de los vientos?

Para qué iría a contar yo lo que no íbaseme a entender, aunque con clara esencia y en simple forma de neto contorno, sin bordaduras ni calados, invariado el tono, el timbre parejo, fundamental el color, —para qué iría yo a contar lo que nadie habíame pedido conocer?—. De un añero escripto que corroyó, si el tiempo, también el abandono; sus bordes, caprichoso malinas; desvaídos los caracteres; isabelino el lino. Rutila de heroica petulancia el texto simple, el esquemático racconto castrado de taraceas, cercenado de airones adjetivos; cenceño; óseo; medular. Buído estilete, saeta locomóvil, preciso apotegma, química exactitud. Cláusulas coloquiales, sin interlocutor, no siéndolo desdobladas entelequias, función formal, Evas de si propio. Retañe, caracola de Museo; eco sávido aún; perfume todavía por las glorietas aromando... Pero, para qué iría a contar yo, para qué iría a contar yo lo que no íbaseme a entender?

A lo mejor, Beremundo de mí, a lo mejor, esa no sería sino una luciola errante a la que le prestó esplendor sideral mi fantasioso anhelo, sólo; lucerna fugitiva que enajenó mi sueño: quemando —acaso— los aceites finamente aromados que le subministró mi sueño mismo. Tal vez no fué sino reflejo de mi deseo, tan sólo señorial orquídea de mi espíritu, únicamente voluptuosa melodía que arquitecturó, con prístinos acordes de fogoso sabor, en frenético ritmo de pasión jubilante, el músico fallido que tras mí se recata... No, no fue sólo luciola errante: Hoy —no fué hoy?— en sus ojos fulgía vero amor, de rebrillo coruscante; cabrilleo de pasión a duras bregas sofrenada... No, no sólo fué luciola errante, lucerna fugitiva! Ante la nada. Solo. Absurdamente solo. Y con el espíritu en alto y avizor y oteante! Vámosnos, oh Gaspar, por el mar inasible. Esto último lo dijo Beremundo y en voz alta. Con lo que Gaspar, así aludido, se enrocó largo, paró el doble reloj y... Cómo nos vamos a ir y por el mar inasible y a estas horas de la noche? Si quieres que nos vamos, nos vamos el domingo. Lo que es antes de que el sábado pase, no me muevo... El sábado, día de Santa Odette... Viajaremos el lunes, Beremundo, cualquier lunes de los próximos años. Recuerda que la nao Hiperetusa está en carena y que en México está, en Amecameca, con su Reina de Saba, Palinuro, el piloto de la nao.

Démosle al ajedrez, proto-lelo y escanciamos cráteras llenas de ese noble vino heleno que colma —creo— esa esbelta ánfora que mal ocultas con libros y papelotes... En espera de que escriba Palinuro, desde México, y nos parle de Thamar y de sus gracias y excelencias y se venga con ella y en la nao Hiperetusa, y nos iremos luego por el mar inasible... Todavía urla el viento batiendo la bicoca, todavía himpla el mar azotando el islote. Por la nevada estepa, trágico el lobo urla todavía, y aún el tirso —caña o cetro— blande el bufón de mí, pitre y belitre. Todavía la sed de amar curva su boca —la hace más belfa— añejo Lancelote... No! No sigas! Ahora se trata de ajedrez y de este vino que califiqué de heleno y que no es sino un pésimo vinazo. Qué le vamos a hacer! Y sírveme otra crátera, Beremundo, mientras refuto tu celada.

Las idas, idas. Las que están llegando.
Las que vendrán. Y la que se está yendo.
Todas, un día, son el estupendo
prodigio. Un día, el súcubo vitando...

Las idas, idas... No memoro cuándo
vino Eunóe, la cónyuge de Mendo,
ni por qué se fugó. Tampoco entiendo
cómo Gala se fue con Enguerrando.

Las idas, idas...

Tras de vagar y antes de errar de nuevo, se hace interludio y pausa. Para soñar mejor, haber vagado, hermano y estar ahito de soñar evo tras evo. Tras de soñar, vagar, que es efecto y es causa: siempre van de la mano. Démosnos a soñar, sensorio mio inverecundo, simple espíritu mío —desbridados corceles—. Démosnos a soñar bajo las nubes y las constelaciones, si es el ensueño la subconsciencia del cogitabundo, la coraza y la egida de ignaves y de imbeles, y evasión y elación de ávidas mentes y de voraces corazones. Tras de vagar y antes de errar de nuevo, se hace interludio y alto.

14 IV 1955

Ver PROSAS DE GASPAR (XV) (en PROSAS DE GASPAR) - SONETO y *Tras de vagar y antes de errar de nuevo* (en POESÍA NO INCLUIDA EN VELERO PARADÓJICO - OBRA POÉTICA, Volumen III).

Hay dos manuscritos: a) Bien. Bien mal vamos. Decía Apolodoro de Siracusa en carta a su entrañable paniaguado Palamedes de Caltanissetta, que, cuando a Palinuro de Mesina le advenía una malaventura de orden literario, como quien dice —es un ejemplo— verse constreñido a asistir a la locución de poesías, aún sin tener que escucharlas y ni oírlas, porque es sordo —para ello particularmente—, a poco andar del tiempo le llegaba la ventura compensatoria. Pues le advino la locución de poesías y para grabarlas y suyas de contera y dichas por él mismo y para audiciones de 4 de sus amigos. No duró la locución sino una hora y cuarto y como ventura compensatoria le llegaron Belkis, Makeda, la Reina de Saba; le llegó Thamar, quiero decir, como que es todas ellas y ella misma y en más la Venus Gnidia. Palinuro seguramente se lo refirió a Apolodoro, depositario infido de sus secretos. Apolodoro se lo narró a Palamedes. Palamedes a Beremundo. Beremundo a Bogislao y Bogislao lo va a escribir en alguno de sus próximos Relatos. Bien. Harto bien vamos, si no precisamente del magín. Le pone muchos nombres a todas sus Quimeras, Palinuro. Y todas las quimeras de sus sueños, sin ser ficciones puras, se las convierte su imaginación en reales entequeias. Lo que le está acaeciéndole ahora con su Thamar,

su Venus Gnidia, la su Reina de Saba —buen Salomón está hecho!— la su Makeda y la su Belkis oji-auri-verde ... Palinuro reside hoy, no sólo en Babia y de la Ceca a la Meca, reside hoy en Amecameca de Juárez, cerca del Popocatepetl y el Ixtlaxíhuatl, en su carácter de agregado cultural del Consulado de Sicilia, donde fuera pastor de cabras, como cabe poderse recordar si habéis leído a Beremundo u oídolo leer. Hoy calla Beremundo. Rumia —eso si— su monólogo: Solo. Absurdamente solo (Dícese in mente) En medio de los libros, rodeado por mis recuerdos, ante la extinta voz de las cosas circundantes. Solo y en el silencio, pues ni la palpitación del horologio que sobre la mesilla mide y marca, irónico —o apenas indiferente— el paso; ni las maravillosas músicas (otras veces aposentadas en mi memoria y en mis oídos cautivas, y que cantarme solían los cimeros temas dilectos), ni las maravillosas músicas ahora se dejaban aprehender ni sentir, fundidas acaso en el silencio, o silenciadas por mi afán, por mi deseo obsesor de soledad. Estar, hallarme solo, solo y sordo. Solo. Absurdamente solo. En medio de los libros, rodeado de los recuerdos, ante la extinta voz de las cosas circundantes. Solo y en la oscuridad, ya que mis ojos —fijos en lontanos sitios, en deseados aposentos donde mora Thamar— corta cuenta daríanse de la verdosa y sedante luz de la lámpara (Y sedante y verdosa pocos minutos antes, mas ya extinta). Mis ojos fijos en lontanos aposentos, donde, porque ella duerme, ninguna lumbre había. Mis ojos en la sombra perfumada de su alcoba. Todo mi sér sintiendo, cerca de sí, todo mi sér sintiendo vivir, en el reposo de su sueño de ella, a ese otro sér, a ése otro sér —realidad, mito y ensueño—. Solo y en la obscuridad. Absurdamente solo...

Hasta aquí Beremundo en su rumiar. Que irrumpió en su retiro Gaspar de la Noche y se dieron a jugar al axedrez, en cuya ciencia son, ambos a dos, nulos de toda nulidad... Otra cosa será dejar pasar nubes no mirándolas; asistir —espectador indiferente— al fugarse de días y noches, con el paréntesis de los tan nombrados crepúsculos. (Se decía a sí Beremundo, en tanto movía maquinalmente los

trebejos para jugadas inverosímiles que en aprietos ponían a Gaspar). Espectador abúlico, mirando sin ver, pero bebiéndose con los ojos lo que simula no mirar; viendo lo que no se mira, suspirando con todos sus sentidos ávidos la sombra transitoria que pasa; cansado y quieto y sordo. Cansado y quieto y sordo, y aunque no exista otro más pletórico de vigor, más sediento de hacer y deshacer, girar y hendir el viento, rasguñar ondas acres, pisotear el reseco terrón, y oír todos los sones que discurren — latentes. Para 14 IV 1955 (manuscrito incompleto)

b) Bajo el Signo de Leo y el sello y el sigilo de Thamar su cifra, y luego de vacar y descansar y dejar descansar por el lado del micrófono, que no se vacó y descansó ni se dejó descansar en otros mesteres ni en ellos se suscitó el cansancio y harto menos la hartura, heos aquí frente al disparatorio y disparaterío y ante el neo monólogo interior en mala hora echado fuera y hecho público. Que las Memorias son para escritas y no para leídas sino cuando asciendan a póstumas... para dar tiempo a que, si no el memorioso memorialista les pone el empleo que merecen y el cual es el de volverse paveza y ceniza, sí lo haga el discreto que tope con ellas. O para leídas cuando asciendan a póstumas si escaparon del fuego. Pero como son leídas a trancos y no queda constancia dellas sino pasajera y de fácil olvido, es menos grave la falta y apenas sí pecadillo de los veniales o de poco momento si para muy mal rato.

Para 14 IV 1955 (manuscrito incompleto)

XLIII

Todo lo vé con malos ojos Hécate y esto ya se ha vuelto estribillo entre los de la cofradía. Empero, buenas noches Thamar, magüer lontana e invisible —lontana, como que es estrella rutilante—, e invisible por parcial eclipse. Quiera Machín que el eclipse parcial sea transitorio y de rápida transitoriedad. Todo lo vé con malos ojos Hécate, por modo que se va a disolver la cofradía. Gaspar el Errabundo va a tomar soleta.

Recordó que en época ya lejanísima anuncio así, su fuga, de esa vez —y segunda—: Yo imagino un País, un borroso, un brumoso País, un encantado, un feérico País, del que yo fuese ciudadano. ¿Cómo el País? ¿Dónde el País? Fijamente que no sabrían, que no tolerarían ser sus burgos —sus ciudades, aldeas o caseríos— cuadriculados por calles, plazoletas ni avenidas; ni sus habitaciones dosificadas, encajonadas, metidas en esos moldes cúbicos o paralelográficos, caros a la arquitectura (y al buen sentido, de juro). Sería todo ello en formas puras y libres y asimétricas. Tampoco habría de ser el País —todo él— un campo, una pradera, un sitio agreste —paisaje de Salvator Rosa—, ni un sitio plácido, con sus arbolados, sus setos, sotos, sus cotos, arroyuelos, platabandas, Términos y cascabelas: robó el prestigio a todello, lo de las bucólicas y pastorales aventuras y aburridoras, así como lo de las manoseadas aventuras de bandidos y emboscadas, mandobles y trabucazos, rifirrafes y garambainas del jaez. ¿Cómo el País? ¿Dónde el País? ¿Es —acaso— la caverna de Zaratustra? ¿El Habitáculo de Crussóe? ¿La Torre de Marfil, asaz nombrada? El Cuarto del Búho? ¿El Tonel del Cínico? O, mejor todavía un desolado yermo en la nórdica Escandinavia, entre pinos, abetos

y alerces, hielos y rocas peladas: ¡Oh, qué bien quedaría ahí Gaspar bajo el árbol sin hojas, bajo del pino calvo, diciendo paradojas (no menos glabras que los pinos) o copiosas perogrulladas, a los ningunos habitantes de la descaecida selva, de la floresta abolida! ¡Oh, que bien quedaría Gaspar, fumando en su pipa tosca aromoso tabaco de Virginia o de Cuba o de Jamaica o de Turquía o de las Colonias Neerlandesas, mientras la imaginación deambula por las fastuosasurbsdelensueño! Fumandoensupipaaromáticoshumos, mientras escucha maravillosas músicas únicas, por las fastuosas urbes del ensueño! Yo imagino un País, un borroso, un brumoso, un encantado, un feérico País, del que yo fuese único ciudadano: único ciudadano! (De aquí el divorcio de Gaspar, cuando esa vez sus compañeros Leo y Matías buscaron la vida en bruto por Kokojondo y Bolombolo: —Gaspar, consecuente con su deseo y convencido de que sus camaradas no iban tras el Norte—, al saber su fuga de ellos, salió a su caza... por otro lado, yendo a parar y a morir o desaparecer, a Korpilombolo. Recuérdese que Gaspar, Leo y Matías considerábanse tres en uno como cierto aceite. Pero Gaspar ni murió (o resucitó) ni desapareció, pero ahora si va a desaparecer definitivamente).

Y continúa Gaspar: Unico ciudadano: porque, en verdad, lo que no me permite transigir con estos territorios, territorios de caza (Oh Deidamía, oh Fonóe, oh Thamar!), es el habitante, el hermano habitante... Acaso aquí también o más allá; acaso aquí también, en estos mismos territorios, sonreirá, y cuán sabrosamente sonreirá!, el solitario Gaspar. El Solitario de toda soledad y solura. A pesar de que —descontado el huésped— todavía sería inhabitable la ciudad... —no contaba con la huésped..., Gaspar—.

A pesar de que —descontado el huésped— todavía sería inhabitable la ciudad, porque en la ciudad todo es monótono-, en la ciudad, todo equidistante y todo de un valor idéntico. Y el individuo —Gaspar, como paradigma— iría tomando la ambiente tonalidad, cuyo matiz

dominador es un gris azulenco, una chatez inenarrable su relieve, matiz y relieve bastante inaptos a dar o dejar surgir regocijos de cualesquiera especies o modos, órdenes o categorías. La ambiente tonalidad: de musicalidad exactamente inexpresiva y desolante. Porque todo es monótono en la ciudad. Porque viviría o vegetaría, Gaspar, en ella, sin albur de evadirse, y poderoso de alas! Porque... Ah! si no fuera por Thamar, la de crisostómicos besos! Porque... ¡Oh soleados puertos de Borneo y Batavia! ¡Oh fjords de Noruega! ¡Campos de hielo, ilímites! Por uno de los arrabales (*c'était a Mégara, faubourg de Carthage, dans les jardins d'Hamilcar...!*) por uno de los arrabales de la urbe, harto alejado de los centros, viviría. Viviría o vegetaría (es decir: vive y vegeta el buen Gaspar). Harto alejado de los centros: de tal manera que habría de sobrarle tiempo, al ir del cubil a la oficina (Gaspar sería o haría de oficinista!) y de ésta a aquél —sin tomar cuenta de los muchos meandros, variantes, contra-variantes, travesías y derivaciones que le resultarían en el trazado de su ruta— para dedicarse al glosar de sus más nimios sentires y de sus más ambiciosos deseos y de las truculentas y arbitrarias fantasías y ensoñaciones. De tal manera que le sobraría tiempo para henchir de humo y soltarle bridas a su descabalada o descabezada fantasía soñadora, divagante, errante, huidera, loca —cuanto incapaz de producir nada útil ni conducente al mejoramiento edilicio, pero si sabrosos disparates muy bien urdidos y trabados... desde su particular atalaya estimados y vistos... Sabrosos disparates, o muy acedos pensares hondos. O someros... Porque en la ciudad todo es monótono (sin Thamar). Porque viviría o vegetaría en ella Gaspar, sin albur de escapar, y poderoso de alas...! Porque... (Ah! si no fuera por Thamar y sus erguidas proras!) Porque... ¡Oh soleados puertos de Batavia y Borneo! ¡Fjords de Noruega! ¡Polares campos de hielo, ilímites...! Ese día —un día igual a los otros— estaría, sería frigidísimo. Soplarían duros vientos acerados. La gente, idénticamente semejante a las gentes de todos los días, porque en la ciudad todo es monótono. La gente, idénticamente tonta o sabia. Y se acentuaría la plúmbea decoración hosca, adversa, de los nubajos. Y los cerros, que obstruyen el fondo

y que hacen de frente, serían o estarían, como desde Bochica, en el mismo sitio. Los cerros, esas informes masas indiferentes, escuetas y mondas, que muestran lepras y lacras de sus pedregones entre las fracasadas tentativas de elemental vegetación. Y escarbaduras de los lignitófagos. Todo esto, lógico, previsto, completamente lógico pero —para Gaspar— definitivamente absurdo. Descontado el huésped, todavía sería inhabitable la ciudad. A pesar de Fonóe y Deidamía, y de Hipólita y Budur... Yo imagino un País, un borroso, un brumoso País. ¿Cómo el País? ¿Dónde el País? Oh amigos: vamos, vamos al Norte, vamos al Norte!, aunque sea dando la vuelta por el Sur...

Qué buen Gaspar! Hay tiempo por delante, pero poco. Del que atrás se quedó no queda sino lo que resta después de mucho vino: ganas de beber más... *ma no con fuocco! sino adagio o andante: no con loco frenesí: con criterio y mucho tino.* Hay tiempo por delante para el fino gusto de amar: no en viento de siroco, pero en aire de brisa muelle y cálida. Y en la danza seguir, como si fuera su örto y no sus últimos compases... Con esto, fin a la historieta inválida que quise urdir a como me saliera: con hartos menos si con pocos mases (y que consta —la historieta— de cinco sonetos; por ahora...) (y que es el CUENTO NO. 1437 A de la nueva serie).

También está en el taller u obrador una secuencia nueva de rondeles, dezires y trovas para entreverar entre tantos relatos y contrapoemillas de largo metraje. Del MAHABARATA al dístico no hay sino un paso.

Lo dice Garcilaso donde trata y eurístico, de ya no recuerdo qué, si alguna vez lo supe... Y ni lo dijera ningún Garcilaso... Pero es necesario acudir al dístico y créese que un dístico basta para el poema (y sobra parte dél para algunos...).

Entonces —enmarañado tropel— a mi freda memoria acudía el recuerdo. ¿Quién es ése vestido de gayos colores —Triboulet, Arlecchino, Falstaff—, bufón enorme, y de amplia voz befante, o de fina, insidiosa? Los cascabeles agita y el tirso sacude o el epigrama deja caer —abeja soslayada. Y ése quién es, esotro, taciturno, trágico, lóbrego, lúgubre, hamletiano? Y ése, prístino, ingenuo, de ánima clara, plena de amor a todo, rebosadora de candor? Y ése que estruja bocas frutales con ávida fruición golosa, fauno desaforado, sátiro turbulento? ¿Y ése, torvo, buído, al sesgo? Y el de acullá, el apático, el abúllico, búdico? Y aquése belicoso —Bussy d'Amboise, Carlos XII, Córdova— paladín corajudo? Y el reidor, de brava risa, epicúreo franco? Y ese sutil, que filtra quintaesencias y que decanta enigmas y síntesis abstrusas acondiciona? Y ese que absorbe el tonal sortilegio y sepúltase en el caos que ordenó la armonía e inmérgese en las ondas del hialino cristal, y cata y capta y degusta el capitoso borgoña musúrgico? Y aquése, afelinado, gerifáltico, azórico, vikíngico? Ninguno yo conozco. Ninguno. Y el multánime y el multiforme Yo, lo han sido todos ellos. Y otros más que olvidé. El multiforme Yo, lo han sido todos ellos: el multánime, dentro mi pequeña anímula; y el multiforme, en la mi diminuta proteidad. Ninguno yo conozco. Ninguno ya conozco. Y otro soy yo: que se fugaron. Todo lo vé con malos ojos Hécate... ahora ni en el balcón...

Empero, buenas noches Thamar, magüer lontana e invisible y muda... Muda, no sé por qué. Lontana, como que es estrella rutilante. E invisible por parcial eclipse! Quiera Machín que el eclipse parcial sea transitorio y de rápida transitoriedad... Que recobre la voz... y que se acerque... Buenas noches Thamar!

21 IV 1955

Ver PROSAS DE GASPAR (II) (en PROSAS DE GASPAR) y *Entonces* (en POESÍA NO FECHADA O INCONCLUSA - OBRA POÉTICA, Volumen III).

XLIV

Curioso —y mucho— pero es lo cierto: hay harto poco qué modificar. Tras nimio examen de los muy minuciosos y de los más rigurosos, y luego de formal avalúo y reavalúo de ideas y de sentimientos y hasta de sensaciones de las tenidas por elementales e intuitivas, resulta —y es curioso— que, y ni poco —algo menos nada— hay por modificar (y todo ello es inmodificable... de yapa). Y se refiere Palamedes —ni menos ni más— a su capital ideo-sentimiento -sensorio, y al de hace ya lo equivalente a dos terceras partes de su vida, y al, de idéntica denominación, de hoy y de los mañanas. Y le llama capital (sin ningún interés ni rata) por darle nombre ni muy aproximado a la cosa. Quizá haya aprendido mucho Palamedes: lo que compensa (y recompensa) lo que

antes supo y mal y ya olvidó bien —digo, por el lado de los conocimientos. Y que le brinca el corazón ahora con idéntico ímpetu y el mismo fuego: así como le saltaba y le ardecía en su primera juventud —al linde de la adolescencia—, en su segunda juventud (en la zona cenital —entonces; hoy, en la frontera de la madurez suma, víspera casi de la calificación de servicios). Y los seis o siete sentidos le funcionan todavía normalmente (pero no el sentido común, extraño a Palamedes). Se le ha caído a aqueste lo de caerse —óseas excrecencias y capilares—. Nada más se le ha caído: ni el penacho ciranESCO, ni el ánimo retozón, ni el heráldico emblema suyo, que es un grifo rampante, listo a dar el zarpazo y a clavar el pico —que no es cosa de quedarse mudo—. A poner en función las zarpas y a propinar el picotazo. Y tan ingenuo Palamedes como antaño y así de zahorí y de amauta y de zorro (zorro de bonísima fe y sobremodo ternezuelo). Un pozo de malicia, Palamedes, terciado de credulidad (a sabiendas o a sospechandas). Y es curioso, pero hay sobre nada por modificar —como no sea en detalles mínimos, de muy poco momento—. Dícelo Palamedes Tancredulo (de apellido como en esencia) y es de creérsele —así parezca increíble ello—, porque es ponderado Palamedes y preciso y frío analista, imparcial, de sí mismo. Hasta donde yo sepa y sé y hasta donde sábase en el cenáculo de sus cofrades más íntimos.

Cenáculo o trinca denominado el JOPECÓN (y es sigla). Miembros no de ninguna otra sociedad, ni de cooperativas, ni de academias, son sus cofrades *jopecones*. Sobre tres cuartos de docena de regocijados cincuentones (los más): ¡de uno de ellos dice un benevolente columnista de La Paz —en Bolivia: Bogislao pertenece a la corriente actual, discrepa de todos los escritores de su tiempo. No es romántico ni parnasiano, no es piedracielista (ni más faltaba! subraya Beremundo, y es paréntesis) ni surrealista. Bogislao es el travieso cincuentón de la poesía colombiana. Poeta difícil pero ágil (hay que verlo de alero izquierdo en un equipo de fútbol...! dice, con sorna, Boris...). Y continúa la narración —infundio y veras—: Sobre tres cuartos de docena de traviesos y regocijados cincuentones (no todos) integran el JOPECÓN y desde hace ya algunos lustros lustrales —pero muy poco—. Como es su nómina secreta, cuando a ellos débase o téngase urgencia de hacer referencia, habrá que adjudicarles, para la circunstancia, remoquetes seudónimos, tales como los de Nicomedes Nibebedes, Palamedes Tancrédulo, Nectáreo Ambrosio el Puritano, Pánfilo Inerte, Juan de Juanes, Sísifo Sisifónides, Pepe Ponto, Sirio Ofiuco, Alipio Falopio... y *pare usted de contar* (que no es de nadie seudónimo o remoquete, sino punto final de la enumeración). Los nueve dichos *jopecones* suelen verse y hallarse juntos de *claro en claro* —magüer los

hay entre ellos gongorinos y desaforados eufuístas y concetistas graciosos— y de *turbio en turbio* sin que ello sea óbice para que lo trasieguen cristalino, transparente, hialino, sin turbiedad o turbidez ni turbación alguna. Y congrénganse ellos para discutir y discrepar, discutir y disputar y *alzarse de hombros* o de otra guisa o jaez. Y congrénganse a veces en el Cubil del Búho, cubil bastante estrecho, barajustado e incómodo, si con ambiente y fondo musical. Cubil del Búho, en ocasiones refugio del grupetto. Cuando quiere aislarse el noneto de los impertinentes —la faunalia lacertosa— y del ruidaje, la vocería, la vocinglería y la vociferancia. Cuando quiere escapar del teléfono, del megáfono, del audífono, del gramófono y del que termine en úfono —que ahora no doy con él. Tal vez puede ser del búfono? Anoche —o sería antes— congregáronse con ánimo y propósito de darse a escuchar el preludio y otras partes orquestales de la JOVÁNTCHINA de Musorgski, y el su BORIS GODÚNOV, al arrimo de un frasco de vodka, de otros frascos, de parvedades de aceitunas y de caviar, y en torno al samovar y a Pushkin.

Fue invitado de honor, esa vez, Sergio Stepánovich Stepansky, lobo estepario, huésped hoy si de incógnito y transeúnte del distrito especial —por pocos días— que sigue para Novoia Zemliá. Es huésped relativamente inofensivo pues no va a ofrecer recital o pública

locución de sus poemidades, ni le acompaña su docena de trece circasianas, que las dejó, y a buen recaudo en uno de sus palacetes de invierno, donde sin duda las tomará al paso. Pero leyó Sergio, en el Cubil del Búho, leyó —y mal— varios de los sus esperpentos (todavía en proceso de maduración y depuración o de añejamiento). Le ha dado a Stepansky por la micropoética (Laus Leo!) y anuncia que insistirá en la parcimoniolírica por modo que propugna no pasar del rondel —y aún del rondelillo— y no llegar al sonetín..., mucho menos al soneto o sonetón con epígrafe y estrambote... Todo lo vió con malos ojos Hécate y eso que estuvo en vacaciones o licencia. Pero fue cosa del otro jueves. Ahora todo lo vé con benévolos ojos Hécate. Bien está. Optimo —y que dure—. Bien está lo en plan y propósito de Sergio. Que se corría el peligro —ahora que está reenamorado— de que se nos avalanzara con que alud de intemperancias erotopoéticas de largo metraje y de anchura en proporción y relación. Avalanzar y alud: no se alude a avalancha ni a laúd. Que volverá Sergio a los rondelillos como aquel, verbigratia que decía (y dice aún, imagino): Amor, deliciosa mentira, áspero amor, abur...! abur...! Es de ceniza vuestro azul, amor, deliciosa mentira...! Por vos el poeta delira, en Brujas, Tokio o Nischapur... Amor, deliciosa mentira, áspero amor, abur...! abur...!

Vaya! con don Sergio y su rondelillo. También yo, tercia Beremundo, hice rondeles y arietas y dezires, lo que no figura todavía en los mis oficios y mesteres, que me da pena confesarlo. Recuerdo un rondel de aquesos: El tedio, el fastidio y el odio en la palestra y en el gladio! El tedio, el odio, el fastidio, en el alba y en el preludio... Cuando el amor y en el suicidio, el odio, el fastidio y el tedio! Por todo el innúmero radio, el tedio, el fastidio y el odio! — Y el ilógico vate en el medio del odio y el tedio...! ¡El fastidio! El fastidio! Y el Odio! Y el tedio!

¡Buen Beremundo! con su rondelillo! Y como que ya andaba revenido del meollo y al irse del caletre!

Después de escuchado en integridad BORIS GODÚNOV y de escanciados vodka y sustitutos, se habló de micro y macro poética, de parcimoniolírica y del verso scazón que es un yámbico de fin irregular —creo—. Y scazón es cojo en griego. Ahora privan los versos scazones en todo sentido. Escasones de aquello, y asaz cojitrancos. Otro JOPECÓN leyó: Cuando tango la zampoña, cuando tango el sacabuche, jamás pienso en quien me escuche ni en quien me allane la moña. Cuando la zampoña taño, si pizzico la vihuela cantando mi cantinela como trovero de antaño, yo no pienso en quien me escuche. Yo no pienso en quien me loe ni en quien el talón me roe cuando tango el sacabuche, cuanto tango la zampoña. Ni en buscar el sortilegio —con glisado tal o arpegio— que embelese a daifa o doña, cuando tango la zampoña... Cuando tango la zampoña, cuando soplo en mi dulzaina, no pienso en boina ni en vaina, ni en Burdeos ni en Borgoña, cuando soplo en mi dulzaina. Cuando percuto el adufe no pienso en que vozne o bufe

ni el cretino ni el tontaina; ni el doctorado en Lovaina cuando tango el sacabuche. Cuando raspo el mandolín ni cuando froto el violín yo no pienso en quien me escuche. Cuando tango la zampoña, si pizzico en la bandurria no me importa ni la murria que me enerva y emponzoña. Cuando tango la zampoña. Si resoplo en el fagote, si taño la cornamusa, laude pido o doy excusa jamás: ni a Apolo ni al zote, ni a la mismísima Musa, ni a Luis de Góngora Argote, si resoplo en mi fagote...

Basta! Basta! clama el corro. Bien. Suspendo, pero para decir: Te aporto un sueño de las Islas, de una Isla, de la Insula Cero, y es un ensueño breve y es un ensueño transeúnte, tan presto se va si apenas llega... Si retorna ese ensueño, reposará en tus brazos, se apretará a tu pecho, ascuas febriles en su boca serán tus autumnales besos, la incendiarás con rogos crepitantes! Arde mejor el leño si ya el Otoño va para el Invierno... Te aporto un sueño de las Islas..., de una Isla del Trópico de Eros, carmen, jardín, poema, carmina amor... o su renuevo: si arde mejor el leño, si mejor quema el fuego, llega Thamar, Belkis, Abisag, trébol de tu deseo...

Bogislao ex-poeta añejo, o vate novel... agrega que va a decir dos rondeles más para completar cierto trébol o tríptico de tales y en versos no scazones: Amor, deliciosa mentira, áspero amor, retorna, vén! Tu pena es el único bien, amor, deliciosa mentira...! Mi corazón, ebrio, delira! Mi corazón... ¡tómalo! ¡ten!... Amor, deliciosa mentira, áspero amor, retorna, vén!

Y este es uno de los dos y el segundo de los tres... Pero cómo es el postrero del trío, tríptico o trébol? Y no lo recuerda. Pero escarba en su almofrej papelera y alforjón y sale de por ahí el rondelillo de marras,

que así dice, Thamara: Amor otra vez su perfume riega en mi esquivia soledad... De Cypris trae, y de Bagdad, amor otra vez su perfume... Ya no mi sér gestos asume de fingida serenidad: amor otra vez su perfume riega en mi esquivia soledad!

28 IV 1955

Ver RONDELES XV - XVI - XVII - XIX - SON y POEMILLA DE BOGISLAO (en TERGIVERSACIONES y VELERO PARADÓJICO - OBRA POÉTICA, Volúmenes I y III).

Hay el siguiente manuscrito: Curioso, pero hay poco qué modificar. Tras exámen de los muy minuciosos y formal avalúo y reavalúo de ideas y sentimientos y aún de sensaciones elementales, resulta, y es curioso que —y ni poco— algo menos que nada hay modificable. Y se refiere Palamedes a su capital ideosentimentisensorio, al de hace dos terceras partes de su vida, y al, de idéntica denominación, de hoy. Y le llama capital (sin interés) por darle nombre ni muy aproximado a la cosa. Quizá haya aprendido mucho Palamedes, lo que compensa lo que antes supo y ya olvidó —por el lado de los conocimientos. Le brinca el corazón ahora con idéntico ímpetu: así como le saltaba en su primera juventud —al linde de la adolescencia— entonces; hoy en la frontera de la madurez suma, víspera de la calificación de servicios. Y los seis sentidos le funcionan todavía normalmente. Se le ha caído lo de caerse —óseas excrecencias y capilares—. Nada más se le ha caído: ni el penacho, ni el ánimo retozón, ni el heráldico emblema suyo que es un grifo rampante listo a dar el zarpazo y el picotazo. Y tan ingenuo como antaño y así de zahorí y de amauta y zorro —Zorro de buena fé y ternezuelo. Un pozo de malicia terciado de credulidad (a sabiendas o a sospechandas). Curioso, pero hay sobre nada por modificar —como no sea en detalles nimios de muy poco momento—. Dícelo Palamedes Tancredulo (de apellido como en esencia) y es de creérsele así parezca increíble porque es ponderado Palamedes y preciso y frío analista imparcial de sí mismo. Hasta donde yo sé y sábase en el cenáculo de sus cofrades más íntimos. Cenáculo o

trinca denominado JOPECÓN (y es sigla). Son sus cofrades jopecones (no de ninguna otra sociedad miembros, ni de cooperativa ni de academia) media docena de regocijados cincuentones; de uno de ellos dice un benévolo columnista de La Paz —en Bolivia: *X pertenece a la corriente actual, discrepa de todos los escritores de su tiempo. No es romántico ni parnasiano, no es piedracielista (ni más faltaba) (el paréntesis es de X!) ni surrealista. X es el travieso cincuentón de la poesía colombiana Poeta difícil pero ágil* (Hay que verlo de alero izquierdo en un equipo de fútbol...!) Media docena —reanúdase— de traviesos y regocijados cincuentones integran el JOPECÓN y desde hace algunos lustros. Como es la nómina secreta, cuando a ellos débese hacer referencia, habrá que adjudicarles remoquetes seudónimos, como el de Palamedes Tancredulo, Nicomedes Nibebedes, Nectáreo el Puritano, Inerte, Juan de Juanes, Sísifo Sifónides, Alipio Falopio y ... *páre usted de contar*, (que no es de nadie seudónimo o remoquete, sino punto final de la enumeración). Los siete dichos jopecones suelen verse de *claro en claro* —magüer gongorinos y desaforados eufuístas— y de *turbio en turbio* —sin que ello sea óbice para que lo trasieguen cristalino, transparente, hialino, sin turbiedad o turbidez ni turbación alguna. Y congrénganse para discutir y discrepar, discutir y disputar y *alzarse de hombros* o de otra guisa. Y congrénganse en el Cubil del Búho, cubil estrecho si con ambiente y música, y refugio del grupetto cuando quiere aislarse de los impertinentes —la faunalia lacertosa— y del ruidaje, la vocería, la vocinglería, la vociferancia y aislarse del teléfono, del megáfono, del audífono, del gramófono y del que termine en úfono —que ahora no doy con él—. Talvez el búfono? Anoche congregáronse a escuchar el Preludio y otras partes de la JOVÁNCHINA de Musorgski y su BORIS GODUNOV, al arrimo de un frasco de vodka, de parvedades de caviar, y en torno al samovar y a Pushkin. Fué invitado esa vez Sergio Stepánovich Stepansky, lobo estepario —huésped hoy si de incógnito y transeunte del distrito especial—. No va a ofrecer recital o pública locución de sus poemidades ni le acompaña su docena de trece circasianas. Pero en el Cubil del Búho leyó —y mal— varios de sus esperpentos (todavía

en proceso de maduración o de añejamiento). Le ha dado por la micropoética (laus Leo!) o por la parcimoniolírica por modo que no pasa del rondel y no llega al sonetín. Todo lo vé con malos ojos Hécate. Y eso que está en vacaciones. (Abril 20 - 1955 - 4.51 pm). Bien está. Bien está lo en propósito de Sergio, que se corría el peligro —ahora que está reenamorado— de que se nos avalanzara con qué alud de intemperancias erotopoéticas de largo metraje y de anchura en proporción. Avalanzar y alud: no se alude a avalancha ni a laúd.

XLV

Hoy hace 134 años y en Santa Helena. *Yace aquí. Ningún nombre! Preguntad a la tierra*, dijo, creo, el señor Alfonso Prat de Lamartine. Pero ésa es otra historia y de las que andan de la mano de Clio y en las garras de los catedráticos. Según Callejas el de los cuentos, pero no Saturnino ni Calleja ni de Madrid, sino del Fresno (Tolima) y quien sale ahora, no por peteneras, como suele, pero de novelero, y de qué guisa!, y en torno a un cierto poeta nada novel y muy poco novelable (ni velable aún). Novelable ni con la BE de Babia o del Bobo, ni con la VE de Venusia o de la Victoria. Según Callejas (en plural... y es sumamente singular!) en una cual ocasión y emergencia o circunstancia tal, se discutía y platicaba acerca de la absoluta imposibilidad de conseguir entender (a derechas o a tuertas) los versos o la poesía de un don bardo o coplero autor de mamotretos y muy dueño de apellidos nórdicos, germanos de Silesia y Renania y suecos de Dalarna y de Scania. Y quien tal y cual

decía a Callejas ya había recitado o recitaba en alta voz uno de los RELATOS DE SERGIO STEPANSKY. Y Callejas, el de los cuentos, le replica al desalumbrado de su amigote o quier apenas conocido, de éste jaez: ¿Pero cómo dice —opita— que son incomprensibles los versos de ese poeta de las tergiversaciones, de los signos, de las variaciones alrededor de nada y de los fárragos o demás garambainas, y usted recita y se sabe de memoria un Relato suyo? —Suyo? Ah! pero si es que ese RELATO DE SERGIO STEPANSKY no es de ese señor que usted mienta y nombra! El RELATO DE SERGIO STEPANSKY es del poeta Sergio Stepansky!!! No le faltó decir —además— lo que, en dos épocas dijeron —o en más épocas muy distantes unas de otras— otros sujetos —de dos sé yo— y éstos no sé si árcades ambo, pero si, uno y otro, decididamente, del género quíidam. Resulta que el tal RELATO está engalanado con un epigrafillo tomado de un otro poema o como llámese del mismo autor del redicho RELATO, y el epígrafe lleva la firma de Erik Fjordson. Pues los dos pazguatos que yo me sé, los dos árcades afirmaban —por culpa del epigrafillo de marras y por romos del majín— que el RELATO DE SERGIO STEPANSKY era sólo la traducción —y mala— del bardo noruego así nominado y pescador de bacalaos y de poesías iodadas y salinas o iodinas y saladas. ¿Lo leerían en el original? El de los Mamotretos no lo oyó afirmar sino al segundo de los árcades, pero este no insinuó que lo leyera en noruego.

El primero —en orden cronológico— de los árcades, parece que sí. Empero, como aqueste, que es, de yapa, árcade zambo, lo escribió y publicó —dícenme— en la Villa de la Candelaria, poco después de conocido el RELATO, hace 23 años (algunos de ellos largos). Y súpolo el interesado (muy poco interesado de la choz) por testimonio y referencia de segundas o terceras oídas, pues nunca posó ni pasó sus zarcas miopeidades por tal barrabasada y parto crítico. Al segundo árcade si díjole: pero cómo es usted de bolonio, ilustre joven! Lea los clásicos! Desgreiciquindianícese!!!: Erik Fjordson, joven letrado otún, es simplemente un otro seudónimo del dueño del mote de Sergio Stepánovich Stepansky y de ese remoquete mas uno que es alias...Es que usted se las dá de mucho —argumentó iracundo si melifluo— porque como que dizque trabajó en el Ferrocarril de Bolombolo... —Muy exacto, joven perilustre! Y es de presumir que usted trabajó y trabaja todavía en el Ferrocarril de La Dorada-Mariquita!!! Y... la que venía de los sueños a ser el huésped de mi ínsula... —vaqueante el itinerario—: surcó vórtices abisales, glisó por remansos tranquilos y ancló en la hispida ensenada —dentro cantiles verticales— rica en rompientesyarrecifes,laqueveníadelossueñosaserelhuéspedde mi ínsula. No aún venida, ya colmaba todo mi espíritu, el aroma lustral de tuser encendido, la esencia —real si inasible—, la esencia viva —imponderable si tangible, resumen y cifra de etéreos deleites, sensuales deliquios, y toda ventura. No aún conmigo ya en mi pecho clavada, vibrátil saeta, dulce caricia lancinante: toda mi sangre te bebías para delicia de mis venas que iban vaciándose —y en éxtasis—

a que abrevárate del zumo del corazón —mío y ya tuyo, tuyo y más mío!—. Aun no en mis brazos, por todo mi ser discurrías —la enseña al viento, resonantes los cobres, batientes los címbalos... Tamára!! Duhla? Mito?...

Y hoy hace 134 años del fallecimiento en obesidad del fabuloso condotiero corsicano, como sábase... Y de oficio, apuntala y apunta don Ox. Don Ox —Ten— y Moxte, señor de la Albufera y de las Almadrabas y de la Vespa (vesta no, ni virago) Don Ox, que llegó en tal instante, de la mano de Clío. El, el catedrático don Ox. La tal doña Clío ya otoñea, oteante, y descaece a ojos vistas... Le refería al Capitán Carl Sigismund —en Nare de Antioquia, a poco de apearse del champán— el Mayor Reisset, y hacia 1826, que El Emperador —que no le vió unas tablas a La Chapelle ni a Ney— era muy sensible a las alabanzas, adulonerías y zalamaleos de los Murat, Bertrand, Duroc, Gourgaud, Marmont, Oudinot, Lauriston, Junot, y otros de minorísima cuantía, los que —relativamente ineptos— lograron altas posiciones y proventos pingües, y ocasionáronle descalabros de magnitud suma... No te vaya a dar por la napoleónica, caro Bogislao!, ni por la antinapoleónica, Bogislao carísimo, clama Sirio Ofiuco, de la Valeria, que juega ahora al 6 y 5...

Yo, por mí... Recuerdo aún aquellos versos ingenuos: Venías de tan lejos... Venías de tan lejos? Venías de tan cerca, que adiviné tu nombre... Venías de tan cerca: cuando te vi —y esquivas—, cuando te vi —y hurañas—, quizás hostil...—Ni amiga, quizás, que presintieras, tal vez, pues presentías que ibas a ser mi hechizo, que ibas a ser mi júbilo, mi delicia, mi lumbre..., que iba a ser yo tortura de tu ser (si amoroso, temeroso, imbuído por absurdos prejuicios, por complejos inválidos...), tortura de tu ser, tu tortura y martirio, tu deleite y tu orgullo —quizás— pero lastrados de pungente congoja... Venías de tan lejos... Venías de tan lejos? —Venías de tan cerca, tal vez hostil, Agláe... Ni amiga —potencial...: Me mirabas con fieros ojos (pero qué lindos en su glauco rencor...) Quizás hostil, Agláe... Venías de tan cerca que adiviné tu nombre, mi dulce Agláe esquivas, mi acerba Agláe hurañas... Venías de tan lejos... Venías de tan lejos que presentí la gloria, que presentí la gloria de amor que me darías, —tu núbil cuerpo en flor, tu altanera alma pura—, la gloria de tu espíritu encendido, tu ofrenda total, Agláe y para mí... para mí, a tí vencido, vasallo, esclavo tuyo, rendido al implacable yugo de amor... del amor, del amor tuyo, Agláe... Venías de tan lejos... Venías? Vienes... Llegas... Y tu amor y tu cuerpo para mí se deshojan... Entre los míos, áridos, ardidos, ávidos.

5 V 1955

Ver VARIACIONES SOBRE UN AÑEJO TEMILLA (en *VELERO PARADÓJICO* - OBRA POÉTICA, Volumen III).

Hay el siguiente manuscrito: Según Callejas el de los cuentos, pero no Saturnino ni Calleja ni de Madrid sino del Fresno (Tolima) y quien sale ahora de novelero y de qué guisa y en torno a un cierto poeta muy poco novelable ni con la B del bobo ni con la V de la Victoria. Según Callejas —en plural— (y es singular!) en una cierta emergencia se discutió de la absoluta imposibilidad de entender los versos o la poesía de un tal poeta autor de mamotretos y de apellido escandinavo... Y quien lo decía a Callejas, recitaba un Relato de Sergio Stepansky; y replícale, el de los cuentos, de este jaez: pero no dice que son incomprensibles los versos de ese poeta de los fárragos? Ah! es que este Relato de Sergio Stepansky es de Sergio Stepansky!! No le faltó sino decir —además—

lo que, en dos épocas muy distantes una de otra, dijeron dos sujetos no sé si árcades ambo pero si uno y otro decididamente del género *quidam*. Los cuales afirmaban —por el epígrafe del Relato que es de Erik Fjordson— que Sergio Stepansky era solo el traductor del bardo noruego así nominado y pescador de bacalaos y de poesías yodadas y salinas. El de los mamotretos no se lo oyó decir sino al segundo *quidam*, como que el primero lo escribió en la Villa de la Candelaria poco después de publicado el Relato, hace 23 años y súpolo por referencias pues nunca pasó sus miopeidades por tal engendro. Al segundo *quidam* si le dijo: pero no sea bolonio ilustre joven! Léa los clásicos. Desgrecoquindianítese: Erik Fjordson es otro seudónimo del mismo dueño del mote de Sergio Stepánovich Stepansky. Es que usted se las dá mucho —argumentó— porque dizque trabajó en el Ferrocarril de Bolombolo... Exacto joven ilustre! Y es de presumir que usted trabaja todavía en el Ferrocarril La Dorada-Mariquita.

Y...hoy hace 133 años que falleció el fabuloso condotiero corso, como sábase —y de oficio, apunta don Ox-Ten y Moxte, señor de la albufera y de las almadras. Le refería al capitán Carl Sigismund —en Nare de Antioquia— el señor Mariscal Ney y hacia 1826, que el Emperador era muy sensible ante las alabanzas y adulonerías de los Soult, Murat, Marmont y Junot y otros de menor cuantía, los que —relativamente ineptos— lograron altas posiciones y proventos pingües y ocasionáronle descalabros de magnitud suma

5 V 1955 (manuscrito incompleto)

XLVI

Hay que decir adiós a tantos séres y entelequias y cosas pues ya me voy y quizá tarde en retornar. Mas he de retornar: todos mis viajes son viajes de regreso. Claro lo dijo ha tiempos alguno —no preciso cual de ellos— alguno de mis elocuentes otros-tues, uno de los tres o cinco aforísticos, apotegmáticos o porismaníacos duchos en rimar sentencias de relumbrón y en camino para frase hecha, refrán y lugar común. Decir adiós a seres, a entelequias y cosas, antes de soltar las amarras, levar anclas y encender los motores de la Nao Hiperetusa, ex-velero paradójico, si nao o ex-velero paradójico si bajel. Y, para donde viajas, Taltibío? *Vengo de no sé dónde, voy a nunca se sabe...* Consultaré, empero, con la Rosa de los Vientos, de la sapientísima brújula, dormida ahora en la bitácora en nirvánica acinesia y extático *farniente*. Ya te diré del mi rumbo y la derrota de la Nao o Navío Hiperetusa tan pronto cuando a mi se me entere. No soy su capitán sino su piloto, y el copiloto es Beremundo, llamado el Lelo a equivocandas o a sabiendas de que no es tal, sino vivo y zahorí como pocos. Su capitán es Bogislao, experto nauta aguerridísimo, sin émulo conocedor —al dedillo no sólo— de los ciento diez y siete pontos principales sino también de los de menor predicamento y mínima cuantía. Hay que decir adiós y abur a tantas cosas

y entelequias, a tantos mitos, a tantos séres, como que el viaje se aproxima y va a ser largo, accidentado y proceloso según he colegido de vagas frases de Bogislao, cazadas al vuelo, que en veces monologa en voz alta si a trancos y con paréntesis y lagunas de silencio: si se le va la voz o se ensimisma y se introvierte más que suele y suele siempre soler. Empezaré —como es de rigor— por despedirme de las damas —que siempre son una sola, que nunca son sólo una—. Para efectos del abur y despedida llámolas Incógnita a las Damas, y a las Incógnitas, Equis, para despedirme de todas en una. Abur Equis proteica, multiforme, pluralidad ficticia, ficción plural y enigma delusorio. Equis, abur! y nunca más te vea, os vea nunca más Incógnitas si cógnitas —y cuánto!—.

Volviendo a las andadas celebróse Asamblea plena de socios de número, honorarios, correspondientes y transeuntes del Jopecón. Qué cataduras, qué fachas, qué pandemonium de atuendos y parafernalia, qué babel y confusión de lenguas (no hay sino una confusión de lenguas sumamente agradable...). Se hablaba allí desde el más puro antioqueño hasta el bable, desde el samoyedo y el berebere hasta el patagón y el calmuco, desde el oxonian hasta el cócni, desde el firenzino hasta el lunfardo, del sorbonense parisino al argot, al caló, al patuá. Para no hablar de facas, cataduras, parafernalias y atuendo. Y Jopecones

de diversísimas nacionalidades: 3 sicilianos, 2 suecos, 1 argentino, 1 estepario, hasta 5 antioqueños, 1 galés, 3 galos, 1 quindiana, 1 opita, 13 circasianas (el equipo de Sergio Stepansky) 2 corintias, 1 sibarita 1 berebere 1 aquitano, 1 abisinio, 3 abderitanos, 3 babiecas (id est, de Babia), 2 bolonios, 2 egipcias, 1 siux, 1 apache, 1 comanche, 1 tarasco, 3 tarascas, 1 tarascón, 1 viterbino, 1 combeimuno, 1 de la valeria, 3 semitas, 12 de nacionalidad desconocida y ... el último santafereño o el último mohicano y el último abencerraje y el último nacido del viejo cisne y Leda

12 V 1955 (incompleto)

XLVII

El nombrado atrás, en la otra semana, y debate literario ocurrido al acaecer la segunda sesión plenaria de la ilustre Asamblea o Duma de los JOPECONES —que la primerísima sesión della fue meramente protocolaria y de sumo estiramiento—, se inició (como ya se os anticipara) entre un socio abderitano y otro viterbino y cuando aquél aludió a los ojazos coruscantes y abisales de una de las compañeras egipcias —egipcias del propio delta—. Como que el cofrade abderitano dijera así, más o menos: Tiene ella unos ojazos, unos ojazos... verde mar! (con pausa en los ojazos del bis) ¿Verde Mar? irrumpe airado el viterbino. ¿Verde Mar? ¡Eso si no se lo acepto así como así, joven abderitano!

Es alusión desobligante sobre impertinente! protestó el viterbino —habitualmente ecuánime—. Que el viterbino creyó que le decían verde a él, subentendiéndose el viejo: viejo verde, Mar... Y como Ponto —sin eles— ya se va acercando a la edad beremunda, pero no todavía a otras edades mucho más venerables por vetustas... ¡Ojazos verde mar, no! Diga, joven abderitano, verbi-gratia... ojazos aqüiverdes u ojazos de agua-marina o de glaucas ondas... O pregúntele a Bogislao, experto en ojazos de ese jaez y matiz cromático. Porque entiendo, Bogislao que algunas de tus... ¡Tate, táte, folloncico! Aunque, en realidad conozco ojazos de esos y me he visto en ellos, y aún creo que a cuatro pares dellos he loado en sendas secuencias de poemillas y rondeletes. Sendas series y espaciadas entre sí y también interferidas por series o secuencias de loas y laudes a otros ojazos, ora azules, ya negros o de pálido alinde como los de... Vamos! Ahora mismo ando en laudes y loares de que ojazos auriverdes... Pero no se personalice ni se digan nombres. Cepos quedos, Ponto y Matateo! Seguid en vuestra tonta disputa o malentendimiento, mientras yo dialogo, precisamente, con Ella, con la egipciaca de los tales ojazos. Y ella y el, diéronse al diálogo y devaneo, distantes y harto! de la verbal lid y segura próxima hecatombe (también verbal apenas, con apenas sangre de parolas). Pero en la boba contienda parolera de Proto y Matateo fueron terciando

e interviniendo casi que todos los socios del Jopecón... De tal guazábara no queda nada perdurable, y menos nada en claro hasta ahora y en limpio muy poco menos que nada. Nada y poco en claro y limpio, en tanto se pone en orden, lo que tomó disperso, de aquí y de allá y de propias oídas y por referencias, el taquígrafo titular de JOPECÓN, Maese Aldecoa, un vasco de origen —remoto— no enumerado en la lista que se dió, como tal vasco, por ser ahora y desde hace rato integrante del clan de los aburráes. Pugna Maese Matías Aldecoa por poner en claro y fuera de turbiedad, en limpio y libre de basura y en orden y lejos del barajuste, la su interpretación mnemo-taquigráfica, babélica y pandemónica, del rifirrafe y maremagnum de tan sonada y señalada ocasión. Necesitará, eso sí, aparte del LEXICÓN DE MISTER GREY y del PANLEXICÓN DE BOGISLAO, necesitará —en más— de la docta asesoría de meser Pico de la Mirandola y de la sapientísima coadyuvancia y coadjutoría del seor Nico de la Farándula. De la de Pico, para la traducción. De la de Nico para la redacción o recreación, escribanía y redacción o como llámese, y en esperanto, en homo-idiomo o en papiamento, de lo traducido por él —Aldecoa— y por Pico de la Mirandola al toscano, al judeo español sefardita y al vizcaíno..., a ver si así, en papiamento, homo-idiomo, o en esperanto, se enteran dello, del magno debate, todos los compañeros Jopecones. Para mi propia información,

satisfacción, regusto y regodeo y regocijo intentaré hacer yo mismo —luego— una versión al greifiano o al leogrifo, quizá en exámetros si no en pentámetros, talvez en scazones o en exámetros espondáicos. Mejor acaso en llana prosa de pan llevar (con variaciones, paréntesis y taraceas) o en prosa culta, concetista, graciana y acribológica. Ya se decidirá...

Y allá en el valle se esté el río —Penélope de su paciencia— devanando las ondas de lino (cuando la luna de luz morena vierte sobre él lacas de hechizo) o devanando ondas de hoguera (bronces glaucos al rojo fundidos) cuando el sol mira con su quieta pupila de cíclope niño Penélope de su paciencia, allá en el valle se esté el río.

Ya se decidirá lo de la versión y de la forma della...

Mas tú, que escrutas de la proa y eres instinto al sol y al viento: como birremes en derrota cierra tu sed hacia el Deseo! En la caldera el agua indómita bulle, y así en tu cerebro la sangre frenética asorda con su bullir sordo y frenético: ¡todo lo ansías, todo lo ambicionas! Eres instinto al sol y al viento, oh tú, que escrutas de la proa.

Ya decidirá lo de la versión leogrifaria, si no se precipita el viaje en proyecto, cuyo viaje apenas va en las previas despedidas, abures, agures y adioses a la Incógnita Dea recóndita, sorda y muda... Que el Viaje habrá de hacerse, si Tamára lo decide así, para ponerle remate y broche y colofón e índice y fe de erratas a tanto no hacer nada, al no hacer nada vegetativo y rutinario, paliativo y calendario, iterativo y adocenario,

delusivo y ni ilusionario, y cómo y de qué guisa diario, nefario, gregario, rotario y nada vario.

Y con qué escasez de lo numulario! Que, si Tamára... sería el dulce paraíso, la neo-Netupiromba xatlana de hechizo y sortilegio y maravilla y el retorno, a la vera de Tamára, el retorno a la vera Poesía y al nietzscheano vivir y stendhaliano, el retorno al vivir en ROJO Y NEGRO y en MÁS ALLÁ DEL BIEN Y DEL MAL. Coronarás los doce lustros con el cingulo de tus brazos, con el cingulo de tus... Pero todo esto es prematuro. Que falta aún para una y otra fecha y hecha... No hay que apresurarse, Palamedes.

Y aquí del Refranero de Sancho —por así decirlo—: No por mucho madrugar amanece más aína, ni hay para que ensillar antes de traer la de nácar. Y hay que viajar un poco más, otra vez, Palamedes. Ya lo dijo el Otro y de otro Otro: Es este el que eludiera con gesto rimbodiano ligera vanagloria, gloriola y oropel, y sepultó su espíritu —que asesinó su mano— en la selva ululante y en el mar océano... —lo sepultó viviente, se sepultó con él—. Es este el que eludiera, con gesto rimbodiano, la cosa vana, ambiente, la panfila hidromiel... Para consigo mismo gustar absintios, opios, triacas acedas, dulce nephentes y cicutas, —dolor, hastío y cóleras en opimos acopios, caminos sosegados, pesadillescas rutas; —placer, euforia y risas, vestales impolutas, maduras hembras sabias... Oh, qué otoñales opios los que su flanco acendra para las ansias brutas! Es éste el que eludiera, con rimbodiano gesto, ligera vanagloria, gloriola fugitiva, y sepultó su espíritu bajo togas

de asbesto, bajo togas hirsutas: el espíritu enhiesto, viviente — ahora apenas en la sazón estiva—. Es éste el que eludiera, con rimbodiano gesto, la cosa vana, ambiente, que rueda a la deriva... Para consigo mismo gustar opios letales, triacas, absintios, acres cicutas y nephentes, desdén, sarcasmo, olvido, furores ancestrales, búdicas elaciones, placeres inocentes, orgías tumultuosas, deliquios decadentes: ¡Música, Vinos, Fémina!: las tres Parcas letales que aduermen en sus brazos corazones y mentes!

Ya lo dijo el otro y de otro otro y hace lustros, como que estaba apenas —dice— en la sazón estiva. Hay necesidad de viajar Palamedes... Según lo que decida la egipciaca de los ojazos aquíverdes... Para decir es tarde lo que jamás se dijo. Temprano todavía para nunca decirlo.

O entrégate a la filosofía. Házte contemplativo, Palamedes: como cuando decías: Estrellas filantes —eternidad de los instantes— por el techo zurcido de rotos... Esos que ahora pudieran llamarse años y que fueron fugitivos momentos —poco después... un minuto antes...—. Aquéllas que ahora debieran llamarse Musas —perennales como las Nueve que enumeran— y que fueron de un nictémero amantes... Mariposas huidizas, efímeras falenas, nubecillas errantes... Así como torturas de Sísifo y Laocoonte y Prometeo y Ugolino, todos los cotidianos diminutos tropiezos ni inquietantes... Estrellas. Estrellas filantes —eternidad de los instantes— por el techo zurcido de rotos. Esos que ahora pudieran llamarse años y que fueron fugitivos momentos —poco después... un minuto antes...— O empresas de Jases y de Aníbal o de Hércules y de Napoleones, bajas aventurillas de principiantes. Anodina aventura, hecha descaecida, proezas vacilantes... O creaciones de Shakespeare o Beethoven o Leonardo o Newton —esos planos esperpentos apenas sí rampantes... Estrellas. Estrellas filantes —eternidad de los instantes— por el techo cribado de rotos.

Ronco tropel, ronco tropel de plañideras —me persiguen las horas idas...: los años me persiguen, no gozados, no gastados, no usados, no sufridos, no engrandecidos, ni apenas logrados... Ronco tropel! ronco tropel de plañideras, ronco tropel, ronco tropel de lobas ululantes! Estrellas. Estrellas filantes —eternidad de los instantes— por el techo zurcido de rotos...

O busca la soledad, Palamedes, y métete en la Noche. Recuerda: ¡Es que la Noche viene! Es que la Noche viene!... Ah..., si no fuera por la Noche, pura de inconfesables ansias y virgen de indecibles bajos deseos; sin rencor; gratuita: sin mezquino interés; —ah..., si no fuera, ah, si no fuera que la Noche, inerme, se me rinde —en su cándida negrura— y en sus brazos me acoge, inaccesibles, y me dona sus besos, cifra de la infinita soledad, del deleite perenne: —y se dá, entera, la Noche, inagotable, cuyo amor nunca duerme!

Entrégate, Palamedes, a la Soledad, a la Noche y a la Filosofía. Y si no te es totalmente imposible como parece, Palamedes... dáte al Silencio. Al silencio Palamedes. No olvides que desde que lo dijo Shakespeare —y desde mucho antes de que lo dijera... *The rest is silence...*

19 V 1955

Ver FAVILAS y NOCTURNOS DEL SOLITARIO (en VARIACIONES ALREDEDOR DE NADA - OBRA POÉTICA, Volumen II).

Hay dos manuscritos: a) El nombrado atrás debate literario acaecido en la segunda sesión de la Asamblea de los Jopecones —que la primera fué meramente protocolaria— se inició (como ya se anticipara) en un socio abderitano y otro viterbino, cuando aquél aludió a los ojazos coruscantes de una de las compañeras egipcias.

Como que el compañero abderitano dijera así, más o menos. Tiene ella unos ojazos ...verde mar! —con pausa en ojazos— ¿Verde mar? ¡Eso si no se lo acepto así como así, joven abderitano! Es alusión desobligante! Protestó el viterbino. Que el viterbino creyó que le decían verde a él, subentendiendo el viejo...: viejo verde mar. Y como Ponto, sin eles, ya se va acercando a la edad beremunda, ya que no todavía no a otras edades más venerables... ¡ojazos verde mar, no! Diga joven, verbi-gratia, ojazos aquiverdes u ojazos de agua marina. Pregúntele a Bogislao, experto en ojazos de los de ese matiz, porque entiendo, Bogislao, que algunos... ¡Tate, tâte, folloncico! Aunque, realmente, conozco ojazos de esos y aún creo que a cuatro pares dellos he loado en sendas series de poemillas. Sendas series y espaciadas y también interferidas por series de loas a ojazos ora azules o ya negros ... Ahora mismo ando en laudes de ojazos auriverdes ... Pero que no se personalice. Cepos quedos, Ponto y Matateo!

Seguid vuestra tonta disputa y malentendimiento, mientras dialogo, precisamente, con ella, con la egipciaca de los tales ojazos. Y ella y él, diéronse al diálogo, distantes y hartos! de la verbal lid y segura próxima hecatombe (también verbal apenas). Pero en la boba contienda de parolas fueron interviniendo casi que todos los socios... De tal guazábara no queda nada en claro hasta ahora y en limpio, muy poco. Nada y poco en claro y limpio, mientras se pone en orden lo que tomó disperso, de aquí y de allá, el taquígrafo de Jopecón, Maese Aldecoa, un vasco de origen, no enumerado como tal, por ser ahora integrante del clan de los aburráes. Pugna Aldecoa por poner en claro, en limpio y en orden la su interpretación mnemo-taquigráfica, babélica y pandemónica del rifirrafe y maremagnum de esa ocasión. Necesita, eso sí, la asesoría de Pico de la Mirandola y la coadyutoría de Nico de la Farándula. La de Pico para la traducción, la de Nico, para la recreación en esperanto, homo-idiomo o en papiamento, de lo traducido por él y por Pico al toscano, al judeo-español-sefardita-vizcaíno, a ver si así, en papiamento, homo-idiomo o en esperanto, se enteran dello todos

los jopecones. Para mi propia información y regodeo y regocijo intentaré hacer —luego— una versión al greiffiano o leogrifo, quizá en exámetros, talvez en pentámetros, o en exámetro-espondáicos. Mejor acaso en llana prosa de pan llevar o en prosa culta, acribológica concetista. Ya se decidirá. Si no se precipita el viaje en proyecto, cuyo viaje apenas va en las previas despedidas, abures, agures y adioses a la Incógnita Dea, recóndita, sorda y muda... Que el viaje habrá de hacerse, si Tamára lo decide así, para ponerle remate y broche y colofón, índice y fé de erratas, a tanto no hacer nada vegetativo y rutinario, paliativo y calendario, iterativo y adocenario, delusivo y ni ilusionario, y cómo diario, nefario, gregario, rotario y nada vario. Que, si Tamára... sería el dulce paraíso, la nea-Netupiromba de hechizo y sortilegio y maravilla y el retorno, a la vera de Tamára, el retorno a la vera Poesía y al nietzscheano vivir y stendhaliano en Rojo y Negro y en Más allá del Bien y del Mal. (incompleto)

b) El debate literario en la segunda sesión de la Asamblea de los Jopecones, se inició —como ya se anticipara— entre un abderitano y un viterbino, cuando aquél aludió a los ojos verde mar de una de las compañeras egipcias. Verde mar? Eso si no se lo acepto joven abderitano: es alusión desobligante, protestó el viterbino. Como que el abderitano dijera: Tiene ella unos ojazos verde mar... con pausa en ojazos. Y el viterbino creyó que le decían *verde* a él, subentendiéndose *viejo*: viejo verde Mar. Y como Ponto, sin eles, ya se vá acercando... a la edad greiffiana ya que todavía no a otras más venerables. Ojazos verde mar no! Diga joven ojazos aquíverdes u ojazos de aguamarina. Pregúntele a Bogislao, experto en ojazos de ese matiz, que entiendo que algunas... Táte, táte, folloncico! Realmente, conozco ojazos de esos y creo que cuatro pares dellos he loado en sendas series de poemillas. Ahora mismo... Pero que no se personalice. Cepos quedos Ponto y Matateo! Seguid vuestra tonta disputa y malentendimiento, mientras dialogo, precisamente, con ella, con la egipciaca de los tales ojazos. Y ella y él diéronse al diálogo, distantes y harto de la verbal lid y segura próxima

hecatombe (también verbal). Pero en la contienda de parolas fueron interviniendo casi todos los socios. De la guazábara no quedó en claro, nada, y en limpio, poco, mientras se pone en orden lo que tomó, disperso, de aquí y de allá, el taquígrafo de Jopecón, Maese Aldecoa, un vasco de origen, no enumerado como tal, por ser del clan de los aburráes. Anda Aldecoa en poner en claro, en limpio y en orden la su interpretación mnemo-taquigráfica, pandemónica y babélica del rifirrafe. Necesita la asesoría de Pico de la Mirandola y de Nico de la Farándula. La de Pico como traductor, la de Nico para la recreación en esperanto, homo-idiomo o en papiamento, de lo traducido por Pico al judeo español-sefardita, a ver si así se enteran dello todos los jopecones.

Que el viaje habrá de hacerse, para ponerle remate y broche y colofón, a tanto no hacer nada vegetativo y rutinario, paliativo y calendario, iterativo y adocenario, delusivo y ni ilusionario, diario, nefario, gregario y nada vario (incompleto)

XLVIII

Al primer tapón, zurrapas. Y el resto serán heces, serán posos de regusto infecto, putrefacto —con acusado sabor a pulque y olor a lo mismo—. Sabor y olor a pulque que son los menos pulquérrimos olor y sabor. El resto son posos, son heces. Heces que valen como hoces de las más guadañadoras. Posos, pozos de olvido como cisternas exhaustas. Al primer tapón, zurrapas, —presencia bazofial (a no dudarlo). También he visto los ojos-crisoprasas y la risa de nuez de coco y, en más, la cabellera de medusa y las retadoras cupulillas. Llueve tras de los vidrios, verleniana lluvia, si no en mi corazón... Al primer tapón, zurrapas.

Y heces, posos. Bazofia. Y Bogislao, en empeño emulatorio, pugna por dejar a la zaga a Beremundo no sólo cualitativa sino cuantitativamente.

Y héte que el POEMILLA DE BOGISLAO y RELATO DE RELATOS ya le lleva dos o tres ruedas de bicicleta al RELATO DE LOS OFICIOS Y MESTERES DE BEREMUNDO. Y eso que falta revisar una tercera parte del mentado poemilla y sin hablar de que aún no se presentó el sueño llamado pesadilla poética. Ni el sueño de las consonancias disonantes, ni el sueño fuga, contrapunto y fuga, ni el sueño de las VARIACIONES SOBRE UN TEMA DE DIABELLI. No obstante, con lo que se tiene hay para rato y para jaquecas.

Pero yo no sabía. Y tenía en olvido sueños y subsueños y tras-sueños y soto sueñecillos tácitos y latentes, abolidos o ausentes, no nacidos jamás o ya difuntos desde no todavía viables ni engendrados siquiera en cierne, o apenas advenidos, y —antes— fugados céleres, o nunca urdidos ni tramados. Quizá cativos cautivos en rehenes. Su canción soterraña cantaba sólo para mis solas mientes, ante mis sólo sienes, para mi mesto espíritu, mi jubilante espíritu, mi corazón en sangre e indemne y en sensual idealismo, en idilio, en pasión, en éxtasis purísimo, en sexo, en semen. Su canción soterraña torturadora, lancinante, proclive, artera, astuta, aleve, jamás audible, vibrante siempre como lontano batir de timbalillos, trémulamente, con un basso obstinado, huésped arcano, armónico asistente. Y tenía en olvido sueños y tras sueños y subsueños lueños; sueños que no asumieron nunca forma verbal perenne, forma sonante ni transitoria, vágula, aún endeble, ni forma musical ni plástica ni imaginaria, en tránsito, en proyección

a intemporal supérstite, ni forma alguna musical, fiable o estable, y a que el viento se los lleve... Jamás así los amancille profana gente, jamás así los macule y los vulnere trinca inane, zurrapa bazofial —bufe o se huelgue—, nunca así los macule limaza alguna, ni pánfila cohorte, ni aborregadas huestes —tropillas de Panurgos, reata de acémilas al madrino sumisas sumamente, corro mendaz, ni mercenarias greyes, ni rahez subprogenie. Pero yo no sabía. Teníalos sepultos en el plúteo y entre nieve, como a cultivos biológicos, a que no mueran: gérmes letales, tóxicos, de activa virulencia inerte, generadores —en potencia— de milenaria hórrida peste, o panacea tonta y anodina e imbele.

Sueños que no escandieron jamás nunca su miserere, su epitalámico alborozo, ni su reír alegre, su palinodia menos que más y un poco menos que subvasalla y de pelele, ni su burla drolática: —si aviesa, arde y escuece—, y —lustral, lenitiva—, letifica y deterge; ni su gelasmo frío, ni su procax carcajada que escalpe y que desuelle, ni su sarcasmo áspero, ni su estoico sonreír indiferente. Sueños que no asumieron temporal osatura ni forma musical, a que los sueñe como suyos el zafio, ni formal si esbozada apenas estructura, a que los sueñe quien los discante, o a que sean atarraya con sus redes capciosas, para atrapar moscardones ni petimetres. Sueños no esparaveles. No así Pandemos los corée nunca, los tararé Aristó térete, los taracée boquirrubia, barbilinda, ojiverde recitatriz, o endrina Musa, décima de las Piérides... Jamás así avillánenlos pulcelas ni donceles, doncelluecas beligerantes y ni narcisetas pentadáctilos, ni bifrontes bilaterales mozalbetes, ni dueñas quintañonas, ni pínnicas viragos célibes (si ofciantes), ni bastarda apolínea soto-estirpe, ni plebe sorda, ni patricia morralla claudicante y enclenque, —tarada en más—, ni reimídica mesocracia decadente: Cimeros, intangibles, infrangibies, incoercibles, los sueños tácitos y lueñes y latentes! Pero yo no sabía. Quizá yo no lo sé, ni lo sabré sino ni tan vagamente, o, ni, a secas, lo sabré nunca, y ni si lo supiera. Sueños, ensueños y ni sueños ni ensueños ni sus afines ni sus congéneres... Marea tácita son, que apenas sí se mueve.

Marea lueña, latente, que apenas lo parece o lo semeja o lo simula, para mareas en serie. Marea estática: sorda o muda y estéril, proliferante, voceante y audiente. Callada, inmóvil: no sé como susurra, desencadénase y se viene. Kinética y de sténtor: cómo se para y enmudece y rompe filas, inicia rumbo avante y desasida sale de su sede. Su paso tardo. Su rauco canto balbuciente. ¡Lázaro nó! resepulto: que no hieden y antes aroman con almizcles y nardos y bálsamos y mieles —de Marta y de María exhálitos, madores y relentes— atán sexuales: mirras, ungüentos y sales, zábilas y leches... ¡Lázaro nó!, que esos sueños dormitan entre hialinos hielos de Selene (que es frigorífico satélite para sueños yacentes, para sueños setenta veces siete sueños durmientes). ¡Lázaro nó!, sino sueños en el almacigo simientes!

Al primer tapón, zurrapas otra vez. Porque todo lo anterior es precisamente el proloquio del POEMILLA DE BOGISLAO y RELATO DE RELATOS en la reversión última —por ahora—. Es el mero proloquio y la séptima parte del total y suma de renglones cortos y largos —y es afición estadística y contable. Proloquio y vaniloquio y soliloquio. Cuando lo sepa Beremundo, montará, no sólo en cólera, sino en Clavileño y no se apeará ni de ella ni de él sino para darse a la tarea de ponerle más punteras y tacones a su RELATO DE LOS OFICIOS Y MESTERES, con el fin de no dejarse poner punto de Bogislao. Punto y aparte y no sobre las íes.

A la hora de nona llegó otro sueño: Yo me llamo Nadie-me-nombre, Nadie-me-mire-ni-de-soslayo, Nadie-me-nombre: -o se me nombre tras un conjuro mágico: Sol-Sol-Sol-Mi o Abrete-Sésamo..., o se me toque con aquífice báculo. Yo soy el que a Aladino diérale la

lámpara de crisocalco y el anillo de fantasía..., a que se viera multibillonario —¡pánfilo iluso!—, y la escala a Jacob o su onírico simulacro... Yo soy el sueño embaidor, seductor y proclive, taimado, astuto y falso: le cambié por un espejismo y una muñeca rubia el alma al doctor Fausto, y a Eloísa, por un forzado ayuno filosófico, a Abelardo; y a Ricardo Tercero su reino y su joroba por un caballo bayo; y a Judas de Kerioth, por una higuera, los sus treinta denarios; y al Moro Otelio su Desdémona, su Venecia y su Chipre y su *Esultate* —y a Casio de contera— por un pañuelo... (*il fazzoletto!*): —honesto Yago... Le troqué el Yelmo de Mambrino a Don Quijote por la bóina de Sancho, dándole de adehala su Refranero, y al Barbero y al Cura y a Dulcinea y al Bachiller Sansón Carrasco; y por su giba y la copa de Apolo, a Esopo su Fabulario, y, en daga y toma, por una bola, el Mundo, a Carlomagno. Yo soy el sueño Nadie-me-nombre, que se lleva su varapalo... Yo soy el que a Aladino le diera el feérico palacio locomóvil —¡pánfilo iluso! ¡periluso pánfilo!—, y al otro, si inconsútil, retráctil piel de onagro! Y a Enrique el Bearnés le dí a Paris por una misa y el puñal de un franciscano... Soy traficante en baratijas (Autólico Segundo) para el ingenuo y para el mentecato. Para el simulador tengo un emporio de ideas de prestado y un acervo de frases hechas y de citas y un almacén de tropos del neo-clásico... Todo Aprendiz de Brujo huero y sandio; todo aprendiz de Dulcamara, de Pasquino, de Tabarín, de Mago, tendrá de mí su Abracadabra y su Fiat Lux, su invocación sortilega o su ensalmo... Cambio tu bobería, pelafustán: por ella donóte una librea de lacayo, la Cruz del Sur, la Jarretiera, y una aureola de latón y las plumas del grajo para tu pavoneo: así te fingirás ser quasi-dalgo... Soy el sueño furaz, falaz. Yo soy el sueño Me-muerto-de-la-rixa-de-tu-pasmo, pasmarote, y de la tu lela carota de Pierrot desalunado. Yo soy el sueño Nadie-me-nombre, Nadie-me-mire-ni-de-soslayo... Pero yo no sabía... Si búho sibilino, si solitario albatros. Todos los sueños, todos los sueños, todos los sueños, uno a uno, llegan, y se van en viniendo, se van y están siempre llegando, todos los sueños, uno a uno: —Yo soy el sueño Mandricardo; tañedor de rabel o de crowt? Minnesinger?

Mal trovador, trovero sub-vasallo? ¿Ministril baladí, baladero de escarnio? Navegador de nubes, otrosí, y de remate, un otro Icáro? Y, en más, tahúr fullero del albur, del aleas o del acaso? ¿Navegador de nubes, acontista, paradislero, revendedor de bulas, bufón por los mercados? — Yo soy el sueño..., el sueño Clavecín destemperado: musurgo a lo poeta, poeta a lo capelmaestre turulato. Soy el sueño fallido. El sueño que no se logra o se malogra. El sueño en vano. Yo soy el sueño que se resuelve en ni poema, en ni cántico, en ni sonata, en ni soneto: baladí baladero imbele y baldo. Trovero que ni trova, bardo que ni fabula, vate sin vaticinios, sin oráculo. Vate, vidente: más allá del naso no vé, ni con los mil ojos de Argos. Músico obscuro: musicante ni in-pártibus... Cantor, cantero afónico de duro canto canto sin rima ni razón ni son ni poesía, o con ellos los cuatro y el ritmo turbulento y el timbre absurdo y zurdo y bárbaro, y el patetismo inverecundo ilógico y el sensiblero pathos romanticoide, y el latente fervor difuso, abstruso, obtuso y vago y vacuo... Yo soy...!

¡Basta! Batólogo! Ecolálico! Catacrético! Aliterante! Vete! Ahueca! con tu musurgo-poesía, Mandricardo... Pero yo no sabía. Nada sé. No se ni si se fué Mandricardo o no. No he vuelto a verle ni a saber nada de él. Lo que significa harto poco para todos, para nadie y para mí... Quizá ni para Mandricardo, que hace lustros está ido y reído...

Llueve tras de los vidrios —verleniana lluvia si no en mi corazón. Mi corazón se fugó una mañana y en pos de una coplilla tarambana sin ritmo y sin razón, sin tón ni són.

Con todo, ha de salirse para otro viaje. Iniciar otro viaje en prosecución de lo obvio y escribir las Variaciones del Yo, las Vacaciones del Yo, la Demiyología exacerbada y el Egotismo trascendente. Y el viaje ha de hacerse y en busca de materiales autobiográficos para las obras citadas. En el itinerario se prevé una larga permanencia en el centro de Suecia primo, y luego en la Suecia meridional. Con base de operaciones en Lund, para el Sur, y en Abylund para el Centro. Después se irá a

26 v 1955 (incompleto)

Ver CANCIONCILLA y POEMILLA DE BOGISLAO
(en FÁRRAGO y VELERO PARADÓJICO - OBRA POÉTICA, Volúmenes II y III).

XLIX

Pasaron ya los días de Aranjuez y entre comillas, que es de Schiller y de su DON CARLOS. Los de Aranjuez y los de Fontainebleau, seguro que también. Jardines, parques o florestas o bosques *Jardín cerrado, fuente sellada*. Jardines entreabiertos, fuentes sin sigilo. La verdad es que regresó Matatías, con su sobrino Matateo, de su excursión por Ecbatana y de su veraneo inicial en Lacedemonia. Matateo y su tío Matatías *cuentan y no acaban* —como solía decirse— de lo maravilloso de su excursión y veraneo. Cuyo veraneo, el inicial, en Lacedemonia, quedó borrado al punto y fue de una sola noche frustra. Con que dejaron esa región nefasta (para ellos) y su sopa negra, y siguieron

rumbo a Capua, cuyas delicias eran proverbiales. Parece que los soldados de Aníbal Barca agotaron la existencia de delicias almacenadas allí. Por modo que Matatías y Matateo sacaron verdadera la afirmación de Bogislao, cuando dijo y espetó: Y no hay tales delicias de Capua. De Capua pasaron (si no bajo las horcas caudinas), pasaron a Capri, y en un falucho de mala muerte. Cien días (con sus noches y crepúsculos) estuvieron en Capri, emporio —si pequeño— de deleites harto superiores a las hipotéticas delicias capuanas. Superiores y reales si no tan proverbiales. Empero, no dió allí Matatías con Eva María. Indagó, buscó, buceó, investigó. Para sacar en claro que la gentilísima dona abandonó a Capri hace tres años y para dejar en oscuro su de ella meta, rumbo o derrotero. ¿Dónde andará esa dona gentilísima, huésped de Netupiromba un antaño vecino? Con todo, el veraneo en Capri, los cien días, las cien noches, los cien crepúsculos matutinos y los cien crepúsculos vespertinos, todos ellos fueron de inenarrable hechizo

2 VI 1955 (incompleto)

L

Resulta entonces que apareció por esos días un neo-Macabeo, si maduro, en más, ya para manido y fiambre. Efraím-ben-Matatías-ben-Matusalén-ben-Noé de la nao Arca. El cual Efraim, magüer caduco y asaz desmejorado, si no es el propio Antinóo no es tampoco Gwymplaine, no es Cuasimodo ni es Picio. Es, nada más, nada menos, Efrén-Efraim, adón de los adónes y el último de los macabeos. Presume de parentazgo con Matatías —uno de mis otrosyóes— y con Matateo, de ése de mis otros-yóes, sobrino y exégeta. Cuyas exégesis, inéditas aún, han de ser de suma trascendencia, sindéresis y cacúmen, Deo benevolente y Leo malevolente y malvolio a la expectativa y Benvolio al acecho. Todo exquisitamente shakespeareano. Matateo, mi sobrino, Matatías mi uno de los otrosyoes, nada tenemos que ver con los Macabeos. Con Macabeo algún y mucho menos con Efrén o Efraim-ben-Beria-ben-Siberia y ben-fugato si nunca en jamás benvenuto, que es dogmático de atar y sectario de los inoperables supra incoercibles, terco,

9 VI 1955 (incompleto)

LI

Cavila que cavilando en ello, pensieroso. En ello, cogita que cogitando caviloso (caviloso en el sentido que a la voz dále el paísa) se llega a la conclusión, no oclusiva ni exclusiva, de que no Bajo el Signo de Leo, ni de Virgo, ni de Escorpio, ni de Libra, ni de Cáncer (lacerto!), pero sí Bajo el Signo de Saturno estamos, si es ello estar. Decidida, definida, definitivamente, Bajo el aciago Signo de Saturno. Lógico así eslo. Patológico —otrosí— un tris, y ni un ardite ni una porción de medio bledo, anfibológico, y en modo alguno. Y así está escrito. Y escrito así desde los tiempos jeremíticos de Job y desde los tiempos míticos de Jacob el Escalígero. La información aquesta, referente a los tiempos de Job y de Jacob, téngola, y confírmala aún, de Efraim, el Adón de los Adones y el último de los Macabeos, y mi maestro y mentor en los campos vastísimos y herméticos de la Paleosofía —o quizá, dicho mejor y correctamente— de la Paraleonsofística pre-idumea, matusalénica, arcanoeana o deucaliónica. Bajo el Signo de Saturno, héteos, mal poeta saturnino si asaz ducho en saturnales (como consta en celebérrimos ANALES y no impresos sino miniados y grafiados en pergamena, vulgo pergamino). Doctorado en Saturnalia, decano de la Faunalia, comparsilla de la Asnalia (como consta en los ANALES celebérrimos, esta vez no en pergameno

sino esta vez en papiros). Bajo el Signo de Saturno, bardo longo, longobardo no ni del Piamonte (del Véneto sí). Róseo leo —no leopardo—, leo, en veces salamandra, si jamás camaleón, mas sí león en la cuja. Y hasta en la yacija leo: —leo y releo— en decúbito, en decúbito supino. Lo que se llama... y en éstas llegó el casero, el dueño del habitáculo, el poseedor del cubículo. Lo que se llama... Quizá iba a decir que todo eso es lo que se llama la locura en bicicleta y el disparate en berlina. Qué le vamos a hacer! No tiene cura el paciente ni hay remedio para el mal en la botica. Ido que húbosc el casero o ídose que hubo, que para el efecto es lo mismo, trasegó el bardo un vaso de malvasía o ambrosía para reponerse y volver en sí y sosegar el ánimo. Y otro vaso del mismo brebaje para entonarse... Ya repuesto, vuelto en sí, sosegado y en tono y a tono, devotamente escuchó el *Réquiem* de Héctor Berlioz. Cavila que cavilando, eso sí, pero escuchando. Cogita que cogitando —también—.

Llovía. Se oía tras los cristales la canción de la lluvia, la canción de las lluvias morosas y lentas...: Canción de las lluvias morosas y lentas, canción de los fríos sombríos, brumosos: como danzas tremulentas de los osos, como danzas de los osos, como danzas tremulentas de los osos por el hielo: Canción de las lluvias morosas y lentas de mi desconsuelo! Lluvias. Lluvias, lluvias lentas. Lluvias, lluvias, lluvias... Como lloro cristalino de invioladas monjas rubias por el claustro conventual. Como lloro funeral de una angustia torva y fría sacudida

por el lóbrego destino; como lloro funeral de una angustia sólo mía! Canción de la lluvia lenta que glisa friolenta y dá en los vitrales y pone penas abismales en el misterio de los ojos: ojos que escrutan entre la neblina, avizorando, más allá de los matojos y de los sauzales el ledo lucir de sus ojos —Los ojos de Makéda...? Canción de la lluvia fina, canción de la lluvia fatal por la pampa gris y yerma, por la estepa gris y enferma que fustigan con su knút el Bien y el Mal! Lluvias, lluvias, lluvias lentas! Almas líricas! Tristes almas que alucinan los espectros del delirio! Mestas almas sollozantes como gimen rancos plectros! como tremen los ascetas y profetas! Mestas almas sollozantes! Tristes almas de poetas. Almas trémulas, amargas y mortuorias, por el signo de los sinos implacables! (Que es el Signo de Saturno). Almas trémulas, vencidas, como el cirio sacudido por las ráfagas. Lluvias grises, almas grises soñadoras en quiméricos países. Almas grises por las lúgubres estepas incansables, por las tétricas estepas donde vagan ilusorias esperanzas inefables, inefables y fallidas!, donde vagan mi desdén y mi silencio y mi fastidio con el peso de las cosas abolidas! Canción de la lluvia muda y sorda, canción de la llovizna sempiterna. Tácitos llores del ánima desnuda... Canción de la lluvia eterna: hiél y cansancio desborda la llovizna implacable que mi hastío gobierna y mis cantos asorda y hace mi pena más aguda... Tácitos llores del ánima desnuda... Y si por allá llueve o llovía... Lluvias, lluvias. Psalmodia de las lluvias. Persistente monodia. Persistente, gris y fría. Gris y fría. Lluvias, lluvias, como danzas tremulentas de los osos, como danzas de los osos por el hielo. Lluvias. Lluvias. Lluvias lentas. Canción de las lluvias morosas y lentas de mi desconsuelo.

Lo que se llama llover sobre mojado clama
—tras de un bostezo— Beremundo.

Y recuerdo, poeta aciago y saturnino, cuando en la Barca del Cangrejo, en el río Cauca... hace la tontería de 28 años, me referías de las andanzas y vagabunderías y trotamunderías —en la realidad y en el ensueño—. Creías en muchas cosas por entonces. Hasta creías en tí mismo. Y creías en cada Ella. En la Ella de turno...

Ella sus ojos de fuego, su boca de fuego, así en mi mente señorea (decías): de la pasión, aroma...; del puro amor, aroma; sólo afán de mi vida.

De resto viaja, indómita, —mi vida— al azar. ¡Al azar! ¿Qué rumbo? Todos. Ninguno: La Rosa de los Vientos! Rutas sublunares, rutas muy más allá de los lindes ilímites! Y vías profundas para introspectivas pesquisas. Y caminos por todos trasegados.

Ella sus manos amantes, sus brazos amantes, así el Jardín de Delicias. De la pasión aroma: Del puro amor, aroma. Jardín de mi Deseo. Quieto, de resto, mi Deseo. Y mudo. Todo me sabe a indiferencia y a cenizas. Esta canción la cantaré, befándole, a Caronte —óbolo para el pasero— y mi largueza asaz munífica será. Ella su beso de ardor y frío, sobre mi frente de ardor y frío.

Y eso es todo. Y la canción, al Viento... La escandí para el Viento... Volverá a mis oídos. O que no vuelva.

Mas tarde, pocos años después, mal poeta saturnino, tenía un tono más acerbo aún, tu NENIA. No sé que te acaeciera, pero era así la tu Nenia: Ya no tenía sino el esquivo corazón y una brizna de fantasía. ¡Y en otra hecha la alegría, la Alegría! Y la alejó de la boca sedienta, y la alejó del espíritu libre, cuando colmaba el ánfora espumosa! Histrión, bufón (ogaño), y entre la ajena orgía! Ya no tenía sino el esquivo corazón y un ardite de fantasía. ¡Y en otra hecha Emoción y Pasión, viva y violenta! Las apartó de la boca insaciable, del insaciado corazón pirata, del cerebro con furia creadora... Pobre abúllico —hogaño— de alma lenta... Ya no tenía sino el esquivo corazón y una brizna de fantasía. ¡Y en otra hecha, Sueño, y Ensueño imponderable! Les abolió, les elidió celoso: para no echar al viento sus efluvios —perfume lueñe en medio a la borrasca, música pura en la habitual Agóra—. Pobre mendigo, antaño insaturable. Pobre mendigo —hogaño de ensueño vagaroso...! Ya no tenía sino el esquivo corazón y un ardite de fantasía. ¡Y en otra hecha, la alegría, la Alegría! (con mayúscula!) Que la alejó del espíritu libre, que la alejó de los labios sedientos, cuando colmaba el ánfora espumosa!

Histrión, bufón —hogaño— y entre la ajena orgía! Y qué fue lo que te malaconteció, poeta saturnino? Ya ni recordarás... Cavila que cavilando en ello. Cogita que cogitando, caviloso, en lo demás o en lo otro. Y qué? Y para qué? Todo es uno y lo mismo —entre comillas— pero no entre paréntesis. Pregúntaselo a Alienor —la posesa— o al valvasor de Tantalía, que se entregó a la Matemática pura y al pastoreo de estrellas invisibles y mudas.

Pregúntaselo a Palamedes de Siracusa o al tañedor de laúd —no al tañedor de flauta, porque... El tañedor de flauta —como es la noche indiferente— presta al silencio espacio, si no le roba oídos, para esparcir la discontinua seda de su felpada melodía. Se afila, titila, cintila: —destila frágiles notas, donde el cegado ruiñeñor ensaya fundir claros acordes y destacar silbantes sollozos cristalinos.

Al tañedor de flauta no se lo preguntéis, porque... Como es la noche sorda, la noche indiferente, el tañedor de flauta roba al silencio espacio, si no le presta oídos: para esparcir la macerada melodía donde el cegado ruiñeñor difunde —olívano fastuoso— su dolor silencioso, su desdén solitario. Se afila, titila, vacila, cintila: destila, hila frágiles notas, sollozos cristalinos, claros acordes puros. El tañedor de flauta —como es la noche ilímite— roba al espacio oídos y le roba silencio; para cantar la endecha lacerante que perfora los ámbitos oscuros y sórdidos: ¡violáceos, raudos, lívidos relámpagos!: —silenciosa melodía, flautista errante y frágil sobre los timbalazos del viento, sobre los timbalazos del trueno y en medio a la sordera de la noche... —claros acordes puros, acordes cristalinos. El tañedor de flauta —como la noche se hace transparente, como la noche, pálida, se inunda de alborozado júbilo, ante el día—, el tañedor de flauta volvió a la noche oídos y silencio que le robó para su canto absorto, y escondió en su silencio sollozos cristalinos, claros acordes puros. Se afila, titila, cintila, vacila, oscila: destila, hila, enfila frágiles notas, rota melodía, —el tañedor de flauta (como es ida la noche)— en su silencio...

Tal vez ahora si puedes preguntárselo al tañedor de flauta. Pero... ¿a qué? Te sale con alguna otra SONATINA PARA FLAUTA Y PIANO EN SOL MENOR... y con este humor y éstas sedes.

Tengo una sed de vinos capitosos. Tengo una sed de búdicos nirvanas: venusino furor, pugnas salaces, zahareño no oír, callada acidia. Ojos enloquecidos por el éxtasis, bocas ebrias, frenéticos enlaces, ojos enceguecidos por el éxtasis, espiritual ardor, psíquica lidia. Tú, Dinarzada, tú, Fogosa mía, tú, Melusina, Vid de mis Deseos: dóname tu lagar tibio y recóndito! Quiero oprimir tus uvas! y tus vinos exprimir! —fulgurante filtro cálido para mi sed de vinos citereos! Tú, Viaje Azul, Deliquio, Noche Intacta! Música, oh tú, mi inasequible Dueño: ¡llévame a tus refugios atarácicos! Quiero tañer tus fibras! y el prodigio de tu entraña exprimir! ¡Don Inefable para mi sed de fugas y de ensueño! Tengo una sed de vinos capitosos! Tengo una sed de búdicos nirvanas!

Pues yo no tengo ninguna de esas sedes pseudo poéticas y en antítesis y en contrapunto. No tengo sed. Tengo sueño. Físico sueño, de dormir. No sueño metafísico, de ensoñar, mal poeta saturnino... Con que vóyme! Buenas noches.

16 VI 1955

Ver SUITE DE DANZAS (*Danza Tremulenta*) - OTRAS TROVAS I
- SONATINA PARA FLAUTA Y PIANO EN SOL MENOR - NENIA III
- DOBLE CANCIÓN (en *LIBRO DE SIGNOS* y *VARIACIONES ALREDEDOR DE NADA*
- OBRA POÉTICA, Volúmenes I y II).

LII

BAJO EL SIGNO DE LEO. Si, en mayor verdad, bajo el signo de Saturno. Y en realidad verdadera de verdad. Y lo dice quien está convencido de ello, y sábelo de la propia fuente y del mismo manantial. Punto. Por otro lado, otra parte, y de otro asunto, ahora si se tiene por seguro y cumplidamente probado y comprobado

y reprobado, que todo cuanto háyase dicho o podido decir tanto en contra como en pro de las tesis sustentadas (sostenidas o quier bemolizadas) por el Preste Juan de las Indias, si Kan de Tartaria, si Negus de Abisinia, carece, desde alfa hasta omega pasando por omicrón, carece —itero— no sólo de fundamento y base, sino también de donaire, gracia, salero y aquél. De fundamento-base —primo— por la razón lata o la rata sin-razón de que Nadie (hasta donde se sabe y sálese de la conjetura). Nadie, nadie conoce, ni de oídas, las tesis famosas del Preste Juan, y, aún, tiénese por mítico, por fabuloso al personajón así nominado, y de las Indias por contera y remate. Y carece de donaire y salero y gracia y aquél —secundo— porque Nada —hasta donde, saliéndose de la conjetura, se sabe—, nada, nada háse dicho o escrito ni en pro ni en contra dellas. Punto. Y ni Nonada —en sana lógica o en lógica de mediana sanidad o convalesciente de insana— ni nonada podría decirse o escribirse en torno a cosas (tesis) presuntas inexisten las tales, y en torno a entelequia-ente existente apenas presunto y hace sus siglos (el famoso mítico y fabuloso Preste Juan de las Indias). Punto. Que si Kan de Tartaria, si Negus de Abisinia. Chozno, en aqueste y segundo caso, de Amonasra, la hija primogénita de Radamés y Aída, por línea materna, si, por la paterna línea, de Soleimán-ben-Daúd y de Belkís, Makeda, la Reina de Saba. Mas, si Kan de Tartaria... Harto poco menos

sabe de la genealogía de los Kanes, si harto mucho de las de los cánidos. Ya alanos, galgos ora, ora podencos, ya falderillos.

Pero lo malo es que todas estas cosas vienen a dar en un fracaso irremediable. *Cuando yo descendía por los ríos magníficos* (entre comillas) con Arturo Rimbaud, discurrí largamente, —con Arturo Rimbaud discurrí largamente de esos álgidos tópicos (sic y sic) (Rimbaud me era simpático, por más que el hidrocéfalo mundo refunfuñe o rezongue... Además, el me dió una explicación asaz satisfactoria respecto a sus andanzas con Verlaine, fuera de que a mí me tenían sin cuidado sus de ellos aficiones sexo-sentimentales: muy más interesante su fuga: oh Prófugo Máximo!).

Fue a dar a la fin y postre Rimbaud, fue a dar por Abisinia quizá en busca de trazas del Preste Juan de las Indias? Quizás sí. Quizás no. Sábelo Vargas.

Pero lo malo es que todas estas cosas vienen a dar en un fracaso irremediable. La parálisis de Heine, la obnubilación de Poe, la obnubilación de Verlaine, la parálisis de Carolus Baldelarius, el caso Strindberg, el caso Nietzsche., y todas ésas cosas y todas éstas cosas... Voluminosas borracheras donde las cubas eran apenas copas que talló Benvenuto —regocijo de cardenales— de las que los alcoholes fluían con la facilidad y la abundancia, como suele la hórrida palabra de las bocas o gárgolas de oradores vacíos...

¿Cuál es la palabra, Ricardo, la sólo palabra, la sólo palabra que ella sola enibra, cuál es la palabra, sino la ginebra, sino la ginebra? Talvez la culebra? Talvez la culebra del género cobra? — Y luego el charloteo sin substancia, o con una substancia tan informe como protuberante por la hinchazón del verbo, que suscita un cansado deseo de reír tácitamente. Notoria —oh cuan notoria!— resulta la

incongruencia incompatible entre la Poesía, —de oro, perfumes y de terciopelo— y los mesteres oficinescos que usurarios embargan los minutos de que dispone la pereza. Poesía de oro, perfumes y de terciopelo y de música y metafísica y de mujeres, y de vinos sabrosos y de filtros de horror... Pero lo malo es que todas estas cosas vienen a dar en un fracaso irremediable... Punto.

A modo de interludio nada corto o de intermedio un poco largo: resulta que hále dado al nuestro cofrade y conmlite, al bibliotecario titular —en segundo— de la mínima del cubículo o habitáculo, Ebenézer el Sefardita, hále dado la chifladura al tal por tratar de poner orden en ella y en orden librotes, libros, infolios, mamotretos, libráculos, librículos, libretas, libretines, cuartillas, cuadernos, cuaderñículos y la papelería y la total papelería. Magna empresa, si tarea inútil, por su corta duración, si lograda, tras lograda. Magna tarea y con qué ominosos hallazgos de zurrapa y bazofia —adagos—: de zurrapa y bazofia y naderías de que no se tenía memoria ya, y como para de la biblioteca extraer y pasar a la caneca. Y con que hallazgos jugosos —negativos, helás!— de libros próceres, básicos de ellos, y faltantes: fugados libros —mal de su grado y del nuestro— en los bolsillos de amigotes piratas, huéspedes corsarios visitantes, de ocasión —los más— de la bicoca y de la torreta que no mansión. Y próceres librotes básicos, no sólo, sino también tal cual fruslería y cierto ejemplar de la Oploteca (pero no la de Albacete, ni la espada de Sigmundo, ni la gumía

de Fierabrás, ni el verdugillo que nos acompaña desde Bolombolo, donde donáronle a alguno de la cofradía) y —en más— una y otras baratijas-amuletos de las que guárdanse en pandemónico bric-a-brac en la torreta. Se llevaron tampoco la espada de Damocles, que es apenas —de tomada de orín— figura de retórica herrumbrosa, si en perenne suspensión sobre la nuestra testa glabra y mesta y emboinada o envainada (o de boina o de vaina; *ad-libitum*, como siempre).

En la nuestra Quiroteca sobreviven solamente los rojos guanteletes de aquella ella y los negros mitones reticulados de esotra una ella. Intacta la Pinacoteca inexistente. La hemeroteca en reburujo de imposible ordenación tras inoficiosa, hacinada en los rincones y alfombrando —singular alcatifa— la estancia diminuta. ¿Y la Taquimecanoteca? —De la Ceca a la Meca algunas de las ex-integrantes. Otras en seca. Tal en Amecameca. Cual en si peca o no peca. Datos son estos últimos que no diera Ebenézer-el-Sefardita, nuestro bibliotecario en segundo, sino un cierto pesquisante que nos asesora. Intacta la Pinacoteca, dice Ebenézer, y es sólo presunción suya, que no ha buceado en ella aún, y se la tiene a buen recaudo, inexistente. Todavía no informa de la Discoteca. Y el nuestro primer bibliotecario y canciller —Liutprandio Foción— ordenará nuestros Depósitos y niaras de libros

y papelorios, todellos ubicados muy lejos del habitáculo, cubículo, torreta o bicoca que nos asila y nos aísla. Islote es ello mejor que isla, y aún es minúsculo cayo. Y tampoco silo es, sino silillo... Ergo, bicoca, torreta, cubículo o habitáculo que nos aislotea y asilita, o en que encallamos, con no ortografía y sí con lógica idiomática. Con panlógica, para no andar en rodeos, en regateos ni en minucias de poco momento. ¿Y la Fototeca? Como no es un fondo común, cada quisque tiene la fototeca suya y nadie sabe dónde la de cada otro quisque se recata. Y luego del intermedio intermedio...

Pero lo malo es que todas estas cosas vienen a dar en un fracaso irremediable... Julio Laforgue sedujo mi juventud —un tanto añeja (es triste?)—, y Ducasse compartía mi tedio y mi odio: su estro apocalíptico —Maldoror— era más lancinante que mis Rapsodias, vaya!, que mis Rapsodias grises y planas, planas y grises: pero es cierta toda mi melancólica amargura vegetativa, que disuelve la Caravana de los Minutos en aguas quietas y pérfidas y eternas... Tristan Corbière y yo departíamos acerca del Mar, del Mar no visto... (en ocasiones con Leo Le Gris y con Matías Aldecoa). Pero lo malo es que todas estas cosas vienen a dar en un fracaso irremediable... Profetas —que son pajarracos tristes— de pésimo presagio, vaticinaron el Crepúsculo de la Raza de los Ensoñadores Taciturnos (que no será ningún *Goetterdaemmerung* richard-wagneriano!): ya nos vamos. Nos vamos. Ya nos vamos. ¿Y todavía habrá quién ría? Habrá quién ría? ¿Ríes aún, Carolus Baldelarius, con acerbo sarcasmo? ¿Ríes aún, Villiers de l'Isle-Adam, ríes aún de Tribulat Bonhomet? ¿Y tú, normando fino, ríes —Flaubert— de Pecuchet y de Homais y de Bouvard? ¿Y tú, Heinrich Heine ríes, todavía ríes? ¿Y ríes tú, Le Gris, mi hermano,

ríes de Pan-Pingüinia, ríes de Pan-Tontonia? Para reír estamos, Beremundo.

Yo no río. Yo estoy callado definitivamente, y hace siglos. Yo no río, Le Gris. Yo miro todo por cima de los hombros, y hace siglos. Yo no río. No lloro. Discurro distraído. Yo fui de los guerreros que justaron en Trebbia y Trasimeno, al lado del fabuloso Aníbal, —y no hubo tales delicias de Cápua: sino el lógico dispendir de sobrantes calorías. ¿Para qué íbamos a torcer el curso de los astros? — Fui lector de Cristina (y quizás otra cosa muy más dulce: es mentira que fuese marimacho...) Del bravo Carlos Doce fui ayudante. En la hazaña de Béndér, con él iba; ¡Qué paladín heroico! Qué adalid! (y hay quien diga que era una real hembra!) — También estuve en la retirada de Rusia, con el Corso. Víctor Hugo refiere cómo nevaba, cómo nevaba, cómo nevaba siempre... Si fué así, no advertí: era tan divertido Stendhal con sus anécdotas! Y, luego, que, al lado de Miguel Ney subía la temperatura! Pero lo malo es que todas estas cosas vienen a dar en un fracaso irremediable...

Díganlo, si no, todas las que pasaron, noches fugadas, noches prófugas, evadidas, idas, finadas... Aquellas, tan metidas en el hórreo lueño (ya no es posible ir a su caza sino en las nébulas del sueño...)

23 VI 1955

Ver RELATO DE GASPAR (en VARIACIONES ALREDEDOR DE NADA - OBRA POÉTICA, Volumen II).

LIII

Con todo, no deja de tener sus gajes la austera profesión de solitario. De solitario *ad-honorem* y *ad-placerem* que no *ad-hoc* ni *ad-interim*. Solitario de toda soledad. Uno de tales gajes viene a ser..., pero táte! No vas a referir tus secretos y ése menos, que es vitalísimo.

Empero, como dizque todo no vale nada, cualquiera vez contaré mi secreto, que no es propiamente el de Polichinela.

Clavo en la noche los ojos lelos niños absortos ante la maravilla. Y mis oídos oyen música de lontanos violonchelos. Y mis labios pregustan los labios que desean mis hielos —por el aire purísimo vienen sus besos en pausados vuelos—. Y mis narices captan tenue olor de vainilla... Clavo en la noche los ojos lelos. Mi nao al paio treme hasta la quilla. ¿Cuándo les pondré velas a mis anhelos varados, anclados? ¿Mi nave al paio rabiará de celos al paso raudo de la navecilla, la navecilla del primer zote, del primer zote —de trabas libre, libre el zopenco!—? ¡Libre! Y, yo, preso, yo, galeote, y atado a mi bala de grueso calibre... ¿Vayase al diablo la vida, o se enibre de tontos nephentes y en ellos se agote? ¿O rasgue molinos como Don Quijote, aspas de molino, como Don Quijote? Y al golpe responda mi Canto: ¡campana, dulcisona, vibre! — Clavo en la noche los ojos lelos niños absortos ante la maravilla. Y mis labios pregustan tus labios, zagalilla... Tus labios gordezuelos... Mi nave al paio treme hasta la quilla: ¡les pondré velas a mis anhelos! Mis anhelos presienten como has de serme aciaga luego de serme deleitosa... (Y qué quieres que haga? Luego... será otra cosa...). Clavo en la noche los ojos lelos.

Caprichos y dislates de Beremundo son, que no míos. Ni son lelos —sólo miopes— mis ojos, ni los clavo en nada y en la noche menos, ni en las noches.

Ni en todas las que pasaron, noches idas, noches prófugas, finadas, fugadas, evadidas. Ni en aquellas, aquéllas, al amor de los sauzales macilentos, bajo la luna, —como en las baladas, en las consejas y en los cuentos: noches en que Ligéia, de mi brazo, contra mi pecho, iba devanando a mi vera su amor y su martirio, pasional, sensitiva... Ni en esotras, esotras, con mi sóla tortura, laso viandante, por las planas vías de perros, monótonas y lentas, poeanas, —y el delirio en la hispida mente, y el horror... Noches hurtadas al amor, noches en fuga de su vedado camarín, —donde toda delicia nace y todo hastío toma fin—. Ni en cuáles noches, noches en las mesillas del café nocharniego: cerca a mí, ante las copas, El Otro, mi alter ego. Cerca a mí su borrada sonrisa, la luz parpadeante de sus ojos inquisitivos, su voz asordinada, su mente fulgurante, su corazón de Maquiavelo niño, y el tormentado espíritu sobre campo de armiño. Noches en ácidos diluídas y en zumos de terror, —largas y acerbas como frustradas vidas. Todas las que se fueron, noches combustas en ígneas sélvulas venustas. Noches de Xatlí. Noches de Aglae. Noches de Calirróe.

No clavo en ellas los ojos lelos. Dislates y estrafalariedades de Beremundo son, que no míos. Que yo soy serio, a más de solitario, y, por fuera de miope, de indolente y de absurdo.

Peor anda Aldecoa, que se interroga y se contesta y de aquesta guisa o jaez: Oiga: ¿de dónde, de dónde, de dónde que todo es plano? ¿Plano el llano? — Bien... ¿Y el pino contrafuerte? ¿Y el cantil donde se esconde la águila

de pico fino, o el búho —de ojo océano por el verde y por el ritmo hondo y arcano?— De dónde que todo es plano?

Y entreveía Aldecoa su discurso: Yo me fugué, yo me fugué con ala alígera, y el rumbo no lo sabe ni la Rosa de los Vientos! Yo me fugué por la ruta pirática, por la sesga derrota aventurera y en éxtasis mi espíritu! y radiosa la alma mía belígera! y ligera mi mente libre —exórbite y errática— y el corazón al ritmo de los vientos violentos! Yo me fugué de la prisión ominosa... Yo me fugué, dotado de mi risa, dotado de mi burla y mi sarcasmo y del desdén y el odio y el desprecio: y no topé con quien trabar la riza, con quien pugnar de iluso contra necio, de raro a tonto, en cerebral orgasmo... Yo me fugué, Juglar, Juglar descaecido, tras de la maravilla del olvido... Me fugué yo —el mas cuerdo— de los absintios opalescentes del recuerdo: bah!, de dos modos, de lo conocido tras lo sabido... Yo me fugué. Juglar, Juglar descaecido, tras de los arreboles opulentos: y el rumbo no lo sabe ni la Rosa de los Vientos! El espíritu extático, ardecido, irradiante, —la ánima gozosa, y el corazón al ritmo de los vientos violentos! Yo me fugué de mi prisión ominosa... Yo me fugué... Mas nó: si no he partido ni acaso partiré: si uncido, anclado, si al paio estoy! Si soy el forajido del Bredunco, evadido y capturado... Y lo canto en mi verso desalado —nunca sonoro y nunca asordinado fríamente: sino cambiante y trunco (como el ritmo del Viento y del Bredunco): paralelo al tenor de lo cantado, función de lo sentido... Y lo torno a cantar en desbridado verso, no gritador, ni encendido con falsas lumbres, ni de fermentido mentido sabor no catado... Oiga: ¿de dónde, de dónde, de dónde que todo es recto? ¿Recto el Justo? — Bien. ¿Y el Torvo? ¿Y el Felino? ¿O el Débil, donde se esconde ya el gerifalte de corvo pico, ya el servil y abyecto —por la abulia y el humor laxo o erecto?

Esas son las moxinifadas del amigo Aldecoa, que no ninguna de las mías, ni siquiera de las atribuidas a mi por malquerientes comparsillas, como aquel RELATO DE GUNNAR FROMHOLDT —y hoy, al fin, di con el Joby, con mi Joby?

Pero antes de hablar de El Unicornio, de la Licorna, del Tapir, de la Uña de la Gran Bestia y de mi Joby, como hoy si la soledad, la soledad virtual, no tropo, truco no de retórica. La soledad conmigo. Tamára. Yo sólo soledad oh soledad! De convivir con ella, de vivir todo en ella, ya soy la soledad. Y no pavórica: gaya soy soledad alborozada, jubilante y eufórica, si en veces cogitante, si en veces taciturna. Ya ninguna Annabel es una urna. Ya ninguna Ulalume es entidad...

Así que, antes de todello y lo otro viene lo de GUNNAR: Oh fulvo río Nus, ululante, roqueño, oh río en el que el ojo clava su ardiente jade: —del tren al caligíneo hervor— al sér transido frente de tí, tu salvaje invade. Oh río en el que el ojo clava su ardiente palpo, túrbido Nus, cuando la tarde hosca fenece: —del tren al caligíneo hervor—, el sér atónito frente a tu salvaje se alza y se crece... Río, en tu orilla un viking la ceniza vil de tus oros persiguiera..., en balde; medio siglo empeñóse en horra búsqueda: de azar apenas...! No de cieno jalde! Río, en tu orilla un viking la ceniza vil de tus oros persiguiera...! Oh Nus, oh Nus de oros ilusos —como el Nare y el Porce— para el viking de ojos de fabuloso azur! Soy cansado epigón de su raza soberbia: en mí su fuerza y su osadía, en mí su gesto desdeñoso, y el fuego frío de la aventura, y el corazón en ascuas bajo el glacial asbesto! Soy cansado epigón de su zahareña estirpe: en mí su orgullo y su hosquedad y su acerbía: y en mis ojos su sed de odiseas refule, que, en ficciones resuelve y en fugaz fantasía! Y a dónde irá mi espíritu sin rumbo? ¿Dónde está

el fin de mi viaje evasivo? Biznieto de ese viking, no busco ningún oro: la ambición me es extraña, y al acaso derivo... Y a dónde irá mi corazón exórbite? Donde el aduar y la tienda radiante y la endrina gacela de alucinados ojos, de boca enardecida, de regazo odorante? Dónde está el fin de mi viaje evasivo? Y en cuyo acantilado destrizarán mi leño la furia de los ávidos vientos vertiginosos y mi deseo ilímite y el desbridado ensueño? Al acaso derive...! Azar y azur me roben! Azar y azur me traigan! Azar y azur me lleven! Al acaso discurra... Y en hórridas hejíras cruce los arenales que los vientos se beben! Al acaso. Sin rumbo. Sin fin. Y sin objeto. ¿Cuál ambición más amplia que errar como las ondas, vagar como las nubes, girar como los astros: locamente..., o regido por mecánicas hondas? Al acaso. Sin rumbo. Y hacia un amor emproro? Yo ansío esa gacela que mi sér adivina, yo busco esa gacela que mi ensueño conoce...? Yo te he de hallar, gacela ruborosa y felina... Oh fulvo río Nus, ululante, roqueño, oh río en el que el ojo clava su arpón buído...: —del tren al caligíneo hervor— la mente en fuga, frente de tí se exalta con tu fiebre y tu ruido... Y a dónde irán, mi espíritu errabundo, mi corazón pirata, mi abulia, mis sedes? Y a qué saberlo, oh viking, si el rumbo más extraño la Rosa de los Vientos lo capta con sus redes? Al acaso. Al acaso. Y hacia un amor navego? Soy cansado epigón de una estirpe del mar: ¡en mí, insurrectas, baten alas emigratorias, comban sus vientres velas encinta del azar...!

Mal estaba el pobre Gunnar, cuando viajaba del Túnel de la Quiebra rumbo a Puerto Berrío... Dolor de oído? Fatiga cerebral? Encefalitis letárgica? Nada se sabe. Nada se sabe... Lo que no se ignora es que Gunnar empeoró. Y de qué manera! Se cambió el nombre y los apellidos y le dió por llamar piano a la noche, y a la Noche Morena y endilgarle a todello FANTASÍA QUASI SONATA. En realidad.

Y empieza así su guirigay: Noche, piano de ébano: pulsán tus teclas negras, como garfios, los dedos rígidos de mi pena, Noche, Noche Morena, oh Noche, oh piano en que Beethoven sollozara un arioso dolente, si no un adagio sostenuto! Pulsan, punzan mis dedos tu teclado impasible, tu teclado morboso, hipersensible, —con el deseo absurdo, con el propósito imposible de trocar en sortilego, inasible tejido de armonías perdurables, la haza acerval de trastrocadas fantasías que se embarullan en el caos diminuto de mi mente, oh Noche, oh piano en que Beethoven sollozara un arioso dolente si no un adagio sostenuto! Oh Noche, oh Noche, ¡innúmero, infinito teclado de abenuz, irremisible! Noche sin Vallas, Selva de Estrellas, Sima de Himnos Errantes! Y has de vibrar como la tormenta, al choque de mis rígidos dedos lancinantes, oh Noche, o de extenuarte en pavoroso silencio! En pavórico silencio: ¿de dónde ese silencio de sílex, y por qué extáticas las esferas bullentes? ¿Qué *Goetterdaemmerung* apocalíptico —sin estridor de trompas ni de bocinas ni de tubas— plasmó en quietud y en mudez el ágora vasta? Oh pavoroso silencio de la Noche lívida de tempestades distantes... Noche, Noche Morena: pulsán tus teclas negras, como garfios, los dedos rígidos de mi pena. Noche, Noche sin lindes, Noche, Selva de Orbes, Piélago de Himnos Errantes: ¡oh piano en que Beethoven martillára un frenético presto agitato de otra Claro de Luna!... Y eso es el mero *Preludio*.

La FANTASÍA en guirigay se agrava más y más, pues luego vienen otros movimientos: un Tema (en forma de Lied) y variaciones libres (siete variaciones), después una *Fugueta para dos voces* —contralto y barítono, es un decir— y finalmente el consabido *Allegro Agitato*, que concluye: Yo busco tu refugio, oh Noche, oh pulcra Noche, Noche ligeia —toda sutil encanto—, oh Noche toda amor, toda supraterranea

delicia...: Esta es la Noche, la Fraterna Noche, Noche Amante, Noche Lustral...: mi Noche en Extasis!

(La cual Noche y Noche Morena era —y es—... pero ello es otra historia que no voy a referir...) Cuanto a mi Jóby... Buenas Noches.

30 VI 1955

Ver SONECILLO - NOCTURNO N° 13 - RELATO DE ALDECOA - *Hoy si la soledad* - RELATO DE GUNNAR FROMHOLDT y FANTASÍA CUASI UNA SONATA (en VARIACIONES ALREDEDOR DE NADA y POESÍA NO INCLUIDA EN VELERO PARADÓJICO - OBRA POÉTICA, Volúmenes II y III).

LIV

De conformidad y unánime —que somos multánimes— acuerdo y según las últimas informaciones de ésta semana —y en tecnicolor a lo que infiero—, informaciones que quizá coincidan en cifras con las cifras del propio texto princeps de Daniel de Föe (y digo Föe por razones obvias eufonéticas) (y digo que quizá no lo releo desde hace cuatro lustros, en cuanto aquesta obra y libro), según ello (insisto) el héroe della y dél, Robinson Crussóe, demoró en la su isla quimérica o real, veintiocho años, pocos meses y unos días en mas: cuatro semanas largas de años —entonces—. Semanas de años, semanas sin Viernes y semanas con Viernes ya, semanas de años. Y en todas ellas las cuatro, a la su vera la su cacatúa, ara, lora o guacamaya, de las parlantes. Veintiocho años, los

meses dichos y los días que fueran ellos, en leda soledad, aislación amena y mudo soliloquio ameno y ledo. Interrumpido —el monólogo interior— de vez en vez, por los diálogos —externos— con la cacatúa. Y soledad y silencio interrumpidos cuando dábale las lecciones de inglés básico a Viernes, los miércoles y sábados, a la hora de nona, tras el yantar opíparo, después de la lectura de la Biblia —lectura ésta cotidiana y no sólo nocturna— y entre vaso y vaso de ron antillano, ginebra de Holanda y cognac girondino (y de aguardiente de palma también, seguramente). Salvo aquesto, soledad o solura, soliloquio, monólogo interior... Acre, acérrimo, acerbo monólogo interior, como cuando Robinson decía: ¿por qué diantres y redemonios coronados no se le ocurriría al amigo De Föe darme la compañía de Lady Roxana magüer casquivana, o siquier la de Moll Flanders —casquivanísima otrosí—, y todavía —y mejor— la de entrambas heroínas suyas y de una tercera en más, coadyuvante. Ergo: todos co-héroes, ellas y yo, Robinson Crussóe de York, solitario de toda soledad, solitario de mi? Como eso de proponerse mi ilustre autor y a expensas mías (y de ellas a juro) escribir las aventuras, peripecias y relato o novela del solitario? Del solitario absoluto, total, malgrado mío? Y a mis espaldas y sin consultarlo con el interesado y víctima y con ellas, damas, damas galantes? Soledad de soledades y sólo soledad! Punto. ¿Pero, qué va a saber

de soledades, Robinson Crussóe, de York, si es mayor soledad —y ésa si suma— la soledad del solitario entre la multitud. Del solitario rodeado, asediado de momias y fantasmas y entelequias aún y de Ladies Roxanas, de Molls Flanders y de todo género de cacatúas, y de Viernes y Sábados, domingos tediosos y de lunes abominables, martes de mal agüero, miércoles de pésimo augurio, y de jueves Bajo el Signo de Leo, peores que si Bajo el Signo de Saturno? Que iba a saber de soledades, Róbinson. Y qué de otras soledades, distintas a las suyas sobre-poéticas, don Luis de Argote y Góngora? Y..., pero el caso y otro es éste: Como parece imposible —por acá— salir del monólogo perenne, así sea o fuera para entrar en el diálogo —y si entrárase, a queste conmigo mismo o con alguno o algunos de mis complacientes valedores y cuasi cómplices—, o sea para zabuhírme, zampuzando, en ciénagos y paludes deletéreos, o para imbuírme, icarino, sulcando azúreas, aéreas rutas, en intentos —intentonas de urdir otra ficción, otras ficciones, de las noveladoras —a ellos y a ellas alérgico, sin duda— seguro por ineptitud e inaptitud latentes, —no comprobadas— ya que en jamás se ensayó —por estos dominios— tal empresa, y así aún no sábese si la inaptitud teórica y si la ineptitud presunta, son o sean reales, pretendo (tras el paréntesis) persistir en el inane soliloquio, y mientras... Mientras otra cosa se resuelve. No será mejor eso, mejor que dedicar

los ocios y vacancias a la escribanía subalterna de MEMORIAS? Subalternas es un erróneo decir. De las MEMORIAS, de las mías y de las de Baruch y de las de mi pariente Bogislao? Y tan apócrifas ellas las ajenas como las propias mías. Todas ellas fruto, fruto maldito, y del Apocrifario... Pero sí desistí de inmiscuir y mezclar el apocrifario en esa maraña, en ese cafarnaúm de las MEMORIAS DE BEREMUNDO.

Del amnésico innumerable, del impertérrito grafómano —grafómano al dictado— que es analfabético Beremundo, a más de lelo— y cuyo soy yo el escriba, el escribano vano, vanilocuo, vanilocuaz a locas y a tontas, como no se escapa al buen sentido, al buen sentido común...

¿Y ésa sonrisa para quién? Barrunta mi soledad, que en ésa faz se posa, quizá de mármol -como fría y tersa-, talvez de fuego —como ardiente y rosa—: Mas se recata imbele y cejijunta, y en la prisión original inmersa.

¿Y ésa sonrisa para quién? —Pregunta... Pregunta por ahí, que alguien no faltará que te conteste. O que te mande al Báratro, al Orco o al Cocito. O no preguntes a nadie, y déjala para tí, la sonrisa. Que andas a caza de ellas, de sonrisas y risas, como a caza de carcajadas, de las llamadas homéricas —que son heroicas y atán serias—, o de las carcajadas rabelesianas, de drolático, pantagruélico, gargantüesco estrépito y de tal y par

sabor... Y oye éste consejo del zahorí y del sabio: No dejes nunca ningún resabio sabio, de esos que en profusión te son adorno y lujo. Ni te cures de tus sacras lacras, omniscios vicios patricios, ocios no beocios ni bocios, fobias, alergias, jóbis y deliquios, caras taras preclaras. Sigue, sigue en tu Ley. En tu Ley sin ni Roque, sin ni Roque ni Rey para un enroque. Sigue, sigue, oh Juglar inverecundo... Juglar ebrio de añejo y hodierno mosto clásico o filtros letales. Si Dionysos o Baco. Baco rubio o Dionysos de endrino cresco casco de obscuro falerno. Trovador para el lay venusino. Juglar ebrio de bocas o vino: te dominan las fuerzas sensuales —hondo amor o femíneo arrumaco— trovador, amadís sempiterno. Te saturan los zumos fatales —denso aroma, perfume calino— del ajenjo de oriente opalino.

Sigue, sigue, que poco tiempo te falta, y el tiempo que te queda no sobra, ya que el tiempo que pasó malbarataste. Sin que vayas a cantar la Palinodia del Tiempo Perdido, ni la Elegía luctuosa del Tiempo Fugado, entona tu Peán Jubiloso del ardite, del bledo, de la brizna de Tiempo que te resta. Sigue, sigue, que no es el tiempo Oro, como vozna el panmídico beocio cuando sueña... Que no es el Tiempo Oro, sino sangre y espíritu y pasión, gayos deleites, lancinante angustia, dolor, dolor —con amenos remansos de mansuetud y de eutrapelia. Sigue, sigue, oh Juglar inverecundo, verecundo poetete, filosofículo sofisticado, funámbulo sonámbulo malabarista, inane, imbele, baldo valvasor, trovero trovador trovadorante tras ribaldo. Y el Róbinson? Qué va a saber de soledades, Róbinson, y qué va a saber de silencio. Y era Crussóe el de De Föe! ¿Y qué decir de aquestotros Robinsones? ¡Oh Robinsones, oh Robinsones de tres al cuarto, definitivamente cómicos! Nos sitia el Mar de los Yerbales, sin cobras, bah! sin tigres ni pitones! Oh Robinsones, oh Robinsones ultra prosaicos! oh Robinsones banales, banales! (y es galicismo inútil y de los más triviales). Nos sitia el Río de Barro de la Trocha. Nos sitia el deseo abúlico de estar quietos. Oh Robinsones desuetos, oh Robinsones obsoletos, oh Robinsones mansuetos, oh Robinsones en la almadía...

¿siquier en la almadía de LA MEDUSA? Y llovía por entonces y de qué manera. Y desde entonces hasta hoy cuánto lloviera y llovió y llueve. ¿Es el Diluvio, acaso? ¿Es el Diluvio, por ventura? ¿El Diluvio? ¿Es el Diluvio? Esta es el Arca, al menos. Noé risueño y rubio (y báquico) yo soy. Y hay animales de múltiple linaje, de toda catadura, a mi alrededor. ¿Es el Diluvio? ¡Es el Diluvio! Pero que el Arca se vaya a pique! a fondo! con todo el equipaje! Pero que el Arca zozobre, pero que el Arca naufrague, naufrague! sin paloma correvedile, sin Ararat intruso, alto y orondo!

De esta guisa disparató —hace rato— disparatará y disparata Beremundo. Beremundo el Grafomaníaco, si analfabético, el Cacofoníaco, si quodlibético, el Dromomaníaco esquizoide, el Psicósico esquizo frenético! El... Punto. Quienes dirán que yo le tengo rabia, inquina y tirria a Beremundo, y no hay tal, ni nada que a ello se asemeje. Y no lo detesto ni abomino dél ni me es antipático. A lo mejor ese aparente maltrato obra en función de mi cariño: a ver si se corrige y cura, si sana y se adocena y conforma y se ahorma. Fraternal tironcillo de orejas, monitorio. Paternal reprimenda sumamente pedagógica (y es concepto de don Os, el didascálico de órdago).

Gira y se desbarata la Sonata por espirales infinitesimales. Yo ya venía, yo siempre estoy viniendo de alguna lejanía subconsciente o estoy siempre en camino hacia otra Utópia. No ven mis ojos nada. Mi espíritu sí copia, mis oídos sí captan la absurda geometría —como la imagen cósmica las antenas mentales—; buzos ellos; espíritu, el azor, nefelibata. Yo siempre estoy llegando de alguna lejanía —de la misma, quizabes— corazón soterrano... Desde el

primero día y hasta la última noche ventura...; es éste el año? ¡Quién lo sabrá! —Me dieran franca vía! Joyoso singlaría! ¡Alegría! ¡Alegría! y en la nao de pinos o de estaño! — Yo siempre estoy llegando de no se sabe dónde... Quizá de dentro de mi cosmos mismo, girando a orillas de mi propio abismo —como a la mi nesciencia corresponde—. Soy de muy más Villamediana conde si marqués de la Marca de mi Ismo... Yo estoy siempre tornando de alguna lejanía desde el primero día. Cansado estoy de Bienes y de Males, buzo topo o azor nefelibata... Gira y se desbarata la Sonata y en espirales infinitesimales...

y a todas éstas que será de mi jóby? Y ésto ya se terminó... ¡por esta vez, helás!

7 VII 1955

Ver CANCIÓN NOCTURNA (en FÁRRAGO - OBRA POÉTICA, Volumen II).

Hay varios manuscritos: a) De conformidad con ellas y según las últimas informaciones de esta semana, informaciones que quizá coincidan con las cifras del texto de Daniel de Foe —no lo releo desde hace cinco lustros, en cuanto aquéste libro— el héroe dél, Robinson Crusoe, demoró en la su isla veintiocho años, tres meses y unos días: cuatro semanas largas de años. Semanas de años sin Viernes y con Viernes, semanas de años. Y, en todas ellas, a la su vera la su cacatúa, ara o lora. Veintiocho años, tres meses y unos días en leda soledad y ledosoliloquio: interrumpido —el monólogo— de vez en vez por los diálogos con la cacatúa, y soledad y soliloquio interrumpidos cuando dábale las lecciones de inglés básico a Viernes los miércoles y sábados a la hora de nona, tras el yantar, después de la lectura de la BIBLIA —lectura ésta cotidiana— y entre vaso y vaso de ron antillano, gin holandés y cognac girondino. Salvo aquesto, soledad, soliloquio, monólogo interior... Como cuando Robinson decíase: ¿por qué diantres no se le ocurriría a de Foe darme la compañía de Lady Roxana o siquiera la de Moll Flanders, y aún —y mejor— la de entrambas heroínas suyas, ergo co-héroes, ellas y yo, Robinson Crusoe, solitario de mí? Cómo eso de proponerse

Mi Autor y a expensas mías, escribir las aventuras, peripecias y relato o novela del solitario? Y a espaldas mías y sin consultárselo al interesado y víctima? Pero qué va a saber de soledades, Robinson, si es mayor soledad que la suya, la del solitario entre la multitud, del solitario rodeado de momias y fantasmas y entelequias, y de Ladies Roxanas, de Molls Flanders y de todo género de cacatúas y de viernes y sábados, domingos tediosos y de lunes abominables, martes de mal agüero, miércoles de pésimo augurio y jueves bajo el signo de Leo, peores que bajo el signo de Saturno? Qué va a saber de soledades, Robinson. Y qué de otras Soledades, don Luis de Argote y Góngora? Y... el caso es éste: como parece imposible salir del monólogo perenne, así sea para entrar en el diálogo —y aquéste conmigo mismo o con alguno de mis complacientes valedores y cómplices—, o sea ya para zabuhirme, zampuzando, en ciénagos deletéreos, o para imbuírme icarino sulcando azúreas aéreas rutas, en intentos de otra ficción de las noveladoras —a ellos y ellas alérgico, sin duda por inaptitud e ineptitud latentes, ya que jamás se ensayó tal empresa y así aún no sábese si la ineptitud y sí la inaptitud sean reales—, pretendo persistir en el inane soliloquio, mientras... Mejor que dedicar los ocios a la escribanía de memorias?, de las mías y las de Bogislao —tan apocrifas las ajenas como las propias, todas fruto del apocrifario—. Pero si desistí de inmiscuir al apocrifario en esa maraña de las memorias de Beremundo, el amnésico innumerable, el impertérrico grafómano al dictado —que es analfabético— y cuyo soy el escriba, el escribano vano, vanilocuo, locuaz a locas y a tontas, como no se escapa al buen sentido común. ¿Y ésa sonrisa para quién? Barrunta mi soledad, que en ésa faz se posa, quizá de mármol —como fría y tersa—, talvez de fuego —como ardiente y rosa—: Mas se recata imbele y cejijunta y en la prisión original inmersa. ¿Y ésa sonrisa para quién? Pregunta por ahí, que no faltará alguien que te conteste. O no preguntes, y déjala para tí que andas a caza de ellas, de sonrisas y risas como de carcajadas de las homéricas —que son cosa seria— o de las carcajadas rabelesianas de drolático estruendo y tal sabor. No dejes nunca ningún resabio sabio de esos que en profusión te son adorno

y lujo. Ni te cures de tus sacras lacras, vicios patricios, ocios no beocios, fobias, alergias, hóbys y deliquios, taras preclaras. Sigue, sigue en tu Ley, ni Roque ni rey para un enroque. Sigue, sigue, oh Juglar Inverecundo, Juglar ebrio de añejo y hodierno mosto clásico o filtros letales. Si Dionisos o Baco. Baco rubio o Dionysos de endrino cespado casco de obscuro falerno. Trovador para el lay venusino. Juglar ebrio de bocas o vino: te dominan las fuerzas sensuales —hondo amor o femíneo arrumaco— trovador, amadís sempiterno. Te saturan los zumos fatales —denso aroma, perfume calino— del ajeno de oriente opalino. Sigue, sigue, que poco tiempo queda, y el que queda no sobra y el que pasó malbarataste. Sin cantar la palinodia del tiempo perdido, ni la Elegía del tiempo fugado, entona el Peán Jubiloso del ardite de tiempo que te resta. Sigue, sigue, que no es el tiempo oro como sueña el panmídico beocio, sino sangre y espíritu y pasión, gayos deleites, lancinante dolor con amenos remansos de mansuetud y eutrapelia. Sigue, sigue, oh Juglar Inverecundo, verecundo poetete, filosófico sofisticado, inane y baldo valvasor, trovador tras ribaldo. Y el Robinson? Qué va a saber de soledades Robinson y qué va a saber de silencio. Y era Crusoe el de Foe! Y qué decir de aquesotros Robinsones? ¡oh Robinsones, oh Robinsones de tres al cuarto, definitivamente cómicos! Nos sitia el Mar de los Yerbales, sin cobras, bah!, sin tigres ni pitones! oh Robinsones, oh Robinsones ultra prosaicos! oh Robinsones banales, banales! (y es galicismo de los más triviales) Nos sitia el Rio de Barro de la Trocha. Nos sitia el deseo abúlico de estar quietos. Oh Robinsones desuetos, oh Robinsones mansuetos, oh Robinsones en la almadía... ¿siquier en la almadía de LA MEDUSA? - Y llovía entonces y desde entonces, hasta hoy, cuánto llovió. Es el Diluvio, acaso? Es el Diluvio, por ventura? El Diluvio? Es el Diluvio? Esta es el Arca, al menos. Noé risueño y rubio (y báquico) yo soy. Y hay animales de múltiple linaje, de toda catadura, a mi alrededor. Es el Diluvio? ¡Es el Diluvio! Pero que el Arca se vaya a pique! a fondo! con todo el equipaje! Pero que el Arca naufrague, naufrague! sin paloma correvedile, sin Ararat intruso, alto y orondo! De esa guisa disparató, disparatará,

disparata Beremundo el Grafomaniaco si analfabético, cacofoníaco si quodlibético, dromomaniaco esquizoide, psicósico esquizofrenético. Punto. Quienes dirán que yo le tengo rabia y tirria a Beremundo, y no hay tal ni nada que a ello se asemeje. A lo mejor ese maltrato obre en función de mi cariño: a ver si se corrige y cura, si sana y se adocena y conforma. Fraternal tironcillo de orejas, monitorio, paternal reprimenda sumamente pedagógica (y es concepto de Don Os el didascálico).

Como ayer apenas llegó a mis manos la Antología de Andrés Holguín, y de Poesía Francesa, en la próxima vez hablaré della con ánimo muy prevenido en favor de la hazaña y muy desprevenido el juicio

7 VII 1955 (manuscrito incompleto)

b) Según las últimas informaciones —que quizá coincidan con la cifra del texto de Daniel de Foe—, —no lo releo hace cinco lustros— el héroe de aqueste su libro, Robinson Crusoe, demoró en la isla 28 años: cuatro semanas de años; y semanas de años sin y semanas de años con Viernes y en todas ellas a la su vera la cacatúa. 28 años, pocos meses y unos días en ledó soliloquio, interrumpido de vez en vez por sus diálogos con la cacatúa y con las lecciones de inglés básico que dáale a Viernes los miércoles y sábados a la hora de nona, después de la lectura de la Biblia, lectura cotidiana y entre vaso de ron antillano, de gin holandés y de cognac del Garona. Y se decía Robinson: ¿cómo no se le ocurrió a De Foe darme la compañía de Lady Roxana o siquiera de Moll Flanders y aún la de entrambas heroínas suyas, ergo co-héroes ellas y yo, Robinson solitario de mi? Propónese mi autor escribir la aventura, la novela del solitario y sin consultárselo al interesado...

7 VII 1955 (manuscrito incompleto)

c) Como parece imposible salir del monólogo, así sea para entrar en el diálogo —y conmigo mismo o con alguno de mis valedores o para zabuhirme, zampuzando, en ciégaos deletéreos o imbuírme icarino sulcando aéreas rutas en intentos de ficción noveladora - a ellos alérgico, sin duda por inaptitud e ineptitud latentes ya que jamás ensayé tal empresa y así todavía no sé si la ineptitud y la inaptitud sean reales, pretendo persistir en el inane soliloquio, mientras. O dedicar mi conato a la escribanía de mis memorias y las de Bogislao —tan apocrifarias las ajenas como las propias.

Sólo tus labios, sólo;
 sólo de un par simpar besé las cimas,
 las cimas róseas, ésa tarde, amára,
 ámara amára, esquivar de iterar
 témes —del fauno añejo— de tí misma?
 témes el máximo éxtasis probar?

Porque sí desistí de inmiscuirme en esa mañana de las memorias de Beremundo el amnésico innumerable, el impertérrito grafómano al dictado —que es analfabeto— y cuyo soy el escriba, el escribano vano. Ámara amára de no querer amar

7 VII 1955 (manuscrito incompleto)

LV

Por aquí anduvo un día mi admiración díjeme al releer, por vez enésima, HISTORIETAS DESUSADAS, del señor José Homecillo, —mientras el tren deslizaba y sacudía sobre los railes su sarta de wagones lechos. Yo iba en viaje de negocios —de negocios de otro— aproximadamente entre las estaciones de Rétvik y Falún. En viaje de negocios de otro, —el más propicio viaje para anotar impresiones—, pues los demás viajes: los que motivó

un afán de amor o el odiseico *deseo de viajar*, o algún propósito científico—, nunca me dejaron campo baldío donde erigir castillos ni chozas, ni sobrante anejo para el tramar de fugaces apostillas, y, menos, densos ensayos plúmbeos. En viaje de negocios, de negocios ajenos —¿compra de maderas? ¿reventa de sederías y abalorios? ¿cambio de lámparas viejas por lámparas nuevas?— leía el libro, releía el libro, libro que antaño sedujera mi pueril despertar. Y —cosa rara, caso estupendo—, la misma o semejante que sintiera, vine a sentir de nuevo, vine a sentir ahora, ya caduco y desmejorado, con el espíritu repelente y adversario caprichoso de cuanto supo divertir o acertó a interesar mi incauto ser primileylene (de hace casi medio siglo). Este libro, HISTORIETAS DESUSADAS, del señor José Homecillo, es notoriamente bueno. Quiero decir, agradable. Relata el vegetar indiferente de un tipo anodino que nunca dio qué decir, ni nunca obró de modo remarcable (Galicismo diría aquí Zoilo, el cetrino Zoilo que ocurre en cada vulgo) (Pero si existe marcar, remarcar y marcar puede ser señalar a uno por alguna cualidad...). Relata el vegetar indiferente de un tipo anodino, con su cortejo alrededor: comparsas aún más desvanecidos: la Circecilla usual, dadivosuela de lo suyo; la otra, Calypso, un poco más lontana (¿menos accesible?), —lo consabido, vámos... El vegetar indiferente de un tipo anodino, ficha impersonal, sonámbula, inconsciente casi del vivir, del

durar —carne de vida, masa, base o componente muy mayoritaria del *Mundo*,— que sirve de pretexto, excipiente, en un cierto sentido, de blanco de distracción, cartabón comparativo, a las innumerables minorías y disolventes, —minorías bizarras, que, de esta guisa, hacen sus vidas excepcionales y anómalas, mientras el clamoreo enemigo y desaprobante. Tipo que yo, Gaspar, conozco, que tú, Matías, que tú. Palinuro, conocéis..., que no conoce nadie: tipo que aquí y acullá se llama o se deja llamar Antón, Iégor, Chaverra o Lebrun, y que, a lo sumo, sabrá tener su cédula antropométrica, sus marcas dactilares, pero no nunca una morfología suya, intelecto-moral-sensorio-psíquica (como diría el Pedante), pues no dona de sí para tamaños superfluísmos. Y lo que vale más en el libro (*HISTORIETAS DESUSADAS* de José Homecillo: 917 páginas) es éso: que no mármoles ni pórfidos, jaspes ni jades suntuarios, Ofelias ni Beatrices, sino vulgar, desprestigioso barro sirve al edificar de la novela. Y de ese barro surge la figura, sin relieves ni símbolos pobretes, sin atributos legendarios, emblemáticos, sin arrequives ni ornamentos, apéndices ni garambainas. Trozo de vida, palpitante y burdo y cruel; de vida plana y lenta: descaecida historia de un tipo inútil en el llamado bullir humano... Tan inútil como yo Gaspar, como tú, Matías, como tú. Palinuro... Tan inútil, que no serviría —quizá— ni para Zoilo cetrino de su aldea...

Bella obra, si no de la categoría de EL RETRATO DE JENNY de Robert Náthan. Punto.

Cuando aquel otro hacía sus primeros pinitos poéticos, —nos cuenta el caporal Jean Servien, del séptimo regimiento de húsares, Jefe de Escuadrón Miguel Ney, coronel Grenier, Jefe de Brigada Colaud— perpetró *aquel otro* cierto soneto, harto malo —sobra decirlo— y era el soneto de aquel otro o de Jean Servien, como así: Catorce de Julio me trae memorias, no de la Bastilla, Danton ni Marat, sino de proezas en que siempre está rútilo el acero de hazañas y glorias... Rhin, Mosa y Mosela relatan historias algo más que homéricas, como se verá.

Como se verá si al caporal Jean Servien lo acude la Minerva y puede recordar alguna vez el resto del soneto y la docena de sonetos de la secuencia. El resto del soneto seguramente suyo, que no de *aquel otro* cuando hacía sus primeros pinitos poéticos, poco después de la Toma de la Bastilla y en la Bastilla de Polito o en el Puente de la Toma, en la Villa de la Candelaria de Aná del Aburrá...

Y aconteció que anduve por Citeres, Señora, y que en Citeres todo me decía su gracia venusina, oh Proclive, que ningún beso sacia, ningún espasmo quiebra, ningún amor desflora...

Como que la señora de este cuento es MI SEÑORA DOÑA MUERTE, en concepto de eruditísimos exégetas, escoliastas y zahoríes de los más buídos, astutos y sagaces; sumamente licurgos ellos... Y en cuanto al resabio poético...

Todo sabio resabio implica agravio del mendaz y el rahez. Lo dijo Grullo, después de La Palice y antes del Bobo. Y lo dijo —según narran— con dogmático labio, inane orgullo, inmarcesible arrobo. Todo sabio resabio implica agravio. Y el más sabio resabio es el resabio de tomar con las pinzas el agravio y echarlo a la canica o la caneca... —miércoles, viernes, lunes—: y concluye el monitorio moralista de cartón-piedra, enfático: Más torpe que de arenques o de atunes, bote o lata, de salmones o truchas, o de buzos de Archivo y Biblioteca copia y cardumen y en secuencias muchas...

Mucho más torpe, aquél que de la meca, la taquimeca, va detrás, de la Ceca a la Meca, en tonta hegira o en gira igual detrás de la hetaira... Fulana, ora de fuste, otrora ni de fuste la Zutana. Lo dijo La Palice, antes que Grullo y antes que el Bobo, y con inane arrobo, pazguato orgullo y labia o verba atan majaderana. Un qualque otro bausán igual dijera, ya tarambana o pitre, ya pillín o bufón, ora tronera... También ocurre —a veces— que todo es la mentira y que el resto es verdad, si no parece. No parece y ni vale ni la pena. Y ésto último ignoro quién lo dijo...

Y aconteció que anduve por Citeres, Señora, y que en Citeres todo me decía tu gracia venusina, oh Proclive!, que ningún beso sacia, ningún espasmo quiebra, ningún amor desflora... De las Filosofías por la atediada agóra avizoró mi espíritu sutil o torpe..., y hacia los quiméricos cármes de la gris ataracia, enfilo mi cansancio que un hastío decora...

Y ataraxia con ce por poética licencia y prosódica exigencia. Y faltan todavía los tercetos. Ya acudirán a mi amnésica memoria. Hasta la más bella Peri, periclita y caduca, descaece y se mustia, languidece y se extingue..., y aqeste es juicio de Salomón, el hijo primogénito de David y Bethsabé la ex-de Urías...

Y acudieron los tercetos: La Alegría! Embriagueces! Burlas! El Verso... Todo... y un amor encantado, celeste, puro —a modo de esos aéreos, vagos, que eternizara Poe... De Citeres retorno... Todo es sereno: gira mi sér al ritmo grave de mirras y de alóe... ¡y a tí, Señora, oh Muerte, mi deseo suspira!

Estaría por entonces de remate el vate orate! Y continúa en producción intensiva la Fábrica de Aforismos, fábrica de productos sin mercado y sin demanda, claro, y también, afortunadamente, sin oferta, en plan de negocio, digo. Fábrica de Aforismos y Pamplinadas del más excelso pedigrí... Intúyese, por indicios que se irá analizando, de que se irá tratando a su tiempo, que *aquel otro* quídam bulle en el plan de hacerse serio, sumamente ponderado, de convertirse en tipo standard formal y corriente, tipo lontano de la su

bizarría de *por vida*, y vecino de la cordura. Cordura que no conoció jamás, en ninguna de sus avatares. Se tornará *aquel otro quídam* ahorrativo, en más (si muy en muy poco, que sus medios no llegan ni a cuartos), y anda tan mal de cuartos como óptimamente de cuartillas, de cuartillas en blanco para las macular con sus garabateos pseudo-poéticos y, precisamente, exactamente garabateos anti-tales. Y es concepto de Tales (de Mileto). Y ahorrativo se tornará, no sólo de sus inexistentes denarios o precarios si existentes denarios sobrantes, sino también ahorrativo de sus reservas mentales, cordiales, sexuales y afectivas. Va a hacerse egoísta *aquel otro quídam*. Egoísta y hermético. Indiferente, displiscente y duro. Concentrado, reconcentrado, egocéntrico, desdeñoso, frío, gélido. Elato otrosí y despectivo. Ahorrativo también de sus palabras dichas o escritas y aún tácitas. Que no hablará ni para sí, como en silencio solía. Ahorrativo también de su pensar como de su sentir, su imaginar, su soñar, su inquirir, su vagar —de la mente— y su ir y venir —del su meollo—. Se intuye que anda en ello, aquél otro quídam, el bizarro y excéntrico de ayer, y generoso y altruista, ogaño próximo misántropo, licantropo non troppo, si estepario (Y no es tropo: que es verdad que no poco apocopo).

¿Y el estepario?

Hélo que viene por el linde en sombras, hélo que viene, en júbilo, danzando. Como hubo un día denso de espiritual aroma, como hubo un día diáfano, de pagana delicia, hélo que viene por el linde en sombras, hélo que viene, en júbilo, danzando. Otro hubo un día denso entre los días, pero ese día ha siglos que pasó: y otro hubo un día diáfano, par de día ninguno, pero ése día ha siglos que se fue: voces incomparables cantaron ése día inédita armonía que nadiemás oyó: rasgaron la vacía fimbria de las estrellas belísonas fanfarrias que solo yo escuché: psalterios y laúdes cantaron ése día calino epitalamio de sensual perfume... pero ése día ha siglos que paso, pero ése día ha siglos que se fue.— Hélo que viene por el linde en sombras, hélo que viene, en júbilo, danzando... Brilla en sus ojos ebria luz dorada, pintan sus labios zumos de borgoña: lustran sus ojos lumbres de perfidia, trisca el engaño en los labios lascivos: ¿llega ese día cual ninguno denso? ¿y el claro día, claro cual ninguno, diáfano cual ninguno, de pagana delicia?... Es que la Noche viene! Es que la Noche viene! Ah! si no fuera por la Noche, pura de inconfesables ansias y libre de indecibles bajos deseos; sin rencor; gratuita: sin mezquino interés; ah!, si no fuera, ah, si no fuera que la Noche, inerme, se me rinde —en su cándida negrura— y en sus brazos me acoge, inaccesibles, y me dona sus besos, cifra de la infinita soledad, del deleite perenne: ¡y se dá, entera, la Noche, inagotable, cuyo amor nunca duerme...!

Buenas Noches, buena Noche. ¿Y qué habrá de mi joby?

14 VII 1955

Ver SONETO - ¡A TÍ SEÑORA, OH MUERTE! - *Todo sabio resabio implica agravio* y TROVA DEL NOCTURNO SORTILEGIO (en TERGIVERSACIONES - POESÍA NO INCLÚIDA EN NOVA ET VETERA y VARIACIONES ALREDEDOR DE NADA - OBRA POÉTICA, Volúmenes I, III y II).

Hay el siguiente manuscrito: Cuando yo hacía mis primeros pinitos poéticos —nos cuenta el caporal Jean Servien (dos renglones ilegibles) perpetré cierto soneto hartito malo, sobra decirlo y era así: Catorce de Julio me trae

memorias, no de la Bastilla, Danton ni Marat sino de combates en que siempre está fulgente el acero de hazañas y glorias... Rin, Mosa y Mosela relatan historias algo más que homéricas, como se verá.

*

Todo sabio resabio implica agravio del mendaz y el rahez, lo dijo Grullo después de La Palice y antes que el Bobo, con dogmático labio, inane orgullo, inmarcesible arrobo: Todo sabio resabio implica agravio y el más sabio resabio es el resabio de tomar con dos pinzas el agravio y echarlo a la caneca —miércoles, viernes, lunes— más sordo que de arenques o de atunes, bote o lata, de salmones o truchas o de buzos de archivo y biblioteca copia y cardumen en secuencias muchas... aquel que va tras de la taquimeca de la Ceca a la Meca en tonta hegira o en gira igual detrás de la hetaíra, ora de fuste o ni de fuste, hetera: lo dijo La Palice, detrás de Grullo y antes que el Bobo con inane arrobo, pazguato orgullo y labia majadera: un qualque otro bausán igual dijera, ya tarambana y pitre, ora tronera.

También ocurre —a veces— que todo es la mentira y que el resto es verdad si no parece ni vale ni la pena

14 VII 1955 (manuscrito incompleto)

Ver Catorce de julio me trae memorias y Todo sabio resabio implica agravio (en POESÍA NO INCLUIDA EN TERGIVERSACIONES y POESÍA NO FECHADA O INCONCLUSA - OBRA POÉTICA, Volúmenes I y III).

LVI

En el día de ayer y fiesta patria no se hizo —por parte de aqueste quídam parlante— sino perder el tiempo. Perder el tiempo. A un buen poeta entregado al ocio, fuente —según él— de toda inspiración, le preguntaba un amigo (si le creemos a Jarnés): —¿En qué trabaja usted ahora? Y él contestó indolentemente: —Oh! Nó! en nada... trabajar...? eso haría perder mucho tiempo...—. Y ni escribí en el día festivo de ayer. Escribir mucho arruina no solo las potencias espirituales como lo tengo sabido, sino que también descompone el físico: esto lo comprobé en un lontano ayer, leyendo a mi distinguido ex-paisano, que era oficial primero de la secretaría de gobierno de la provincia en 1826, y que decía al final de la su carta *renuncia: ambos destinos he desempeñado etc., etc., mas como por la mucha continuación en el ejercicio de la pluma se vaya arruinando mi físico, que se halla en el día debilitado y con un riesgo inminente de su destrucción etc., etc.*

El señor Gobernador de la Provincia confirma lo escrito por el renunciante don Proto Jaramillo, en esta forma, a saber: *la renuncia está fundada en el estado de debilidad a que el ejercicio de la pluma ha reducido su físico y por ser una cosa patente la creo justa...*

Y le aceptaron la renuncia a don Proto. Probado entonces que el ejercicio de la pluma arruina no solo las potencias espirituales (y en el lector o escuchante las de la paciencia llamadas otrosí potencias jóbicas, aunque no era tan paciente Job: que pudo haber sido el protagonista de la segunda serie de las lamentaciones y ya no de Jeremías), sino el propio físico del meneador de la péñola... ayer 20 de julio no escribí pero que nada.

Y pasé el día oyendo —devotísimo— primo, las VARIACIONES GOLDBERG (Aria-Zarabanda-Treinta Variaciones-Aria-Zarabanda) de Johann Sebastian Bach. Las oí solitario en el Cuarto del Búho, o Pandemónium Biblo-Discoteca. Las oí, solitario, luego de leer un mosaico de informaciones en torno al Lied alemán, pre-Romántico, Romántico, y neo-Romántico, y tras de investigaciones muy eruditas relacionadas con una Opera-ballet de Jean Philippe Rameau, intitulada LAS INDIAS GALANTES, y cuya acción ocurre ya en Turquía, ora entre los Incas del Perú, luego en Persia, y finalmente en un país indeterminado que habitan salvajes y que parece que es la Louisiana. Terminado lo del Lied alemán y adelantada la investigación acerca de LAS INDIAS GALANTES, hube de releer LOS DIJES INDISCRETOS de Diderot, pues allí trátase larga y enjundiosamente la querella de los Lullistas y los Ramistas; y me entregué a la audición

de las VARIACIONES GOLDBERG, asesorado por el sabio Mister Tovey.

Después de haber pasado parte del día en esas labores y delicias y en el Cuarto del Búho, tras breve interludio en busca del condumio, que no solo vívese de urdir naderías, me dediqué a escuchar las TREINTA Y TRES VARIACIONES SOBRE UN VALS DEL ABATE DIABELLI. Estas 33 VARIACIONES sobre un valse bobalicón, las compuso Beethoven en 1823. Parece que son ellas su última obra para piano. Poco antes había escrito su célebre RONDO titulado *la rabia de haber perdido un centavo, expresada en un capricho* (o algo así) Y Paradoja Divertida...

Las 33 VARIACIONES son otra paradoja, si harto sería (en ocasiones): de un tonto tema musical extrae (cuéntanme y lo he comprobado oyéndolas y escuchándolas) comentarios atán opulentos como imprevistos o imprevisibles; en los que la ironía se traba en combate con el ímpetu fogoso, dramático. Hay un desfile —en ellas— de ritmos y movimientos, de severas meditaciones, de farsas bufas, de fórmulas escolásticas, de fantasías desbridadas... Comienzan las 33 *Variaciones* con una marcha majestuosa, se aceleran luego, se hacen muelles, irrumpen, se dislocan, se retardan, tornan airrumpir, frenéticas, parecen burlarse, sarcásticas, parodian una aria de Leporello (del DON JUAN de Mozart): —*notte e giorno faticar*—, se convierten en diminuta fuga, se transmutan en *staccato*, lloriquean, vuelven a la escuela (fuga) y terminan en Minué...

Entre comillas. Es cita. Como que el Abate Diabelli no quería sino 6 Variaciones... *Tendrá Variaciones sobre su chabacanería!*, dijo Beethoven. Y escribió meras 33...

Y yo, ayer 20 de julio, no escribí nada, ni siquiera una VARIACIÓN ALREDEDOR DE NADA. Todo esto no viene a nada, o a cuento. Parasitología del quéidam? Paranoia? Cinesismo o ponosis? El tan nombrado surmenage? O, ya, la Presbiofrenia? Arcanos. Arquitrabes. Eludo investigallos y meterme en aquestos. Entre burla y burla, veras, terminé alguna vez. Veras. Verdad? Veras. Y no verás, como dijeron: no verás, pues no pétame el tuteo más que el hablar en tercera persona o en pluralidad ficticia. No escribí Yo ni una VARIACIÓN ALREDEDOR DE NADA, ayer. Y digo siempre Yo (nos aunque indigno). Escribo siempre Yo, no por yoísmo agudo, egoísmo y egotismo, sino más bien por timidez u orgullosa modestia. Suficiente y pedante en grado sumo paréceme el Nos (nos aunque indigno) por más que es usual en casos tales y cuales. Usual pero no lógico. Y yo, por lo menos hasta donde me dé cuenta, lógico soy, cuanto anfibológico (y ecolálico). Por lo mismo digo redor y alrededor y no alrededor ni en rededor, y digo titerero y no titiritero, y cuando invito a mis cofrades a que nos vamos, digo: vámosnos —y no vámonos, que es lo usual pero no lógico. Vámosnos pues amigos a ver al titerero, situémosnos

a su redor y vivémosle, si lo vale. Y cuando ya sea usual decir recién a la argentina y chilena y peruana, yo no diré recién, así me aspen.

Esto tampoco viene a cuento, ni a *colación*, ni a nada, ni significa afición didascálica ni devoción gramaticoides ni debilidad por la semasiología (Perdón: que sí me place la semántica. Empero...). Pero hay que dejar eso y pasar a otra historia: Y recapitulo. Acaso nueve (si no las de la Fama), acaso nueve, quizá trece, tal vez diez y siete, y entre fantasías y verdad, ficciones y veras. Y unas vivas aún en él, o ya desvaneciéndose en el recuerdo, otras. Y quimeras quiméricas y reales quimeras también. Y unas logradas, hasta casi el saciarse, metidas en el acervo y asilo de las visiones memorables, mas tangibles que las de William Blake, y —algunas— muchísimo más delusorias. Y otras en camino ya, de venida, próximas ojalá. Entre todas ellas, de todas ellas, de las calificadas intemporales. De todas ellas, entre todas ellas, de las nominadas y nominables efímeras, efémeras y de poco momento. Las de antaño, las de ayer, las de hoy y las venturas. Trece, diez y siete, quizá veintiuna. Y todellas una misma, es posible. En periódica secuencia. En simultánea secuencia en veces. Todello variaciones sobre un tema, sobre el tema eterno. Todello variaciones alrededor de nada —después—. O variaciones en torno a nada menos

que a casi todo. Y esto, si no lo recitó, si no se lo contó a la Reina de Saba, quizá si lo pensara Salomón, Soleimán-ben-Daud (en Bath-Sheba). Aunque, si bien se piensa, nunca se piensa mucho cuando en ello, para ello... Y siempre en ello, como sin pensarlo. Y aquesto si —claro— no lo pensó, quizá, si lo dijo, lo dijo Ño Rendijo, o Urquijo o su hijo. Es lo más fijo, como lo colijo. Recapitulo. Acaso trece, diez y siete quizá, tal vez veintiuna. Y es mejor hablar primero, ahora, de las que andan por venir y están por llegar, si es cierto como dícame al oído cierta Egeria benevolente, que la vida comienza mañana. Que mañana es año nuevo que se inicia, tras años viejos. Tras viejos años que ya se fueron. Que ya se fueron, si no se han ido, que son cortejo y escolta del año que está llegando. Máenikin, Joby y el buen Machín presidan su advenimiento y advengan a su bateo. Que el bateo si es asunto de los Otros-yoes y de las Otras-túes, de los compinches y de las cómplices. No es el bateo del año nuevo, sino el bautismo y confirmación de la personeja que con él nace. Naonato no. Neonato si. Del que nace. Del que renace —casi— de sus cenizas. Fénix -Neo, Félix-Leo, no tan feliz. Ni tan neo. Ni tan León. Y en cuanto a presunto Fénix, no de la Vega, nada Lope, ni menos Fénix de los Ingenios, ni de los ingenios azucareros, ni de los ingenios de papelón. Tales fiestas de bateo ocurrirán —si ocurren— cuando regrese de las vecindades del Nevado Cumanday.

Cuando tórnese al viajar sedentario en redor de sí mismo. De sí propio, que es la noria y es el eje de la noria y es —en la periferia— la acémila motriz —con perdón de la especie acémila. Al neonato de mañana tal vez se le nombrará Renato Sexagésimo Panduro, senexcal (sic: con equis) Senexcal de Vetustia, de Veteránia y de Venustia —si lo quiere Machín, y si coadyuvan Joby y Máenikin—. Ménikin obraría el milagro o mi jóby...

Y ya se escribiría —se escribirá— tal cual poema, como decir: Tu coronas mis doce lustros con el cingulo de tus brazos, con el cingulo de tus muslos, con el perfume de tus labios, con el éxtasis de tu júbilo —cabrilleante por los lagos auriverdes, hondos carbunclos... Con la tersura de tus manos, con el ardor de tu combusto tesoro en flor, que orna melado toisón en rizos: el refugio fragante, que al hispido fauno bríndasle tú, —intercolumnio—. Con el cingulo de tus brazos, con el cingulo de tus muslos, con el perfume de tus labios, tu coronas mis doce lustros, Méniquin!

Lo que se tenía escrito ya el viento se lo llevó. Mejor que bueno, si de mal en peor, por tener que escribir de nuevo una otra enésima vez. Y apremia Cronos, si jamás premia labor de circunstancias ni otra labor simoníaca y no demoníaca. Escribir otra vez no habiendo escrito nunca, labor es de Penélopes: ¿pero esta inútil labor no es poesía pura? No es la tarea gratuita, graciosa, generosa, cuyos frutos sin provecho ni motivación son lo único que dura y perdura entre lo

escrito, y la única función literaria u otra, cara a los dioses y a las Diosas, y a las Tres Divinas Cárites y a las Nueve Musas? Lo que se tenía escrito, ya el Viento se lo llevó: no sé si lo devuelva: ha habido casos. En fragmentos quizabes, para ensayar cuvierescas reconstrucciones, con éxito mediano en veces o con fracaso de los rotundos y no propiamente fracaso de cristales, como acaeciera... pero ya es tarde.

Buenas noches, noche Incógnita.

21 VII 1955

Ver CACIONCILLA (en VELERO PARADÓJICO - OBRA POÉTICA, Volumen III).

LVII

¿Para dónde vas y a la topa-tolondra, Beremundo? le preguntó al mentado *qüídam* el seor Adel, al pie del Cumanday —y si no al pie— si si contemplándolo desde la atalaya de Villa Kempis. Que Beremundo siempre anduvo de antecos a periecos y de donde sea a los antípodas y de la Ceca a la Meca y de aquí y acullá para allá. En realidad viajó Beremundo esta vez, si antes —en casi todas las ocasiones— en los sueños y subsueños y visiones memorables. Y existe una mansión llamada Villa Kempis, edificada en un espolón y que es atalaya. De allí se ven el Cumanday, el Santa Isabel y el Cisne. De allí Marsella, Villa María, Chinchiná, Risaralda y Palestina y hasta la Tierra Prometida. Prometida, a quién, no se...

Y a nadie dada, si no la marro por mal enterado. Beremundo, viajero denodado que aterrizó en Santágueda (digo el avión) y luego patinó por rúas cuasi verticales que hacía más funcionales la cellizca. Más funcionales en cuanto pistas para el deslizaje cómodo...

Paréntesis: reaparece mi Jóby o Noche Incógnita. Pero no pude ver, ni por allá, a la Dama Morena de los Sonetos, de los sonetos míos que no de Shakespeare, ni a la Dama Blonda de las cancioncillas mías, que no de Beremundo, que no de Bogislao, que no de Palamedes...

¿Para donde vas y de dónde vienes y a la topa-tolondra, Beremundo?, le preguntó al mentado orate, Adel, al pié del Ruiz —de Samuel Velásquez, antaño— o al pié del Cumanday, ogaño. No voy ni vengo... apenas vago y vagabundeo, vagamundos... y... Conque a la topa-tolondra, Adel? Dices que a la topa-tolondra, quindiano ex-joven? Esa voz no la veo en los catálogos dellas. Otro quídam si la cita, en su celebérrimo SONETO DE LA ALONDRA —inconcluso, helás!— que así se inicia:

Alondra topa-tolondra,
color de rosa alejandra,
corazón de salamandra,
—mínimo seso de alondra...,

pero ese qüídam está ido del caletre y es redomado maníaco, reputado orate y malafamado rebuscador e inventor de vocablos para se divertir y para os fastidiar... En estas me di cuenta de que estaba hablando solo. Y me di cuenta de la fuga de Adel y de Hilarión y de Heladio y hasta del proclive Taltibío que antes allegáranse al corrillo de dos. Adel, que me diera pie para la divagación que iniciábase, se fugó, furtivo. Y los otros tras él, Adel.

Lo que no le puedo aceptar es que crea en que es un mito lo que le refería yo del VIAJE MARAVILLOSO DE LA NAO ARETUSA, obra del mismo autor de los CUENTOS DEL TIEMPO NUNCA (editado por *La Sirena*, antes de 1922). El VIAJE MARAVILLOSO no es un infundio entre los infundios y patrañas y mixtificaciones y fantastiquerías del qüídam. Por cierto que el librejito trae este epígrafe: *Qué significa esta historia, preguntó el Doctor, arrugando el entrecejo, y qué quiere probar? —Nada, dijo el Bachiller* (de los EMBROLLOS DE SEVILLA, tercera jornada). Nada, dijo el Bachiller. Y yo creo lo mismo. Lo mismo, de ésa y de ésta otra historia: Decían los famosos Augures que una estrella solitaria marcaría la ruta de los Magos. De los Tres Reyes Magos. Pero así como no eran sólo Tres los Cinco Poetas Reyes Magos, tampoco se trataba de una sola estrella. Sino de una constelación. Es más: de una constelación en cada hemisferio. Aún más:

nada de dos meras constelaciones: sendas nebulosas. Y no —cada vez— una cualquiera nebulosa... La de Andrómeda—como ejemplo—hubiera sido ciertamente nebulosa de maravilla, y la de la Osa Mayor, nebulosa de prodigio, en toda verdad... Pero, no: Que no: unas nebulosas anónimas, indeterminadas, y hasta inconclusas. Unas nebulosas de muy poco momento (que así dicen) Y que barridas fueron por el Viento. Por el Viento, y no propiamente por ¡El Viento! (mayusculado y entre admiraciones). No propiamente por el Viento, parece, sino por una mala ventolina. Decían los famosos, los famosos Augures... Que continúen diciendo. Esos tales Augures, que también se llaman Legión, no completan ni un átomo de bledo. Ni una fracción atómica de átomo de bledo. Y hay que no ignorar que bledo no significa nada sobre infinito, o nada en dos o tres platos, o raíz ene más uno de cero menos ene. Y esto es así, a pesar de lo que digan, definiendo la voz, los calepinos de las momias refiambres.

Decían los Augures —además— que tras de lo de la estrella solitaria —una mala farola, una luna de papel aceitado, como se vido— y tras los Reyes Magos —reyezuelos de baraja y muy de pesebre navideño—, vendrían las Reinas Magas cónyuges. La Historia (con mayúscula) no lo dice. La Fábula lo sabe: ¡y no eran pocas cónyuges! y todas de pronóstico!

Cada Alto Señor Poeta Rey Mago (como es lo sabio y salomónico) respondía por una Nómina de Magas, que no llegaba a cuatro cifras pero pasaba de dos: Gaspar el Mínimo (en tal sentido) era el rector de ciento once Reinas Magas. Baltasur, el máximo, comandaba un equipo de novecientos noventa y nueve. Las proles respectivas quedáronse en los sus hogares. Recuérdesse que por entonces había crisis de alojamientos y que el premaltusiano Herodes esgrimía su guadaña. Esgrimía la su falce. La su hoz. La Fábula enuméralas (a las cónyuges) una a una. Eran en total (como sábase) dos mil setecientos y setenta y siete... La Fábula enuméralas. Recuerdo haber leído por ahí algo de las VIDAS Y VENTURAS, DESVENTURAS Y MALANDANZAS DE LAS CIENTO ONCE CÓNYUGES LEGÍTIMAS DEL POETA REY MAGO GASPAS. y tengo a la vista la parte que refiérese a cuando regresó el buen Gaspar de cierto retiro en el Lerma —en plan de cura de reposo, baños de sol y de luna y vacaciones muy merecidas. Tras del retorno de su retiro y después de áspera penitencia (según él) Gaspar regresó a su base, y fue recibido por sus Ciento Once con el júbilo que es de imaginarse. Se distinguieron, por lo efusivas, Mafalda, Rodogunda, Ludmila, Kyra, Natacha, Paca y Set-el-Hosn (Soberana de la Belleza) (especialmente en su primera juventud y en los *albores* de la segunda: ya iba para la tercera... pero siempre tan campante). Mafalda manifestó su alborozo talvez inverecundo,

pero de todos modos indiscreto, aunque legal y decoroso. Rodogunda mostraba su emoción con lágrimas, suspiros, suspirillos y sollozos que partían el alma y movían a risa un poco. Como que Rodogunda le llevaba un codo (sin necesidad de alzarlo) a la más alta de las coesposas de Gaspar. Era rolliza en proporción. No le cuadraba mucho el lloriqueo. Antes le era perjudicial para el propósito. Gaspar tenía la alergia de lo sensiblero y lacrimante y sumamente teatral. Ludmila, apenas púber, si úber, abría esos ojazos de noche polar, y apretaba esos mínimos labios gordezuelos, y vibraba toda ella como una viola de amor. Ya existía la viola d'amore: no es anacronismo. Y se sabe que era Gaspar virtuoso tañedor de la viola de amor... Kyra —afortunadamente no se le entendía porque parlaba un idioma por entonces y allí desconocido— se puso de presente con alaridos sobre-agudos (veces) y arrullos de contralto (otras). Kyra, hembra en furor, toda instintos elementales desatados. Tenía Kyra qué temperamento!! Anastasia (le decían Natacha sus más íntimas y sus más íntimos) dejó ver una alegría equívoca... Todas las sus co-huríes se sabían de memoria y en detalle la no corta secuencia de martelos favoritos durante la ausencia de semanas del bueno de Gaspar penitente y en cura de reposo. Mostró Natacha ardor excesivo... La muy traidorzuela y proclive locuela de su cuerpo garrido! Paca, diminutivo de Paconia, no de Francisca, lo dijo todo

con sus ojos auriverdes y sus mudos trémulos labios. Amorosa gacela, prendada —ella sí— del maduro Gaspar. Set-el-Hosn, la soberana de la belleza, tampoco dijo nada. No voceó. No sollozó. Casi tan alta Set como Rodogunda, no vibró como viola de amor (es instrumento de breves proporciones) ni como piano de cola, porque —aunque existía la cola— no se conocía el piano todavía. Set-el-Hosn, la Soberana de la Belleza, se limitó a tomar entre sus brazos de terciopelo al desmedrado Gaspar (a quien le había sentado pésimamente la sopa negra de los esparciatas que fuera su dieta durante sus semanas de penitente —con un oasis de pocos días en que dió largas a su probado buen apetito—). Tomó en sus brazos arrutanados (como decía Gregorio el de la MEMORIA SOBRE EL CULTIVO DEL MAÍZ), tomó en sus brazos arrutanados al magro y claudicante Poeta y Rey Mago: le propinó un interminable beso florentino, de los absorbentes, de los de película, y... se lo llevó! Pobre Gaspar, que se le acercó, que se le *acercó* y *marchó con ella...* Si en realidad lo ocurrido quedaría mejor expresado cambiando los términos: Set-el-Hosn se acercó y marchó con él. Se lo llevó. Esto se puede ilustrar musicalmente con el dúo de amor de Desdémona y Otelo, que es relativamente corto. Quizá mejor con el de Tristán e Isolda, menos breve, y que Brangania interrumpe con su contralto vigía. Pero ellos son vanidad de vanidades ante el dúo

de amor de Set-el-Hosn y de Gaspar, que *se acercó y marchó con ella*, según conocido texto, desconocido de Gaspar. Porque Gaspar, helás, no había leído todos los libros...

La vida cotidiana del Poeta Rey Mago Gaspar siguió su curso, tras de la calurosa recepción y acogida de que hiciéronle víctima las más frenéticas, expansivas y expresivas de su Masa Coral de ciento once ejecutantes; masa coral a cuatro voces: sopranos super agudas y ligeras, sopranos dramáticas y conflictivas, mezzo-sopranos demoníacas—recuérdese que esta es la voz de Carmen y de Dalila (y de la de Eboli)— y contraltos graves y apasionadas. Olvidé referir que también se danzó, cuando el feliz arribo y retorno del Poeta-Rey-Mago Gaspar, en su homenaje, una colosal Danza de las Horas. Danza de las Horas. Colosal por cuanto duró la danza seis mil seiscientos sesenta minutos (según la clepsidra). Eran Ciento Once las danzarinas bayaderas y cada una danzó su hora. LA DANZA DE LAS HORAS dedicada al bueno de Gaspar nada tiene que ver con la de LA GIOCONDA, de Amilcare Ponchielli... El bueno de Gaspar danzó...

La otra cura de reposo del otro qüídam, en Villa Kempis, fue muy breve. Dice el qüídam que se hubiera quedado por allá cuatro lunas siquiera. Allá fuera posible que el qüídam pusiera en orden sus ideas (sic),

pusiera en fila —buen pedagogo— los monigotes de plástico, cada uno con su adjetivo —morrión y penacho, y así iniciará un desfile a paso de ganso, con música de rataplán y tararata, con banderolas y gallardetes. Si es posible... Que es posible. Y posible tornar a Villa Kempis. Si no lo impiden el Joby, la incógnita noche, la escasa pecunia y la copiosa abulia. La abulia. La abulia total.

El otro decía: alegría! Yo insisto cantando, con voz opacada: nada. El otro decía: Melancolía! No cambia mi tonada: nada. Aquellos viven en un sueño pequeño. Estotros viven en el más zurdo absurdo. Como un Buda —en la pagoda muda y desnuda, inmóvil— yace la ciencia toda quieta y callada: nada!

Y el *quídam* agregó... Pero es tarde ya. Buenas Noches, Incógnita Noche...

28 VII 1955

Ver SONETO DE LA ALONDRA y OTRAS TROVAS (V)
(en POESÍA NO FECHADA O INCONCLUSA y LIBRO DE SIGNOS
- OBRA POÉTICA, Volúmenes III y I).

Hay el siguiente manuscrito: Beremundo anduvo de antecos a periecos y de donde sea a antípodas y de la Ceca a la Meca y de aquí para allá etc. En realidad, viajó Beremundo esta vez, si antes siempre en los sueños. Y existe una mansión, llamada Villa Kempis, edificada en un espolón y que es atalaya. De allí se ven el Cumanday, Santa Isabel y el Cisne. De allí Marsella, Villa María, Chinchiná, Palestina y Risaralda y hasta la tierra prometida (prometida, a quién no sé...) (y a nadie dada). Beremundo, viajero denodado que aterrizó en Santágueda y luego patinó por rúas cuasi verticales que la cellizca hizo más funcionales en cuanto a pistas

para el deslizaje cómodo. (Y no pude ver por allá a la Dama Morena de los sonetos míos que no de Shakespeare)

28 VII 1955 (incompleto)

LVIII

Decíase nuestro personaje, si no hace algunos años de otra vez, hace doce días: posiblemente a ésta misma hora quizá surque el nefelibato lo que etimológicamente parece que correspóndele cruzar. Es decir, aquellas zonas que algunos suelen nombrar el éter o el rútilo zafiro. Y dicen rasgar el éter el surcar por entre cirros, cúmulos y nimbos. Nubes. Nubes. A estas horas, el nefelibato en ejercicio de su propia función. Quizás si, quizá no, tal vez quien sabe. Pero todo ello se narrará en detalle ciertos días después del regreso, de ser posible. De ser posible y útil. De ser útil y agradable. De no ser sumamente engorroso u obvio o desapacible o aburrido y aburridor. La nobilísima añeja profesión histriónica, sobre o desde el tinglado farandulero, digamos farandúlico, farandúlico y afín, así sea sólo como figura de las de retórica, y con miras a espetar fría, frívolamente, a un público ni lelo ni en pasmo, pero sí indiferente, displiscente cuasi en su total. Indiferente a lo espetado por el mal leedor cascajoso tras tartajoso y sin donaire algún. El leedor de su centón, centón de aquí y de allí y de acullá colacionado y extraído para el mosaico arabesco. La añeja nobilísima profesión del Dulcamara de cámara, paradislero en más, será mejor

dejarla, para descanso del bolonio decidor y suda-tinta. Para regocijo de las Musas y de las Cárites divas. Para tranquilidad y consolación y justo reposo del oidor presunto. Será dejalla. Como, así mismo, la profesión del peor humorista deshumorado hebdomadario, disparando disparates desde su espetera, botarate de maravedises e imagería barata (de baratija). Subprofesioncilla adherente, apéndice, cuyo magro provento dedicóse siempre y dedícase ogaño a ocho octavos exactos de lo mismo de antaño. Es decir: a mercar musiquillas grabadas en lunas de ebonita y librejos impresos, librejos de hermenéutica musiquera o literaria o filosófica o meramente entretenida y amena o librejos impresos de otros diferentes contenidos, y a comprar ciertas otras cosillas de uso interno también y que también súbensele a la calva cabeza ex-melenuda de las merovingias melenas. Váyase lo uno por lo otro y el favor por el disfavor, lo ganado (que son vacas flacas) por lo perdido (que son vacas gordas) y el placer duradero o efímero por el. breve potro espectacular (aunque no televisible), si en el tingladillo hipotético, si en la columnilla manuscrita. Váyase lo uno por lo otro: la entrada numularia por la hórrida salida a las tablas, tablas imaginarias. Para tablas... Para tablas, fuera de las Tablas de la Ley o de esa Tabla Redonda (que en verdad era mesa y aún hasta mesón). Esa Tabla Redonda a cuyo redor sentábanse

los Paladines —pensando en las sus Paladinesas— sentábanse los Paladines para el yantar de los condumios gargantüescos, el trasegar de sus vinazos o hidromieles y para el contarse mentiras fazañosas, heroicas proezas o eróticas aventuras o aventurillas, de alcoba. Para tablas —fuera de las ya nominadas— los escaques arlequinescos, para el salto de los caballos, el soslayado al sesgo ir y venir de los alfiles y la marcha normal de los castillos y la marcha adelante (y lateral para el tomar) de la gente de tropa o peonería. Paso a paso el Rey. Inés Sorel o Diana, muy señora nuestra, móvil, y con todos los rumbos posibles, como corresponde a tan rumbosa Dama. Y las Tablas de los días y de las noches cuyo balance siempre es ídem (o sea puras tablillas) si no se resigna y abandona antes de tiempo, prematuramente, o por cansancio y poca o nula fe o por sin-deseo de prolongar el juego. Y en el noble juego de los escaques, en el escaque y tablero de los días y de las noches —arlequinesco—, se pierde siempre (a la larga) por culpa de las Damas, nueve veces de diez. Por culpa de la Dama: de la amiga Dama y de la Dama enemiga, y de la Dama Juana. Y no vale ni el enroque —ora corto o ya largo—. Todas estas y otras consideraciones se las hacía el escribano y parolero, en Techo, y mientras esperaba el avión, la salida del avión —rumbo a Santágueda— y con el propósito especial de ver jugar al ajedrez en el Escorial de

Manizales y a platicar con algunos de los ajedrecistas en el claustro espacial de Villa Kempis. Y ahora como que me voy —decíase—, ahora como que me fuí a ver como juegan. Dejando, si por breves días, otros mesteres, ellos ya oficiales, de índole contralorística, auditorial y contable. Contable, pero no referible, porque el tema es harto harto. Es decir, hartísimo hasta de contar. A estas horas —decíase el amigote— estaré surcando nubes, nubes de todas veras, rumbo a Santágueda y al Escorial de Manizales y a Villa Kempis del Cumanday. Que Hadas y Hados (primero las féminas) séanme propicios. Y las Hadas, poco esquivas, nada esquivas, casquivanas mejor. El relato de esos viajes extra morrocotudos será el Leit-motiv de muy profundas y densas y de meollo, si difusas, profusas y confusas y extensas Variaciones en su torno mismo —naturalmente— o alrededor de nada o nonada o nadería y de algo más también. Se posponen —dícese el amigo— así y otrosí, los otros RELATOS, las otras Zarandajas. Pero no se pospone ni se suspende ni se aplaza la elaboración del tranco enésimo y penúltimo de cierto poemilla en trance y curso de pasar a definitivo y concluso. Ni se suspenden ni pospónense ni se aplazan los cantos a Cidalisa, a Isadora, a Dorabela, a Bellamar, a Margoton y a Tontina —son mi Joby—. Serán elaboradas las canciones y se terminará el enésimo Tranco del POEMILLA, con el retorno de todos

los sueños, o de casi todos ellos, ya que otros pocos se quedaron o se quedaron ya, Momias fiambres, Lázaros catalépticos o Lázaros escépticos nada más. Se trabajará en ello antes, en y después del viaje de ida, antes, durante y tras el viaje de regreso. Que si no pongo fin y remate a todo aquesto, no podré viajar más tarde, luego, otra vez, a la misma región y en plan de leerlos ante el público... Se viajará esa otra vez? Y con esta tosecilla de NOCTURNO de Chopin...? O mejor será quedarse aquí por corto. Preferible —en todo caso— a quedarse allá por largo... Y —de ninguna manera— mover nada, ni fichas, en esa no por mi planeada ni iniciada ni buscada partida en són de acción espectacular desde el tinglado. Mientras, soñar despierto y rodar pesadillas dormido y disparatar arreo en el entresueño y en el vagar sonámbulo del turulato y lelo. Cidalisa, Isadora, Dorabella, Bellmar, Marga y Gala y Lálage y Gela, tomen, giren en mi redor —decíase y dícese el amigazo de los Soliloquios—. El cual habíase dejado de zarandajas, cesado en sus escribanías y locuciones, como se decía —monologuizando—: Como aquesto habíase dado —si no por finido— por postergado *ad-libitum*, con largas y cortas, triscaba por los cerros de Úbeda su muñidor, cazando rimas saltonas y aún inasibles imágenes y clavándolas con alfilerillos en sus cartapacios. De esas imágenes, unas se quedaron para vestirlas (a las que perduran, si van a perdurar),

de esas rimas, las más quedáronse monorrimas celibatarias (que huele a mal francés y no hay tal) sin desposorio y prole. Algunas buscarán acomodo y martelo y arrimo, y generarán obrecilla, si transitoria. Dejadadas, pues, de mano, moxinifadas a la prosa, que valen por soto verso descoyuntado; dejadas fabulosas fabulaciones y dejados fabularios y fantastiquerías; otrosí las incursiones por los sotos vedados de la Historia de Clio, de la crónica o de la corónica, la anécdota y la superchería humorada (pero no mal humorada), justo sería ya perseverar en ambos ellos: En el cultivo soterraño de la Poesía; en la cesación absoluta de toda actividad pseudo literaria accesoria profesional o gratuita. Para el cultivo soterraño de la Poesía tampoco resulta muy cómodo —es un decir— ni muelle en demasía, para ello y el urdir de maravillas, el rincón burocrático.

Siendo sordo, quizás —detrás de lelo—, siendo ciego, quizás —después de absorto—: pero, no tan ido del caletre; a duras penas —apenas— miope, y no sordo y sí con oído suprasensible, no resulta muy cómodo ni muelle en demasía (pero ni cómodo y muelle aunque poco), para el urdir y tejer y trabar y trovar de maravillas, el rincón burocrático, con todo su papeleo para que lo pape Leo —para su Signo, por si las moscas y los moscardones...— Y qué decir, oh Musas Nueve! del su cubil disco-bibliotecario Pandemónium?

Desde que alguien llamó Cuarto del Búho a la disco-biblioteca de Leo en su segunda versión, de cuando en Zuyaxiwevo (que ya data), se tuvo por inadecuado para la ideación y la creación hasta del dístico más breve —que lo es el monosilábico—. Y si se piensa en que cinco lustros después los discos y los libros hánse quintuplicado, y en que no ha disminuído el desorden ni han crecido sino mermado las dimensiones del Habitáculo Intelectual y Sensorial del Búho, resulta obvio, oh Musas Nueve!, el que no sea sino impropicio a los escarceos con vosotras, el Antro de los Sónes, el Báratro de las Literaturas, otramente nombrado Pandemónium y Caos de la Barahúnda. Trece hebdómeros, si no un soneto de semanas, lleva su huésped en la cacería de dos cuadernillos de poemillas suyos, en curso de corrección y enmienda. En su búsqueda y rebúsqueda y mientras no da con ninguno de ellos, ya ha releído las HISTORIAS de Tallemant des Réaux, que colman tres mil páginas. En su búsqueda y rebúsqueda releyó las obras casi todas de Balzac (incluso las juveniles truculentas), y, a guisa de postre, los dos tomos de Rivadeneira, del ROMANCERO ESPAÑOL, que colegió Durán. Y en ese tiempo pudo haber escuchado en su integridad y por diez veces, todas y cada una de las *Sinfonías* que compusieron Bruckner y Mahler, y hasta lo que se les quedara en el tintero... Y —de adehala— escuchado por diez y siete veces los GURRELIEDER de Arnold Schoenberg (que no se quedó

corto). ¿Qué repetir, oh Nueve Musas! del cubil disco-bibliotecario Pandemónium, para el pergeño de las Maravillas? Pensando en Isadora Dorabella? Y si ni en el cafetín, ni en el refugio burocrático (en horas suyas) ni en el Cuarto del Búho... ¿dónde, oh Musas, entonces? ¿Dónde Isadora Dorabella? Si no adviene el amigo de Marras con su tercio de milloncete de ídem (marras), ¿cómo será posible que urda Leo o el mismísimo Apolo, la su maravillosa maravillante maravilla, la que de su genio y mal genio e ingenio esperan las muchedumbres anhelantes, impacientes? Horror! Cáspita! Caramanta! exclamaron, a trío, Mandricardo el Mandria, Proclo el Proclive y Kerabán el Testarudo —allí presentes—. Con todo, si se podría, pero... ¿qué tienes, dormilón, que no escribes, que no complaces a las Musas? Lirón que eres. Jamás podrás decir *Dadme mi lira* ilírico: nunca en jamás liróforo delirante, sino lirón. Sino Lirón. Lirón Lirónides de Parapillo. E insistes en soñar en tu Jóby, Isadora Dorabella, de la dorada boca, sombreada levemente... La Flor de la Maravilla! Cantar y oír cantar y amar a las sirenas: ¡suyo ser el amado y amar a las sirenas! ¿Hay algo como amar a las Sirenas, no ya, como Odiseo, al leño asido —libre del leño y al deseo uncido? Cantar y oír cantar, y amar a las Sirenas... Ya lo dijo Palamedes de Siracusa: No asordines tus ímpetus ni bajes el acento, alma mía frenética y lasciva! En su cárcel caduca rumia prisiones mi pensamiento: ¡en brazos de las émulas fugitivas

del viento divague mi delicia fugitiva!, divague hacia el olvido
mi nave a la deriva!

4 VIII 1955

Hay el siguiente manuscrito: Decíase nuestro personaje hace doce días: Posiblemente a esta hora surque el nefelibato lo que etimológicamente, correspóndele. Aquellas zonas que nombren el éter, algunos. Y dicen rasgar el éterel surcar por entre cirrus, cúmulus y nimbus. Nubes. Nubes. A estas horas, el nefelibato en la propia función. Quizá si, quizá no, talvez quien sabe. Pero ello de narrará días después del regreso, de ser posible, útil y agradable. De no ser sumamente engorroso u obvio. La noble añeja profesión histriónica, sobre o desde el tinglado farandulero y afín, así sea como figura, y con miras a espetar a un publico ni lelo, ni en pasmo, pero si indiferente cuasi en total a lo espetado por el mal leedor cascajoso; el leedor de su centón de aquí y de allí y acullá colacionado y extraído para el mosaico. La añeja noble profesión del Dulcamara paradislero será dejalla, para descanso del bolonio decidor y suda tinta. Para regocijo de las Musas. Para tranquilidad y consuelo y justo reposo del oidor presunto. Será dejalla. Como la del peor humorista deshumorado hebdomadario, desde su espetera, botarate de maravedises e imaginaria barata (de baratija) Subprofesioncilla adherente cuyo magro provento dedícase a ocho octavos de lo mismo: Es decir: a comprar musiquillas grabadas y librejos impresos de hermenéutica musiquera o literaria, o librejos impresos de otros contenidos, y a comprar ciertas otras cosillas de uso interno también y que también súbensele a la calva cabeza exmelenuda. Váyase lo uno por lo otro y el favor por el disfavor, lo ganado (que son vacas flacas) por lo perdido (que son vacas gordas) y el placer duradero o efímero por el breve potro espectacular (aunque no televisible) si en el tinglado hipotético, si en la columnilla manuscrita. Váyase lo uno por lo otro: la entrada por la horrida salida a las tablas imaginarias. Para tablas... Para tablas, fuera de las de la Ley o de esa Tabla redonda (que era mesa y aún mesón) a cuyo redor sentábanse los Paladines —pensando en sus

Paladinesas— sentábanse para el yantar de los condumios, el trasegar de sus vinazos o hidromieles y para el contarse mentiras fazañosas, heroicas proezas o eróticas aventuras o aventurillas de alcoba. Para tablas —fuera de las nominadas— los escaques arlequinescos para el salto de los caballos, el soslayado ir y venir de los alfiles y la marcha normal de los castillos y la avance (y lateral para el tomar) de la gente de tropa. Paso a paso el Rey. Inés Sorel o Diana inmóvil y con todos los rumbos como corresponde a tan rumbosa Dama. Y las tablas de los días y las noches, cuyo balance siempre es ídem (puras tablillas) si no se resigna y abandona antes de tiempo, prematuramente o por cansancio y poca o nula fé y por sin deseo de prolongar el juego. Y en el noble juego de los escaques en el tablero de los días y de las noches —arlequinesco— se pierde siempre (a la larga) por culpa de las Damas. De la amiga Dama y de la Dama enemiga, y de la Dama Juana, y no vale el enroque —corto o largo—. Todas estas y otras consideraciones se las hacía el escribano y parolero, en Techo, mientras esperaba la salida del avión rumbo a Santágueda —y a ver jugar al ajedrez en el Escorial de Manizales y a platicar con los ajedrecistas en el claustro espacial de Villa Kempis. Y ahora como que me voy —decíase— ahora como que me fuí a ver cómo juegan. Dejando si por breves días otros mesteres, ellos oficiales, de índole contraloriótica, auditorial y contable. Contable, pero no referible porque el tema es harto harto. Es decir hartísimo hasta de contar. Otras horas —decíase— estaré surcando nubes, nubes de veras, rumbo a Santágueda y al Escorial de Manizales y a Villa Kempis del Cumanday. Que Hadas y Hados (primero las féminas) séanme propicios. Y las Hadas poco esquivas. El relato de esos viajes extramorrocotudos será el *leit-motiv* de profundas, profusas, difusas y extensas Variaciones en su torno —naturalmente— o alrededor de Nada o nonada o nadería y de algo mas también. Se posponen, así y otro sí, los otros relatos. Pero no se pospone ni se suspende la elaboración del tranco enésimo del Poemilla en curso de pasar a definitivo y concluso. Ni los cantos a Marfisa, a Isadora, a Dorabela, a Bellamar, a Margotón y a Tontina. Serán elaboradas las canciones y se terminará el enésimo

Tranco, con el retorno de todos los sueños o de casi todos ellos, ya que otros pocos se quedarán o se quedaron ya, Lázaros catalépticos o Lázaros escépticos. Nada más se trabajará en ello antes, durante y tras el viaje. Que si no pongo fin y remate a todo aquesto no podré viajar después —otra vez— a la misma región y en plan de leerlos en público... Si viajaré otra vez? Y ésta tosecilla de Nocturno de Chopin... O mejor será quedarme aquí por corto. Preferible —en todo caso— a quedarme allá por largo.

4 VIII 1955

LIX

Tiempo es ya de entrar por los carriles de la preceptiva —al menos— ya que no aún por los de la dialéctica. No aún por éstos ni todavía por los surcos paralelos de la ponderación un si es no es pasiva y mansueta. Los de la preceptiva es apenas un decir quizá no poco irónico —para entenderlo al revés—, no poco paradójal y si mucho obvio (el manifestarlo) ya que siempre me he tenido por animal retórico, sin con retórica *ad-hoc* y no propiamente *ad-usum* de los demás delfines y cachalotes o barracudas. Retórica y poética no de Coll y Vehí, sino de caracol, marino, resonante laberintorio en espirales y de crucigramista, leogrifario, logogrifario, egocéntrico, introvertido, introspectivo soliloquista monologante. Ya no es la asíntota ni la catenaria. Priman hoy la espiral y la elipsis y la parabola (y la parabola y la elipsis que ya son otras entidades).

11 VIII (manuscrito incompleto)

LX

Como ya no se recuerda —ni siquiera por aquestos mis predios y dominios— ni por dónde íbamos, ni para donde habría de proseguirse, ni de donde ni en que se estaba viniendo, ni por cuya derrota o ruta o rumbo...: a la deriva, en el mejor de los casos, o al garete...; ni nada del itinerario, pues resulta que quizá sea lo aconsejable cancelar lo anterior y borrar con el codo lo escrito, que lo dicho ya el viento se lo llevó. Ya el viento cargó y alzó con ello y lo soltó sin paracaídas, que hubieran sido para recaídas por cuatros. Que así caen siempre las más altas torres, las más cimeras bicocas estratosféricas. Cancelar lo anterior que de tal guisa se metió en olvido si se salió del recuerdo. Y recomenzar. Vuelta a empezar. En el principio era el Caos. Pero irrumpió desde temprano el Verbo, surgió la ventolera parolera. Y el Caos inicial tornóse presto el celeberrimo Babel, con su famada Torre. La Torre de Babel que está en mi escudo. La celeberrima Babel que obra en mi meollo, al decir de Briján que sabe más que Lepe y casi tanto como Lepillo. Situados ya en la Babel resultante del Caos, y allí *ab-aeterno*, justo es babelizar sin tón ni són ni sonsonete y sin descanso ni tregua ni vagar. Babelizar es sobreameno mester y grato oficio, de los notoriamente divertentes. Da gusto babelizar al desgaire, pancaóticamente, sin compromiso,

sin afán, sin apremio, sin tema, sin motivo conductor, casi que sin pretexto o disculpa. Babelizar a lo que salga, salga lo que saliere y cuando ello quiera salir de la topera.

Ya no se sabe —en su magín lo grabe— ya no se sabe nada. Ni nada importa para dar la clave —la llave o clave está oxidada—.

Tanto como la llave del vetusto arcón en cuero repujado —con primor— aforrado. Del magno añejo arcón que guarda y cela tesoros invaluables, amén de las mis condecoraciones —que ayer noche no pude lucir por no haber topado con la llave. La llave o clave está perdida, tras oxidada. La llave del arcón de mis tesoros: allí los invaluables junto con los tesoros que no montan un ardite, como con los manuscritos de los amenazantes mamotretos por venir (y sin ningún...; perdón: ya iba a intentar otro pésimo juego de palabras: pésimo, por obvio y muy de bola a bola como suele decirse y como dizque se las ponían a Fernando Séptimo, el macanudo Narizotas. Macanudo: que no excelente). Los manuscritos que guarda y cela el arcón, en perjuicio de las orondas ratas y demás roedores zoilillos, y en beneficio y pro de los editores presuntos. Los tales manuscritos dan para henchir hasta tres mamotretos-fárragos en verso y hasta cinco mamotretos-centones en prosa retorcida. Uno de aquellos tres no es publicable ni como obra póstuma,

que es secuencia de engendros asaz vernáculos y por extremo inverecundos —o verecundos, mejor—, fuera de truculentos y abracadabrantés. De tono regocijado en veces, y de modo sin tapujos y de estilete directo sin arrequives ni embelecós ni pinjantes accesorios —en lo general—. Que hay excepciones, escritas a estas enrevesadas como se suele y como suelen ser calificadas, quier motejadas, a más de artificiosas. Enrevesamiento y artificios meramente de apariencia, que no tales en realidad y en puridad de verdad, a juro. Lo digo porque lo sé. Y lo sé porque ando muy en ello como que desde hace nueve lustros. No pocos lustros, si no tan lustrales. Y el compinche Sergio Stepánovich Stepansky adhiere a tal concepto, y en tríada de sonetos sobre el tema o sobre tema afín inicia un estudio que dice concluirá con otras tríadas —aún en gestación—. En la tríada inicial le dá por definir... Creo que...

Pensaba opinar y disertar y seguramente disenter, quizá con sobra de razón y sinrazones, pero prefiero —por ahora— transcribir los dislates de Sergio, y van entre comillones: Era la Poesía como la luz del viento cuando discurre —sordo—, cuando divaga —ciega—. Símbolo puro del infinito dentro del momento y de lo efímero que dura y que perdura y que se va y que nunca llega. Era la Poesía como campo reseco tras la siega, como el océano después de la borrasca, hispido y lento. Igual a hembra poseída, saciada —ípsilon. Gama, Omega— y al hombre penseroso, trascendental, hierático, virulento.

La Poesía es cosa de pasmo y sortilegio y maravilla; fácil tonada que la discanta el caramillo; aria aérea en la cálida voz sexual de la contralto. Todo el dolor inmerso en la congoja; toda la euforia. Apenas brilla lumbrada ocasional si zozobran: estride sólo el grillo... La Poesía cosa es cimera tallada en corazón si de cenizas de basalto...

Y cree el compinche Sergio haberlo expresado con suma claridad, con sobriedad esquemática. Y continúa así Sergio el Estepario cambalachero: Y era la Poesía como la luz sin alas vibrando —tácita— en la Noche sin linde, la Noche Negra; como las pitagóricas escalas que bulbul ciego melancólico escinde. Y era la Poesía como inmóviles olas planas —gélidas— de océano sin fondo, de océano yacente, como las mudas caracolas que no el sordo clangor del mar discantan, hondo. Y era la Poesía como nao sin velas, anacrónica —al paio— que en la rada se esconde; como fallido Icaro —albatros— que así anda como tú vuelas, Clavileño... Y era —de ojos azules— la Poesía, que los ámbitos —nefelibata— hiende, Leviatán fósil, momia fiambre: la Quimera entre hielos...

Este si le quedó harto confuso al Estepario pesimista, en trance de muy advertible depresión. Seguramente fue entonces (luego de perpetrar el soneto en mención) cuando Sergio —aforístico— clamó —dictaminante— y dijo: *Existe un estado de alma llamado la Simplatía*. Se presume —por parte de los zahoríes— que Sergio estaba sin blanca (que no es nombre propio ni de tal ni de morena) y privado de cierta incierta dulce privanza... Y el tercer soneto de la primera tríada dellos y del absurdo Sergio Stepansky?

Pues háseme fugado de la memoria por el momento. Pero se corre el peligro, se teme la contingencia de que lo recuerde dentro de corto lapso. Y no hay seguro para ese riesgo... Y qué resultó del Jóby? Esta mañana...

Pero, yo me voy y no sé para dónde. Por el lontano azur nutrido de leyendas, emporio de navios plenos hasta los topes de cuanto se soñó, con el magín henchido de ensoñares y con los ojos avizores y la torva inquietud, yo me voy... Y no sé para dónde no me voy... y con mi Jóby. Da gusto, de todas veras, babelizar al desgaire, caotizar a la brava, y seguir ciegas rutas displiscentes, con la sonrisa y el gelasmo, la befa tonta y el sarcasmo a cuestras. Anoche no pude llevar ni el frac ni las condecoraciones.

El frac, aún desconocido, de inusitado. Las condecoraciones, todas ellas y no pocas, asaz enmohecidas, tal vez tomadas del orín, quizá extraviadas unas en el Cuarto de San Alejo, junto con la espada de Damocles, la palanca de Arquimedes, la linterna y el tonel de Diógenes, la lámpara y el anillo de Aladino y los Infantes de Aragón por quienes tanto se inquiera. Las otras condecoraciones en el arcón. No lucí anoche —pues— ni el frac ni las condecoraciones ni mi desparpajo magistral. En cambio, discurrí —distráido— por las nebulosas y galaxias; y adormecí mi hastío milenario, mis soledades foscas, con filtros de los leteanos. Surqué rosarios de lagos y lagunas

estigios, por Suomis gélidos, por inasibles Finlandias, rumbo a Nolandias nirvánicas, sitas al linde y raya de la Acinesia de amianto. Fijaré allí mi residencia ulterior, si así lo quiere Sidharta Gautama el Buda.

De todas las cosas pasadas, fugadas, fagamos un haz y echémosle al fuego. Tornado ceniza, tornadas ceniza, nos dejen en paz, se borren tan luego...

Y definitivamente no aparece por mi recuerdo el soneto tercio de Stepansky. Otros dél, esos sí, se me vienen a las mientes. Uno de tales es éste: Si es el ensueño gestación inconsciente, función del sueño, y es el sueño reposo, vivir para soñar sin ensoñar sería delicioso: más alto es ni vivir y sí ensoñar perennemente. Vivir es duro contra la corriente: a la deriva, en su témpano, el oso vegeta alegre y soso. Para pugnar... De lo pugnaz soy símbolo y soy Ente. Si es el ensueño gestación, y el tras-sueño puente entre el sueño inerte y el que engendra, vivir resulta inútil y pequeño sin el ensueño que éxtasis acendra. Levántate y ensueña, alma! (Lázaro resepulto!). Pero..., no te levantes, Lázaro! Yacente ensueña soterraño y oculto...

Dice Sergio el Inulto. Y sigue: Tengo que andar un poco más, un poco más, en silencio y sin pensar apenas, no con rumbo a las prístinas Atenas iniciales, ni menos al bazar o hacia el zoco. Mejor a la deriva como el esquife loco cuyos remeros tiran treses, cincos y senas mientras el timonel fuma su pipa y llenas copas de gin escancia, y a espaldas del siroco. Tengo que andar un poco, un poco más, mi resto de camino, y, en tanto, la Noche me corona: ya enciende sus Oriones y echa aceite a la Luna. Silbo (qué indiferente!) y adagio troppo mesto mi tonadilla

—al paio— con cuyo són se aduna la muerta voz del viento que un día hinchó mi lona...

Y sale ahora Sergio por BALADAS de las in-modo antico y de las por se divertir —como él dice—. Porque Sergio llegó en éstas, de su viaje por el Cumanday: Todas las otras cosas sin perfiles: innocuo Mal, estéril Beneficio, somero Amor —apenas adventicio—, frustra ambición: ¡tan sólo afanes viles...! Févido ensueño topa en los cantiles de lo real. Mi tedio trueco en gaudio apenas tienta su rebec Mauricio, su clavecino el aquilino Claudio.

(Presumo que Ravel y Debussy).

Ebanos negros, cándidos marfiles delante a intrincadísimo artificio. Sabio —a su frente— el divinal oficio con sortílega mano, de sutiles dedos, celebra el brujo Claudio Aquiles. Oyendo cómo tañe —un ebrio gaudio enajéname el ser, túrbame el juicio— su clavecino el aquilino Claudio.

(no quiere decir que no prefiera otras músicas, Sergio).

Ellos cuentan sus dólares por miles, por quintales! Por ello no desquicio (que no alcanzan, reptantes, los reptiles, mi de aéreos mirajes edificio como ni al sesgo arquílocos alfiles). Mi Peñasco de Hastío exuda gaudio cuando toca (Aarón para mi sicio) su clavecino el aquilino Claudio. Vayanse al *Orco prístinos abriles mustios agostos!* Qué más alto vicio, qué ocio más lauto! ¡Qué mejor auspicio, —Mecenas, rodrigones de serviles!— qué alegría, si no la que destiles tú mismo y para tí, para tu gaudio, si pulsa para tí (gruña el fenicio!) su clavecino el aquilino Claudio.

Y el envío?: Señor de los Acordes, aunque afiles el ingenio, no a tí. Ni al juglar Ricio magüer la Stuart le tuvo a su servicio: (sus modos de la amar asaz gentiles?) Tampoco a Pulchinelas, Clowns o Giles: sigue sonando (y súmense a mi gaudio Serenidad, Euforia, Angor, Suplicio) su clavecino el aquilino Claudio.

Y acaba Sergio si no con nuestra paciencia —que es infinita— acaba Sergio su recital, en punta; lo paré en seco. Planeaba seguir.

Ya no se sabe —en su magín lo grabe— nada. Ni nada importa para dar la clave —la llave o clave está oxidada—. Yo me soy un poeta absurdo, gabe sin artilugio, experto en la balada, soy un poeta que no sabe nada, que nada sabe...: Y tengo un corazón que no me cabe dentro del amplio pecho, y un orgullo de los señeros, y en la mente helada... ¡qué lecho muelle para nadie mullo, y en él, qué amor sin bridas! para las idas... o para la que torne, inesperada, o para las que lleguen, evadidas de mi soñada Nada y a mi Nada...

Dorabela, Isadora, Ménikin, Vira, oh mi Jóby!
Se hace tarde. Lautos sueños. Punto final.

18 VIII 1955

Continuaba así el manuscrito: Premisa: Sergio Stepánovich Stepansky es de cuasi prócer estatura —un tanto grandullos— además un si es no es tarambana y de origen eslavo: por eso lo llaman el eslavón perdido, sus más caros malquerientes y aún aquellos para quien él es bienquisto. Habita Sergio un candelucho o bienteveo o alfaneque erigido no propiamente para vigilar viñedo alguno sino como habitáculo mero y atalaya desde donde otea su miopeidad hasta un poco avante del naso. Otea. ¿Y qué otea Sergio desde su atalaya, hecho cegatón vigía? Nadie lo sabe. Ni el propio

Beremundo, ni el mismo Bogislao, los más prójimos aláteres de los sus íntimos pensamientos recónditísimos (pensamientos recoletos).

Ver 4 SONETOS - BALADA OTRA ACERCA DE LO MISMO y CANCIONCILLA (en FÁRRAGO - OBRA POÉTICA, Volumen II).

LXI

Cuando no la gaita, cuando no el albugue, será entonces el albugón. Cuando ni el azahar, ni el mirto ni el almendro, será ya el cipariso, mejor que no el sauz. Todo, todo me da lo mismo, dijera antaño Meser Stepansky, e insistió en decirlo año tras año, hasta decirlo ogaño. Como no sea un despropósito, en su lugar... Digo, a propósito de Sergio Stepánovich Stepansky, porque es grandullón, de aventajada si no tan prócer estatura, porque, además es un si es no es un tanto pillín y tarambana, y porque —al decir suyo— es de origen eslavo..., pues sus más caros malquerientes y aún aquéllos para quienes es él —Sergio— bienquisto, han dado en llamarlo ahora el Eslavón perdido. El eslavo, grandullón tarambana de Sergio dizque es el mismo eslavón perdido... Con todo —y menos con ello— Sergio no se inmuta: todo, todo me dá lo mismo, dice, lo eximio y lo ruin, lo trivial, lo perfecto, lo malo... Todo, todo me dá lo mismo: todo me cabe en el diminuto, hórrido abismo donde se anudan serpentinis mis sesos. Dice, y álzase de hombros... ¡Nichegó! Nichegó, que monta como ¡tanto monta! o ¿a mi qué?

Habita ogaño Meser Stepansky (Sergio Stepánovich) un alfaneque o candelechero o bienteveo, erigido no propiamente para vigilar viñedo alguno —que no ocurre— sino como habitáculo mero y pobre, y atalaya desde donde escruta, otea, su miopeidad. Otea, escruta hasta apenas un poco más adelante del naso. Escruta, otea Stepansky. ¿Y qué otea, que escruta Sergio desde su atalaya, hecho cegatón vigía, si filósofo lince desde sus años quince? Nadie, nadie lo sabe. Ni el propio Beremundo, ni el mismo Bogislao, ni Palamedes de Parapillo, los más prójimos aláteres y los más sabidores de los sus más íntimos pensamientos reconditísimos (ergo pensares sumamente recoletos). ¿Y qué escruta Stepansky, qué otea Sergio? Nadie, nadie lo sabe, ni nadie se cura de sabello, o se cura en salud, que es mejor ignorallo, peor meneallo, y lo más sabio no en jamás inquirillo. Cuando no la gaita, cuando no el albogue, será entonces el albogón: nunca la chirimía, el sisallo, el caramillo, ni la dulzaina ni la ocarina, ni el capador, ni ya el laúd trovadoresco. Cuando no el almendro, ni el mirto ni el azahar, será ya el cipariso, mejor que no el sauz: jamás nunca el simbólico madero. Ni las tablas, si diez, si sólo cuatro. Nunca tablas: ni en el juego de ajedrez. Y el mono sabe a qué palo se trepa. O eso cree. Lo que —a la larga— es lo mismo y, tal vez, hasta la corta, lo mismo. Y es probado, como decía muy antes don Francisco Gómez de Quevedo y Villegas y de la Torre de Juan

Abad. Es el habitáculo de Meser Stepansky, si mínima bicoca, si menguado cubil, lauto refugio, solazoso asilo de su señera soledad de perdulario doctorado, de zahareño recluso con sus pensares recoletos, con sus sentires reconditísimos o muy a flor de piel, y con la barahúnda tracamundana de sus ensueños y fabulaciones, que son enjambre en su caótico cáustico magín y son alboroto babelizante cuando los pone en fila o pretende enfilarlos y los dá a luz. Y los dá a la luz. Luz de la penumbra. Penumbra ni de la luz. Umbra sombría. Cuando los pone en fila y los dá a las tinieblas. Rectifico. Y es el habitáculo de Sergio, en más y poco más, la sede-obra (cada tres lunas) del famoso Quinteto de Ebenezer-ben-Mordecai-el-Alhelí, para el ensayo y puesta a punto de ciertas mirobolantes partituras cuasi que indescifrables. Cuasi que indescifrables no tan sólo, por la grafía, motejable de pésima con agravantes, sino también por el abstruso contenido dellas las partituras. Y no tanto aún por aqueste contenido o pseudo, cuanto la anárquica como a manera de interpretación que a ella dánle los presuntos virtuosos y seguros ejecutantes. Y como ejecutar tiene otros significados, también, y, así... Cada cual dellos los ejecutores interpretan a su modo y cada cual toca y retoca y trastrueca a su amaño y talante y cuando y en el tiempo y ritmo que le parece. Con el ruidajo cacofónico assai resultante que era y es de preverse y de esperarse. Y no es que sean los

integrantes del Quinteto unos virtuosillos del montón, unos rasca-tripas de la alcabela, sino que son ellos unos desatorados individualistas y muy si señores de su real capricho y de su gana, y tañen ellos como si cada quien fuese él solo el quinteto y los otros cuatro otros quienes cuatro soberanísimas birrias de la morralla. Tornó a cantar la voz de las burbujas y del claro cristal... De su prisión de vidrio verde saltó el claro cristal: gorjear de burbujas y del perfume del anís montañero... La alternativa con ventaja y compensación y el favor tras el disfavor es que el quinteto de cuerdas al servicio de la ejecución de la opera omnia de Ebenezer-ben-Mordecai-el-Alhelí, lo integran —para ser lógicos— cinco damas de alcurnia no nada orates: es en realidad, el quinteto, un quinteto de cuerdas —como instrumentistas niego— y de virtuosas, no sólo como instrumentistas, digo, sino que son virtuosas en demasía, helás!, hasta donde se sabe. Y es muy poco lo que siempre se sabe en verdad... Nueva canción de vidrio y de burbujas y fresco trasegar diamantes vívidos. Optimas damas de alcurnia, las del quinteto de cuerdas. Y qué decir de la mascota del quinteto y sustituta del violoncello, Mona Dorabela? Con su mentón hoyuelado, su boca y sus mejillas sombreadas levemente y sus ojos de ensueño? Oh Dorabela! Tal como Melusina. *Melusina de oro —en el cabello y en el vello leve que el labio te sombrea y las mejillas.* ¿Cuándo reventarán

los azahares? Lo sabe, sólo, Dorabela, mascotica del quinteto. La más bella de las Aónides, la más graciosa de las Hipocrénides!

Cuando le sobra humor y dispone de tiempo, Sergio Stepansky, en su alfaneque, bienteveo o candealecho, revisa, enmienda, adiciona, suprime, cambia. Se las entiende ahora, así, con la ópera omnia suya (la flor y el fruto de su Minerva). Para tener su obra en versión definitiva, que va a ser traducida al vascuense por un tal don Sebastián de Azpeitia y Zumalacárregui, biznieto —dicen, creo— del celeberrimo caudillo carlista don Tomás del segundo de los apellidos de nuestro don Sebastián, bardo guipuzcoano —a lo que entiendo— y huésped hoy de la torreta de su traducido próximo venturo. Sergio enmienda, adiciona, suprime, cambia. Donde quita un renglón pone media docena dellos, entre largos y cortos. Mientras, don Sebastián estudia el idioma Stepankino, que es una mezcla del panbabélico y del que parlan los aburráes y ebejicóes: que Sergio vivió por ahí un tiempo y se contagió de su lenguaje y de su acento. A don Sebastián el guipuzcoano le parece más arduo de aprender el antioquensis sergiano que el mismo panbabélico. Y ya babeliza no poco y nada mal el huésped de la bicoca de Meser Sergio Stepánovich Stepansky, nuestro turulato eslavón perdido, cuyo soy yo

—Bajo el Signo de Leo— el escriba o apógrafo, descifrador de los sus garabateos manuscriptos.

Y hay un mito: es el mito de Morgana: en la floresta de las donas sapientes —hechizadoras de valvasores y de villanos y de pazguatos y de videntes— (oh culebra semi-divina, fémina cuasi humana!) Morgana, Bibiana y Melusina y Loreley y Xeherazada y Dinarzada y Medea, y Ulalume y Xatlí, danzan la danza que jamás se fina: ¡la Danza de la Unica y de la Múltiple Dea!

Tornátiles sirenas de ojos de crisoprasa —valkirias de láctea piel y de taheña cabellera medúsea y de ojos de pálido alinde; —tornátiles sirenas, gacelas agarenas, de ojos brunos y de cenceño cuerpo serpentíneo y de boca... (húmda aljaba la boca, húmdo rogo la lengua, hoguera y dardo la lengua, húmdo dardo la lengua: disparado desde las almenillas de los dientes) y de boca cuyo sexual arrullo, cuyo sexual murmurio, cuyo sexual susurro mentes y corazones enardece, mentes y corazones adormece...

Otro mito es el mito de Morgana: Morgana y Xeherazada y Dinarzada y Xatlí, son la Noche Morena, así como Leonora, Melusina, Bibiana, Calypso y Eixatlúe y Loreley y Aglaya e Isadora son el Día, de rubra lumbre supraterrrena...

Otro mito es el mito de Morgana: yo la topé en la selva, siguiendo los meandros, el caprichoso vaguitar, el discurrir de las selvas difusas; yo la topé: ambulábamos como sombras ilusas y febriles; yo la topé: bajo los palisandros y los cedros, bajo los sicomoros y las ceibas; yo la topé: ¿hace siglos? ¿hace apenas minutos? Como polvo de estrellas, en tus ojos naufragaron los oros lívidos de las melenas de las Brunnehildes! Y en tus ojos se concentran los lutos y en tu pelo! En tu boca sexual —Isadora— se cría el fuerte vino que a mi psique enajena! A tu paso, mis ásperos leones tórnanse canezuelos humildes, oh Morgana Sirena!

Otro mito es el mito de Bibiana, y otro el de Dorabela Melusina: yo la topé en la selva, yo la topé en el río, rubia Amazona de acendrada madurez! Sus ojos locos, su boca loca, el férvido ardor mío! Su alegría danzaba como danzaban sus cabellos al viento! Cabrilleaba en sus ojos el mismo fulgor solar que caldeaba la arena diamantina y el aire seco: ¿no fue mía jamás su desnudez? Fue mía su alegría, mío su corazón turbulento, fueron míos sus deseos sin brida, fue mía su ávida boca golosa: no fue mía jamás mi rubia Melusina? mi rubia Dorabela? Y ese viaje que hicimos río abajo hasta dar con la escondida Flor de los Campos, con letra roja lo escribimos en una página perdida... Mas sí recuerdas, Proclo, cómo la amé: sus cabellos de choclo cuán admirables, y sus ojos marinos, y los encantos maduros de su cuerpo, —vecinos ya del otoño, empero cuán lozanos y frescos; el vello retozón de sus axilas, la señorial donosura de sus mohines dieciochescos, los filtros de aventura que irradiaban, vibrantes, sus pupilas, y su voz de contralto —aguda apenas cuando el ruboroso sobresalto, aquella vez... ¿La ocasión nunca quiso que yo gozara de su desnudez...? Tuve en mis brazos la simpar Iseo de amor tremante!: (bebí en tu boca el filtro melhibleo! bebí en tu boca el zumo lancinante! Me embriagué en el lustral, tórrido oreo de tu melena! Con tu voz amante, cariciosa —oh femenino Orfeo!— hechizásteme y con tu espíritu vibrante, con tu pasión en flamas —sedosa luz, calino centelleo— y con tu corazón desafiante!) Dónde lloras tu pena, dónde cantas tu dolor, claro amor, enhiesto amor? Tras de qué densas nubes tu angustia se reboza? De qué cenizas cubres tu corazón en áscuas? Dónde cantas tu pena, dónde lloras tu rencor, bravo amor, acerbo amor?

25 VIII 1955

Ver MITOS DE LA NOCHE (en VARIACIONES ALREDEDOR DE NADA - OBRA POÉTICA, Volumen II).

LXII

En breve comunicado mecanografiado, que no manuscrito con pastrana primorosa y asaz lacónico —así es de rigor y uso oficinesco— infórmasele que desde hoy salió y anda ya en vacaciones limitadas —parece— el infatigable Sergio Stepánovich Stepansky, el denodado *titán laborador*, no, empero, tan titán como la legión así calificada por Isaacs y que yo repito entre comillas. No tan titán Sergio, y laborador puede que sí, pero jamás en obras de coser o de bordar. Nada de nimias labores en tela u otras afines. Laborador quizá sí, Stepansky, mas tampoco en labranza del agro, agriculturando. Hoy salió y anda en vacaciones nuestro vagabundo eslavón perdido. Las Hadas y los Hados, dispongan, ojalá! que se dedique a vacar —apenas, sólo— e impidan las Hadas y los Hados que le de a Sergio por emplear y malbaratar sus ocios en la tarea de enriquecer las letras patrias. Enriquecer —claro y reobvio—, se entiende que sería en cantidad, no en calidad. ¡Y en qué cantidades! y de qué baja ley! Como que es grafómano y de nota nuestro eslavón perdido. Grafómano pasado de maniatar. De maniatar a que no esgrima o menée la péñola o pendolón, como un Bussy d'Amboise frente a los *miñones* o a los sicarios del montero cónyuge de Diana. Y que no faltan los *miñones*, sino que redundan y proliferan, de qué guisa y jaez.

No así tanto los enjaezables monteros de marras. Obtemperando a su mandato, si así lo ordenan las Hadas y los Hados, habría y podría y sería su deber —de Sergio— dedicar su merecido y bien ganado vagar, a tratar de poner en orden o en más tolerable desorden sus ideas. Ideas o similares sucedáneas. No sólo sus ideas: también su mínima biblioteca —la pequeña porción que está en su cubil habitáculo—, ya que la biblioteca máxima suya —no nada alejandrina—, apolíllase y se enmohece u hollínase en húmedo depósito —para lectura y deleite de las ratas—. A ordenar su porción de biblioteca y a catalogar sus sensaciones y jobys. No sólo sus dolatros y sus sensaciones: a catalogar —otrosí— su discoteca parva, que no la pingüe y magna, dispersa en prestados alojamientos. En asilos donde estorba y no talvez sino a juro. A juro, y a taco quizás. Catalogar aquellas. Y traer aquestas a la bicoca. Y traer también a su cubil hobys, dolatros y martelos. A ver si cabe aquello. Que todo cabe en lo imposible, como no nunca en lo posible (concepto del paradojo? No! Concepto del optimista optimate panglossiano.) El paradojo ha rato desapareció o tornóse mudo. La lengua oblata y oblato el rato paradojo, ha rato.

Y ayer zarparon todos los navíos. No sobró ni un mal leño para el viaje. Queda contigo mismo iluso prófugo fallido, —en tu prisión ineludible! Ayer zarparon todos los navíos. No sobró ni un mal leño

para el viaje. Así cantó, con versos que acaso un día fueron míos, uno del equipaje.

Seguramente el mismo Sergio sería, que por ahí andaba —grumete por entonces—. Y ese entonces ya es harto distante y en el tiempo y en el espacio.

Ayer, ayer zarparon y en la ribera me dejaron. Ayer, ayer zarparon.

(Zarpan todos los días así mismo)

Desde las cofas ni las vergas ni las jarcias no agitaron pañuelos, pañuelosnoagitaronnibanderolastremolaronlosquesucompañero me llamaron. Ayer, ayer zarparon, ayer, ayer zarparon todos los navios: ése, donde cantaban versos que acaso un día fueron míos y los otros. Ayer, ayer zarparon. Y quedó en la ribera Odiseo fallido. Y la aventura, en la ribera, prisionera, con Odiseo y Calypso madura... ¿Y Calipso madura?

Conque había una Calypso, por ahí, Sergio?

¿Y Calypso madura? ¿Dónde andará, que tan lasciva era, Calypso, en cuyos brazos se extinguiera mi dolor? ¡y aspirara mi locura todo el veneno de la primavera y del otoño, en su melena oscura!

Por modo que había por ahí una Calypso y madura y pelinegra y cuyo rumbo ya no lo sabe ni la mismísima Rosa de los Vientos.

Lo propio ocurre con las Circes y las Sirenas, con las Isoldas, las Ginevras, las Francescas, y aún con las Dalilas y con las comblezas del montón y hasta con las Rosas del Cauca. No es así Sergio? Recuerdo ahora tu CANCIÓN DE ROSA DEL CAUCA: Cerca de dónde júntase la Comiá con el Cauca, Rosa pícara vivía —del campamento lujuriente Hada—. Guisos cuan apetitosos mano albiroja guisaba. —Rosa maritornes única! (Mejor sus manos rosa-albas, frentes, mejillas que la fiebre dora, frentes, mejillas que la fiebre exalta, acariciaban —gaviotas sobre la mar que hispe la borrasca—) —Oh Rosa la de mis besos y en su boca vibrátil... (tibia aljaba de la lengua vivaz —venusina flecha para mi boca sansebastianizada...—). Oh Rosa la de los ojos como la noche cerrada: y un sutil estrabismo los volvía pérfidas y malignas azagayas para mi corazón —al par audaz y tímido—, para mi corazón: dardos, virotes y macanas! Y me herían dulcísimos sus ojos de terciopelo —negros— y de lascivia —en llamas! Oh Rosa de los abrazos de fulva leona en brama! Rosa pícara felina! Y en sus brazos morenos naufragaba mi sér —mi sér, a pique, jubiloso!— Oh mármol móvil en la móvil hamaca! Oh mármol ágil sobre los yerbales! Rútilo mármol en las rubias aguas del Cauca río: —retozante Fauno, flavo Sileno ansioso de la nuda Oreada—, fogoso mármol, Venus sapiente, en la alcoba, a la noche insomne y ávida! Cerca de donde júntase la Comiá con el Cauca, Rosa pícara vivía —síntesis de Ninones y de Aspasia. Por ella, riñas, enojos, celos, duelos, algaradas: Rosa, Helena de esa Troya, mucho más hembra que la Helena clásica! Rosa la de los labios gordezuelos y los perfectos muslos y las róseas cúpulas elásticas! Rosa... fugada con los años idos...: ¿dónde amarás ahora, Venus de Bolombolo, Láis del Cauca?

Y... dónde están las Nieves de Antaño de Villon? Las vacaciones de Sergio Stepansky son problema que mucho preocupa al clan de sus camaradas y cómplices.

Lo que más temen ellos y con razón sobrada es que coja oficio y se dé a obrar necedades y a crear esperpentos rimados y ritmados si no poéticos en concepto de los más y de los menos capacitados para el conceptuar conceptuoso. O se dé a espetar desde algún tingladillo los mismos u otros semejantes esperpentos. O a madrigalizar al oído de Dorabelas, Menikines y Jobys, la eterna cantilena, la perenne cantiga intemporal. Como aquella, que ya data y es, no obstante, viable y funcional aún: Dáme otra vez a gustar la golosina (Dorabela) de esos tus gordezuelos labios róseos... y que tus ojos otra vez irradien húmedos: ¿qué otra razón para vivir sino tus labios y tus ojos? —Y el cuello tibio y grácil que soporta la pulcra joya de tu cabeza— donde júbilo, euforia y alacridad, se alían a la inquietud y al hondo vagar y divagar de tu espíritu nómada... Tu cara en flor, tu frágil frente, ésa tu lacia cabellera de nardos y narcisos y brunos vinos, en que el perfume tomó cuerpo y la música... ¿y qué decir del tesoro de tu cuerpo diminuto? Dáme otra vez a gustar la golosina —Dorabela— de esos tus gordezuelos labios róseos... Otra vez te reclines sobre mi pecho áspero y oiga yo el palpar de tu sér amoroso... Otra vez tu palabra depáreme el sin lindes prodigio aladinesco de gracia y fantasía soñadoras, y el claro sartal de cascabeles lácteos, de tus dientes, de luz llene tu risa... Ya nada más deseo, Dorabela. Todo, todo el deseo en tu deseo sólo irradia, múltiple: no siendo tú, cuál iba a ser entonces mi Isolda, mi Francesca, y mi Eixatlúe...? Dáme otra vez a gustar la golosina —Dorabela— de ésos tus gordezuelos labios róseos... Y que otra vez tus ojos naufraguen en los míos: ¿que otra razón para vivir sino tus labios y tus ojos, Dorabela?

Las vacaciones de nuestro esclavón perdido, Meser Sergio Stepánovich Stepansky, cambalachero insigne, son problema asaz serio. Y no es paradoja. Es mejor tenerlo ocupado en cotidiana acción de rutina. Constreñido a las tareas oficinescas. No es paradoja: porque es un peligro social, una catástrofe literaria, una amenaza permanente, el inofensivo Sergio, suelto, libre de trabas, en posesión de sus horas, dueño de hacer lo que le pete, y con esa fluencia grafomaniaca, esa facilidad de enhebrar naderías y de enfilar renglones truculentos o meramente simplones.

Escúcha el silencio que canta: Sópla, sópla, músico pobre, en la madera o en el cobre; la panza del asno sacúde; raspa las crines, y golpéa marfiles y ébanos... Y escúcha: ¡escúcha el silencio que canta sin garganta! Por espeluncas y declivios —en la rebusca de la idea— prueba tu seso contra la lima, tu pasión malbarata (el sabio elude jugar su corazón): tú, loco, lucha, gástate: el corazón arda y no en tibios devaneos sino en rogo y en tea, por espeluncas y declivios y desde el vórtice a la Cima... Tortúra tus nervios sangrantes para engendrar emociones: genio y mal genio ni son pésima rima: ¡óptimos sí, qué dones! Mira: ¡el azar cómo inventa sin darse cuenta! Andar a topes dando tumbos —desgonzada caricatura de antropomórfico pelele!—: Tu voluntad... el viento la impele, alas le guinda y le dispone rumbos! Tu sapiencia es función de tu locura! Tu insensatez, desdoblada cordura! Razona, inquiere, escrúta, expurga, cava, grita —buen muñeco— para las risotadas del eco! La bola gira, gira, gira, gira: parece verdad, parece mentira... Ráspla las crines. En los ámbitos enrarecidos o desiertos, vacuos y lóbregos y esquivos (su són ensordezca a los vivos si no resucita a los muertos...) sópla, sópla tu hórrida trompeta —casi la del Apocalipsis—. Buen danzarán el Viento: ¡adviérte con qué donaire

se divierte! Tú, el anacrónico trovero, las catacrexis, las elipsis, trába y destrába, tróva y destróva: el Arte es largo si el Tiempo es corto (o algo así, o, si no, viceversa...) (No has sido, Sergio, nunca un zahorí para el afeite de las citas del griego, el sánscrito o el persa...) El Arte es largo y nunca acaba de definirse; el Tiempo es corto y no reversa ni quiere irse: sópla tu gaita o sacabuche, dále que dále a tu pandero: en medio a zambras, trullas, gritas, quizá en diciembre se te escuche si no te escuchan por enero... Dále que dále al tenso parche hasta que el sordo oiga y se marche... Escúcha el silencio que canta. Escúcha el silencio que cifra su canto y al viento dispersa —que en otras zonas lo difunde—. Sópla, sópla, músico pobre; marfil golpéa; ébanos punza. Tu crascitar el Orbe inunde! Y aunque le faltan las murallas —ni eres Josué— suéna tu trompa mientras le das vueltas a Funza. Ya que no muros, quizá rompa tímpanos tímpanos tu trompa.

1 IX 1955

Ver TROVA DE LOS NAVÍOS, DE ODISEO, DE CALYPSO Y DE LA AVENTURA - CANCIÓN DE ROSA DEL CAUCA - ARIETA - UNA OTRA SECUENCIA (en VARIACIONES ALREDOR DE NADA y FÁRRAGO - OBRA POÉTICA, Volumen II).

Hay los siguientes manuscritos: a) En breve comunicado asaz lacónico informáseme que desde hoy salió y anda en vacaciones limitadas, el infatigable Sergio Stepánovich Stepansky, el denodado *titán laborador*, no tan titán como lo dijo Isaacs y repito entre comillas. No tan titán, y laborador puede que sí, pero nunca en obras de coser o de bordar. Nada de labores en tela u otras afines. Laborador quizá sí, mas nó en labranza del agro. Hoy salió en vacaciones nuestro esclavón perdido. Las Hadas y los Hados, dispongan ojalá! que se dedique a vacar —apenas, sólo— e impidan que le dé por emplear y malbaratar sus ocios enriqueciendo las letras patrias. Enriqueciéndolas —claro—, se entiende que en cantidad, no en calidad. ¡Y en qué cantidades! Como que es grafómano pasado de maniatar, a que no esgrima o menée la péñola y pendolón como un Bussy d'Amboise frente a los *miñones* o a los sicarios del montero. Y que no faltan los *miñones*, sino que redundan

y proliferan de qué guisa y jaez.. No los enjaezables monteros de marras. Obtemperando a su mandato, si así lo ordenan los Hados y las Hadas, habría y podría dedicar su vagar, Meser Sergio, a poner en orden o en desorden más tolerable sus ideas. No sólo sus ideas: también su mínima biblioteca —la que está en su cubil—, ya que la biblioteca máxima apolillase y se enmohece u hollínase en húmedo depósito —para lectura de las ratas— y a catalogar sus sensaciones. No sólo sus sensaciones: a catalogar otrosí su discoteca parva, que no la pingüe, dispersa en prestados alojamientos. En asilos donde estorba y no talvez sino a juro. A juro y a taco, quizás. Catalogar aquellas. Y traer aquésta a su bicoca. A ver si cabe. Que todo cabe en lo imposible, como no en lo posible (concepto de (incompleto))

b) Hoy salió en vacaciones el infatigable Sergio Stepánovich Stepansky, denodado *titán laborador*, no tan titán como se dijo entre comillas y laborador nunca en obras de coser o de bordar. Nada de labores en tela u otras. Laborador sí, mas no en labranza del agro. Hoy salió en vacaciones el eslavón perdido. Como se dedique a vacar —apenas— y no le dé por emplear sus ocios *enriqueciendo* las letras patrias. Claro —se entiende— que enriqueciéndolas en cantidad y en qué cantidades. Grafómano es el eslavón perdido. Grafómano de maniatar, a que no esgrima y menée la péñola o pendolón como un Bussy d'Amboise frente a los miñones. Y que no faltan los miñones sino que redundan y proliferan de qué guisa y jaez. Podía dedicar su vagar, Meser Sergio a poner en orden su mínima biblioteca, ya que la máxima apolillase y se enmohece u hollínase en húmedo depósito. Y a catalogar su discoteca parva ya que la pingüe anda dispersa en prestados asilos, donde estorba y no quizá sino a juro. Catalogar aquella y traer aquésta a su bicoca, a ver si cabe. Que todo cabe hasta en lo imposible ya que nunca en lo posible (concepto del optimista opsimate)

1 IX 1955 (incompleto)

LXIII

Por los arcanos predios minifundios y los recónditos dominios liliputienses que son asilo, cubil y covacha harto desapacibles —en veces— y son en otras ocasiones refugio y retiro muy deleitables, y siempre éstos y éstos la osera de Mayor Oso Gris y a ratos espaciados de Cynosura menor, mas no ahora, de ausente girovagadora desconectada y en vuelo excéntrico si no también por fuera de toda órbita itineraria. Por los tales dominios y por los cuales predios, ni todo va tan cumplidamente mal como es de colegirse, de esperarse —lógica en mente—, ni va todo tan cabalmente bien como solía ir y como suele ir todavía, con suma sin-razón y a frote, choque y contrapelo con la más hipotéticamente absurda de las lógicas o de conserva con la antilógica exacta. Va y viene ella en el alterno baja y sube y vaya y vuelva del vaivén medio, mediano, intermedio. Mediocridad de ocre isocre, no nada áurea de seguro ni siquiera argéntea. Releyendo —que hoy se relee apenas, casi, y en el liliputiense enano minifundio—, releyendo con curia y pausa LAS INMEMORABLES Y ANALECTAS de Casiodoro de Síbaris, el afamado en su tiempo y hoy ignotísimo sofista, pseudo filósofo el más caracterizado epicúreo-estoico-cínico de que tiénese verídica si escasa información y noticia y noticia de fiar en ella —asaz parva—, tópase en el

Mamotreto y Centón con unas ingentes Máximas, con otras cortas mínimas y con no pocas diminutas semimínimas. Entre ellas —todas ellas aforísticas aún las anecdóticas— háylas maravillosamente mirobolantes —a juicio de don Os— y éstas son aquéllas, y háylas químicamente puras de la menor traza o huella ilusoria, y ellas son esótras, las Mínimas y las Semimínimas. No se sospecha o vislumbra en las breves y en las brevísimas brizna alguna de luz, bledo alguno de ni siquiera vago albor ni leve albur de esperanza ni aún aleatoria. Negror compacto. Negror perfecto. Negror. Negror. Negror. Sima abisal de entrañas de antracita. Abenuz ominoso. Entre las máximas, y entre las de regusto gratisimo —por fuera de las que ya se incorporaron en el Refranero, en el Lugar Común y en la Perogrullada Universales, hay otras menos resabidas, al tenor de aquélla que vertida una vez al antioqueño, se enunciaba de este campesino y campechano jaez, o arrieril arreo, a fines del último siglo de los que ya pasaron. Y que sonaba así: *Mientras más peor, más mejor, mi Don... y Ergo bibamus y después filosofistiquemos...* Esta segunda parte, desde el, no sé si macarrónico, latinajo, no lo espetaba el montañero, el cual, si no sofistifilosofaba, si se lo bebía y de seis onzas y en totumilla de nácar y era anisado burbujeante: *Ergo bibamus y luego filosofistiquemos.* Que la vida comienza otra vez, otra vez cada mañana, aunque tú no lo creas, Zumurrud;

comienza otra vez cada día, por gracia de la lustral noche interludial. De la noche lustral toda hechizo. Toda hechizo, magüer los pavóricos sueños —tortura onírica—, no obstante las pesadillas poescas. Toda hechizo lustral, la Noche Lautá.

Recuerdo ahora, con la Noche Lautá, versos que quizá há dos horas se dijeron en Buenos Aires de la Argentina, en una Velada-Homenaje a Ricardo Rojas, escritor eminente, y a un quídam colombiano, ambos los dos postulados (en el vacío) a cierto premio.

Los cuales versos, dijeron así, y son una CANCIÓN NOCTURNA: En tu pelo está el perfume de la noche y en tus ojos su tormentosa luz. El sabor de la noche vibra en tu boca palpitante. Mi corazón, clavado sobre la noche de abenuz. La noche está en tu frente morena, erguida y frágil y en tus brazos que un vello sutil aterciopela. La noche está en recónditos parajes de tu cuerpo; —la noche perfumada de nardo y de vainilla y de canela—. La noche está en tus ojos brunos, iridiscente: constelaciones bullen en su vivaz burbuja. La noche está en tus ojos brunos, Xatlí, cuando los cierras: noche definitiva, noche agorera, noche bruja. En tus oídos, Xatlí, toda la música de la noche se refugia, y te arrulla con su vago susurro... En tus oídos, Xatlí, toda la música de la noche, y en tu voz, y en tu risa, y en tu tácito llanto... En tu frente, su angustia latente insomne yerra, y en tu pecho amoroso su tormentosa luz. En la noche sortílega, sortílego discurro... El sabor de la noche vibra en tu boca palpitante, Xatlí... Tus manos son dos pálidas lunas sobre mi frente. Clavos en tí me clavan, oh Noche Deleitosa! Noche...! ¡tibio madero de mi cruz! Crucificado yo sobre la Noche Lautá!

Prosiguiendo —que dicen—, en el texto original de Casiodoro de Síbaris, escrito no en el prehomérico heno —pasto de Pegaso— sino en prehomérico heleno (que es griego para mí, y de los más herméticos grecianos), en el texto original crucigramatístico, pues no ignórase —sino por los más ignaves— que Casiodoro de Síbaris se tiene ubicado entre los protogongoristas más fray hortensios pallavichinos de que se sabe o supónese. Por una parte. Y, máxime, si el malhadado escriba de Casiodoro érase que se era una soberana birria como copista esfígeo de los más indescifrables... Por el lado de las Máximas, creo. En cuanto a las diminutas Mínimas y las diminutísimas menos que mínimas y porismas acerbísimos... Mejor ni meneallas... *Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate*, y antes de entrar y sin entrar y desde fuera... Meser Sergio Stepánovich Stepansky —el Eslavón Perdido— dice que aquestas Mínimas y Semi-Mínimas son precisamente comparables a la Simplatía, y aquellas otras, Máximas, equiparables a la Condenaria. Simplatía y Condenaria, estados de alma sergianóideos. Como pudiera inferirse, Meser Stepansky (Sergio Stepánovich) es, aparentemente, muy metalizado. Se deja ver el cobre, Sergio, singularmente en sus definiciones, y dice él que como ponerse al ras y nivel con el pan-mídico mundo leviatánico de Mammón, y mundo en el que se vive. Y para —así— hacerse entender; hacerse cuasi entender

un poquitín. Lo que no lograría jamás, ni logra nunca, ni logró ni logrará Casiodoro de Síbaris. Punto.

Alguna vez, y entonces era el viento, cuando la Noche Lautas, cuando Xatlí, Noche Morena y alto Mito Real. Y eran FAVILAS: Yo soy el viento. Alígero discurro por los collados; con mis brazos ciño la esbelta línea, el musical susurro y el tibio aroma y el logrado afán. De grana ardiente el gris otoño tino y entre mis brazos de tiznado armiño vibran los sueños que a mi ardor se dan, —Xatlí—. Yo soy el viento. Impávido discurro por el vórtice. Lúgubres aúllen trenos de espanto y gélido susurro lacerante, en mi torvo, hórrido afán! Tu férvida pasión nutre la mía! Sacar tu árida sed mi sed ansia, y henchir los sueños que a mi ardor se dan...

Volviendo a LAS INMEMORABLES Y ANALECTAS de Casiodoro de Síbaris, en el texto original, quiero informar que, con la asesoría y la tercería cooperante-coadyuvante-asistente de la gentil Laureda, emprendimos ya, en equipo, Sergio Stepánovich Stepansky y yo de mi, Bogislao, la traslación, a nuestro idioma de los tres —Sergio, Bogislao y Beremundo—, aprovechando las vacaciones ociosas de Sergio, los insomnios vacuos míos (de Bogislao), la ausencia de Beremundo el Lelo (siempre en Babia y por los Cerros de Úbeda) y la muy placentera compañía de Laureda en sazón. De la gentil Laureda, que secunda a Sergio en las horas del día, que secunda al insomne en la noche lauta y que secunda a los

ausentes Beremundo y Palamedes por vía epistolar y control remoto. La tarea translaticia será longa. No tanto por la magnitud cuantitativa de la Obra, que es —a ojo— tan breve como el MAHABARATA amazónico o como la ASTREA oceánica, y casi tanto como —y no es exageración—, como el RELATO DE LOS OFICIOS Y MESTERES DE BEREMUNDO EL LELO, DADOR DEL OPIO, en la versión definitiva, y cuyos movimientos o partes son PRELUDIO, CORAL Y FUGA. En la versión definitiva de hoy por hoy. Definitiva, si en proceso de elaboración y retoque. Y sin las notas escolios y sin el glosario-lexicón, que doblará su giganteo cuerpo multidimensional. La tarea longa y dura. Mas no sólo por la magnitud tamaña. Y ardua y compleja otro sí, que el estilete estilo de Casiodoro de Síbaris se las trae y se las vuelve a llevar también. Las SOLEDADES de don Luis de Góngora y Argote o de Argote y Góngora —ad líbitum— son DOLORAS de don Ramón de Campoamor y Campo-osorio, comparadas con los PORISMAS Y AFORISMOS que integran —en parte— LAS INMEMORABLES Y ANALECTAS del de Síbaris, estilista sobremodo.

8 IX 1955

Ver CANCIÓN NOCTURNA y FAVILAS (en VARIACIONES ALREDOR DE NADA - OBRA POÉTICA, Volumen II).

Hay los siguientes manuscritos: a) Por los predios y dominios que son asilo —en veces— harto desapacibles y en otras ocasiones refugio muy deleitable, cuando no la osera del Mayor Oso, que no de Cynosura ahora girovagante desconcertada en vuelo excéntrico si no fuera de toda órbita literaria: por tales dominios y predios ni todo va tan mal como es de colegirse

lógicamente ni tan bien como suele ir con total sinrazón y a contrapelo con la más absurda lógica. Releyendo LAS INMEMORABLES de Casiodoro de Síbaris, filósofo y sofista de los más epicúreoestoico de que tiénese noticia, tópose con unas Máximas y con otras Mínimas maravillosamente mirobolantes aquellas y estótras químicamente puras de la menor traza ilusoria. No se vislumbra en éstas brizna alguna de luz, bledo alguno de ni siquiera leve leve albur de esperanza aún aleatoria. Negror perfecto, sima abisal de entrañas de antracita. Entre las Máximas de grato regusto aquella que —vertida al antioqueño— se enunciaba de éste jaez campesino: *Mientras más peor más mejor, mi Don, ergo bibamus* —esto ya no lo espetaba el montañero— y después filosofistiquemos, que la vida comienza cada día, por gracia de la noche intermedia toda hechizo. En el texto original heleno que para mí es griego y de los más herméticos, máxime si Casiodoro de Síbaris cuenta entre los pregongoristas más pallavicinos de que se sabe. En cuanto a las Mínimas acerbísimas... *Lasciate ogni speranza*. Sergio Stepanovich Stepansky dice que aquestas son la simplatía y aquellas la condenaria. Sergio es sumamente metalizado, en sus definiciones, dizque para ponerse al ras con el místico mundo en que se vive, y dizque para hacerse entender lo que no logra Casiodoro. Con la asesoría y tercería coadyuvante de Laureda emprendimos Sergio y yo la traslación (a nuestro idioma de los tres) de LAS INMEMORABLES de Casiodoro, aprovechando las vacaciones de Sergio, los insomnios míos y la muy deleitosa compañía de Laureda que secunda a Sergio de día y al insomne en la noche.

5 IX 1955

b) Por los predios minifundios y dominios liliputienses que son asilo —en veces— y covacha hartó desapacible y en otras ocasiones refugio muy deleitable, y siempre la osera del Mayor Oso Gris, que no de Cynosura menor, ahora gira vagadora desconectada y en vuelo excéntrico si no también por fuera de toda órbita itineraria: por los tales dominios y cuales predios, ni todo va tan mal como es de colegirse, de esperarse, lógicamente, ni va todo tan bien como

solía ir y como suele ir todavía, con total sinrazón y a choque y contrapelo con la más absurda lógica hipotética. Va y viene en el alturno vaivén y baja y sube medio, mediano, intermedio. Mediocridad no nada áurea seguramente ni argentífera siquiera. Releyendo —que hoy se relée en el liliputiense enano minufundio—, releyendo LAS INMEMORABLES de Casiodoro de Síbaris, el sofista pseudo filósofo y el más epicúreo estoico de que tiénese verídica información y noticia de fiar en ella, tópose con unas ingentes Máximas y con otras diminutas Mínimas. Entre ellas, aforísticas todas, háylas maravillosamente mirobolantes y son aquéllas, y químicamente puras de la menor traza ilusoria, y son estótras. No se vislumbra en las mínimas brizna alguna de luz, bleto alguno de ni siquiera vago albur ni leve albor de esperanza aún aleatoria. Negror perfecto, compacto, sima abisal de entrañas de antracita. Abenuz ominoso. Entre las Máximas de regusto gratísimo —a más de las que ya se incorporaron al lugar común, al refranero y a la perogrullada, hay otras, como aquella que vertida al antioqueño, se enunciaba de este jaez campesino, a fines del siglo último que pasó: *Mientras más pior, más mejor, Mi Don ...ergo bibamus y después filosofistiquemos*. Esto, desde el latinajo, no lo espetaba el montañero, aunque si se lo bebía de seis onzas y anisado. Ergo bibamus y después filosofistiquemos, que la vida comienza otra

8 IX 1955 (manuscrito incompleto)

LXIV

Claro y seguro que no he podido aún hacerme a la ubicuidad. ¿No será muy tarde ya para conseguirla, para lograrla en avanzado otoño? ¿y si lograda, para querer hacer uso de ella, así fuese por un tan breve lapso? Lapso? Lapsus. No siendo, entonces, ubicuo, oblicuo menos, conspicuo muy más menos, perspicuo poco, helás! Tampoco inicuo. Lo antepenúltimo y

penúltimo en jamás, tal vez lo último sí, como inicuo escritor. Con todo ello de la no ubicuidad, sucede que hoy, ahora, estoy aquí, BAJO EL SIGNO DE LEO —que no es cosa y si es cosa del otro jueves—. Estoy ahora, hoy, aquí y el trance presente con muy buena dicción, claro fraseo y agradable timbre. Dicción, fraseo y timbre en préstamo. Y hoy estoy también —creo— si no mañana, al pié del Cumanday, con mi inicua propia dicción, mi embarazado fraseo y el mío incalificable ni timbre. Y espetando, ante un público tan selecto como desprevenido e incauto, espetando los despropósitos extravagantemente ritmados y las rítmicas arítmicas músicas discordes verbales que ya perpetró, que ahora perpetra y que perpetrará —¿quiosquie tándem?— el equipo equipejo sin equipaje, que actuó, actúa y actuará BAJO EL SIGNO DE LEO. Equipejo y cáfila de orates todo él, todos ellos y cada uno, sin segundo, y sin terceros epígonos segundones parodistas. Sin escuela ni secuela. Y ahora mismo o mañana al pié del Ruiz hace lectura poética (sic) con su propia vozacha tartajosa, cascajosa, el mismo o un otro de los mismos otrosyoes —que aquí— (con buena voz prestada) enhebra su torce de abalorios-baratijas, su guirnalda de adefesios, su sarta de pedrerías *ersatz*, su joyería de latón, oropel y similor. Honesto autocrítico sí, pero pergeñador funesto y autor inane, inocuo, inicuo, único, vacuo, tan inepto para crear deliquio algún —en dáctilo o pirriquio—, como inapto

también para *componer* (como dicen) vaniloquia otra absurda, ni lógica ópera ponderada, de las de trece en docena, al gusto ambiente, de sabor cansado. Sin ningún aspaviento, aspa al viento, baten viento las aspas de mi molino, dice el Lelo. Aviento al viento sólo viento o —apenas— ventolina de ventolera.

Aquí no llega sino la voz del viento, la Voz del Viento! Canción del Viento, libérrima y ágil, de sincopado ritmo! Aquí no llega sino la Voz del Viento! Y canta. La Voz del Viento, la Voz del Viento llega y se quiebra contra los cantiles dioríticos; luego se aduerme por las lomas; describe ahora el curso del Bredunco; y silba, y silba, y silba —pastoral— por los palmares. Aquí no llega sino la voz del viento, la voz del viento. La voz del viento, la voz del viento se allega a mis oídos. Y canta. Canción del Viento como ninguna: no la empobrece cartabón imbécil y pedante; ni molde tonto; ni trivial retícula; ni temor a infringir el gusto abyecto de la mesnada; ni alarde vano de la rutinera *maestría*, —abalorio de abolido abolorio... Canción del Viento, libérrima y ágil y potente! Canción del Viento como ninguna: Oratoria mulata hueca inflación no tórnala; ni trueno de los bombos feriales; ni anómalo deliquio cineasta; ni parodia de *snob*; ni badurnado tropicalismo; ni calco gris de helenos y de ítalos... Canción del Viento como ninguna: sobria es: de líneas esbeltas; ruda es: de músculos duros; sutil es: pensierosa...; perfumada de selvas y de montes y de mares y ríos y de olor y sabor de mujeres; macerada en redomas de dolor y cansancio; saturada de músicas recónditas, gigantescas, y de músicas acariciantes... Aquí no llega sino la Voz del Viento. Y canta. Canción del viento, canción del viento! Aquí no llega sino la Voz del Viento, la Voz del Viento!

Y nunca dijo el Lelo verdad más grande! Y qué leería, que habrá leído, en Manizales, nuestro Qüídam de Marras, hoy mismo, hace dos horas flat? Su repertorio poético o pseudo poético —en verso sí— es casi tan vasto como basto (y es bastante su bastedad con ambas béas) y es tan vario y diverso y multiforme, como deforme, disperso y caótico. Ventura grande para nos y vos que a nuestro Qüídam no le haya dado aún por el Acróstico, ni por el Poema Epico (horror!), ni le haya caído en mientes pulsar o tañer la lira didascálica ni monitoria, ni el organillo lacrimógeno, ni le petara soplar el serpentón helicoides pandemósico de la arenga. Poeta menor, el Qüídam, minorísimo, cuanto vejancón si no caduco ni senil. Poeta elegíaco, el Qüídam, sin mucho patetismo sensiblero. Poeta lírico, el de Marras, lírico sin tanto almíbar ni sobrado acíbar. Lírico él, atemperado. Terciado de humorista sin humor, sin gracia suma, sin sarcasmo excesivo. Un mucho escéptico si con pasión a toda vela, siempre. Haría el Qüídam de Marras, al pié del Ruiz, su lectura de poemillas y de canciones, simple. Que es lo que está en su poder hacer. Nada de conferencia ni exposición, ni de charla en torno a la poesía y a la función poética, y menos charla o digresión en torno a la música. Que tampoco es musicólogo. Ni ello al Qüídam le corresponde ni tiene él facilidad de expresión —que es de los tímidos audaces— ni le tiene afición al género, ni es poseedor

de mayor ni menor versación en tales disciplinas. Ni ama las disciplinas ni el cilicio... No nada masochista ni tan sádico... Por manera que... nada de charlas musicales ni poeto-musúrgicas siquier. Poesía o ni Poesía, Versos, Viento... que:

En mi rincón le insufló a mi fagote vientos de libre poesía. Vale, vale la pena (como no brinquen multitudes en algarabía —bárbara tribu diapreada de achiote— y aunque no salten *Soledades* de Góngora y Argote...): ¡surta clara, serena, sincronizada, esbelta Arquitectura, Música pura, libre Poesía! —En mi rincón le insufló a mi fagote vientos de libre poesía! Vale la pena, vale: y así chillen don Pánfilo, don Zote, doña Carraca, doña Chirimía: ¡toda la trinca! ¡todo el cotarro! ¡el zafío lote!... ¡como apruebe la Onfale cuya rueda devano, Esfinge Obscura, sólo Aventura, mía Fantasía! En mi rincón le insufló a mi fagote vientos de libre poesía. Vale, vale la brega: ¿muy ronco el timbre para el flébil estrambote de mi Balada? ¿muy áspera la Voz? ¿la Melodía muy tosca? ¿a los oídos es azote mi trova nocharniega? —No me importe!: ¡si ríspida y si dura, de ésa sólo se cura la Musa mía! En mi rincón le insufló a mi fagote, —don Pánfilo, don Péndolo, don Zote, doña Carraca, doña Chirimía— vientos de libre y pura y de díscola y recia poesía.

En relación con el Acto y presencia en cátedra y tinglado, y en Manizales y en su Universidad de Caldas, quería el señor Rector della anunciar previamente una charla o parloteo del Qúidam, y sobre Música. Charla muy por fuera y por cima de sus posibilidades, por razones conocidas y reconocidas por quienes conocen y reconocen al de Marras y tan Lelo. Pero dirá él que hace... y no le dará pena ni rubor

el decirlo, que hace ya por sobre veinticinco años que escribió y suscribió con su nombre y sello con su nema y lacró con su signo una cierta SUITE (o serie) en que decía de las músicas que por entonces le placían y petaban más. Y es ella la SUITE DE LA LUNA NEGRA, cuya luna y de ebonita (por esos años, era el disco gramofónico) y aún ahora, la luna negra si de otro plástico.

Y decía así y dice todavía la SUITE DE LA LUNA NEGRA de nuestro Qúídam Lelo y de Marras: Gira la negra, gira la luna, gira la negra luna, gira sobre si propia, gira la negra luna de ebonita, gira la negra luna de ebonita —sobre sí propia— y canta: ¡Bah! ¡Canciones! ¡Y músicas abstractas...! Y, lo que canta, es la Música Viva! — Oye *El Viaje de Invierno*, de Franz Schubert, y el *Rey de los Alisos*, y *El Doble y Ganimedes* y *Ante el Mar*, y de Schumann, *Amores de un Poeta*; y de Duparc, *Invitación al Viaje* y *La Vida Anterior...*; y de Chopin, *Preludios* y *Nocturnos*: tú soñador romántico; tú, doliente elegíaco. Oye la voz serena, la voz profunda Oye de Bach —añosa encina, inmensurable selva, órgano él mismo y templo de la armonía—: tú, sereno y profundo. Y de Mozart, el diáfano y sortílego. Y de Haydn y Franck, la cortesana y la mística voz, inconfundibles, tú, gustador de lo pulcro y etéreo. *Los Cánticos* y *Danzas de la Muerte*, y *Sin Sol*, de Musorgski, tú, angustiado, febril, hiperestésico; y *Boris Godunov*, *Boris Godunov*, oye (bárbara gesta, miedo, sangre, lujuria y fausto); tú, sátrapa en los sueños... Y, catador sutil de quintaesencias, gusta la mediatinta debussyana, pesquisidora de inusados timbres y lontanos acordes, en un dorado ambiente de calígine. Y, borracho de lumbres y colores, oye, de Rimski, *Antar* y *Xeherazada* y *El Gallo de Oro* —vértigo y lascivia—; mas, si de ritmos ebrio, tú, frenético danzarín, danza todas las furias de Stravinski

—del sabio y del bufón mezcladas dosis—: fino humor, ricos timbres, forma clara (sobria, o en concertado cataclismo). Y Oye, en la noche, y en *Tristan e Iseo*, la voz vigía de Brangane, plena de lo fatal, o el corno quejumbroso; si no los *Funerales de Sigfrido*; o el *Tránsito al Valhalla*, milagroso tumulto. Y tú, plasmado en bronce, los vastos himnos oye. Oye las soberanas sinfonías con que la voz del Sordo el orbe nutre! Las acendradas síntesis: sonatas y quatuors, insólito prodigio, filtros puros; la *Misa en Re*, misterio panteísta, denso peán a la Naturaleza! Y el trágico clangor de *Coriolano*...! Oye la voz del Indomado Prometeo, Oye la voz del Sordo, oye la voz del Sordo! — Gira la negra luna, gira sobre sí propia, gira la negra luna de ebonita, gira la negra luna de ebonita —sobre sí propia— y canta: —Bah! Ficciones! Y músicas abstractas...! Y, lo que canta, es la Música misma!

Hace Veinticinco años de Ley y de muchos kilates y de muy buen durar... Pero el Quídam se metió en el silencio. Dícele así a un su cofrade: Baruch: hace ya luengas décadas que en sigilo rumio mis elaciones, las filtro y las decanto, mas déjolas sepultas durmientes en el silo. Quizá otra vez advénganme los furores del canto y el frenesí poético y el profético morbo... Quizá ese día irrumpa, revestido del manto sacerdotal, nimbado por el estro y el torvo ceño del inspirado demoníaco. Empero, por ahora, Baruch, degusto, sorbo a sorbo y en tallados cristales, mi silencio señero, mi soledad furtiva, mi desdén insolente. Baruch: hace ya luengas décadas (por enero veinte años junté de mudez trascendente), que yazgo en el poético farniente, en la vagancia *creadora*, en acecho, Bogislao el Doliente, de que el azar retórneme y a la madura infancia...(Dicen que con los años a la infancia se torna): no es esa la que espera, Baruch, mi cavilancia, sino la que es cimera plenitud y se exorna con el laurel de Weimar o el whitmaniano arresto domeñador o el hielo que a Sibelius ahorna si inversamente: en ascuas interiores, y asbesto que le aísle, por fuera, del frío circundante. Baruch:

hace ya tiempos que menos vale el resto si todo vale lo que la sombra de un instante.

Buenas noches, Hamlet Dulces sueños, Ofelia...

15 IX 1955

Ver CANCIÓN DEL VIENTO - AIRE PARA FAGOTE - SUITE DE LA LUNA NEGRA y DÉCIMA EPÍSTOLA A BARUCH (en VARIACIONES ALREDEDOR DE NADA y FÁRRAGO - OBRA POÉTICA, Volumen II).

Hay el siguiente manuscrito: No he podido aún conseguir la ubicuidad. ¿No será tarde ya, para lograrla? ¿Y si lograda, para hacer uso de ella, así sea un breve lapso? No ubicuo, entonces, oblicuo menos, perspicuo menos más, y ¡helás! tampoco inicuo ni conspicuo. Lo último en jamás, talvez lo penúltimo sí, como inicuo escritor. Con todo y la no ubicuidad, sucede que estoy aquí —que es cosa también del otro jueves— hoy y hoy con muy buena dicción. Buena dicción prestada. Y hoy estoy también al pié del Cumanday, con mi inicua propia dicción, espetando ante un público tan selecto como desprevenido e incauto, los despropósitos rimados y las rítmicas músicas desacordes verbales que perpetró, perpetra y perpetrará —¿qüosqüe tándem?— el equipo absurdo que actuó, actúa y actuará Bajo el Signo de Leo

15 IX 1955 (incompleto)

LXV

Se le inquiría ha poco, a cierto Qüídam, en las vecindades del nevado Cumanday, y por varios amigos viejos y recién conocidos, entre aquestos un galeno largo, largo, largo (el largo de Haendel, número 3) y loco, locato, tan loquillo, casi, como el Eslavón Perdido; se le inquiría al de Marras acerca del número,

el lema, la cifra, el símbolo, la sigla —al menos— de cierto maravilloso imponderable. Era la noche, como en OTELO, era la noche, poco después del filo de la media, distante aún el preludio antelucano del nuevo día. Se le inquiría, al de Marras y Gaspar que es otra Esfinge sin secreto, otro oráculo ido, inane, caído en bobería, hecho tarumba. ¿Cuál es el número mágico, la emblemática, mágica cifra? ¿Cuál el número, la cifra del neo ábrete-sésamo, del abracadabra junior y del abrí y cerré ajonjolí? ¿Cuál, sino ellos mismos, tres en uno? ¿Y cuál es el número mágico, sortilego, Dorabela?Cuál ha de ser sino la misma Dorabela, de magia y sortilegio? Cuando al són del azumbaibe... Y como que se trataba de inquirir por el ábrete-sésamo de la cueva poética de un tal bardo Alí-Babá de Parapillo... Menguadillo tesorete si hermético, en partes y en veces...

Cuando al són del azumbaibe danzó el Brujo del Dabaibe, soto una ceiba, en Dabeiba, danzó el Brujo del Dabaibe —Herr Gaspar el Errabundo—, Brujo ni Aprendiz de Brujo, Poeta Aprendiz de Mimo, danzarín —si papandujo— muy más viejo que Zozímo (dicho el Panopolitano) —Herr Gaspar, el Vagabundo, llamado el Inverecundo, más orate que el dislate, que el disloque más bodoque, más zutano que mengano, más pendo que perencejo, más abate que el más vate... Cuando al són de la zampoña danzó con ilustre doña, bizoña —no sé— o experta, no sé si cálida o yerta, si gazmoña o con ponzoña, de par en par o entreabierta solo, y en guardia y alerta. Pálida, escuálida, inválida? No que no, ni Eboli tuerta. Margarita de Borgoña? Zapaquilda de Begoña? La Guadalupe o la Berta? Danzó con ilustre doña Herr Gaspar el Sitibundo, llamado el claro,

el rotundo, llamado también el neto, danzó al són de la zampoña, danzó al són del sacabuche...

Y como que ya regresó, Herr Gaspar el Rubicundo. Regresó a su centro, a su centro de interés (descompuesto). Regresó a su centro de operaciones, sin anestesia ni local (o muy reducido el local) A su centro de operaciones —no bursátiles—. Regresó de una Aula Máxima, después de leer, tartajoso, de leer allá copia ingente de canciones y relatos y poemillas y otros engendros y vaniloquias de la su propia desalumbrada Minerva... Y leyó de los más fáciles si es que hay algunos difíciles —no es difícil que los topen—. De una asaz Máxima Aula retornó a su Jaula Mínima. A su jaula que es refugio, refugio del —arrendajo—, también refugio del gajo de Otros-yóes a destajo y en hatajo. Refugio de Beremundo, de Proclo, de Palamedes, de Erik Fjordson, de Harald el Oscuro, de Bogislaus von Griffius, de Baruch, de Palinuro, de Ebenezer, de Matatías, de Matías, de Mateo, de Matateo, del Adón de los Adones y de Sergio Stepánovich Stepansky, nuestro celeberrimo cuanto acérrimo-dulcérismo Eslavón Perdido. A su jaula que es asilo también de las sus sedes jamás apagadas, de sus gulas jamás saciadas y de sus hambres nunca satisfechas a cabalidad. Bulimias, gulas, hambres, avideces y sedes no físicas. Sedes y hambres metafísicas. E ideales en veces, otrosí,

meramente. Bulimias y avideces hiperfísicas. Porque todos los del hatajo y trinca y anónimos si seudónimos (no tan epónimos, luego...) Ellos, todellos comen, beben ellos normalmente. Sacian otros apetitos. Comen, beben, si con frecuencia espaciada, con tal cual desequilibrio en beneficio de la sed. Perdulano, tarambanas desordenadillos ellos. Pero no todos los días, si casi todas las noches. Y con paréntesis y lagunas. Paréntesis digresivos ellos, muy proustianos —a ratos— y tan preproustianos. Y lagunas. Lagunas de las Estigias. Y lagunas de las de Tota (lagunas totales pretendo decir). Lagunas... Dizque muy maula en el Aula, Herr Gaspar el Vagamundo (llamado allá el Verecundo, de la timidez osada). Dizque muy maula en el Aula y el nuestro Amadís de Gaula cuya Oriana es Dorabela. En el Aula, muy maula antes de la lectura de marras y mientras ella, la lectura de suplicio (Lectura de poemillas y suplicio. Suplicio suyo de él y suplicio colectivo) Después... Dizque se le pasó el miedo y la flojera y —como siempre ocurrió en paralelos trances— pues después irrumpió Bravonel Perdona-Vidas, y ... *A Moro muerto gran lanzada - Se salió de plomada* Herr Gaspar. Qué Paladines! Qué Doce Pares! Y qué Trece Nones! Qué coraje el suyo! Ante él, ¡qué Aquiles el de Peleo! Qué peleída Aquileo! Qué Leo! —después del Aula... Y ya volvió desde el Aula y a encerrarse en la su Jaula (tras los

barrotes robustos y con camisa de fuerza). Que está más loco o loquete que una pandemónica Asamblea de psicoanalistas y psicotécnicos y psiquiatras psicasténicos, esquizofrénicos frenéticos. Tan loco, Herr Gaspar, como su trinca de Otros-yoes y casi como sus lectores de él y de ellos. Bien. Dado. Concedido o aceptado que nuestro poemas leyente en el Aula Máxima, Herr Gaspar von der Nacht, está loco de toda loquedad, dejémosle en paz. Y curémonos en salud y con el mismo tratamiento, para Gaspar indicado —la camisa de fuerza, las duchas frías—. Nada de ponerle (ni de ponernos) en manos de los aludidos psiquiatras sus de él (y nuestros de nos) colegas. Duchas frías. Duchas muchas. Para él y para el grupo. Y de cuando en vez pero no de tarde en tarde, la copeja de acua-vitae, la copilla de ginebra. Que ello es la Panacea Universal. Acuavitae, Ginebra, Tequila, Mezcal, Kirsch y Vodka. Y el límpido anís, néctar puro, sin émulo ni sucedáneo. Y esto no lo dice ningún taimado hipocritón pantontaina, iletrado, ni un hipócrita discípulo de Hipócrates, doctorado en Bolonia o en Lovaina, sino que lo dice un galeno sumamente facultativo. Galeno nada ganelón, escriba no nada fariseo. Un galeno fidel, probó, probado, comprobado y no hallado falto, sino hallado justo y en sus cabales. Conste que el Galeno aquí en verbeo y perorata no es el bardo longobardo que conocí al pie del Cumanday, del Cisne y del Santa Isabel. Resulta,

cabos atados, que el más loquete y zoquete de los de trece en docena viene a ser, como siempre sucede, el que más habla, y aunque parle BAJO EL SIGNO DE LEO. Bien en prosa, bien en verso. Mal en verso, mal en prosa. Qué le vamos a hacer si esta viôla que sin gracia tango —de virtuosismo y técnicas ayuno— óptimo la tañera antaño uno: Mozart Wolfgango. Cuanto al oboe: yo no sé si piango o si río —patético o tan tuno—; mas nadie en él soplara sino uno: Mozart Wolfgango. — Con el fagote, de bufón pretendo, nasal, sin aparente maestría—Pérez o Arango—: más el fagote, de serio atuendo, mejor que Arango o Pérez lo tañía Mozart Wolfgango. Mal en verso, mal en prosa. Mal si Pérez, mal si Arango, mal si Gaspar de la Noche, peor si Beremundo.

Cuando advino la noche de granito y de briznas de luceros todos los sueños se conjuraron, se conjugaron con mis sueños: quizá ya fueran míos desde miríadas de milenios, pero yo no sabía...

Pero yo no sabía: ¡qué iba a saber el orate y el lelo! Pero yo no sabía, ni acaso lo sabré nunca, ni asaz curóme de ello... Yo soy el sueño en la vigilia, a duerme vela y en el tras-sueño... Soy el sueño ambulante por las estradas en horrisono estrépito, por las rúas apenas rumorosas o por las sendas en silencio... Soy el sueño ambulando —tácito— por entre la algazara, la guazábara y el alboroto, necios... Cuando la noche advino, de coruscante hulla, sin atuendo lunario ni estelar, cerrada noche densa... Sorda, ciega, en perfecto silencio... Cerrada noche muda, ciega... ¿Donde Eridano, donde Orión y Boyero? ¿Y Aldebarán y Sirio? ¿Donde Algol y Proción y Betelgeuse y Alfa u Omega del Saetero? ¿Y el titilante rútilo farolillo del véspero? ¿Qué se hizo la Luna, Diana Selene de los troveros sensibleros? ¿Qué se hizo la Luna —helás— que antaño

aparecía sobre los cerros? Decoración desueta! Luna de los románticos martelos! ¿Qué se hizo la Luna, qué se hizo? Memento... Cuando advino la noche ciega le puse siete sellos a la cohorte ilusa de los míos, como así mismo al séquito pululante, ululante, de sueños y tras-sueños, sub-sueños y soto sueñecillos forasteros... —Duermen ahora todos los sueños —Lázaros reseputos—. Que sea por Mil Noches y Otra Noche —de siglos o de minutos...—. Duermen ahora todos los sueños —cadáveres impúdicos o sumamente pudorosos, en sus sarcófagos de cristales, desnudos—. Duermen ahora todos los sueños: sacres, halcones, esparveres (pájaros en desuso), gerifaltes, azores, borníes, alcotanes y tagres yalfaneques (abolido tumulto!), y alfarraces y haliets y caudones... Y enigmático, hierático, lúcido, solo, el señero Albatros. Solo, señero Albatros mútilo. Y sibilino y solo y paralelo y lelo, el Búho...

No faltaban sino el Búho y el Albatros! en este cortejo de la Panfolía...

Y en el espejo he visto el Mar, el Mar sordo. La cimera cubríanle nubes grávidas de borrasca, la faz en movimiento delirante bullía con un hervor preñado de mutuos cadáveres cárdenos, a la deriva. Cegaba con telones cinéreos la angustia, propugnando saltar de las órbitas —adamantina—. Tenía de las bridas la voz ululadora lista a irrumpir como jamás apocalíptica. Los ojos eran cóncavos vórtices abisales donde ya nunca la estrella encendería ni rielar idílico, ni tórridas fogatas. En el espejo he visto el mar sordo —vago y difuso como en cristales de recuerdo;— rígido y penetrante, —lacerante— corno un sueño fallido: y le he visto en el Día como en la Noche (y en el Crepúsculo de estrellas desdibujadas y de músicas en esbozo y de perfumes preludiando las sensuales sonatinas): y le he visto en el Día (vigía desde la cofa que escudriña, oteante, el ir y venir en volúmenes aborregados, de las ondas indiferentes) y le he visto en la Noche (sutil escucha en el acecho de voces ultraterrenas, y de próximas, cuya caricia fuera regalo de sus oídos, si no tortura

lancinante). ¿Pero el Mar es un símbolo? Y es un mito el Océano, emblemática selva pululadora de fugitivas sombras, caos mirífico, floresta legendaria donde discurren las vagueantes Náyades y las Titanias inasibles. Un mito el Mar? Mirado en el espejo, refractado en el ávida retina y bebido en su són y aspirado en sus hálitos salinos y yodados, —huésped de las Sirenas sortílegas y de las Circes y las Calypsos prestigiosas de hechizo inabolible? Es un Mito? Es un Símbolo? En el espejo he visto el Mar sordo. Y le he visto en la Noche y en el Crepúsculo (y en el Día): quieto Mar de viñeta, con la fuga en los mástiles y la fuga en las velas recogidas de los barcos inútiles, anclados como esqueletos de pirámides en las glaucas arenas fijas.

Pero yo no sabía. Nunca sabré. Ni de sabello asaz me curo. Fue entonces cuando el Búho miró. Mi noctíluco Búho que presidiera antaño mi diminuto mundo poético (y las rondas de Panidas), mientras presuntosobreingenuopoetamalamente, velay!, en el prelude. Malamente poeta como ahora, vecino próximo el Crepúsculo de los Dioses (sin Dioses) y en víspera de sordo y quieto y Mudo. Todos los sueños se fueron..., resonaba un NOCTURNO de Chopin —entre toses—. Se fueron todos los sueños como si fueran el sueño único: Que el Búho advino y se llegó y actuó, con su cortejo absurdo de silencio y de sombras y de cabalas, paradójal y cejijunto! Con el Albatros de Baldelario, solo y solo, vela el Búho: Cuervo-de-Poe-sobre-el-busto (mas no elocuente sino mudo) Buitrede-Prometeo, pero ahito ya y en ayuno. Vela el Búho lucífugo —junto al Albatros, huésped búdico—, mudo, señero, hermético, ausente, estático y extático y profundo: y errabundo —ensuestípite— y —en su estupor— cogitabundo. Puede que tornen otro día los sueños y resurjan de la espelunca en que los sumo...

Haz lo posible porque no resurjan. Bogislao... y gracias. Y gracias, que hace poco te ví y oí tu voz de oro y de mieles.

22 IX 1955

Ver Cuando al són del azumbaibe - SECUENCIECILLA (IV)
- POEMILLA DE BOGISLAO - SONATINA (en POESÍA NO INCLUIDA EN
VELERO PARADÓJICO - FÁRRAGO y VELERO PARADÓJICO - OBRA POÉTICA,
Volúmenes II y III).

Hay los siguientes manuscritos: a) Se me inquiría ha poco en las
vecindades del Cumanday, por varios amigos, entre ellos un galeno
largo, largo, largo (el Largo de Haendel número 3) y loco, loco,
tan loco, casi como el Eslavón Perdido; se me inquiría acerca
del número, la cifra, la sigla —al menos— de cierto imponderable.
Era la noche poco después del filo de la media. Se me inquiría, a mi
que soy Esfinge sin secreto, Oráculo ido, inane, caído en bobería,
hecho tarumba ¿Cuál es el número mágico, la mágica cifra?
¿Cuál el número, la cifra del ábrete-sésamo, del abracadabra y del
abrí y cerré ajonjolí? ¿Cuál, sino ellos mismos? ¿Y cuál es el
número mágico, Dorabela? ¿Cuál ha de ser sino la misma Dorabela?
Cuando al són del azumbaibe... Y como que se trataba del ábrete
-sésamo de la cueva poética de un tal bardo Alí-Babá...
Menguado tesoro si hermético en veces.

Cuando al són del azumbaibe danzó el Brujo del Dabaibe
—Herr Gaspar el Vagabundo—, Brujo ni Aprendiz de Brujo,
Poeta Aprendiz de Mimo. Danzarán —si papandujo— muy más viejo
que Zozímo (dicho el Panopolitano) - Herr Gaspar el Errabundo
llamado el Inverecundo, más orate que el dislate, más zutano que
mengano, más a-bate que el más vate... Cuando al són de la
zampoña danzó con ilustre doña bizoña —no sé— o experta,
no sé si cálida o yerta, si gazmoña o con ponzoña, de par en par
o entreabierta sólo y en guardia y alerta... Margarita de Borgoña?
Zapaquilda de Begoña? La Guadalupe? La Berta? - Danzó con
ilustre doña herr Gaspar el Sitibundo, llamado el claro, el rotundo,
danzó al són de la zampoña, danzó al són del sacabuche...

Y como que ya regresó a su base. A su centro de interés —descompuesto—. A su centro de operaciones, sin anestesia ni local (o muy reducido el local). Regresó de una Aula Máxima, tras leer allá copia ingente de canciones y relatos y poemillas de la su propia desalumbrada Minerva. Y leyó de los más fáciles (si hay alguno difícil). De una asaz Máxima Aula retornó a su Jaula mínima. A su Jaula que es refugio, refugio dél —arrendajo—, también refugio del gajo de Otros-yoes en hatajo. Refugio de Beremundo, de Proclo, de Palamedes, de Bogislaus, de Palinuro, de Ebenezer, de Baruch y de Sergio Stepánovich Stepansky, nuestro celeberrimo cuanto acérrimo Eslavón Perdido. Y asilo también de sus sedes jamás saciadas y de sus hambres nunca satisfechas a cabalidad. Bulimias, hambres, avideces y sedes no físicas. Sedes y hambres metafísicas. Y de ideal, bulimias y avideces hiperfísicas. Que todos los del hatajo y trinca y anónimos si seudónimos, todellos comen ellos, beben ellos normalmente: si con frecuencia espaciada, con tal cual desequilibrio, desordenadillos ellos. Pero no todos los días, si casi todas las noches. Y con paréntesis y lagunas. Paréntesis digresivos muy proustianos —en veces— si preproustianos. Y lagunas estigias o de Tota (totales quiero decir). Dizque muy maula en el Aula, Herr Gaspar el Vagamundo (llamado allá el Verecundo), el nuestro Amadís de Gaula cuya Oriana es Dorabela. Muy maula antes del inicio de la lectura y mientras la lectura de suplicio (Lectura de poemillas y suplicio, suplicio suyo de él y colectivo). Después... Dizque le pasó el miedo y —como siempre ocurrió— pues irrumpió Bravonel y a Moro muerto gran lanzada. Qué Paladín! Qué doce Pares! Y qué trece Nones! Qué coraje el suyo! Qué Aquiles el de Peleo! Qué peleída Aquileo! Qué Leo! después del aula... Y ya volvió desde el aula y a encerrarse en la su jaula (tras los barrotes robustos y con camisa de fuerza). Que está más loco que una Academia de psicoanalistas y psiquiatras y psicotécnicos psicasténicos, esquizofrénicos frenéticos. Bien. Dado, concedido o aceptado que Herr Gaspar está loco de toda loquedad, dejémosle en paz. Su camisa de fuerza, sus duchas frías. Nada de ponerle en manos de los aludidos psiquiatras sus colegas.

Duchas frías. Duchas muchas. Y de cuando en vez su copita de ginebra o de acuavita, que es la Panacea Univer-

22 IX 1955 (manuscrito incompleto)

b) Cuál es el número mágico, cuál el número del ábrete-sésamo, del abracadabra, y del abrí y cerré ajonjolí? Cuál es el número mágico, Dorabela?

Cuando al són del azumbaibe danzó el Brujo del Dabaibe - Herr Gaspar el Vagabundo - Brujo ni Aprendiz de Brujo, Poeta aprendiz de Mimo, Danzarín —si papandujo— muy más viejo que Zozímo —dicho el Panopolitano— Herr Gaspar el Errabundo más orate que el dislate, más zutano que mengano, más abate que el mas vate, cuando al són de la zampoña danzó con ilustre doña bizoña —no sé— o experta, cálida —no sé— o si yerta, si gazmoña, si bizoña, si abierta ya o entre-abierta sólo y en guardia y alerta. ¿Margarita de Borgoña? Zapaquilda de Begoña? La Guadalupe? La Berta? Danzó con ilustre doña, herr Gaspar el Sitibundo danzó al són de la zampoña, danzó al són del sacabuche...

Y ya regresó a su base. Regresó del Aula Máxima tras leer allá copia de canciones y relatos y poemillas de los mas fáciles (si hay alguno difícil). De una asaz Máxima Aula retornó a su Jaula Mínima refugio dél —arrendajo—, también refugio del gajo de otros yóes, del hatajo: de Beremundo, de Proclo, de Bogislao y de Sergio Stepánovich Stepansky, nuestro Eslavón Perdido, y asilo de sus sedes jamás saciadas y de sus hambres nunca satisfechas. Hambres y sedes no físicas. Sedes y hambres metafísicas, y de ideal, hiperfísicas: Que los del hatajo y trinca comen ellos, beben ellos normalmente: si con frecuencia espaciada, desordenadillos ellos. Pero no todos los días, si casi todas las noches. Con paréntesis y lagunas. Paréntesis muy muy proustianos —en veces— si pre-proustianos, y lagunas estigias o de Tota (totales quiero decir). Dizque muy maula en el Aula, Herr Gaspar el Vagabundo,

el nuestro Amadís de Gaula, muy maula antes del inicio della y mientras la lectura (Lectura de poemillas) Después... Dizque le pasó el miedo y —como siempre ocurrió— *A Moro muerto gran lanzada* Qué Paladín! Qué coraje! Qué Aquiles el de Peleo! Qué peleída Aquiles! Qué Leo! Después del Aula... y ya volvió desde el Aula y a encerrarse en la su jaula (tras los barrotes robustos y con camisa de fuerza, que está más loco que una Academia de psicoanalistas y psiquiatras y psicotécnicos psicasténicos esquizofrenénicos frenéticos

22 IX 1955 (manuscrito incompleto)

LXVI

Conjuráronse, como andan conjurándose, hace miríadas de milenios, según las informaciones de que ni yo carezco —y ya es hazaña!—. Conjuráronse los llamados elementos, una de las noches vecinas y próximas, con una azotaina de ventolera y un asperges de goterones espaciados, seguro proemio de muy serio divertimento más diluvial motejable de deucaliónico de primera. Conjuráronse, entonces y no pretendo sino que aseguro que no sólo era contra ni la conjura y contra mi anhelo de recluirme en mi retiro y campo de concentración. Campo mínimo, si espacial. Concentración muy poca y asaz intervalada. Con todo, un tris de todo ello, en parvas dosis. Pienso, repito, que no sólo para mí se conjuraron los elementos: también y con más éxito para huestes y muchedumbre no tanto ni tan óptimamente apercibidas como yo lo estoy. Huestes y muchedumbres deambulantes dromomaníacas desprovistas de aforro

como el mío. Sin aforro semejante al mío: sin mi cota de mallas, mi jubón de amianto, mi tabardo de áspera piel de hipopótamo, mis calzas —ni prietas— de cuero de uro, mis botas de cobertura de caimán, mi boína -almete de acero damasceno y sin mi infraveste de finísimo velludo. Cuanto al mero aforro físico, de natura o de industria y artificio. Cuanto al aforro, sin hacer hincapié y trampolín ni meter en danza y tripudio mi estoica indiferencia anímica ante los elementos dichos, ni mi ausencia o mi-no-darme-cuenta-de-nada-de-lo-ambiente (condición inherente al abandonado de sí mismo, al perennal ido y revenido pero nunca vuelto en sí). Y sin parar mientes ni tomar en cuenta mi señorial nonchalanza ni mi habitual alzarme de hombros, que me llegó de los fiordos y lagos y archipiélagos escandinavos y estuvo (de paso) por la terraza del Castillo de Elsinor (castellanizo la mansión hamletiana). Los cuales tales elementos en discurso, fijamente fueron impelidos por cualquier huracán, de estos de ahora, que estílanse bautizados con nombres muy coruscos de gentilesdonas, bellas ellas a no dudarlo, y —a juro— de muy tierno trato personal, ellas, si terríficas y terróforas en su función velocísima eólica de huracanes, codo a codo con Neptuno el del Quós Ego. Con Neptuno el tridentino. —No es concilio en este caso—. Con todo y no temer ni marras los aludidos elementos vento-ácueos, hube de prescindir del tránsito a mi centro de interés,

epicentro y campo de concentración. Y, con algunos cofrades menos impermeabilizados que yo, busqué (o buscamos, ya los cuatro) otro refugio hartamente diferente al del original propósito. Refugio donde nos dimos a analizar partidas de ajedrez de las jugadas ahora en Gotemburgo de Suecia. Analizamos es un decir de optimismo ingenuo. Simplemente pusimos en el tablero —entre otras— las cuatro partidas que merecieron los premios de brillantez. Si. Creo que de brillantez. Las cuales resultaron ser aquéllas, a saber: la que ocasionó el primer premio para Bronstein (triunfador del torneo además); la partida que le ganó a Keres. La que Fuderer —segundo premio— ganó a Najdorf. Y las dos partidas que compartieron el tercer premio para Geller y Panno, vencedores de Pilnik y de Spassky. Se habló de naderías y nonadas y nicosas —además— y se ofició un poco, alla breve y con medida. Se ofició con vinillo a lo que, por no decir que con néctar o ambrosía. Para después —cuando amainó la procela de que se dijo al principio, reintegrarnos a nuestras respectivas personales alcándaras. Alcándaras de azores o gerifaltes mansuetos. Mansuetos hora si antaño belicísimos. Halcones azorados ahora, *ma non troppo*. Amilanados esparveres ogaño, *poco assai*. Hay otros elementos muy más de temer. Y que si temo así. Y son ellos de orden psíquico —los unos— que son ellos temporales relativamente más capeables. Y son otros de orden inocorrente,

que existen por inexistencia física, por parvedad de materia, es decir como cuando escasean o se carece de los elementos monetarios o representativos monedables, de uso para el toma y daca o trueque o trastrueque o intercambio o compra de productos y subproductos. Cambio dellos por la denaria o por lo numulario. Trueque, ora de productos naturales o productos de la industria y el artificio. O trastrueque de la moneda por espacios para vegetar bajo techo y no a la intemperie bajo signo alguno descalabrado. Para vegetar, leer policiacas, escuchar lustrales músicas y para dormirar homéricamente de rato en rato (ya escribiendo, ya en el sentido lato y en decúbito dorsal). En el sentido lato ya el dormirar no sería homérico, aunque quizá sí dormirar homepaupérrimo e inope: pero aún así, se dormita muy ricamente (cuando no ocurre la pesadilla poésca). Y el aquilón de esta noche no pasó a mayores, que se quedó en aguas menores. Casi que en simple orvallo. Los elementos de órden psíquico —no metafísico—, si —empero— patafísicos, que contra mi se conjuran y se conjugan con ominosa frecuencia muy aciaga, son de varias especies y categorías, y todellos más o menos sorteables, como ya se anticipó. Para ellos cuento y dispongo también de mis aforros y defensas amuralladas, por fuera de mi natural indolente displiscencia, de mi sonriente escepticismo y mi benevolencia para con ellos, mi mansuetud

y mi bonhomía ya cuasi más que proverbiales. No es tan fiero el león como lo pintan dicen de esa guisa los dados a consumir y espetar frases hechas, acuñadas ha siglos. Otros le buscan tres pies al gato y utilizan entonces frases de su invención pobretona, que no llegarán a ser jamás inscritas en el Refranero, pero ni siquiera en el Panteón de los Lugares Comunes más comunes y al ras del suelo. Pero los hay, entre las gentes, de cierta ingeniosidad, y éstos manufacturan en veces secuencias de palabras de mucho concepto y meollo y en cláusulas de suma cadencia. Mas todos ellos concluyen en cosa equivalente al ya manido *No es tan fiero el león como lo pintan*. Y eso que no lo han tomado con él los pintores abstractos criollos. *Criolletas* decía don Tomás Carrasquilla. Dispongo de otras panaceas y penicilas sanalotodo, distintas de mi displicencia, mi indolencia, mi bonhomía, mi benevolencia, mi mansuetud, y de mi sonriente o sarcástico escepticismo. Pero ellas son mi secreto y no lo voy a echar a los vientos, que no son favilas. No es mi secreto revelable choz de interés público. Son mi tesoro escondido bajo de siete sellos y no lo descubrirá, no dará con él ni el ábrete sésamo más operante ni el Fiat-Lux más eficiente. No fuera por mi total aburrimiento, por mi abulia toral, por mi señora ignavia! Ya habría inundado ambos Hemisferios (quiero decir el orbe circunscrito por Monserrate, Funza, Usme y Usaqué). Ya lo habría inundado

con qué alud de escritas menganerías rituradas o no, y Florilegio de la Barrabasada y Antología de lo innocuo, de lo vacuo, de lo anodino, de lo inane, de lo fatuo, de lo trivial y de lo majadero. Mi ignavia abúlica, mi aburrida nonchalanza (un día eximia), han sido las hadas Madrinas Protectoras de las patrias letras, y, otrosí, las Deidades evitadoras de un mayor bochorno para mí, y del rubor permanente en las fachadas de mis amigos. Y, claro, evitadoras del jubilante alborozo de mis malquerientes. Consideraciones son éstas que hácenme vacilar y lograrán —quizás— hacerme desistir de ello, ahora que ando en el propósito malhadado de dedicar el saldo mío de años, meses o días que me resta en usufructo, de dedicarlo a trovar, o trabar, al menos, Magna Obra de Vanidad (así vaya a ser póstuma). Trovar Magna Obra de Vanidad, como sería la de hacer por no dejar inconcluso lo planeado, ni dispersa toda la monstruosa haza acerval de trastrocadas fantasías que se embarullan en el caos diminuto de mi mente. Así decía lustros ha un cierto *quídám* pseudo-poetete que firmaba los engendros suyos con el nombre y sello míos. Monstruosa haza acerval (de acervo que no de acerbidad). Monstruosa haza acerval tamaña, digo como volumen, pero de escasísima saturación de sales espirituales. Tamaña como volumen si nulísima en mineral de valía. No dá ni un tomín de oro un centenar

de toneladas del paupérrimo material. Todo aqueste dislaterío por culpa del fallido aquilón diluvial, de la fracasada procela deucaliónica, que paró en ventisca y en sirimiri de los más paramillos... Y escúcha.

Escúcha! Escúcha, hermano; escúcha —ahora— la lenta, la tarda voz de las cosas distantes, la tarda voz de las cosas ocultas. Oídos presta a los lucífugos cantos que cruzan por la noche. Adviérte! Adviérte, hermano; adviérte los múltiples, adviérte los vagos sonares que rezongan los ruidos: geniecillos fantásticos! Los ruidos sobrios, y las voces sobrias, jamás audibles para las gentes, las voces varias e indistintas, latentes, que engendran los senos profundos de la naturaleza. Ház de manera, hermano, que tus ojos capten —retina panóptica— las formas, los modos, los matices de la luz que se desintegra, de la luz que disfrázase, ágil, (avestruz de oro que resalta por más que esconda la cabeza...), de la luz que disfrázase, esquiva, en brahamánicas metamorfosis, fuerte, intangible, milagrosa: ¡vayan tus ojos a las constelaciones! ¡míra los astros! ¡escrúta los astros! Persigue —salaz— los perfumes que al amor de la brisa navegan. Embriágate —lúbrico— en los nimbos de puros hálitos, que irradian las cabelleras ondulatorias alrededor de las frentes queridas! Bésa las bocas olientes a nardos! (de Ménikin o de Melusina) y busca además los perfumes abstractos, rituales, excelsos: el olor de los sándalos místicos o de ideales cinamomos...; y el olor de los humos satánicos de los eternos insurgentes! No déjes ir los pensamientos (pululador enjambre que en el cerebro se embarulla con vagos anhelos de vida y de genio, y que en gérmen ha de morir en el almáxico, nacido apenas...) Házlos, házlos surgir, surgir, uno tras uno, pónlos en fila, buen pedagogo; o en rebelión avasallante que broten, que surtan, que irruman, en su magnífico e imaginífico desorden. Pero es más dulce tu silencio, —sóla Música—. Y mi nostálgico Silencio. Y el Silencio. Más sabia es la desdeñosa pereza; y más bella. La muelle y exquisita pereza regina...

¡La inmersión en tus aguas calladas, oh propio ser!, antes que el ruido que inane asorda! Húndete en el silencio! —sóla Música—. Húndete en el silencio, hermano, en el Silencio! Toléra el paso taciturno de los días. Toléra el paso lento de los días: la vanidosa caravana inagotabl, la vanidosa caravana de cosas vividas ha mucho, de cosas vividas mil veces, y de nuevas, muy nuevas, tan nuevas, desposeídas de encanto! - Toléra el paso de los días, el cortejo de las horas: —la marcha fúnebre de Siegfried—. Y déja venir a la muerte, danzarina maravillosa cuyos giros eurítmicos convergen al céntrico punto de la quietud definitiva.

Buenas noches, Gaspar de la Noche,
y déja venir a la Muerte...

Por el sendero se avanza la muerte, viene la muerte, viene la muerte.
Por el sendero frío, por aquel sendero frío, se avanza la muerte,
viene la muerte blandiendo su pálido acero.

Buenas Noches, Gaspar de la Noche... Y que
amanezcas (o te amanezca) Beremundonaderías
y Gasparnonadas.

29 IX 1955

Ver BAJO EL SIGNO (en LIBRO DE SIGNOS - OBRA POÉTICA, Volumen I).

Hay los siguientes manuscritos: a) Conjuráronse los llamados elementos con azotaina de ventolera y goterones espaciados prelude de divertimento más diluvial. Conjuráronse, pero pienso que no sólo contra mí y contra mi deseo de retirarme a mi campo de concentración. Campo espacial mínimo. Concentración poca. Con todo, un tris de todo. Pienso que no sólo para mí se conjuraron los elementos: también para huestes y muchedumbre no tan bien apercebidas como yo. Huestes y muchedumbre ambulantes sin el aforro mío: mi cota de mallas, mi jubón de amianto, mi tabardo de

fina piel de hipopótamo, mis calzas de cuero de uro, mis botas de orteza de caimán y mi infraveste de finísimo velludo. Cuanto al aforro, sin hacer hincapié ni meter en danza mi estoica indiferencia ante los elementos dichos, mi ausencia y mi-no-darme-cuenta-de-nada-de-lo-ambiente, condición del perennal ido y revenido; ni mi señorial nonchalanza y alzarme de hombros, que me llegó de los fiordos y archipiélagos y que estuvo —de paso— por la terraza del Castillo de Elsinor (castellanízo la mansión hamletiana). Los cuales tales elementos fijamente impelidos por cualquier huracán de los que ahora estílanse bautizados con nombres muy coruscados de gentiles donas, a no dudarlas bellas y, a juro, de muy tierno trato personal, si terríficas y terróforas en su función velocísima eólica codo a codo con Neptuno el del Quos Ego. Con todo y no temer los aludidos elementos hube de prescindir de mi tránsito a mi centro de interés y campo de concentración y, con algunos amigotes menos impermeables que yo, busqué o buscamos (ya los cuatro) otro refugio, donde nos dimos a analizar partidas de ajedrez de las jugadas ahora en Gotemburgo. Analizamos o simplemente pusimos en el tablero las cuatro que merecieron los premios de brillantez (creo), a saber la que suscitó el primer premio para Bronstein cuando ganó a Keres; la que Fuderer (2º premio) ganó a Najdorf. Y las dos del 3er premio compartido por Geller y Panno en sus partidas en que vencieron a Pilnik y a Spasski. Se habló de naderías —además— y se ofició un poco —alla breve— con vinillo a lo que. Para después —cuando amainó la procela— reintegramos a nuestra respectiva alcándara de azores o gerifaltes mansuetos hora si si belicísimos. Halcones azorados hora (ma non troppo). Hay otros elementos mas de temer y que así temo. Y son ellos de orden psíquico —unos— temporales —mas capeables— y otros de orden inocurrente, que existen por inexistencia física, es decir cuando escasean o se carece de los elementos monetarios o representatiblos monedables, de uso para el toma y daca o trueque o trastrueque o intercambio de productos y subproductos por la denaria o por lo numulario. Intercambio ora de productos naturales o de la industria o de espacios para vegetar bajo techo y no bajo signo alguno

descalabrado. Para vegetar y dormitar homéricamente de rato en rato (y escribiendo, ya en el sentido lato y en decúbito dorsal). En el sentido lato ya el dormitar no sería homérico sino homepaupérrimo, pero, aún así, se dormita muy ricamente. Y el aquilón de esta noche no pasó a mayor y se quedó en aguas menores. Los elementos de orden psíquico —no metafísico— que contra mi se conjuran y se conjugan son de varias categorías, y todellos más o menos sorteables, como ya se anticipó. Para ellos dispongo también de mis aforros y defensas amuralladas, por fuera de mi displicencia y de mi sonriente escepticismo y mi benevolencia y mi bonhomía ya cuasi proverbiales. *No es el León como lo pintan* dicen los dados a consumir frases hechas. Otros le buscan tres pies al gato y utilizan frases de su invención que no llegarán a ser jamás inscritas en el Refranero, pero ni siquiera en el Panteón de los lugares comunes más comunes. Pero los hay de cierta ingeniosidad y éstos manufacturan secuencias de palabras de mucho concepto y meollo. Mas todos ellos concluyen en cosa equivalente al ya manido *No es el León como lo pintan*. Y eso que no la han tomado con él los pintores abstractos criollos. *Criolletas* decía don Tomás Carrasquilla. Dispongo de otras panaceas y penicilinas sanalotodo, distintas de mi displicencia, mi bonhomía, mi benevolencia y de mi sonriente o sarcástico escepticismo. Pero son mi secreto y no, o voy a echar a los vientos. No es revelable *choz* de interés público. Son mi tesoro escondido bajo de siete sellos y no lo descubrirá el ábrete sésamo más operante ni el Fiat-Lux más eficiente. No fuera por mi total aburrimiento, por mi abulia total, por mi señora ignavia! Ya habría inundado ambos Hemisferios (quiero decir el orbe circunscrito por Monserrate, Funza, Usme y Usaqué) con qué alud de escritas menganerías, florilegio de la barrabasada, antología de lo innocuo, de lo vacuo, de lo anodino, de lo inane, de lo trivial. Mi ignavia abúlica, mi aburrida nonchalanza (un día eximia) han sido las Hadas Madrinas Protectoras de las patrias letras y las Deidades evitadoras de mayor bochorno para mi y del rubor permanente en las fachadas de mis amigos. Consideraciones éstas que hácenme vacilar y lograrán —quizás—

hacerme desistir, ahora que ando en el propósito de dedicar el saldo mío de años, meses o días que me resta en usufructo, en trovar o trabar al menos, obra de vanidad (así vaya a ser póstuma). Trovar obra de vanidad, como sería hacer por no dejar inconclusa lo planeado, ni dispersa toda la haza a acerbalo de trastrocadas fantasías que se embarullan en el caos diminuto de mi mente. Así decía lustros ha, cierto *quíidam* pseudo-poeta que firmaba engendros suyos con el sello mío.

26 IX 1955

b) Conjuráronse los llamados elementos pero no pienso que sólo para mí. También para huestes no tan apercibidas como yo que ambulan sin mi cota de mallas, mi jubón de amianto, mi tabardo de fina piel de hipopótamo y mi infraveste de velludo; sin hacer cuenta de mi estoica indiferencia ante ellos, mi ausencia de ido y revenido permanentes y mi señorial nonchalanza filosófica que me llegó de los fiordos y estuvo —de paso— por el Castillo de Elsinor (castellanizando la mansión hamletiana). Los cuales elementos fijamente impelidos por cualquier huracán de los que agora estilanse bautizados con nombres muy coruscos de damas a no dudarlo bellas y de dulce trato personal si terribilísimas en su función velocísima eólica codo a codo con Neptuno el del Quos Ego etc., etc. Hay otros elementos que sí temo y son de orden psíquico unos —los más capeables— y de orden inocurrente otros, es decir cuando hay carencia de elementos monetarios o monedables para el toma y daca o trueque o trastrueque o intercambio de productos por denaria ora productos naturales o de la industria o espacios para vegetar bajo techo y dormirar homéricamente de rato en rato (ya escribiendo ya en el sentido lato: en este ya no sería homéricamente sino homepaupérricamente, pero, aún así, se dormita muy ricamente. Y el aquilón de esta noche ni pasó a mayor y se quedó en aguas menores etc., etc. - Ahora que ando en el propósito de dedicar el saldo, meses o días que me resta usufructar, en obra de vanidad—así sea póstuma— como sería dejar conclusa

26 IX 1955 (manuscrito incompleto)

LXVII

BAJO EL SIGNO DE LEO, bajo el asendereado, malhadado Signo, no todo va tan viento en popa, a toda vela, que es muy mal velero bergantín (si harto bergantín a ratos) la epónima Nao Hiperetusa, de la matrícula de Pantontonia, y nao asaz nulo bajel pirata esproncediano. Que la Nao Hiperetusa es apenas maltrecho BUQUE FANTASMA, sin música de Wagner. Con la mera música de las esferas, música solo, mera y en modo alguno zalamera música. Es, ésa, música abstracta como para que la oyera el peor sordo, el cual, también, no quisiera oirla y escucharla mucho menos. A fuero de inaudita no dizque es inaudible, además, la Música de las Esferas?

Dispersos casi todos los integrantes de la absurda cofradía, tripulación de la nao, dispersos hoy y cada uno de ellos en su correspondiente alcándara-espetera de halcón mansueto obsoleto pasado a la reserva. Casi que todos ellos, llamados a calificar servicios, pero no el Venerable Padre de los Búhos, que es un Búho Sofista socarrón, siempre tan campante. Y salvo, entre los amigos no de su estirpe y sangre, salvo dos o tres de los menos misántropos, de los menos metidos en cintura y de los más tarambanas. Y salvo los sus de él otrosyoes (y que son legión). Sus otrosyoes paniaguados, de ficción y de fantasía, mentales

entelequias pigmaliónicas, si en jamás nunca entes de razón. La cofradía así limitada —sin haber venido a menos por ello, que es su valencia infrangible, no disminuible ni fraccionable, siempre en su inmutable cifra. Así limitada la cofradía, que nunca ha sido sociedad anónima, antes bien muy renombrada, muy rica en nombres, seudónimos e hipocorísticos. La cofradía, sociedad limitada (aunque no tanto como su nada pingüe capital, capital imponderablemente imponderable como hipotético y como falacioso miraje de espejismo) la cofradía continúa en ejercicio y acción, empero, y, como dicese, en sus trece y con sus trece integrantes, por más que de tropezón en barquinazo, de patinada en zarandeo y de bamboleo en topetón, pero siempre tan campante como el propio Búho Sofista, el mismísimo Adón de los Adones y Macabeo si los hubo. Y en sus trece. Y con los trece. Que el catorce suele fallar. Que siempre fallan y periclitán o caen en mora los más falagueros catorces. Mas, como únicamente aspira la cofradía al muelle vegetal, si cogitando en su vagar divagador; como sólo insiste y persiste en su durar indolentón, hasta que ocurra o véngase el momento del *crac* definitivo, del paro y del cese en forzoso decúbito supino, pues en ello va y está la cofradía y demórase en ello, no tan de tumbo en tumbo como es de intuirse, ni tan a la deriva, ni tan al garete, sino que va al socaire, capeando temporalillos, sorteando temporales

ya de mayor entidad y enfrentándoseles a las procelas y naufragios, si es del caso. Trabaja ahora la cofradía, trinca, o sociedad limitada, seudónima que no anónima; trabaja ahora, pugna, lidia y jadea y en equipo, pero no en serie: y cuando labora en serie no lo hace en equipo. Ni en equipejo, tampoco. Labora, como laboró antes siempre (y como que muy poco) en magnas y en nimias tareas literarias. Literarias sí, que con algún alias ha de motejárselas. Las tales tareas de ahora, son de simple compilación, de compleja revisión correctiva de lo compilado, y de pasar, lo ya tenido por potable, a la puesta en mecanografía..., siempre dejada para mejor ocasión. Postergada siempre la puesta en forma mecanográfica, siempre postergada para esa ocasión llamada nunca. Y a la ocasión la pintan calva, por modo y manera que no la toma por la pelambre ni el más pintado, así sea ése tan calvo, el despintado, como a ella calva la pintan. Compilan, ahora; compilan y cotejan; cotejan ahora, revisan, adicionan, enmiendan, remiendan, y algo eliden y restan de vez en vez, cuando se ponen tan zoilos o quier tan arquilóquidas. Ya tienen material revisado, saneado, hasta como para tres mamotretos, los sexto, séptimo y octavo —y en octavo mayor— mamotretos, precisamente. Listo el material malamente llamado poético. Del otro material, el material en franca prosa vil, ni hablar, como dice el ovetense. De la prosa astrosa van por el A - Be - ce de la

compilación, como que casi toda ella anda dispersa, o en las hemerotecas no fácilmente accesibles para las gentes ocupadas en las ocho horas burocráticas. Y Matateo, el sobrino de Bogislao que tenía en proyecto apechar con ello, viajó a alguno de los Estados Unidos con propósitos ingenieriles. Siendo así, a las Prosas habrá que dejarlas para cuando algunas vacaciones, normales o indefinidas. De las PROSAS DE GASPAR, de las de Bogislao, y de las del titular, no se tiene al cabo de la mano, sino cifra que oscila por bajo de la tercia parte dellas las PROSAS. Ya se verá si hay quien vea por ello y sería muy lince. O no se verá ya, que tampoco es mucho, ni que valga, de lo por ver. Dejémosles, a los de la Cofradía, en su empeño compilatorio de buzos de archivetes, ratas de bibliotecas, pesquisantes venturos de hemerotecas y enderezadores —si jorobetas— de tuertos, entuertos y malfetrías. Yo discurro abstraído. Discurro a quince codos de las más altas cimas, de las más abisales simas. Yo, que soy el obsoleto acontista, yo que soy, aún más, el heraldo Taltibío del Relator, desueto faraute sin oficio ni beneficio y sin empleo.

Y, como venía diciendo... y es un ADAGIO MEDITATIVO UN POCO ANDANTE: Pasa la lívida caravana retrospectiva, lívida caravana de enfermizas fantasmas, de larvas azoradoras, en fatigada sucesión: detalle nimio, o global conjunto del desarrollo cogitante al través de los días definitivamente muertos, al través de los días ya muertos y vivos y actuales: pasa la lívida caravana

retrospectiva del minuto y del instante, del minuto vivaz y del instante huidero y de los años cargados de tiempo y de sucesos, y de los años como Atlas doblado bajo el fardo de los recuerdos: de los años sahumados de recuerdos, saturados de recuerdos y asesinados de Imposible. Detalle nimio o global abultamiento del desarrollo cogitante de lo efímero y de lo infinito, de lo durable y de lo transitorio; del minuto vivaz y del instante huidero, del instante y del minuto abolidos, y de la ávida vida vana y lasciva, lujuriente! De lo durable y de lo transitorio abolidos! ¡Lívida caravana de enfermizas fantasmas! Pasa la caravana retrospectiva de lívidas fantasmas, de azoradoras larvas! —de Rops y de Odilon Redonesquicios mórbidos—. Remordimientos retroactivos, insólitos, acaso póstumos. La caravana retrospectiva: tortura de los caracteres de abulia, de estupor, de acinesia, de acidia hiperestésica, contemplativos, quietos, genuflexos ante el Buda inmóvil, mas cogitantes; inenarrable tortura de quienes yano dudan—sidudaron—y que se han dado cuenta, día a día, luna a luna, de que ya todo se lo está llevando la felina vida entre sus garras duras, bajo sus alas vellosas y frías. Pasa la lívida caravana retrospectiva, la lívida caravana de enfermizas fantasmas. Asaz es lenta, asaz es lenta, cómo es lenta, cuánto es lenta la sucesión de lívidas fantasmas! Y la verdad—desnuda—desnudando, sarcástica y piadosa. La verdad—como un Diógenes— de un hombre en la rebúsqueda! Y críspase—de la angustia—el sensitivo corazón malogrado, y con intensa pena el pensamiento —gravemente— se alza de hombros, se alza de hombros, porque ya no hay remedio... Ni hace falta. ¡Vibra el cuarteto en lamentoso unísono con un grito ante el piélago vacío!

Lo que sigue —porque eso sigue y tiene partes anteriores también— lo que sigue ahora es ASSAI TORMENTOSO: Ante el fracaso, ante el definitivo derrumbamiento, sobreviene la tormentosa desesperación, con angustioso deseo de extinguirse, de huir o de esfumarse

—humo azulado— el ser, en oblación vindicadora. Plañe su nenia el sensitivo corazón malogrado. Grazna supávida carcajada romántica, sonámbula, macabra y atediada y desolada, mi Soledad! Mi Soledad! Mi Soledad envenenada de recuerdos y de dolor y asesinada de Imposible! Grazna su pávida carcajada romántica, sonámbula, macabra! Plañe su nenia la tormentosa desesperación desahogada y turbulenta, ante la caravana retrospectiva: ¡oh autosuplicio inusitado, en ingeniosas y complicadas formas medioevales! y risas cerebrales salidas de las fosas mentales! Risas cerebrales con un espasmo poesco! Y el comentario ronco del violoncello en la cuarta cuerda, y el comentario estridente y masculino de la viola, y el dilacerante canto de los violines!: ¡oh fuga de amplitudes beethovianas, honda! ¡Vuelo sin esperanza ni ilusión hacia azules, quiméricos y ataráxicos limbos! ¡oh fuga de amplitudes beethovianas, honda! donde mi corazón y mi razón desaparecieron! Quietas las sombras, quietas las sombras, quietas y monótonas, quietas y monótonas y amorfas! ¡Quietas las sombras, quietas y mudas, quietas las sombras, quietas y mudas y ceñudas! Quietas, mudas, en el silencio de la alcoba, en el silencio, en la soledad, en la penumbra de la alcoba. Quietas y monótonas y amorfas y mudas: y el misterio, y el dolor y el misterio entre los libros —cejijuntos—, y metido el misterio, y metido el dolor en los resquicios de mi biblioteca, del mío corazón hipersensible, de mi espíritu absurdo y por mi voluntad dormida.

Y el final —porque todo, hasta esto ha de acabarse— el final es GRAVE QUASI QUIETO: En la alcoba. En el silencio, en la soledad, en la penumbra de la alcoba, propicios al ensueño. En el silencio de la alcoba, grávido de inquietudes, rebosante de tácito dolor y de rugiente dolor, el corazón batía, batía sus alas, las mútilas alas, batía marchas fúnebres en su tambor destemplado —como había dicho Carolus Baldelarius—. En el silencio de la alcoba, grávido de inquietudes y del delirio, rebosante de tácito dolor y de rugiente dolor, el corazón batía sus mútilas alas.

El corazón descaecido, solo, lejos de su gemelo corazón, ante el definitivo derrumbamiento de sus designios. En la alcoba. En el silencio. En la penumbra, en la soledad de la alcoba, propicios al ensueño... Lejos de su gemelo corazón! ¡Cierra el cuarteto en lamentoso unísono, con un grito ante el piélago vacío! Grazna su pávida carcajada romántica, sonámbula, macabra, mi soledad! Como en las largas estepas —lúgubres, largas, huérfanas de trineos y de fogatas— la loba urla...! Mi soledad saturada de recuerdos, envenenada de dolor y asesinada de Imposible! Y la muerte, y la muerte, y la muerte con sus alas enormes y diáfanas acaricia la frente cansada, acaricia el corazón malogrado, y el espíritu absurdo, y la vana vida...!

Y todo eso como que acaeció hace años, tantos años, y... no pasó nada. Nada grave. Fuera de haber escrito esos y semejantes y aún peores otros esquemas de tentativas de quatuors más o menos elegíacos y más o menos atentatorios. Eso fué en los tiempos de Upa! Y ahora que recuerdo (al mencionar los de Upa), también dizque hubo una vez, en los tiempos de Mari-Castaña (según presunción de los más avisados zahoríes, buzos de los archivos y consumadísimos exégetas de sacras y profanas escrituras) hubo una vez —itero— una otra muy peregrina sociedad y no limitada sino in-extenso, una cofradía, una secuencia de cofradías —rectifico— de vagabundos, trotamundos, juglares, pregoneros, trovadores, ministriles, romeros y busca-la-vida trashumantes por todas las rutas del orbe sub-lunar. Del orbe sub-lunar de por entonces. Gentes de avería, tahúres, galloferos, y damas, damiselas de

las llamadas del mal vivir, iban a la su zaga y a la su vera de ellos, y con ellos en convoy o en conserva. Los consumadísimos exégetas, parece que sólo han logrado ubicarlos —a los de la cofradía y secuencia de cofradías— ubicarlos cronológicamente apenas, y en los tiempos de Mari-Castaña, que valen por los de Upa de que habló mi antecesor y co-orate. Co-orate desde los tiempos del buen Rey Dagoberto. Pero los tales por cuales exégetas de parapillo no dan detalles mayores ni menores de algo de más sindéresis y meollo. Algo más sávido, sumamente succulento y especiado: como sería el enterarnos de las sus, de ellos y de ellas, fazañas, trapatuestas, líos, hechas, hechos, fechos y fechorías; el poder —así— decir, discantándolos, y gustar y catar los sus nombres y gracias (de ellas), los sus humores y caracteres; el saber —aún— de las sus fachas o fachadas; la descripción, y no sucinta ni somera, dellas; amén de las sus señas particulares, su pelaje y linaje, sus tachas, máculas, tatuajes, lunares y pecas, y hasta las sus huellas dactilares o quier digitalinas o bien dactiloscópicas pre-bertillonescas, como...Punto.

De lo que se tratará en otra oportunidad. Ya la clepsidra marcó la hora de la retreta. Aprestad los oídos al ya vecino estridor de las fanfarrias.

6 X 1955

El manuscrito continuaba así: Se colmarían nuestros anhelos si dieran los esos buzos de archivos con los diarios y memorias íntimos dellos los varones de la Cofradía o secuencia de Cofradías —que los habrá, sin duda, bachilleres como el que más, bachilleres de fuste, del mester de clerecía, doctorados en las Sorbonas... y si dieran (mejor que mejor) con los diarios y las memorias todavía más íntimos, dellas las sus acompañantes o comblezas, de las sí escribas y escribanas, y de las no tan farisáicas o hipocritoncillas. Doctoradas todas ellas —escribanas o no— en facultades del gay saber, como en las del gay dezir, y —claro, no lo olvidaría— en las del gay obrar. Utilizando otras vías, que no propiamente las empleadas por los ratons de biblioteca y pesquisas de archivo, consumados exégetas, otrosí, y, en más, avisadísimos zahoríes. Enrutando por otras vías, por vías paralelas a las transitadas por Walter Pater, Marcel Schwob o Robert Louis Stevenson, por ejemplo y por todo lo alto, podría llegarse más rápidamente hasta las sus de ellos (los de las tan mentadas secuencias de Cofradías) vidas seguro no tan ejemplares. A las sus VIDAS IMAGINARIAS. Y quizá se podría ensayar —y lo valdría— otras VIDAS PARALELAS de las y de los integrantes de esas non sanctas Hermandades. VIDAS PARALELAS no de las de Plutarco propiamente: un poco si como si fueran escritas, como si fueran obra de Petronio y de Suetonio, con atisbos de Marcial o de Estebanillo González, de Bussy-Rabutin o del de Arezzo y de Gedeon Tallement des Reaux. O del que anda en la perpetración de las BIOGRAFÍAS DE LAS MUY CELEBRADAS DOS MIL SETECIENTAS Y SETENTA Y CINCO CÓNYUGES DE LOS CINCO POETAS REYES MAGOS. Quiero decir, de Gaspar, de Ebenezer, de Altaír, de Melchor y de Baltasar. Anda en tal engendro y trota urdiendo la vera historia-infundio de las ANDANZAS DEL MARISCAL NEY POR TIERRAS EQUINOCCIALES, después de ser fusilado. Malamente fusilado, como óptimo fusilado el fusilable autor de tamaños engendros y patrañas. Patraña, al decir de los seguidores de las versiones académicas de los historiadores oficiales. Creo —pero no estoy seguro de ello— que no conocí personalmente al señor Mariscal, ni siquiera por el vehículo de

las VISIONES de Swedenborg y de las VISIONES MEMORABLES de Blake.
Sin embargo, a veces me veo constreñido a recordar

6 x 1955 (inconcluso)

Ver ESQUEMA DE UN QUATUOR ELEGÍACO EN DO SOSTENIDO MENOR
(en LIBRO DE SIGNOS - OBRA POÉTICA, Volumen I).

Hay otro manuscrito: Bajo el Signo de Leo, bajo del malhadado signo, no todo va Viento en popa a toda vela que es muy mal velero bergantín (si bergantín a ratos) la Nao Hiperetusa, tan nulo bajel pirata esproncediano. Que la Nao Hiperetusa es apenas Buque Fantasma, sin música de Wagner. Con la mera música de las esferas, música sólo mera y en modo alguno zalamera música. Es música abstracta, como para que la oyera el peor sordo, que, también, no quisiera oirla y escucharla mucho menos. ¿No dizque es inaudible, además, la Música de las Esferas?

Dispersos casi todos los integrantes de la absurda cofradía, cada uno de ellos en su correspondiente alcándara-espetera de halcón mansueto obsoleto pasado a la reserva. Casi que todos ellos, salvo el Padre de los Búhos, que es un Búho Sofista siempre tan campante. Y salvo, entre los amigos no de su sangre, salvo dos o tres de los menos misántropos y de los más tarambanas, y los sus otrosyóes (y son legión). Sus otrosyóes paniaguados, de ficción y de fantasía, mentales entelequias pigmaliónicas. La cofradía así limitada—sin haber venido a menos que es su valencia infrangible, no disminuible ni fraccionable, siembre en su cifra inmutable—. Asi limitada la cofradía que nunca ha sido sociedad anónima, antes bien muy rica en nombres y seudónimos e hipocorísticos. La cofradía, sociedad limitada (aunque no tanto como su nada pingüe capital, que imponderablemente imponderable como hipotético) continúa empero, y como dicese, en sus trece y con sus trece, por más que de tropezón en barquinaza, de patinada en zarandeo y de bamboleo en topetón, pero siempre tan campante como el propio Búho Sofista y el Adón de los Adones y Macabeo.

Y en sus trece, con los trece, que el catorce suele fallar. Que siempre fallan y periclitán o caen en mora los catorce. Mas, como únicamente aspira la cofradía a vegetar, si cogitando en su vagar divagador; como sólo insiste en durar indolente, hasta el momento del crack, del paro y del cese en decúbito supino forzoso, pues en ello va y demórase, no tan de tumbo en tumbo como intúyese, ni tan a la deriva ni al garete, sino que va al socaire, capeando temporalillos, sorteando temporales ya mayores y enfrentándosele a la procela, si es del caso. Trabaja ahora la cofradía, secuela o sociedad limitada, seudónima que no anónima; trabaja ahora, pugna, lidia y jadea y equipo, pero no en serie. Y cuando labora en serie, no lo hace en equipo. En equipejo tampoco. Labora, como laboró antes siempre (y como que poco) en tareas literarias. Literarias, sí, que con algún alias ha de motejárselas. Las tales tareas de ahora son de simple compilación, de compleja revisión de lo compilado, y de puesta en mecanografía, siempre dejada para mejor ocasión. Postergada la puesta en forma mecanográfica siempre, siempre para esa ocasión llamada nunca. Y a la ocasión la pintan calva, por modo que no la toma de la pelambre ni el más pintado, así sea casi tan calvo el despintado, como a ella la pintan calva. Compilan, ahora; compilan y cotejan; cotejan ahora, revisan, adicionan y algo restan de vez en vez, cuando se ponen zoilos o quier arquílocos. Ya tienen material revisado como para dos mamotretos, los sexto y séptimo mamotretos precisamente. Material malamente llamado poético. Del material en franca prosa, ni hablar. Van por el ABC de la compilación, que casi todo él anda disperso por las hemerotecas no fácilmente accesibles para gentes ocupadas en las ocho horas burocráticas. Y Matateo, sobrino de Bogislao, que tenía en en proyecto apechar con ello viajó a alguno de los Estados Unidos con propósitos ingenieriles. Por modo que en cuanto a las Prosas habrá que dejarlas para cuando algunas vacaciones indefinidas. De las Prosas de Gaspar, de Bogislao y del titular, no se tiene a la mano sino cifra que anda por bajo de la tercia parte dellas. Ya se verá, si hay quién vea por ello. O no se verá ya, que tampoco es mucho, ni que valga, de lo por

ver. Dejémosles, a los de la cofradía en su empeño compilatorio de buzos de archivos, ratas de bibliotecas, pesquisantes de hemerotecas y enderezadores de tuertos, entuertos y malfetrías. Yo discurro abstraído. Discurro a quince codos de las más altas cimas, de las más abisales simas. Yo, que soy el acontista, yo que soy, aún más, el heraldo Taltibío del relator, faraute sin oficio y sin empleo.

Y, como venía diciendo... y es un ADAGIO MEDITATIVO UN POCO ANDANTE: Pasa la lívida caravana retrospectiva, lívida caravana de enfermizas fantasmas, de larvas azoradoras, en fatigada sucesión: detalle nimio, o global conjunto del desarrollo cogitante al través de los días definitivamente muertos, al través de los días ya muertos y vivos y actuales: pasa la lívida caravana retrospectiva del minuto y del instante, del minuto vivaz y del instante huidero y de los años cargados de tiempo y de sucesos, y de los años como Atlas doblado bajo bajo el fardo de los recuerdos: de los años sahumados de recuerdos, saturados de recuerdos y asesinados de Imposible. Detalle nimio o global abultamiento del desarrollo cogitante de lo efímero y de lo infinito, de lo durable y de lo transitorio abolidos! Lívida caravana de enfermizas fantasmas! Pasa la caravana retrospectiva de lívidas fantasmas de azoradoras larvas! —de Rops y de Odilon Redon esquicios mórbidos—. Remordimientos retroactivos, insólitos, acaso póstumos. La caravana retrospectiva: tortura de los caracteres de abulia, de estupor, de acinesia, de acidia hiperestésica, contemplativos, quietos, genuflexos ante el Buda inmóvil, mas cogitantes: inenarrable tortura de quienes ya no dudan —si dudaron— y que se han dado cuenta día a día, luna a luna, de que ya todo se lo está llevando la felina vida entre sus garras duras, bajo sus alas vellosas y frías. Pasa la lívida caravana retrospectiva, la lívida caravana de enfermizas fantasmas. Asaz es lenta, asaz es lenta, cómo es lenta, cuánto es lenta la sucesión de lívidas fantasmas! Y la verdad —desnuda— desnudando, sarcástica y piadosa. La verdad —como un Diógenes— de un hombre en la rebúsqueda! Y críspase —de la angustia— el sensitivo corazón malogrado, y con intensa pena el pensamiento —gravemente—

se alza de hombros, se alza de hombros, porque ya no hay remedio... ni hace falta. ¡Vibra el cuarteto en lamentoso unísono con un grito ante el piélago vacío!

Lo que sigue es ASSAI TORMENTOSO: Ante el fracaso, ante el definitivo derrumbamiento, sobreviene la tormentosa desesperación, con angustioso deseo de extinguirse, de huir o de esfumarse —humo azulado— el sér, en oblación vindicadora. Plañe su nenia el sensitivo corazón malogrado. Grazna supávida carcajada romántica, sonámbula, macabra y atediada y desolada mi soledad! Mi soledad! Mi soledad! Mi soledad envenenada de recuerdos y de dolor y asesinada de Imposible! Grazna su pávida carcajada romántica, sonámbula, macabra! Plañe su nenia la tormentosa desesperación desahogada y turbulenta, ante la caravana retrospectiva: ¡oh autosuplicio inusitado, en ingeniosas y complicadas formas medioevales! Y risas cerebrales salidas de las fosas mentales! Risas cerebrales con un espasmo poesco! Y el comentario ronco del violoncello en la cuarta cuerda, y el comentario estridente y masculino de la viola, y el dilacerante canto de los violines! ¡oh fuga de amplitudes beethovianas, honda! ¡Vuelo sin esperanza ni ilusión hacia azules, quiméricos y atarácicos limbos! ¡oh fuga de amplitudes beethovianas, honda! donde mi corazón y mi razón desaparecieron! Quietas las sombras, quietas las sombras, quietas y monótonas, quietas y monótonas y amorfas! Quietas las ombras, quietas y mudas, quietas las sombras, quietas y mudas y ceñudas! Quietas, mudas, en el silencio de la alcoba, en el silencio, en la soledad, en la penumbra de la alcoba. Quietas y monótonas y amorfas y mudas: y el misterio, y el dolor y el misterio entre los libros —cejjuntos—, y metido el misterio, y metido el dolor en los resquicios de mi biblioteca, del mio corazón hipersensible, de mi espíritu absurdo y por mi voluntad dormida.

Y el final es GRAVE QUASI QUIETO: En la alcoba. En el silencio, en la soledad, en la penumbra de la alcoba, propicios al ensueño. En el silencio de la alcoba, grávido de inquietudes, rebosante

de tácito dolor y de rugiente dolor, el corazón batía, batía sus alas, las mútilas alas, batía marchas fúnebres en su tambor destemplado —como había dicho Carolus Baldelarius—. En el silencio de la alcoba, grávido de inquietudes y del delirio rebosante de tácito dolor y de rugiente dolor, el corazón batía las mútilas alas. El corazón descaecido, solo, lejos de su gemelo corazón, ante el definitivo derrumbamiento de sus designios. En la alcoba. En el silencio. En la penumbra, en la soledad de la alcoba, propicios al ensueño... Lejos de su gemelo corazón! ¡Cierra el cuarteto en lamentoso unísono con un grito ante el piélago vacío! ¡Grazna su pávida carcajada romántica, sonámbula, macabra mi soledad! como en las largas estepas —lúgubres, largas, huérfanas de trineos y de fogatas— la loba urla... Mi soledad saturada de recuerdos, envenenada de dolor y asesinada de Imposible! Y la muerte, y la muerte, y la muerte con sus alas enormes y diáfanas acaricia la frente cansada, acaricia el corazón malogrado, y el espíritu absurdo, y la vana vida...!

Y todo eso acaeció hace años, tantos años, y no pasó nada. Nada grave. Fuera de haber escrito esos y semejantes otros esquemas de tentativas de quátuors más o menos elegíacos. Eso fué en los tiempos de Upa! Y ahora que recuerdo (al mencionar tiempos de Upa) también dizque hubo una vez, en los tiempos de Mari-Castaña (según presumen los más avisados zahoríes, buzos de los archivos y consumadísimos exegetas) hubo una vez una otra muy peregrina sociedad *in-extenso*, una cofradía de vagabundos, trotamundos, juglares, pregoneros, trovadores, romeros y busca la vida trashumantes por todas las rutas del orbe sublunar de por entonces. Gentes de avería, tahures, galloferos y damiselas de las llamadas del mal vivir, iban a la su zaga y a la su vera de ellos y con ellos en conserva. Los consumadísimos exégetas parece que sólo han logrado ubicarlos —a los de la cofradía o secuencia de cofradías— cronológicamente y en los tiempos de Mari-Castaña, que valen por los de Upa de que habló mi anterior co-orate. Pero los tales por cuales exégetas no dan detalles mayores ni menores de algo de

más sindéresis y meollo: algo más sávido, sumamente succulento: como sería el conocer las sus de ellos y ellas fazañas, trapatuestas, hechas, hechos, fechos y fechorías, el poder decir y gustar y catar los sus nombres y gracias, los sus humores y caracteres; el saber, aún, de las sus fachas o fachadas, la descripción dellas, amén de las sus señas particulares, su pelaje y linaje, sus tachas, máculas, tatuajes, lunares y pecas y las sus huellas dactilares o quier digitalinas o bien dactiloscópicas pre-bertillonescas. Se colmarían nuestros anhelos si dieran los buzos de archivos con los diarios y memorias íntimos dellos los de la cofradía o secuencia de cofradías —que los había bachilleres de fuste, del mester de clerecía, doctorados en las Sorbonas—, y con los diarios y las memorias todavía más íntimos dellas, las sus acompañantes, de las sí escribanas y de las no farisaicas o hipocritoncillas. Doctoradas todas ellas —escribanas o no— en facultades del gay saber como en las del gay decir y —claro, no lo olvidaría— en las del gay obrar. De lo que se tratará en otra inoportunidad. Ya la clépsidra marcó la hora de la retreta. Aprestad los oídos al estridor de las fanfarrias.

6 X 1955

LXVIII

Cuando la clépsidra —y llovía— marcó la hora de la retreta y música de cobres, el otro jueves, se había hablado y se hablaba todavía de que los sabihondísimos exégetas de parapillo y muy a la violeta, no pudieron dar detalles mayores, ni menores, de algo ya si de más sindéresis y meollo, en relación con la secuencia de cofradías y el rosario de Hermandades que —cronológicamente— lograron situar ellos, los muy zahoríes, en los tiempos de Mari-Castaña, que valen por los de Upa, si son posteriores a los del buen Rey Dagoberto, coetáneo de mi ocasional cooperador de

ese jueves, asistente y co-orate. Actuante a dúo esa vez y antecesor mío en el un tranco de ese disparatorio disparaterío: agrega el sucesor y titular, después de la retreta nunciada por la clépsidra, que hubo de cortarle la espita suelta; agrega el otro orate: se colmarían nuestros anhelos, muy ambiciosos en verdad, si dieran los esos buzos de archivos, con buena copia de la correspondencia y con los diarios y memorias íntimos de ellos los varones de la taifa de cofradías y reata de Hermandades goliardas. Que entre ellos los habría duchos en el meneo de la péñola y sin duda los habría bachilleres como el que más, bachilleres de fuste y tranca, licenciados en el mester de clerecía (no opuesto sino afín al mester de juglaría), doctorados también en las Sorbonas, si dados a la bohemia y al andorreo migratorio por todos los caminos de los reinos de esa época. Y si dieran (mejor que mucho mejor y que re-óptimo), con las esquelas y billetitos y con los diarios y memorias todavía más íntimos, los dellas las bellas, las sus acompañantes, egerias, comblezas y séquito garrido. Diarios y memorias —en particular— muy aliñados ellos, los de las Donas. Los de las Donas si escribas y escribanas nada vanas, y de las Donas no tan fariseas ni tan hipocritoncillas. Donas, todas ellas, escribanas o analfabéticas, doctoradas en las facultades libres del gay saber, como en las del gay dezir, y (claro, y no iba a olvidarlo y ni más faltaba!) en las facultades del gay obrar

misericordiosa. Queda la opción, si fracasan otra vez en su empresa nuestros buzos inoperantes y zahoríes exégetas cegatones y romos, queda la alternativa de tomar otras vías, de utilizar por nuestra cuenta, vías recónditas, inusitadas, que no son propiamente las empleadas por ellos —ni podrían serlo—, por ellos, meras ratas de biblioteca, rastreadores, compulsadores de archivos y papelotes, sabuesos pesquisantes fallidos, consumados exégetas en derrota, otrosí, y en más, y de postre, avisadísimos linceos, videntes argos cuya miopía no alcanza a un jeme avante del naso. Y cuenta que son de qué chatez. Enrutando por otras vías, por vías asímptotas que no paralelas a las transitadas ya por Walter Pater, Marcel Schwob o Robert Louis Stevenson, por ejemplo y por todo lo alto, podría llegarse más rápida y más hondamente hasta las sus de ellos psiquis (las de las tantas veces mentadas secuencias de cofradías), a las sus vidas gitanescas y seguro novelas no tan ejemplares, como no sea en el sentido cervantesco de ejemplarizantes. VIDAS IMAGINARIAS, como las que urdieron los altos autores susodichos. Y quizá hasta se podría ensayar —y lo valdría— otra letanía de VIDAS PARALELAS de las y los integrantes de esas non sanctas Hermandades. VIDAS PARALELAS sino de las de Plutarco, propiamente. Sino VIDAS ASÍMPTOTAS, primo, y luego, un poco, así como que fueran escritas y adobadas por otros Suetonio y Petronio, con atisbos de Marcial

o de Estebanillo González, de Bussy-Rabutin o del de Arezzo, o de Gedeon Tallement des Reaux. Pero no a la manera del que anda a tropicones en la perpetración de las soto-biografías de las muy celebradas dos mil y setecientos y setenta y cinco cónyuges de los Cinco Neos Poetas Reyes Magos. Quiero decir de Gaspar, de Ebenezer, de Altaír, de Melchor y de Baltasur. No a la guisa del que anda en tal engendro —a tropezones— y del que corretea y mal trota urdiendo la muy VERA HISTORIA-INFUNDIO DE LAS ANDANZAS DEL MARISCAL NEY POR TIERRAS EQUINOCCIALES, después de dizque ser fusilado. Malamente fusilado el de Elchingen y del Moskva, como óptimo fusilado sería el fusilable autor, fautor o pseudo-escriba o mero amanuense a quien le dicta mixtificante fabulero, de tamaños engendros, infundiosylaberínticas patrañas. Patrañaslaberínticas, infundios y engendros, al decir de los pánfilos seguidores y cauda y ataharre de las versiones académicas, endémicas y anémicas, adocenadas y cercenadas, de los historiadores manidos *ad-usum delphini* y al uso de los pensequé papanatas. Yo, por mi, creo, magüer no esté tan seguro de ello, que no tuve la suerte de conocer personalmente a Miguel el Rojo, al ex-tonelero, al ex-pasante de notario, al primer húsar de la Revolución, al señor Mariscal; la ventura de conocerlo ni siquiera por el vehículo telepático de las VISIONES

pre-televidentes de Swedenborg y de las Idem de Idem
VISIONES MEMORABLES de William Blake.

Y sin embargo, a veces me veo constreñido a dudar en si lo conociera, a vacilar en si es cierto que jamás lo conocí. Como, al recordar, por ejemplo ayer noche... Al recordar qué, seor amnésico? Algo muy grave hubo de pasarle a mi recordatorio y al filo de la media... ¿o sería después de la media y de tres cuartos? Se le quemaron los fusibles a mi recordatorio, seguramente, que no es caso insólito ni cosa de agora no más. Que ello que le viene ocurriendo desde muy antes de cuando los tiempos del Moro Muza, sin con mayor frecuencia a partir del sonado tiempo del Ruido... Ruido no poco estentóreo el de la referencia. Ya imperaba Apolodoro en la Calabria y en Sicilia, en su envidiable condición de consorte de Simonetta, la de los ojos babilonios y las pestañas ninivitas. Simonetta Reina Regente mientras la minoría de edad del principito heredero Pirrimplín. Simonetta, magüer sus ojos babilonios no veía sino por los ojos garzos (y miopes) de Apolodoro. Así como Apolodoro no veía sino por los de Monna Giulietta Doni, la ojiendrino veneciano de cabellera en rogos crepitantes y de arquitectura notoriamente pre-lolobrígida. Monna Giulietta Doni, ternezuela, la del cuello fragante —oliente a pomas— le inspiró a Apolodoro cantos puros, idílicos, de acendrado

erotismo que no la impresionaron tanto como ciertas otras canciones ligeras de muy distinto sabor y color —también de Apolodoro. Y se quisieron Giulietta y Apolodoro. Pero esa peregrina historia no está aún en su punto y sazón, hoy, todavía. Como tampoco lo está la muy prosaica historia —pero cuan monitoria en sus detalles— de don Cebrian de Apagauta, penúltimo argonauta y el primero de los Cipagautas conocidos. Faltan datos nimios también, y de estos no pocos si capitales. Y faltan otros datos e informes de mayor categoría. Y falta todo el anecdotario. No están, repito, en su punto y sazón ni la una ni la otra historias edificantes o quier tabulaciones milesias. Y antes de ellas hay otras. Hay otras fábulas e historias que tienen prelación por derechos ya adquiridos. Otras historias y fábulas y relatos que andan ya hace lunas en danza y de boca en boca y chismorreo por culpa de quien iniciara —muy precipitadamente— su espetación en el Cuarto del Búho habitáculo de los Neo-Serapiones, y luego BAJO EL SIGNO DE LEO, signo aciago, ominoso signo, y las espetara todavía inconclusas y en asaz incipiente período de apenas casi pre-maduración.

Pero... Pero... No diga pero, apuntaba incisivo el ingeniero don Germán Uribe Hoyos. No diga pero... que después del pero sigue siempre una pende..., una pendolinada. Pero ... Para decir es tarde lo que

jamás se dijo. Temprano todavía para nunca decirlo... Vale. Y ésto último es del prelude del primer tranco del MAGNO FLORILEGIO AFORÍSTICO del Inefable juglar Palamedes, el Inefable y el Infatigable y autor de dos o tres docenas de monumentos de la laya, en más, de otros tratados de Pansofística, y del APOCRIFARIO UNIVERSAL de Ebenezer el Sefardita y de Sirg-el-Oel, bardo berebere. Sirg-el-Oel, precursor de Beremundo el Lelo... Precursor de Beremundo el Lelo? Sí, de Beremundo el Lelo, el Caimacán de Bolombolo y el Cacique de Xenufana. Caimacán y Cacique, otrora, antaño, y muy venido a menos ahora, ogaño y desde hace sus decenas de lunas. De lunas casi tan lelas como él... Y hoy, hoy mismo, muy delicado y en peoría notoria. Delicado de salud desde que anduvo por el Cumanday.

Y en franca peoría desde LA CENA DEL POETA CIRO MENDÍA. Cena a la cual fue invitado de honor magüer ser él pantagruélicamente inapetente. Y esta es LA CENA DEL POETA CIRO MENDÍA dedicada a uno de los otrosyóes de Beremundo: Oye, mozo, me traes: un cocktail de rocío y ambrosía en el cáliz sin fondo de las flores, y si las flores ya no tienen cáliz te recomiendo un cáliz de amargura. Una manzana sana y no de aquellas del árbol bueno y malo. Ensalada de orquídeas y camelias en agua de Colonia y arco-iris. Una sopa de tréboles y ópalos, de brisas y arreboles, con polvo azul de mariposa virgen, con ayes de Abelardo y Eloísa y entrañas de canarios en su trino. Muslos de Cisne y Leda con música de Bach y de Beethoven. Un ala

de turpial que no esté afónico en salsa de crepúsculos metálicos. Huevos de ruiñeñora en nido ajeno, o de pájaro mosca marihuano. Arroz de nube y mármol con suspiros; una lengua de Esopo —no la suya—; hígado triste de Becerro de Oro; corazones de ninfas en su estuche; caviar a la staliana o pushkiniana; un pez espada —si es que el Cid la presta— y la paloma de la paz al horno, que al horno está la paz hace ya días. El pan, que sea rojo y amasado por ángeles y arcángeles. Si es posible —y lo es— me lo presentas en un plato de plata, en aquel mismo que empleó Salomé, cuando el sombrero cortó de Juan el Bautista: pero lo lavas con jabón de estrellas. Champán de los viñedos de las pirámides de Egipto. Postre de lava, helado, con mirra y cinamomo. Después, en copa áurea no de piedra, con ostras sollozando, me sirves la socrática cicuta. Si este brebaje se agotó, me haces un tiro a la manera de Werther, sin Carlota, con cebolla y sin lágrimas. La cuenta se la pasas —soy muy pobre— en hojas de laurel o de papiro, a mi amigo Lord Byron.

Esa es LA CENA DEL POETA, del poeta Ciro Mendía, y esa cena es la causa inmediata y el motivo de la intoxicación de Beremundo el Lelo, a la Cena invitado magüer tan reconocidamente pantagruélicamente inapetente. Inapetente tanto como cualquiera otro de los del equipo de los paniaguados otrosyóes y sosías. Le hizo daño la Cena y la continuación —colofón o coda— de la cena. Beremundo aquel magro poeta que, cuando no la sopa negra de los esparciatas —su condumio más frecuente, con pan sin levadura— entra y no se sale de la gregoriana segunda trinidad bendita —fríjoles, mazamorra, arepa— y a esta terna frugal hízose adicto desde que anduvo en malos pasos por Guaca, Titiribí, Concordia y por todo el cañón del

Cauca bolombólico, en la compañía y complicidad de Sergio Stepánovich Stepansky, nuestro eslavón perdido. Para colmo, el malaventurado de Beremundo está ahora en receso poético (suspendido) y a buen recaudo sus cuadernos, cuartillas, bolígrafos y péñolas. Malaventurado y no por ello ni por las consecuencias de LA CENA DEL POETA, sino por el soberano rapapolvo que últimamente le propinaron, a toca teja y del sopapo las Nueve de la fama, las piérides o pegásides o hipocrénides o castálidas o parnásides, una a una las nueve y en comunidad luego. Y acolitadas luego (mancomunada y solidariamente) por las Divas Carites, las tres Gracias, las tres a una. Y ahora vueltas las doce antiberemundas unas Eumenides! y que Furias, Musas y Gracias! Y gracias a que el benemérito Bogislao pudo y quiso intervenir a tiempo y logró defenderlo. ¿Y cómo defendió Bogislao a Beremundo? Pues, claro, pues apechando ricamente con las Tres Gracias y con tres de las más recalcitrantes Musas —entre ellas con Clío— que no lo puede ver ni pintado por pintor de los de la llamada técnica abstracta. Y cuál la razón del rapapolvo inicial de las Musas al malaventurado Beremundo? Y cuál el motivo de los sopapos y luego la colectiva agresión de hecho de Musas y de Gracias, agresión esta gallardamente compartida por Bogislao? Todo fue culpa de un poema-esperpento atribuido a Beremundo, y que comienza así... Mas, sería excesivo

endilgarlo —el esperpento culposo— ahora, y ya sobre el tiempo y ya saliéndose del espacio... BAJO EL SIGNO DE LEO, signo aciago y tedioso y truculento.

13 X 1955

LXIX

Desde hace algunas semanas adviértese vago desasosiego en varios de los más cercanos, entre los muy pocos amigos de los relativamente íntimos, y entre los íntimos relativamente amigos —no todos en apariencia— de Meinherr Bogislaus von Griphius. Y pugnan vanamente —en su desasosiego y en su curiosidad alharaquenta— por conseguir, de él mismo, ciertos detalles y una más amplia información general —que los tiene Bogislaus en sellada y resellada reserva y misterioso recato— acerca de una presunta monografía que dizque tiene él, ya en plan de versión pre-definitiva, lo que, en el mejor de los casos, puede significar más o menos algo así como que —si no fallece prematuramente nuestro descalabrado Bogislaus—, quizá la obra sea de estar a punto de publicarse y de editarse hacia mediados de la próxima década, ya finada la presente en curso. Tienes que referimos, Caro Bogislaus, cómo es esa tal garambaina tuya de que nos habla, casi que desde antes del año que ya pasó y en todo el resto dél y en lo que va de aqueste ya en derrota y de vencida... Esa garambaina monumental de que nos habla, con terca insistente frecuencia, Palamedes, tu pseudo-vocero y heraldo

Taltibío? Y la garambaina parece ser en conexión o relación con cierta muy ponderada fórmula ordenatriz, directriz y dizque hasta fórmula lógica, por intermedio de la cual como que has logrado planear la organización, en proceso regocijado, de la monotonía de tu vegetar contemplativo —a ratos, cuando filosofas— o exasperado —cuando despotricas—. En proceso festivo —dice Palamedes— dándole viabilidad, tolerabilidad, lenidad, hasta casi llegar a ponerla en situación de ser tenida por sumamente amena y aún deseable y envidiable?—. Como sumamente, pero sumamente amena y de rechupete, y no sólo a contrapelo, *a-rebours*, y ni como actitud de estoico, y ni por mor y en función de tu humorismo en frío, que no nunca de tu algidez que no la experimentas aún y no la sufres todavía ni siquiera en los campos desolados y yermos de la tuya hiperbórea, polar, humorística? Pero no es ello solo, no es ello todo lo que nos interesa e intriga y desazona. Lo que nos sobre-peta conocer y escudriñar, analizar y desmenuzar en sus aspectos más recónditos, es el texto. El texto de la monografía de que nos parla el tartajoso de Palamedes. LA MONOGRAFÍA Y PLAN QUINQUENAL, LAUDE Y EXÉGESIS ANALÍTICA DE LA MONOTONÍA DEL VEGETAR BOGISLADICIO; monografía —dice— en siete episodios, cada uno de ellos en cinco trancos, salvo el octavo episodio que es sabio epílogo -síntesis del sistema y que ni es episódico ni es a

trancos? Tienes que contárnoslo todo, tienes que referírnoslo, Bogislaus von Griphius: referirlo a quienes te lo creen todo lo que maquinas o imaginas, de entre los del clan y taifa, para su bobalicona edificación, nulo provecho, complacencia y pobre regodeo de pasmarotes candidotes. Y referirlo, también, a quienes no vamos a creértelo, ni a pie juntillas, ni menos despatarrados —ni despatarrados tanto como el Coloso de Rodas—. A quienes no vamos a creértelo, despatarrados, ora irónicos, ya meramente incredulones, o, apenas tan pasmarotes como los candidotes otros, en sólo són de gorja burletera... o de socarrona y lela memez... Nos lo has de relatar, todo, Bogislaus emeritísimo, neo Erasmus Roterodamo del ELOGIO DE LA FOLÍA, con tu ELOGIO DE LA MONOTONÍA. Fuera bromas... Nos has de permitir leerlo —que tu lees pésimamente, a trompicones, y relatas peor (de tartamudeo en laguna)—; nos has de permitir leerla, a nos, la tal MIROBOLANTE MONOGRAFÍA. Así evitarás, Bogislaus Sapientísimus, el que le dé al desvergonzado papanatas métome-en-todo de Palamedes, por hacer para nosotros su versión de ella —a juro paródica y descuidadamente parafrástica con osadas licencias y bellacas interpolaciones de su protervidad... Su versión, de muy baja ley, del tu —a no dudar— engendro de altos kilates, engendro de los cimeros, de los abracadabrantes y de los más

insólitos y peregrinos... Pero de qué Satanes me estás hablando, despalomado Beremundo? Déjame en paz, que estoy cogitabundo y abstracto, detrás de cierta cuadratura... No te he escuchado, Beremundo, ni te voy a escuchar... He captado ruidos desacordes. Ruidaje como que interrogante por el tono y los acentos... Es vaga impresión de lo oído en mi abstracción y trance investigativo. Pero no héme enterado y quiero no llegar a enterarme jamás, del texto o contenido vacuo de tu parloteo incontinente (y no redundo). De tu parloteo incontinente de nada que pueda distraerme de mis lucubraciones, de mi abstracción introversa, contemplativa y constructiva a la vez, y de mi cogitar en lince pasmo y trance gnóstico. Discurro y vago y voy en pos de magnos descubrimientos, tras de qué soberanas invenciones, tras del previsto fruto y la esperada cosecha. Fruto y cosecha objetivo de la perenne acción especulativa de la mía Minerva —en realidad Palasateneana— y del mio sutil don adivinatorio intuitivo, doctamente secundado y asistido por el método, el sistema y el tesón del infatigable de mí. —Beremundo, déjame en paz, que estoy cogitabundo y abstracto detrás de cierta cuadratura... Detrás de ... pero táte! Bogislaus von Griphius! Beremundo, déjame en por sólo solos cinco años. En cinco años operaré el prodigio de los ene prodigios, y os dejaré, ya no despatarrados

—como creo que decías en medio del ruidaje de tu vaniloquia—, sino que os dejaré, —a ti Beremundo y al séquito que te rodea y me atosiga—, os dejaré definitivamente patidifusos de las cuatro. De las cuatro de cada uno de vosotros, tetrápodos tropezadores. Ahuéca, Beremundo, que estoy cogitabundo, y voy a entrar, de nuevo, en trance y pasmo. He de verme con ellos y de hablar con ellos, con Swedenborg y con Blake. Dentro de cinco años hablaremos los dos, Beremundo. Puedes retirarte a tu alcándara, o a dónde más te pete o te convenga. Y dile a Palamedes que no vuelva y que cierre el pico. Ya me empieza a fastidiar su chismorreó.

Lo anterior nos da idea de la actual situación de locura cabalística de Bogislaus von Griphius. Digo: si se le puede creer a Beremundo y a su versión de las palabras de Palamedes, en relación también con nuestro amigo y presunto orate. No sobraría saber el concepto de Bogislaus sobre si mismo, sobre Palamedes y sobre Beremundo. Escribe la primera dificultad para conocer sus opiniones, en que —en realidad— Bogislaus se ha tornado invisible: metido siempre en su cubículo, en su tonelete, en su torreta solariega —ni de marfil— tras de metido, como siempre, en su mutismo. Y en su mutismo epistolar, también. Que le he escrito y en tres veces ya. Y nada que contesta. Y está encerrado en su solar,

a piedra y lodo y con cerrojo y tranca. Y no le es necesario Cancerbero alguno. En el más leve de los casos, en el más inofensivo dellos, puede ser que el misántropo amigo Bogislaus esté escuchando músicas, leyendo novelines novelones, y enfilando renglones largos y cortos. Sordo, como no sea para la música. Mudo, como no sea para hablar solo y sotto-voce en su cubil, consigo mismo, o con Swedenborg y Blake, si se le cree a Beremundo.

Sordo y mudo. Su espíritu presencia la quieta soledad. Callados sónes —no para sí, que para sí la propia melodía jamás la voz silencia— muy antes de nacer en fértil copia con idos sónes, canto sin sonidos: Fábrica, sin mercado, de canciones, regalo, nada más, de sus oídos.

Estará enfilando renglones Bogislaus. Y quizá, hasta escribiendo en torno a la monotonía de su vegetar, pero no para hacer con ello tratado alguno ni siquiera somero ensayo. Menos aún monumental garambaina ni Laude, ni Sistema ni Exégesis Analítica. Que Bogislaus en jamás ha sido capaz de poner en orden sus ideas, ni de hacer un otro cartesiano DISCURSO DEL MÉTODO: en broma, digo. Que, en serio, Bogislaus...

Mas, dejémosle en paz, que es lo único que desea. Lo único que está deseando desde que lo conocí en el *kinder*. *Kinder*, es un decir. Digamos, desde que lo conocí en la Escuela de doña Concha, sita en el CAMELLÓN DEL LLANO..., dos años después de su regreso a la Villa de la Candelaria de Aná del Aburrá de San Ciro. De su regreso de Aguadas entre Pácora y el Cañón de Purima y el río Arma. Conozco a Bogislaus, digo, desde los bancos y pupitres del equivalente al *kinder*, y desde entonces está deseando que se le deje en paz. En paz, para así poder estar siempre en guerra consigo mismo, sin tregua, ni reposo ni armisticio. Manes del señor Capitán don Carlos Segismundo! Siempre hosco. Aspero siempre. Soñador sempiterno, empero. Ya lo dijo así, una vez: De áspero asbesto y zarzas hueco mullo para albergar deseos irrestrictos e indiferente afán y displicente ambición. Y mi Nada. El alto orgullo allí también asile, y el ánimo insurgente: ¿Pero dónde mis sueños derelictos?

Y quizá también se refería a sí mismo, cuando: Quieto en su sitio. La mareta en torno hez de resacas contra el hito rompa, mejor si con estrépito de trompa, escandecido verberar de horno y el lontano batir de la procela. Se desbarata la irisada pompa: quieta, en su sitio, erígese la stela.

Y Bogislaus sentado en la *stela*, y ni mirándose —gautámico— el ombligo. Y también en estas: Solo, griseo obelisco milenario y erigido en las rútilas arenas que el sol retuesta y el simún azota. E indiferente y mudo. El Solitario de mañana y de hoy. Empero, brota su labio aridecido arias serenas.

— Cantó. Desaforado vocería contra sordos espacios impasibles. Treno dilacerante por la honda muda oquedad del ámbito vacío. Enlutecida nenia de inaudibles másculos sones de inexhausto brío: Torvo silencio el eco a la redonda. — Contra los duros vientos. Bajo las lumbres cegadas. Sobre las sendas sordas. Viandante. Mas no otra vez, sino ésa sola vez viandante, ésa única vez. Danzaron lo que tenían que danzar. Cantaron todo cuanto por cantar tenían. Las bocas besaron. Los brazos ciñeron. Los muslos ciñeron. Soñaron hasta donde sabían soñar. Emponzoñaron las que ponzoña habían. Hace siglos se fueron. Contra los duros vientos —fríos simunes, gélidos tifones—. Bajo las nubes cegadas: ¿Canopus? ¿Sirios? ¿Anónimos universos? Sobre las sendas sordas. Viandante.

Si, viandante. Pero poco.

Continúa en su monólogo el muy pánfilo: Y esta sonrisa para quién? —Barrunta mi soledad, que en ésa faz se posa, quizá de mármol —como fría y tersa—, tal vez de fuego —como ardiente y rosa—: mas se recata imbele y cejijunta, y en la prisión original inmersa.

Siempre de soliloquio en soliloquio, siempre en vacuo monólogo —no nada hamletiano, Bogislaus. Hosco siempre, además, Bogislaus von Griphius. Aspero siempre. Soñador sempiterno, empero o sin empero. Y todello le viene de casta. Pero no es tan orate como lo pinta Beremundo ni como lo caricaturizan Palamedes y Baruch, que si saben hacerlo. Y como lo caricaturizan otros, que lo ignoran, otros mequetrefes papanos. Pero yo también soy el acerbo y también soy el paria. Y soy —en más— un

poco más protervo. No así en la Villa de la Candelaria —cuando las mis primeras mocedades.

Y... las verdades, para escandirlas y no esconderlas, las necedades para escribirlas y no leerlas, y para no decirlas (y mejor no tenerlas) ni las necesidades ni las vanidades. Esto lo digo entre comillas, como que sacado es del TERCER LIBRO DE LOS PROVERBIOS DEL PROTO-MAGO SERAPIÓN, traducido del copto al berebere por Sirg-el-Oel y al español revertido —si no al bable— por el antípoda de aquél. Y no es un acertijo, que es anagrama y en uso por antaños de dos quintos de siglo, si en desuso hace marras y en la reserva. Preguntádselo a Aldebarán o a Sirio, pero en jamás a Algol, al diablo Algol, veleta de Perseo, que es farolillo sobremodo variable y veleidoso. O no lo preguntéis a nadie que es persona, que es persona no grata, que es persona indiscreta. Del TERCER LIBRO DE LOS PROVERBIOS DEL PROTO-MAGO SERAPIÓN, profundo Lulio copto, se traerán algotros proverbios a colación. A colación que es parva casi siempre. Parva como el con qué. Como el con-qué adquirirla. Serapión, el copto Ramón Llull, floreció —que así dicese de oficio— en las postrimerías del reinado del Preste Juan de las Indias. Créese que era descendiente, Serapión, y directo, de Belkís, reina de Saba, y quizá —a juzgar por su numen— de David, y por obra de Salomón —a deducir por su sabiduría.

Seguramente sí, de ellos, si consideramos, otrosí, su denodada afición a las Abisag, a las Bethsabé... Al eterno femenino que también, de oficio, así dicese. Y quizá fuera el propio Serapión quien lo dijo el primero. Buenas noches.

20 X 1955

Ver SECUENCIA DEL SOLITARIO (IV - VII - VIII - XII - XIV - XXII)
(en FÁRRAGO - OBRA POÉTICA, Volumen II).

LXX

La Fábula que iba a ser la anterior se quedó para vestir imágenes; el Fabulador, con los remos húmedos y las rémiges idénticamente y tan ateridas como los remos —digo de los inferiores—; que ya no son sirimiris u orvallos sino duchas diluviales cuasi perennes. Y la del jueves pasado, cuando la Fábula anterior quedóse para vestir imágenes, fue chaparrón y chubasco y que no lo digan sólo mis coturnos un si es, un si no es algo más que maltrechos. La Fábula, aterida como las rémiges del Fabulador.

Desde hace algunas semanas adviértese no vago desasosiego apenas, sino magna inquietud, en varios de los más cercanos si no de los más prójimos entre los muy pocos y no contados amigos —de los relativamente íntimos, y entre los íntimos no prójimos relativamente amigos— no todos en apariencia, es cierto, de Meinherr Bogislaus von Griphius llamado

también el Capelmaestre turulato si es mero capiscol, sochantre lelo. Y pugnan —vanamente— en su desasosiego, en su inquietud y en su curiosidad alharaquenta por conseguir, del mismo Bogislaus, ciertos nimios detalles y una más amplia información general (detalles e información que los tiene el mentado Seor en sellada y resellada reserva y en misterioso recato y en una urna y la urna en un nicho y el nicho sito en la cava más recóndita de su *manoir* o bicoca solariega. Pugnan —pues— por detalles nimios e información amplia acerca de una presunta monografía que dizque tiene él, monografía o lo que sea, ya en plan de versión pre-definitiva, lo que —en el mejor de los casos— puede significar más o menos algo así como que (si no fallece antes y prematuramente nuestro descalabrado Bogislaus) quizá la obreja sea de estar a punto de publicarse, y de echarle los galgos al editor, hacia mediados de la próxima década de años, ya finada la presente en curso. Menos mal. Podía ser peor si fuera posible antes. Digo yo. Pero ellos pugnan y aún jadean: ¿Tienes que referirnos, Caro Bogislaus —así claman—: tienes que decirnos cómo es ésa tal garambaina tuya de que viene en parlarnos, casi que desde antes del año que ya pasó (y abur!) y en todo el resto dél, y en lo que va de aqueste ya en derrota y de vencida y a punto de arriar las velas... Esa garambaina monumental de que nos habla con terca insistente frecuencia, Palamedes

de Corinto, tu pseudo vocero y heraldo Taltibío estentóreo? Y el monumento o garambaina —que así la denomina— parece ser cosa en conexión o relación con cierta muy ponderada fórmula ordenatriz, directriz y dizque hasta fórmula lógica —que no definitiva y paradójal como otra de que sabemos— por intermedio de la cual nea fórmula como que has logrado planear la organización, en proceso regocijado y placentero, de la actual monotonía de tu vegetar contemplativo —a ratos, cuando filosofas, poeteas o músicas—, o exasperado, cuando barrabasas y despotricas. En proceso festivo —dice Palamedes— dándole viabilidad de placentera, tolerabilidad y lenidad, hasta casi llegar a ponerla en situación de ser tenible y quizá tenida por sumamente amena y aún deseable y envidiable como paradisíaca o nirvánica? Como sumamente, pero sumamentísimamente amena y de rechupete. Y ello no sólo a contrapelo, en contrapunto y *a-rebours*, y ni como hierática actitud del estoico que eres, y ni por mor y en función de tu humorismo en frío —de gélidos gelasmos—, que no nunca de tu algidez, que no la experimentas aún y no la sufres todavía, ni siquiera en los campos desolados y yermos de la tuya polar, hiperbórea humorística sistemática en seco y no gesticulante? Pero no es ello solo, Bogislaus, no es ello todo lo que nos interesa e intriga e inquieta y desazona y conturba. Lo que más nos sobrepeta conocer y escudriñar, analizar

y desmenuzar en sus aspectos más soterraños, más abisales, es el propio mismo texto. El texto de la monografía —así la llama él— de que nos parla y verbea el tartajoso de Palamedes de Corinto. LA MONOGRAFÍA Y PLAN QUINQUENAL, LAUDE Y EXÉGESIS ANALÍTICA, taraceada de escolios, de la MONOTONÍA DEL VEGETARBOGISLADICIO; MONOGRAFÍA —dice él— en siete episodios principales, cada uno de ellos en no menos de cinco trancos ni más de siete, salvo el octavo no episodio, que es sabio epílogo-síntesis-oráculo del sistema, y que tampoco es episódico, ni es hipostático ni es a trancos? Tienes que contárnoslo todo; tienes que referírnoslo todo, pero todo, Bogislaus von Griphius. Referirlo a quienes te lo creen todo.

Todo lo que maquinas, poeteas, músicas o imaginas. Referirlo a quienes te lo creen todo, de entre los del clan y taifa a tu zaga, para su bobalicona edificación, nulo provecho, pánfila complacencia y pobre regodeo de pasmarotes candidotes que son ellos. Y referirlo, también, a quienes no vamos a creértelo, ni a pie juntillas, ni menos despatarrados —o despatarrados no tanto como el Coloso de Rodas—. A quienes no vamos a creértelo, despatarrados o no, zahoríes sí, ora irónicos, ya meramente incredulones, y apenas casi no tan pasmarotes como los candidotes otros, si sólo en són de gorja burletera... y de socarrona y lela memez... O más bobos aún que aquellos... Nos lo has de relatar

todo, Bogislaus emeritísimus, neo Erasmus Roterodamus del ELOGIO DE LA FOLÍA, con el tu ELOGIO DE LA MONOTONÍA PLACENTERA... Fuera bromas... Y nos has de permitir leerlo. Leerlo. Alguno de nosotros lo leerá para los otros, sotto-voce. Pero no tú, que lees tu pésimamente, a trompicones, y relatas peor, de tartamudeo en trastabilleo y de eclipse en laguna. Nos has de permitir leerla —a nos— la tal mirobolante MONOGRAFÍA elíptica, asintótica y paraboloide. Así evitarás, Bogislaus Sapientísimus —de Linneus— el que le dé al desvergonzado papanatas y métome-entodo de Palamedes de Corinto, por hacer para nosotros —de su cuenta— la versión apocrifaria della, versión a juroparódica, descuidadamente parafrástica, pululante de solecismos y con osadas licencias y bellacas interpolaciones, fruto de su protervidad o de su bobería... Su versión de él, de Palamedes, de muy baja ley y versión del tu —a no dudarlo— engendro de muy alto kilataje, engendro el tuyo de los cimeros, de los muy abracadabrantes y de los más insólitos y peregrinos...

Básta. Básta. Cállate barbarote...! Y de qué Satanes me estás hablando, despalomado, inane Beremundo? Basta. Déjame en paz. No recuerdas aquella ADMONICIÓN A LOS IMPERTINENTES? Déjame en paz, Beremundo, que estoy cogitabundo y abstracto, y no sólo detrás de cierta cuadratura... Déjame en paz

y vete. No te he escuchado, Beremundo, ni te voy a escuchar... He captado ruidos desacordes. Ruidaje tuyo, como que interrogante, digo por el tono y los acentos. Es vaga impresión de lo —mal de mi grado— oído en mi abstracción y grave trance investigativo... Pero no héme enterado y quiero no llegar nunca a enterarme, en jamás, del texto o contenido vacuo de tu parloteo incontinente (y no redundo). De tu parloteo, incontinente de nada que pueda distraerme de mis lucubraciones, de mi abstracción introversa, contemplativa y constructiva a la vez, ni de mi cogitar en lince pasmo y trance gnóstico. Discurro, Beremundo, y vago y voy en pos de magnos descubrimientos, tras de qué soberanas invenciones que no hallazgos, que voy tras el previsto fruto y la esperada cosecha. Fruto y cosecha, objetivo y meta de la perenne acción especulativa de la mía Minerva —en pura realidad Palasateneana—. Y, en parte, también, fruto y cosecha del mio sutil don adivinatorio intuitivo, secundado —eso sí— por el método, el sistema y el tesón del infatigable de mí. Beremundo, véte y déjame en paz, que estoy cogitabundo y abstracto y no sólo detrás de cierta cuadratura... Detrás también de... ¡pero táte, Bogislaus von Griphius! Déjame en paz, Beremundo, por sólo solos cinco años. En solos cinco años operaré el prodigio de los ene prodigios (mas uno y el más fácil: el de la cuadratura...) Y os dejaré entonces ya no despatarrados

(como creo que oí decías en medio del ruidaje de tu vaniloquia) sino que os dejaré, —a tí, Beremundo y al séquito que te rodea y me atosiga—, os dejaré también definitivamente patidifusos de las cuatro. De las cuatro de cada uno de vosotros, tetrápedos tropezadores. Ahueca, Beremundo, que estoy cogitabundo, y voy a entrar, de nuevo, en trance y pasmo. Y he de verme con ellos y de hablar con ellos, con Swedenborg y con Blake y tal vez con... Dentro de cinco años hablaremos los dos, Beremundo. Hablaremos tú y yo, Beremundo, pero no en verso. Ni en versos tales. Puedes retirarte a tu alcándara, Beremundo, o a dónde más te pete o te convenga. Y dile a Palamedes que no vuelva a mi manoir y que cierre el pico. Ya empieza a fastidiarme su chismorreos... si como tu labia y tu facundia, Beremundo.

Lo anterior nos da idea aproximada de la actual situación de locura y de locura cabalística del Capelmaestre Bogislaus llamado el Solitario de toda Soledad. Digo: si se le puede creer a Beremundo y a su versión de las palabras de Palamedes y a las propias palabras de aqueste, en relación con nuestro turulato amigo, el presunto Orate Máximo (máximo dentro de lo mínimo) No estorbaría, no sobraría saber del concepto de Bogislaus sobre sí mismo. Sobre sí mismo en particular, sobre Palamedes y sobre Beremundo. Etriba la primera ardua dificultad para poder conocer

sus opiniones en que —en realidad y puridad de verdad— el venerable Bogislaus háse tornado poco menos que invisible: metido siempre en su *manoir*, en su cubículo, en su tonelete, en su bicoca, en su torreta solariega —torreta ni de marfil—, metido allí, tras de metido, como siempre en su mutismo. En su muda hosquedad. Metido en su mutismo. Y en su mutismo epistolar, también. Que yo le he escrito y en tres veces ya. Y nada que contesta. Y está Meser Bogislaus encerrado en su solar, a piedra y lodo y con cerrojo y tranca. Y tranca. Y no le es necesario cancerbero alguno, que le sobran, si hartó estuvo de ellos —ellas—. En el más leve —favorable— de los casos, en el más inofensivo —imbele— dellos, puede ser que lo que acaezca sea —no más— que el misántropo amigo y meser Bogislaus esté escuchando músicas, releyendo a Stendhal y Balzac, sobreleyendo novelines novelones —de los de ahí mismo olvidar— y enfilando impertérrito, denodado, renglones largos y cortos. Sordo, Bogislao, como no sea para la música. Ciego, Bogislaus, como no sea para lo poco que hay de ver. Mudo, Bogislaus, como no sea para hablar solo, parolar consigo mismo *sotto-voce*, en su cubil, o para dialogar con Swedenborg y Paracelso y William Blake —si se le cree a Beremundo—. Sordo y ciego y mudo. —Cuando le conviene y es obvio el comento— sordo y mudo.

Estará enfilando sus renglones largos y cortos, Bogislaus. Largos, de sobra y cortos, de sentido. Creo. Y quizá —por qué no?— hasta escribiento, el muy retostado, en torno a la Monotonía Placentera de su abyecto vegetar. Escribiendo sí, pero no para hacer de ello o con ello tratado alguno ni siquiera somerísimo ensayo de total platitud. Menos aún Monumental Garambaina, ni Laude, ni Sistema ni Exégesis analítica, con o sin timbilimbas y embelecocos ornamentales de adehala. Nada de eso. Que Bogislaus von Griphius en jamás ha sido capaz ni de poner en orden sus ideas —de tenellas— ni de hacer ningún otro más o menos cartesiano DISCURSO DEL MÉTODO. En broma, digo. Que en serio... Que en serio, Bogislaus...Ni hablar... No meneallo... Mas, dejémosle en paz, que es lo único que el desea y solicita. Lo unico que Bogislaus está deseando, desde que lo conocí. Desde que lo conocí en el *kinder*. Kinder? Kinder sí y es un decir. Desdigamos entonces. Desde que lo conocí, en la escuela pública de doña Concha, sita la escuela en el Camellón del Llano... dos años después de su retorno de él a la Villa de la Candelaria de Aná del Aburrá de San Ciro. Dos años después de su regreso de Aguadas (la de don Estanislao, del *bandido*, que así lo llamó mi general Uribe). De Aguadas de neblina, entre Pácora, la cuchilla, Pore, el cañón de Purima y el río Arma. Conozco a Meser Bogislaus, digo, desde el tiempo

de las bancas y los pupitres del equivalente al kinder, y desde entonces está deseando que se le deje en paz. En paz, en suma paz, para así poder estar, cómodamente, siempre en guerra con sigo mismo, sin tregua, ni reposo ni armisticio. Manes del señor Capitán don Carlos Segismundo. Siempre hosco. Aspero siempre. Empero, sempiterno soñador. Ya como que lo dijo él mismo, así, una vez: De áspero asbesto y zarzas hueco mullo para albergar deseos irrestrictos e indiferente afán y displicente ambición. Y mi Nada. El alto orgullo allí también asíle, y el ánima insurgente: ¿Pero dónde mis sueños derelictos?

Y quizá también se refería a sí mismo, a su elata idiosincracia de compleja simplicidad, cuando salió con éstas: Quieto en su sitio. La mareta en torno hez de resacas contra el hito rompa, mejor si con estrépito de trompa, escandecido verberar de horno y el lontano batir de la procela. Se desbarata la irisada pompa: quieta, en su sitio, erígese la stela.

Y Bogislaus de estilita? Bogislaus sentado en la stela, y ni mirándose —gautámico— el ombligo.

Y quizá es posible talvez también trate de lo mismo en aquestas otras: Solo, gríseo obelisco milenario y erigido en las rútilas arenas que el sol retuesta y el simún azota. E indiferente y mudo. El Solitario de mañana y de hoy. Empero, brota su labio aridecido arias serenas.

Cantó. Desafortado vocerío contra sordos espacios impasibles. Treno dilacerante por la honda muda oquedad del ámbito vacío. Enlutecida nenia de inaudibles másculos sones de inexhausto brío: Torvo silencio el eco a la redonda.

Contra los duros vientos. Bajo las lumbres cegadas. Sobre las sendas sordas. Viandante. Mas no otra vez, sino ésa sola vez viandante, ésa única vez. Danzaron lo que tenían que danzar. Cantaron todo cuanto por cantar tenían. Los labios besaron. Los brazos ciñeron. Los muslos ciñeron. Soñaron hasta donde sabían soñar. Emponzoñaron las que ponzoña habían. Hace siglos se fueron. Contra los duros vientos —fríos simunes, gélidos tifones—. Bajo las lumbres cegadas: ¿Canopus? ¿Sirios? ¿Anónimos Universos? Sobre las sendas sordas.

Así es. Si. Viandante. Pero poco. Y continúa en su monólogo el muy pánfilo Bogislaus Estilita. Qué Palemones!: Y ésta sonrisa para quién? Barrunta mi soledad, que en ésa faz se posa, quizá de mármol —como fría y tersa—, talvez de fuego —como ardiente y rosa—. Mas se recata imbele y cejijunta y en la prisión original inmersa.

Y vaya alguien a saber que pretendía decir el amigo. El amigo, siempre de Soliloquio en Soliloquio, siempre en vacuo monólogo —no nada hamletiano, Bogislaus—. Hosco siempre, además, Bogislaus von Griphius. Aspero siempre. Soñador sempiterno, empero. O sin empero. Y todello le viene de casta. Pero no es tan orate como lo pinta el inefable Beremundo, ni como lo caricaturizan Palamedes y Baruch, que sí saben hacerlo. Ni como lo caricaturizan

otros y otras que lo ignoran. Otros mequetrefes papanos. Y otras tales o cuales. ¿Cuáles? Pero yo también suelo ser el acerbo y también soy el paria. Soy el paria. Y soy —en más— un poco más protervo. Ahora. Ahora. No así en la Villa de la Candelaria, antes, muy antes, cuando las mis primeras mocedades... Y... las verdades, para escandirlas y no para esconderlas, las necedades para escribirlas y no para leerlas, y para no decirlas (y mejor no tenerlas) ni las necesidades ni las vanidades. Pero todo esto último que estoy diciendo lo digo *entre comillas*, como que no es mío, que sacado es del TERCER LIBRO DE LOS PROVERBIOS Y VACIEDADES DEL PROTO MAGO SERAPIÓN. Tercer Libro traducido del copto al berebere por Sirg-el-Oel, y al español revertido —si no al bable— por el antípoda de aquél, de Sirg-el-Oel. Y no es un acertijo, que es anagrama y en uso por antaños de dos quintos de siglo, si en desuso hace marras y en la reserva. En la reserva más absoluta... Preguntádselo si no a Aldebarán o a Sirio pero en jamás a Algol, al diablo Algol, veleta de Perseo, que es farolillo sobremodo variable y veleidoso. O no lo preguntéis a nadie, a nadie, que es persona, que es persona no grata, que es persona indiscreta. Del TERCER LIBRO DE LOS PROVERBIOS E INANIDADES DEL PROTO MAGO SERAPIÓN, profundo Lulio Copto, se traerán algotros dellos y dellas, a colación. A colación, que es parva casi siempre. Parva como el con qué. Como el con qué

adquirirla. Serapión, el copto Ramón Lulio, floreció —que así dicese de oficio— en las postrimerías últimas del reinado del Preste Juan de las Indias. Créese que era descendiente —Serapión— y directo de Belkís, reina de Saba, y quizá —a juzgar por su númen— de David, y por obra de Salomón —a deducir por su sabiduría. Seguramente sí, de ellos, si consideramos, otrosí, su denodada afición a las Abisag, a las Bethsabé... Al eterno femenino que también de oficio, así dicese. Y quizá fuera, el propio Serapión, quien lo dijo el primero —claro que en copto—. Buenas noches.

27 X/55

Ver SECUENCIA DEL SOLITARIO (XIV - VII - IV - X - XIII - XII)
(en FÁRRAGO - OBRA POÉTICA, Volumen II).

LXXI

Otra vez hoy la Incógnita. Ni cuyo el nombre sé. Se venía en decir no ha mucho o decíamos ha poco. Decíamos...? Decía —es mejor— aqeste Meser Ene de Ene, que es sordo Bogislaus. Sordo, como no sea para la muy lauta música, para el canto de las sirenas y para ponerle oídos de mercader a todo lo demás. Y ciego, Bogislaus. Ciego, como no sea para otear lo poco que hay de ver, y para acertar a leer lo que va entre líneas y no entre comillas, y todavía sin lupa ni quevedos ni espejuelos ni antiparras. Y mudo, Bogislao. Mudo, como no sea para hablar solo o parolar consigo mismo *sotto-voce*, y a voz en cuello también, o con sus

corifeos, en su cubil, o para dialogar en sueños con Swedenborg y Paracelso y William Blake y sus otros Daimones; si damos en creerle a Beremundo. Sordo y ciego y mudo, Bogislaus. Cuando le conviene —y es obvio el comento—, O cuando no le conviene —que viene a ser lo mismo, si en sentido contrario—. Sordo y mudo...

Sordo y mudo su espíritu presencia la quieta soledad. Callados sones, —no para sí, que para sí la propia melodía jamás la voz silencio—, muy antes de nacer, en fértil copia, son ídos sones, canto sin sonidos: Fábrica, sin mercado, de canciones. Regalo nada más de sus oídos.

Y con qué poco se regalan. En calidad, digo... Estará enfilando ahora sus largos, sus cortos renglones. Sus renglones innumerables, Bogislaus. Largos, larguísimos de sobra, aún los cortos, y cortos, cuán cortos de sentido los unos y los largos. Creo. Y quizá —por qué no?— estará escribiendo, el muy retostado, en torno a la monotonía, que el llama placentera, de su anodino y sumamente lento vegetar, que también moteja él de abyecto y sórdido. Vario y contradictorio el espíritu del amigo y cofrade. Escribiendo sí ha de estar —nadie lo pone en duda si todos lo ponen en solfa—. Escribiendo y mucho, pero no para pretender hacer con ello y de ello —lo escrito—, tratado pétreo alguno y denso y hondo, ni siquiera somerísimo, de la más total plitud. Nada de ello, ni mas faltaba.

Ergo, menos aún la tal Monumental Garambaina, ni Laude ni Sistema, ni Exégesis analítica y ni caudalosa síntesis, con o sin colas de timbilimbas y de los consabidos embelecos y arrequives ornamentales de adehala y copete. Y sin glosario o lexicón ni escolios eruditísimos. Nada de eso. Que el nuestro Meser Bogislaus von Griphius en jamás ha sido, ni lo será nunca, el capaz ni de poner en orden sus ideas —de tenellas o de habellas tenido un día— ni de hacer ningún otro más o menos cartesiano DISCURSO DEL MÉTODO. DISCURSO DEL MÉTODO EN BROMA. En broma digo. Que en serio... En serio Meser Bogislaus... Ni hablar. No meneallo.

En serio, nuestro amigo y señor, solo malbaratar su vida, supo y sabe. Pero de burla en befa, al desgaire o en sarcástico jugueteo. Mas dejémosle en paz, que es lo único que él desea y lo solo a que aspira si tampoco lo solicita. Lo único que Meser Bogislaus está deseando desde cuando lo conocí. Apenas alboreaba. Hace... Desde que lo conocí en el kindergarten. Kindergarten? Kinder, si, como no, y es un decir, o puede serlo. Si es un mero decir, desdigamos entonces. En todo caso solo paz desea desde que lo conocí en la Escuela (y pública) de doña Concha, sita la escuela en el castizo CAMELLÓN DEL LLANO... Y eso fue dos años después de su retorno de él, de Bogislaus, a la Villa de la Candelaria de Aná del

Aburrá de San Ciro. —Sí, dos años de su regreso de Aguadas (la por entonces de don Estanislao, del *bandido* —que así le llamó ante mis oídos infantiles mi General Uribe Uribe). De Aguadas de neblina, entre Tarcará, Pácora, la Cuchilla, Pore, Pito, el Cañón de Purima y el torrentoso río de Arma. Conozco, entonces, a Meser Bogislaus, digo, desde el tiempo de los bancos o bancas y los pupitres, el tablero y el ábaco del equivalente antañón del kinder. Y desde entonces está deseando que se le deje en paz. En suma paz. En vera paz. En paz de hastío. Para así poder estar, cómodamente, siempre en guerra cruda consigo mismo; sin tregua, ni reposo, ni armisticio. Siempre a la greña consigo mismo. Manes del señor Capitán don Carlos Segismundo! Soy cansado epigón de su zahareña estirpe —digo—.

Y siempre hosco. Y áspero siempre como siempre sempiterno soñador, empero. Eso también como que ya lo dijo él mismo. Y lo ha dicho de diversa suerte y vario modo. Y así lo dijo una vez: De áspero asbesto y zarzas hueco mullo para albergar deseos irrestrictos e indiferente afán y displicente ambición. Y mi nada. El alto orgullo allí también asile y el ánimo insurgente: ¿pero dónde mis sueños derelictos?

Y quizá también se refería a sí mismo —si transponiendo acaso— y a su elato duro ser y a su señera idiosincracia de tan compleja simplicidad, esa ocasión en que salió con estas coplas o estanzuelas: Quieto en su sitio. La mareta en torno hez de resacas contra el hito rompa, mejor si con estrépito de trompa, escandecido verberar de horno y el lontano batir de la procela. Se desbarata la irisada pompa: quieta, en su sitio, erígese la stela.

Os imagináis a Bogislaus de Estilita? Bogislaus encaramado, trepado y sentado en la stela, y ni siquiera mirándose —gautámicamente— el ombligo.

Y quizá es posible tal vez que acaso también trate de lo mismo, en aquestas otras estancias o coplillas: Solo, gríseo obelisco milenario y erigido en las rútilas arenas que el sol retuesta y el simún azota. E indiferente y mudo. El solitario de mañana y de hoy. Empero, brota su labio aridecido arias serenas. Cantó. Desaforado vocerío contra sordos espacios impasibles. Treno dilacerante por la honda muda oquedad del ámbito vacío. Enlutecida nenia de inaudibles másculos sónes de inexhausto brío: Torvo silencio el eco a la redonda.

Y luego en transposición de otra índole ya no tan impasible ni antipatético: Contra los duros vientos. Bajo las lumbres cegadas. Sobre las sendas sordas. Viandante. Mas no otra vez sino ésa sólo vez viandante, esa única vez.

Nos narra allí mismo que Danzaron lo que tenían que danzar. Cantaron todo cuanto por cantar tenían. Las bocas besaron. Los brazos ciñeron. Los muslos ciñeron. Soñaron hasta donde sabían soñar. Emponzoñaron las que ponzoña habían. Y hace siglos se fueron. Contra los duros vientos —fríos simunes, gélidos tifones—. Bajo las lumbres cegadas. ¿Canopus? ¿Sirios? ¿Anónimos universos? Sobre las sendas sordas. Viandante.

Viandante, así es. Viandante. Si. Pero cuán poco.

Y continúa en su secuencia de monólogos el muy pánfilo Bogislaus Estilita. Qué Palemones!: Ahora se viene tan interrogante. Y a quien interrogará el amigo? Dice: Y ésta sonrisa para quién? Barrunta, mi soledad, que en esa faz se posa, quizá de mármol —como fría y tersa—, tal vez de fuego —como ardiente y rosa—: mas se recata imbele y cejjunta, y en la prisión original inmersa.

Y vaya o venga alguien a saber qué pretendía intentar decir el amigo. El lelo amigo, siempre de Soliloquio en Soliloquio, siempre en vacuo monólogo —no nada hamletiano— Bogislaus von Griphius. Tras zahareño, hosco siempre Bogislaus. Y señero. Aspero siempre. Soñador sempiterno, empero. O sin empero. Y todello le viene de casta. Pero no es tan desafortadamente orate como lo pinta el inefable Beremundo, como lo esculpe Ebenezer ni como lo caricaturizan Palamedes, Proclo y Baruch, aunque aquestos cinco sí saben hacerlo. Ni como lo caricaturizan otros y otras que lo ignoran y tampoco

saben el oficio. Otros, ellos sí mequetrefes papanos. Y otras unas y unas otras y tales o cuales. ¿Cuáles, Tales? Mas no lo dice el de Mileto. Pero yo también suelo ser el acerbo y también soy el paria. Pero no hermano de los canes. Soy el paria. Y soy —en más— un poco más protervo que meser Bogislaus. Un poco más protervo ahora. Ahora. No así en la Villa de la Candelaria, antes, muy antes, cuando las mis primeras mocedades...

Y... a otra cosa: Las Verdades, para escandirlas y no para esconderlas; las mocedades para dispendirlas y disfrutarlas y para gastarlas y gustarlas, no para sólo tenerlas y haberlas sin catarlas ni gozarlas. Las necedades a lo sumo para escribirlas y no para leerlas, ojalá para no decirlas (y mejor para no conocerlas y tenerlas para maldecirlas) y así las vanidades y las necesidades.

Pero todo esto último que estoy espetando, bueno es que sepades que lo digo *entre comillas*, como no es mío de en su integridad, pero ni en parte mínima y parvedad. No que no. Puesto que es sacado y traído casi que de los cabellos. Puesto que es extractado y dado al aire, del TERCER LIBRO DE LOS PROVERBIOS Y DE LAS INANIDADES Y DE LAS VACIEDADES DEL PROTO-MAGO SERAPIÓN APODADO EL BULULÚ. Y ese tal tercer libro se tiene traducido —mal, desde luego—, traducido del copto antiguo al berebere medio por Sirg-el-Oel —bardo ex-beduino— y revertido y trasladado —peor, no hay qué decirlo— al español, si no al bable,

pero nunca al lunfardo platense ni al galimatías. La versión al español está hecha y maltrecha por el antípoda de aquel bardo ex-beduino, es decir por el antípoda de Sirg-el Oél —berebere—. Y esto no es un acertijo. Que es apenas un simple anagrama ingenuo, el cual (como seudónimo) anduvo en uso y desgaste —para befa y loor— por los antaños de ha dos quintos de siglo. Sólo que en desuetud ogaño —hace sus marras ya— y en la reserva y con el *archívese* y *olvídese*, de rigor. En la reserva más absoluta. Y en el archivo más obsoleto. Y en el olvido más lato. Preguntádselo si no a Aldebarán, a Proción o a Sirio, pero en jamás se lo preguntéis a Algol, al diablo Algol, veleta de Perseo, que es farolillo desvergonzadamente variable y veleidozuelo, y es oráculo mendaz y falacioso. O no se lo preguntéis a nadie. Es lo más sabio. Lo más sagaz, lo más cómodo y lo más útil, como que evita la respuesta. No se lo preguntéis a Nadie. A nadie, que es persona. Que es persona indiscreta. Otrosí: que es persona no grata.

Del TERCER LIBRO DE LOS PROVERBIOS Y DE LAS VACIEDADES Y DE LAS INANIDADES DEL ARCHI-PROTO-MAGO SERAPIÓN NOMINADO EL BULULÚ (y no sé por qué); del TERCER LIBRO DE SERAPIÓN, profundo Lulio Copto, se traerán algotros dellos y varias, no pocas, dellas. Se anda en la faena de elegirlos y colegirlos

y aderezarlos. Se traerán, y se traerán a colación. A colación. A colación que es el conqué adquirirla. Serapión apellidado el Bululú y considerado como el Ramón Llull, copto, floreció —y es así como dicese de oficio— floreció en las postrimerías postreras del fabuloso reinado del mítico Preste Juan de las Indias. Quizá un poco después dellas, si no unos lustros antes. De Serapión el Bululú suele afirmarse —no se si a ciertas o si a imaginandas— que era descendiente y directo de la mirobolante y ternísima Belkis, reina de Saba y territorios adyacentes y visorreina de las ínsulas vecinas. Descendiente de Belkis y quizá —a juzgar por su de él— Serapión —numen y estrodescendiente también del virtuoso arpista David. Descendiente de Belkis, y por obra de Salomón-ben-David —a deducir por su sabiduría—. La sabiduría de Serapión el Bululú. Seguramente si, descendiente déllos, el copto Serapión. Y así creerlo copto. De David y Belkis —por obra de Salomón— y de los incógnitos y las incógnitas de cuyos nombres no se guarda memoria. De David y de Salomón si, incuestionablemente si consideramos —otrosí— la denodada afición de aquellos a las Abisag, a las Bethsabé, a las Belkis o Makédas y a las innúmeras innominadas, y si tenemos en cuenta la denodada afición —siglos después— de Serapión el Bululú, por el *eterno femenino* (que también, y de oficio, dicese así). Y quizá fuera el propio y mismo Serapión el bululú

quien lo dijo primero de ese jaez. Claro que lo dijo en copto. Y en el copto antiguo en que escribiera sus LIBROS DE PROVERBIOS Y DE VACIEDADES Y DE INANIDADES. De ellos no se conoce sino el Tercero.

Hay que tornar a Bogislaus von Griphius. Ya será para otra vez, que se hizo tarde. Buenas noches, Incógnita quimbaya morena. Por gracia de la Noche desolada yace ahora mi espíritu en reposo. Como es en balde, no deseo nada. Definitiva, definitivamente desdeño. Para cerrar con naderías de Bogislaus von Griphius, gerifalte en receso, búdico azor, alcotán en reposo. Halcón siempre latente y tan campante, morena del Quindío. Tú, que venías de los sueños a ser el huésped de mi ínsula: si otras llegaron, cómo es que tú no llegas?

3 XI 1955

Ver SECUENCIA DEL SOLITARIO (IV - VII - XII - XIII - XIV - XXII)
(en FÁRRAGO - OBRA POÉTICA, Volumen II).

LXXII

Podría argumentarse que con lo que alguna vez sobró, si mediano, aún si bueno, aunque óptimo, jamás se completó lo que faltara, así fuera —para esto— bastante material de harta poca valía, material secundario o de relleno. Con lo que mal-sobra hoy, mucho menos podría completarse cosa, que cada vez falta más, hasta de lo malo y cada vez sobra menos, y hasta de lo

peor. Y no lo dice un *quídam* de los ínfimos, un *eneene* de los mínimos y ni uno de los máximos pasmarotes. Lo dice. Pero... Lo otro, de que se hablaba, ocurrió quizá cierta porción de años, no determinada, después de las postrimerías penúltimas o últimas y epilogales del fabuloso reinado del mítico Preste Juan de las Indias, si ello no acaeciera contados lustros antes. Y no hay dato preciso. Ni tampoco aproximado. Todo asaz vago como pasa con lo evidentemente verídico. En cuanto a nuestro sujeto el copto... De Serapión Tercero, el Bululú, suele afirmarse, con énfasis, por los enterados, no sé yo si a ciertas verísimas o si a meras imaginandas de las de ficción, vero o inverosímiles —que era él epigono y descendiente y en línea directa— muy saneada genealógicamente (magüer trancos, saltos y lagunas) de muy clara stirpe eminentísima. Descendiente de la muy mirobolante, corusca y sumamente fogosa, combusta no obstante incombustible, y ternísima Belkis, la reina de Saba y de los territorios limítrofes, sus dominios, y las colonias aledañas, y la viso-reina de las adyacentes penínsulas y de las ínsulas próximas vecinas y de otras ínsulas lueñes. Descendiente de Belkis, Serapión Tercero. Y hasta este punto y mojón, no hay disputa ni aceptable debate, discusión ni polémica. Y es muy posible, bastante probable y quizá seguro, también —a juzgar por el rútilo estro, el ponderoso númen y el buído estilo de Serapión— que fuera aquéste el lontano

chozno del virtuosísimo arpista David y más virtuoso todavía hondero antigoliático. Descendiente, entonces, de Belkis, el copto Serapión, y de un su hijo de ella, concebido por sumo deleite y obra de Salomón-ben-David (y esto lo confirma otrosí la probada sabiduría suya, de Serapión Tercero: con ello sólo, por mera deducción, es tenible por exacto lo antedicho. La fulgurante sabiduría de Serapión Tercero, el Bululú. Seguro entonces, tras de posible y de probable, si —casi— que él era el descendiente y epigono de ellos, el Copto proto-mago Serapión, apotegmático ducho y mucho. Y de Bethsabé, la ex-de-Urías, por obra de David. Y de Belkis, la ex-de-equis, por obra de Salomón. Y sigue la línea sucesiva, y no tan sinuosa -si con tropezones, vacíos y lagunas por obras y delicias (puede que transitorias) de una secuencia polisecular de incógnitas y de incógnitos, de cuyos nombres y otras gracias (de ellas) no se guarda memoria alguna. O se la conserva muy oculta. Y la culpa será de la amnésica Clio. Y de los desalumbrados Suetonios de esa Zona. Pero lo del perilustre abolorio serapiónico, de David y de Bethsabé y de Salomón y de Belkis, si es irrefutable, incuestionable, incontroverso y verdad redonda de a puño. No es música celestial. Celestial música de las esferas... Y si nos damos, redundando, a considerar —otrosí— la tan decidida adhesión de los sus lejanos como salaces abuelos, por las Abisag y las

Bethsabé y las Sunamitas y por las Belkis o Makedas y por las demás, innúmeras, innominadas amigas, favoritas, privadas y comblezas suyas (de aquéllos), y si, luego, tenemos y tomamos en cuenta la impertérrita afición, asimismo adhesiva —y siglos después—, de Serapión Tercero el Bululú, por las sus, de él, carísimas ellas donosas, por el sabroso y áspero *eterno femenino* (que también, y de oficio dicese así) pues... Pues, más claro ni las propias SOLEDADES de don Luis de Argote y Góngora. Y quizá no fuera extremado afirmar que el mismo Serapión Tercero el Bululú fué el primero en hablar del *eterno femenino*, llamarlo así, con ese cuño y de ese jaez. Sólo —y claro— que lo dijo en copto. Y en el copto antiquísimo (que ya era anticuado) en que escribiera sus tratados de Alta y Baja Cabalística, su Arte Cisoria, su Flor de la Cetrería y sus Libros de Proverbios y de vaciedades y de Inanidades, nuestro Autor y Sujeto Serapión Tercero el Bululú. De aquellos Tratados, Arte y Florilegio, no se conoce nada todavía. Entre nosotros, digo, que no entre los bereberes y númeras que los tienen por clásicos. De los otros libros —y de Proverbios— no se sabe sino del tercero y mas por alusiones que por el real conocimiento, de mano a mano y de ojo con foja. El tercer libro, el traducido, ya en tercer grado, del berebere de su siglo de oro, al español de ogaño, apenas básico. Aunque no tanto... Bien. Empero, ha de tornarse ahora a Meser Bogislaus von

Griphius, Capelmaestre in-partibus, apenas capiscol y tan sochantre el cantero. Así se posponga —con ello— la espetación de algunos, ya anunciados, de los Proverbios del copto Serapión. Aquel otro nos dice (y lo está repitiendo hace lustros): Por gracia de la noche desolada, por gracia de la noche desalada, yace ahora el espíritu en reposo. Como es en balde, no desea nada.

Definitiva, definitivamente desdeñoso... Y se dá, entonces, Bogislao, a dizque analizar la Monotonía ahora plácida, si no tan placentera, de su tozudo vegetar de Paria. De Paria epónimo. A dizque analizar, escoliar, desmenuzar, desintegrar, para integrar y definir su terco perdurar de Solitario Absoluto, de Solitario de Sola Soledad, y el su intento de evadirse y escapar de toda ambiente contingencia convencional ambiente, y hasta de su íntima algia lancinante. (Para no —así— caer en lo patético ni en lo morbosamente elegíaco. Sin que esto obste —que no le empece— para que de tal, de elegíaco si no morbos, le ande motejando el mal definidor y apodador de Beremundo). (Resérvome —para más tarde, si es del caso— referirme a otros motes, de ellos hipocorísticos, que endilganle a Bogislao otros más desconsiderados, desmedidos y descomedidos amigos suyos dél —que no míos— usufructuarios de vocabularios quizá vernáculos en demasía y de léxicos de muy subido color quevediano y rablesiano: que también

galiparlan). Todo lo cual no inmuta ni descontrola a Meser Bogislaus von Griphius, inaccesible (no sólo al vulpino intelecto, como de Abel Farina decía Roberto Jaramillo), inaccesible, en su serenidad filosófica, como cumplido caballero estoico que es; aquilatada condición —ésta— que le sirve de tranca y talanquera, de Torre de Marfil —o de Tonel de Diógenes— y de infranqueable, impermeable piel de abada o de hipopótamo, y de caparazón de tartaruga y de qué carey! (O, qué caray...!) Como no se le hable a Bogislaus —cuando está en soledad, principalmente— como no se le hable y son de flaco elogio, de sus poemillas y de sus cancioncillas y demás sones y sonsones... Y más si —como es lo corriente y frecuente— quienes de ello le parlan son sus desconocidos y desconocedores. Y más desconocedores de si vale o no vale lo que loan, todavía después de que lo leyeran... Lo más ocurente es que sólo hanlo oído comentar al paso. Y hasta ahí todo más o menos tolerable. Como no se le sienten a la vera, en su mesilla. Ama Bogislaus su soberana libertad de aburrirse solo o con sus cuatro o cuatro y medio amigos. Y detesta, abomina, el que se intente entrevistarle (será entreverle), reportearle o hacerle —es intento mero, y vano— emitir opiniones, conceptos y dictámenes. El, Bogislaus, que se expresa tanto, solo, todo, por medio de sus disparatadas cacografías. Por medio de su disparatorio, su vehículo ritmado

y rimado en veces. Léanse aquéllos —dice— por quien desée hallar respuestas a sus cuestionarios. Lo que no trate en su disparatoria, será que lo tiene para no echarlo a los vientos o lo tiene en reserva para extraversiones futuras. Todo esto lo sé yo —Bajo el Signo de Leo— por mera intuición y malicia —es cierto—. Pero lo sé, y —así mismo el no ignora que lo sé. Quien sí lo ignora —y a cabalidad, como todo lo que desconoce— es el turulato de Beremundo, viajero por las nubes —si mal nefelibato—, registrado en la matrícula del Limbo, huésped ora de Babia si futuro residente —huésped a perpetuidad— del más empingorotado Manicomio de los Orates de la Bobería. Ignora a cabalidad —Beremundo— a Bogislaus von Griphius, que es (al lado de Sergio Stepánovich Stepansky) el prototipo de la cordura. El prototipo par. Y el más agudo funámbulo del equilibrio mental, de la ponderación sensoria, de la eutrapelia, del juicio sano, del buen sentido, de la parafernalia manida, del descuidado atuendo y de la formalidad. Es hasta muy formal también, con el significado que se da a la voz entre el Arma, hacia el norte, el Magdalena y el Cauca, hasta su juntamiento —de aquestos dos— en Tacaloa o en las del Guamal-*ad-libitum*. Es tan sumamente modoso y formal, Bogislaus, como desabrochado, desgalahernado, bruscote y neurótico, Beremundo. Por eso serán tan amigotes, punto y contrapunto.

Se le disculpa, a Beremundo, por su avanzada memez, su prolongada supervivencia, y su bobalicona folía mansueta. Otro de los nominados otros yóes en olvido y leteo, casi tan descaecido como Beremundo, es Guillaume de Lorges. Otro harto descaecido es el Acontista. Aqueste cofrade había desaparecido. Digo, desaparecido de la circulación. Y tras de aquella su sonada crisis sensual y espiritual —cuando Xatlí— que aterrizó o se eterizó en que campo de misantropía lauto y luctuoso, Guillaume de Lorges irrumpió ha poco, asaz maltrecho, en notorio descalabro físico y en decadencia, colapso y coma metafísicos. Si todo nervio, y en trance de recuperación: que es el Fénix de los Ingenios... Parece que estuvo recientemente con François de Montcorbier, con François Villon, en la compañía de John Erskine, quizá desandando el camino o deshaciendo los pasos, como dicen. Estuvieron —créese— esquiando por sobre *las nieves de antaño* y abocándose al buen pico parisino, si para la parla, si para el besuqueo. *Il ni a bon bec que de Paris*. Fantasía! Que hay muy ricas bocas por acá! Y parece que viéronse y parolaron con Charles d'Orléans, el cautivo de Azincourt *luengos lustros preso* y comprobaron que el tiempo ya dejaría su manto de invierno, de frío y de lluvia... Se vieron y parlaron con el Duque en Blois, con Guy Tabarie y Montigny y con el preboste de Estouteville, en Paris, cerca de Pontoise particularmente con la incógnita Marguerite, con la

prebostesa Ambroise el primer amor de Villon —cálida ambrosía— y con Louise de Grigny, su amor postrero. Claro que viéronse también ellos y hablaron con Catalina y con la obesa Margot. Supónese —entre sus más íntimos— que cuando repóngase, ya tratará de ello y en infolio de mucha enjundia. Si se recupera y resurge de su descaecimiento y su torpor, el Acontista. Tiene harto nervio y no es tan viejo Guillaume de Lorges. Y para lucir como luce! Aunque cuentan que nació un año después de que Juana de Arco, la buena lorena, fuera ardida —*in quella pira*—, ardida viva, por el pirómano Cauchon —el bien apellidado— (con perdón de aquellos a quienes no hay que arrojarles margaritas perlas).

Y yo —si Bajo el Signo de Leo— soy casi tan solitario como Bogislaus von Griphius. Pero, ¿no lo he sido toda la vida, que ya va larga? Y más solo aún desde cuando mañana ya serán once años, don Luis que empezamos a estar más solos, después de Olaf. Verdad, Leticia? (El resto vale menos)

10 XI 1955

Hay los siguientes manuscritos: a) Podría argumentarse que con lo que alguna vez sobró, aunque bueno, jamás se completaría lo que faltara entonces, así fuera material de poca valía, material secundario o de relleno. Con lo que mal-sobra hoy, mucho menos, que cadavez falta más aún de lo malo y cada vez sobra menos, aún de lo peor. Y no lo dice un quídam de los ínfimos...

Lo otro, de que se hablaba, ocurrió quizá ciertos años, no determinados, después de las postrimerías últimas y epilogales del fabuloso reinado del mítico Preste Juan de las Indias, si no acaeciera unos lustros antes, y no hay dato preciso ni aproximado. De Serapión 3º, el Bululú suele afirmarse, con énfasis —no sé si a ciertas verísimas o si a meras imaginandas de ficción vero o inverosímiles— que era epigono y descendiente y en línea directa muy saneada genealógicamente (magüer trancos y lagunas) de la muy mirobolante, harto corusca y sumamente fogosa, combusta y ternísima Belkis, la reina de Saba, de los territorios sus dominios limítrofes aledaños, y la viso-reina de las adyacentes penínsulas y de las ínsulas próximas vecinas y de otras ínsulas lueñes. Descendiente Belkis, Serapión 3º. Y hasta aquí no hay disputa ni debate, polémica ni discusión. Y es muy posible, bastante probable y quizá seguro —a juzgar por el estro, el númen y el estilo de Serapión— que fuera aquéste el lontano chozno del virtuosísimo arpista David y más virtuoso hondero antigoliático. Descendiente, entonces, de Belkis, Serapión, y de un hijo della, concebido por obra y deleite de Salomón-ben-David (a deducir también por la probada sabiduría suya, de Serapión 3º). La fulgurante sabiduría de Serapión 3º, el Bululú. Seguro, entonces, tras de posible y probable, sí —casi—, que él era descendiente de ellos, el copto protomago Serapión, apotegmático ducho y mucho. Y de Bethsabé la ex-de-Urías, por obra de David. Y de Belkis, la ex-de-equis, por obra de Salomón. Y sigue la línea sucesiva —si con tropezones, vacíos y lagunas— por obras y delicias —puede que transitorias— de una secuencia polisecular de incógnitos e incógnitas, de cuyos nombres y otras gracias (de ellas) no se guarda memoria alguna. Y la culpa es de la amnésica Clio. Y de los Suetonios de esa zona. Pero lo del ilustre abolorio serapiónico de David y de Bethsabé y de Salomón y de Belkis si es irrefutable, incuestionable, incontroverso y verdad redonda de a puño. Y si nos damos a considerar —otrosí— la tan denodada afición de los sus lontanos como salaces abuelos por las Abisag y las Bethsabé y por las Belkis o Makedas y por las demás innúmeras, innominadas amigas, privadas, favoritas y comblezas

suyas (de aquellos), y, si, luego, tenemos y tomamos en cuenta la impertérrita afición —siglos después— de Serapión 3º, el Bululú, por las sus carísimas ellas, por el sabroso eterno *femenino* (que también, y de oficio, dicese así) pues... más claro ni las Soledades de don Luis de Góngora y Argote. Y quizá fuera el propio y mismo Serapión 3º el Bululú quien primero habló del eterno femenino con ese cuño y de ése jaez. Sólo —y claro— que lo dijo en copto. Y en el copto antiquísimo (ya era anticuado) en que escribiera sus Tratados de Alta y Baja Cabalística y sus Libros de Proverbios y de Vaciedades y de Inanidades, nuestro Autor y Sujeto. De aquellos Tratados no se conoce nada todavía. Entre nosotros, que no entre los bereberes y númeridas. De aquéstos otros, no se sabe sino del tercer libro y por alusiones más que por real conocimiento. El tercer libro, el traducido, ya en tercer grado, del berebere de su siglo de oro, al español de ogaño, apenas básico. Aunque no tanto...

Pero ha de tornarse ahora a Meser Bogislaus von Griphius, capelmaestre apenas capistol y tan sochantre. Así, con ello, se posponga la espetación de algunos, ya anunciados, de los Proverbios de Serapión. Aquel otro nos dice (y lo está diciendo hace lustros): Por gracia de la noche desolada yace ahora el espíritu en reposo. Como es en balde, no desea nada.

Definitiva, definitivamente desdeñoso... Y se dá entonces, Bogislaus, a dizque analizar la Monotonía ahora plácida, si no tan placentera, de su vegetar de Paria. De Epónimo Paria. A dizque analizar, escoliar, desmenuzar y definir su perdurar de Solitario Absoluto, de Solitario de Sola Soledad, y el su evadirse y escapar de toda ambiente contingencia convencional ambiente y de la su íntima algia lancinante. (Para no —así— caer en lo patético ni en lo morbosamente elegíaco. Sin que esto obste para que de tal, de elegíaco, si no morbos, le ande motejando el definidor de Beremundo). (Resérvome —para más tarde, si es del caso— otros motes que endilganle a Bogislaus otros más desconsiderados,

desmedidos y descomedidos amigotes suyos, usufructuarios de un vocabulario quizá vernáculo en demasía y de un léxico de muy subido color quevedesco y rablesiano: que también galiparlan). Todo lo cual no inmuta ni descontrola a Meser Bogislaus von Griphius, inaccesible en su serenidad filosófica, como cumplido estoico que es, aquilatada condición, ésta, que le sirve de Torre de Marfil —o de Tonel de Diógenes— y de infranqueable piel de hipopótamo o de abada, y de caparazón de tartaruga y de qué carey! o qué caray... Como no se le hable a Bogislaus, y en son de elogio, de sus poemillas y cancioncillas y demás sones. Y más si quienes de ello le hablan son sus desconocidos y los desconocedores de si vale o si no vale lo que elogian, todavía después de que las hayan leído, que en veces solamente han oído comentarlas al paso.

7 XI 1955

b) Claro obvio, que es más sabio el silencio y actitud más discreta. Y el nada hacer tarea más fecunda. Y el desaparecer, mejor ejemplo. Pero vivir, no es dejación, ni es vegetar función de espíritus pugnaces. Si no vale la pena, sí vale el gusto, el gesto, vale sí el malgastar más que el celar, vale más engendrar naderías que almacenar en el almácigo yerto, catalogados cultivos inertes. Si para fichas de Museo. Si como fórmulas abstractas. Vivir es duro. Vivir es grato y duro contra la corriente. No es vivir el yacer en prematuro decúbito supino espiritual: siempre sobre el decúbito dorsal —actantes una y uno— en lo sensorio y en los mentales ejercicios. Todos los verbos, para los conjugar. Para los sustanciar, todos los sustantivos. Todos los tiempos son el tiempo presente. Todos los tiempos pasados, pretéritos pluscuamimperfectísimos, para no memorar, para olvidar, para abolir. Y todo tiempo futuro fué mejor, será mejor, es mejor si se suma al presente. Todo tiempo es presente, mientras llega el morir, que llega de improviso: y así no cuenta. El nada hacer tarea sumamente filosófica. Pero es mejor hacer o deshacer. El silencio, actitud muy discreta y la más sabia. Pero es mejor vocear, vociferar, poblar todos los ecos, colmar de resonantes ecos todas las caracolas. Y el nada-hacer es el estólido

farniente que opera en *itálicas*. Y el desaparecer? Para ello hay tiempo oportuno. Tiempo perdido, que no cuenta, que no es de controlar. Otra cosa es el tiempo que vive en nuestros brazos y en nuestras mentes y en nuestros sexos y corazones. El desaparecer? Así se desaparece como se aparece. No es función volitiva, ni acción que se controle. Que te parecen Bogislaus von Griphius, aquestos dislocados metafisiqueos patafisicos? Duro, acerbo estar solo. Grande, elato, ser solo. Ser el paria que a nadie importa; el paria ser a quien no importa nadie.

10 XI 1955 (incompleto)

c) Con lo que alguna vez sobró jamás se completara lo que entonces faltó. Con lo que mal-sobra hoy, mucho menos, que cada vez falta más y sobra menos. Lo otro ocurría quizá años después de las postrimerías últimas del fabuloso reinado del mítico Preste Juan de las Indias, si no unos lustros antes. De Serapión 1º el Bululú suele afirmarse con énfasis —no sé si a ciertas verisimas o si a meras imaginandas de ficción vero o inverosímiles— que era descendiente, y en línea directa muy saneada genealógicamente, de la mirobolante, corusca y ternísima Belkís. reina de Saba, de los territorios sus dominios limítrofes, y visoreina de las adyacentes penínsulas y de las Insulas próximas vecinas. Descendiente de Belkís. Y hasta aquí no hay discusión. Y es muy posible, quizá seguro —a juzgar por el estro y el numen de serapión— que fuera el lontano chozno del virtuoso arpista David y más virtuoso hondero. Descendiente entonces de Belkís y de un su hijo concebido por obra y deleite de Salomón-ben-David, a deducir por la probada sabiduría suya, de Serapión. La fulgurante sabiduría de Serapión 1º el Bululú. Seguro casi, entonces, sí que era descendiente dellos, el copto proto mago Serapión apotegmático. De Bethsabé, por obra de David. De Belkís, por obra de Salomón. Y sigue la línea sucesiva por obra de una secuencia polisecular de incógnitos e ni cógnitos, de cuyos nombres y otras gracias no se guarda memoria alguna. Y la culpa es de la amnésica Clío. Pero lo del abolorio de David y Bethsabé y de Salomón y Belkís si es incuestionable, incontrovertible y verdad de

a puño. Y si consideramos —otrosí— la denodada afición de los
lontanos abuelos por las Abisag y las Bethsabé, y por las Belkís
o Makedas y a las innúmeras innominadas amigas, favoritas
y comblezas suyas, y si, luego, tenemos en cuenta la impertérrita
afición —siglos después— de Serapión 1º el Bululú, por las sus ellas,
por el eterno femenino (que también, y de oficio, dicese así).
Y quizá fuera el propio y mismo Serapión el Bululú quien primero
lo dijo de ese jaez. Claro que lo dijo

10 XI 1955 (incompleto)

d) Con lo que alguna vez sobró, jamás se completó lo que faltaba.
Con lo que mal sobra hoy, mucho menos, que cada vez falta más.
Lo otro pasaba quizá un poco después de las postrimerías postreras
del fabuloso reinado del mítico Preste Juan de las Indias, si no unos
lustros antes. De Serapión el Bululú suele afirmarse —no sé a ciertas
verisimas o si a meras imaginandas de ficción— que era descendiente
y en directa línea muy saneada genealógicamente de la mirobolante
y ternísima Belkís, reina de Saba, de los territorios limítrofes y visoreina
de las adyacentes Insulas y Penínsulas vecinas. Descendiente
de Belkís. Y quizá —a juzgar por los de Serapión estro y númen—
era lontano nieto del virtuoso arpista David el hondero.
Descendiente de Belkís. De un hijo suyo concebido por obra
y deleite de Salomón-ben-Daúd, a deducir por su probada sabiduría.
La fulgurante sabiduría de Serapión el Bululú. Seguro —entonces—
si, descendiente dellos, el copto proto-mago Serapión apotegmático.
De Bethsabé, por obra de David. De Belkís por obra de Salomón.
Y sigue la línea por obra de secuencia polisecular de incógnitos
e incógnitas, cuyos nombres y otras gracias no los guarda memoria
alguna, y la culpa es de la amnésica Clío. El abolorio de David
y de Salomón si es incuestionable.

10 XI 1955 (incompleto)

LXXIII

Se venía relatando —a lo que infiero, por vago recuerdo muy impreciso—, que Meser Guillaume de Lorges irrumpió nuevamente ha poco, tras de ausencia asaz larga, de innumerables lunas llenas. Irrumpió visiblemente maltrecho, desmejorado, caduco, claudicante y descaecido, hasta cojitranco; en muy notorio descalabro físico. Notoriamente en cuasi absoluta inopia de lo numulario —la su inopia muy dignamente llevada, eso sí—; y en suma decadencia, colapso y coma metafísicos. Empero, con toda su lucidez mental, que no es de las más opacas. E irrumpió —además— todo nervio y todo imbuído de nietzscheana voluntad de poder y —a las vistas— en fragante trance de recuperación. Que es Guillaume de Lorges, si no el otro Fénix, el Fénix sí de los Ingenuos testarudos y pugnaces... Por lo visto si tampoco ha perdido su fresca ingenuidad, menos aún el buen humor, doblado de socarrona bonhomía y terciado un tris de sarcasmo buído, que no injurioso. Parece que estuvo recientemente, hasta ha poco menos que nada, en andanzas y vagabundeo con François de Montcorbier —con François Villon— en compañía de John Erskine. Tal vez, quizás, acaso, desandando las mismas rutas que ya recorriera en algo tra de sus juventudes... Deshaciendo los pasos, como suele decirse. Y estuvieron ellos —créese— esquiando

por sobre las duras *nieves de antaño*, y —de fijo— abocándose otra vez —y cuántas plurales dulces veces!— al buen pico parisino. Excelente pico, si para la parla, óptimo pico, si para el jugoso besuqueo. *II n'est bon bec que de Paris!* Verdad, Villon? Y fantasía también, Villon! Que hay también muy ricos picos, muy ricas bocas por acá! Y por acullá. Y aquende y allende el Sequana. *II n'est bon bec que de Paris?* Se tiene, otrosí, por seguro que viéronse y entre-viéronse y entre-tuviéronse y que dialogaron con donaire cortesano y sumo ingenio donoso y gracioso estilo, con Charles d'Orléans, el cautivo prisionero de Azincourt, en Inglaterra *luengos lustros preso*. Comprobaron con él, y con él saborearon, en su rondel, aquello de que *el tiempo dejó ya su manto de invierno, de frío y de lluvia, y se vistió ya de bordados, de sol luciente, claro y bello...* Se vieron, pues, con el señor Duque, en Blois, en su Castillo, y con Guy Tabane y con René de Montigny y con el Preboste d'Estouteville por los caminos y atajos y ya en Paris, cerca de Pontoise. Particularmente interesantes y de muy grato regusto y saboreo fueron las entrevistas dellos con la dama incógnita y de elevada alcurnia, Marguerite; con Ambroise —la Prebostesa— cálida ambrosía y el primer amor de Villon, —y con Louise de Grigny, su amor postrero, y su más prístino amor—. Claro y hasta obvio que viéronse ellos, también, con Catalina y con la Gorda Margot, y que con ellas

departieron, verbearon, se abrevaron, y quizá conjugaron amar y afines y sucedáneos verbos muy sustantivos. Supónese, —entre los más íntimos confidentes amigos de Guillaume de Lorges, llamado en veces el Acontista y flechador de nubes—; supónese —dicen ellos— que, cuando recupérese del todo y repóngase en plenitud, ya tratará él de todo ello —de sus andanzas y del deshacer de pasos, con Villon y Montcorbier (ya sin John Erskine). Y tratará de ello en folios magnos de mucha enjundia y ciencia exegetica, y con detalle y minucia de sumo entretenimiento, y de no poca doctrina y de si harto contenido monitorio. Si se recupera en total cabalidad Guillaume de Lorges y si resurge plenamente, Fénix de su descaecimiento y de su torpor el nombrado Acontista famoso. Tiene él harto nervio aún, y no es, él, tan viejo, para lucir como luce —a pesar de maltrecho—. El, flechador de nubes, cuya profesión —como sábese— era, antaño, la de hacer disparos al aire, como cazador de las nébulas y de las nebulosas errantes. No es tan viejo —Guillaume— aunque cuentan y recuentan que nació un año después —como el propio Villon—, un año después de que Juana de Arco —la buena lorenese— fuera quemada viva, *in quella pira*, fuera ardida por aquése piromaníaco de Cauchon —el bien apellidado— (con perdón de esotros cerdos a quienes tampoco hay que arrojarles margaritas perlas) (y con perdón del Jabalí de Heliconia). Pero yo

y Palinuro pésimo piloto —si Bajo el Signo de Leo— soy casi tan neo solitario y tan neo paria como Bogislaus von Griphius, del que se estaba hablando antes de la digresión Guillaume delorgiana.

Del largo paréntesis en pos del Acontista, cuyo relato escribió Gaspar de la Noche para el cuarto mamotreto, si señor don Gaspar: Yo, señor, soy acontista. Mi profesión es hacer disparos al aire. Todavía no habré descendido la primera nube. Mas, la delicia está en curvar el arco y en suponer la flecha donde la clava el ojo. Yo, señor, soy acontista. Azores y neblíes, gerifaltes, tagres, sacres, alcotanes, halcones, acudid a la voz del acontista. Y enderecemos nuestras garras a la conquista de las nubes, volubles como los corazones... y —cual los corazones— inmutables. Yo, señor, soy acontista. También he sido juglar en los mesones. Revendedor de bulas. Tañedor de laúd. Y tragador de fuego y engullidor de sables. Y bufón en las ferias. Damas de los castillos a catar diéronme frutos de acendrada virtud: noches de bendición! Otras noches fueron bien miserables. Yo, señor, soy acontista...

Y por lo oído, precursor de Beremundo el Lelo el de los innumerables oficios y mesteres.

Yo, señor, soy acontista. También me he entretenido en cosas serias: conocí al asno de Buridán y al propio Buridán, que estuvo en la Tour de Nesle (alguna vez fuí con él, pero me devolví de la poterna) y vi ahorcar en Montfaucon a Messire Enguerrand de Marigny. Poco en letras leí... Mas sí he bebido buenos vinos, paladeado vianda tierna, y comido del mejor pan. Yo, señor, soy acontista. Mi profesión es hacer disparos al aire. ¿Todavía no habré descendido la primera nube...? También soy jugador de dados y

tengo mis ribetes de asesino. Presumo haber —en lontana ocasión— hurtándome los vasos sagrados de ya no sé que iglesia, abadía o convento. (Creo que han sido mías varias esposas de Jesús, cuyos votos de castidad y su amor al esposo divino fueron plumas al viento y golondrinas migratorias que soltaron su vuelo desde la Cruz...) Azores y neblías, gerifaltes, tagres, sacres, alfaneques, halcones: acudid a la voz del acontista! Y enderecemos nuestras garras y nuestros picos a la conquista de las nubes, volubles como los corazones... y —cual los corazones— siempre iguales. Yo, señor, soy Acontista. También resulto un poco lento y un mucho largo en las mis relaciones... Juzgo que hay caso de fantasía en mi rapsodia: pero, ni yo soy Tácito, ni aquestos son ANALES... Tampoco he de cantar la palinodia ni de irrumpir en monótonos trenos! Yo, señor, soy acontista. Nada más. Nada menos. Y tengo sueño y tengo sed, señor. Salud! Y abur! Señor, abur! Y hasta otra vista.

Pues sí señor, se despidió Guillaume de Lorges de esa guisa, esa vez. Y fué. Reaparece ahora bastante desmejorado y machucho muy mucho. Ya llegaremos a él, de nuevo, y se estudiará su caso, con todo detalle y minucia. Como se analizará pelo a pelo el de Bogislaus el neo-solitario y el neo-Paria. ¿Pero no lo ha sido él y no lo he sido yo, Paria y Solitario, toda la vida, toda la vida de entrambos, que ya va larga? Y más Parias y Solitarios aún desde y como y cuando y que... Que no se diga todavía. Temprano todavía para nunca decirlo. Para decir es tarde lo que jamás se dijo.

Tornemos antes a doña Laura quien, como doña Blanca, está en Sidonia y en mi bolsa ni un centí (gongorino). Tornemos a doña Laura y a doña Rosa de los Vientos, doña Brújula, siempre esdrújula, que está en la bitácora. Está en Sidonia doña Laura Isaura y en cura de reposo, plan de atrición y contrición, mas sin muy decidido propósito de enmienda, ni en trance de gorjeares palinódicos. Y a fuero de brújula, metida en la bitácora, la Rosa de los Vientos, doña Rosa, la doña Rosa de todos los Rumbos...

Y ellas vienen, pero yo no las hago caso, no! Unas se acercan con paso dormido como en el sueño, cuando el sueño huyó. Otras con paso de danza, medido... Las unas son rubias, las otras morenas, y aquéas de un vago matiz sin color —¿oro de Tiziano? ¿castaño de Atenas?— Y unas son esbeltas y otras son de grávida plenitud madura de fruto en sazón, y esotra es trasunto de la Venus Avida... Y ellas vienen, pero yo no las hago caso. no! Unas se acercan con paso dormido como en el sueño, cuando el sueño huyó. Otras con paso de danza, medido... Y éstas son el Drama, y ésas la Tragedia —siempre en lo patético: gritos y furor!— y otras son los fríos sonetos de Heredia... Beatriz Portinari doquiera pulula, y Helena la helena son hora legión: con los ojos zarcos las mira mi gula... y ellas vienen, pero yo no las hago caso, no! Unas se acercan con paso dormido como en el sueño, cuando el sueño huyó. Otras con paso de danza, medido... Y éstas son Cordelia y aquellas Xantipa, y otras son Aspasia —si de similar—; las demás... Rosana y Antonia y Felipa... Y unas son amantes y otras que se dejan amar, por el gusto solo del amor... Y hay unas que ríen y otras que se quejan... y ellas vienen, pero yo no las hago caso, no! Unas se acercan con paso dormido como en el sueño, cuando el sueño huyó.

Otras con paso de danza, medido... Aquéllas, de puras frentes cogitantes y labios severos, pálidas de unción: la vida, a su sombra, son ritmos sedantes... Y éstas, cuyos ojos son lujuria viva!: las bocas, voraces, caníbales son! ¡Danzan cual danzaría Salomé lasciva! Y ellas vienen, pero yo no las hago caso, no! (Y ellas vienen... ¿pero yo no las hago caso, no?)

Ni ñanga! como seguramente diría Ñito de Concordia.

Palpitar azorado de alas en el vacío, de esa guisa los vanos anhelos. (Nadie sabrá la insidia ponzoñosa que oculta aleve la sonrisa plácida, ni el átomo de hiél que hay en la miel, ni el ardite de genio tras de la bonhomía). Canta, canta alma mía bajo los sordos cielos tu concertado desvarío! Palpitar azorado de alas en el vacío, de esa guisa los vagos anhelos. Pañuelos enlutados, murciélagos, revuelan los anhelos azorados. Canta y con ello y con tu risa rompas los ceños de obsidiana! (Y canta, y cantan trémulos oboes entre la gravedad de chelos y de trompas una melada melodía debussiana, aire y donaire, dorada luz y ojeras decadentes. Rezongan los fagotes como ventrudos sacerdotes un coro angelical de sones inocentes, un coro angelical de Palestrina: sobre ellos la dorada melodía atenuada...)

17 XI 1955

El manuscrito continuaba así: Murciélagos, pañuelos enlutados, revuelan los anhelos azorados. (Canta la viola sola su queja masculina. Canta la viola encinta de pasión inconfesa. Canta el chelo: en su flébil melodía se pasea la flauta). Cánta, cánta alma mía! Palpitar azorado de alas en el vacío, de esa guisa los vagos anhelos. (canta ahora la férvida contralto: *mon enfant, ma soeur* —música de Duparc, par de ellos mismos versos de Baudelaire, cerebro y sangre—, *mon enfant, ma soeur songe a la douceur d'aller là-bas vivre ensemble!* Torna a cantar la férvida contralto:

là, tout n'est qu'ordre et baeuté, luxe, calme et volupté... —música de Duparc, par de los mismos versos de Baudelaire, cerebro y sangre—). Palpitar azorado de alas en el vacío, de esa guisa los vagos anhelos. (Nadie sabrá la insidia ponzoñosa de oculta aleve la plácida sonrisa, ni el odio que se escuda tras la risa joyosa, ni el dolor tras los dientes de la risa, ni el átomo de hiel que hay en la miel, ni el ardite de genio tras de la bonhomía). Cánta, cánta alma mía! Sacúde al aire el tirso loco y el cascabel de tu befa! Cánta, cánta alma mía bajo los sordos cielos tu concertado desvarío! ¡Alas en el vacío! ¡Murciélagos, pañuelos enlutados revuelan los anhelos azorados!

Doña Blanca está en Sidonia y en mi bolsa ni un centí decía don Luis de Góngora. Igual estamos Bajo el Signo de Leo: también sin un centí en caja y con doña Laura en Sidonia y con la Rosa de los Vientos, de brújula, metida en la bitácora! Aquí, o en Pácora

Ver RELATO DE GUILLAUME DE LORGES - PRELUDIO EN RE MAYOR - ESQUICIO Nº 2 (VI) (en VARIACIONES ALREDOR DE NADA y LIBRO DE SIGNOS - OBRA POÉTICA, Volúmenes II y I).

Hay el siguiente manuscrito, también fechado el 17 XI 1955: Se venía relatando que Guillaume de Lorges irrumpió ha poco, asaz maltrecho, desmejorado, caduco, claudicante y descaecido, en notorio descalabro físico, visiblemente en inopia —si dignamente llevada— y en decadencia, colapso y coma metafísicos. Con toda su lucidez mental, eso sí. Y si todo nervio y nietzscheana voluntad de poder y en flagrante trance de recuperación: que es Guillaume de Lorges, si no lo otro, sí el Fénix de los Ingenuos... Tampoco ha perdido su fresca ingenuidad ni el buen humor, doblado de bonhomía y un tris terciado de sarcasmo buído. Parece que estuvo recientemente en andanzas con François de Montcorbier, con François Villon, en compañía de John Erskine. Tal vez, quizás desandando el mismo que ya recorriera en una de sus juventudes. Deshaciendo los pasos, como suele decirse. Y estuvieron —créese—

esquiando por sobre las nieves de antaño y abocándose otra vez —y cuántas dulces veces!— al buen pico parisino. Buen pico si para la parla, óptimo pico, si para el besuqueo. *Il n'est bon bec que de Paris!* Verdad, Villon! Y fantasía, Villon! Que hay también muy ricas bocas por acá! Y por acullá: aquende y allende el Sequana... Se tiene por seguro que viéronse y que dialogaron con gracia cortesana y sumo ingenio y donairoso estilo con Charles d'Orléans, el cautivo de Azincourt y en Inglaterra *luengos lustros preso*. Comprobaron y saborearon con él en su rondel aquello de que *el tiempo dejó ya su manto de invierno, de frío y de lluvia y se vistiera de bordados, de sol luciente, claro y bello...* Se vieron y dialogaron con el señor Duque, en Blois, en el castillo, y con Guy Tabarie y con Montigny y con el Preboste d'Estouteville, ya en Paris, cerca de Pontoise. Particularmente interesantes y de muy grato regusto y saboreo fueron las entrevistas con la incógnita dama y de alta alcurnia, Marguerite, con la prebostesa Ambroise —cálida ambrosía y el primer amor de Villon— y con Louise de Grigny, su amor postrero y más prístino amor. Claro que viéronse también ellos con Catalina y con la Gruesa Margot y con ellas departieron, verbearon y quizá conjugaron amar y afines y sucedáneos verbos. Supónese —entre los más íntimos amigos de Guillaume de Lorges, llamado también el Acontista flechador de nubes. Supónese —dicen ellos— que cuando recupérese y repóngase, ya tratará de ello —de sus andanzas y deshacer de pasos con Villon y Montcorbier, y tratarálo en infolios de mucha enjundia y con detalle y minucia de sumo entretenimiento y de no poca doctrina y de harto contenido monitorio. Si se recupera Guillaume de Lorges y resurge de su descaecimiento y de su torpor el nombrado Acontista. Tiene harto nervio aún y no es tan viejo para lucir como luce el flechador de nubes, cuya profesión —como sábase— era la de hacer disparos al aire como cazador de las nébulas y de las nebulosas errantes. No es tan viejo, aunque cuentan que nació un año después —y así Villon— un año después de que Juana de Arco —la buena lorenese— fuera ardida —*in quella pira*— ardida viva por ese pirómano de Cauchón —el bien apellidado (con perdón

de aquellos a quienes no hay que arrojarles margaritas perlas, que también son cerdos). Pero yo —si *Bajo el Signo de Leo*— soy casi tan neo solitario y tan neo paria como Bogislaus von Griphius, del que se hablaba antes de la digresión guillaumedeloryiana? Bogislaus el neo Solitario y el neo Paria. Pero no lo ha sido él y no lo he sido yo, Paria y Solitario, toda la vida, toda la vida —de entrambos— que ya vá larga? Y más solos y parias aún desde y como y cuando y que... Y no se diga aún. Temprano es todavía para nunca decirlo. Para decir es tarde lo que jamás se dijo. Tornemos antes a doña Laura que como doña Blanca, está en Sidonia y en mi bolsa ni un centí —gongorino— y a doña Rosa de los Vientos, doña Brújula, que siempre está en la bitácora. Está en Sidonia doña Laura Isaura y en cura de reposo, plan de atrición y contrición, mas sin propósito de enmienda ni en trance de gorjeares palinódicos. Y a fuer de brújula, metida en la bitácora, la Rosa de los Vientos, la doña Rosa de todos los Rumbos.

LXXIV

A la vuelta de toda esquina, en todo rincón, en todo recoveco y encrucijada y en frente a las mesillas de la tasca. Tasca, dicen, por Bar, algunos crucigramatistas. A la vuelta de toda esquina tópase uno con Eloy y con Helí. Y también por donde salta la liebre. Y también por donde más se cogita. Y Ménikin? A ella si se la vé por mes de abril gayo y ledó. Y ayer también. Y un poquitín como sigue ahora, así debió continuar para llegar al fin y hasta la coda, cuando advino la salida por la tangente, muy venturosa. Circunstancia activa que se interpuso por pasiva, entonces. Y venturosa para los audientes posibles de esa oportunidad. Y para

el otro paciente: el de la cabina. Así debió continuar: Palpitar azorado de alas en el vacío. Palpitar azorado de alas en el vacío: de ésa guisa los vagos anhelos. (Nadie sabrá la insidia ponzoñosa que oculta a leve plácida sonrisa, ni el odio que se escuda tras la risa joyosa, ni el dolor tras los dientes de la risa; ni el átomo de hiél que hay en la miel, ni el ardite de genio tras de la bonhomía). Cánta, cánta, alma mía, bajo los sordos cielos, tu concertado desvarío. Alas! Alas en el vacío! Murciélagos —pañuelos enlutados— revuelan los anhelos azorados!

Doña Blanca está en Sidonia, y en mi bolsa ni un centí decía antaño para su caso y para sí, don Luis de Argote y Góngora. En parecida pero hasta en peor situación se está —igualmente— y en equipo, Bajo el Signo de Leo, malhadado. También por acá y en cofradía sin un centí —sin blanca— en la escarcela, y con Madona Laura Isaura por Sidonia. Y —para colmo— la doña Rosa de los Vientos metida en la bitácora (a fuero de brújula). Tal cosa, aunque esdrújula, es grave y es aguda. Y, para contera del colmo, se está con la Incógnita y sin la Incógnita... Que la Incógnita, no obstante ser (a ojo de buen cubero) hartó despabilada, es Incógnita no despejada aún —¡y tan despejadilla la taimada, al parecer!: no despejada todavía la Incógnita. Y —en más, ha lunas de lunas, en eclipse, ojalá parcial—. Pero ayer vi a Ménikin Abrileña Augural, de ojos de aguamarina, húmidos labios... Palpitar azorado de alas en el vacío: de esa guisa los vagos anhelos. Qué Venus Gnidia!

Los vagos anhelos: que para los anhelos otros, prácticos, determinados y concretos no está el humor de hoy muy decidido, ni lo estuvo en jamás de nunca. Ni habría para qué ni que decir en torno y relación dellos, porque, si fácilmente accesibles, aprehensibles, en iteradas veces y con sincronizada isómera frecuencia, no fueran, no serían ni menos son flor de la maravilla, ni de un sortilegio bastante a mover, a conmover la galbana hasta el punto de empeñarse en lograr lo anhelado tan posible como en verdad inanhelable. Ni una ambición por acá, diminuta ni grande, que ello se queda para Eloy y para Helí.

Nada aflora en los llecos, nada florece en los saharas, en las áridas tundras, en el escéptico duro yermo corazón: El otro decía: alegría! Yo insisto cantando, con voz opacada: nada. El otro decía: melancolía! No cambio mi tonada: nada. Aquellos viven en un sueño pequeño. Estos viven en el más zurdo absurdo. Como un Buda —en la pagoda muda y desnuda, inmóvil— yace la ciencia toda quieta y callada: nada! Y en dónde está el Deseo que domeñó como gañán bravío? Y en dónde la Algazara y el Tumulto y el Estruendo? ¿En dónde está el Deseo? El silencio fruncía los labios con el gesto ritual: el gesto eterno. Y en dónde está la antañera Pujanza, la Fuerza erguida, el Desprecio magnífico? Hoy la abulia, la acidia, la ataraxia... Nada aflora en los llecos, nada florece en los sájaras, en las áridas tundras ni en las estepas ni en las dunas, en el escéptico, duro, yermo corazón.

Todo ése batiburrillo de suso, claro es que ya lo había proclamado así o en términos más o menos afines o equivalentes, Maese Ebenezer-ben-Soleimán -ben-David-ben-Abraham-ben-Noe, el Adón de los Adones de nuestro tiempo. Lo transcribo apenas, y es versión de Palamedes Enobarbo... Y... a interrogar la Esfinge iré. A interrogar la Esfinge interior. Será en medio a la Noche sin Fe, será en medio a la Noche sin Amor. A interrogar la Esfinge una vez me dí, a interrogar la Esfinge, mi Esfinge interior. Fue en medio a la noche: y esa vez oí (fue en medio a la noche) voces de dolor. Palabras llenas de misterio sombrío e inerte, palabras llenas de misterio, de misterio y muerte. Palabras llenas de misterio esa vez oyó, palabras llenas de misterio y muerte, mi Yo... Palabras llenas de misterio inerte... De misterio y muerte!

Eso les pasa a todos aquellos a quienes les dé por interrogar Esfinges y acudir a Oráculos. Y más si el interrogatorio lo enderezan a la Esfinge interior. Yo, por mi, como si la mi Esfinge y los mis Oráculos estuviesen con los antípodas o con los antecos y los periecos. O de vacaciones en Sirio.

Doscientos once gritos en la esquivia floresta oí. ¿Doscientos doce? ¿Doscientos trece gritos? Por lo demás, silencios inauditos... ¿Fueron gritos de rabia sorda? ¿Gritos de la bausánica protesta? Yo que voy a saber, Apolodoro! La señera alma mía arbitraria, sufrirá con aquesta borreguil algarada? Lo dudo: desdenes exquisitos. Sin olvidar que *cuando flautas pitos...* La Luna —era la Noche—, la Luna, dulce Vesta, yo la adoré —Pierrot—, y en sus urlares dejando a los bombásticos multisonoros y vulgares... Con el ardid del narigón Cyrano, rítmicamente y ágil, —Banville!—,

hasta el lontano farol, de un brinco fui... Y escuchábase el coro de gritos: se me finge —y es ripio— se me finge —y es cuña— se me finge la tonta caravana riendo de la Esfinge.

Dále otra vez con la Esfinge, Palamedes Enobarbo! Por meterse a dárseles de Esfinge le pasó tal. Y entiendo que y el *narigón* Cyrano no es alusión al poeta Ciro Mendía: que, cuando aquesto ocurría no se conocían aún, cara a cara, Mendía y Palamedes. Cara a cara. Y qué par de caras! (como para otro par de sellos!) (para ocultarlos con el máximo sigilo) —Los sellos, digo: que las caras si son de alquilar balcón para verlas y admirarlas, y de alquilarlas para asustar niños tontos y niñas tontas ni tan niñas de mis ojos ni nada tontuelas sino tan tunantuelas ora en noviembre como en abril gayo y ledó..., o en el aciago octubre poesco. Aciago para el cazador de efímeros arreboles, así como para el más rapaz sacre o milano pirata de los mátalas-callando. Ventrán —quíeralo Machín— ventrán mejores noches tras peores días para el iluso cinegético flechador de crepúsculos de poco momento. Desalumbrado aconteista de quien habló por estos días, hace noches, Bogislaus von Griphius, en términos poco menos que asaz peyorativos, descomedidos y denigrantes. A lo que parece, resulta que andan ahora a la greña los forzados huéspedes del Cubil del Búho, y habitáculo sede de la Cofradía de los JOPECONES. Y creo que ha de ser por culpa de algún

otro honesto Yago o de Eloy o de Helí, y en torneo homenaje de cierta beldad demónica, no en modo alguno véneta beldad Desdemónica. Que la causante de la lid y rija y lío jopecónico, no es precisamente ni rubia, ni de Venecia, ni tan cándida inerte como para dejarse engatuzar con un mero pañizuelo de batista. Que todos los camaradas JOPECONES, antaño enófilos emeritísimos, bebedores famados, bébense ahora los vientos por una coruscante Hurí, sobrina carnal de Eloy que no de Helí... A la cual Hurí bellísima le cantan todos ellos, uno a uno, a cuál más compungido, la CANCIÓN DE TESSA. Empero, ella no prefiere a ninguno de ellos, sus galanes, y anda ahora por Sidonia, a la vera de doña Laura Isaura, con la Rosa de los Vientos, y las tres en la búsqueda de la renuente Incógnita. Como otro en busca de la Venus Gnidia. Y ayer...

Pero ya viene ahora el momento de la TROVA DEL CAZADOR DE EFÍMEROS ARREBOLES, trovada muchas otras veces en paralelas semejantes circunstancias. Y desde los tiempos del bienaventurado don Opas. ¿Y la trova? Si no la trovaran en Venecia itálica, si la trovaron en Bolombolo, su corregimiento.

La trova suena así: Es ésta entonces la ávida vida abierta a todos los insólitos vientos del Azar, a todos los sólitos vientos pregustados? ¿Es ésta? ¿Y aquí pensé encallar? ¿Aquí pensé afincar el ancla? ¿Y, por siempre, fijar la vagabunda nao? —Para, con la ánima despierta, y en el tufo salino y en los vientos insólitos, desaforados, turbulentos, (con el sutil oído, con la aguda nariz —unánimes acólitos—) captar, captar, captar la ciencia del fugado mar?— ¿Es ésta, es ésta ánima mía, corazón mío, espíritu mío, —sitibundos—, corazón mío, espíritu mío, —errantes—, frenéticos, vagabundos, vaga-mundos desalados, es ésta, es ésta entonces la ávida vida, soberana de toda la cosa terrena y de la sideral y de lo que ideó el ensueño? La ávida vida abierta como los fijos ojos horadantes y como los oídos —caracoles profundos— y el penseroso ceño, y la frente, —campana: y la frente —campana— para albergar los aladíneos despojos de las piraterías y los asaltos inverecundos: los sables de abordaje —azules— de sangre rojos; los labios —rojos— azules de mares y mundos; los dedos enjoyados de acariciar la hembra (en cuyos lientos, madorosos, musgosos refugios perfumados descubrieron maravillosos Eldorados y de abenuz y múrice deleitables portentos...) ...¿Es ésta? ¿Es ésta? ¿Y aquí pensé encallar?

Y si no lo sabe quien lo pregunta, qué voy a saberlo yo? Y no lo sé, en verdad, mas conjeturo que aunque no lo pensó, si encalló por aquestos andurriales, en aquestos bajíos y encallado está, de por vida, y asaz encallecido de mollera, y en callado silencio... por ventura. Y ayer tarde apareció la Venus Gnidia: húmidos labios, ojos de aguamarina.

24 XI 1955

Ver PRELUDIO EN RE MAYOR - EL SOLITARIO (23-19)
 - TROVA DEL CAZADOR DE EFÍMEROS ARREBOLES (en LIBRO DE SIGNOS
 y VARIACIONES ALREDEDOR DE NADA - OBRA POÉTICA, Volúmenes I y II).

Hay el siguiente manuscrito: A la vuelta de toda esquina tópose uno con Helí... y en frente a las mesillas de la tasca. Dicen así por bar ciertos crucigramistas. Y un poquitín como sigue así debió continuar para llegar al fin y coda, cuando advino la salida venturosa por la tangente que se interpuso por pasiva —entonces—. Y venturosa para audientes de esa oportunidad.

Palpitar azorado de alas en el vacío: de esa guisa los vagos anhelos. (Nadie sabrá la insidia ponzoñosa que oculta aleve plácida sonrisa, ni el odio que se escuda tras la risa joyosa, ni el dolor tras los dientes de la risa; ni el átomo de hiel que hay en la miel, ni el ardite de genio tras de la bonhomía). Cánta, cánta alma mía, bajo los sordos cielos tu concertado desvarío!

Doña Blanca está en Sidonia y en mi alma ni un centí decía para su caso don Luis de Argote y Góngora. En parecida pero hasta en peor situación se está —igualmente— Bajo el Signo de Leo Malhadado. También por acá sin un centí —sin blanca— en la escarcela, y con Madona Laura Isaura en Sidonia y —para colmo— con la Rosa de los Vientos metida en la bitácora (a fuero de brújula). Y, para contero del colmo, con la Incógnita y sin la Incógnita... Que la Incógnita, no obstante ser hartito despabilada, es Incógnita no despejada aún —¡y tan despejadilla la taimada!—: no despejada todavía la Incógnita y —en más, ha lunes— en eclipse. Palpitar azorado de alas en el vacío: de esa guisa los vagos anhelos. Que para los otros anhelos, determinados y concretos, no está el humor muy decidido. Ni habría que decir nada en torno dellos, pues, si fácilmente accesibles en iteradas veces, no serían, no serían flor de la maravilla, ni de un sortilegio bastante a mover la galbana hasta empeñarse en lograr lo anhelado tan posible. Ni una ambición diminuta ni grande, que ello se queda para Helí. Nada aflora en los llecos, en las áridas

tundras, en el escéptico yermo corazón. Todo esto ya lo había proclamado así, Ebenezer-ben-Soleiman-ben-Daúd, el Adón de los Adones.

Y, a interrogar la Esfinge iré. A interrogar la Esfinge interior. Será en medio a la noche sin fé, será en medio a la Noche sin Amor. A interrogar la Esfinge una vez me dí, a interrogar la Esfinge, mi Esfinge interior. Fué en medio a la noche y esa vez oí (fué en medio a la noche) voces de dolor. Palabras llenas de misterio sombrío e inerte, palabras llenas de misterio, de misterio y muerte. Palabras llenas de misterio esa vez oyó, palabras llenas de misterio y muerte, mi Yo... Palabras llenas de misterio inerte... De Misterio y Muerte!

Eso le pasa a todo a quien le dé por interrogar Esfinges. Y más si es a su Esfinge interior. Yo, por mí, como si mi Esfinge estuviera en los antípodas o con los antecos y los periecos.

Doscientos once gritos en la esquivia floresta oí. ¿Doscientos doce? ¿Doscientos trece gritos? Por lo demás, silencios inauditos... ¿Fueron gritos de rabia sorda? ¿Gritos de la bausánica protesta? La señora alma mía arbitraria, sufrirá con aquesta borreguil algarada?

LXXV

Si —claro que en claro. Pero, si no tan sumamente en claro como sería mejor —y lógico de la lógica aceptada y de recibo— por lo menos, sí, clarete apenas, serio no tanto y serio ma scherzando también los clarores... Si no está la Magda, la Magdalena para tafetanes ni Juan para más diáfanos engendros de pseudo-Apocalipsis, y el bardo sin estro ni para

tan claras SOLEDADES si no de las preclaras gongorinas, motejadas (a obscuras, por escasos de luces) de superlativamente entenebridadas —que no tenebrosas—. Ya nos iremos —Leo— desenredando, ya nos iremos —Matías— entendiendo, que, cuando más se dilata la comprensión, también tarda más en evanescerse lo así dificultosamente captado y capturado en toda su plena cabalidad o en toda su cabal plenitud (a voluntad del perplejo escogitante balaámico). Y así como no son todas por faz tampoco son todas por nefas, y no siempre se juega con las negras, y la misma tábula de los escaques se pinta arlequinada vestidura. Y no todo es el Día hórrido, que ocurre también la Noche y lauta en veces: de cobre aquél, si aquesta de azabache, con aladares de platino —antelucanos— Y aún taracean lumbradas de estío los otoños ya en lindes hibernales. Y todavía obra el fermento en los añejos odres para leudar los mostos de cosechas logradas en ya empobrecidas laderas, desjugadas en apariencia. Y aún vive Maxa. Y todavía a aqueste *Qüídam todo, todo le da lo mismo. Todo, todo le cabe en el diminuto hórrido abismo donde se anudan, serpertinos, los sesos.* Y hay campo aún y de abrigo, en el lacerado ileso corazón bandolero para las Ulalumes, las Orianas y las Dalilas rapa-intonsos. Todavía hay sol en las bardas y hay bardas aún para poder con los rayos febeos. Y aunque cree Mallarmé que la carne es triste. Magüer triste la carne está pronta y es el espíritu el que

en ocasiones se resiste —pero poco—. Se resiste, de escarmentado o de escéptico o de suspicaz. Ingenuo y pueril ya, ahora vejancón Anacreonte ya... sin el cabello gris dariano —en fuga—, con la calva rósea mas sin la panza rotunda inverecunda de Falstaff ni su tamaña tontería ni sus trápalas suscitadoras de las befantes bromas de las sus comadres. Todavía... Todavía soliloquia asina Beremundo, en su perenne monólogo. Y soliloquia ahora en voz alta (sin que se dé cuenta, sin percatarse el tan lelo como vaniloco pasmarote en su verborragia y bableo —función de mecánico automatismo ni subconsciente); sin ni pseudas hilación ni hilvanado su drolático discurrir sin discurso o su verbeo que no discurre. Mordecai! dijo en éstas Beremundo: cuando pareció enterarse de que yo le escuchaba —divertido y sonriente— su galimatías-catarata, su cantinflado alud.

Pronto le pasó el susto, empero y entonces fué peor, porque dió en leer, con su desapacible vozacha: Y es PRELUDIO: He forjado (yo Beremundo) he forjado mi nueva arquitectura de vocablos (un día diré el secreto sibilamente porque nadie capte el sentido recóndito de su forma) clara, cerebral, pura. Núbiles, ágiles danzarinas babilonias y de Ecbatana, son —desde el trágico triángulo rizoso que es el lustral perfume de su rito— arrítmica y rítmica ronda, el germen de la Arquitectura todavía: la rítmica y ponderada; la turbulenta y la descabalada y la arrítmica; por el total contacto de antítesis polares —ártica si cerébrea, antártica si pura—; y allí se fundan o se disgreguen, dormiten tácitas, o en el perenne grito rompan

las sordas orejas de la gansada innominable, o rómpase el grito perenne contra el acantilado, ante lo sordo fatal e infinito, así rómpese la excelsitud del homenaje frente a la inusitada Arquitectura que forjó mi capricho mordicante, riënte, metafísico, matemático, abstruso, para callados regocijos e inebriantes placeres radiosos: de entraña tibia y pura, de forma pura y tibia, tallada en jades y pórfidos y en obsidianas y granito y corindón, y en cristales de ensueño y en sándalos y cedros de inefables aromas. He forjado (yo Beremundo) mi nueva arquitectura de vocablos (un día diré el secreto, sibilino, porque nadie capte su índole recóndita) clara, cerebral, pura.

Y tu dices que ahora ando locato. Ahora apenas. Y eso lo escribí hace más de un cuarto de siglo. Por modo que cantinfleo —precursor— desde antaño vetustísimo, caro Baruch, mi detractor de cabecera, mi zoilo arquílico dilecto. Baruch: Cóge, si puedes, esa melodía; cápta, si puedes, su perfume avaro. Noche y día vaga claro canto raro: ¿quién irá a castigar su libérrima herejía? (No oyes, dí, cómo grazna, Baruch, turbia ralea —del corral y el establo y zurda y fea— que no Orfeo des-asna mas sí Panurgo guía y madrinea?) (Oh tú, Pánsofo lerdo: divino Orfeo y terrenal Panurgo símbolos son que aporta mi recuerdo superficial, sin glosa y sin expurgo). (No oyes Baruch, cuál vozna, dí, pedernal jauría —hato, horda, plebe, clan de gañanía—, punta de canes que no Diana envía: ¡tal fuera sacro dón, diva limosna!) (No oyes, dí, la llovizna, Baruch? —y el corro, croa, de la sapesca tribu, laude o loa involuntaria, que de blanco tizna: zoilo así enlucia calcañar que roa—) (El corro, la llovizna pertinaz, zoilo lerdo, símbolos son —inhábiles, anoto— que en triada junto, y tráe mi recuerdo superficial, exégeta remoto). Saltarín, saltillante, ese pilluelo, de toda seriedad ágil se mofa: —ágil, de un vuelo, salta a la cofa sutil estrofa, salta a la cofa de nao libre por libres mar y cielo. Nada les

dice, nada les dice: ¿qué va a decirles ésa melodía? —Euridice noche y día cante y ría: ¿dónde Orfeo?—. Su bestiario, sordo y duro, rosas pise... Ora con malabares ilusorios, ya con bromas y burlas, tras un velo de abalorios, bajo el cielo a contrapelo ría y cante, cante y ría sus homéricos jolgorios.

Baruch, zoilo carísimo: Cóge, si puedes, esa melodía; cápta, si puedes, su perfume culto. Noche y día vaga inulto canto oculto: ¿quién irá a castigar su libérrima herejía?

Ni tú, Baruch, ni tú, ni nadie, ni nada.

Cité una vez —en epígrafe y de la RIMA DEL VIEJO MARINERO— ésto, de Samuel Taylor Coleridge: *Paso, como la noche, de tierra en tierra; tengo un extraño poder de discurso. Desde el momento en que veo su cara conozco al hombre que necesita oírme: a él mi cuento endilgo.*

Y tu eres hoy mi víctima, Baruch: Tú, ese y VOSOTROS: Oiga entonces. Oye, oíd palabras sin sentido conocido: las otras son tan huecas si sonoras (dice Mi Risa) como tambor de feria (añejo símil de Perogrullo: eso es lo verosímil). Las palabras profundas, salomónicas (torna a decir Mi Risa o Mi Sonrisa, subrayando) —tan profundas que no se toca fondo— (símil vetusto asaz, no nada gris, mas sí del buen Monsieur de la Palice...) esas son tan absurdas y tan cónicas como el mundo es redondo: —afirmación por la que no respondo—: cónicas, oiga; cónicas óye, cónicas y cómicas y burdas; zurdas, oíd; y absurdas como el escolio que a mis trovas urdas, zoilo pazguato inepto. Dice, hasta aquí, Baruch, Mi Risa o Mi Sonrisa. Oiga, entonces, óye, oíd, la que entre brumas voz se esquivo y se recata: el iris en el ópalo, la embriaguez en la vid, el diamante en la entraña del concepto (y allí el agudo tópalo),

la estatua en el cincel; y en las crines del arco o en el vientre del clave, la Sonata. Oiga, entonces, óye, oíd, ¡como improvisa el viento, en las jarcias y vergas y en las lonas de este barco, polífona Cantata! Oiga, entonces, óye, oíd palabras sin sentido (conocido): Lujuriosos vocablos purpúreos, flámulas, gallardetes, grímpolas, banderolas que cabrillean por los campos azúreos; signos que se retuercen (danzarinas de sensaciones); fantasías de vuelo de alciones; fantasías al ritmo ecuóreo de las greñudas olas; fantasías de nubes al viento (peregrino estentóreo): palabras sin sentido: grávidas de pensamiento. Palabras sin sentido... (por muy simple parece sibilina la palabra: por clara y cristalina). Oiga, y a nadie diga nada; oiga entonces; oye, oíd, sólo, sólo la voz sorda, la vaga voz amorfa,—fúnebres hopalandas, pesadas colgaduras—; la obscura voz insólita que taladra el silencio de la noche con graznido alelado; sólo, sólo, la voz vertical y nuda (donde no se relieván vulgares aristas ni se redondean períodos vacuos). Y en el mundo vacío y en el preñado mundo sibilino, se oye sólo la voz nuda, la voz sobria, la voz muda, la que dice palabras sin sentido conocido: palabras sin sentido traen lúares plateados y recónditos mensajes enigmáticos y absconditos, o sólo laberínticos y sabios, que balbucieron las estrellas con los ojos abiertos y los unidos labios...

Recuerdo ahora los húmidos labios de Venus Gnidia, Mánikin la de ojos de aguamarina... Pero todo es ayer, fué ayer, fué nunca: todo será mañana. Mañana es de cenizas, dice el ECLESIASTÉS. Ergo: hoy es de briznas de luceros y de aljófares de rocío y del próximo exálito tibio de la Venus gnidia, de la cipriota calipigia, de la Afrodita Dea, de la donnina de Pafos, nacidas todas ellas de las ondas iodadas en la concha de Eva salina, Anadiomena...

Y continúa impertérrito, imperturbable e inexorable, Beremundo, siempre en sus trece.

1 XII 1955

LXXVI

Y continuó impertérrito, imperturbable e inexorable, Beremundo, alud hecho verbo, parolera avalancha, siempre en sus trece: Quiero palabras: (¡palabras...! —es pequeña la ambición, siendo grande y zahareña—). Quiero palabras, palabras, para urdir una canción y para escandirla al són de mi zampoña. Con dúctiles palabras —pomas de sangre y de oro, pomas de carne transida al beso frío del espíritu sobrio, pomas de carne incendiada al penetrante roce caricioso—, con dúctiles palabras —sólo— Xeherazada a Aladino forjóle un máximo tesoro, y de ello hace mil noches y una noche, —estando corto: de otro tesoro más grande nadie dice, cuerdo ni loco. Quiero palabras: palabras!, para urdir una canción... Y con palabras ágiles —pomas de sangre y espíritu, pomas de aromas sutiles que danzan en lánguido giro, pomas de músicas sabias que arrebatan y embelesan el sentido—, con ágiles palabras, hizo —Xeherazada la Aguda— un tesoro sin par para Aladino, y de ello hace mil años y otro año, si no otros tantos siglos: de otro más grande tesoro nadie cuenta —muerto ni vivo—. Quiero palabras: palabras! para urdir una canción. Con duras, finas palabras —rosas de luz, adamantes, sardónices y berilos, hefestitas, crisoprasas y granates—, rosas de luz, —peridotitos, ópalos, rubíes, jades—, con finas palabras, dále —Xeherazada a Aladino— amor, poderío, alcázares, y, de ello, ya no se infiere si horas o días o años o siglos o instantes, hace: de otro prodigio —tamaño— nadie, orsado ni tonto, nadie sabe. Quiero palabras: (¡palabras! —no es pequeña la ambición, sino grande y zahareña—) Quiero palabras, palabras, para urdir una canción y para escandirla al són de mi zampoña...

Hubiera seguramente continuado Beremundo el Infatigable, hubiera seguido imperturbable, impertérito, inexorable, en su galimatías-catarata, en su cantinflada secuencia de aludes. Y en ello estaría aún y per sécula. Por ventura en ese momento crucial irrumpió Meser Bogislaus von Griphius con su séquito de paniaguados otros-yoes y sosías y con su cáfila y cortejo de duendecillos y de elfos y gnomos soñantes, sonantes, resonantes altísonos. E hizo mutis, presuroso Beremundo. Beremundo, ahora enemistado en serio con Meser Bogislaus. Von Griphius llegó inquiriendo por Gustavus Hippisley, coronel al servicio de Simón Bolívar, y detractor del Libertador futuro en un libraco libelo suyo, motejado de calumniador e injurioso, publicado por Hippisley en Londres, en 1819, y luego traducido al francés. Llegó, entonces, Meser Bogislaus, a inquirir sobre el libelista. A preguntarle al didascálico don Ox, historiógrafo, siempre a la vera de Clio, en perenne coloquio. Llegó, pues, Meser von Griphius a averiguar, a informarse acerca dél, Hippisley, con el inefable mixtificador de Palamedes el Apocrifario, desaprensivo tabulante, muy en el truco opulento, si esculpido, su truco, en estuco, si tallado en el viento. Pero no estaban, en la sede, ni Palamedes ni don Ox. Por manera que tuvo que acudir a Guillaume de Lorges que ignora todo cuanto aconteciera en el mundo después de la Retirada de Rusia, que presenció

y en la que participó: que era comandante de un escuadrón de húsares, al cruzar el Niemen, rumbo a Moscou, y comandante de sí mismo —apenas— al regreso, al cruzar el Berezina. Así que Guillaume de Lorges, no le dió luces ningunas a Bogislaus —prevalido de su amnesia a partir de aquello—.

Díjole, sí: Y ahora, Bogislaus, métete en el silencio. El Silencio (con mayúscula) es el sabio de toda sabiduría. Es el omnisciente, Bogislaus, pan-babélico von Griphius. Y caigo apenas ahora en cuenta (desalumbrado sumo que me soy) de que todo aquesto puede ser resultante el principio, el origen de otra Historia. De una otra historia mirobolante, peregrina, fantástica, si de fantasía real. En apoyo de ello, recuerdo ahora o creo recordar que ayer noche soñé precisamente en esa historia, luego —eso sí— de que desvaneciérase una cierta horrrífica, pesadillesca serie de visiones, en la que presentáronseme —y en la yacija en mi cubil yacente—, presentáronseme teratológicos monstruos, creaturas engendros-gárgolas del medioevo nacidos de meollos bazofiales, de sub-simuladores propinantes de snóbicas ambrosías-hidromieles cuando no de otros filtros y pócimas aledaños, excipientes de la bombástica nadería, de la necedad truculenta, por suerte anodina. Soñé, presumo, creo, si no lo sé exactamente, en esa dicha historia, luego —imagino que poco después— de haber ingerido hasta

tres ánforas de Marsala, trasegadas para hacer que pasase el inmundo sabor y el peor regusto de la pesadillesca secuencia de visiones horribílicas, a la que se aludió un minuto y segundos atrás. La pesadilla de marras, la secuencia de pesadillas, la está poniendo en *terza rima* nuestro cofrade muy prolífico Meser Ebenezer – ben – Platón – ben – Mordecai – el -Alhelí (que no es compinche de Helí ningún). El cual cofrade Ebenezer sin ser otro Durante Alighieri, tampoco es comprobado papanatas sino que es un honesto vate, bardo adocenadillo muy de paso, acompasado, de modesto numen, pero muy enterado del desacreditado oficio. Por modo o manera que, si no tan así óptima como la *DIVINA COMEDIA* danteana, así de larga al menos si será la su (nada balzaciana) *COMEDIA HUMANA*, sitambién muy mordecaico Sainetón Bufo, bastante quevedesco, pero no nada monitorio, nunca monitorio ni jamás doctrinal ni ejemplarizante, ni mucho menos. Mera farsa de las más truculentas, con atisbos terríficos sí, pero puestos muy en solfa. Hay qué –arguye Ebenezer– escapar de lo melodramático, evadirse de lo macabro, salir por la tangencial de lo odilonredonesco ana-radclidfiano melmóthico.

Más claro, Ebenezer, ni un esperpento abstraccionista (sic) de cualesquierase meneadores majaderanos de la brocha obesa. Ebenezer, aunque en receso, si no a la moda, es barbicano cultor del ejercicio poético. Lo ejerce empero —y no aduce tal como disculpa— sólo para su propio regocijo y su regodeo propio: Narciso de su acusada feura. Diógenes sin Alejandro y sin tonel. Diógenes no cínico, ni cómico, ni tacónico, pero puritano tras de purista.

También pergeña cancioncillas en sus ocios, cuando incurre —exbardo romántico, discretamente idílico (por más que no imprime carácter el Almanaque de Cronos) e indiscretamente erótico (que se repite, y funcional, Anacreonte). Venías de tan lejos, que ya olvidé tu nombre! —En verdad, realísimamente, ya no sé cómo demonios se llamaron Alpha ni Beta, Gama ni Delta, ni la mínima Omicrón ni la máxima Omega. Se olvida todo, al cabo: no sólo el nombre. Se olvida hasta el olor de los cabellos, su virtuosismo de ejecutantes, el sabor de los más íntimos besos..., y el matiz y el fulgor de los ojos estrábicos cuando el éxtasis par sin par y la cadencia moribunda.

Gangosa rezonga bárbara charanga. ¡Dónde andará, que tan lasciva era, dónde, Omicrón, la diminuta enredadera..., ¿dónde Gama, la flápper pseudo gringa? Delta, la tañedora de siringa, la aulétrida sincera?

Gangosa rezonga bárbara charanga. Dónde abrevas tus sedes, Beta analfabeta? Dónde andarán Alpha y Omega? Quién será el que, ora, tanga, gozoso, en el pandero, percute en el adufe, pulse en las castañuelas?

Gangosa rezonga bárbara charanga. Mientras tal sucede se desvela el vate cerca al ventanuco —cuyas hojas bate ventarrón maluco—. Mientras tal sucede se desvela, al linde de la luz somera del velón, que rinde velada postrera. Gangosa rezonga bárbara charanga. Dáale a la vecina —lozana y picante, garbosa y ladina y harto maleante—, su novio, un gitano de la propia cepa, dáale a la vecina su novio, un gitano, gentil serenata; su novio, un gitano que con ágil mano sus balcones trepa, y a su guitarruca roncas notas rae de timbre bien feo pero que le peta (singular Romeo, singular Julieta), roncas notas rae que hasta el ventanuco del trovero trae —socarrón— el viento, trozándole al vate, trozándole el hilo de su pensamiento. Gangosa rezonga bárbara charanga. Lascivia trasuda la canción del rufo —de que la vecina sin dársele un ajo asaz se fascina... mas no se desnuda, como quiere el majo...; pero en el poeta sus garras atina, su dura manopla, furia venusina: tremante el asceta ya deja la copla que no se termina; descoge del gancho la capa nefanda, la pipa descoge y el chambergo ancho como la bufanda. Gangosa rezonga bárbara charanga. — La noche le acoge con el beso frío de su negra boca, y el vate apresura su paso tardío camino a la loca, trivial Dulcinea para la aventura. Para la aventura que le cirinea —fértil celestina— su lascivia cruda, túrpida, que enloda la armoniosa y fina cohorte de ensueños que entre sueños pule, que entre sueños muda, cambia y acomoda, que entre sueños teje para los trigales ojos de la Maga que demora en Thule. Qué tejemaneje! Desatinos tales! Música grotesca que entre bromas zumba! Turba y soldadesca! Villano jolgorio! Tediosa balumba del disparatorio! Gangosa rezonga bárbara charanga!

Razón tienes, Horacio. Nuestro don Gaspar de la Noche estaba tan orate como hoy hace ya treinta y un años de ley, cuando su DANZA IMPERTINENTE —*molto cantabile*— que acabamos de oír sonar. Buen Gaspar de la Noche, denodado cultor de la nonada, fautor de engendros anodinos, artífice de su ocio, degustador de su hastío señorial. Buen Gaspar de la Noche!

Venías de tan lejos, Ménikin, Venus Gnidia, venías de tan lejos... pero hoy te vi en mis ojos, pero hoy me vi en tus ojos de aguamarina y briznas del oro más obrizo. Como todas aquéllas cuyo nombre olvidé; Gama, Beta, Omicrón. Una vez te nombré mi reina mora. Alguna vez la mi noche morena. Te llamaba la soberana de mi feudo, la castellana de mi bicoca, de mi manoir, de mi estípite, de mi cubil, de mi torreta: la mi destartalada Torre de Marfil... Alguna vez te nombré mi Señora la Unica, —fui trovero romántico—, mi Señora la Unica de un único momento! Alguna vez te dije Margarita, Déborah, Cunegunda, Berenguela, Honorata. Alguna vez te llamé Altisidora o Isidora. Venías de tan lejos que ya olvidé tu nombre. Símbolo de la Noche, si dahlia sunnamita. Si leche y rubia miel, Preludio de la Aurora!

Como no le vuelva a dar a Gaspar von der Nacht por continuar su secuencia de VARIACIONES SOBRE UN TEMILLA PROPIO como le llama él a ese descuadernado centón de zurrapa pseudo poética...

Menos mal, Gaspar: cuando narra de Sergio. Las hojas del madroño o de la ceiba a cuya sombra adormeció su tedio secular —de regreso de Dabeiba, camino del Dabaibe—, Sergio Stepansky, el Eslavón Perdido, Sergio Stepansky, el bardo vate y medio, tañedor del fagot y el azumbaibe... Sergio Stepansky adormeció su tedio, su hastío, su fastidio, su spleen y su cansancio de la ceiba a la sombra. Vacilaba en si escancio o si no escancio: y escanció, para si y para Hadalombra, su comleza: Lía Hadalombra Sarah Calazando —en Dabeiba apellido ilustre y rancio, de prosapia y nobleza— ninfa silvana. Y en silvana alfombra, con Hadalombra, Sergio adormecía su tedio secular de ruso ex-blanco... Su tedio, su fastidio, su hastío... sin hablar de su pereza...

Buen Gaspar de la Noche! Buena noche Hadalombra y Venus Gnidia.

8 XII 1955

Ver SONATINA ALLA BREVE - SUITE DE DANZAS (VI) (en VARIACIONES ALREDEDOR DE NADA y LIBRO DE SIGNOS) - RELATO DE APOLODORO (en VELERO PARADÓJICO) - OBRA POÉTICA, Volúmenes II - I y III.

Hay el siguiente manuscrito: En apoyo de ello, ahora recuerdo que creo que anoche soñé en esa historia, luego de cierta horribil pesadillesca serie de visiones en la que presentáronseme en mi cubil teratológicos monstruos, creaturas-engendros de meollos bazofiales, de simuladores propinantes de snóbicas hidromieles cuando no de otros filtros aledaños, excipientes de la bombástica nadería. Soñé en

esa historia, luego, imagino que después de haber ingerido dos ánforas de Marsala para pasar el inmundo sabor y peor regusto de la pesadillesca visión horrrífica a que se aludió un minuto atrás. La pesadilla de marras la está poniendo en *terza rima* Ebenezer-ben-Mordecai-el-Alhelí, (no es compinche de Helí alguno); el cual Ebenezer, sin ser Durante Alighieri, tampoco es probado papanatas, sino que es un honesto vate, adocenadillo, pero muy enterado del oficio. Por manera que si no así de óptima como la DIVINA COMEDIA, así de larga si será la su nada balzaciana COMEDIA HUMANA pero si muy mordecaico Sainete Bufo, bastante quevedesco pero no monitorio ni doctrinal ni nada ejemplarizante. Mera farsa si con atisbos terríficos, pero puestos en solfa. Hay que escapar de lo melodramático, de lo macabro, de lo odilonredonesco, anaradclifiano melmothico. Más claro, ni un esperpento abstraccionista de cualquier meneador majaderano de la brocha. Ebenezer, aunque en receso, si no a la moda, es barbicano cultor del ejercicio poético: lo ejerce —empero— para su propio regocijo y su regodeo propio: Narciso de su acusada feura. Diógenes sin Alejandro y sin tonel. Diógenes no cínico, pero puritano. También pergeña cancioncillas, cuando ex-bardo romántico, discretamente idílico por más que no imprime carácter el almanaque de Cronos, y antes se repite —y funcional— Anacreonte. Venías de tan lejos, que ya olvidé tu nombre! En verdad, ya no sé cómo se llamaron Alpha ni Beta, Gama ni Delta ni la mínima Omicrón. Se olvida, no sólo el nombre: se olvida hasta el olor de sus cabellos y su virtuosismo de ejecutantes y el sabor de sus más íntimos besos... y el fulgor y el matiz de sus ojos estrábicos cuando el éxtasis par simpar y la cadencia moribunda. Gangosa rezonga, bárbara charanga. Dónde andará, que tan lasciva era, Xatlí, la diminuta enredadera..., dónde Aglaé, la flapper pseudo gringa? Dónde, la que abrevaba en la siringa, toda su sed, aulétrida sincera? Gangosa rezonga, bárbara charanga. Dónde andará? Quien es el que, ora, tanga, gozoso, en su pandero, percuta en el su adufe, choque sus castañuelas?

5 XII 1955 (manuscrito incompleto)

LXXVII

Háblese agora, magüer afónicos, háblese agora mesmo de cualquier cosa algo tra ni alguna. De cualesquiera esotros temas diversos, dispersos e intro o extraversos. O, si no, la consuetudinaria monserga, la sistemática sintomática sintemática barahúnda que parece mejor que habitual. Barahúnda pan-babélica y de lo más miscelánico a granel que pueda lograrse y de que téngase clara noticia. Sintomáticas ellas, la barahúnda y la monserga. Y de qué síntomas, Horacio. Y síntomas de qué una sobre-aciaga dolencia! Que ya está en puertas, en ante vísperas de presentar sus cartas credenciales. Credenciales de la insania. Y de una insania de las auténticas e incontrovertibles. Ya siento que se aproximan, con ledos pasos quedos los heraldos. Ya suenan las fanfarrias. Están ya preludiando la su nenia y ensayando el su tripudio. Que son heraldos compositores musicantes, cantantes cantores, papemores bulbules bucinantes y Nijinskis danzantes danzarines saltimbancos.

Tras de vagar y antes de errar de nuevo se hace interludio y pausa. Para soñar mejor, haber vagado, hermano, y estar ahito de soñar, evo tras evo. Tras de soñar, vagar, que es efecto y es causa: siempre van de la mano.

Como van de la mano Gaspar y su folía. Gaspar, el bueno de Gaspar, de Gaspar de la Noche, ahora otra vez en trance de escribir en torno a las andanzas turbulentas de François Villon. Y todo, por haber pergeñado en un antaño sumamente remoto cierto engendro pasto de las ratas royentes de pergaminos, y que topé por ahí y que así suena —afónico en más—: Villon? François Villon? François de Montcorbier? François Corbueil? François de Monterbier...? Villon? Alguna vez hube de ser su camarada. Alguna vez del viejo antaño. Y donde? Y cuándo? Mas fuí su camarada. Su camarada y algo más; casi que su cómplice. Verdad. Podría asegurároslo. Villon? François Villon? Claro que sí. Su camarada, y casi que su cómplice: que en ése tiempo no era yo éste aburguesado, éste abúlico sujeto, sino uno muy otro, y en sentido contrario. Y os he de decir (habla Gaspar de la Noche) que no fue asaz pacata ni ejemplar ni ortodoxa mi vida de esas épocas. Nuestra vida de esas épocas. De ésas épocas del viejo antaño. Escolar fuí, como él, y como él, de la Sorbona. Escolar de la Sorbona, amén de muy ducho esgrimidor y duelista, así como insigne trasegador de vinos diversos, renombrado catador de ricas viandas en los más famosos figones, y no menos renombrado sofaldador de las doncellas, desdoncellas y viudas y malmaridadas, y regocijado urdidor de befas de toda índole, no bien inocentes todellas. Hasta temo recordar si redondeé o agudicé variedad numerosa de serventesios, de virelayes y rondos y rondeles, de baladas y vilanelas, —ya en loanza de amores purísimos, pulquérrimos, o de pasionales deliquios, y de nobilísimos designios—, ora para el regodeo de las más conocidas y celebradas damiselas: Láis y Aspasia e Imperias y Margotones de los suburbios y callejas, casadillas antojadizas, y reinas de los mercados, barriadas y hospederías. Las rondas prebostales, más de una vez —clarísimo— hubiéronselas con los mis camaradas y compinches y conmigo, y pocos no serían los justillos ni las bragas, que fueran

tantos como los chambergos y birretes si no como los tabardos que destrizaron el mandoble y la tajante, cuando no los acuchilló el puñal pues todello descansaban pocas vegadas, siempre al servicio de nuestros talantes, en ocasiones no muy honestos, y de nuestro capricho y pésimo humor: nunca de ajenas venganzas, ni de ajenas ni propias felonías. Villon? François Villon, François de Montcorbier, François Corbueil, François de Monterbier, fue mi camarada, nuestro camarada y cómplice en ésas y en éstas y en aquéas... y en otros y en las de más allá... Mas hube de perderle de vista. Hace... No poco. Nunca volví a saber de su azarosa vida, nunca más vi ante mí su desgarbada encarnadura de Judío Errante, la su lacia pelambre azafranada y revuelta, ni el buído mirar de sus ojos afelinados, preludio al juego de su daga... Ni volví a escuchar su voz plena y jocunda, fácil al gracejo, y aguda y chirriante para la maledicencia, la disputa y el insulto procaz, o cariciosa, asordinada, cálida, para las amatorias lides.

A lo mejor es cierto eso: todo cuanto nos refiere Gaspar de la Noche de sus andanzas y vagabundeo con el amigo François Villon. Creo que Gaspar ha disfrutado de peores compañías. Y seguramente nunca de otra así altísima y así subyugadora. En los versos de Gaspar si creo muy poco... Quizá en francés saliera con algo de valía. Que el castellano si lo destroza el barbarote, batólogo emeritísimo, Gaspar el mayor: que es el decano de los poetas vivos, como nacido en el Siglo Quince. Y vive aún por artes de birlibirloque y por gracia de sus austeras costumbres; su régimen parvo y sobrio. Lo de los versos de Gaspar...

Pero, escúchese antes el final y coda de su **esperpento**: Versos? Hizo versos Villon? Versos hacía? Yo no lo sé. Yo no lo creo. Tal vez... Jamás supe, sí, que los hiciese. Sólo, con vaga certidumbre, sé de una heroico-bufo-cómica novela suya intitulada *La Novela del estampido del Diablo*.

Estampido es perifrástica versión de la voz gala, muy quevediana. Novela pícara y burlesca, plagada de exquisitas truculencias, de facecias libertinas y droláticas, y de todo género de truhanerías.

Versos? Hizo versos Villon? Sin embargo, no es cosa imposible. Y pienso ahora que acaso si le oí versos de su factura, alguna vez. Como os digo, perdíle de vista hace ya tantos y tan movidos años! Eramos jóvenes. Comenzábamos apenas. Eramos jóvenes y muy locos tarambanas. Vivíamos a la diablo. Tal vez si hizo versos... ¿No los hizo el de Orléans? Tal vez si hizo versos. ¿No los hice yo también?...

Tiene razón, sobrada razón, el amigo Gaspar. Si Gaspar hizo versos. Si hacen versos tantos cumplidos majaderanos, por qué no Villon? Eso me decía antenoche un mi cofrade el cual no había oído nombrar a Villon. Creo que aunque es un pelagatos sin un mal oliente peso, él estaba seguro de que billón es un millón de millones. Y este billón si no habrá hecho versos nunca. Ni lo permita Apolo! Ni lo tolere Will!

Yo también hice versos, cuando mocetón.

Tras de vagar y antes de errar de nuevo, se hace interludio y pausa. Para soñar mejor, haber vagado, hermano, y estar ahito de soñar, evo tras evo... Tras de soñar, vagar, que es efecto y es causa: siempre van de la mano. Démosnos a soñar. Sensorio mío inverecundo, simple espíritu mío —desbridados corceles—.

Démosnos a soñar bajo las nubes y las constelaciones, si es el ensueño la subconsciencia del cogitabundo, la coraza y la egida de ignaves y de imbeles, y evasión y elación de mentes ávidas y de voraces corazones. Tras de vagar y antes de errar de nuevo, se hace interludio y alto: Para soñar mejor... haber soñado nunca y estar sediento de soñar evo tras evo...

Así será, si tu lo dices, Palamedes. Pero déja. Parece que continúa actuando, y cómo, Gaspar, el alud pan-babélico, en plan de verbeo: Discurro acerca de la pereza, de la vagancia...: de la pereza, de la vagancia, y de otras virtudes. Oh, cuánta pereza dame escribir tu elogio, disminuir tu elogio, pereza, pereza hermana, compañera mía, pereza amante! Tu elogio que fluiría naturalmente de mí. De mí: tu vasallo y tu tiranuelo. Tu elogio que fluiría sin esfuerzo, en amplias curvas. Que fluiría lento, y tardo, ondulatorio y fastuoso, afelpado y sedante. Tu elogio que fluiría —un irisado surtidor— de mí. De mí: tu dueño, tu súbdito devoto. De mí: la más sumisa, la más díscola ovejuela de tu grey. Oh tú, pereza, flor dilecta, perfecta, místico loto, orquídea fabulosa, flor dilecta de mi jardín feérico. Materialización de mis ensueños. Forma ensoñada de mis realizaciones, de mi materialización. *Hortus conclusus*. Venta para mis sedes; hostel de mis hambres; lecho y regazo tibios de mi deleite; sonar de manantial a mis oídos, de horrísonas procelas y de violines asordinados. Estanque especular para mi narcisismo, para mi decantado narcisismo. Culto de mis altares; altar de mis ritos misteriosos. Incensario donde quémase el cinamomo, se acendran las resinas, enciéndese el estoraque, arden, humean, crepitan la mirra

y los exóticos aromas. Río por cuyo lomo se desliza mi equívoca piragua, sola, señora, huraña, silenciosa. Maravilloso mar por cuyo dorso salta mi nao pirata a la caza de los galeones. Puerto para mi nave. Venta para mi sed; hostel de mi bulimia; aromosa sélvula de mi deliquio. Pupila faceciosa con que miro al mundo acerbo como campo floral, lustral, deleitable, multivario; como campo de nobilísimos torneos. Con que miro a los hombres como hermanos; a los hermanos como amigos; a los amigos como desdoblamientos de mi yo —desdoblamientos de mi búdico, de mi fakírico... y de mi sarcástico y de mi sonriente Yo—. Vagancia, pereza, pereza, vagancia... Oh ritmo nuevo y antiquísimo! Oh ritmo acorde con mi soñado ritmo! y tú, vagancia, divagancia, exquisita vagancia; perfume de beleños, flor de opio, señora...! Y tú, vagancia, divagancia, infinita vagancia, por los senderos alunados; por los caminos tenebrosos; sin rumbo... Vagancia, divagancia, flor de opio, flor de ocio, señora...! Perfume de intelectual beleño; sexual efluvio; tufo del mar salobre y áspero! Vagancia, divagancia, silencio diluído, tumulto asordinado, armonía quieta, hierática; frenética danza delirante! Rielar de luna, mirar de sus ojos amantes, sonreír de su boca, aromar de su aventada cabellera, euritmia suave de su andar, sortilegio de sus manos... Cabrilleo de relámpagos, bucear de sus ojos estrábicos, ávidos, mordisquear goloso de su boca furente, embriagar de sus cabellos capitosos, enajenar de sus enlaces serpentinos, sortilegio letal de sus manos. Vagancia, divagancia, por los caminos aéreos del idilio. Por los tumbos abisales de la perfidia. Por las encrucijadas de la traición. Por los prados de Urania... Vagancia, divagancia, curvas de ensueño. Orbitas de fantasía, paralelas de ilusión, catenarias de lascivia, asímptotas de falacia, vacíos de demencia y de sapiencia y de videncia, parábolas de infinitud. Pereza, en mi locura sola. Vagancia, en el exilio de mi Sueño irreal y real, de mi Sueño lontano, lontano y siempre en mí! Se funde mi fastidio en la pereza, en la ignavia, en la desidia. Y mi Odio. Mi aburrimiento en la vagancia se difunde, confunde, disgrega y evapora. Y mi Odio. Y es un limbo tu refugio, pereza: un sosegado Limbo. Y en el vagar de mi vagancia, vuelan, revuelan,

giran —ebrios y adormecidos— mis anhelos ilusos, mis deseos golosos, ávidos, insaturados, insaturables, mis ambiciones exóticas y alambicadas (e ignotas...) Y mi desprecio y mi desdén se tornan compasivos, sonrientes... Oh sueño de intelectual beleño! Delicioso nepentes! Flor de opio, flor de ocio, señora! —Mientras se llega un día...! Si no la noche ilímite...

Hasta allí, Gaspar. Y pensar que el buen Gaspar es vago y perezoso apenas en teoría: trabaja el pobre hace más de ocho lustros —digo de este siglo—: que en el siglo de Villon y en los subsiguientes no se menciona a Gaspar nunca por más que insiste en pretender que era personajón de campanillas, de mucho fuste y de muy difundida fama de universal resonancia. Lo grave es que Gaspar es hiperbólico. Es el prototipo del *hiperbólico hiperbóreo* de Linneo.

15 XII 1955

VEI PROSAS DE GASPAR (XVIII) (en PROSAS DE GASPAR) y *Tras de vagar y antes de errar de nuevo* (en POESÍA NO INCLUIDA EN VELERO PARADÓJICO - OBRA POÉTICA, Volumen III).

Hay el siguiente manuscrito: Háblese ahora, ahora mismo, de cualquiera cosa algo. De cualesquiera algotros temas diversos, dispersos e intro o extraveros. O, si no, de la sistemática sintomática sintemática barahunda que parece habitual. Barahunda babélica de lo más miscelánico a granel que pueda lograrse y de que téngase noticia. Sintomática ella y de que síntomas y de que una más aciaga dolencia: ya en puertas, en vísperas de presentar sus credenciales de insania de las más auténticas. Ya se acercan, con ledos pasos quedos —los heraldos— y están ya preludiando la su nenia. Que son heraldos compositores musicantes, cantantes cantores, papemores bulbules bucinantes

15 XII 1955 (inconcluso)

LXXVIII

Pasado el día de ayer; el día de nosotros los poetas, de nosotros los santos y non-sanctos —del todo— Inocentes y candidotes, parece sí ser ya caso evidente y próximo que aqúeste año de gracia se les va por momentos de entre los dedos y de las mientes a todos aquellos entes que hallan diferencia o la ven entre el año que agora se viene y el año que casi ya se les fugó. Desde el bienaventurado Pero Grullo hasta el sinventura de Palamedes el Obvio, todellos los años han sido y son y serán el mismo cantar, el mismo sonsón asistido por semejante estribillo y apendiculado con estrambotes similares. La misma cosa son todellos los años, la misma y un cien por ciento de lo propio. Y en ello están acordes Pero Grullo y el camarada Palamedes, nuestro socio y sosías. Con todo, yo, por mí y para mí y de mí, guardo consciente memoranza de años y de años en secuencia y rosario. Recuerdo, verbi-gratia, y era antes de éste siglo que nos tolera y que soportamos. Este siglo tenía menos dos años (para modificar el texto del Viejo Hugo, pero es verdad). Tenía menos dos años este siglo ya caduco y recuerdo cuando en un puebluco nebuloso, neblinoso, sobre los dos mil cien metros en relación a Talassa, en la cordillera central de los Andes corríanse bandos de prevención y se iniciaban prácticas de reclutamiento, que avecinábase por

entonces la que habría de llamarse la de los mil días (y sus correspondientes noches que sería las mil y una de marras). Miémbrome dello y poco después, miémbrome de los barbarotes jenízaros en ronda y en sondeo, con sus bayonetas, del zarzo o cielo raso de las alcobas de nuestra casa en busca de Emmanuel (tío mío en ruta hacia el Tolima a ser teniente de Ramón Marín). Pocas semanas después ví cuando apresaron a don Luis las huestes de Pacho Chiquito el hijo aventajado de Pacho Negro. Apresábanle para convertir en recluta al modesto prócer. Yo tendría mis cuatro años de ley y unos ojazos glaucos infantiles de mucho y muy claro ver, como para no olvidar jamás. Recuerdo que don Luis, de severa veste negra, hubo de descender peatón desde Aguadas de neblina (Purina abajo) hasta el cañón del Arma de calígene. Llegó hasta allí. Y hasta ahí llegó, en su persecución y búsqueda caballero en su macho, el Padre Onofre. Logró el bondadoso cura hacer soltar el recluta presunto, magüer don Luis, mi señor padre, era la única persona heterodoxa del sitio. Descreído como decían (o dicen aún). Yo también lo era, seguramente, pero aún en potencia por ese entonces. Recuerdo, dos. tres años más tarde y ya en la Villa de la Candelaria de Aná del Aburrá de San Ciro, recuerdo las fanfarrias y dianas y retretas del batallón La Popa, acantonado allí y acuartelado por las lomas del Alto del Caballo. Tengo clavado en la mente el año 1902, seguramente

porque entonces me entró el uso de la razón (según Gaspar Astete) pero no porque se cumplían los cien años del nacimiento del Viejo Hugo, de quien no vine a saber sino algunos años después. Habrá lagunas, pues ignoro por qué es el año 1902 el primero que recuerdo en cifras numéricas pero no en números romanos. Tal vez será porque por esos idus me di cuenta de que ya era yo un diminuto Yo de blondas guedejas y de asombrados ojazos inquirientes. Dos años después conocí al Epónimo Rafael Uribe Uribe en nuestra casa de la Calle de El Palo. Y ya intuía yo, si no sabía de pleno, quien era él. Fueron don Luis y don Rafael los dos hombres tipos en toda mi vida. Pero fui pésimo seguidor de modelos tales. Por don Luis conocí al Epónimo don Rafael. A través de Uribe Uribe confirmé, aquilaté, lo que ya sabía y sentía de mi padre. Por entonces, antes de ingresar a la escuela de doña Concha Osorno, ya leía yo, ya escribía y ya contaba. Quiero decir que conocía las cuatro operaciones aritméticas. Y digo de contar y de escribir en el sentido más modesto y elemental. Como que aún, a estas horas, ni sé escribir ni sé contar en el otro sentido, literario él y muy ambicioso. Y eso ya no se aprende Beremundo. Eso ya no se va a aprender ni a aprehender. Quizá —es otra cosa— no anduve tan sumamente lento o tardo en adquirir las nociones elementales primarias y secundarias cuando ya en el año de 1910 terminaba el bachillerato.

No lo fué, empero, con cartón en mano, pues no quise estudiar o cursar ni el Latín del Padre Lubín —y no por macarrónico— ni la Filosofía del Padre Ginebra, solipso.

En más, hube de ser exonerado de darle remate al último año de la bachillería, y dizque por disociador y revolucionario humorista (a base de parodias burlescas y de malas pero muy mal intencionadas caricaturas y. algo de broncas y rifí-rafes). Empero, ingresé en 1911 a cursar Ingeniería Civil en la Escuela de Minas de don Tulio, y... por 1913, en el año tercero de la carrera hube de retirarme y de tomar soleta... También dizque por revolucionario o inconforme y por disociador humorista... Además, creo que por ese tiempo me empezó a interesar, ya intensamente, el mirobolante y corusco fenómeno poético. Y ya como actuante balbuciente incipiente sobremodo ingenuo. Como actuante desde ahí, que ya leía poesía desde 1910. Desde un poco antes quizá. Y facturaba burlescas parodias enderezadas a mortificar, a zaherir profesores, rectores y monitores. Y héteos a Beremundo poeta balbuciente actuante incipiente desde 1914. Y por ahí consta:

Del que después será Porce
—más abajo— en las orillas,
debuté con poemillas...
mil novecientos catorce...

Poemillas no de porce
-lana, como otras vajillas
—ensartadas gargantillas
de perlas para una torce—

sino poemillas acres
unos, los otros alacres
(todellos de mi cosecha).

Pongo aquí, Baruch, la fecha,
la firma, el sello, los lacres:
y el soneto es cosa hecha.

Por lo dicho como que es un sonetín. Se suprime sí, el estrambote porque no viene a cuento ni viene al cuento. Y es otra historia. Poeta actuante, Beremundo, desde 1914. Helás! Cuánto tiempo perdido! Cuánta tinta malbaratada! Tiempo perdido, sí, y como para volver a perderlo, que no me pesa. Nunca he sentido el deseo, ni sabido ni querido cantar la palinodia. Nada me pesa, nada, nada, pero nada me pesa de cuanto he hecho. Ni me duele. Me duele y pesa, sí, lo que no hice. Lo que lograron que jamás hiciera —coaligadas— la indiferencia, la pereza, la inconstancia, la carencia de vanidad y el sonriente escepticismo. Alguna obra dejara yo, Beremundo, si a ello hubiérame dedicado en serio, menos a la diabla, menos al desgaire y por me divertir, y sí con alguna ambición o con el mero afán de parecer. Pero... Pero como resulta que no creo en la importancia de nada ni en que nada, nada, vale cosa... Y como facturo versos o similares, yo, Beremundo, sólo cuando no dispongo de crucigramas a la mano

para los descifrar, ni de buenos o mediocres libros para leer, ni de óptimas músicas para escuchar, ni de amor alguno a la vera para quemarme en su rogo, en su pira, en trance de falena. Añosa falena hoy, ogaño, ya... si antaño falena sumamente juvenil. Antaño, ayer, helás! (como decían Pero-Grullo y el inefable Palamedes el Obvio).

Y yo, Baruch, voy a viajar. No sé
para dónde, ni importa. Un otro día
corrí todas las postas en inmoto
sillón anclado. Buda. Más escéptico.

Empero, hoy viajaré desaforado,
turbulento, sin bridas, por los orbes
todos, y no al retorno constreñido.

De viajar hé: ¿No el Viento óptimo nauta?
¿No las nubes los ebrios Odiseos
girovagantes? ¿No Jasón el humo
que de la pipa surte en espirales?

Nao es el són, los musicales élitros,
que el motor antes, propulsores raudos
para hender estratósferas, subir
y hasta el ápex: —¿zenit queda a la zaga?—

Y yo, Baruch, voy a viajar, inmóvil
en mi sillón, anclado al de velludo
muelle sillón, océano sin lindes.

¡Suélta el ancla! ¡Orza! ¡Iza los juanetes!

Buen día para echar bronces al viento
si no para que el viento el són se lleve.
Prodigiosa la noche, si tan breve,
para espiral oír ronco lamento
del caracol: para escuchar —sediento—
su canto milenario, que se bebe
seco oído y se sacia..., —agua de nieve...—.

¡Suélta el ancla! Orza! Iza! Al viento velas!

Buen día para echar sueños al aire,
si no para que el aire alce con ellos.
Limpia la noche, bajo siete sellos,
para amor conjugar a su socaire:
Donina, amante, amada, y tu donaire
voluptuoso en mis brazos...; ¡los destellos
de tus ojos...! y envuelta en tus cabellos!

¡Suélta el ancla! Orza! Iza! Al viento velas!

Suélta el ancla! Orza! Iza!
Ya la nao filante se desliza
por la rada. La fina proa triza
glauco espejo. Febea lumbré obriza
corona espumas (como es claro) Atiza!
clama Proclo, el piloto de la nao.

¡Válame Thor! voceá Bogislao,
cronista a bordo, ex-capitán de praho,
bardo en receso, y del Pipiripao
huésped —que es tierra buena, como Urrao—.

¡Mordecai! gritó Alipio alias Falopio,
—de la brújula el amo, el periscopio
y el sextante, el octante, el nictalopio,

telescopio, astrolabio, espectroscopio,
la heroína, el haschish, nephentes, opio,
la bodega (la nómina no copio

de cuanto en ella el buen Alipio guarda).
¡Mordecai! gritó Alipio, cuya parda
gramática cerril y cuya tarda
sindéresis bolonia (o longobarda)
señalábanle acémila de albarda...

Mordecai! gritó Alipio, y dijo mucho
—en trances de oratoria nada ducho—.
Un griego dijo: *pego pero escucho*
y arremetió cual Pepe en Ayacucho
y *armas a discreción!*: ¡Ave avechucho!

le chilló a Alipio —cerca de la oreja
sinistra— y un sopapo, a toca-teja
le atizó, tieso, y entre ceja y ceja.
La circundante multitud, perpleja

quedóse. Multitud vale por sólo
dos docenas de nautas y un Paolo
sin su Francesca (mustio, mudo y solo)
(Francesca retornára a Bolombolo:
que asaz temía el resoplar de Eolo

—casi como las furias de Neptuno,
que no las de Vulcano ni de Juno—).
El griego...

29 XII 1955 (manuscrito inconcluso)

Ver SONETÓN y RELATO DEL CATABAUCALISTA
(en VELERO PARADÓJICO - OBRA POÉTICA, Volumen III).

Hay el siguiente manuscrito: Parece que este año ya se les va a quienes hallan diferencia entre el que viene y el que se fugó. Todellos son la misma cosa y cien por ciento de lo mismo. Yo por mí guardo consciente memoria de años y de años. Recuerdo y era antes de este siglo cuando, en un puebluco nebuloso sobre 2000 metros de la cordillera central de los Andes, bárbaros soldados sondaban con sus bayonetas el cielo-raso de las alcobas nuestras, en busca de Manuel —tío mío en viaje al Tolima a ser teniente de Marín— y luego vi cuando apresaron a Luis las huestes de Pacho chiquito para hacer recluta de ese prócer. Yo tenía 4 años de ley y unos ojazos glaucos infantiles de mucho ver para no olvidar. Recuerdo que Luis, de severa veste negra hubo de descender desde Aguadas, hasta el cañón de Arma. Llegó allí, en su búsqueda, caballero en su mula, el Padre Onofre. Logró hacer soltar a Luis. Magüer Luis, mi señor padre, era la única persona no católica del sitio. Yo también, pero aún en potencia. Recuerdo, dos, tres años después, y ya en la Villa de la Candelaria, las fanfarrias y retretas del batallón La Popa acuartelado por el Alto del Caballo. Tengo clavado en la mente el año 1902, quizá porque entonces empecé a razonar (Gaspar Astete) aunque no porque se cumplían los 100 años del nacimiento de Hugo, de quien no supe sino pocos años después. Hay laguna, pues no sé por qué es el año 1902 el 1º que recuerdo. Quizá porque me dí cuenta de que era ya un diminuto Yo. Dos años después conocí a Rafael Uribe Uribe en casa de Luis y Amalia. Y yo ya intuía si no sabía quien era él. Son, Luis y Rafael los dos hombres tipos en toda mi vida. Por Luis conocí a Rafael. A través de Rafael confirmé lo que ya sentía, sabía, de Luis. Por entonces, antes de ir a la escuela de doña Concha yo leía, escribía y contaba. Quiero decir que sabía las 4 operaciones que llaman. Y digo escribía y contar... Todavía ni sé escribir ni se contar en el sentido literario... Y eso no se aprende ya. Quizá no anduve lento en adquirir las nociones primarias cuando ya en 1910 terminaba el bachillerato. No lo fué con cartón, pues no quise estudiar ni latín del Padre Lubín ni Filosofía del Padre Ginebra. En más hube de ser expulsado del último año dizque por disociador y revolucionario.

Empero, ingresé en 1912 a estudiar ingeniería y... por 1914, en 3° hube de retirarme... dizque por revolucionario y disociador. Además me empezó a interesar la cosa poética yo ya como actuante... que ya leía poesía desde 1910. Y héte poeta actuante a Leo, desde 1914. Helas! Cuánto tiempo perdido! Y como para volver a perderlo, que no me pesa. Nunca he sabido ni querido cantar la palinodia. Nada me pesa de lo que he hecho. Me pesa, sí, de lo que la pereza o la indiferencia lograron que no hiciera. Alguna obra dejara yo, si a ello hubiérame dedicado menos a la diabla y sí con alguna ambición. Pero: resulta que no creo en nada ni en que nada valga cosa... Y facturo versos cuando no tengo crucigramas a la mano para descifrar, ni amor alguno para quemarme en su hoguera, en trance de falena. Añeja falena hoy, si ogaño más juvenil falena...

19 XII 1955

1956

LXXIX

Me vinieron con las nuevas de que el de ahora es un otro año y que el uno y anterior se nos fugó rumbo al archivo o museo de todos ellos. Lo que me tomó de sorpresa porque según mis cómputos personales media ya el año sesenta de la era leogrifaria, que es era propia y casi de las eras de érase que se era. Era de cuentos entonces y cosa entre epifenómeno y epifonema, tomando el caso con no menguada dosis de humorismo (Riqueza única en no pocos).

En són de echar vista atrás con propósitos reobvios retrospectivos, sabio —para quien no lo sepa— es conocer y percatarse de que un día alguien en trance locuaz díjose y dijo: Tabardo astroso cuelga de mis hombros claudicantes y yo le creo clámide augusta.

Así fué y así es y así será hasta que la cosa le dure. Solo que —cuando fué— no fue tabardo sino capa española y no tan astrosa y lo que es ahora es simbólico tabardo, y lo que será sabráse entonces.

Tabardo astroso cuelga de mis hombros claudicantes y yo le creo clámide augusta. La noche expande el humo de los pebeteros incensarios. La noche enciende las linternas vagabundas. La noche es un amplio silencio donde solo trémulas arpas inician cantos solitarios.

Pero ésa noche no era ni con mucho ni ésta noche de hoy tampoco lo es, digo, la Noche de los Reyes Magos que será la noche de mañana. La noche excelsa de los Cinco Poetas Reyes Magos, Gaspar, Ebenezer, Altaír, Melchor y Baltasur.

Tabardo astroso cuelga de mis hombros claudicantes y yo le creo clámide augusta. La noche canta cálidas melodías: la flauta y el oboe subrayan el fastuoso cántico. La noche canta plácida. La noche canta, turbulenta.

Pero aún no es la noche lauta, la sortílega noche de Xatlí. No es la Noche Morena, todavía. La noche es entonces un amplio silencio, donde sólo trémulas arpas inician cantos solitarios. Ahora calla la noche. Silencio nacido de las músicas, eclíptico. Raro silencio es ese, Meser Beremundo. ¿Qué se interpuso entre las arpas trémulas y el cántico litúrgico y el oboe y la flauta? ¿Qué se interpuso y qué vertió esa angustia sobre la

faz impávida de la noche? Pues yo no lo sé todavía, ni lo sabes tú, Beremundo, ni lo sabe el propio Matías Aldecoa que sabe más que Briján, más, mucho más que el de Vargas y casi tanto o poco más que Lepe y su hijo Lepillo. Nadie, entonces, lo sabe. Ni lo sospecha el más buído zahorí.

Tabardo astroso cuelga de mis hombros claudicantes y yo lo creo clámide augusta.

(y esto ya parece un calificado anejir si es apenas ritornelo)

La noche inicia preludios solitarios: trémulas arpas, flautas y oboes sostienen la etérea melodía. La noche expande el humo de los pebeteros, aromoso. La noche enciende las linternas vagabundas. Toda la angustia, todo el misterio de la noche se enreda, todo el misterio de la noche desnuda, Sirena y Circe todopoderosa, reina morena del aduar solitario.

Pero aún no es la fastuosa noche de Xatlí (Xeherazada y Dinarzada), de Xatlí, Reina Mora, Noche Morena y Tanagra figulina.

Todo el embrujo de la noche se enreda en las aristas de la tierra dormida. Tabardo astroso cuelga de mis hombros claudicantes y yo le creo clámide augusta.

Afortunadamente es ya la coda, remate y colofón. Y era o es muy conforme el amigo del tabardo.

También es cierto que era capa del mismo Madrid traída, y también es verdad sabida que debajo de una mala capa (y esa era óptima) suele hallarse un buen bebedor. Un buen bebedor de sueños, para no decir bebedor a secas: que a secas no se bebe ni aquí ni en las Batuecas. A secas bebe sólo el que se bebe los vientos, y no siempre, que los hay húmedos con suma frecuencia, al menos en el nuestro Altiplano.

Tampoco importa a nadie ignorar que el mismo qüídam, por esos precisos propios Idus, se acusaba de esta guisa: Tiré a los orbes mi guijarro, hondero, y le apagué las lumbres al brillante matutino.

Buen tino entonces el de aqueste mínimo David en pugna con otro gigantazo Goliat; aún más orondo y fierabrás.

Lancé a los orbes mi canción, rápsoda inulto, que se quedaron sordos. De allá no tornó el eco.

Se quedaron —por la rima— con el eco, los muy desaprensivos rateretes.

Disparé mi desdén, disparé mi silencio, cogitabundo y hosco y cejijunto: —áureo reproche, gesto joyoso, adamantino rasgo: *Parodia de la Esfinge, buído enigmatista*, me gritaron los orbes en anodino idioma que no llegaba a sibilino.

Y que se quedaron cortos los orbes, y seguramente afónicos también.

Disparé mi desdén, disparé mi silencio, con desdeñosa honda, en curva silenciosa, —majestuosa parábola de plenitudes únicas, con que rompí los tímpanos —como tímpanos, sordos— de las mesnadas grises, mejor que con estruendos olímpicos y fanfarrias estentóreas. Tiré a los orbes mi guijarro, hondero... Tiré a los orbes mi hastío sin lindes, no nada romántico, mas sí total, ineluctable, no nada gimiente, mas sí total, absoluto; no nada espectacular, sí concentrado, si acendrado tras alquímicas síntesis. Lancé a los orbes mi hastío señero —monedas ínfimas a la avidez de las turbas mendigas. Lancé a los orbes —sin iras el odio señero: el odio quieto, abúlico. El odio sin ímpetus activos, gesticulantes. Lancé a los orbes toda la altisonora joyería especiosa: florecillas de trapo, sensibleros arrequives, para quedar desnudo y sobrio y solo, bajo el tabardo de silencio y de noche. Para quedar desnudo y sobrio y solo: El Extranjero.

Por esa época —y quizá desde mucho antes, se consideraba decididamente extraño entre gentes inhóspites, muy hostiles, muy adversas no sólo a su modo de ser y de pensar sino también a su gesto exterior, visible. A su atuendo estrafalario, a su desgaire y sans-façon, a su aparente o real impertinencia, a veces tácita apenas.

Era EL EXTRANJERO. Juzgando por los síntomas que tenía nuestro mineral amigo, se vé que andaba peor que anda ahora. Y cuenta que ahora tampoco está muy bien de los cascos. Aunque no tan mal

de la misma sesera como cuando le dió por la fuga y por interrogarse de este jaez: ¿La vida en bruto tal como llega al instinto virgíneo del aborigen, o de Benvenuto? Del afelpado inebriante estuche en que estático, extático yacía, —fatal amatista, señorial amatista montada en exquisita joya—, saltó el espíritu al fosco cañón ríscoso, ¿en busca, acaso, de la vida en bruto tal como llega al indomado instinto del hombre primitivo, como de Benvenuto? ¿Saltó el espíritu en busca de la vida en bruto? ¿Excepcional orquídea fabulosa —milagro de invernadero—, y petulante quintaesencia mirobolante, donde se acendra el opio vivaz de los libros por el alquimia del cerebro? ¿Saturado hasta el rincón más hondo, más recóndito de los huesos, de inquietudes sin brida, y la fantasía en excéntricos, en parabólicos giros, y el corazón insaciado como insatisfecho? ¿Y el espíritu encinta de todos los pensamientos, ávido de sensaciones indefinidas, innúmeras, multivarias; de todas las sedes sediento, de todas las hambres famélico, la boca al hurto de todos los besos; galeote remero de todos los viajes, crucificado en el mástil de todos los deseos? ¿Saltó el espíritu al fosco cañón ríscoso, saltó el espíritu en busca de la vida en bruto, la vida en bruto tal como llega al instinto virgíneo del aborigen o de Benvenuto? La vida chafanada, tal como llega al instinto mutilado del ciudadano como de Benvenuto. ¿Del afelpado embriagador estuche en que extático, estático yacía, saltó el espíritu al plano redil abderitano? ¿Saltó el espíritu al remanso donde nada el ganso? ¿Saltó a la charca como el verde gritón —divo de la comarca—? ¿Saltó el espíritu al zoco, al bazar, a la bolsa, a la trastienda, el espíritu loco de ésa locura de leyenda? —No que no!— ¿La vida chafanada tal como llega al instinto mutilado del ciudadano como de Benvenuto? ¿La vida en bruto tal como llega al virginal instinto del aborigen o de Benvenuto?

—¡No que no!— Señorial amatista, fatal amatista, el espíritu mío yo lo guardo en mi estuche todavía y por siempre! Amén, concluyó Beremundo. Déjalo en el estuche, Bogislao y Apolo te bendiga. Y cierra el pico por los siglos de los siglos o de jueves a jueves, por lo menos.

Mañana será la noche de los Cinco Poetas Reyes Magos y de los Siete poetones peatones no poeantos, no edgaralanpoéticos sino poetastrillos del montón y la morralla. Pero la luna alumbra para todos. Poetas Reyes Magos y poetetes de oropel y similor. Como ése.

Y ése venía por el rojo camino laso viandante bajo de los soles. Secos los labios precitos. Los ojos encendidos. Rendido de horizontes. Burgos le vieran, poblachos, aldeas, luengos senderos eriazos, playas inhóspites, y laderas foscas, y ríos sonantes y bravos. Zíngaro pobre como un poeta bailar hacía el oso de su pena. Sonajas érale su cansancio. Sonajas érale y adufe destemplado. Bailar hacía la Gitanilla de su quimera.

La Gitanilla de la quimera de nuestro apabullado amigote es mera transposición, según Bogislao. Resulta, en concepto suyo, que ha de decirse La Quimera de la Gitanilla. No intervengo en la disputa déllos. Ese venía por la ruta, —El Viajero. ¿De dónde? ¿Hacia dónde? ¡Quién sabe! Circuía el pálido silencio como la toga de César o el manteo

raído de Villon miserable: Circuíale el pálido silencio. Luces pintábale de fuego la íntima hoguera insaciable. Secos los labios, —beso de las sedes. Encendidos los ojos hastiados. Burgos le vieran, aldeas, poblachos, luengos caminos, praderas, ribazos, joyantes emporios y Babels: laso viandante indiferente, todo el dolor, sellado, traía, —cenizas y místico sándalo—, dentro la urna frágil de sus sienes. Ese venía por el rojo camino laso viandante indiferente.

Si ahora es sedentario viajero imaginario, otra vez viajó tanto que parecía Ashverus desalado con su maldición a cuestras o Cahún perseguido por el ojo de Láveh. Pero la vez de que se trata arriba llegó gesticulante y elocuente y voceaba in-mente: Que un otro cantara fértiles rapsodias, y es otro cantara... ¡que sé que cantara! Manido secreto de Polichinela; la hazaña aprendida, y el grito de moda! El laso viandante ninguna decía, no decía nada: Zíngaro pobre como un poeta bailar hacía el oso de su pena, bailar hacía a la redonda, bailar hacía el oso de su befa: sonajas érale su cansancio; sonajas érale su cansancio; sonajas érale y adufe destemplado: bailar hacía la Gitanilla de su quimera. Ese venía por el rojo camino, indiferente: ¡todo el dolor escondido traía —cenizas y frío— dentro la urna frágil de sus sienes!

Andaba muy mal la poesía beremundina de ese entonces. Perseguiría, perseguía ¿Persigue el Signo Protervo al Exilado? Con hastío le puso pies odiseícos y alas emigratorias al insaciado afán que ni sabía precisar su deseo: Saltó a la caza de lo distinto, marcó distancia entre lo actual de entonces, obsoleto, y lo actual de un futuro imaginario siempre igual.

¿Siempre igual? Decía Beremundo: Yo te saludo, oh día sin remedio que me aportas el tedio! Inveterada aurora cotidiana, yo te saludo! eterna Celestina del ayer y del hoy y del mañana! Calixto y Melibea son mi Noche y tu Día: mas no ama Calixto a Melibea. Se ha perdido tu charla melhiblea, eternal Celestina, inveterada aurora cotidiana! Soslayada amargura al sereno espíritu y al dormido corazón desazonan: dormido, bah! y sereno... Calixto y Melibea son mi Noche y tu Día: la Noche Ineluctable y el Día sin remedio! Saltó a la caza de lo distinto? ¿Le puso pies odiseícos, alas le puso migratorias al insaciado afán que ni sabía precisar su deseo?

Alguna noche de estas nos lo dirá Beremundo, si mañana logra ponerse al habla con Gaspar, Ebenezer, Altaír, Melchor y Baltasur los Cinco Poetas Reyes Magos, que en ocasiones descienden hasta nosotros los poetones peatones (que somos legión de legiones y todos del montón de los montones).

Buenas noches Gaspar de la Noche. Recuerdos a Dorabela, a Mánikin y a la Egipcia.

5 I 1956

Ver NOCTURNO N° 4 - NOCTURNO N° 5 - y ESQUICIO N° 1
(en LIBRO DE SIGNOS - OBRA POÉTICA, Volumen I).

LXXX

Desde hace poco menos de una década de años en la cofradía, se viene afirmando y allí mismo confirmando, por los fautores, coautores y coadjutores coadyuvantes de aqueste embeleco y de otros embelecocos similares y afines: se viene afirmando con énfasis que no son sólo Tres los Reyes Magos, los Poetas Reyes Magos, sino que han de ser como lo son en efecto —cuando menos— Cinco. Cinco de quienes se tiene la filiación y se retiene y conoce la gracia. Gracia y filiación respectivas, de cada uno de ellos. No se está en posesión de sus de ellos correspondientes huellas dactilares o quier digitalinas o, si gústase así, dactiloscópicas, y ello para no aparecer los del real y mago embeleco merecedores de ser tildables de anacronísticos fabuladores apocrifarios. Tacha con la cual no apechan ni apechar podrían semejantes próceres, ni sabrían apechar, que son ellos nata y flor y parangón de lo fidedigno, prototipos de lo veraz y sumamente ponderados relatantes. Tipísimos tipos ellos. Resulta —entonces— y para llover o molliznar sobre mojadísimo, que en estos días del año que madrugón albea y se inicia malamente como se iniciaron todos ellos para los cariacontecidos pesimistas, y óptimamente para nos, eufóricos optimistas demócritos, resulta que háse llegado hasta la mi aguda miopeidad

amenazada de conflictivas cataratas, algún artículo de muy desconocido —de mí— erudito, cuyo título interroga: ¿Eran cuatro los Reyes Magos? Y en cuyo se vacila y oscila en si eran cuatro o hasta si eran más de la docena, de la docena del fraile. Yo, de la mano de la mismísima Clío, o de la de Cacoclíó sucedáneo suyo, voy de traspiés en traspiés, pero cuando me abrazo con Policlíó pulquérrima, danzo la danza que jamás se fina. Y la danzamos la Dea y yo con buen compás, mejor ritmo y una riqueza singular de figuras. Figuras de esa danza son los Cinco Poetas Reyes Magos de que la cofradía viene ocupándose de nueve años para acá en embelecocos a aqueste semejantes. Son ellos Gaspar de Paros, Ebenezer de Marfil, Altaír de Oliva, Melchor de Gules y Baltasur de Ebano. Tales su matiz y su nombre de ellos, según los discípulos de Policlíó veracísima Dea, sobre Musa hermosa. Musa veraz y Dea maravillosamente bella... Idea y Dea al par y Musa pamplemusa. Musa —es lógico— sapiente, pero no de Linneo, pues no se dá en racimo. Punto. Se llegará, en su oportunidad, a tomar citas del artículo citado en torno a los Reyes Magos, adicionales a los Tres universalmente tenidos clásicamente por tales, y a monologar en torno al tema o a organizar una mesa redonda para que el monólogo se torne multiloquial debate, con la intervención de buena copia de nuestros sosías y otrosyóes, cacodaimones, alteregos y paniaguados, que son

legión y no todellos son seudónimos meros, como créese. Ni tan viejos todos.

Precisamente ha poco alborotaba un grupo de los menos vetustos. Y les decía así Beremundo, ahora muy aflicto, muy heráclito: Qué algarabía de esos donceles, y ésta amargura que en mí se cuaja! ¡Cuán desacordes los cascabeles, los cascabeles... y mi voz baja! ¡Rojo manajo de ebrios claveles sobre la albura de mi mortaja! ¡Rojo manajo de ebrios claveles sobre la estepa de mi mortaja!. Lirios sutiles en zarpas crueles, lirios sutiles que el viento aja, fueron el ritmo de los rondeles, fueron el mirto que se desgaja y el loco canto de los rabeles por los jardines que amor alhaja y amor enjoya, para sus fieles... ¡Lirios sutiles en garras crueles! Lirios sutiles que el viento aja! ¡Lotos de ensueño! ¡Rojos claveles! ¡Y ésta amargura que en mí se cuaja! ¡Qué algarabía de esos donceles, qué loco canto de esos rabeles! Cuán desacordes los cascabeles y mi voz baja... ¡Rojos claveles! ¡Rojo manajo de ebrios claveles sobre la estepa de mi mortaja!

Algunos de los del alborozado alboroto quedáronse dormidos. Otros reían. Quiénes apenas sonreían. Anda también muy mal la poesía beremundiana de hoy si no tanto como la de ése entonces, que el Sonecillo es añejo.— Perseguiría, perseguía a Beremundo, persigue el Signo Protervo al Exilado? Con hastío le puso pies odiseícos y alas emigratorias al insaciado afán que ni sabía precisar su deseo: Saltó a la caza de lo distinto, marcó distancia entre lo actual de entonces, obsoleto, y lo actual de un futuro imaginario

siempre igual. ¿Siempre igual? Alguna noche de éstas o de las otras nos lo dirá el heráclito Beremundo, si mañana, u otro día, que el día dellos no dió con ellos, logra ponerse al habla con Gaspar de Paros, Ebenezer de Marfil, Altaír de Oliva (o de sinople), Melchor de Gules y Baltasar de Ebano, que es harto musco. Si logra ponerse al habla con los Cinco Poetas Reyes Magos.

Era por el véspero, entonces: Giraba la grisoneta frente a los ojos huraños: la tarde se echó a los hombros el manteo de Villon. Cantando vino la noche letanías de ahorcados, baladas de prostitutas, coplas de vicio y horror.

Y se entraron al cafetín los amigotes del cotarro, pues molliznaba y estaban ellos tan sedientos. Les seguía la voz —tácita—: Noche de hulla y medrosa, de fantasmal sortilegio... Cantando vino la noche, noche de alcohol y alóe... Cantando vino la noche, vino la noche del Orco, vino, inebriante, la noche, como el ajenjo de Poe: —y el Delirio un cráneo roe frente a los ojos edgardos...— Danzó desnuda Medea...! Verdoso danzó el Delirio...!

Los del cotarro oían, oían, como oían llover. Se abrevaron también, si con ritmo y medida, muy pausados. La grisoneta de plata como que simboliza el crepúsculo vespertino.

La grisoneta de plata... Giraba la grisoneta frente a los ojos absurdos. La tarde se echó a los hombros la capa de doñear.

Cantando vino la noche las cabriolas del inmundo y el himeneo de Ofelia —puro idilio y abisal...—.

Les seguía la voz a los compañeros en tertulia y simultáneamente escuchaban músicas bellas, in-mente, recónditas, venidas de los sueños, u oídas horas antes, que son grafonófilos a más de grafómanos. La Noche ya.

Noche de hulla, aromosa, de sensüal sortilegio. Cantando vino la Noche, noche de Flora o Aglae. Cantando vino la noche, vino la noche de Cypris, vino, inebriante, la noche, como el lecho de Danée... —desnuda yace Danée frente a los ojos de öro...—

Ya era un susurro lo que les llegaba, embebidos como estaban, y embebiéndose más, poco a poco...

Noche de hulla y sedosa, de musical sortilegio. Cantando vino la noche, noche de Onfalia y Popea... Cantando vino la noche, vino la noche de oriente, vino inebriante, la noche, como el beso de Medea. Desnuda danzó Medea frente a los ojos jasones...—. Giraba la grisoneta frente a los ojos en fuga. La noche se echó a los hombros tabardo de anochecer... Cantando vino la noche las sonatas de la luna, corales de las estrellas y hondos himnos que no sé... Giraba la Grisoneta frente a los ojos en fuga. La tarde se echó a los hombros enlutecido capuz. Cantando vino la noche su canción sobria y desnuda, canción de olvido y silencio, de soledad y quietud... Noche de hulla, azarosa, de funeral sortilegio. Cantando vino la noche, noche del Cuervo y el Búho. Cantando vino la noche, vino la noche sin lindes, vino inebriante, la noche, como el agorero dúo que ululaba —letal dúo— frente a los ojos vikingos. Desnuda yace Danée... Y el Cuervo y el Búho ululan... La grisoneta

de plata, grisoneta de ceniza. Giraba la grisoneta frente a los ojos halcones: la tarde se echó a los hombros capuz de öro y zafir. Cantando vino la noche sinfonías de los orbes, fantasías de los astros y hondos himnos que no oí... Noche de hulla y joyosa, de inmaterial sortilegio, cantando vino la noche, noche de Circe y Orfeo. Cantando vino la noche, vino la noche encendida; vino inebriante, la noche, como los filtros de Iseo: —moría de amor Iseo frente a los ojos tristanes—. De Tristán, y entre los brazos, vivía de amor Iseo.

Buen Tristán de Leonís, murmura, casi quedo, Bogislao, el único abstemio de los del grupo y el único que oyó la voz hasta el final. Buen Tristán, excelente Tantrís! Si no tan excelente como la simpar Iseo.

Si la recuerdas, Beremundo? Recuerdas, cuando, con el mote de Xeherazada —entre otros—venía Isolda?

Venía, ella venía. Ella, venía: la fina Xeherazada (de sus labios maliciosos surte la fantasía); la profunda Calipso (en cuyo seno se acendra la armonía); la sensüal Medea (entre su tibio regazo deleitable demora mi alegría).

Eran Isolda, entonces, hasta aquí Xeherazada, Calypso y Medea.

Venía, ella venía, Ella venía: la Noche, la multiforme Noche, la Noche, Ella venía! La Noche, de medúsea melena saturada de lustral veneno! La Noche, de ojos bravos flameantes: (negra luz aromosa vierten, y rubia luz aérea —donde influjo sereno nace, y se expande, y riela, por manera gozosa, sobre Télus sombría...) Venía, Ella venía, ella venía: la pasional Medea, la aguda Xeherazada, ponderada Calypso, Noche Morena: oh Lautá,

oh Luminosa síntesis de Belleza, Peregrino Diamante, Abismo irradiante, pulquerrima Acinesia extasiada: compensación del Día!

La fatal Isolda, entonces, llamábase también Noche Morena, a más de Medea, de Calypso y de Xeherazada, y a ella dedicó Beremundo no pocas nocturnas canciones, como aquella de Yo todo me quemo en tu fuego: falena yo soy, de tu lámpara breve; me quemo en tus densos perfumes, oh Noche; me quemo en tu tórrido viento y en tu vágulo exálito leve; me quemo en tus limpias estrellas, oh Noche; me quemo en tu luna de nieve. Yo todo me quemo en tu fuego: —tu fuego, con ávidas bocas purpúreas mi sangre y mi espíritu —goloso— se bebe...! Y como de la pulcra onda salta a la superficie espuma de heces, —mallada cota de cruentos anillos roe mi cuerpo que aromó tu delicia, hiere mi cuerpo (yedra en tu cintura, ceñidor de tu talle, mástil entre tus lianas prisionero!).

Y como de la onda pulcra salta a la superficie espuma de heces... Muy romántico andaba Beremundo esa vez, y ha reincidido ene veces. Parará en Bédlam o en el Bermejál.

Yo todo me quemo en tu fuego! Falena yo soy, de tu lámpara breve! Me quemo en tu trémulo vórtice de astros, oh Noche. Me quemo en tu caos de efluvios! Me quemo en tu luna de nieve! Me quemo en tus tórridos vientos encinta de turbia procela! Me quemo en tu vágula brisa tornátil y leve! Yo todo me quemo en tu fuego: —tu fuego, con ávidas bocas purpúreas, mi sangre y mi espíritu —goloso— se bebe...!

Fortuna vino a ser —para la comunidad— que al malaventurado como truculento Beremundo le fuera impuesta una cura de reposo, de casi cuatro lustros en una afamada mansión —sanatorio abadía simultáneamente— sita en los confines de la Plafagonia citerior. De allí regresó, ha poco, hipotético presunto cuerdo, técnicamente dizque curado, teóricamente como que sano. Es relativo: ya que se le reconoce químicamente puro de su tacha de romántico. Alérgico al romanticismo lo declaran los certificados que exhibe. Pero... juzgando por los demás síntomas que tiene el nominal, resulta que nuestro colega el ex-romántico Beremundo pasó ahora a ponerse filosófico, metafísico muy trascendente y complejo —y ya no se le entiende nada, pero nada de todo lo que discurre en sus lecciones verbales peripatéticas y menos todavía cuando escribe sus escarceos arquitrabes jeroglíficos breves o sus miriamétricos relatos ingentes, relatos enigmas, o sus cabalísticos poemones peatones. Hay que dejar en paz —empero— a Beremundo. Ahora ya no se bebe los vientos por Iseo alguna. No se bebe los vientos por no beberse los humos. Quiérese decir —con esto— que no insiste en su hóbby ni en el maniquí ni en la entelequia incógnita, porque el éxtasis no compensa la acción ni el logro de la dorada poma el jadear acezante. Y ya se iba a entrar en el sonado pleito de los beneméritos Reyes Magos, ya no sólo de los tres tenidos

por únicos. Ya no sólo de los Cinco Poetas Reyes magos conocidos por, el de Paros, el de Marfil, el de Oliva, el de Gules y el de Abenuz. Que se tratará de éstos y de los otros posibles que serían –entonces– Ene-menos-cinco. Se iba a reiniciar el sonado debate, mas ya la clépsidra va a anunciar la hora. Y hay qué hacerle un rondel a Dorabela y una espinela a Inés Sorel y un soneto –mejor que otra sonata o que el quinteto– a la vecina de la serenata. Sé Renata, mi hóbby y serenata antes de la diana. Buenas noches, Gaspar de la Noche, valvasor del Insomnio, el siempre en vela duerme-vela.

12 I 1956

Ver SONECILLO - NOCTURNOS 11 y 12 - CANCIÓN NOCTURNA (en LIBRO DE SIGNOS y VARIACIONES ALREDEDOR DE NADA - OBRA POÉTICA, Volúmenes I y II).

LXXXI

Poco antes se nos fué la onda, no la honda de David. Y sonó el gong de la liberación. E íbamos en aquello de que juzgando por los síntomas que tiene el vegetal, animal, mineral, el nominal digamos, resulta que nuestro colega el ex-romántico de Beremundo el Lelo pasó ahora a ponerse sumamente filosófico, metafísico muy trascendente y complejo, impotable como contertulio, ominoso como asesor erudito, y, ya no se le entiende nada, pero nada de nada, pero nada de todo lo que discurre en sus lecciones verbales peripatéticas

—oh heurístico!— y menos todavía cuando compone y escribe sus monumentales escarceos-arquitrabes -jeroglíficos cifrados, de los breves hoy, de los miriamétricos relatos ingentes mañana; sus Relatos Enigma, o sus cabalísticos si ingenuos poemillas poemones peatones, cuando no a lomo de aparatosos Clavileños infantiles. Que es memo, tras lelo, y tras memo, cándido inefable. Ex-romántico: más romántico ahora que cuando lo era titular. Hay que dejar en paz —empero— a Beremundo, llamado ahora El Solitario. El Solitario absoluto, el integral solitario isloteño, que ya no va a volver a vérselas con nadie, que se dará, ya, de lleno, al cultivo, con mejoras, de su soledad, que es su solar, que es su jardín sellado y su cármén de maravilla. Hay que dejar en paz a Beremundo el Extrañado sobre Extraño, ahora que ya no se bebe los vientos por Iseo alguna? ahora que no cree en ningún mito ni figuración, siquiera emblemáticos, siquiera aparentemente reales. Ahora que no se bebe los vientos, que quiere no beberse los vientos por no beberse los humos. Talvez. O viceversa. Quiérese decir con esto —concepto de los exégetas suyos— que no insiste Beremundo el Extrañado en su hóbby, en sus hóbbyes, ni en el maniquí del Cumanday, ni en la entelequia incógnita, ni en amar nada ni a nadie?; porque el éxtasis —aún ilusorio— no compensa el empeño o la acción -función-unción, no el logro aún, de la dorada poma,

de la melada poma, equivale al jadear acezante. Y ya se iba —también— a entrar en el sonado pleito de la benemérita secuencia de los Reyes Magos, ya no sólo de la clásica tríada; ya no sólo, de los trajinadísimos tres, tenidos por únicos. Ya no sólo, tampoco, de los Cinco Poetas Reyes Magos conocidos por el clan greiffiano, quiérese decir, no sólo ya de Gaspar el de Paros. Ebenezer el de Marfil, Altaír el de Oliva, Melchor el de Gules y Baltazar el de Abenuz. Que se tratará de aquéllos, de aquestos, y de los otros posibles —cuando vayan apareciendo en el tingladillo—. Los otros posibles Poetas Reyes Magos, que serían —entonces— ya Ene -menos-cinco. Se iba a reiniciar tan sonado debate, mas ya la clépsidra (esa vez) iba a anunciar la hora y el vocero a sonarla. E íbase —esa vez— a hacerle un rondel a Dorabela y una espinela a Inés Sorel y un soneto (mejor que una sonata o tal quinteto) a la vecina de la serenata. Sé Renata, Isabel después de viuda, mi hóbby y serenata antes de la diana antelucana. Para delicia de Gaspar de la Noche, valvasor del Insomnio, el duerme-vela siempre en vela. Y para envidia generosa (es de Farina) de Beremundo, el Solitario, el Obelisco Isloteño, el Extraño Extrañado Extranjero senescal del Exilio, el Paria-príncipe. Pero todo ello es ruido de ventolina y hojarasca del babélico verbear y es reverbero de hoguera al extinguirse o miel sobre hojuelas si os

peta lo trivial u os irrespeto lo no sólo usual llamado insólito y que es saldo insoluto, y solo haber de Bogislao. Y vuelta con Bogislao! El cual Bogislao, retirado de la circulación, dedícase ahora a poner en punto de edición un Sexto Mamotreto, que se intitulará VELERO PARADÓJICO si no CENTÓN a secas, sin tón ni són. Con lo que pasó, de huraño-adusto, a ser el parangón de la misantropía más aguda. De hosco-tosco pasó a caracol hermético elipsoide. Y ya era tan dado a las elipsis. Bogislao, entonces, tasca el freno y, en su rincón, acondiciona el texto definitivo de su centón para luego —impreso— lanzarlo a la indiferencia. Y como ya lo había dicho otra vez, en la soledad de su Cuarto del Búho, con cristalino amigo a la vera, para, de rato en rato, dialogar con él y sorbo a sorbo. A lo peor no le queda otro camarada a Bogislao, a él, que toda la vida fue tan leal compañero de sus amigos. Y que los tuvo. Y tuvo otros afectos... Quédanle, si ausentes —no tan lejos— pero distantes, unos, y otros en mesteres y afanes más premiosos y no tan ingratos como ellos y el de hacer acompañamiento a quien hora, como solista, raspa las crines de su contrabajo: tañe si las de otro Bach o de otro Pitris, en él, las sus SECUENCIAS. Cuando no escucha lieder de Schubert. Escuchando lieder del mocetón vienés miope y en su tugurio, en su Cuarto del Búho, con el cristalino amigo a la vera, para, de rato en rato —espaciados— dialogar con él, y sorbo

a sorbo. Logra olvidarse así, breves instantes, de su rotunda soledad. Que a veces no le queda otro camarada que lo soporte o a quien tolere Bogislao... Labora en el acabado —relativo— de su CENTÓN de poemones, y echa un breve diálogo mudo. Para el monodáctilo tecleo en su Olivetti. Y torna a sus SECUENCIAS en el contrabajo... Sale poco a la calle, como no sea de oficio, por urgencia de su labor burocrática. Parece que de tanto hablar solo, sin escucharse, en su tugurio, sorbo a sorbo, lapo a lapo, se está quedando mudo, detrás de sordo, así que, cuando, por sus ocupaciones oficinales, vése constreñido a salir de su osera y meterse por las rúas, rumbo al obraje y al obrador, y si mientras ese cuando, de muy mal aconsejado, detiénese un instante no largo y para en cualquier cafetín o albergue, cualquiera quisque dáse cuenta de ello, y súbito. Que, entonces, en los casos dichos —si algún extravagante desalumbrado su ex-conocido le interpela, él, Bogislao, ni alza los ojos —miopes— puestos en la tacilla de café o en el libraco que entre lee o entre ojea o en el cuadernillo en que garabatea y disparata. Ni alza los ojos ni se entera de que se le parla y menos aún de qué se le parla. Como, magüer loco en ejercicio y funcional ejercita además la exacta lógica mas estricta, y porque —a fuero de zahorí— les concede idéntica zahoridad a las demás gentes, ocurre que

encuentra ocioso entrar en explicaciones respecto a su mudez taciturna o quier abstracción misantrópica.

Deja Bogislao los maravedises en la mesilla... y parte. Parte sin novedad... Sin novedad casi siempre. Mudo. Pausadamente. Cualquiera (dícese Bogislao), cualquiera, por mínimo que sea el sujeto tiene sobrado derecho —al menos— a la minúscula riqueza de la su soledad, a la paupérrima libertad —siquier— de su silencio, y a la mísera venturanza de poder hacerse el sordo. La ventura de la voluntaria sordera. Recuerdo (dícese Bogislao), recuerdo, como en sueños, que alguna vez pergeñó un mi caro ex-amigo, la ADMONICIÓN A LOS IMPERTINENTES, no sábase si enderezada a mí, contra mí (por entonces locuaz) y contra otros de la laya. Lo que si es exacto de toda precisión, es que desde que vino la ADMONICIÓN a mi conocimiento la tengo por obra mía de mi, Bogislao, por adopción sin roballe la paternidad a quien sea el fautor de tal esperpentoso engendro infando. Tampoco olvido (piensa y dícese Bogislao) que yo, a más de ser solitario, soy soberbio, y que en pos de superbo soy acerbo, y, tras acerbo, préciome de adusto, y que soy, de contera, sobre adusto, impertinente —es decir, franco— y, de franco, exprésome con suma claridad y total inopia de eufemismónica. Síntesis. Ni hablar de ello. Tampoco olvido que soy también, de remate, loco de remate. Orate... Tanto, como Pendás Laria

de la Hoz o Saturnino Callejas, pero no se aproxima al grado de maduración de Beremundo. De él es aquello de Cuatro grumetes: uno, dos, tres, cuatro, se suben a la cofa. ¿No hay más cofas? Son las cofas mi jóbby mi dolatro! En su loor cuarenta y tres estrofas enfilaré en segundos veinticuatro! (Batiendo el record de Lope de Vega). Cuarenta y tres toesas —¡fuera mofas!— enfilaré, y quizá me quede corto... Urdir estrofas es cuanto idolatro mientras trasiego un ánfora de Oporto... y dos o tres pintas de cualquier vinillo aloque o de otro destilado espirituoso. Yo soy el sueño Polidoro —agrega— señor del Piélago, dueño del Archipiélago, caimacán de caletas, radas, ensenadas y golfos, amo y esclavo del Océano numeroso! Odiseo y Jasón! Ibn-Batuta y Juan Caboto, el rojo Erik y Leif Erikson, Pigaffetta y Amérigo y Cristóforo! Caronte de mi nao, remero galeote, viajero único a bordo! La Rosa de los vientos es mi flor y mi ruta... ¿Mis perfumes? Las sales y los iodios, el aura de mariscos de Afrodita, el sexual tufo ecuóreo! Mi música es el viento turbulento en tumulto, el monzón, el sirocco, el simún, el tifón, el furor de procela por la trompa de Eolo —su caracola milenaria—, el marino rimbombo! Yo soy el sueño Polidoro, el gaviero, el grumete, el galeote, el capitán, el piloto de mi nao? Yo soy el sueño Palinuro, el siervo de Thalassa y el Doria, comodoro! Yo soy el sueño Ashvérus por el mar de un Polo al otro Polo!

Y emblema del viajero sedentario... Símbolo del vikingo anclado, al paio, ex-Lobo de Mar, ex-Lobo, ogaño nauta de fantasía y de ficción, de gabinete, melancólico, mítico y baldío y Ulises u Odiseo absurdo y gafo y anacrónico, ex-Lobo imaginero imaginario, hipotético e ilusorio. De seguir hé pugnando con las nébulas —bodlereano—, bebiendo tifones o simunes (mejor que auras y céfiros *blandos*). De seguir hé tras de las fábulas y los mitos y fantastiquerías y ficciones -divertimenti para mí, con efectos somníferos para quien lea —póstumas— batiendo las mandíbulas, criptopoéticas mucho antes que jitanjáforas... Dejando a un lado esdrújulos o esdrújulas cambio de rumbo al consultar mis brújulas. (Brújulas. Brujas pequeñas). Trashumante andariego —si sedentario—, multilocuo tenaz, grafómano pugnaz, de espita suelta: sobre mi verborragia oceánica navego como un víking que fuí: yo me soy nave, mar y piloto y galeote —cuatro en uno—; la nao Hiperetusa no es una nao esbelta, ni el mar zafíreo: pero el piloto sabe, sabe y otea, penseroso y grave, y el galeote, ya a estribor ya a babor, con ritmo alterno rema bajo el empíreo como el mejor y mejor que ninguno (Lo digo para mi gobierno). Palabras de Beremundo, luego si está más loco que Matías Aldecoa, asilado en Bédlam desde su mayoría de edad, poco después de la extinción de la revista PANIDA. Ha llovido no poco desde entonces

(especialmente en los últimos meses y no sólo en el Altiplano).

Y ahora resulta que cierta vez el mar se fué, se fué detrás del Viento, y se vino a saber, luego, que del ido mar, la noche iba a la zaga. Así mismo —observa Pero— se van los días, todos los días, ora los plúmbeos, ominosos, ora los áureos, dorados como el día de hoy por la mañana y aún más tarde.

También se van los días y nos dejan las noches, como consta en el LIBRO DE LOS ORÁCULOS Y PRONÓSTICOS de Casiodoro, como consta —además— en las INMEMORABLES de Policeto, y en las INNOMINABLES de don Mendo Mendaz y Mendigaña y Mendizabaleta. Se van los días y nos dejan las noches. Las noches, para nuestro regocijo, deleite y solaz —en muy jubilosas ocasiones—. Las noches, para nuestra congoja y duelo en las otras, que son las más y asaz abominables ocasiones. Son más también porque no se borrarán jamás de la memoria. Tampoco las otras: tanto se añora el bien perdido. Aunque también es cierto que todo tiempo perdido fue mejor. Noches abominables para nuestras congojas. Congojillas a la postre. Coxcojas también y coxcojillas: que si no llegan siempre (como se las espera) suelen cojear las noches. — El mar se fué, se fué detrás del Viento. Del ido mar, la Noche iba a la

zaga: como cuando Ysabeau cruzó danzando, como cuando triscaba Melusina —Flor de los Campos—, florestal portento, de cuyo hechizo el corazón se embriaga (con el mero recuerdo). Fugóse el mar. Tras él se va fugando —gaviota ocasional— la Noche Endrina. La Noche Endrina. Y aquí de Matías Aldecoa, nuestro recluso en el Bermejál, que así irruyó una vez:

Yo de la noche vengo y a la noche me voy...
Soy hijo de la noche tenebrosa o lunática...
Tan sólo estoy alegre cuando a solas estoy
y entre la noche, tímida, misteriosa, enigmática!

Tranquilo y sonriente por las callejas voy,
indiferente a toda la turba mesocrática,
y sin odios... ¡tan bueno como me siento hoy!
Sin embargo... ¿y el odio por la Dueña Gramática?

Pero la noche sabe borrar esos rencores...
La Noche: dulce Ofelia, despetalando flores...
La Noche: Lady Macbeth azarosa asesina!

Que es la noche resumen de humana y de divina
proteidad, y que es urna de todos los olores...
¿Cuándo vendrá la noche que jamás se termina?

Romanticismos de primera hora del compañero Aldecoa (Matías, Francisco Odín) poeta vascongado, doctorado Orate en la más alta categoría. Cuando advino la noche ciega le puse siete sellos —y mi nema— a la ilusa cohorte de los míos, como así

mismo al séquito pululante, ululante, bululante, de sueños y tras-sueños y soto-sueñecillos forasteros! Duermen ahora: que sea por Mil Noches y otra Noche —de siglos o de minutos..., de instantes o de segundos o de milenios, en el más cómodo de los decúbitos —en el dorsal, presumo...—. Buenas noches, Horacio.

19 I 1956

Ver TERGIVERSACIONES (IV) (en TERGIVERSACIONES - OBRA POÉTICA, Volumen I).

LXXXII

También de acuerdo con los pronósticos de los más avisados augures, videntes, oráculos, vaticinadores, horoscopistas y demás gentes del jaez y aderezadores de Almanagues, parece lo más posible, si no aún probable, que se acerca el otro Mito y penúltimo de ésta secuencia. Nuncios de ello son los Cinco Poetas Reyes Magos en su visita ocurrida ha poco. Nuncios y farautes elatísimos. ¡Fuera boinas vascas! ¡Oxte garambainas etruscas! ¡Abur malinconía! ¿A qué tamaños duelos? ¿Semejantes quejumbres jeremíticas como de Job idumeo? No olvides, Fabio, que otro de los nuestros sumos maestros, y desde muy en los albores de aquesta nuestra malhadada Era o érase que se era, hizo, Fabio, el muy sensacional obvio descubrimiento-invento-eureka de que Todo no vale nada y el resto vale menos. Algunos excrutadores

abisales y buídos exégetas enteradísimos —dicen— aseguran que es evidente que algo después nuestro sumo maestro en ejercicio de su función modificó, tratando de enmendarle la plana (como es de uso decir, Fabio) al texto, en su segunda mitad, quizá hemistiquio... De esta nea manera quedó acuñado el asendereado apotegmilla: Todo no vale nada si el resto vale menos. La reforma tampoco importa ni la mitad de un ardite ni el diezmo de un bleo. De todos modos subiste intacta la primera mitad y hemistiquio quizá. Y es verdad de a puño. Es así, Fabio. Así es, oh concoleas paniaguados! Todo no vale nada. Y nada ahora, con tendencia a una mayor desvalorización, a una paulatina pero insistente y continua devaluación, ya muy por debajo del cero. Es claro. Es claro, de toda claridad nectárea. También es axiomático aforismo concluyente, de mucho predicamento monitorio, de mucha sindéresis medulosa, el de Ñor Proto Jairo Jaramillo Teleche, arriero y cargamundo Atlas de la Ceja de Guatapé si no de los mismísimos Vahos; anejir que así sonó a fines del siglo últimamente pasado, como ahora suena: *Mientras más pior más mejor, mi don!* Se me cuenta o lo leí por ahí que al anejir se le agregó por ése entonces: *Y métase que está bajito!* Pero se trató de un caso típico particular de reacción paísa. Relacionábase con yo no sé ni me importa que clase de pleito entre Caristas y Velistas. Creo recordar que así lo oí referir

a posteriori. Vélez no sé si de la Costa o si don Marceliano el tío de Ciro Mendía y Caro el de Bolívar no fascina. Caro el de la apiforme testa de berroqueña mal-labrada, con minúscula. Y, si Sancho, en veras. Sancho el Bravo. Fuera etruscas garambainas! Oxe vascas boinas! Oxe! Y abur, abur, agur, engibacaires! Todo, todo no vale nada, y mientras, mientras peor mejor. Y dejémoslo, Fabio de ése tamaño, en verdad tamaño hartito pequeño, en camino a diminuto. La cosa duele. Siempre se estaba equivocado. Toda equivocación, Pero, deja huellas, aún estigmas. Grullo. Métete, Fabio, más aún, en tu caparazón. Tortuga amigo, caracol cofrade. Y vuélvelo todo enigmas, paradigmas, portentos esperpentos como para Mito. ¿Mito? El icarino vuelo milagroso siempre da en tierra...

26 I 1956

Ver BALADA DE LA FÓRMULA DEFINITIVA Y PARADOJAL
(en TERGIVERSACIONES - OBRA POÉTICA, Volumen I).

LXXXIII

Desde los tiempos de Upa —si no desde antes— yo mismo me lo vengo preguntando, sin dar jamás en ello. Sin disciplina, sin método, a la diablo, funcióname el magín, a manera de autómeta. Autómeta si cogitante, si escribiente, si parlante. Nunca he logrado contestarme. Poco he insistido en ello, es cierto. Ahora. Ayer quizá: que pretende

expresar qué propósito o despropósito encarna, cuál será el su objetivo-meta, cuál el rumbo itinerario que sigue y cuál la intención que ánimo o aliéntalo —todo ello totalmente fallido—; qué pretenderá expresar a queste a modo de divertimento programilla batiburrillo disparatorio del disparaterío? Programilla bautizado y confirmado con la gracia de BAJO EL SIGNO DE LEO, no por Leo alguno, salvo en la confirmación, sino por un su con-colega o piedracelista o tenido como tal por los clasificadores más zahoríes —en su concepto de ellos solos—. Dificilillo, arduo (para mí, digo) resolver tal cuestionario interrogatorio. Dificilillo, escabroso, arduo..., o sumamente elemental u obvio absolverlo, pero ya, por quien lo escuchara o escuchase una vez siquiera. Como todo aquello que desde antaño remoto escribe o garabatea su espetante (en prosa prosaica, en prosa pseudo-poética, en verso, o en poesía por ocasión casual) también así el programilla batiburrillo apodado BAJO EL SIGNO DE LEO podría y puede ser tenido como una otra de las interminas innúmeras secuencias y trancos de TERGIVERSACIONES, de SIGNOS o de VARIACIONES ALREDEDOR DE NADA. Y de nada no en dos platos sino en una vajilla de abundosas unidades pero no de Sevres. Alredor de Nada y en torno —casi siempre— a sí mismo y a la cohorte, taifa, trinca y tropel en barullo —no catalogable—, de Entelequias, Logomaquias, Ficciones, Visiones, Figuraciones, Transfiguraciones,

Avatares o Avataras, Metamorfosis y Presencias ausentes míticas ora o emblemáticas. Lo que constituye el patrimonio único —todo ello, lo de suso— de aqueste desalumbrado buhonero de baratijas, urdidor de embelecos y oropelería falenciosa; trovador que casi ni trova; juglar sin gracia antes que poeta (con tal y cual por cual venturoso fortuito hallazgo). Patrimonio único —ello— de aqueste Tabarin 4º, Autólico 7º y enésimo Dulcamara de pacotilla. BAJO EL SIGNO DE LEO. Bajo este Signo, y bajo cualesquiesiera otros Signos, todo idéntico. Todo de una misma docena. Doscientos trece gritos en la esquivia floresta oí. ¿Doscientos once? ¿Doscientos quince gritos? Por lo demás... Vaya alguien a lograr saberlo nunca. BAJO EL SIGNO DE LEO viene a ser el trasunto —en síntesis confusa— de un cierto ente entre sólito o no, y harto insólito en veces. Cierta ente no de razón. Y que dice cuanto —Bajo el Signo de Cáncer— le acaece facturar-despotricar a quien Bajo el aciago Signo ominoso de Saturno —el más alto de los Signos— siente, piensa, imagina e intuye, y luego —malamente, helás!— enfila en renglones cortos o largos o alternos. Y ello con el único anhelo de huír de sí mismo (así es: fuga con variaciones). De huír de sí mismo al tratar de entenderse, de interpretarse y de traducirse, también para sí mismo. No en especial así, propiamente, como para quien por accidente o tropiezo casual le oiga, pero quizá si para aquel que realmente le escuche así sea

por mera curiosidad o por malévolo capricho. Para sí propio en todo caso (también para sus Otros-yoes). A ver si dá consigo mismo escapándose: en su afán (inútil quizá) de llegar a ser Ente consciente de su frondosa insania verbal o de su muy cuerda folía poética —o infrapoética—. Y esto es todo. *Only this, and nothing more*, —dijo el Cuervo desde el Busto —era el de Palas—.

Esto es todo. Todo de nada. *The rest is silence*, proclamó, declamó, Will desde el tingladillo de EL GLOBO. Más o menos así respondióse cuando el interrogatorio, en fecha aniversaria asaz vecina: como de ayer apenas.

Bajo el influjo de Saturno siempre, que es el más alto. *Saturno está bien solo, en su rincón, el más lontano del Sol* —me susurra a la memoria Suarès—. Saturno, para distraerse, juega a la bague —al arillo— con su anillo. En vano ensarta infaliblemente el triple eclipse: no toma con ello verdadero placer...

Igual será en el caso de todos los saturninos, auténticos, de alta o de baja categoría, como alguno que apareció y reapareció por los lados del Mito: Todavía irrumpir, irrumpir otra vez, echar más favilas al viento, más guijarros, más jacillas al mar, más sueños al azar, más azar al soñar... Todavía irrumpir turbulento...

Aunque no tome con ello verdadero placer.

¿Qué le queda a Saturno (se preguntó Suarès y ahora me lo balbuce al recuerdo) ¿Qué le queda a Saturno? Nada, si no es el ser poeta. Casi todos los grandes poetas son saturninos.

(Y algunos de los pequeños, me dice Bogislaus).

Continúa Suarès: *La densidad de su melancolía puede con la carga de todas las nubes y le abre todos los sueños. Y él sueña a falta de algo mejor: Saturno es artista. Su imaginación es el Sol de la penumbra. No tenía corazón y al fin, del ritmo, le nace el corazón. Su vientre no reclama ya tantos festines: en el presente nútrese de imágenes, de símbolos, de formas poderosas y exquisitas. La Luna es su lámpara de cabecera. Baudelaire y Rimbaud, Coleridge y Verlaine, Wagner, Berlioz y tantos músicos, Dante y Pascal: todos hijos de Saturno. Pero Don Quijote y Montaigne no lo son, ni Tolstoi. Dostoyevski lo es sin serlo, y cuando lo es en seguida ya no lo es. Saturno es más verdadero, más grave, mejor acordado, y por lo menos, de tiempo en tiempo tiene sus eclipses... Saturno triunfa en la pasión porque ella es siempre mortal. Se muere en la pasión, al menos en apariencia: ya no se puede vivir. La pasión, en la tormenta, teje hilos de oro y de fuego al traje de Maïa, pero ella arde, destriza el velo...*

Todavía irrumpir, irrumpir otra vez, y dar de beber al sediento, de yantar al hambriento, de amar y de yogar al hambriento y sediento del liento surco de taladrar, de arar, de navegar y de sembrar y fecundar y germinar y cosechar... Yo siempre digo como siento.

Entre los hombres —continúa aún susurrando André Suarès— entre los hombres, Adán es el primero, como se sabe. Saturno es el primero entre los Dioses. Lleva el fardo de la evolución. Sin cesar va y viene de la paternidad a la destrucción del día a la noche, de la acción al sueño y de la Génesis a la inmovilidad. El es el dios del Occidente, su Sol y su sombra. El astro cae en él. Es él la fuerza mejor compensada y la más eficaz compensación de toda disolución, de toda desdicha...

Yo siempre digo lo que siento, yo siempre vivo como siento, yo siempre escribo lo que siento, sin cesar, sin cejar, con aromas y ritmos, melodías y pasmo del soñar, —al azar—, con ácidos y sales y heces y pozos del pensamiento. Yo siempre escribo lo que siento: lo que siento sentir hasta muy más —a lo hondo— del lacerar y el lancinar mi corazón; y lo que siento sentir al cogitar —penseroso— hasta muy más —hacia el ápex— del meditar, del meditar hecho martirio, lacra, estigma, tormento...

Las muchedumbres ven una peste en él, en Saturno, y los sabios, los poetas, una virtud sin par de meditación mesurada, de consciencia contemplativa, y aún de fantasía: porque la naturaleza se complace con la fantasía riendo hasta en el dolor, y su arte es un capricho. La más bella de las sonrisas es la de la tragedia y es a veces también la más terrible...

Todavía irrumpir, ogaño. Otra vez, otra vez echar más pavesas, más briznas de bazofias, de basuras al viento, más cenizas y escorias y zurrapas al mar, más abalorios y oropeles falaciosos y falenciosos espejismos al soñar, al azar; más azar, más albures, más mitos delusorios y fábulas ficticias al soñar. Todavía irrumpir, irrumpir otra vez, para dar de yogar y de amar, de extasiar y folgar y yacer al

aún turbulento; de beber y soñar —pero nunca en jamás le saciar— al de sólo de ensueños y fervor y furor y de ardor y de sedes opulento. Yo siempre siento lo que doy en pensar...

Por ello, y con todo, y desde antes de mañana —en largo intermedio interludio y pausa— voy a incrustarme en el silencio —de donde no debí salir— y voy a tornarme definitivamente hosco solitario. A incorporarme en mi señera Soledad. No volveré a frecuentar amistad ninguna y voy a despojarme de todo afecto cordial o espiritual. Eso es: a hacerse duro, a ser solo, a vivir por dentro, caro herr Bogislaus von Griphius. Duro. Solo. Introverso. Es esa la consigna, oh Saturnino. El resto vale menos, harto menos, como ya se sabe, y como siempre, desde siempre, hasta siempre. Si todo vale nada.

Hace quinientos años... Hace quinientos años escribió el florentino Marsilio Ficino: *Hay, principalmente, tres clases de causas que hacen de los letrados seres melancólicos. La primera es celeste. La segunda, natural. Y la tercera, humana. Celeste la primera porque Mercurio que nos convida a buscar las doctrinas, y Saturno, que hace que perseveremos en la búsqueda de aquellas y que, ya inventadas, las conservemos, son considerados, en cierta manera, fríos y secos. Y si, por suerte y ventura, no es frío Mercurio, no obstante se vuelve muy seco, por la vecindad del Sol. (Es éste, para los médicos, el natural melancólico: frío y seco). Mercurio y Saturno imparten, desde el principio, este mismo natural a los estudiosos de las letras, y se lo conservan y acrecientan de día en día. En cuanto a la causa natural, parece ser porque, para*

alcanzar a llegar hasta las ciencias principalmente difíciles, es preciso que el alma se retire de fuera a dentro, como de una circunferencia al punto central, y porque, mientras el alma está aplicada a la especulación, permanece firme, por así decirlo, en el propio centro del hombre. Ahora bien: replegarse de la circunferencia al centro y permanecer fijo en el punto medio, es principalmente lo propio de la Tierra, a la que, ciertamente se asemeja mucho el humor negro. La melancolía provoca asiduamente, al alma, a que se recoja, se detenga y contemple, en un punto. Y este, siendo semejante al centro del mundo, la obliga a buscar el centro de las cosas singulares, y la eleva, para que comprenda las cosas más sublimes, tanto más como que la melancolía está en gran connivencia con Saturno, que es el más alto de los Planetas. Y así, a su turno, la contemplación —por un cierto repliegue y comprensión en sí misma— atrae y adquiere un natural muy parecido a la melancolía. Y la tercera causa, la humana, depende de nosotros. Porque el continuo elevarse del pensamiento deseca en grande el cerebro. La naturaleza del cerebro se torna seca y fría, cualidad ésta que se denomina terrestre y melancólica.

Lo dijo Ficino, hace sus quinientos años en el Libro 1° —DE STUDIOSORUM SANITATE TUENDA, capítulo 4°—. Bien. Pues...

Yo siempre siento lo que doy en pensar. Yo siempre pienso lo que doy en sentir. Siempre siento lo que doy —al azar— en trovar, en soñar y ensoñar y —juglar, ministril, minnesinger, trovador y poeta— en tabular... En fabular con luces y color de fantasía, nébulas de ficción, sombras del divagar, en tabular con perfumes y ritmos y armonías y contracantos y contrapuntos del errabundo cavilar, en tabular con ácidos y tósigos y filtros y heces y posos del pensamiento virulento. Yo siempre siento lo que doy en pensar. Yo cuento siempre como siento.

Y ahora, desde antes de mañana voy a incrustarme en el silencio —de donde no debí salir— y a incorporarme en mi señera soledad definitiva. A ser duro. A ser solo. Eco en la caracola ecuórea. Eco sin eco. *Only this and nothing more*, dijo el Cuervo desde el busto. Hay otros bustos. Dulces sueños, Ofelia.

2 II 1956

Ver SONATINA (VELERO PARADÓJICO - OBRA POÉTICA, Volumen III).

Hay el siguiente manuscrito: Qué pretende expresar, qué propósito o despropósito encarna, cuál es el objetivo, cuál el rumbo que sigue y cuál la intención que lo anima —todo ello fallido—; qué pretenderá expresar a este divertimento programilla disparatorio del disparaterío, bautizado Bajo el Signo de Leo, no por Leo alguno sino por un con-colega piedracielista o tenido como tal por los clasificadores? Dificilillo (para mí, digo) resolver el cuestionado interrogatorio. Dificilillo..., o elemental u obvio absolverlo, por quien lo escuchara una vez siquiera. Como todo aquello que escribe o garabatea su espetante (en prosa, en verso, en poesía por ocasión casual) también el programilla apodado Bajo el Signo de Leo podría ser tenido como una otra de las innúmeras secuencias de TERGIVERSACIONES o de VARIACIONES ALREDEDOR DE NADA —y nada en una vajilla de abundantes unidades— y en torno a sí mismo y a la cohorte y tropel en barullo, no catalogable, de Entelequias, Logomaquias, Ficciones, Visiones, Figuraciones, Transfiguraciones, Avatares, Metamorfosis y Presencias ausentes míticas y emblemáticas: patrimonio único —ello todo (lo de suso)— de a este desalumbrado buhonero de baratijas, de embelecos y oropelería; trovador que ni trova; juglar antes que poeta, con tal y cual por cual fortuito hallazgo. Patrimonio único —ello— de este Tabarín 2º, Autólico 3º y enésimo Dulcamara. Bajo el Signo de Leo? Bajo éste y bajo cualesquiera otros signos, todo idéntico: Doscientos trece gritos en la esquiva floresta oí: ¿Doscientos once? ¿Doscientos

quince gritos? Vaya alguien a lograr saberlo. Bajo el Signo de Leo viene a ser trasunto —en síntesis— de cierto ente sólito, insólito en veces. Y dice cuanto, Bajo el Signo de Cáncer, le acaece despotricar a quien Bajo el aciago Signo de Saturno, piensa, siente, imagina e intuye, y luego —malamente— enfila en renglones cortos o largos o alternos, con el anhelo de huír de sí mismo (así es), al tratar de interpretarse y de traducirse, no en especial, propiamente, para quien por accidente le oiga sino para quien realmente le escuche así sea por mera curiosidad. Y para sí propio también (a ver si dá consigo mismo escapándose): en su afán de llegar a ser consciente de su insania verbal o de su muy cuerda folía infrapoética. Esto es todo. *Only this, and nothing more*, —dijo el Cuervo desde el Busto. Todo de nada. *The rest is silence*, declamó Will desde el tinglado de EL GLOBO. Más o menos así respondióse —cuando el interrogatorio, en fecha aniversario asaz vecina: como que ayer apenas—. Bajo el influjo de Saturno que es el más alto. *Saturno está bien solo, en su rincón, el más lontano del sol* —dijo Suarès—. *Para distraerse, juega al arillo, con su anillo. En vano ensarta infaliblemente la triple elipse: no toma con ello verdadero placer...* Igual será en el caso de todos los saturninos de alta o baja categoría, como alguno que apareció por los lados del Mito: Todavía irrumpir, irrumpir otra vez, echar más favilas al viento, más guijarros, más jacillas al mar, más sueños al azar, más azar al soñar... Todavía irrumpir turbulento...

Qué le queda a Saturno? (se pregunta Suarès) Nada —se contesta— si no es el ser poeta. Casi todos los grandes poetas son saturninos. La densidad de su melancolía puede con todas las nubes y le abre todos los sueños. Y él sueña a falta de algo mejor: Saturno es artista. Su imaginación es el Sol de la penumbra. No tenía corazón y al fin del ritmo le nace el corazón. Su vientre no reclama ya tantos festines: en el presente nútrese de imágenes, de símbolos, de formas poderosas y exquisitas. La Luna es su lámpara de cabecera...: Saturno triunfa en la pasión porque ella es siempre mortal. Se muere en la pasión, al menos en apariencia:

ya no se puede vivir. La pasión, en la tormenta, teje hilos de oro y de fuego al traje de Maïa, pero ella arde, destriza el velo...

Todavía irrumpir, irrumpir otra vez, y dar de beber al sediento, de yantar al hambriento, de amar y de yogar al hambriento y sediento del liento surco de taladrar, de arar, de navegar y de sembrar y fecundar y germinar y cosechar... Yo siempre digo como siento.

Entre los hombres —continúa ahora Suarès— entre los hombres, Adan es el primero, como se sabe. Saturno es el primero entre los dioses. Lleva el fardo de la evolución. Sin cesar va de la paternidad a la destrucción, del día a la noche, de la acción al sueño y de la génesis a la inmovilidad. El es el dios del occidente, su sol y su sombra. El astro cae en él. Es él la fuerza mejor compensada y la más eficaz compensación de toda disolución, de toda desdicha...

Yo siempre digo lo que siento, yo siempre vivo como siento, yo siempre escribo lo que siento, sin cesar, sin cejar, con aromas y ritmos, melodías y pasmos del soñar, —al azar—, con ácidos y sales y heces y posos del pensamiento; yo siempre escribo lo que siento: lo que siento sentir hasta muy más —a lo hondo— del lacerar y el lancinar mi corazón; y lo que siento sentir al cogitar —penseroso— hasta muy más —hacia el ápex— del meditar, del meditar hecho martirio, lacra, estigma, tormento.

Las muchedumbres ven una peste en él, Saturno, y los sabios, los poetas, una virtud sin par de meditación mesurada, de consciencia contemplativa y aún de fantasía: porque la naturaleza se complace con la fantasía riendo hasta en el dolor, y su arte es un capricho. La más bella de las sonrisas es la de la tragedia y es a veces también la más terrible...

Todavía irrumpir, ogaño. Otra vez, otra vez echar más pavesas, más briznas de bazofias, de basuras, al viento, más cenizas y escorias y zurrapas al mar, más abalorios y oropeles falaciosos y falenciosos espejismos del soñar, al azar; más azar, más albures, más mitos delusorios y fábulas ficticias al soñar. Todavía irrumpir, irrumpir otra vez, para dar de yogar y de amar, de extasiar y folgar y yacer al aún turbulento; de beber y soñar —pero nunca en jamás le saciar— al de sólo de ensueños y fervor y furor y de ardor y de sedes opulento. Yo siempre siento lo que doy en pensar.

Con todo y desde mañana, en largo intermedio interludio, voy a incrustarme en el silencio —de donde no debí salir y voy a tornarme definitivamente hosco solitario. No volveré a frecuentar amistad ninguna y voy a despojarme de todo afecto cordial. A hacerse duro. A ser solo. A vivir por dentro, herr Bogislaus von Griphius. Duro. Solo. Introverso. Es la consigna, oh saturnino. El resto vale menos, como se sabe, como siempre, desde siempre, hasta siempre, si todo vale nada. Hace quinientos años escribía el florentino Marsilio Fichino: *Hay principalmente tres clases de causas que hacen que los letrados sean melancólicos: La primera es celeste. La segunda, natural. Y la tercera, humana. Celeste, porque Mercurio, que nos convida a buscar las doctrinas, y Saturno, que hace que perseveremos en la búsqueda de aquellas y que ya inventadas, las conservemos, son considerados por los astrónomos, en cierta manera fríos y secos. O si, por suerte, Mercurio no es frío, siempre se vuelve, no obstante, por la vecindad del Sol, muy seco. (Este, para los médicos, es el natural melancólico).* Entonces,

2 II 1956 (incompleto)

LXXXIV

Se dijo y ni sábese quien, cierta vez, y eso parece que aconteció al iniciarse el primer preludio de la MULTOLOGÍA O POLISECUENCIA de innumerables grupos de Tetralogías indudablemente nada wagneristas pero ni siquiera simplemente musicales en esquema.

Se expresó así o de parecido jaez: Como esto ha de seguir —al decir de las gentes—. Al decir de las gentes, cuyas gentes serían los de por allá habituales contertulios tertulianos de ese entonces y luego los sucesivos tertulios epígonos, de elenco hartamente conocido de cierto sector lelo de pasmarotes o ingenuos sólo. Elenco recitado, proclamado con sumo alarde publicitario en inútiles ocasiones e inoportunidades —y muy en vano—, y ahora mismo, hoy, en trance de disminución y barajuste, y quizá de definitiva disolución por quiebra intelectual y substracción de materia sensitiva. Como esto ha de seguir, empero, en una forma u otra. Si ha de seguir: se ha de seguir el Soliloquio del Neo Príncipe de Aquitania, del exiliado Príncipe de Nolandia, del extrañado Barón de Tenebria. Del neo-tenebroso sin ni torre abolida. Si ha de seguir, se ha de seguir, que no le queda al desmedrado pitre ningún recurso evasivo, sino que habrá de obtemperar al mandato del Daimón como cumple al obediente

valvasor —por esa vez sumiso—. Obtemperar y seguir sin cesar, sin cejar, que así dicen que expresa la copla sonatina del Otro. Todavía insistir en el barato bateo, en el mane meneo de la péñola también, perseverar aún en el babelizar anodino del paradislero. Retrovar crucigramático; reincidir en los malabares del vacuo paroleo. Continuar en la terca iteración, no detener la cascabela vaniloquia, no retener el verbear sin reverberación, no contener, no acallar el irisado alud somerísimo. Irisado, si de colorines sin categoría. Somerísimo. Somerísimo si, o tan vagamente que no se toca su fondo subfondo. Que no se capta su significado tan recóndito, si abstracto, si elemental. Ese es el aire! vocea en estentóreo susurro el Daimón. Revira el valvasor: Vaya pues! Ea! y claro que al desgaire, sin el mínimo donaire, pues ha de tornarse —al fin— serio el orate, ya solitario tras saturnino inmerso en la espelunca, sumido paria en la sima abisal de la más soterraña cava de su cubil. Que no le cuadra al solitario saturnino el bufonesco tirso ni la marmota gárrula, ni le acomoda el gracejo tonto, tanto, como si le aprovecha la seriedad ponderada, mientras logra el mutismo, que constituiría ya la perfección y la exacta medida de la cordura en anhelo. Si ha de seguir aún el monólogo del quídam de Tenebria y de Nolandia... Y en el mismo plan, como reza la copla: Yo cuento siempre como siento. Todavía inumpir, irrumpir otra vez, derramar, derramar —y con ello aromar. Aromar: de zábila és,

de sándalo— la savia que me resta. Otra vez reverter —con ello deterger, corroer: son ponzoñas letales— las hieles que me falta consumir. Todavía irrumpir, irrumpir otra vez, otra vez irrumpir...: Sólo cuenta el minuto. Sólo vale el momento. Sólo importa el instante que se toma. se cata, se posee y se goza al pasar. El efímero instante gozar y disfrutar y poseer. Todavía irrumpir. Todavía irrumpir, irrumpir otra vez... No anclar en el recuento de fazanas, proezas, éxtasis y deliquios —de dulce memorar—. Todavía irrumpir, irrumpir otra vez... No amainar. Nunca anclar, menos, en el recuento de cuanto pudo ser, ni de empeños fallidos, delusorias estancias, estadias aciagas, embaidoras mirajes —de sollozo y lamento— Todavía...

No obstante que —y ya se sabe— desde los de Upa cuando no de muy anteriores años, yo mismo me lo vengo preguntando sin responderme jamás. Yo mismo ahora me estoy preguntando... ¿Y para qué? ¿Qué no me estará preguntando? Si ha de seguir el monólogo del de Nolandia citerior, por qué no enderezarlo alguna vez, enrumbarlo hacia otras zonas sí de provecho y substancia, hacia otras regiones sí de doctrina y enjundia ejemplarizantes? Bien que lo monitorio mal me viene y el dar consejo menos todavía que el aceptarlo pétame. Mas si todo en fin de tablas es mera literatura, y es hacer literatura mi afición y mi sola función y mi única acción.

Pues, entonces, daría, dará lo mismo salir por misereres que por peteneras. Ese es el aire, también —acota el Daimón de mi guarda. En la duda, abstente! Mi fuerte no es —tampoco— la abstinencia, como no sea obligada.

Todavía insistir tozudo, persistir, terco, y seguir... ¿Mejor a la deriva que al garete? Todavía irrumpir. No cesar. No cejar. Todavía irrumpir. Si todo ha de finar, todo de se abolir, si todo ha de parar —memento— en el Memento, si todo ha de caer en el no ser...: sabio es vivir viviendo a toda hora, sabio es vivir, vivir, vivir el día ya, vivir al día desde el alba hasta el atardecer, vivir al día desde el nacer hasta el cesar, sin cesar, sin cejar: sin cesar, sin cejar, y erigir: y erigir a lo efímero, de lo efímero, con lo efímero, perenne monumento. Ese es el aire! Yo siempre vivo lo que siento, yo siempre pienso como siento, yo siempre cuento lo que siento, como invento y de intento: con aromas y ritmos, melodías y pasmos del soñar —al azar—, como invento y de intento: con ácidos y sales, y heces y posos y ponzoñas del pensamiento... Como invento y de intento: para echarlo a danzar, a danzar y girar, para echarlo a danzar, a danzar y bogar y vagar, a danzar y volar, parabolar y revolar con el viento, con el viento —que es viento para el viento— en el viento...

En el viento! Ese es el aire! comenta el Daimón con sarcasmo y gelasmo. Pero Suarès me acompaña. Saturno —díceme— es cómplice del Rey David: ríe con él de Nathan profeta, ese Legado de un cielo sin tiempo ni espacio, humo vano. El viejo dios, siempre joven y siempre solitario, es el confidente de Tristan y de un dolor harto acerbo, en el seno de un eterno esplendor: tal es la tragedia: el esplendor y la amargura son iguales y la una no va sin la otra. Y pensad, dejando este

horizonte: Durar, es persistir y cambiar a la vez. Aún si no lo es para el geómetra puro y el analista, el problema del tiempo es insoluble para la ciencia universal. Pero no lo es para Saturno. Porque Saturno lo sabe: el tiempo se devora a sí mismo.

Como esto ha de seguir—al decir de las gentes—será entonces seguir. Por ello, y con todo, voy a incrustarme en el silencio —de donde no debí salir—. Y aunque no se me entienda a derechas y sí se me interpreta a zurdas, voy a tornarme definitivamente hosco solitario. A incorporarme a mi señora Soledad. Lo que no mortifica ni perjudica a nadie y si es beneficio invaluable de pocos, es cierto. Solo. Introverso. Es esa la consigna, oh Saturnino y yo sé por qué te la comunico. Lo sé, como siempre, desde siempre, hasta siempre. Has de hacer como Harald el Oscuro, tu viejo cuanto absurdo compañero de todo tu viaje. Rememora que Harald no quería, no quiere ahora tampoco echarse a morir, por más que ciertos de sus mejores amigos se lo aconsejen, o más discretos, sólo se lo insinúen. Harald no quiere aún echarse a morir —plantado acaso en su agerasia o en sus trece—. No lo quiere precisamente por la su agerasia insólita o solitísima. Realmente insólita! Qué le vamos a hacer! Como le dure un poco más. Y como si le advenga veramente Húhla; Húhla siempre la misma, nunca la misma, pero la misma canción que siempre recomienza! Que va a recomenzar! Que recomienza siempre Húhla! Siempre, si ayer no.

Nunca falta un mañana. Como no sea para volver a la obscura Tenebria: Si a Tenebria retorne luminosa dejando a Letabundia entre neblinas... Ciento cuarenta y cuatro rutas, Rosa de los Vientos comandas, y destinas —para Harald— la ruta de Tenebria? Si aciertas qué sé yo... Si desatinas, qué sé yo... Si eres sabia o estás ebria, qué sé yo, doña Rosa de los Vientos: el filtro que te enibra o que te inebria cuyo será? Lo catarán, sedientos mis labios, que torturan zahareñas o sajareños sicios, enecientos? Si a Tenebria retorne (si te empeñas, oh Rosa de los Vientos!) Letabundia qué hará de mis Enigmas, Signos, Señas? Qué hará sin mi retórica facundia? Qué sin mis crucigramas, logogrifos, jeroglíficos? La áspera iracundia de inanes o cotorras, monstruos, grifos, gárgolas o quimeras, su de podre sobre quien verterán —si mis jarifos hombros se esquivan— rebosante odre? Su de podre y salivas odre infecto? Pleito no es este que me descolodre ni me cambie de insano en circunspecto —no lo siendo, o, lo siendo no en insano me vuelva (si no soylo atán perfecto)—. Si a Tenebria retorne... ando papano:

(lo que motiva un paréntesis y pausa).

Harald se echó por los cerros de Úbeda. Luego reapareció con sus manías de ornitólogo: Yo soy sacre mejor que gallinácea oronda o hética! Soy halcón, alfaneque, azor! Soy acre solitario! Señero hosco! Soy único —si en mi nugacidad!—. Nadie me lacre —después me selle— ni en lapón, ni en rúnico, ni en bable, ni en lunfardo, ni en caribe. Poeta soy, sí pésimo, ni púnico ni romano: ni Aníbal (se concibe); —para Aníbal, qué *Caunas tan endrinas*—. Ni Bruto ni Scipión (Burro exclusive). Poeta soy si pésimo; si raras, si bizarras mis rimas, si retóricas, si juglarescas; si con trucos, taras, vicios, ocios; si poco metafóricas; si poco o nada angélicas; si mucho menos que nada cultas o folklóricas normas usuales calcan: cucurucho ni

cornucopia son que vierten copia de copia ya manida; si Ayacucho ni Carabobo en-odan; si mi propia relatan Odisea y si mi mismo narran viaje por la mía Utópia.

En su manía de hablar siempre de sí mismo, de intentar no se si de justificarse, de definirse o de indefinirse más y más, prosigue Harald el Oscuro: Poeta soy si pésimo, sin ismo —no península entonces—, ergo, Islote flotante sobre glauco, rauco abismo, bajo de azúres... (si no hay nubes)...

¿No te parece que es bastante?

Pónle punto —por ahora a lo menos— y estrambote —no largo— a tus son-sones sin asunto... Pero... Punto le pongo —por ahora— Pero temo que he de seguir. Nada me place cortar el año al iniciarse enero, ni epitafio, requiescat o aquí yace, ponerle al que está vivo o lo simula... Quien que consigo mismo se solace no se ve? ¿No el Narciso asaz pulula? Dejádme el hacer versos a la diablo que así sacio mi sed e hincho mi gula. Coplero nato soy.

En eso si está de acuerdo todo el mundillo literario, todo el mundo de Beremundo.

Coplero nato soy: no añeja fabla. No pueril novedoso balbuceo. Propio idioma brusco a raja-tabla. ¿Que en el vetusto Lexicón buceo? Que —neológico— invento mis voquibles? Que uso poco de tirso y caduceo? Que me placen las rimas ostensibles? Que elabora mis trovas artificio pentagramaticoide, con qué horribles contrapuntos y cánones...? Que vicio mi poesía de verbal floresta —material no poético—, —ejercicio de rimador retórico—, —funesta traición a lo poético—, la forma concertada violando

(virgo Vesta...)? ¿Que por qué no me meto entre la horma? Que por qué no me ajusto a lo prescrito? Que por qué me les salgo de la Norma: —Biblia, Summa, Alkorán, Unico-Rito? Que etcétera y etcétera y etcétera! Opto, Baruch, el abdicar: dimito! Reo me constituyo —ad pédem Létera— de lesa poesía. Abjuro! y juro cesar en poesía Nova et Vétera! Para incumplir? Quizás... Tal vez... Seguro...

Y qué me pondría a hacer en mis ratos de ocio...? Pues dedícate a explotar esas tus minas y esas tus empresas de que tanto alardeas y te ufanas: tus minas de somortas, de hefestitas y de peridotos en Gocia y Visigocia; tu fábrica de pajaritas de papel y de batutas en la Aquitania nervalina; tu tenería, curtiduría de pieles de zapa, es decir de pieles de onagro, sita en Balzacia Honoratísima; tu central filatélica, babélica, mélica y aristotélica, que en la región pentélica fundaras con Apolonio el Babilonio... En fin, coge oficio, Harald... Ese es el aire! clama el Daimón de mi Guarda. Pero no sé el concepto de Gudúla, siempre la misma, nunca la misma, pero la misma canción que siempre recomienza. Huhla! nunca falta un mañana. Buenas noches. Beatos sueños, Cordelia. Idem, Gudúla.

9 II 1956

Ver FILOSOFISMOS - SONATINA y EPÍSTOLA ENÉSIMA A CIRÍN
(en TERGIVERSACIONES - VELERO PARADÓJICO y POESÍA NO INCLUIDA
EN FÁRRAGO - OBRA POÉTICA, Volúmenes I- III y II).

Hay el siguiente manuscrito: Se dijo cierta vez y eso fué casi al iniciarse el preludio de esta Multilogía o secuencia de innúmeras Tetralogías no wagnerianas pero ni musicales siquiera. Se dijo así: Como esto ha de seguir, al decir de las gentes, cuyas gentes serían los habituales tertulianos de ese entonces y los sucesivos tertulianos, de elenco ya sobradamente conocido de cierto sector lelo. Elenco proclamado, recitado en inútiles ocasiones e inoportunidades y hoy en trance de disminución y barajuste y quizá de definitiva disolución. Como esto ha de seguir — en una forma o en otra. Si ha de seguir aunque en silencio el soliloquio del Neo-Príncipe de Aquitania, del exilado Príncipe de Nolandia, el neo-tenebroso sin ni torre abolida. Si ha de seguir no le queda al pitre ningún recurso evasivo, sino que habrá de obtemperar al mandato del Daimón, como disciplinado valvasor, y seguir sin cejar, sin cesar como dicen que dice la copla del otro. Todavía insistir en el bateo, en el meneo de la péñola también, perseverar aún en el babelizar, en los malabares del paroleo vacuo. Continuar en la iteración, no detener la cascabela vaniloquia, no retener el verbear sin reverberación, no contener el irisado alud somerísimo. Irisado si de colorines adocenado. Somerísimo. Somerísimo sí, o tan profundo que no se toca su fondo subfondo. Ese es el aire! vocea en susurro el Daimón. Revira el valvasor: vaya pues! y claro que al desgairer: sin el mínimo donaire, pues ha de tornarse —al fin— serio, el orate ya solitario saturnino inmerso en la espelunca, sumido en la sima abisal de la más soterraña cava de su cubil. Que no le cuadra al solitario saturnino el bufonesco alarde, ni le acomoda el gracejo tonto, como si le aprovecha la seriedad ponderada mientras logra el mutismo que constituiría la perfección y la exacta medida de la cordura en anhelo. Si ha de seguir aún el monólogo del quídam de Nolandia... No obstante que —y ya se sabe— desde los de Upa cuando no desde anteriores años yo mismo me lo vengo preguntando sin responder jamás. Yo mismo me estoy preguntando ahora... ¿qué no me estaré preguntando? Si ha de seguir el monólogo del de Nolandia citerior, por qué no enderezarlo, enrumbarlo hacia otras zonas de provecho, hacia otras regiones de doctrina ejemplarizante?

Bien que lo monitorio mal me viene y el dar consejo menos todavía que el aceptarlo. Mas, si todo es mera literatura y es hacer literatura mi afición y mi sóla función y mi única acción. Pues daría lo mismo salir por misereres que por peteneras. Ese es el aire, también —acota mi Daimón de Guarda. En la duda, absténte! No es, tampoco, mi fuerte, la abstinencia como no sea obligada. Todavía insistir, persistir y seguir.

9 II 1956

LXXXV

Ese es el aire! Alea! Olé! Tomábase el sol —una mañana que le hubo— en la plazoleta, en la plazoletilla de oriente, y dejábase tomar dél, no el pelo —ausente ha marras de marrísimas— pero ni el pelo de la dehesa que no se lo trujo cuando se la dejó. Tomábase el sol orondo y leíase —en el momento— OMOO, de Melville o sea del Vagabundo del Pacífico, del primero, aclaro, que otro fué después Stevenson, otro, más tarde, Conrad, y otro, venturo, Palamedes de Ojeda que no ha iniciado su periplo, en espera de Oriana. En esas solas se estaba en la plazoletilla de oriente, cuando apareció, que venía como desgalgándose de las lomas y laderas del de Guadalupe, meneando cimbreante garbo ya madurete si en la mejor sazón y punto, qué coruscante hurí. En la mejor sazón y punto (al ídem súpose que era la mismísima Oriana de Palamedes, y no podía ser otra pues se la esperaba desde un lustro atrás y por ahí mismísimo tenía de aparecer) —conforme a vaticinio a oráculo y a horóscopo hereje—, por ahí mismísimo y

no por llanas zonas planas y menos por rúas céntricas, concéntricas, excéntricas, ni por estradas anodinas. Oriana. Se conocía a Oriana, también, por revelación captada a duermevela mientras una serie o rosario de visiones, imaginaciones y fantasías de ficción, Bleikeanas (a cada una de ellas las llamó A MEMORABLE FANCY el ponderado loco de William Blake, swedenborgiano de primera entre las primerísimas). Memorable visión fantásica la de Oriana en su lecho! En la cueva en que se habita, si es decible decirle habitar al llegar a la yacija a echarse en ella en decúbito supino y echarse a dormirar mientras viene de mala gana el otro día si no, con alborozo, la última noche...; en la cueva, cuando es plácido el insomnio se dormita vagueando, se divaga dormitando (homéricamente: si la divagación toma cuerpo de escritura, es decir de necedad escrita manuscrita: para que no se piense en Escrituras ni de las otras, notariales, ni de las Sacras) e irruyen (cuando en la cueva) faunas y floras infraconscientes y hasta irruyen presencias minerales si no metálicas. También se relee y se lee en la yacija de la cueva y no siempre las no nada intemporales policíacas. También se relee y se lee y se re-escucha y se escucha también al Sordo que comanda las hordas musicales, y se escucha y re-escucha a los integrantes de las hordas sordianas, clarísimo. Y se cultiva el arte de la crucigramática y se escarcea por los lados

heráldicos y de la genealogística. Todo aquello en la cueva en que se habita en espera de Oriana otro Amadís. En la cueva. Mejor que cueva, covacha. Mejor aún covachuela. La covachuela del covachuelo mochuelo. Hélo, hélo, por dó viene, tan arisco cuanto lene, don Amadís de Selene. Viene leyendo los documentos biográficos relativos a nuestro don Carlos Segismundo el Vikingo y sus hijos, documentos compilados por otro de sus biznietos, el de la matemática. Viene el arisco y lene leyendo algunos, relejendo algotros. Entre estos aquél en que relata el azor vikingo la revolución de 1809 en Suecia, el insuceso y la caída de Gustavo IV, el ascenso de Carlos XIII, y luego la elección como príncipe heredero de la corona sueca del Mariscal Conde von Essen y, en seguida la del gascón Bernadotte.

Suecia —dice nuestro don Carlos Segismundo— declaró la guerra contra Rusia, Prusia, Austria, Francia, Dinamarca y toda la Alemania, naciones que reunían entre todas más de 140 millones de habitantes, mientras que Suecia sólo contaba para su defensa con una población de 4 o 5 millones y una excelente posición geográfica; lo que, aunque poco, valía más que la pérfida alianza de Inglaterra con sus promesas nunca cumplidas.

Abre un paréntesis el Vikingo, así: Inglaterra, cuya política en el mundo ha sido siempre maquiavélica, fomentó y combatió, al mismo tiempo, la Revolución Francesa. Declaró la guerra a Francia para defender a Luis XVI, cuando sus agentes secretos excitaban al pueblo contra el Rey. Organizó un cuerpo de

emigrados franceses para que, como aliados combatieran en favor de la legitimidad y los desembarcó en Quiberón entregándolos a la cuchilla republicana. Provocó la guerra en todo el continente... etcétera. Tal fué su conducta con Suecia... La guerra naturalmente fué desastrosa y al principio de 1809 habían perecido sobre nuestras fronteras de 250 a 300 mil habitantes. Los hielos destruyeron tres cosechas consecutivas, y, en medio de tantas calamidades, el Rey se denegaba a convocar la representación nacional para lo cual instaba el Justicia-Mayor... Se reunieron con este Magistrado algunos hombres determinados, entre los cuales se hallaba mi padre (Juan Luis Bogislaus von Greiff); hablaron al Rey exigiéndole el cumplimiento de sus deberes, pero como éste se denegó a todo, lo pusieron preso. Media hora después del arresto del Rey, este huyó al cuartel de los alemanes, que era la única tropa existente en la capital, y allí fué mi padre y, solo, sacó al Rey, después de haber recibido una herida, y lo condujo al palacio, a pesar de la oposición de las tropas y del silencio del pueblo reunido que, aunque disgustado con el Rey, no podía verle sin algún sentimiento en esa situación. La reconocida rectitud y firmeza de mi padre los detuvo, a unos por la confianza en su buen proceder, y a otros por respeto. El Rey fué escoltado por una columna de milicias a un palacio de campo, y toda la revolución se hizo en dos horas, sin más efusión de sangre que la que vertió mi padre de la herida que le hizo el Rey en persona. El tío de Gustavo Adolfo IV había sido elegido Rey con el nombre de Carlos XIII cuando yo entré al servicio. Era un hombre de los más liberales que han nacido cerca del trono; tenía un genio verdaderamente de caballero, y se había granjeado desde su juventud el amor de sus compatriotas, tanto por sus virtudes sociales, como por el indómito valor con que combatió a nuestros enemigos natos, los rusos y dinamarqueses. Era amigo particular de mi padre y me admitió con mucha benevolencia en sus guardias, con los cuales fuí destinado a custodiar al Rey Gustavo Adolfo hasta el fin del año cuando fué desterrado de Suecia, y volví a la guerra por los pocos meses que duró hasta hacerse la paz general en 1810. En el Congreso de 1810 se trató de elegir sucesor a Carlos XIII, que,

ya en una edad avanzada no tenía hijos, y unánimemente fué electo el conde von Essen, Mariscal de Suecia, el cual rehusó aceptar, haciendo ver a sus compatriotas que la elección de un ciudadano sueco no convenía, en consideración a sus relaciones de familia que serían el origen de celos, envidia y disgustos. También los instó a no elegir ningún príncipe cuyas relaciones políticas pudieran tener influencia sobre la suerte de la patria, sino más bien un particular extranjero que no teniendo relaciones dentro y fuera del país, pudiera consagrarse por entero al bien del Estado, por obligación y por gratitud... Su consejo fue adoptado y se eligió unánimemente al príncipe de Pontecorvo (Bernadotte) Mariscal de Francia, a la sazón en desgracia con Napoleón por causa de su genio franco, por republicano y por discordias antiguas desde el establecimiento del Consulado en Francia.

Después del paréntesis continúa el vikingo azor: Poco tiempo me quedaba para mi recreo: el servicio de mi Cuerpo era muy riguroso y, además de esto, el mismo que no quiso admitirme en el examen del Colegio Militar de Carlbourn, me agregó al Estado Mayor General, sin dispensarme del servicio de mi cuerpo. Mi genio era sumamente vivo y alegre y logré la benevolencia general de cuantos me trataban, pero como mi demasiada franqueza no me dejaba pesar mis palabras en materias un poco delicadas, fuí considerado por algunos jefes y superiores como revolucionario y jacobino, al mismo tiempo que mis compañeros y amigos me daban el sobrenombre de el sueco (por sobre sueco).

Lo de la guerra de Rusia en 1812 se salta por ahora porque el Capitán don Carlos Segismundo no estuvo ni tenía por que estar allá.

En la de 1813 si: el año de 1813 fue abundante en grandes batallas, y diariamente tuvimos combates de bastante consideración. Sirviendo en mi Cuerpo, estuve en la mayor parte de ellos y recibí cuatro heridas en cuatro diferentes encuentros. Cumplí bien con mis obligaciones, y, a la edad de diez y ocho años, me dieron una Compañía de doscientas plazas, 200 hombres que, al mando de Alejandro hubieran conquistado el mundo. Fui mencionado en varias órdenes del día y partes al Gobierno. Combatí a la vista del Rey y de los Jefes de más alta graduación, quienes conociendo mi loca adhesión a la carrera de las armas me agasajaban y animaban, pero nunca me ascendieron (Por lo que toca a los ascensos, no podía esperar más, pues a la edad de 19 años ya era Capitán...) El año 1813 me mandaron sostener la retirada de algunas divisiones del ejército en Landoff, con una compañía que mandaba y yo lo verifiqué contra fuerzas incomparablemente superiores. Fui herido, perdí más de la mitad de mi tropa en una defensa desesperada de más de cuatro horas, salvé de esta manera un parque considerable para un ejército de más de 20.000 hombres. Me mencionaron con el mayor elogio en un parte que se dió al Rey. Mis tres oficiales subalternos fueron condecorados y premiados, y no hubo nada para mí, que tenía el mayor mérito. En el asalto de Dessau fui el primero que entró por un fuerte incendiado y derribando la puerta de la ciudad a hachazos. Me nombraron honoríficamente en el parte, pero nada más. Lo mismo sucedió en los asaltos de Lübeck y de Juliers, y en las batallas de Grossbeeren (frente a Audinot) y de Dénnevit (frente a Ney), donde fui herido de nuevo, sin dejar de combatir hasta el término de la guerra. Siete meses estuve sin descanso en las avanzadas del Ejército y teniendo, algunas veces, bajo mi mando 500 o 600 hombres. Después de hecha la paz me llevó el jefe del Estado Mayor a la presencia del Rey, y le instó para que premiara mis servicios, lo que se habría verificado, si no hubiera yo —por parecerme ya muy tarde y para que ninguno sospechase que yo mismo solicitaba distinciones— declarado que no aceptaba nada de eso, lo que se consideró como una terquedad y los

molestó grandemente conmigo. Siguió la guerra el año 13 en Alemania, el 14 en Francia y el 15 en Noruega.

Pero ya será en otra ocasión, quizá... Iba muy en serio esta vez BAJO EL SIGNO DE LEO: no obstante: ¡Ese es el aire! ¡Alea! voceó otra de las noches tres, cuatro, hasta cinco veces —mínimo— el Daimón carísimo de mi guarda, y el mismo de las guardas de Harald, Bogislaus, Beremundo y Sergio, quienes, con El Otro y Re-Otro, somos exacta, precisamente los auténticos integrantes del famoso Quinteto de Orates, si quinteto de cuerdas — las sí cuerdas serán (es un decir) las del correspondiente quinteto de féminas, si *lorenesas*, si *lolobríyidas*. Quinteto, el este de los Varones y claros varones, de dos violas, en veces, de dos violoncellos en otras, y aún opera en ciertas el contrabajo paquidérmico. Los más taimados zahoríes, los más sagaces zoilos, los más consumados exégetas musúrgicos, preopinantes críticos del género, dictaminan que cada uno de los cinco no tan improvisados virtuosos musicantes múltiples sabe operar, cuasi que a la mera maravilla en cada uno de los cinco instrumentos a tañer —digamos seis y siete por las violas otras: la viola d'amore y la viola de gamba, que cabe otrosí su tañido—, y con méritos pares e idéntica maestría o parejo condominio o sin nulo dominio en ello. Bien. Muy bien. Optimo. Digo..., como que no actúa jamás en público ni nunca para el

público de las gentes, sino en privado absoluto y para las solas gentes de los amigos quintéticos, cuyas gentes, huestes y mesnadas, son ellos mismos casi apenas, con la adehala de alguna Musa o Egeria de turno u ocasional, y –tangencialmente– la de uno que otro amigo o afín, una que otra amiga o similar, sin que con ello uno ni una se incorpore al equipo (al equipo equipejo sin ningún equipaje, ni intelectual siquier, o por suerte o por maladanza). Equipo equipejo sin equipaje ni impedimenta. Y lo demás vendrá después. Buenas noches Oriana. Abur Horacio.

16 II 1956

Hay el siguiente manuscrito –incompleto–: ¡Ese es el aire! voceó otra noche tres, cuatro veces el Daimón de mi Guarda y el de las guardas de Harald, Bogislaus, Beremundo y Sergio, quienes, con El Otro, somos los integrantes del Quinteto de Orates, si quinteto de cuerdas –las cuerdas serán las del correspondiente quinteto de féminas–. Quinteto, el de los varones, de dos violas, en veces, de dos cellos en otros y aún opera en ciertas el contrabajo. Cada uno de los cinco no tan improvisados musicantes sabe tañer cuasi que a maravilla cada uno de los cinco instrumentos a tañer y con méritos pares e idéntica maestría o parejo condominio o sin dominio en ello. Bien. Muy bien, como que no actúa en público para el público de las gentes, sino en privado para las solas gentes de los quintéticos amigos, cuyas gentes, huestes, son ellos mismos, alguna Musa o Egeria de turno u ocasional y –tangencialmente– uno que otro amigo, y, una que otra amiga, sin que con ello se incorpore al equipo (al equipo equipejo sin ningún equipaje, ni intelectual siquier, o por suerte o por malandanza).

Ese es el aire! Tomábase el sol —una mañana que le hubo— en la plazoletilla y dejábase tomar dél, no el pelo —ausente— pero ni el de la dehesa, que no se le trujo cuando se la dejó. Y leíase —el el momento— OMOO, de Melville, o sea del Vagabundo del Pacífico, del primero digo, que otro fué después Stevenson, y otro, más tarde, Conrad. En esas solas se estaba, cuando apareció, que venía como desgalgándose de las lomas del de Guadalupe, meneando cimbreado garbo ya madurete si en la mejor sazón y punto qué coruscante hurí. En la mejor sazón y punto (al ídem súpase que era Gúdula y no podía ser otra pues se la esperaba desde un lustro atrás y por ahí mismo tenía de aparecer —conforme a vaticinio, oráculo y horóscopo hereje—, por ahí y no por llanas zonas planas y menos por rúas céntricas concéntricas o excéntricas. Se conocía

16 II 1956

LXXXVI

Ya se dice, ya se desdice, ya se contradice para tornar a decir, desdecir y contradecir en rotación continua. Se dicen tantas, unas entre veras, otras entreveras, burlas, chanzas y chacota. Se dice —en serio ahora— como, cuando y por qué vino a dar el Vikingo azor de áspero jaspe en aquestas zonas equinocciales (si lo son), por si se quiere saber, oigámosle: El año 1823 quiso el General X cometer una injusticia escandalosa contra dos oficiales ya viejos, los que, de soldados rasos habían ascendido al grado de Capitán, luego de largos y distinguidos servicios. Protesté en privado y luego en público en su presencia y en la de toda su oficialidad y tuvo que desistir de su empresa. Poco después los estudiantes de una Universidad pidieron al Gobierno que se me nombrase para instruirlos en el manejo de las armas, lo que es obligatorio en Suecia para todo ciudadano al cumplir los 20 años. El citado General X hizo saber

calumniosamente al Rey que yo mismo había solicitado de los estudiantes ese honor, y yo, al saberlo, le dirigí una carta desafiándolo y acusándolo por su infamia. Esta fué la gran crisis de mi vida: mi carta fué enviada por dicho X al Estado Mayor General y yo acusado del mayor delito, el cual merece pena capital. La falsedad de su aserción en relación con los estudiantes fue mi salvación: apelé al Congreso por medio del Justicia Mayor y hubieron de plegarse y buscar una transacción solicitada con empeño por parte del Gobierno. Pero siempre quedé con la nota de indómito e insubordinado, y desde aquel tiempo se fortificó más mi amor a la independencia de la osadía y de los caprichos de los grandes. Me hice muy popular en el Ejército, pero, con respecto al Gobierno, quedé lo mismo que antes, si no peor. Parece increíble que un oficial de tan baja graduación como la mía pudiese haber suscitado algún recelo, pero así sucedió. El alto cargo de mi padre (Montero Mayor del Reino), su conocida resolución e independencia y el crecido número de sus amigos, lo hicieron importante en un país tan libre como Suecia. En cuanto a mí, reconocieron que debía estar resentido por una serie de injusticias cometidas conmigo, aunque fuí completamente indiferente a tales agravios personales. Lo único que conservo de mi carácter natural es la total indiferencia con que miro lo que me concierne individualmente. Pasé bien agradablemente durante el desempeño de las comisiones que me confió el Gobierno, y en los intermedios, que empleaba en estar en compañía de la familia de mi actual esposa, hasta el año de 1825, cuando fuí propuesto para jefe de un excelente batallón de línea. Los oficiales del Cuerpo, mis antiguos compañeros de armas, pidieron mi nombramiento, y todos los jefes, con excepción de uno, estuvieron acordes en que se me nombrase y esa única excepción bastó para que mi elección se frustrara. Desafíos, quejas al Congreso, etc., fueron mis primeras inspiraciones, pero, por desgracia, recibí entonces una carta del antiguo Jefe del Estado Mayor General, a la sazón Embajador en Inglaterra, en la cual me proponía que viniera a América, por dos años, como ingeniero de la Sociedad de Minas B. A. Goldsmith y Co.,

con N pesos de sueldo anual y gastos de viaje de venida y regreso. Me determiné a aceptar en el momento: y mi futura esposa, que presentía, como yo, los muchos lances desagradables a que me exponía quedándome en Suecia, se decidió a venirse conmigo y me ayudó a decidir a mi padre y al suyo, que de ninguna manera querían consentir en tal viaje. Mis compañeros de armas hicieron esfuerzos por detenerme, y, al no lograrlo, me comprometieron a que no pidiera licencia absoluta, como pensaba. Fuí a Stockholm y pedí al Rey personalmente mi licencia sin condición alguna: me la concedió por el tiempo que quisiera, (dejándome el goce de mis sueldos íntegros —los que se me cubrieron fielmente hasta que solicité mi licencia absoluta)— y con derecho a volver a entrar al servicio con la misma antigüedad cuando lo deseara.

Empleé el tiempo de mi permanencia en Suecia en arreglar mis negocios, hacer una inspección a las minas y preparar mi viaje. Un mes antes de embarcarme me casé. Tomé el camino por Dinamarca y Alemania, y en Hamburgo comencé una travesía dilatada y peligrosa para ir a Santomás, de donde vine a Santa Marta a principios de 1826. Llegué a Medellín cuatro días antes que el aviso de la muerte de Goldsmith y de la bancarrota de la casa...

Ya se dice, ya se desdice, ya se contradice. Se dice también y viene como el mayor ejemplo de absurditez, que el Mejor, si no el Unico Maestro de Maestros es aquel que no enseña —que no le peta ello, que no anhela enseñar—; aquél que no muestra lo que acaso sabe; el que no oculta lo que ignora (sin acaso). Ese que como ignora que sabe, como sabe que ignora está en su Ley. Verbi-gratia y rara, rarísima avis, el seor Beremundo, Maestro de Maestros si los hay y sin segundo. Todo lo espetado antedicho es el decir

y es el contradecir de las gentes de su redor y vera y sus aldecoillas discípulos apóstoles. El Seor Beremundo, Maestro en todo, no, en casi todo sí. Y el casi porque aún no lo es —Maestro— en la cremotística —ni teórica ni aplicada—. Buen Maese Beremundo, señor de la constante simplatía y de la sumamente esporádica condenaria, y si parva, tan fungible y tan parva como de efímera duración entre sus manos coladera. Beremundo sin gracia ni altagracia ni beneficio, filósofo es de oficio en perenne ejercicio. Filósofo tan epicúreo como tan estoico y tan escéptico a la postre —con sus ribetes de cínico—. La su FLOS SOPHORUM, cuando peripatética, como peripatética, anda (es obvio y es de lógica etimológica), anda de meollo o caletre o magín en boca y lenguas, y de boca en oídos —si no de mercader— de sus discípulos y paniaguados —primo— y de los discípulos de esotros epígonos, luego. Pero la su FLOS SOPHORUM caudalosa manuscrita y por escribir y colacionar se quedará —esa sí— para póstuma y para que la vistan imágenes. Y es aquesta FLOS SOPHORUM —en todas sus partes— de Antología. Menudo filosofazo nuestro amigóte y maese! Ya no le queda al *quídam* perilustre sino echarse a esperar —tranquilín, sobre sus laureles— la simbólica cicuta: ora le advenga por sus pies o se la traigan en bandeja, le será ya inoperante, innocua, vacua, pues topará en él con un él,

ya sobre mitridatizado, saturado, inmune a ella. A ella inmune: a la cicuta símbolo, a la cicuta emblema, sólo. Símbolo, emblema y signo, inanes, y anodinia presea para el otro seor también de áspero jaspe como el vikingo azor, que vino a dar en las breñas paisas ciento treinta años por cumplirse muy pronto por abril —si no la marro—.

De lo de Beremundo y sus maestrzgos y sus filosofías y sus centones antológicos habría mucho por decir y qué decir, desdecir y contradecir. Pero y pues, con todo, infiero que nada del total de ello, esto y aquello, viene a cuento ni importa a Pérez, ni puede entrar e incrustarse en el relato ni subrepticio ni menos de rondón. Y es de inferirlo a cierra ojo y de creerlo al contado. Oriana. Oriana: cuento bueno, rebonísimo, mejor que el cuento superior de los de don Saturnino Calleja (Madrid de España), es el cuento en enigmas de nunca acabar. El cuento de nunca acabar, como lo que tejía y destejía —isocrónica— Penélope infatigable cónyuge, mientras el su escurridizosísimo Odiseo vagaba y erraba tras de la Rosa de los Vientos, con los interludios interregnos deleitables de las subidamente sápidas estadías y recaladas de que sábase, en los ruidos y faldas de Circes y Calipsos emeritísimas, y al arrullo embaidor, caricioso, de las sirenas dulcisonas, y sin escamas y sin espinas y de doble cauda. El cuento de nunca acabar, xeheradesco

(si en verdad realísima la Xeherazada de este cuento es Xeherazado y antes bien feote aunque bonete, y sin Dinarzada aldecoa ni siquiera vecina y tan lontana... Oriana Dorabela). De todas las cosas, de todas las cosas pasadas, hagamos un haz, y echémosle al fuego. ¿Qué me cuentan las noches, ni qué los pálidos días? En la noche, por su silencio frío, los titilantes orbes se destacan. Ambular, discurrir, vaguear en un lento ritmo, por las llanuras en reposo. ¿Qué me dice la tibia cántiga de las donas? Palabras sin perfume. Música blanda. Cráteras vacías.

Yo sólo quiero errar, andar, —viandante indiferente—, andar, errar de la mano del viento... ¿A qué seguir el vuelo oscuro de vagabunda saeta, ni de nubes huyentes, ni de valkirias amazonas? Errar, andar, discurrir abstraído: —luz de los orbes, trémula; dura luz lancinante del sol; negrura sorda de las noches cegadas—, sobre mi soledad cogitabunda.

Qué te crees tu eso! Cogitabunda? Bah!: soledad a secas (aunque no siempre a secas). ¿Qué me dice la turbia canción de las Sirenas? Bah! su perfume el viento se llevó de la mano... Ni el embaidor arrullo muelle de su cintura donde abrevé mis áridas sedes de marinero. Ni el fulgir de oros rútilos que otro instante se opacan. Ni el besar bocas róseas en ese instante apenas Oriana.

Yo solo quiero cancelar dos o tres viajes que tengo entre el tintero y entre ceja y ceja. Cancelados que estén, volveré a las andadas, andadas siempre a pié que de otra guisa otra cosa serían. Volver a las andadas y meterme filósofo como el lelo de Beremundo, nuestro guía y decano, nuestro Oriente y Horizonte, rector de la Farándula de los Jopecones de la más añeja promoción, pero cada vez tan campantísimos. Beremundo es el Pico de la Farándula, si Bogislao el Heraldito —no sé si Taltibío o si faraute anónimo (magüer sus gracias)—. La Venerable Cofradía actúa ahora recoleta en el cubículo y en ejercicios cuasi exclusivamente espirituales por anemia de lo numulario. Más que siempre doña Blanca gongorina está en Sidonia y en la bolsa ni un centí, ni un maravedí ni un óbolo de reis, pero ni un mero cobre. Y todas sus reservas son reservas mentales (digo las de nuestro fideicomisario tesorero). Ejercicios espirituales y muy exquisita música de cámara, cámara de los pares siempre, jamás de los comunes. Las pláticas son de Emanuel Pendás y de la Hoz, Arcipreste que ni el de Hita, que ni el de Talavera, que ni el Abad de Telema, maese Alcofribas Nasier. Pero no es ningún Fray Gerundio de Campazas, alias Zotes. Versaron las tres últimas pláticas sobre la abstrusa crematística. Para darle della nociones a Beremundo, el señor de la Simplatía. Buena pró le hagan tales lecciones de una asignatura

cuyo conocimiento (llevado a la práctica una vez adquirido) harta falta le hace.

Como le hace falta tornar a ser el aulétrida de antaño Beremundo: Há tiempo esa flauta no suena, la flauta lontana que un día trabó su opaca melodía con el canto de la Sirena. Há tiempo esa flauta no suena. ¿En el silencio escondería su acerba voz aguda, —plena de hastío y de melancolía— la flauta lontana, que un día...? Há tiempo esa flauta no suena. ¿Qué se hizo la frágil avena? En el silencio ocultaría su aceda voz sin alegría la flauta lontana que un día trabó su obscura cantilena con el canto de la Folia? ¿Qué se hizo la frágil avena? Há tiempo ésa flauta no suena... La flauta no ya modula, Beremundo... Y há tiempo discorde resuena la flauta que un día, que un día al oído de la Sirena cantó su erótica ardentía... Há tiempo discorde resuena. Y há tiempo dejó la alegría de su amorosa melodía por una sorda monodía que hastío traba y encadena: há tiempo discorde resuena... ¿No tornará la ágil avena con su canción, como solía? La flauta que un día, que un día ritmó su amante cantilena, cantó su erótica ardentía al oído de la Sirena y há tiempo discorde resuena... No tornará la ágil avena?

Déjate de avenas y de flautas, Bogislao!
La flauta no ya modula, Bogislao!

Há tiempo discorde resuena la avena frágil que solía pintar rubor en la serena pálida faz de Deidamía o lividez en la agarena y ardida faz de Nazarena... Há tiempo discorde resuena. Y ella loó la helena Helena, mi flauta lontana! Y un día trabó su gaya melodía con el canto de la Sirena! Ella loó la helena Helena: (Menelao..., nada decía...) mas, como Páris la hizo buena, rompiera la frágil avena? O en el silencio escondería la zurda voz, Palas Atena, por crimen de lesa armonía? Rompiera la frágil avena, Otoño, de melancolía?

¡Oh no! que su voz enajena tu corazón ¡Noche Morena!
Ya cantará la flauta mía! Cantará para...

¡Qué va a cantar, Bogislao! La flauta... no ya modula... si algún día u otra noche modulara... Y a qué buscar qué nada? Buscar ninguna cosa: vaguear, discurrir por las llanuras desoladas, por los fragosos riscos, sobre el mar inasible, para dejar atrás la línea evanescente del horizonte, sólo: que lo demás es vano —sueños ilusos, vacuo miraje, sombra veleidosa—.

Yo quiero sólo andar, errar, señero baladino, al azar, al capricho ineludible.— A qué buscar inútiles, efímeras tensiones fatigadas que anublan las sienes serenas. Errar, andar, discurrir abstraído: —vaga lumbre estelar, luz lancinante del sol, negrura densa de las noches cegadas, sobre mi frente en fuga de vacías ficciones!

Ea! que ése es el aire, Beremundo! Que el aire es ése, Bogislao! Buenas noches, Amalasunta.

23 II 1956

Ver TRIPLE RONDEL y SONECILLO (en VARIACIONES ALREDOR DE NADA - OBRA POÉTICA, Volumen II).

LXXXVII

Las silvanas de antaño, de cuando la edad media de Beremundo, se fueron a hacerle compañía a sus coetáneas las villonescas nieves de ídem. Se fueron tras el abur y el amén llevadas por los brazos nervudos del viento pirata. Todellas las silvanas de antaño: tornátiles sirenas, gacelas agarenas, de ojos brunos

y de cenceño cuerpo serpentíneo y de boca (húmda aljaba la boca, húmdo rogo la lengua, hoguera y dardo la lengua, húmdo dardo la lengua: disparado desde las almenillas de los dientes) y de boca cuyo sexual arrullo, cuyo sexual murmurio, cuyo sexual susurro, mentes y corazones enardece, mentes y corazones adormece... Tornátiles sirenas, tornátiles sirenas de ojos de crisoprasa, —valkirias de láctea piel y de taheña cabellera medúsea y de ojos de pálido alinde...

Con las nieves de antaño —villonescas— están ahora las silvanas de ídem, de cuando la segunda edad media de Beremundo de Ignavia, señor del Ocio —no remunerado—. La silvana de ogaño —atraída no sólo por el embaïdor arrullo atenüado de la flauta y ni por artes mágicas, vino también de los montes. De los mismísimos montes que ciñen, que angostan el cuello agirafado del Porce aguas abajo de donde es el Aburrá. De aquesos montes vino la ninfa silvana aquesta. De los montes llegó, como esotra quírite que adviniera de los del Canaán quimbaya, sensual ella y falenciosa casi siempre y delusiva a la postre y remate. De los montes llegó, como la compleja cervatilla que no osa acabar de se venir —Makeda arisca— la de los montes vecinos al Cumanday y a El Cisne, de zafiros. La silvana de ogaño vino también de los montes, madona Ladumila. En la floresta de las donas

sapientes, hechizadoras de valvasores y de villanos y de pazguatos y de videntes, —oh culebra semidivina, fémina cuasi humana— son triángulo cimerísimo y son luminarias de primera magnitud, marcadas con signo positivo, Eixatlúe, Aglaofenia y Ladumila.

De signo positivo, en activo efectivo afectivo y tan funcionales. Eixatlúe ya remota en el tiempo y ahora en el espacio —anclada en el recuerdo— siempre fiel a mi vera, aún distante, como Aglaofenia quizá —tan evasiva—, que es enigmático endriago, quimérico paradigma de lo equívoco, pasional positivista cautelosa, ponderado desequilibrio, medida procela, sensible clavecín sumamente bien temperado, hoguera gélida si crepitante. La silvana de ogaño vino también de los montes y también —como aquellas— al conjuro de la voz de la no travesera sino flauta de pico. De pico, y pico no sólo de la Mirandola sino pico de la adamándola, catándola, saboreándola, y haciéndola saborear, catar y adamar, en mutuo par regocijo y en comunión gemela y en paralelo y normal deliquio puro e impuro. Vino de los montes, Madona Ladumila, perfumada de nardos, olorosa a cedros y robles. La silvana de ogaño, la de los muslos pluscuamperfectos de Paros tibio, la de la asordinada voz y los ojos coruscantes, garzos, con briznas de luceros retozantes cuando el éxtasis. Bienvenida, Ladumila, al conventículo parvo de los Jopecón. Bienvenida,

Amalasunta Casiopeia, a la huronera señorial del acerbo, del aciago vikingo de áspero jaspe y encendido asbesto. De jaspe y asperón y de amianto combusto, y dueño de un menguado ilusorio farolillo de luz vágula y del rebaño de sus quimerillas fantasiosas. En la floresta de las donas sapientes, hechizadoras de valvasores y de villanos y de pazguatos y de videntes, —oh culebra semidivina, fémina cuasi humana—, Morgana, Bibiana y Melusina y Loreley y Xeherazada y Dinarzada y Ulalume y Suatí, danzan la danza que jamás se fina. Danzan la danza de la Unica y de la Múltiple Dea! Todo así sea, todo así sea fugaz, nugaz y transitorio y efímero... Todo sea una sombra que rasguñó la tersa llanura de zafiro —como suelen las nébulas vagarosas, ceñidas por el viento...

Vaya pues! Pero, como se tiene por axiomático entre los sabios de calibre y kilates, que sólo importa el momento (de siglos o de minutos, de intensidad, no de duración mera), que sólo vale el presente, máxime si es óptima la presentalla (como lo es, a juro y contra-taco). Sólo vale el momento, sólo importa el instante, sólo dura lo efímero volandero! Nuestro compañero Jopecón Bogislaus parece —a juzgar por su júbilo— que topara hoy si no fuera ayer con el llamado Enigma inasible, que es enigma tallada en finísimo pontélico de carne y hueso,

si con los ojos ojazos de aguamarina (no pétreos), si con los labios jugosos de vivaz gules (no heráldico) si con la cabellera de jacinto (pero no vegetal ni mineral). El enigma poco asible de Bogislaus, es la misma o lo equivalente a la Quimera de Erik Fjordson y es la propia o lo semejante a la Flor de Lilolá de Sergio Stepánovich Stepansky, o el doble o sosías del señuelo espejismo de Harald el Oscuro. Aqueste es mero embeleco imaginario —Harald nó, sino el espejismo-silogismo-embolismo o cinco quintas de lo mismo—. Harald nó, tan real y tangible que vaga por ahí discurrendo (dice él), vegetando (dice Proclo) por las nubes (dice el consenso universal).

Todo lo que se quiera decir de Harald, menos que sea imaginario embeleco ni títere leogrifario ni es de paja ni muñeco, ni es trasunto ni es sujeto para ensayos de laboratorio (psíquicos). Es Harald el Oscuro, poeta de regiones hiperbóreas, ahora en uso de descanso compensatorio, ocio y vacancia y farniente. Qué delicioso ejercicio, ese farniente! El enigma de Bogislaus será entonces algo así como una de las VISIONES MEMORABLES de William Blake o como el MÚLTIPLE MITO taraceado de variaciones *ad-libitum*, del iluso de Apolodoro de Panonia. De todos modos, lo cierto es que con su enigma hoy, ayer quizás, Bogislaus von Griphius, el tan hidalgo siempre,

como —desde antaños— desposeído de sus feudos, marcas y solares. Topó con él y aún habló instantes con el Enigma, al decir de ciertos veedores, atalayas y vigías gratuitos, de los dados a atisbos y a oteos y a meterse en fueros privados y en arquitrabes. Mas no lograron oír, captar ni sílaba de lo por el dúo hablado, por modo que nada se va a saber, ni a tuertas y zurdas ni a derechas. Porque tanto el Enigma como Bogislaus son parangón par de lo discreto y son la misma cautela y el propio tacto. Sólo cuando aparezcan —cincuenta años después de su prematuro deceso— las póstumias INMEMORIALES de nuestro personaje, se podrá descifrar el logogrifo, crucigrama-acertijo infundio, del leogrifario y no únicamente versus el Enigma del ambiguo sonreír retozón en boca de jugosa maravilla... Y las dichasas MEMORIAS dichas, redichas, desdichas y contradichas, quizá ni se escriban en la llamada era actual y se dejen —sí— para después del año dos mil y cincuenta y tres —ampliando el plazo anticipado— luego de que se logre el milagro de que su autor presunto —al acercársele el instante de la fuga— cure de la total amnesia que padece y sufre —es un vano decir— como que la suya no es amnesia de las dolorosas. Es una amnesia muy llevadera, de las mansas.

Nuestro bisabuelo el Capitán llegó a Medellín a principios del año de mil ochocientos y veintiséis, y narra: *Consideraciones particulares me detuvieron los primeros años, y, visto que fueron vanas mis reclamaciones a la casa Goldsmith, resolví quedarme en Colombia. El motivo pudo ser una falsa ambición, y el no confesar que habían tenido razón mis parientes al oponerse a mi viaje. He tenido la resolución de no aceptar los repetidos y generosos ofrecimientos que me han hecho y he supuesto hallarme en la abundancia y bienestar, para disminuirles el disgusto que sienten con nuestra ausencia.*

Esto lo escribía en mil ochocientos treinta y cinco. Don Carlos Segismundo murió treinta y cinco años después en Remedios de Antioquia.

Mi genio ha cambiado en tal grado que yo mismo no me reconozco y a esto han contribuido los grandes disgustos que sufrí a mi llegada y el considerarme culpable de haber arrancado inconsideradamente a mi esposa del seno de su familia, de la opulencia y de tantos placeres que antes abundaban para ella. Me he entregado por obligación a ocupaciones enteramente extrañas a mi carácter, pues me creo más apto para las cosas científicas que para el mecanismo trivial de nuestros trabajos (mineros), pero, por fortuna, tengo la ventaja de poder consagrarme, resignado, a cualquiera ocupación, luego que la considero como un deber...

Oh viking de áspero jaspe! Al referirse incidentalmente Gunnar Fromholdt al río Nus, dijo así, **ya no memoro cuando:** Oh fulvo río Nus, ululante, roqueño, oh río en el que el ojo clava su ardiente jade... Oh río en el que el ojo clava su ardiente palpo, turbido Nus, cuando la tarde hosca fenece:

Río, en tu orilla un viking la ceniza vil de tus oros persiguiera..., en balde! Medio siglo empeñóse en horra búsqueda: de azar, apenas... ¡No de cieno jalde! Río, en tu orilla un viking la ceniza vil de tus oros persiguiera...! Oh Nus, oh Nus de oros ilusos —como el Nare y el Porce— para el viking de ojos de fabuloso azul! Soy cansado epigón de su raza soberbia: en mí su fuerza y su osadía, en mí su gesto desdeñoso, y el fuego frío de la aventura, y el corazón en áscuas bajo el glacial asbesto! Soy cansado epigón de su zahareña estirpe: en mí su orgullo y su hosquedad y su acerbía: y en mis ojos su sed de odiseas refulge, que en ficciones resuelve y en fugaz fantasía! Y a donde irá mi espíritu sin rumbo? Donde está el fin de mi viaje evasivo? Biznieto de ése viking, no busco ningún oro: la ambición me es extraña, y al acaso derivo... Donde está el fin de mi viaje evasivo? Y en cuyo acantilado destrizarán mi leño la furia de los ávidos vientos vertiginosos y mi deseo ilímite y el desbridado ensueño? Oh fulvo río Nus, ululante, roqueño, oh río en el que el ojo clava su arpón buído...: —del tren al caligíneo hervor— la mente en fuga, frente de tí se exalta, con tu fiebre y tu ruido... Y a donde irán mi espíritu errabundo, mi corazón pirata, mi abulia, mis sedes? Y a qué saberlo, oh viking, si el rumbo más extraño la Rosa de los Vientos lo capta con sus redes? Al acaso. Al acaso. ¿Y hacia qué albur navego? Soy cansado epigón de una estirpe del mar: ¡en mí, insurrectas, baten alas emigratorias, comban sus vientres velas encintas del azar!

Vaya pues! Las silvanas de antaño, de cuando la segunda edad media de Beremundo el Errático, se fueron a hacerle compañía y tertulia a sus coetáneas las villoniles nieves de idem. Se fueron tras el abur y el amén, llevadas por los brazos nervudos del viento pirata o en las alas de las olas zarandeadas por la procela, al són de la de Eolo caracola milenaria, ecoica cuanto ecuórea. La silvana de ogaño... vino

también de los montes antiocanos, atraída —quizabes— por el trémolo arrullador de la avena, vino de los montes que ciñen, que estrangulan el Porce aguas abajo, ya no Aburrá, sino ya próximo al Nechí que le atraca su nombre tras mezclarse a sus aguas más caudales si tan turbias. Más caudales, por lo menos en los tiempos de nuestro bisabuelo, el señor Capitán, el vikingo. Vino de los montes, perfumada de azahar y de azar, olorosa a cedros y robles y al tórrido exálito inebriante de Citeres. Llega a la madriguera, a la osera, a la huronera del Jopecón, unidad. El Jopecón, equipo, anda ahora no propiamente en trance de beatitud trapense a todora, ni siempre en humor de jácara todos los días y todos los de la trapa y trápala (que no trapála y no nada trapacera ni ellos tan gárrulos). Salvo Beremundo el Demosténico, en cuanto a garrulería porque tampoco es trapalón. Fray Gerundio sí es, de Campazas, alias zotes, pero nunca en jamás Fray Gerundio de Trapazas —sin o con alias, con o sin Motes—. Buenas noches Amalasunta Ladumila Casiopeia...

1 III 1956

Ver RELATO DE GUNNAR FROMHOLDT (en VARIACIONES ALREDEDOR DE NADA - OBRA POÉTICA, Volumen II).

Hay los siguientes manuscritos: a) La silvana de ogaño —atraída por el embañdor arrullo asordinado de la flauta— vino también de los montes. De los mismísimos montes que ciñen el cuello agirafado del Porce abajo vino aquesta ninfa silvana. De los montes como esotra quírite que adviniera de los del Canáan quimbaya, sensual ella y falenciosa y delusiva a la postre. De los montes como la acomplejada gacela que no osa acabar

de venir, Makéda, la de los montes del Cumanday y del Cisne de zafiros. La silvana de ogaño vino también de los montes. En la floresta de las donas sapientes, hechizadoras de valvasores y de villanos y de pazguatos y de videntes, —oh culebra semi-divina, fémina cuasi humana— son triángulo cimerísimo y lumbres de primera magnitud de signo positivo, Eixatlúe, Aglaofenia y Ladugur. De signo positivo, en activo efectivo, funcionales. Eixatlúe remota en el tiempo y ahora en el espacio, siempre fidel a mi vera, aún distante, como Aglaofenia quizá, que es enigmático endriago, quimérico paradigma de lo equívoco, pasional positivista, ponderado desequilibrio, mesurada procela, clavecín sumamente bien temperado, hoguera gélida si crepitante. La silvana de ogaño vino también de los montes y también al conjuro de la no travesera sino flauta de pico. Pico no de la sólo mirándola sino pico de la adamándola, catándola, gozándola y haciéndola gozar, adamar y catar en mutuo par regocijo y en comunión gemela y en paralelo y normal deliquio puro. Vino de los montes, olorosa a cedros y robles, la silvana de ogaño, la de los muslos pluscuamperfectos, la asordinada voz y los ojos coruscios, garzos, con briznas de luceros retozantes cuando el éxtasis. Bienvenida al conventículo de los Jopecón, Amalasunta Ladugur Casiopëia! Bienvenida a la señorial huronera del acerbo vikingo de áspero jaspe y encendido asbesto. De jaspe y asperón y de amianto combusto y un ilusorio farolillo de luz vágula. En la floresta de las donas sapientes, hechizadoras de valvasores y de villanos y de pazguatos y de videntes —oh culebra semi-divina, fémina cuasi humana—, Morgana, Bibiana y Melusina y Loreley y Xeherazada y Dinarzada y Medea, y Ulalume y Suatí, danzan la danza que jamás se fina: ¡la Danza de la Unica y de la Múltiple Dea! Todo así sea, todo así sea fugaz, nugaz y transitorio y efímero... Todo sea una sombra que rasguña la tersa llanura de zafiro —como suelen las nébulas vagarosas, ceñidas por el viento... Pero, como se tiene sabido, sólo importa el momento —de siglos o de minutos— sólo vale el instante, sólo vale el presente, máxime si es óptima la presentalla... (que lo es, a juro). Bogislaus topara hoy, si no fuera ayer, con el Enigma tallado en finísimo pentélico, si con los

ojos ojazos de aguamarina, si con los labios jugosos de vivaz gules, si con la cabellera de jacinto. El Enigma de Bogislaus es la misma Quimera de Erik Fjordson y es la propia Flor de Lilolá de Sergio Stepanovich Stepansky, o el doble del señuelo espejismo de Harald el Oscuro. Algo así entonces como las VISIONES MEMORABLES de Blake o como el Múltiple Mito con variaciones del iluso de Apolodoro. Con el Enigma topó hoy, ayer quizá Bogislaus von Griphius tan hidalgo como desposeído de sus feudos y marcas. Topó con él y aún habló con él al decir de ciertos veedores y atalayas gratuitos, dados a atisbos y oteos y a meterse en fueros privados. Mas no lograron oír lo hablado, por modo que nada se va a saber. Tanto el Enigma como Bogislaus son parangón de lo discreto y son la misma cautela y el propio tacto. Sólo cuando aparezcan las póstumias inmemoriales de nuestro personeja se descifrá el logogrifo del leogrifario versus el enigma del ambiguo sonreír retozón en boca de maravilla. Y las dichas memorias dichas quizá ni se escriban en la era actual y sí se dejen para después del año dos mil y tres, luego de que se logre el milagro de que su autor presunto cure de la total amnesia que padece —es un decir— como que no es amnesia de las dolorosas.

1 III 1956

b) La silvana de ogaño —atraída por el arrullo de la flauta— vino también de los montes; de los montes que ciñen el cuello agirafado del Porce abajo, aquesta ninfa silvana. De los montes como la otra quírite que llegó de los del Canáan quimbaya, sensual ella y falenciosa. De los montes, como la gacela acomplejada que no osó acabar de venir, Makéda, la de los montes del Cumanday y del Cisne de zafiros. La silvana de ogaño vino también de los montes. En la floresta de las donas sapientes, hechizadoras de valvasores y de pazguatos y de videntes, —oh culebra semi-divina, fémina cuasi humana— son triángulo cimero de signo positivo. Eixatlúe, Aglaya y Gúdula. De signo positivo, en activo, funcionales. Eixatlúe remota en el tiempo y en el espacio, siempre fiel a mi vera aún distante, como Aglaya quizá que es enigmático endriago, quimérico paradigma de lo equívoco, pasional calculista, ponderado

desequilibrio, medida procela, clavecín sumamente bien temperado, hoguera gélida. La silvana de ogaño vino también de los montes y también al conjuro de la no travesera sino flauta de pico. Pico no de la sólo Mirándola sino pico de la adamándola, catándola, gozándola y haciendola gozar, adamar y catar en mutuo par regocijo y en comunión gemela y con paralelo normal deliquio. Vino de los montes, olorosa a cedros y robles, la silvana de ogaño de muslos pluscuamperfectos, asordinada voz y ojos coruscos, garzos, con brisnas de luceros retozantes cuando el éxtasis. Bienvenida al conventículo de los Jopecones, Amalasunta! Bienvenida a la señorial huronera del acerbo viking de áspero jaspe y encendido asbesto. De jaspe y asperón y de amianto combusto. En la floresta de las donas sapientes, hechizadoras de valvasores y de pazguatos y de videntes, —oh culebra semi-divina, fémina cuasi humana—, Bibiana, Morgana y Melusina.

1 III 1956

LXXXVIII

Porque andaban —esotéricos también— porque andaban, excéntricos, desorbitados, girovagantes a la topa-tolondra, turulatos y foletos, acordaron retornar (recapacitantes) los de la trinca, en sesudo plan de recuperación (física no) psíquica, al juego del balompié. Retornar al juego del balompié, como espectáculo de ver, de veedores, ahora, que no ya en calidad de integrantes de onceno en actividad actuante, porque todellos los del cotarro (menos uno) rebasaron —helás!— la cuarentena, y de ello un rato largo há. Un rato largo, de todas veras. Y como no vayan a tornar (les faltaba solo eso y ni más faltara!) a la infancia... Ya varios de ellos de los más

apergaminados y machuchos están casi a punto, (considerándose los síntomas y anticipos) o como no se organice (como se debió hacer desde cuando Marras) el esperado magno partido entre los *madurones* versus los *chirles*... Muy de verlo, oírlo y leerlo ése partido. Y sería muy de verlo ése partido, ya que no de alquilar balcones para ello, pues no podría ser la pugna en palenque cerrado, ni en corral ni coto, ni en coliseo aún ruina romana, sino en abierto campo raso, en prado ameno de muy eglógico verde sedante —Potrero aquí si Manga por allá—. Partido entonces de manga por hombro y de manga ancha, para que en ella puedan corretear, triscar brincantes, retozar a su talante y capricho los *chirles* potrerícolas —inmaturos unos, pasmados otros, otros en cierne apenas o agraces sin ningún gracejo—. Mientras el Magno Certamen se organiza y maquina y antes de tener de nuevo la oportunidad de echar a rodar la bola, tornaron los del cotarro, como espectadores meros —meritísimos— a las justas del balompié que llaman asociado y rentado. Los del cotarro esos si no son ni asociados ni rentados ni encasillables en asociación ninguna ni siquiera de esas tan publicitarias. Retornaron los veintidós todos ellos titulares —con once reemplazantes que no suplentes, pues todos son principalísimos; retornaron al estadio presididos por adusto decano y centro medio, padre José, la Eminencia no tan gris del equipo, apodado

—hora— el Calvo Gerifalte de ojo mágico zahorí, y —otrora— cuando alero izquierdo velocísimo el Rompe-Redes (a secas y por antonomasia) o el Zurdo Ariete Volador. No es de nuestro resorte reseñar partido alguno, que somos espectadores puros. Y durante el partido nada vociferantes sino hieráticos, impasibles, como dizque eran los Parnasianos de la Vieja Guardia. Fuera de que asistimos, solo, en simple plan de recuperación psíquica y metapsíquica, para evadirnos de toda suerte de psicastenias y de otras psicosis y garambainas de las de notoria agudización dominical exasperada, exasperante, mayor aún tras un sábado fallido, de sola soledad inútil, único a bordo el bardo, sin brújula en la bitácora, ausente la mítica sirena... Ladumila mitológica, Amalasunta quimérica, Casiopeia Ligeia en receso...

Después del balompié y muy antes de los reincidentes ejercicios espirituales de la escribanía fantasiosa pseudo poética o del poético feudo, y en coloquio con el Metaxas que es un cierto filtro griego (epirota por más indicios), un filtro de la especie de aquel que tituló cordial el primero de los Robinsones, nos dimos a escuchar la DIVINA PASIÓN SEGÚN MATEO EVANGELISTA en arias y corales —música— de Juan Sebastián, y a oír —a trancos— la PROFANA PASIÓN SEGÚN EL EX-FORAJIDO LEO, en relatos y cancioncillas del desalumbrado cuasi-erasmista Bogislaus.

Capelmaestre aquél —Maestro (sic) sin Capilla, aqueste: sin capilla, sin una mala capa siquiera ni un peor capote, sin manteo ni tabardo, y en capilla perenne —como presunto amado de los Dioses, olvidado dellos— como no tan presunto Atlas con el fardo ominoso del odio de todas las Diosas —en especial el de Palas Atenea que me niega luces y el de la tal Juno, la tan Xantipa—. De todas las Diosas, con tal de que no sean todas... Y sea en menos el de la número Uno, que es de tan benévolo corazón, de tan generoso natural y de complexión tan amorosa. Tras de la PASIÓN PROFANA y tras de COSI FAN TUTTE según Mozart y Lorenzo da Ponte (el relacionado de Casanova) llegó la hora de los espirituales ejercicios de la pluma alias péñola o pendolón, esgrimida a las locas, dando tajos y reveses y mandobles, con tales y cuales fintas de adobo y los refinados floreos de los golosos de la hoja (así decíase con vocablos franceses en la época, en la edad de acero de los duelistas, en especial cuando los Miñones y los Bussy d'Amboise).

Ese que en su rincón —jaspe y asbesto— se yergue estoico en éxtasis, abstracto, si no es Gautama-Buda estupefacto será el cínico entonces, zurdo y mesto. Salió de su tonel (banasta o cesto de Fálstaff rubicundo, y no ex-post-facto, sino antes del prelude, del contacto primo siquiera y sin catar el resto). Masculla ni rezonga nuestro absorto Qüídam Quibusque inmerso en catalepsia (seguro) que no en trances ni deliquios... Lálage! aporta un ánfora de Oporto! (Despierta al fin: se escapa de su ablepsia transitoria y empieza otros pirriquios). Salió de su tonel sin la farola (no ya linterna, que este es

otro cínico Diógenes de segunda): emana actínico rayo, sí, de su testa caracola. De su testa que es cálida si bola sin accidentes capilares. Clínico caso, también, por recipiente vínico —nectárico otrosí, de carambola—. Salió de su tonel, de su habitáculo, de su cubil, de su huronera, al punto. Camino al cafetín, a hacer de oráculo. En su rincón, cogita cejijunto... No le nada digáis, que esgrime el báculo dialéctico y doctoraos de difunto!

Sale uno, dice Bogislao... Pero desacertó, como que salieron dos: el del despropósito par y un su secuaz epígono que hace de sombra suya desde que el otro enajenó la propia. Dicen que hizo el otro cesión della a Peter Schlemil, inconsolable por la ausencia de la que un día le perteneció. De poca cosa se hace desconsuelo entre bobalicones del jaez. La sombra sólo sirve como rima de alfombra y de lo que se nombra o no se nombra.

Y la rima anda en desuetud parcial y transitorio o general permanente. Es su empleo esporádico entre quienes no la rechazan a trompicones o no la evitan o eluden o petan hartos della cuando viene al caso y es funcional. Y abominan della y dicen detestarla todos los de la cauda, séquito y ataharre del truco de moda, los del paso mal enseñado, peor aprendido y no aprehendido nunca, los cuales —entre otras que también les están verdes— también no sabrían como emplearlas, como no fuera cuando caen en ado y en ido —de donde lo manido o el vagido

y lo abobado y el resobado y lo no ganado por lo sí perdido.

Sale uno, salió uno, anunció Bogislaus y en esa la marró, si salió entonces también tras el uno la su sombra. La sombra en pos del Qüídam y en busca de ambiente no tan enrarecido ambos a dos. En busca de mejores aires como le ocurrió al espíritu de Gaspar en ocasión relatada. Los otros de la trinca sí que desacertaron al quedarse en el cuchitril y cava: que se perdieron el fantástico diálogo del Qüídam y su sombra —nada menos— de larga duración, enjundia medulosa y densa masa doctrinal. Se perdieron el diálogo tan conceptual —primo— y se perdieron luego la zahora luculiana que le puso fastuoso fin y remate y colofón al ponderado paroleo en dúo. El zahorar —como no ignórase ni del menor zahorí— es el yantar sibarítico al són y arrullo de músicas excelsas. Es el lauto yantar por lo fino entre ondas de casaciones y de divertimenti, mejor si mozartianos, o de Haydn si no. Después del succulento luculento zahorar, volvieron, sombra y qüídam, a la huronera, fanfarrones, y narraron, con nimios detalles del más aleve sadismo, las incidencias de la comilona (no propiamente a base de vitaminas), de la comilona con música de cámara y vinos muy ilustres. Con sadismo proclive, para tortura de los míseros otros del cotarro, a quienes toparon entregados a la más

esparciata de las sopas negra! Ilotísima sopa negra. Y pan ácimo. Y vino del acueducto. Y cante jondo! Suspiraron contritos los ayunantes de la miseranda tropilla. Acallaron la radio y su ominoso canto. Tornaron a suspirar —con sollozo— compungidos (compunctos?) Y... se les expandió el ánimo y sonrieron alacres, a poco: Porque el Qüídam y su sombra echaron al aire y dejaron ver las provisiones que albergaba cada panzudo almofrej: a más de lo superfluo (y es un decir) tres parejas de esbeltas botellas, continentes (ad usum de incontinentes) continentes de hialino contenido. Seis botellas, continentes por descubrir, conquistar y colonizar. Continentes, las seis, de la helena ambrosía, del greciano néctar de los semidioses y sotodiocesillos. Ya que los oligarcas mandamás del Olimpo abrevábanse de la más panfila hidromiel, los muy empingorotados paparotes. Ya todellos alacres, otra vez ya JOPECONES tras las rituales libaciones, diéronse al escuchar de la CARMINA BURANA de Karl Orff, y a corearla en determinadas partes pertinentes; en aquella —especialmente— de IN TABERNA QUANDO SUMUS donde el texto macarrónico dice: Bíbit hera, bíbit herus, bíbit miles, bíbet clerus, bíbet ille, bíbet illa, bíbit servus cum ancilla, bíbet vélox, bíbet píger, bíbit albus, bíbit níger, bíbit ista, bíbit ille, bíbunt centum, bíbunt mille...

Aunque los del cotarro no estaban *in taberna* sino *in caverna* recoletos; en la caverna pandemónica del multíloquo solitario multánime, que tampoco es la caverna de Zaratustra (aún) *magüer nietzscheano* su morador titular y son otro tanto de lo mismo —en plural— no pocos de sus aláteres. Vaya pues! No sé nada de lo que ocurra en otras zonas no sujetas a mi control o sólo a mi control remoto... ¿Ladumila? Se vive o vegetase tan al margen de lo de afuera aún entrañable, se vegeta o semi-vívese tan introvertido (introverso y prosa), tan introvertido en su actitud isloteña, tan encastillado en su malhadado torreoncete de mal abrigo —torreoncete cuasi hermético, no obstante-, que, de veras muy veraces, nada, nada se sabe ni de entelequias, mitos ni séres, ni de cosas, ni de los altos mesteres, de los bajos menesteres, ni de sosas enfadosas, ni de preciosas deas deliciosas, ni de sus pluscuamperfectas partes y refugio deleitable... Habrá que salir, entonces, de la caracola eólica, irrumpir desde el nicho, Lázaro!, desbordarse de la estancada alberca, terca perca. Botar el tapón aunque... *al primer tapón zurrapas!* Desembotellarse a ratos también, que no hay peligro de una muy rápida evaporación cuando no se es espirituoso tan sumamente volátil... Ergo... Ergo bibamus de vez en vez y no filosofemos más, que ya se quejan las meninges de la intensa labor permanente —sin descanso compensatorio, sin reposo ni pausa—.

Que se quejan las meninges. Naturalmente la que más se lamenta es la dura mater; la que menos, la pía: es más comprensiva. Y la aracnoides, entre la pía y la dura, veces mucho, veces poco, por su intermedia situación. No filosofemos. Lo indicado, lo prescrito es echarse a las calles entonces, y echarse a convivir con los extraños y con los indiferentes, que son los más contradizos y desapercibidos desprevenidos —inadvertidos también—, y cuyo trato superficial es anodino por punta y punta o con el doble significado de la voz. Con los extraños y los indiferentes, si no es dable encontrarse con otros más próximos prójimos y projimillas. Para cumplir con el propósito enunciado, acordaron —primer paso— los de la trinca, en plan de recuperación psíquica, al juego del balompié, como espectáculo de ver. De ello se habló al principio. El segundo paso...

Pero ya se hizo tarde, por esta vez; si nunca es tarde, Ladumila. Mientras haya otros días. Mientras haya otros días, buenos días. Mientras queden más noches, buenas noches.

8 III 1956

Ver SONETOS (I y II) (en POESÍA NO INCLUIDA EN VELERO PARADÓJICO - OBRA POÉTICA, Volumen III).

Hay el siguiente manuscrito: Porque andaban excéntricos, desorbitados girovagantes a la topa-tolondra, turulatos y foletos, acordaron retornar los de la trinca, en sesudo plan de recuperación psíquica, al balompié. Retornar al balompié, como espectadores, ahora, que no en calidad de onceno actuante,

porque todellos los del cotarro —helás!— rebasaron la cuarentena un rato largo há. Y como no tornen (ni más les faltaba!) a la infancia (ya varios de ellos están en punto, considerados los síntomas) o como no se organice el esperado partido magno entre los *madurones* versus los *chirles*... Y sería muy de verlo, ése partido, ya que no de alquilar balcones para ello, pues no sería la pugna en palenque cerrado ni en coto o corral, ni en coliseo, sino a abierto campo raso, en prado ameno de muy eglógico verde —potrero aquí si manga por allá—. Partido de manga por hombro y de manga ancha, para que puedan corretear, triscar brincantes a su talante los *chirles* potrerícolas —inmaturos o en cierne apenas—. Mientras el magno certámen se organiza y maquina, tornaron los del cotarro, como espectadores meros (meritísimos) a las justas de balompié. Retornaron los veintidós —titulares y reemplazantes, que no suplentes pues todos son principalísimos, presididos por su adusto decano y centro medio, la Eminencia no tan gris del equipo, apodado, ora, el Calvo Gerifalte de ojo mágico zahorí, y otrora —cuando alero izquierdo velocísimo— el Romperredes (a secas y por antonomasia) o el Zurdo Ariete Volador. No es de nuestro resorte reseñar, que somos espectadores puros. Fuera de que asistimos en simple plan de recuperación psíquica, para avadarnos de las psicastenias y otras psicosis de agudización dominical exasperante, mayor aún tras un sábado de sola soledad, único a bordo, sin brújula en la bitácora, ausente la mítica sirena..., Ladumila mitológica, Amalasunta quimérica, Casiopeïa en receso... (en campo heráldico de gules). Después del balompié y antes de los ejercicios espirituales de la escribanía pseudo poética, y en coloquio con el Metaxas que es un cierto filtro griego (epirota por más señas), un filtro al que tituló cordial el primero de los Robinsones, nos dimos a escuchar la Divina Pasión según el Evangelista Mateo, en arias y corales —música de Juan Sebastian— y la Profana Pasión según el ex-forajido Leo, en relatos y poemillas del pseudo-erasmista Bogislao: capelmaestre aquél, maestro (sic) sin capilla, aquéste: sin capilla, sin una mala capa siquiera, sin manteo ni tabardo y en capilla perenne como presunto amado de los Dioses y presunto Atlas con el fardo

ominoso del odio de todas las Diosas —en especial los de Palas Atena y la tal Juno— a cuestras. De todas las Diosas, menos el de la número uno que es de tan benévolo corazón, de tan generoso natural y de complexión tan amorosa. Tras de la Pasión Profana, los espirituales ejercicios de la pluma esgrimida a las locas dando tajos y reveses y mandobles, con tales y cuales fintas y floreos de golosos de la hoja... (así decíase en francés en la época de los duelistas en especial cuando los miñones y los Bussy d'Amboise)

8 III 1956

LXXXIX

Pues en fin de fines resultó certísimo —según los decires—, que salieron por entonces de la guarida y a las calles del burgo, como que casi todos los titulares principales integradores del Unitario mono-plantel múltiple del tan denodado Solitario-Entidad, el del Gonfalon-enseña. No es acertijo aquesto ni galimatías. Los de la trinca del benemérito solitario-secuencia, tácito cuanto taciturno, hermético cuanto revertido-extravasado y multilocuo vanilogador al garete. El solo uno multitudinario, el mismo sujeto de la misantropía hilarante, el de la acre euforia mordaz y el de la alacre, regocijada acerbidad. Y ésto continúa no siendo un acertijo ni menos la sólita paradojilla facilona. Es en seriedad adusta. A la calle, a la estrada, a la rúa, al callejón matrero, tortüoso. Oxte! al pozo! Oxte! al foso! Atrás, huronera! Atrás! Abur! Al cocito! cuchitril-refrigeradora, tugurio-calabozo del recoleto!(que no del estilista ni palemón).

Puertas afuera de la trapalona trapa del soslayado báquico eremita, de Lúculo amigote y de Catulo. Eremita de Eros al servicio de Machín. Bien. Exacto. Cumplido. Y en realidad de purísima verdad, se está cabalmente obrando de esa manera, obtemperando así al mandato —y no por hartío impétivo con énfasis— de Bogislaus, nuestro venerable gestor rector decano, nuestro estricto capelmaestre conductor y concertador desconcertante, amo de la batuta, así mismo señor del anillo, como dueño también de la lámpara y lampadóforo. Oh Ladumila de los pluscuamperfectos! Se sale ya en veces de la cueva —cueva no—, de la covacha del covachuelista mochuelo, unidad y secuencia. Se sale ya y no sólo —ahora— con rumbos oficinales: rumbo, en las cansinas horas llamadas horas laborables, a la meta burocrática; en otras horas, cuando se empieza a ser el Ente Zafo, el Gerente de su Ocio, a la otra derrota, a la otra oficina, a la que se utiliza en préstamo, por el consumo, al paso, y que es otra que tal para el escribaneo cuando el hacer nada, el garabateo y el meneo de la pluma; y así para la audiencia semi pública y tribunal; otrosí para el verbeo y paroleo y el discreteo con ciertos amigos y con ocasionales prójimos, algunos de ellos terriblemente lacertosos, posmas por extremo —como para evadirse de ellos, en fuga baquiana por la inmediata cotangente o tangente seca. Y no sólo se sale de la covacha —cueva no— cuando, como y para lo dicho y lo celado,

sino además para el peripatético vaguitar ambulatorio del dromomaníaco circunvalante, del ido Ahsvérus a la deriva metido en medio a la danza de la multitud que circula o se arremansa. Y sálese entonces de esta guisa: Sálese terciado tan donosamente el orondo almofrej en que hacíanse los papelotes, los cuadernillos estilizados para los íntimos apuntes —diarios a veces—, junto con los mamotretos o partes o trancos dellos, de los en gestación; junto con los libros impresos de autores cimeros, para la relectura, o en plan de simple hojeo u ojeo. Digo que terciado galanamente el informe sucesor del carriol o guarniel de ancestro paísa, pero no de piel de nutria. En ristre la boquilla de carey con el albo pitillo rubio en combustión. Boquilla que reemplaza ogaño la alta pipa de antaño, ya abolida. Cubre con su boina la su glabra testa y la fuga de sus sueños y el ancestral hastío de la mente. Y una sonrisa-gelasma fría y displicente —bajo el aún taheño mostacho hirsuto— solapa el rictus atediado. Así se le suele ver o veísele no fuera imposible, al Ente Zafo (con zeda) y con Beremundo el Lelo a la diestra, Bogislaus el Grifón, a la siniestra (o a babor y a estribor) y el cambalachero de Sergio Stepánovich Stepansky, seis, siete, hasta once pasos adelante —a modo de descubierta avanzada. A la su zaga (la del Ente Zafo) Meser Guillaume de Lorges el Acontista con medioeval atuendo villonil y Palamedes el todavía desprovisto de cognomento, que son estos

dos, uno y otro, a la vez y por separado, el ojo avizor y el vigilante oído. Sobre la testa del Ente Zafo (con zeta) a tres, a cuatro codos de su bóina, el daimón de su guarda —y el de turno en la fecha— que son su daimón Apolodoro, Polidoro, Policleto, Proclo y Palinuro: cada luna se hace el cambio. El daimón de su guarda (unidad del pentágono) actúa invisible cuanto imponderable Ariel, espíritu del aire, y actúa, atalaya, vigía oteante: brújula en zurda; bocina en diestra y boca, listo a dar el alarma. Qué espectáculo, Ladumila reacia, que portentoso espectáculo sería a queste si dél alguien se percatara. Nadie se percata dél, ni Ladumila de la sola tarde. Tal vez no lo sería —el espectáculo— portentoso para Goethe fáustico: *Qué espectáculo!* —diría— *Pero no es sino un espectáculo...* Y para este solitísimo caso, espectáculo se es apenas en latencia, solo en potencia. Espectáculo que es y que no es, como es y no es la ansiada de los pluscuamperfectos, Ladumila. Un si es no es espectáculo el dicho del ambular del Ente Zafo. Un si es no es (subrayado) como suelen aún decir los estereotipicantes, que se llaman seguramente *legión* (también entre comillas) El magno espectáculo del hemisferio y de esta parte del siglo! Yo no lo he visto aún, mas, aunque miope también del magín como de la Minerva cegatón, lo intuyo sí, el espectáculo mirobolante del Ente Zafo y de su desopilante séquito por las rúas y estradas y avenidas de la Urbe

bacataense y —cuando al fin se percaten— ante el pasmo de los atónitos urbícolas. Ventura entonces la presencia del pasmo. Quizá si advenga el sábado la ventura. La presencia, ventura del impaciente dizque bardo, —la presencia en función de la silvana ninfa venida ha tanto y ha poco de los montes, venida de los montes al ruego y al reclamo de la flauta de pico, modulando, pasional, sensitiva...

Apéate —irrumpe el Otro—, apéate Bogislaus, que ya llegamos al cubil, a la malparada huronera, y hemos de darnos a la tarea —si lo es— de poner al día —de noche— el PAN LEXICÓN ya iniciado de Mister Grey, el de la taheña barba en la Otra-Mina. Ha días-noches que no le metemos mano a la Obra. Y a obra tamaña. Obra que habrá de traernos, si no denarios, maravedises, óbolos, gloria tampoco. Esa es su gracia, su mérito mejor y mayor. El mérito y la gracia: como no somos, ni seremos jamás, en nunca, simoníacos, a fuero de que seremos, como somos, demoníacos artistas puros, puritanos artífices, el opifex-verborum, cultores solo del ocio gratuito y grato así por tanto... Démosle, Bogisladicius, al PAN LEXICÓN de nuestro iluso orate, el ex-prospectador de Minas... Démosle, si escuchando... ¿Te parece que le sea fondo adecuado a la tarea, la música de Musorgski? la de Borodin? Te peta, UNA NOCHE EN EL MONTE CALVO? Te acomoda oír EN LAS ESTEPAS DEL ASIA CENTRAL? Algo orquestal de la

JOVÁNTCHINA? Pero nada de CÁNTICOS Y DANZAS DE LA MUERTE, ni de SIN SOL, que nos pondríamos más melancólicos... Y tenemos hoy el alma mesta y el espíritu gris de plata, sin necesidad de los agravantes coadyuvantes de la Nenia. Si Ladumila... ¿Y que se hizo el Mister Grey que hace tanto que no se le vé, ni se le oye, ni siquiera BAJO EL SIGNO DE LEO, de Leo, su compañero cuando ambos ferroviarios por Bolombolo, que no tales (ni cuales menos) en el de La Dorada-Mariquita? Memoras algo de su añejo RELATO? Memoras cómo decía entonces el de la taheña barba, Mister Grey?

Cuando vivía en Bolombolo —recuerdas, Erik, esos días caldeados, recuerdas, Aldecoa, aquellas noches cribadas, decantadas, hechas polvo finísimo de orbes, y aquéas otras, Proclo, aquéas otras jadeantes, eléctricas, densas noches de tempestad? Cuando vivía en la ríspida riba tórrida, prófugo de las ciudades y de los burgos y de la metafísica, —mi espíritu gozoso, mi cuerpo impetüoso, avasallantes irrumpían como fuerzas sin rumbo. Y era yo (palabras de Mister Grey) —brizna imbele, átomo inane, ahora— desalado Dionysos, goloso fauno, pirata gerifalte al hurto de las róseas carnes y de las carnes dahlias de perfumada morenez conturbadora: vinos éranme el viento, el sol; vinos el río de almagre y el monte húmedo; vinos las frías sierras, los resecos pastales! Como frenéticas danzarinas los deseos me arrebatában en su giro voluptüoso; mis ambiciones eran icarinas águilas que horadaban el rútilo zafiro; todo era vuelo, todo ritmo de alas en el azul radioso; y esas noches —perfumes, músicas, evasión, elación...— (oh vida cerebral, nirvana, acidia, éxtasis, ataraxia), y esas noches —perfumes, músicas, vinos, hembras lúbricas, libidinosas fugas,

cabalgatas sobre el instinto— recuerdas, Erik, y tú, Proclo? Remembras, Aldecoa, y tú, señero Bogislao—, todo el contradictorio laberinto de excelsitudes lustrales y de vertiginosos apetitos animales? Fué entonces cuando se agitó la comba noche de öro trémulo... Alguna de las crisis periódicas de Mister Grey —seguro—.

Mi espíritu hosco y seco, mi cuerpo —ávida antena—, como fuerzas sin rumbo se desataban por los campos ilímites, por la selva en rumor, por los eriales, por el lleco, por la noche desnuda donde danzaban las estrellas desnudas al susurro moroso de una trémula música serena, por la noche ceñuda, apocalíptica, que ensordecían los timbales desaforados y rasgaban las trompetas agudas...; como fuerzas sin rumbo, como canción sin eco, mi espíritu hosco y seco, mi cuerpo —ávida antena—, cuando vivía en Bolombolo, avasallantes irrumpían...

Y este cuento o relato nos lo espeta el de la barba taheña a cada triquitraque o en cada crisis, Ladumila.

Fué entonces cuando se agitó la comba de öro trémulo, y las densas nubes enceguecieron el prodigio. Se paseaba el viento y en su corcel de resonante casco y entre la sombra pávida soplando ogaño el curvo corno eólico. Cárdenos lampos de estridente lumbre instantáneo livor regaban por la fusca noche encinta. Hálito de las selvas milenarias, vaharadas del cántico del río, ecos del mar lontano, traía entre sus brazos el viento vagabundo... La greña al viento, el sobrio traje al viento, la locura en los ojos de glauco alinde, la locura en la boca crispada. Y el vigía espíritu, señero y arbitrario y atónito, orquestaba el Delirio. Y el corazón batía su ritmo matemático: des-sentimentalizadamente indiferente en combustión latente fríamente... Fué entonces cuando se agitó la comba noche de öro trémulo, y las densas nubes enceguecieron el prodigio zahareño y selvático, con muy otro prodigio...

Como ahora Silvana: densas nubes de ópalo y topacio, de múrce y azur y esmaragdino color sedante. Densas nubes de grávidos perfumes sensüales, sexüales, ritüales... Densas nubes de sónes amatorios: música de lascivia y de molicie y de amor ideal, irreal, cerebral...: dulce nirvana, extática delicia...

Cuenta hasta aquí, el skalde. Afortunadamente paró en seco. Que es ya tarde. Luego cantabas con voz de sirena, como cantas ahora tú, la de los pluscuamperfectos...

15 III 1956

Ver RELATO DEL SKALDE (en VARIACIONES ALREDEDOR DE NADA - OBRA POÉTICA, Volumen II).

XC

Por manera, oh venerables númenes, caros amigos y paniaguados baratonos, que definitivamente y de esta vez por todas, por todas las fallidas anteriores veces; se nos van —parece que hacia el turbulento río Cauca de almagre y de oros viejos— se nos van tres —tres por ahora— de los más prestigiosos entes cofrades del clan de Jopecón. Y algo se olió, de ello, un otro: que por ahí ya se viene Meser Claudio Monteflavo, cogitabundo él y ensimismado más que suele, y balbuciendo él —muy sotto-voce— quién irá a saber qué monsergas de las suyas y que infundios de los ajenos, en latín de la decadencia, en el peor de los macarrónicos también y en el mejor toscano. Meser Claudio también anduvo y estuvo por el Cauca

río, en sus primeras mocedades, como se oirá. Y tal vez ahora háyase percatado, enterándose, no sé como, de su propósito de ellos los tres y quiera agregárseles, a título de cuarto, en plan de viajador gratuito, que no en pos de los mirajes falaciosos innominados y espejismos, ni de embeleco alguno de minería ni de veta ni aluvial. A éste, a ese Claudio, sólo le peta vegetar tan contemplativo, sólo le aprovecha perder las horas tañendo el su anacrónico laúd trovadoresco, urdiendo sus madrigales monteverdianos y yesualdescos, y cantándole sus querellas a Ladumila; cantándoselas al oído (al oído izquierdo, que es sorda del derecho si no va para sorda total).

Tal vez lo que ahora balbuce, Claudio, en susurro, sotto voce, sea su añejo RELATO. Su RELATO bolombolense, opus 43, el de *cuando llegamos a la venta*, y llegaron chispos, asaz chisparosos; y llegaban, con suma frecuencia modulada, a ésa, y a otras ventas, como a ventorros y ventorrillos, —calamocanos once veces de diez—.

Cuando llegamos a la venta —desde donde, a lo hondo, se oye el Río—, desmontamos de las cabalgaduras: en las piedras cantaron los espolines canción de estrellas teñidas de sangre... ¡Ah de la venta! Ah de la venta! cantaron nuestras vozarrones. Luego cantaron canción de burbujas y de cristales, las copas traslúcidas. E inquirieron por el tesoro de la venta serrana: *Ya se irá, ya se va, si*

no se ha ido... En la venta se cruzan vientos duros, —la venta, en la garganta de la sierra desnuda—. Cantaba el viento, cantaba el viento. Allá en el fondo, a lo hondo, la línea del río, y el treno del río... — Luego de la canción de las burbujas cantó el fuego en las piedras del hogar. Cantaba la sangre peán de lujuria. Más tarde iban cantando las estrellas vigías, su silenciosa música. Y rezongaban preces las viejas de la venta... Tornamos a inquirir: —¿Dónde está María-Luz, de los bezos de moras? (Bezoes, con zeta): Ya se vá, ya se irá, si no se ha ido...

No fué larga la demora en la venta, ésa vez, aunque tampoco llevaban mucha prisa...

Y volvimos a las cabalgaduras piafantes. La Cruz del Sur en la linde del monte y el cielo. Cantó el hierro en los cantos redondos. Callados iniciamos el descenso por el camino en caracoles y en escalas. Por el camino en lumbre tamizada de violetas, por el camino en perfumes del viento que susurra. Por el camino en perfumes ásperos del monte, por el camino en músicas de las aguas dormidas y de las aguas que se despeñan... De su prisión de vidrio verde saltó el claro cristal: gorjear de burbujas y del efluvio del anís montañero, íbamos silenciosos. Cada cual dialogaba tácitamente con su amigo de vidrio. Mas uno de nosotros —El Viandante de la barba taheña—, cantó, cantó, (que taladró la noche con su voz recia) *El Rey de los Alisos*, malamente... E inquirió, con voz más ruda: ¿Qué se haría el tesoro de la venta?

Y creo que en éstas se iba y veníase —teóricamente quizás— cuando esa noche, otra noche, empezó a hacerse tarde y a escasear el espacio, y parece que entonces se dispuso —in mente— posponer para entonces quizá dentro de dos () —allá— que hoy

se cumplen si no yerran los ALMANAQUES de Torres Villarroel. Posponer —dícese— la solución del interrogante estribillo de Meser Claudio Monteflavo: *Y qué se haría el tesoro de la venta?* Esto, primeramente, y luego tratar de averiguar qué hay de un otro tesoro silvano, el de los pluscuamperfectos, el del bífido Nilo blanco y róseo y de su correspondiente delta, (el de Ladumila...) Es de presumirse, en cuanto a aqueste neo tesoro, que se volviera agua de cerrajas, mucho ruido y pocas nueces, y se aplazara para la hebdómada de dos sábaths y 31 de febrero, a la hora de nona o en el valle de las trompetas. Tornóse como para hacer cuasi pareja con el tesoro de la venta y en el Alto de Otra Mina: De ésta: *Ya se irá, ya se vá, si no se ha ido...* dijose por entonces. Y de aquesta aquésa: *Ya te me vas, apenas en llegando, viniendo de venir ya te revienes... Modulaste esa vez, no más modulas?...*

Regresando al Alto de Otra Mina, después de dejarlo atrás y de pasar por Lara: Pues allá tornó a cantar la voz de las burbujas y del claro cristal... Y al río, al fin, llegamos... Se trata (como se trataba) de llegar al río Cauca y de cuando arribaron esa vez a la su riba, hace ya sus treinta años de Ley y de qué quilates el oro del tiempo perdido. Ahora, en esta otra ocasión y oportunidad como que proyectan volver a las andadas, repetir la fuga rimbaldiana, incurrir

en segunda salida —o lo que sea— Gaspar de la Noche, Sergio Stepansky, Erik Fjordson y Claudio Monteflavo —de adehala—. Este último (o penúltimo tal vez) es el autor del RELATO, de ése oído y a oírse, y daño dizque poémico: Y al Río, al fin, llegamos... ¿Si Nuño Ansúrez no nos pasa en la barca? —Bah! dá lo mismo! —Bah! dá lo mismo... Nueva canción de vidrio y de burbujas y fresco trasegar diamantes vívidos. Media noche. En las márgenes del río, qué limpia media noche! Esta es la selva de múrice y de öro! Esta es la abierta vida innúmera! —¿Y qué se haría el tesoro de la venta? —Dónde está María-Luz, de ojos de hulla, de melena de hulla y boca sombreada...? —*Ya se irá, ya se vá, si no se ha ido—*

Y si no se ha ido aún sería que se quedó esperando a Meser Claudio Monteflavo, y vistiendo las imágenes poéticas dél. Y ya estará desmejoradilla —o en la mejor sazón, que entonces apenas era núbil—. Volviendo atrás, a la cosa en relato, al temilla pseudo. Y síntesis: Tiénese que —ya es yerro seguro— se irá el cuarteto de paniaguados robinsones para el Río Cauca, de oro viejo y de almagre. Se irán al Río, al río, aguas abajo de la boca del río Arma hasta las vecindades y a la altura de Anzá, y de divorcio en divorcio: es decir, de Levante a Poniente, desde la línea sinuosa donde se divorcian las afluentes aguas rumbo al Aburrá y rumbo al Atrato, de las aguas que del uno y del otro divorcio van al Río Cauca, eje. Más claro ni Fray Félix Hortensio Paravicini o Hernando Domínguez Camargo ni el Tassis de Villamediana o don Clarismundo de

Teleo, ni el propio Luis de Argote y Góngora. Síntesis, Tesis: que se van hacia Bolombolo (como centro radial de operaciones) cuatro denodados de entre los denodados integrantes seudónimos de la trinka o cotarro nominado JOPECÓN, de la serie Jota y promoción primera. Y son ellos Gaspar von der Nacht, de Mainz y Sergio Stepánovich Stepansky de Kazan —prospectores de minas y de otros placeres no todos ellos mineros—, en más, Erik Fjordson Erikson, de Lund, ex-vikingo, ex-pescador de bacalaos, arenques y tunas, magno coronista mixtificador y crucigramario de la expedición, y Meser Claudio Monteflavo, de Arezzo, ministril y trovador del equipo, ducho en motetes y en madrigales y en otros cantes. Y presunto violín segundo de un posible Cuarteto de arcos, cuando les dé a sus virtuosas partes por interpretar a su sabor, hora en Anzá, ya en Cocojondo o bien la Guaca de Heliconia (por qué no en Concordia y en Titiribí?) los diez y siete —con la Máxima Fuga— del leonino Ludovico de Bonn, y los trece cuartetos —con la Fuga mínima— del adón Ebenezer-ben-Platón-ben-Mordecai-el-Alhelí. Obras y obrecilla para cuarteto de cuerdas, también, y de la minerva propia dél —no tan Atena—; o los del mismo Meser Claudio Monteflavo —que los factura—. Monteflavo de Arezzo, el arisco descubridor del sonido mil novecientos y cincuenta y seis (patentado), o sea del sonido diez y nueve —bis— en torno al cual sonido y cuyo suyo dél,

tanta alharaca horrisona hacen y vocean o sueltan, nuestros más chirles musicólogos –de los dados a la alta-fidelística esnóbica– y no sólo ellos, sino también los otros orondos musicólogos –los de auténtica maduración, ponderados exégetas amautas. La serranilla de la venta, peliendrina, con *las nieves de antaño*. La de ayer, la del *un si es no es*, con los granizos de ogaño en trance de irse sin acabar de llegar. Con los granizos y las nébulas y con la indecisión hamletiana del sobado *to be or not to be* o con el balanceante d’annunziano ambiguo alternativo: *Forse che si forse che no* (y en la duda, abstente ello es lo cauto pero nunca lo lauto). Y en el temor, recula, simula en la elusión y evasión, y undula si veleta del viento o si mareta del vaivén acuátil. Vaya pues, LA-UT-MI-LA con ene bemoles sin ningún sostenido.

Como otra nube, así fue transitorio. Zizz! La gaviota pasó ligera! Se ha confundido con el azur: ¿y a qué seguirla? ¿y a qué más verla? Quedó en los ojos, a jamás presa, su fina sombra contra la luz! Zizz! La gaviota pasó ligera! Como otra nube, así fue duradero, como una nube, como otra nube al transitorio viento fugaz: Yo lo soñé irrompible!... Buen viaje! Abur! (Viajero yo también soy, de sino emigratorio. También yo soy tornátil, de esencia asaz fungible, como la nube que llega y luce y cruza y nada más...) Zizz! La gaviota pasó, ligera!

Vaya; vaya pues! Vaya: que integraré el Quinteto de los Orates de JOPECÓN en Fuga; si como contrabajo o segunda viola u otro violoncello...

Para tañer —en más— tras todos los de Boccherini y los futuros de Monteflavo, fuera de los cimeros, —los quintetos abisales del polignoto musurgo en latencia que ya se dará a conocer... Y luego, que asumiré funciones de oráculo del corro, faraute de la trinca, pregonero de las fazañas y de las seguras malfetrías y tuertos del conjunto, y de cegatón Homero de tamaña Odisea (al margen de lo musical).

Lo dicho, dicho, voto a don Capricho. Lecho, pecho y techo a lo hecho. Y manderecho mucho y ducho, nada gacho, sin empacho y con dos ceros que figuran el ocho... Acho de nada tacho (animal macho) Echo de nunca estrecho (sino entre mis brazos) Ichó del nicho, jamás en entredicho; ocho de que en las mías me salcocho. Ucho del pega y pego, que no escucho, si lucho siempre... (como el primo en Ayacucho). Más claro, ni el conde Claros de Montalbán, ni nuestro Clarismundo de Teleo... Nos iremos los cinco para el Cauca, La - ut - mi - la: Las cuatro cuerdas cantan al unísono: oh noche de huracán y de granizo! Las cuatro cuerdas rugen con voz rauca como en las noches lívidas del Cauca! Lívidas de relámpagos violetas precursores del són de las trompetas! ¡Noches del río Cauca, en mi señera bicoca, que batía la tormenta! ¡Oh noches de aventura, ebrias y rojas, con selváticos gritos y cabalgatas locas! ¡Noches de sed de alcoholes y de riñas y de raptos! Las cuatro cuerdas vibran!

¡Cuatro cuerdas el viento: e infusan de canciones el silencio.

El silencio. El Silencio: de donde no debí salir... ¡si he labrado el Silencio como Inútil Poema, bien es que al aire aviente mi voz de marinero! Todavía! Silencio no. Soledad, sí. Vaya, vaya pues...

5 IV 1956

Ver RELATO DE CLAUDIO MONTEFLAVO y FAVILAS (en VARIACIONES ALREDEDOR DE NADA - OBRA POÉTICA, Volumen II).

XCI

Habrà de seguir la danza, como les dure el ánimo a los instrumentistas del grupeto de cámara —cuerdas, oboe, clarinete, fagot y trompa—. La danza intermina que no se fina sino en el sòlito momento de marras. Si fallan los instrumentistas, seguirá la danza a palo seco. Que todo són musicas. Luego de muy prolijas cavilancias no todas tan someras, ciertas harto profundas casi que soterrañas de abisales, inmerso en el justo, exacto meollo, en el centro, foco y nuez del magno problemilla, como recoleto así mismo en la espelunca de la madriguera del hurón de sí, tienese ahora ya la axiomática cifra y tesis y lata y neta lección: Que es lo mejor, lo reóptimo —claro, si tampoco le queda otra alternativa—, que lo mejor es continuar —como veníase— navegando aún y por

siempre entre las móviles nébulas, entre las densas nubes: singlar impertérito de nimbo en cirro, de cirro en cúmulo, de cúmulo en nimbo, e —internubio— cabecear en los ledos columpios de los llamados vacíos, pero entiendo que dizque no son tales, según informan los Tales de Mileto (los de ogaño). Los Tales, nefelíbatos orondos de la jactanciosa categoría jerárquica de los amautas sabidores zahoríes. Continuar navegando entre las nubes, todavía, con la tronada implume cabeza a pájaros, y, a más de así, navegando por los ápices estratosféricos, extrafeéricos. (Apices como extremo singular superior, no en el sentido de trivial nadería: aunque, en verdad, como que viene a dar en ser lo mismo). Viene a dar en ser lo mismo, desde que los extremos se tocan —y es lugar comunísimo— y desde que los extremos conmueven (conmovieron) a André Gide. Desde que los extremos le hacían blanco y tiro, retozando André Walter con el vocablo, en el buído secuanense del propio riñón de Lutecia. ¡Oh La-Do-Mi! ¡Mi-Re! la de los pluscuamperfectos! Por ápices estratosféricos —extrafeéricos en contadas si succulentas ocasiones—, la cabeza (y en alado desalado despotrique). La cabeza, a caza, en cacería de altanería, tomada ella, la testa monda —metafóricamente— imaginativo gerifalte de los más eficientes rapaces de la cetrería. Rapaces si no nada rapazuelos que andan por los decanatos. De los más eficaces neblíes, no embargante

ni empeciente el que sea sumamente nugaz el botín nulo. No dá el botín ni para coturnos. El que sea careciente de valor numulario la presa sin plusvalía, la mínima presa, de insipidez cuasi absoluta. De los más efectivos azores, aún si los frutos otros, de los imponderables, los mentales, dígase, *verbi-gratia*, resulten de asaz mediocre calidad, de soberana sosería y sin ninguna cualidad aparente, ni siquiera de forma. Y sin querer entrar en el lío de aludir, de mencionar menos (Bajo el Signo de Leo) los muy sápidos frutos sensoriales, sino eludir la mención y la alusión a ellos, que a ellos un fuero ampara que les presta egida. (La indiscreta mención sería allí, entonces desafuero de los vitandos y nefandos) (aún Bajo el Signo de Cáncer, que al del de Leo le es el signo propio: a creerles a los almanaques y pronósticos otros y no a los de Torres de Villarroel). Ahora, bien, y concretando si todavía en abstracto, ¡oh La-do-mi! ¡La-Mi-Re! Si todo es inválido, si todo es baladí, si todo es fútil flor de la futilidad del baladero baladino. Si todo es fútil, y, así igual, mismamente, todo sin uso. Todo sin uso: tanto lo útil como lo inútil a más de fútil. Si todo ello —menos lo que sabemos, La-Do-Mí— y el saldo también es como así, pues... Lo muy sabio es, y de honda, de suma sabiduría, de probada sapiencia, lo muy sabio es seguir surcando nébulas móviles y densas nubes cerradas y nubarrones ominosos. Surcar, surcar aún y siempre, siempre sin

objetivo, sin jugosa finalidad, jugando siempre —tan pueriles— al deporte puro, al gratuito escarceo, a los olímpicos cuanto apolíneos divertimentí ociosos. Habrá de seguirse la danza, oh La-dó-mi, deleitosa! oh La-mi-ré! pero ya... De seguirse la danza, pero no todavía la danza de ése que danza con su sombra, por más que sea, ése, el más ágil danzarín, el metafísico Nijinski —luego de orate—. Habrá de seguirse la danza, la nuestra danza, Fonóe! No la danza, jamás, sin contradanza. Para danzar (lo enseña Beremundo), para danzar, el ritmo con el color se alía. Para cantar (lo indica Bogislao), para cantar se funden —línea del horizonte— sangre fecunda, preñadas ondas al denso o juego del prisma... Para cantar, el ritmo con la pasión se funde. Para danzar, el número con el valor se alía. Danza y canción lo efímero con sus redes aduna. Y no basta el saludo protocolario. Tras de la venia, el minueto —con su Trío, en dúo— y las repeticiones y variantes.

Y ahora, Baruch, de otra cosa, a otro tema —interludio, intermedio y paréntesis corto, si no resulta largo en demasía.

Todas las otras cosas sin perfiles: innocuo Mal, estéril Beneficio, somero Amor —apenas adventicio—, frustra Ambición: ¡tan sólo afanes viles...! Férvido ensueño topa en los cantiles de lo real. Mi tedio trueco en gaudio apenas tienta su rebec Mauricio, su clavecino el aquilino Claudio. Ébanos negros, cándidos marfiles,

delante a intrincadísimo artificio. Sabio —a su frente— el divinal Oficio, con sortílega mano, de sutiles dedos, celebra el brujo Claudio Aquiles. Oyendo cómo tañe, (un ebrio gaudio enajéneme el sér, túrbame el juicio), su clavecino el aquilino Claudio. Ellos cuenten sus dólares por miles, por quintales! Por ello no desquicio mi de aéreos mirajes edificio (que no alcanzan, reptantes, los reptiles, como ni al sesgo arquílocos alfiles)—. Mi Peñasco de Hastío exsuda gaudio cuando toca —Aarón para mi sicio— su clavecino el equilino Claudio. Vayanse al *orco prístinos abriles, mustios agostos*.

(Todo esto último entre comillas, claro!)

¡Qué más alto vicio, que ocio más lauto! ¡Qué mejor auspicio, —Mecenas, rodrigones de serviles!— qué alegría! si no la que destiles, tú mismo y para tí, para tu gaudio, si pulsa para tí (vozne el fenicio) su clavecino el aquilino Claudio.

Y envío; que es otra BALADA ACERCA DE LO MISMO: Señor de los Acordes, aunque afiles el ingenio, no a tí. Ni al juglar Rizzio, magüer la Stuart le tuvo a su servicio: (¿sus modos de la amar asaz gentiles?). Tampoco a Pulkinelas, Clowns o Giles: sigue sonando (y súmense a mi gaudio Serenidad, Euforia, Angor, Suplicio) su clavecino el aquilino Claudio.

Estas monsergas están por ahí en un mamotreto que es un quinto FÁRRAGO impreso a la cuadrúpeda manera, plagado de erratas fruto de la sapiencia de un *quídam* tipista él, con veleidades de corrector y no de pruebas, sino de los engendros del responsable del FÁRRAGO. La suerte reside en que aqueste responsable se alza siempre de hombros y es Atlas que puede con todos

los yerros: los propios y los que le acumulan los peruétanos.

Y ahora, de otra cosa —interludio, intermedio, paréntesis largo si no corto y postludio—.

Yo —bizarro— mejor que el ruido ambiente gusto del embrujado maleficio. Otros (don Nadie: eximia, estulta gente) se vayan al amor de la corriente. Yo —bizarro— doy pábulo a mi vicio: ¡éxtasis musical, júbilo, gaudio! y oigo que tañe su rebec Mauricio o el clavecino el aquilino Claudio.

Como fácilmente puede advertirse esta otra monserga es una otra BALADA: UNA BALADA ACERCA DE LA SIGUIENTE que vino a ser la anterior —por viceversa— y ambas imbuídas en un semejante gaudio —porque no hay otra como para Claudio—.

De ésa hidromiel (yo, vate intercadente) no he de beber, por la que pierde el juicio —si lo tuvo— la Tribu, el Clan, el Ente medio. De ésa hidromiel mane la fuente: ¡no he de beber magüer perenne sicio! Mi sed no extinta truécaseme en gaudio: y oigo que tañe su rebec Mauricio o el clavecino el aquilino Claudio. A esos dos nombro por capricho. Oyente soy de otros más, devoto —sin cilicio—. Largo el elenco: lo recito in-mente. Hoy no curo de darlas de elocuente. Catálogo no espeto, ni servicio de información. ¡Con ellos lieto gaudio! Y oigo que tañe su rebec Mauricio o el clavecino el aquilino Claudio. Vale decir que escucho a...

(pero, *tente mi pluma*, —como dicese de oficio—.)

A todos oye oído reverente. A todos ellos téngoles presente (por presentes) ¡Qué cómodo ejercicio! Todellos son vectores de mi gaudio: y oigo que tañe su rebec Mauricio o el clavecino el aquilino Claudio. Claudio Aquiles bifronte fauno ardiente. Ravel de rostro ascético. Es indicio de fino *esprit* buída y ósea frente? ¡Y los otros! ¡de todos soy audiente! —si lo valen—: de mínimo a patricio. Todellos —de Alfa a Omega— dánme gaudio. Y oigo que tañe su rebec Mauricio o el clavecino el aquilino Claudio.

Y el envío? A tí, que cantas, muda omnisapiente, pulcra musurgia? A vos, vulgo plebiscio? A nadie? Si ésme el sino indiferente de la Balada..., ¡sóbreme mi gaudio! ¡Y oigo que tañe su rebec Mauricio o el clavecino el aquilino Claudio!

Que en un tiempo le dió a Beremundo por urdir —para se divertir— BALADAS IN MODO ANTICO. Para se divertir y para nos fastidiar, dulcamara Fonse... La-mi-ré! Bien, Baruch: sin necesidad mayor ni menor urgencia de utilizar para nada de nada y ni cosa las flamantes pseudo capacidades para secundarios mesteres de los cotidianos, ni las fáciles habilidades accesorias —obvias también— a utilizar en pró de nadería, ni las ostensibles, vacuas, hueras, horras aptitudes de mero adorno. Como tales cuales (de adorno mero) suelen ser tenidas (por Pandemos Panmidas) las de los líricos escarceos devaneos, también gratuitos y hasta onerosos, o las del tañer del clavecín musurgo, de la cítara, del salterio y del archilaúd, como no el de la dulzaina, ni el de la ocarina ni el del organillo de los pasmarotes.

Todo esto de adorno mero, todo aquesto accesorio tras de secundario —de tan liviano empleo— puede ahora echarse a dormir, cataléptico Lázaro, su sueño faraónico de fajada momia, soto pirámides de imponderable olvido como para milenios. Soto pirámides, ni pétreas, de fastidio, de hastío, de indiferencia y de tedio señoriales sobre plúmbeos. A dormir, a yacer, a echarse a dormitar, —arrumada balumba ya ultratumba—, arrumada balumba de embelecos abolidos, a dormitar en el cubil, en la osera, en la leonera de Bogislaus. En su cubículo que es la moderna versión sumamente abreviada del de antaño *entre comillas* Cuarto de San Alejo. En su cubículo, como en el otro, depósito difunto y ex-biblioteca cuasi alejandrina del de la ex-taheña barba, de Míster Gray el pionero, del humanista fallido y fracasado lexicógrafo, pirrónico ni pírrico académico ni *in-partibus*. En la su cava frigorífica —de Bogislaus— o en la mohosa Morgue de los libracos-cadáveres del exiliado Míster Gray el isloteño. A dormir, a echarse a dormitar, homéricos, en la Cava..., en la cabina de Bogislaus. Y la cava? Dónde andará Florinda, alias La Cava. Cava aquésta no frigorífica como esotra, sino muy confortable y caldeada. Y así será también la otra, si lo quiere Machín y si del saludo y prólogo se pasa al minueto.

Sin digresiones, mientras tanto, a dormitar en el cubil con la arrumada balumba de embelecocos abolidos o por abolir, y también a dormir o a callar por lo menos el propio Embeleco.

12 IV 1956

Ver BALADA OTRA ACERCA DE LO MISMO y BALADA UNA ACERCA DE LO DE LA SIGUIENTE (en VARIACIONES ALREDEDOR DE NADA - OBRA POÉTICA, Volumen II).

XCII

Con el arribo sumamente tonitroso, con la asaz vocinglera llegada de los vetustos neo-Argonautas tripulantes aéreos de la Nao Hiperetusa —tántos meses en carena la nao para tornarse artilugio volador, y tantos años anclados los neo-nautas en su chiribitil, para volverse otros Icaros— se convirtió en un babélico Cafarnaum la atónita, la plácida región así invadida. La mansueta región nemorosa recoleta —y de suyo de ella y hasta entonces la más eglógica de las Arcadias posibles, no obstante no ser ella sino otra floresta de Brocelianda bajo el influjo mago de Merlín y de Ariel (espíritu del aire) y soto el dominio deleitable de Bibianas y de Melusinas en su flor. Una otra eglógica Arcadia, emporio del sosiego lene y de la molicie en tiempo lento, en suma calma, con ardites veniales, en veces, de malicioso enredo y con ápices de silvana salacidad inocentona. Turbada sólo —la Arcadia eglógica— y no tan esporádicamente sino con

entretenida frecuencia, por rencillas y zambras todas ellas de origen idílico o quier sólo sensual, de origen amoroso (culpa de Eros o de Machín). Es decir, por mor de los celos de las ninfas y pastorcillas émulas, namoradas rivales de un cierto egipán, zagal pastor o fauno experto. Celos de los pastores encalabrinados por determinadas Venus silvestres, voluptuosas, de óptimas partes y de humor accesible. Todo aquesto en un paradisiaco clima semejante al que rodea las PASTORALES de Longo. Clima semejante, como ambiente, —digo. Clima de ubicación subjetiva al suyo, al de las PASTORALES, comparable. Porque el clima físico real de la región era, como fuera y lo es, —creo, tórrido hasta las cúspides de lo hórrido, tórrido como el que más. Que es la región recoleta de marras y de los neo-argonautas voladores, ardentísima zona, un valle de paludes —si angosto— y de húmedas selvas y herbazales, partido por un río turbulento en las chorreras, soñoliento en los meandros y girovagante en los remansos. Un río olímpico, de almagre o de cinabrio sus ondas en el día hasta el véspero, si de argento en las noches de Selene, si de fluído betún en las cerradas noches ciegas, si de cárdenas, violáceas ondas cuando la noche intempesta, procelosa, cebrada de relámpagos. Si se deja en paz por un tiempo a Ladumila esquiva y retrechera y en cura de reposo, si así le es necesario, como cuenta o es sólo su deseo o si es tal su manera —al sesgo— de evadirse por la línea

tangencia. Alguien vaya a saber en jamás de los nuncas lo que se piensa o se siente con la mera base de lo que se dice. Y si alguien, yo no. Si se la deja en paz... En paz la dejamos. El mito de Ladumila partió entonces también, con rumbo desconocido, y ni Lepe ni Lepillo saben si tornará. Se sabe sí, que no se fué enderezada al Bolombólico Edén tórrido y sus zonas circunvecinas, mucho menos a la zaga de Sergio Stepansky y de sus aláteres y mis sosías, los neo-argonautas tripulantes aéreos de la nao -Hiperetusa hecha artificio clavileño. Como vino, súbito, el mito, así mesmo se fué. Punto y aparte.

Sabe —Baruch— que esa historieta (trunca melodía, anecdótico episodio, no finado preludio si epicedio frustrado) casi que fue la soberana soñación aladínea. Apenas tedio y rencor, es. Y, ayer, quizás y nunca. Mañana, ido rumor. Más tarde, odio: ¡oh qué maravillosa cosa vana! Qué soledad la que habita ahora —o desde siempre?— la huronera chiribitil del penúltimo de los JOPECÓN en ejercicio, del último déellos aún en cautividad —inmerso en sí mismo—. Cuando no sopla, silvestre, su zampoña, ni, cortesano, tañe su laúd, vésele cogitabundo, hosco, señero, tácito y hermético. Estático Búho contemplativo, búdicamente; o tan peripatético dromomaníaco como el más pájaro bobo de los pingüinos próceres de toda la Pan-pingüinia. Quizá por la suma y resumen de todo ello,

y por gracia de las evasiones, variaciones y Fuga, nuestro isloteño cofrade, háse entregado al cultivo de la Filosofía y al del Eufuísmo, alternadamente. Subsiste el rastro de un trovar añejo que a mis oídos fue fragoso himno —musita nuestro filo-filósofo—. Fragoso himno y fragante, cuya esencia paradisíal es ora evanescida sombra fugada, sin sabor a vida, sombra no más sin corporal presencia.

Cantó. Desafortado vocerío contra sordos espacios impasibles. Treno dilacerante por la honda muda oquedad del ámbito vacío. Enlutecida nenia de inaudibles másculos sones de inexhausto brío. Torvo silencio el eco a la redonda.

La soledad lo condujo al silencio y ambos, a la Filosofía y al Eufuísmo. Y ahora los cultiva alternadamente: Cuando no sopla su zampoña ni tañe su laúd ni ejecuta su MONÓLOGO, opus 3, en el contrabajo. A la Filosofía, dama tan metafísica, dedícale las noches de los días pares; al Eufuísmo las noches de los impares, de los llamados también nones. Y en este caso a la vista mucho mejor llamados así, nones, pues el cofrade filo-filósofo anda de nones, está de non y ha quedado de non también —que no es lo mismo precisamente, por más que lo parece— a ojo somero, si no se analiza la cláusula a conciencia, a ciencia y paciencia, sin negligencia. Al Jopecón aludido ya la había interesado desde mucho antes la Filosofía —aunque no la quiso cursar cuando

el bachillerato por cuanto era exclusivamente ginebrina —sin tener nada qué ver con Juan Jacobo ni con el gin—. También y en períodos discontinuos si constantes a trancos, practicó el eufuismo (y sus equivalentes) sin haberlo cursado tampoco o también. Y no poco y hartó bien lo practicó y lo practica. Pero ahora sí que anda metido y tan de lleno en ambos laberintos-arquitrabes! Aspasio de Afrodísides, filósofo del Siglo I de la Era en uso, es su Mentor, su Guía, su lazarillo, su galeoto, su rodrigón y su Virgilio. Es su Publio Virgilio Marón, Aspasio de Afrodísides. Su Virgilio: lo que no significa, en modo alguno, que el adoquín de nuestro colega y JOPECÓN —también—, magüer descontrolado, tenga el vitando propósito de intentar pretender urdir conato alguno de dantesca algotha COMEDIA y ni DIVINA ni HUMANA apenas. Ni más faltaba. O, solamente éso le podía faltar al tarambana insular, isloteño pseudo-Robinson, el Seor Palamedes de Beocia. Nada de dantesca o no COMEDIA y ni de tan divina ni de muy humana. Nuestro Aspasio es su mentor sólo en otros círculos: en los enmarañados de la Filosofía, Filosofía como simple hóbbey o mera afición snóbica y para entretenerse y divertirse en sus ocios y vagares. Sucedánea —la filosofía— o equivalente de cualesquiera otro género de crucigramas y acertijos logogrifos. Del mismo modo le amenizan el ocio lauto y el vagar en vela, los espirituales agnósticos ejercicios

del Eufuismo, para el cual no es Aspasio de Afrodísides su mentor: con el Eufuismo anda Palamedes sin báculo y sin Estrella Polar. Ergo; sin brújula en la bitácora.

Allá no estaba sino el viento. Estaba, si es estar andar en alas del ensoñar —color de pensamiento— o del pensar —por aéreas escalas—: la música del viento: el solo aliento del viento, por las quietas, mudas salas.

Musitaba así, sotto voce. Pero no eran tales salas sino un camarotín cucurucho Palamedes decía —cuando ya iba para leso pero no lo estaba tanto, aún: Yo soy el Exiliado Prioste de Nihilocia, Príncipe del Insomnio, Rey de las esteparias solitudes, Senescal de Egolalia, —a más de Palamedes de Beocia—. Soy el descabalado Pitre del Cero-Omnio. Soy el aridecido Tantris de la Tantalía (citerior), Juan sin Tierras ni siquiera paludes (paludes cispadanas), y el Caimacán y dueño de latitudes y de longitudes y de los vicios todos y todas las virtudes...

También Faraute tácito de don Beremundo el Mudo y Oráculo del bobo como del más agudo. Ya iba, muy aprisa, para orate, Palamedes, llamado también —por sí mismo— el Brujo Paracelso de la Tontoterapia. Dejemos en paz a Ladumila y en cura de reposo, si le bastó el preludio, si le bastó la arcangélica salutación. Ya no modula. No. Y no sé qué mudóla.

No toques nada, **Beremundo**. Todo en su sitio deja. Lo que viene y se va, lo que se fué y retorna con lo que nunca advino. Lo que ya no vendrá. No sólo el vino cobra calidad si se añeja: también el corazón el tiempo exorna, y lo que fue aventura mito se tornará.

Esto no está en las CONSOLACIONES de Boecio ni en las de Palamedes de Beocia. Aspasio de Afrodísides lo atribuye a cierto obsoleto Mago persa antecesor (y tío) del de la lámpara de Aladino.

No toques nada: todo en su sitio. Déja: mira la rosa mirobolante. Y es la rosa testigo, si no pretexto apenas y ocasional abrigo de musical ensueño, si miel para la abeja.

Pero yo, Palamedes y no de donde tú dices y eres tú el beocio... planeo a ene miriámetros de las zonas cordiales y a otros tantos milímetros de las que el odio infesta. Discurro indiferente: ni la zalema halágame ni angustíame el insulto. Como el de Asís —homónimo— para los animales, ánima compasiva —si ríspida y si mesta. Fraternizo aunque elato, con el vil y el estulto... Muy mal estás del cocorote, Palamedes, y ahora te metes en arquitrabes filosóficos de la mano de ese griego orate de Aspasio de Afrodísides. Déjate de garambainas y remajaderías y vete a agricultural (como decía aquel campesino de Sasaima). A agricultural, amigo Palamedes, y pásale tu embeleco filo-filosófico a Bogislaus que es de madera más fina: como que es tallado en guasco, en amamor o en verraquillo.

A Bogislaus que puede hasta con la cox de una mula cerrera... Bogislaus: Ese que veis allí, barbitaheño, camino a barbicano por minutos, fue el mejor singlador —a pies enjutos— por piélagos y pontos del ensueño. Icarino, montóse en Clavileño. También en impolutos y polutos tronos de escarnio: tras de glorias, lutos; tras de alegría, hastío: opio y beleño! (muslos de dahlia —de rizosos lutos o blondos en el delta—: opio y beleño). Circumnavegador por anodinos mares de falenciosos desatinos, ancló en hastedo buzo de Quimera! Es lo que fué cuando la Primavera: no trocara por otros los sus sinos: igual sería si otra vez naciera.

Suéltale a Bogislaus la Filosofía y endílgale de yapa al dánao Aspasio de Afrodísides, y véte en pos del Stepansky y sus aláteres y mis sosías paniaguados. Andan por Bolombolo, en plan de repetir fazañas y aventuras corridas por antaños ya abolidos. Yo me quedé en Netupiromba: no repito salidas, magüer quijoteo, en ocasiones, que soy álamo añejo con visos de zorro.

No toques nada, Beremundo. Déjalo todo en su sitio, Palamedes. Mira —Leo— la rosa mirobolante, signo, símbolo, emblema. Para los ojos nada, Ebenezer, ni para los subsentidos. Sólo la música es, Apolodoro. La Poesía, la Música son una sola Ella, Ladumila. Y Ella, cualquiera Ella, lo sortílego si sombra efímera huidera. Para los ojos nada. Función es de los ojos transvasar las imágenes, aprehenderlas; las fija —para la eternidad— el químico de acordes. El sólo. El solo. Fija una vez la imagen aprehendida, Palinuro... Los ojos y los

otros subsentidos, servidores. Y Ella..., el mito remoto, *Ladumila*, la volandera sombra efímera, y la traza cinérea y el regusto salobre. No toques nada. Todo en su sitio. Deja... Mira la rosa miel para la abeja. Góza, chupa la miel... Rosa, hoy conseja, vive en el verso. Y en el pan muere el trigo. La rosa fue la amiga del amigo. Rosa testigo y trigo. Pan comido... Esta es la moraleja: Son una sola Ella, música, poesía. No toques nada. Todo en su sitio quede. Testigo fué la rosa de pétalos reseco: Breve el placer. Breve el dolor. Ya Malvasía. Ya cicuta. ¡Oh Retórica que hiede! Placer, dolor ayer... Hoy huecos ecos... Y el resto, ocio y capricho, mentida euforia más que taciturna. Poesía y la Música son el eterno instante. Y Ella, cualquiera Ella, sombra errante, función del viento: y lo demás, ya dicho, mi sola alma nocturna. Mira la rosa, cualquiera rosa mirobolante, *Ladumila*. Nada para los ojos, todo para la caracola resonante.

19 IV 1956

VERSECUENCIA DEL SOLITARIO (VIII-XXI) - CANCIÓN CILAY SONETOS (I)
(en FÁRRAGO y NOVA ET VETERA - OBRA POÉTICA - Volúmenes II y III).

XCIII

No valen una fracción de nada —es posible— para motivo conductor. Son ellas, sólo, un temilla sin trascendencia, sin trascendencia para otro nadie que no sea quien las sufre, si las saborea, que es introspectivo, dado a los análisis de lo infraconsciente. Es el temilla de la urdimbre densa de las pesadillas. Las pesadillas nocturnas de la antepenúltima y de la penúltima épocas, señálanse por un persistente, por un insistentísimo *leit-motiv* en rosario, que repite con nibelunga - wagneriana - tetralógica tozuda frecuencia obsesora, y es, el temilla, por contera, qué

escalpelo lancinante disector. ¡Tánto monta! Todo a la fin tendrá su término... Al menos el ya previsto final en tablas o entre tablas y del resigno. Bah! De lo que se recuerde —en detalle— de las pesadillas, se dejará copia en las MEMORIAS PÓSTUMAS de cada quien, y ello será registrado (en síntesis) para que conste en el libro de ACTAS DEL EQUIPO DE LOS JOPECÓN. Y ya no se las volverá a mencionar en aquestos centones y discursos.

Cuanto al estudio y práctica de la filo-filosofía, bajo el rectorado y el mentorato de Aspasio de Afrodísides, he aquí muestra de lo que acaece cuotidianamente: Despierto ya cada escolar Jopecón de los que son huéspedes forzosos del antro, de la huronera de cierto uno de los titulares dignatarios del Clan, desperézase solícito, batiendo las mandíbulas para bostezos nada protocolarios. Y escúchase la rauca voz del dánao Aspasio, nuestro guía y timonel y piloto en las ciliciales disciplinas filo-filosofantes. Primero que todo —clama semi-stentóreo—, antes que todo, las abluciones, las abluciones, oh amigos mejor que prójimos discípulos dilectos! Las abluciones! Zis! al baño! Y luego de las duchaciones, ahora sí, boys, a los jugos vitaminosos de los cítricos frutos —naranjas o toronjas pamplemusas—. Y a la matutina caminata a pasitrote! Y a los setecientos metros vallas! De regreso de la caminata inicial y de la segunda prueba olímpica a la estampida, habrá ocasión —y es

de justicia—, ocasión de matar el gusanillo, con mesura —es cierto—. Tras de lo cual viene la primera manducación, el inicial yantar de la jornada. Listos. Y en marcha. En marcha acelerada —contra reloj— hacia el reloj tarjetera. Y así se dá comienzo —oh isocronía— a la cotidiana lección filosófica práctica (y crítica de la razón pura). Lección ante el escritorio colmado de papelotes, legajos e infolios y mamotretos antilíricos, y de artilugios y artificios artefactos de cálculo (mecánico). Papelería columnaria de análisis contables, que sirven también para las incontables síntesis poéticas, y —desde luego— para las tesis estrafalarias no referibles todas. Y para las tesis, sí: hasta para escribir en ella las más desarticuladas, descompensadas, ilógicas y disparatadas de las tesis: teratológicos engendros que más tarde —y siempre demasiado temprano— habrá de dizque *musicalizar* nuestro primer capelmaestre turulato y cantor afónico, Ebenezer - ben - Platón - ben - Mordecai - ben - Adón - el - Alhelí, en las más forzadas tesituras y más inusitadas modulaciones. El, o nuestro incógnito dúo de compositores, recién llegado a nuestros arrimo y vera. Y que son otro caso y qué problema! Engendros monstruosos —aquellos— que —a la postre— los poetizará también cualquiera de los bardos del Equipo: el que esté de turno, o —si de vacaciones— en vena (poseído del estro o en posesión de las Musas o de alguna de ellas). Ante los papelotes para

los análisis (contables o no), para las síntesis y para las tesis. Obvio también que para las antítesis. Para las más abracadabrantantes antítesis —de las truculentas o de las apenas paradojas—. Esta primera lección filo-pan-filosófica de cada jornada solar dura doscientos setenta minutos flat. Algo que es así también equivalente o asimilable al lapso que se gasta en el consumo de diez y siete cigarrillos rubios, de papel, y en degustar siete tacillas, tacillas de no magarogipe ni de moka (con una salida a entreverse con el mingitorio). Antes de se empezar la clase puédesse descifrar y darle evasión al crucigrama, cuando le haya y no sea de los reobvios gedeonescos. Al llegar al teórico minuto doscientos setenta resuena el gongo o batintín de la simbólica salida al recreo. ¡Han dado la largada! Rápidamente toma la punta el mismísimo Aspasio de Afrodísides, nuestro digno preceptor filósofo conspicuo. El cual, y venerable, enrumba certero hacia la meta y sitio donde presúmese ha de cumplirse el intermedio meridiano. El recreo! ¡Qué hipotético remecerse de calentanos chinchorros sesteantes entre palmeras y tamarindos! Y ni eso! (aún hipotético): porque no es el tal recreo. Se trata, en monda realidad, de un interludio paréntesis mansueto mucho más (o menos) que anodino, sin porvenir próximo ni venturo y sin alcance para nada de provecho (por pésimamente ubicado dentro de la formaleta horaria (que no cimbra).

Y el pseudo-recreo ha de emplearse, de feriarse, de malbaratarse y de cumplirse o resolverse en el más torpe nada hacer del mayor hacer-nada. Forzosamente en el caso de este cuento... Aunque también... Aunque también, sin duda, es de aducirse en pró, que el ejercicio de la filo-filosofía aplicada, contra reloj, y en circuito cerrado (y esto no constituye crítica de la razón práctica), predispone al ocio majadero, a la mera inacción vegetativa. Predispone a ello, o lo engendra. Y no sólo el mentado ejercicio. Y no sólo ello. Ni ciertas ausencias. Que, en general, todo al ocio predispone, cuando se tiene temperamento, claro, y claro que cuando se dispone de aptitudes especializadas. Claro sí, así: para el de temperamento bien temperado como clavecín y de aptitudes hipersensitivas: que no se hizo la miel para la boca del etcétera, etcétera... (sin mentar Asno de Oro ni Becerro de lo mismo ni la sogá en casa del... lagarto....!). Que no se hizo la miel para la boca sino la boca para la miel de otra anhelada boca anhelosa. *No se hizo la miel para la boca sino la boca para la miel*, es un proverbio árabe, cuando no persa y persa de los tiempos de Omar-el-Jayyám, astrónomo de Nischapur. Y enófilo poeta venusino. Proverbio muy *ad-usum* de las reticentes tangenciales Damas indecisas y de las irresolutas hobbys Dorabelas Ménikin que no se atreven a modular o elúdenlo o están siempre posponiendo la modulación: y que se

quedan ellas inertes en un plano canto llano que ya *nó!* Canto llano de exasperante monotonía (y harto desueta y osificada o des-osada) o de monotonal atonía, como para el arrastre).

Válame Monna Gudúla! clamó ahora Nico van Dámme (que es un flamenco recién llegado a la Cofradía). Clamó así ahora, en cuanto oyó leer en susurro y penumbra cierto poemilla (boceto) en loanza de la Incógnita Mito, la de los dísticos paradisiacos en túrgida forma pluscuamperfecta. Incognita-Mito, ahora en ejercicios espirituales —ojalá temporales— y en receso de corporales, y en cura de reposo cordial y sensorio, cultivando el farniente en pasiva, y dándole largas muy largas a la prosecución, culminación y remate de la SONATA PARA VIOLA DE GAMBA Y CLAVECÍN. Sonata iniciada por ella, en colaboración, con cierto perencejo de parapillo, también incógnito. De esa SONATA-DÚO, que será la maravilla de aquestas longi-latitudes, no se tiene concluído, hasta ahora, sino el primer movimiento: un breve si mirobolante *Allegro con fuoco molto agitato* (le faltan las repeticiones). Y es preciso laborar en el movimiento segundo, que será un *Larghetto dolce, molto cantabile, en forma de Lied, con variaciones ad-placerem y cadenza (ad-libitum, desde luego)*. Válame Monna Gudúla! clamó otra vez Nico van Dámme! que si la sonata corresponde al boceto-esquema del POEMILLA —cuyo es

el tema— será una epónima SONATA! Será obra cumbre de la música de Cámara y recámara! como no se quede inconclusa, en el proemio... Y que no todo ha de ser filo-filosofía y balbuceos pseudo poéticos poemáticos. Poesía y Música, Música y Poesía en conjunción siempre y siempre en yuxtaposición. Música, Poesía y algo de gimnasia calisténica. El POEMILLA-LOANZA DE LA INCÓGNITA MITO, —variación primera— ya está listo para incluso en el próximo mamotreto (manuscrito manuscrito). Y se labora en las subsiguientes variaciones, que la obreja será poemilla en secuencia; poemilla en forma de SUITE-CASACIÓN-DIVERTIMIENTO, si de meollo cíclico: que el tema, si variado, es uno solo, y uno solo si de dos partes en contrapunto (dos partes que se traban y se encadenan y se conjugan habilidosamente). Ya se volverá al POEMILLA EN SECUENCIA, tan pronto como se reinicie la elaboración de la SONATA PARA VIOLA DE GAMBA Y CLAVECÍN. Su elaboración quizá se reanude, si soplan vientos favorables, mejora el humor, interviene la Musa y... Aunque, pensándolo mejor, pensándolo, a secas, es lo discreto y justo, en beneficio de las letras (más o menos sin respaldo) y a favor del milagro de los sónes (milagro fallido en el caso, que el musicante, tras de presunto, viene de afonía en memez), es lo justo y discreto (al hilo torno) y buscando las atenuantes, dejar en ese punto el POEMILLA y la SONATA.

Aparte de que las flechas de mi carcaj todellas las he soltado. Unas pasaron las nubes. Esas el suelo besaron. Háylas ya por las estrellas pechos rompiendo de astros, rompiendo constelaciones y mundos innominados, rompiendo los corazones de Boyeros y Pegasos, de Altaíres y de Arctúrus y de Sirios namorados. Las otras yacen dormidas por los bucólicos campos, flechas que lancé a las nubes y que en la tierra quedaron. Y otras vibran en los pechos de Gésslers y de bellacos, y otras vibran en los pechos de fabulosos centauros a los que robé las dulces hembras —que apenas raptaron— y que ahora en mi cubil amamantan mis lobatos. —Las flechas de mi carcaj todellas las he soltado—. Cazador fuí por la selva de los ensueños bizarros: ora cacé mariposas de azules visos y glaucos; insospechadas orquídeas; garzas de plumón nevado; ora panteras y tigres y lobos y leopardos, y gorilas de Borneo y osos grises y osos blancos. Yo fuí cazador furtivo por las selvas de El Dorado, explorador de infinitos, buzo de los océanos del absurdo y la quimera, de lo singular y raro... Las flechas de mi carcaj mi carcaj abandonaron. Yerro, —cazador inerme— por territorios de espanto. Soy el huésped y el cautivo de mis dominios pasados. Acéchame la locura con ojos desorbitados. Espíame ya el cortejo del delirio y del cansancio: (los mendigos de Callot, los hoffmanescos relatos, las aguafuertes de Goya, las pesadillas de Edgardo...) Fuí cazador de imposibles! Yerro —cazador baldado— por las selvas del ensueño que fueron mías antaño: por las quiméricas vago —cazador cazado— cautivo de maleficios y filtros endemoniados. Las flechas de mi carcaj todellas las he soltado. Unas pasaron las nubes. Otras en tierra quedaron. Háylas ya por las estrellas pechos rompiendo de astros, rompiendo constelaciones y mundos innominados, rompiendo los corazones de Prociones y Pegasos, de Sirios y Casiopeas y Altaíres namorados: las flechas de mi carcaj, en mi pecho se clavaron...

Mentiras ni pseudo-poéticas, Beremundo! O equivocaciones de buena fe romanticonas. Eso lo pergeñaste ¡rubor! antes de tu primera fuga a Bolombolo... ¿cuántos lustros ha? Y seguiste dando guerra con tus flechas y tu carcaj. Flechando y carcajeando de lo lindo! Déjate de garambainas y pamplinas y recuerda que no eres de balso ni de corteza de alcornoque sino de diomate, de guasco y de verraquillo, que son palos de muy buena madera...

Torna al POEMILLA y a la SONATA-DÚO. No dejar eso así, no posponerlo, no postergarlo, no desistir, menos aún de plano, en ninguna de ambas empresas, que son una sola en función de dos. De dos: de una y uno. Y es ley sabida, Beremundo, que si se vuela con una única ala o se boga con un solo remo, ha de guiarse, entonces, en torno a un punto, ha de darse vueltas alrededor de nada, ha de jugarse el juego de la noria y ha de meterse el remo y de no sacarse el ala. Por modo que la SONATA y el POEMILLA no pasarán a archivararse debajo del pupitre —primo— ni irán luego a dormir —momias— en el Cuarto de San Alejo... Tú lo has dicho, Pero Grullo, Gedeón! ¡perdón! Tu lo has dicho Aspasio de Afrodísides, mi maestro preceptor. Por modo que, váleme Mona Gudúla! vamos a darle al POEMILLA y a la SONATA-DÚO PARA VIOLA DE GAMBA Y CLAVECÍN, segundo movimiento: *Larghetto dolce molto*

cantabile, en forma de *Lied*, con Variaciones *ad placerem* y *cadenza ad-libitum...*, antes de la Coda.

10 V 1956

Ver NENIAS (III) (en LIBRO DE SIGNOS - OBRA POÉTICA, Volumen I).

Hay el siguiente manuscrito: No valen nada —es posible— para motivo conductor. Son ellas sólo un temilla sin trascendencia, sin trascendencia para otro nadie que no sea quien las sufre. Es el temilla de las pesadillas. Las pesadillas nocturnas de la antepenúltima y de la penúltima épocas señálanse por un persistente, por un insistentísimo *leit-motiv* en rosario, que se repite con nibelungo-wagneriana tetralógica tozuda frecuencia obsesora, y es, por contera, qué escalpelo lancinante disector. Tanto monta! Todo tendrá su término... Al menos el ya previsto final en tablas o entre tablas y del resigno. De lo que se recuerde —en detalle— de las pesadillas se dejará copia en las Memorias póstumas de cada uno y será registrada para que conste, una síntesis de ello, en el libro de actas del equipo de los Jopecón. Y no se las volverá a mencionar en aquestos discursos. Cuanto al estudio y práctica de la filo-filosofía, bajo la rectoría y el mentorato de Aspasio de Afrodísides, he aquí lo que acaece cuotidianamente: Despierto ya cada escolar Jopecón, de los que son huéspedes del antro, de la huronera de uno de los titulares dignatarios del Clan, desperézase solícito, batiendo las mandíbulas para bostezos nada protocolarios. Y escúchase la rauca voz del dánao Aspasio, nuestro guía y timonel y piloto en las ciliciales disciplinas filo-filosofantes. Primero que todo —clama semistentóreo— antes que todo, las abluciones, oh amigos mejor que discípulos dilectos! Las abluciones! Zis! al baño! Y luego de la duchación, ahora sí, boys, a los jugos vitaminosos de los cítricos frutos —naranjas o toronjas pamplemusas—. Y a la matutina caminata a pasitrote! Y a los cuatrocientos metros vallas! De regreso de la caminata inicial y de la segunda prueba olímpica a la estampida, habrá ocasión —y es de justicia—, ocasión de matar el

gusanillo, con medida. Tras de ello, viene la primera manducación, el inicial yantar de la jornada. Listos. Y en marcha acelerada —contra reloj— hacia el reloj tarjetera. Y así se da comienzo a la cotidiana lección de filosofía práctica (y crítica de la razón pura) ante el escritorio colmado de papelotes e infolios y mamotretos antilíricos, y de artilugios y artificios artefactos de cálculo (mecánico). Papeles columnarios de análisis contables, que sirven también para las incontables síntesis poéticas, y —desde luego— para las tesis estrafalarias no referibles. Para las tesis: sí, hasta para escribir las más desarticuladas, ilógicas y disparatadas de las tesis: teratológicos engendros que más tarde —y siempre demasiado temprano— habrá de dizque musicalizar nuestro primer capelmaestre turulato Ebenezer-ben-Platón-ben-Mordecai-el-Alhelí, en las más forzadas tesituras y modulaciones, o nuestro otro duo incógnito de compositores y recién llegado a nuestros arrimo y vera. Engendros monstruosos —aquellos— que —a la postre— los poetizará también cualquiera de los bardos del equipo: el que esté de turno o, si de vacaciones, en vena (poseído del estro o en posesión de la Musa). Ante los papelotes para los análisis (contables o no), para las síntesis y para las tesis: obvio también que para las antítesis. Para las más abracadabrantas antítesis —de las truculentas o de las apenas paradojas—. Esta primera lección filo-panfilosófica de cada jornada solar dura doscientos setenta minutos *flat*. Algo así también equivalente o asimilable al consumo de diez y siete cigarretes rubios, de papel, y al degustar de siete tacillas, tacillas de no maragogipe ni de moka (con una salida a entreverse con el mingitorio). Antes de empezar la clase puédesse descifrar y darle evasión al crucigrama. Cuando le haya y no de los obvios. Al llegar el teórico minuto doscientos setenta resuena el gongo o batintín de la simbólica salida al recreo. ¡Han dado la largada! Rápidamente toma la punta el mismísimo Aspasio de Afrodísides, nuestro digno preceptor filósofo. El cual, y venerable, enrumba certero hacia la meta y sitio donde ha de cumplirse el intermedio meridiano: ¡qué hipotético remecerse de calentanas hamacas sesteantes entre palmeras y tamarindos! Y ni eso aún hipotético: porque no es tal

recreo. Se trata, en realidad, de un interludio paréntesis mucho más (o menos) que anodino, sin porvenir ni próximo y sin alcance para nada de provecho (por pésimamente ubicado dentro del horario). Y el pseudo-recreo ha de emplearse, de ferirse, de malbaratarse y de cumplirse o resolverse, en el más torpe nada hacer del mayor hacer nada. Forzosamente en el caso de este cuento. Aunque también... Aunque también, sin duda, es de aducirse que el ejercicio de la filo-filosofía aplicada, contra reloj y en circuito cerrado (y esto no constituye crítica de la razón práctica) predispone al ocio majadero, a la mera inacción vegetativa. Predispone a ello, o lo engendra. Y no sólo el mentado ejercicio. No sólo ello. Que, en general, todo al ocio predispone, cuando se tiene temperamento y se disfruta de aptitudes especializadas, claro. Claro, si, así: para el de temperamento bien temperado como clavecín y de aptitudes hipersensitivas: que no se hizo la miel para la boca del... etcétera (Sin mentar Asno de Oro ni Becerro de lo mismo). Que no se hizo la miel para la boca, sino la boca para la miel de otra anhelada boca anhelosa. *No se hizo la miel para la boca sino la boca para la miel*, es un proverbio arábigo, cuando no persa, y persa de los tiempos de Omar-el-Jayyám, astrónomo de Nichapur y enófilo poeta venusino. Proverbio muy *ad usum* de las reticentes tangenciales Damas indecisas y de las irresolutas *hóbbys* Dorabelas que no se atreven a modular, elúdenlo o posponen la modulación: y que se quedan ellas inertes en un plano canto llano que *ya no!* Canto llano de exasperante monotonía (y harto desueta y osificada o des-osada o de monotonal atonía, como para el arrastre).

Válame Monna Gudúla! clamó ahora van Damme (que es un amigo flamenco él, recién llegado a la Compañía). Clamó ahora, en cuanto oyó leer en susurro cierto poemilla en loanza de la Incógnita-Mito, la de los dísticos paradisiacos en forma pluscuamperfecta. Incógnita-Mito ahora en ejercicios espirituales —ojalá temporales— y en receso, y en cura de reposo cordial y sensorio, cultivando el farniente en pasiva y dándole largas muy largas a la prosecución, culminación y remate de la Sonata para viola de gamba y clavecín,

iniciada por ella, en colaboración con cierto perencejo de parapillo también incógnito.. De esa Sonata a dúo que será la maravilla de aquestas longi-latitudes, no se tiene concluído, hasta ahora, sino el primer movimiento: un breve si mirobolante *Allegro con fuoco, molto agitato*. Y es preciso laborar en el movimiento segundo, que será un *Larghetto dolce, molto cantabile*, en forma de Lied, con variaciones *ad-placerem* y *cadenza (ad-libitum)*, desde luego). Válame Monna Gudúla! clamó otra vez Van Damme! que si la Sonata corresponde al poemilla —cuyo es el tema— será una epónima Sonata; será obra cumbre de la música de cámara y recámara! Como no se quede inconclusa, en el proemio... Y que no todo ha de ser filo-filosofía y balbuceos pseudo-poéticos. Poesía y Música, Música y Poesía en conjunción siempre y siempre en yuxtaposición. El Poemilla-Loanza de la Incógnita —variación primera— ya está listo para incluso en el próximo mamotreto. Y se labora en las siguientes variaciones, que la obreja será poemilla en secuencia, poemilla en forma de Suite-Casación-Divertimento, si de meollo cíclico: que el tema es uno solo, si de dos partes en contrapunto (dos partes que se traban y se encadenan y se conjugan habilidosamente). Ya se volverá al Poemilla en Secuencia, tan pronto como se re-inicie la elaboración de la Sonata para viola de gamba y clavecín. Su elaboración quizá se reanude, si soplan vientos favorables, mejora el humor, interviene la Musa y ... Aunque, pénsandolo mejor, pensándolo a secas, es lo discreto y justo, en beneficio de las letras —más o menos sin respaldo— y a favor del milagro de los sónes (milagro fallido en el caso, que el musicante, tras de presunto, viene de afónico en memo), es lo justo y discreto (torno al hilo) y buscando las atenuantes, dejar en ese punto la Sonata y el Poemilla...

Aparte de que las flechas de mi carcaj todellas las he soltado. Unas pasaron las nubes. Ésas el suelo besaron. Háylas ya por las estrellas pechos rompiendo de ästros, rompiendo constelaciones y mundos innominados, rompiendo los corazones de Boyeros y Pegasos, de Altaíres y de Arctúrus y de Sirios namorados.

Las otras yacen dormidas por los bucólicos campos, flechas que lancé a las nubes y que en la tierra posaron. Y otras vibran en los pechos de Gésslers y de bellacos, y otras vibran en los pechos de fabulosos centauros a los que robé las dulces hembras —que apenas robaron— y que ahora en mi cubil amamantan mis lobatos. Las flechas de mi carcaj todellas las he soltado. Cazador fuí por la selva de los ensueños bizarros: ora cacé mariposas de azules visos y glaucos, insospechadas orquídeas; garzas de plumón nevado; ora panteras y tigres y lobos y leopardos, y gorilas de Borneo y osos grises y osos blancos. Yo fuí cazador furtivo por las selvas de El Dorado, explorador de infinitos, buzo de los ocanos del absurdo y la quimera, de lo singular y raro... Las flechas de mi carcaj mi carcaj abandonaron. Yerro, —cazador inerme— por territorios de espanto. Soy el huésped y el cautivo de mis dominios pasados. Acéchame la locura con ojos desorbitados. Espíame ya el cortejo del delirio y del cansancio: (los mendigos de Callot, los hoffmanescos relatos, los aguafuertes de Goya, las pesadillas de Edgardo...) Fuí cazador de imposibles! Yerro —cazador baldado— por las selvas del ensueño que fueron mías antaño: por las quiméricas selvas vago —cazador cazado— cautivo de maleficios y filtros endemoniados. Las flechas de mi carcaj todellas las he soltado. Unas pasaron las nubes. Otras en tierra quedaron. Háylas ya por las estrellas pechos rompiendo de astros, rompiendo constelaciones y mundos innominados, rompiendo los corazones de Prosiones y Pegasos, de Sirios y Casiopeas y Altaires namorados: las flechas de mi carcaj en mi pecho se clavaron.

Mentiras pseudo-poéticas, Beremundo o equivocaciones de buena fé romaticona. Eso lo pergeñaste ¡rubor! antes de tu primera fuga a Bolombolo... ¿cuántos lustros ha? Y seguiste dando guerra con tus flechas y con tu carcaj. Flechando y carcajeando de lo lindo! Déjate de garambainas y de pamplinas y recuerda que no eres de balso ni de corteza de alcornoque sino de diomate, de guasco y de verraquillo que son palos de muy buena madera... Torna al Poemilla y a la Sonata duo. No dejar eso así, no posponerlo, no postergarlo,

no desistir, menos aún de plano en ambas empresas, que son una sola en función de dos. De dos: de Una y de Uno. Y es ley sabida, Beremundo, que si se vuela con una única ala o se boga con un sólo remo, ha de girarse, entonces, en torno a un punto, ha de darse vueltas alrededor de nada, ha de jugarse el juego de la noria y ha de meterse el remo y no de sacarse el ala. Por modo que la Sonata y el Poemilla no pasarán a archivarse debajo del pupitre —primo— ni irán luego a dormir —momias— en el cuarto de San Alejo. Tú lo has dicho, Pero Grullo! ¡perdón! Tu lo has dicho Aspasio de Afrodísides, mi maestro preceptor. Por modo que, váleme Monna Gudúla! vamos a darle al Poemilla y a la Sonata-dúo para viola de gamba y clavecín, segundo movimiento: *Larghetto dolce, molto cantabile*, en forma de *Lied*, con variaciones *ad placerem* y *cadenza ad libitum*, antes de la Coda...

3 V 1956

XCIV

Dejando de lado lo que parece que no quiere valer la pena, magüer amenazaba convertirse en mítico sortilegio real, ha de tornarse a cualesquiera de los puntos de partida tan conocidos ya y de índoles tan diversas, aunque siempre dentro —todos ellos— de una tónica que es dominante: la de la ingenuidad no artificiosa, sino espontánea, sin artilugios ni arrequives retóricos, sin especiosas flores de trapo ni bisutería otra de quincalla.

Otra canción he de cantar, ingenua. Otra canción, de un ritmo opacado, de brumas y de leyenda, de brumas y de quimera; sin timbres gárrulos de oriente —asordinada—; sin tamboriles gayos ni danzarinas bayaderas; sin bélicos clarines y sin fanfarrias épicas. Una canción hiperbórea, gris: que la cantasen noruegos marinos

en sus barcazas pesqueras; que la cantasen campesinos de Hélsingor y aldeanas de Abylund y de la Karelia...

Retorno, si, por un momento y por vez última a lo que va a dejarse de lado: Y terminaba más o menos así, el Rapsoda, el otro jueves: Las flechas de mi carcaj... Las flechas de mi carcaj en mi pecho se clavaron...

Parece que entonces intervino al quite un obtusángulo Qüídam, y voceó: Tate! Tate! Que esas son mentiras ni pseudo poéticas, Beremundo! Como no sean equivocaciones de tu bobalicona buena fe romanticona: cosa ahora desueta por obsoleta... Ese matraqueo lo pergeñaste, ¿no te ruborizas?, antes de tu primera fuga rimbaldiana rumbo al inédito Bolombolo. ¿Cuántos lustros, Beremundo, corrieron desde ello? Con todo, seguiste dando guerra y alborotando. Continuaste—alborozado—alborotando con tus flechas romas y con tu carcaj... —Si señor Zutanejo, como no!: Seguí siempre tan impertérrito, como veterano, flechando y carcajeando de lo lindo!. Déjate, empero, ya, Beremundo, de garambainas y pamplinas, e ironiza menos, que no eres invulnerable a la contrarréplica... Claro que no, Perencejillo: dije ya que hasta las flechas de mi carcaj se clavaron en mi pecho. Pero tampoco soy de balso ni de corteza de alcornoque, sino que soy de dinde

o de diomate, de amamor o de guasco si no de verraquillo, que son palos de muy buena madera...

Y torno al POEMILLA en referencia y a la SONATA-DÚO en danza. No dejar eso así, Zoilo; no posponerlo, no postergarlo, no desistir... Menos todavía de plano, y ninguna de ambas empresas, que serán una sola en función de dos, si cuajan. De dos: la Una y el Uno. Y es ley sabida —irrumpe otro gaznápiro—, es ley sabida y resobada, Beremundo, que si se vuela con una única ala o se boga con un solo remo, yérrase a juro: Y ha de girarse entonces en torno a un punto quieto —si más o menos móvil—, ha de darse vueltas alrededor de nonada, ha de jugarse al tonto juego de la noria, y ha de meterse el remo hasta el cinto y ha de no sacarse el ala ni para un saludo. Por modo que el POEMILLA y la SONATA (oh Leo malevolente) no pasarán a archivarse debajo del pupitre de los papelorios contables —primo—, ni irán luego a dormir —momias fiambres— en el Cuarto de San Alejo Alejándrovich... —Tú lo has dicho, Pero Grullo—. Claro lo dices, Gedeón... Perdón! Perdón!: Tu lo has dicho y cuán sabiamente! Maestro Aspasio de Afrodísides, mi venerable preceptor conspicuo... De manera que —si váleme Monna Gudúla— vamos a darle por parejo al POEMILLA y a la SONATA-DÚO PARA VIOLA DE GAMBA Y CLAVECÍN. Vamos a darle al segundo movimiento (luego de revisar, perfeccionar, ponerle

tácticos toques al primero... o rehacerlo), vamos a darle al segundo movimiento, el *Larghetto Dolce*, molto cantábile, appassionato, en forma de Lied, taraceado de ritornelli y variado libremente *ad-placerem*, y coronado con la correspondiente cadenza *ad libitum*... antes de la consabida Coda. Bien. Muy bien todo aquesto, bonísimo, rebonísimo en teoría... Rebonísimo también, sin duda, desde el punto de vista de los mejores y de los peores antecos y de los periecos todos y hasta desde el de los antípodas de mi guarda, con cuyos pies, constantemente estoy haciendo contacto, con sumo tacto, contacto hipotético tras de remoto, bola de Carlomagno de por medio. Y luego dicen que jamás doy pie con bola, mis arquílocos detractores de cabecera... Pero...

Otra canción he de cantar, ingenua. Otra canción (desnuda de artificios como mi pena: que no llora, ni se crispa ni se queja). Canción que nada diga y apenas sí sugiera. Que nada diga mas deje en los oídos vaga impresión insegura de leyenda y de quimera (el hondo rumor que de los caracoles en la rósea espiral se aposenta) Otra canción desnuda de artificios, así la relate mórbidamente; y quieta: no importa que sea motor de mi cansancio, hélice de mi pereza, remo de mi estatismo, ala de mi indiferencia; y, por más que avizore y otee los horizontes, —ciega—. Otra canción he de cantar, ingenua. Desnuda de artificios como mi pena. Sobria de afeites frívolos, burda como la lona de las velas de los esquifes pescadores. Burda: ¡y encinta de odiseas, de temporales y de naufragios, como las velas!

Hurra! y Olé! Y déjate también de tales rapsodias. No olvides tu, tampoco, Caralampio, que el culto de la Noche Diamantina prima aún ahora sobre todos los demás cultos posibles. Hasta sobre el de la propia múltiple Dea, cuyos ritos son la nata de la maravilla.

El culto de la Noche Aladínea prima y priva y mangonea como privára, privó y ha de privar, en tanto advenga la misma Noche Yelosa. La misma y única Noche Celosa, en yelo, de las liquidaciones, licuefacciones y congelación. En tanto advenga apercibida de su segur, su falce, su hoz o su guadaña—si filoso el instrumento, si tomado del orín—(tan mohoso el instrumento como ciertos caletres momias y como otros tales por cuales corazones aforrados en asbesto y en tiesos pergaminos). Pergaminos, pero no nada heráldicos. Corazones aforrados en amianto y pergamino; pergamino en cuanto cuero seco que aisla los esos tan amojamados como fonjes). En tanto llegue la propia Noche de Yelo, su culto primará y privará aún sobre todos los otros cultos: su culto, el culto de la Noche (lauta, paradisíaca Noche, Noche ominosa, falaz). Jamás lo olvides, tú, tampoco, Caralampio, mi desmedrado Efestión gonfalonero y corneta de ordenes...

Venía, ella venía, Ella venía: la fina Xeherazada (de sus labios maliciosos surte la fantasía); la profunda Calypso (en cuyo seno se acendra la armonía); la sensual Medea (entre su tibio regazo deleitable demora mi alegría!) Venía, ella venía, Ella venía: la Noche, la multiforme noche, la Noche, Ella venía! La noche, de medúsea melena saturada de azul, lustral veneno! La Noche, de ojos bravos flameantes (negra luz aromosa vierten, y rubia luz aérea —donde influjo sereno nace, y se expande, y ríela, por manera gozosa, sobre Télus sombría...) Venía, Ella venía, ella venía: la pasional Medea, la aguda Xeherazada, ponderada Calypso, Noche Morena: oh Lautá, oh Luminosa síntesis de Belleza, peregrino Diamante, Abismo irradiante, pulquérrima Acinesia extasiada: ¡compensación del Día! La Noche! Y otras noches aún: Todas las que pasaron, noches fugadas, noches prófugas, evadidas, idas, finadas... Aquéllas, tan metidas en el hórreo lueño (ya no es posible ir a su caza sino en las nébulas del sueño...). Esotras, sahumadas con albahacas de idilio —cuando la túrbida adolescencia— (almas apenas púberes, corazones impetuosos, deseos imprecisos, avasallantes, úberes...): la ánima áspera, ahora, discurre por el desencantado exilio (al decir de las gentes). Noches al olor y al sabor de los libros, destilando la sutil quintaesencia: desengañada alquimia generadora sólo de azarosa dolencia cerebral, hiperestesia nimia, cansado sonreír, señero hastío, nonchalanza eximia, y el vicio de soñar...: peregrina sapiencia.

Peregrina sapiencia peregrina, y de muy buen provecho y plusvalía: Esto lo dice don Homobono, con el asentimiento y beneplácito de los más gafos pitecántropos. Noche de musicales evasiones: ¡oh, qué ledó nirvana! —Inmerso en un ambiente de iridiscentes Opalos letales, el aguzado espíritu, viajero de los sones, surca en naos de ensueño sobre la cotidiana urdimbre de los Bienes y los Males...—.

Pero ocurre que el silencio es sumamente más profundo y tan cómodo, y en el *no oír* —tras de hacerse el mudo, ser el sordo— se esconde la elata perfección. Bien. Se acepta en bruto. Todas las que se fueron, noches combustas en ígneas selvulas venustas (noches Optimas en verdad). Y noches. Noches...

Nunca lo olvides; nunca olvides el Culto de la Noche. De la noche aglaofenia ni de la noche aciaga. De la holofrasia al polisintetismo —oh ensamblador parolero paradislero— no habrá sino el leve matiz. Y así mismo de lo polisintético a lo holofrástico —oh yuxtaponiente—: por que todo es uno y lo mismo (quizá de Stirner —por lo menos aquí entre comillas—) Lo mismo o casi que tres cuartos de lo mismo, y aquesto ya en concepto lato de Gedeón, el adoptivo o entenado de Pero y el nepote de don Obvio de la Palice, tío de la su cónyuge Cunegunda Segunda. De Cunegunda la segunda, digo: que Cunegunda la prima, segunda prima era de la hija unigénita de don Fruela y doña Urraca. Doña Urra, la tataranieta de su tatarabuela Pantagruela de Apodaca.

Todas las que se fueron, noches fúlgidas, gayas, de lustral sortilegio, túrbidas, mórbidas entre azaleas y entre dahlias túrgidas. Y noches... Y otras noches: Noches diluídas en alcoholes —menos falaces bajo sus diminutos soles que dentro el gordo sol diurno. Noches que presidió Saturno con sus sortijas de abalorio, con su influjo nefario y con su lumbre de misterio y delirio y con su augurio mortuorio...

Todas las que pasaron, noches idas, noches prófugas, finadas, fugadas, evadidas. —Aquéllas, al amor de los sauzales macilentos, bajo la luna— como en las baladas, en las consejas y en los cuentos: noches en que Xatlí Ligeia, de mi brazo, contra mi pecho, iba devanando a mi vera su amor y su martirio, pasional, sensitiva... Esotras, con mi sola tortura, laso viandante por las planas vías de perros, monótonas y lentas, poeanas, —y el delirio en la hispida mente, y el horror...— Noches hurtadas al amor, noches en fuga de su vedado camarín —donde toda delicia nace y todo hastío toma fin—. Noches en las mesillas del café nocharniego: cerca a mí, ante las copas, el Otro, (mi) *alter-ego*. Cerca a mí su borrada sonrisa, su voz asordinada, su mente fulgurante, su corazón de Maquiavelo niño y el tormentado espíritu sobre campo de armiño... Noches en ácidos diluídas y en zumos de terror — largas y acerbadas como frustradas vidas. Todas las que se fueron, noches combustas en ígneas sélvulas venustas. Y el tozudo durar, el necio oprobio de durar —en el mundo abyecto y obvio, lejos de lo que sólo importa: ¡diamante, corindón, carbúnculo, somorta, amatista, topacio, peridoto, zafir...— son apenas palabras y piedras duras, ante la fuga, la evasión, de sortilegio coruscante...! ¡Noches para nunca volver, luego de ir... Noches de grávido silencio, de preñado callar, de atónito vagar, al azar, al azar, al azar —por los caminos de morena lumbre, al azar, al azar, al azar, imbuídos en la soterraña pesadumbre del acedo inquirir: ¡noches para nunca volver, para nunca volver, luego de ir...!

¡Hurra! Beremundo! Olé! y Abur! Con tal de que te vayas, aunque no vuelvas... Corta el chorro, apaga la luz y desenchufa... a cercén, el harto-parlante!

17 V 1956

Ver CANTIGAS (I) - NOCTURNO N° 12 y NOCTURNO N° 13
(en LIBRO DE SIGNOS y VARIACIONES ALREDEDOR DE NADA - OBRA POÉTICA,
Volúmenes I y II).

XCV

Me refieren algunos del equipo, que dizque parolaban ciertos de entre los más autorizados veedores supervisores preopinantes, (de los relativamente aliviados dentro de la platitud nada cimera de las zonas aledañas a nuestros dominios, feudos, solares y capellanías espirituales). Que dizque parolaban los muy vates de que ya aparecen indicios y señales de que está que se avecina en volandas el tiempo de iniciar (de nuevo) la aproximación de Ego a la Seriedad Trascendente. A lo serio cejijunto cogitante pensieroso. Tiempo de meterse la mi éncia en debates y líos más serios, (si por suerte adversa los aquí ofrendados tan al desgaire, sufrieren de seriedad aunque mínima alguna vez). O, sencillamente, tiempo de meterse en debates si seriosos y en líos de categoría, dando por hecho real que aquestos carezcan hasta de visos, vislumbres, huellas o trazas de la seriedad más somera. Y por hecho hay que dar que ellos han sido y son tales: es decir, carentísimos de toda seriedad, según se me informa o noticia de lado y lado. Del lado de los amicísimos en tonalidad amenísima. Del lado de los enemigotes en aspérrima atonalidad casajosa. Tolerantes los primeros

y casi tolerables si no empalagan. Los segundos, vociferadores, lapídanme con qué vocablos, con qué adjetivaciones (más desobligantes que castizas, por lunfardas). Todo ello en bien y gloriola de las letras. Así sea y que dure. Que les dure el placer y el displacer. Y todo ello está muy bien, si solo en teoría; digo la enseriación. En teoría, porque se es, por éstas Batuecas y contornos, no sé si alérgico a la seriedad o si enfermo de su fobia. Fobia o alergia sumamente serias ellas sí, en todo caso. Alergia o fobia de la seriedad comparables a las mismas en relación con reportajes, cuestionarios y embelecos similares, como alguno que evadí a medias hace poco; y reportaje ése para cierta revista de los vecinos del Orinoco. Reportaje originado, motivado, por un premio para poetas puesto, por un desalumbrado benévolo amigo, Bajo el Signo de Leo. Bajo el Signo de Leo el Estepario. Quizá más tarde —que todo puede acontecer— ingrésese en el gremio de los de la seriedad trascendente cogitante o pensierosa cejijunta. Mientras, todo sigue lo mismo y de poemilla en galimatías a galimatías en panbabélico. Esotros próceres allá se estén dormidos oyendo la perenne monodía monótona que el silencio susurra, lenta...

Nosotros, bodlereanos...: las sienes destrizadas, los corazones rotos y los brazos rompídos de pugnar con el viento, ¡nosotros no dormimos oyéndolos, inmotos, oyendo los inmotos cánticos desolados! sino que con los corazones destrizados y con las sienes rotas y los brazos vencidos, ¡sonamos la fanfarria de los nunca rendidos y de los siempre derrotados! Y allá se estén dormidos, esotros próceres tan serios. Y allá se estén dormidos oyendo la perenne monodía monótona que el silencio susurra, lenta, —las almas, no tocadas; el corazón, virgíneo; y los brazos inútiles...—; en su letal suburra soñolienta... Nosotros, con las sienes destrizadas, los corazones rotos, ebrios de furia báquica, de fervor apolíneo, dinámicos: ¡nosotros no dormimos oyendo la perenne sonata de silencio, ni viendo la perenne danza de los remotos fantasmas en la gélida penumbra! Sino que trota-mundos, sino que vagabundos, sino que inverecundos, ávidos irrumpimos y violentos, besando con la boca, mordiendo; avariciosos y felinos, cantando a voz henchida, riñentes a cascadas... ¡los corazones rotos, las sienes destrizadas, y los brazos rompídos de pugnar con los vientos!

Y Baudelaire está en el epígrafe con sus brazos rompídos por haber estrecho nubes entre ellos. Y no importa que al final de la SUITE, en la ERUMNA, aparezca el pesimista Heraclítico: ¿Y en dónde está el Deseo que domeñó como gañán bravío? ¿Y en dónde la algazara y el tumulto y el estruendo? ¿En dónde está el Deseo? —El Silencio fruncía los labios con el gesto ritual: el gesto eterno—. Y soy ahora débil como el viento nació ante el áspero soplo del turbio mar colérico: brizna errátil, són prófugo, átomo fugitivo... ¿Y en dónde están la antañera Pujanza, la Fuerza erguida, el Desprecio magnífico? Hoy la abulia, la acidia, la ataraxia... ¿Y en dónde está el Deseo que domeñó como gañán bravío? ¿Y en dónde la Algazara y el Tumulto y el Estruendo? ¿Y en dónde está el Deseo? — El silencio fruncía los labios con el gesto ritual: el gesto eterno—.

Cosas son ésas que cantó el absurdo corazón, so la noche malnacida, bordando estrellas en anejo burdo, bordando velas en el Mar! Pájaro del azar frustrado y zurdo: bodlereano albatros de vencida! Cosas son ésas que cantó llorando cuando un poeta en el espacio era. Polvo en el aire, mísero, nefando... ¡Tan grande el cielo azul! ¡Pobre bulbul cantando por la atónita, rútila cimera! —El Silencio fruncía los labios con el gesto ritual: el gesto eterno—.

Después, al amigo todo se le convirtió en FANTASÍAS DE NUBES AL VIENTO y en VARIACIONES ALREDEDOR DE NADA... Helás!

Verted, verted de ese reír los odres, corazón malferido, boca roja de dolor! (Y tú, Espíritu, la crátera de inebriantes elixires avienta!...) Befas urdir es lo más sabio, y burlas, oh corazón coronado de espinas! (coronado de espinas anodinas) — Befas, befas y burlas corazón que como un lobo desolado urlas... Y reír gayamente es lo más fino, oh corazón coronado de espinas! —Coronado de espinas anodinas—. Reír es sabio y fino, corazón que como un can aúllas de continuo... ¿A qué cargar de hastío y de congoja la vida, baja o vil o apenas necia? Verted, verted de ese reír los odres, corazón malferido, boca roja de dolor! (Y tú, Espíritu, la crátera para tí sólo escancias...: o desprecia la vida, bella o ruin, mirras o podres... oh corazón coronado de espinas, coronado de espinas anodinas!).

Es grave el caso de nuestro amigo, ahora. Igual de grave lo ha sido durante todo su Viaje —que ya va largo— en torno de sí mismo. Alguna vez compuso una DANZA NÓRDICA que subtítulo MELODÍA BÁLTICA y en ella se refiere a Ene Ene, su sosías de seguro: Como es sombría la ruta que al ensueño le lleva, —dice— y de áspera, aceda cicuta su ilímite sed se abreve; —en el jolgorio, en el placer, en la

disputa, haga así sol o luna, o así llueva—, él está cejijunto. Como los libros son el opio y son el acicate, y el tedio metido en sí propio siempre dá mate: —de la sapiencia en el opímo acopio o cultivando inútil disparate—, él está cejijunto. Como es borroso el ambiente que le acosa y rodea, y antipática, antípoda la gente, desértica, sin una sola idea: —en el reposo grave de la mente y en la febril, dinámica pelea— él está cejijunto. Como es la fémina voltaria —ya el Placer, ora el Cisma— y la existencia solitaria fatiga, enmohece y abisma; —en su evasión, su fuga planetaria, desorbitada; o en la tierra misma—, él está cejijunto. Y por tal modo, él, —viandante de siglos o del momento—, juguete fácil de su sino errante; hipersensible; al leve roce atento...; débil átomo fugitivo; flébil brizna pensante; esclavo de ebrias ansias; —sin rumbo; al viento—, él está cejijunto.

Estaba, rectifico: porque ésa MELODÍA BÁLTICA (y DANZA NÓRDICA) se balbucía hace un tercio de siglo o poco menos. Y su autor, ahora, es un regocijado Democrítico burlón —si a contrapelo— en contrapunto.

Nunca será serio, él tampoco. Ni melancólico. Cansado, hastiado, fastidiado, y atediado, eso si lo es, lo ha sido y lo será, y claro, lo dice y en forma asimilable a poética, y de esta guisa (es un ejemplo): Todas las cosas trujéronme fastidio. Todas las cosas que están sobre la landa yerma, todas las cosas que están bajo las nubes grises, y bajo las constelaciones iridiscentes. Todas las cosas trujéronme fastidio. Todas las cosas que están junto a la lujuriente naturaleza (que decían los vates de antaño); las que cuentan los libros y recitan las gentes, todas las cosas que canta el viento ronco o sibilante, las que canta la lluvia, a la sordina, trémula, y las que callan en la atediada sima de mi cerebro. Todas las cosas trujéronme fastidio.

Y eso continúa...

24 V 1956

Ver ESQUICIO Nº 2 - SUITE EN DO MAYOR (IX-X) - SUITE DE DANZAS (VII) y NENIAS (II) (en LIBRO DE SIGNOS - OBRA POÉTICA, Volumen I).

Continuaba así el manuscrito: Para matar las horas, para poner en fuga fastidio y tedio y afines, para gastar en algo fantasía a que no es dable buscar mejor empleo, para lograr olvido momentáneo en medio a tonterías sin objeto, para matar las horas, para elidir —por instantes— la angustia permanente, nuestro amigote tornó a la broma —lacerado—, volvió a la burla —arrecido—, acudió a la pirueta —definitivamente amargo, guindado al mástil, forajido vendido —al fiado— y no por Judas, bejado —y no por plebe—, coronado de espinas (anodinas) por la Amalasunta de turno.

Refiere Apolodoro en sus Inmemorables que cuando clavó el pico Taltibío, prorrumpió en lloros, no la mesnada plañidera solamente, sino hasta la insensible Amalasunta. Taltibío —remero de galera, como nuestro amigote— *pasó a difunto y a ponerse verde* por haber ingerido —en dosis oceánicas— licor de insidia, pócima de falsía y filtro de olvidanza: brebajes —tres en uno— sumamente letales. Apolodoro, como no se ignora, dictó normas a Clio y aleccionó a Oswaldo antes de que la Vespa (matutina) le bizmara omóplato, clavícula (y la diestra) y costillas, si falsas, no tan falsas como resultan las engendradas o concebidas por las a Adán extraídas o extractas no nada abstractas; Apolodoro, digo, es parangón de la veracidad, por manera que se le tiene por espejo fidedigno. Si lo refiere Apolodoro, cierto es entonces, oh Amalasunta! Todas las cosas trujéronme fastidio (insiste el otro yó de Taltibío). Porque soñaba diferentes Odiseas y distintos exilios. Y otra quietud: nunca esta plana sucesión de puestas de sol y de rubias auroras y de claros de luna (como decían los

24 V 1956 (incompleto)

Hay el siguiente manuscrito: En el ahora deshabitado ex-reino inasible, en el de ogaño abolido ex-dominio de la métrica, de la prosodia y del ritmo (sin adentrarse por los zájaras de la rima, nominada abominable y llamada a calificar servicios y a entrar definitivamente en el uso del buen retiro y en el desuso de razón, existió (en tales ex-dominio y ex-reino sin súbditos) y en función de las voces (citadas) tan obsoletas como desuetas (o en desuetud) también, también hubo campo (hipotético hoy) para el empleo del parámetro. Otrosí: existió también para el de la holofrasia y por de contado y resabido. Resabido por quienes han aún por qué saberlo. Ignorado por quienes ahora no lo han (de) menester y a quienes les fuera estorbo y lastre si dieran en ello de sopetón y de topetazo.

24 v 1956 (incompleto)

XCVI

Pensándolo mejor, no todas ellas, ni todos ellos, que hubo cosas y casos y sujetas que trujéronme indecible alborozo y delicia total. Mas, como váse en una cierta secuencia... Todas, todas las cosas trujéronme fastidio. Y es actitud exactamente filosófica o filo-filosofística. Todas, todas las cosas trujéronme fastidio, se dijo la otra vez otra, y entre accesos de incontenible tos no chopiniana. Y eso —no la tos—, eso continúa, pero ya sin acompañamiento, sin basso ostinato, ni bajo continuo. Para matar las horas, para poner en fuga fastidios en moles, tedio en aludes y toda suerte de afines y de sucedáneos, para gastar en algo de valencia los ardites de fantasía a los que es dable buscar mejor empleo ni desempleo más grato; para lograr el evirato olvido momentáneo anodino en medio a tonterías sin

relieve ni objeto. Para matar, asesinar las horas —por diminutos instantes no ponderables— para elidir —por décimas de segundos— la angustia permanente, nuestro benemérito amigote y sufrido sosías, tornó a la broma, tornó a la jugarreta —lacerado—, volvió a la burla, volvió a la gambeta —arrecido—, acudió al sarcasmo, acudió a la pirueta —definitivamente acerbo—, guindado al árbol, guindado al mástil, forajido vendido —al fiado— y no por Yago ni por Judas; befado —y no por plebes ni oclocracias—; coronado de espinas (anodinas, helás!) por Aglaes y Amalasuntas, Dorabelas y Manilces. Por Amalasunta ahora en cura de reposo y de pluscuamperfectos cerrados.

Refiere el inefable Apolodoro de Mindoro, en la quinta parte y epílogo de sus INMEMORABLES, que cuando clavó el pico el pazguato de Taltibío, no sólo la mesnada plañidera prorrumpió en lloros caudales, no solo la mesnada, sino hasta la insensible su Amalasunta. Taltibío, remero de galera, también, como nuestro otrosí pazguato amigote, —*pasó a difunto y a ponerse verde* (a ponerse cárdeno dicen otros forenses), por haber ingerido —en dosis oceánicas— y degustádoslos—, licor de insidia, pócima de falsía y filtro de olvidanza: brebajes ellos —y más si tres en uno— sumamente letales cada uno de por sí, y como nó en trinca!

Apolodoro el de Mindoro, como no se ignora dictó cátedra y normas a Clío y aleccionó a Oswaldo y a Flavio Josefo. A Oswaldo ha poco, si antes de que la Vespa (matutina) le bizmara omoplato, clavícula (y la diestra) y costillas, si falsas, no tan falsas como resultan en ocasiones ciertas de las engendradas o concebidas (lo que sea) por las a Adán extraídas o extractas y no nada abstractas. Tan concretas. A veces de concreto armado. Apolodoro el de Mindoro y Pico de Oro, digo, es parangón de la Veracidad, por manera que siempre se le tuvo por espejo fidedigno. Si lo refiere Apolodoro, el de Mindoro y Crisóstomo, cierto es entonces. Cuando Apolodoro lo dijo bien inventado lo tendría, oh Amalasunta, en cura de reposo y dilatado farniente. Todas, todas las cosas trujéronme fastidio (insiste en ello, por lo oído, el Otro-Yo de Taltibío). Porque soñaba diferentes Odiseas y distintos exilios. Y otra quietud: nunca ésta plana sucesión de puestas de sol y de rubias auroras y de Claros de Luna (como decían los vates de antaño) Nunca esta plana sucesión de estribillos aburridores: ¡oh, qué catálogo de inepticias, qué fárrago de moxinifadas, qué maremagnum de majaderías! Todas las cosas, todas las cosas trujéronme fastidio. —Y continuó esa vez y continúa todavía el ignotísimo Ene-Ene de Taltibío en su vaniloquia, en su incongruencia y en su galimatías—. Solía —solía y aún suele ahora— la imaginación

insurgente y arbitraria, irrumpir por fantásticos senderos de caza, por fantásticos emporios cinegéticos, por fantásticos senderos ilusorios. Por fantásticos senderos, por fantásticos cotos de caza: para cazar el Cortejo de Orfeo (y su Bestiario), la Suite de Xeherazada, la Cohorte de Eunóe o de Fonóe, la Corte de los Milagros, toda la fauna mitológica, toda la flora fabularia, y el Tropel de los Sueños... La Suite de Xeherazada! El Tropel de los Sueños!: Mariposas de Muzo, cuya azul diafanidad se roba el Viento!

Todas las cosas, todas las cosas trujéronme fastidio...

Claro que sí, Baruch! Evidente, Horacio... Y peores casos y cosas y éncias existen, hasta por fuera de aqueste Pan-demonium y ya no Bajo el Signo de Leo el Estepario, ni bajo el de Sergio, sino bajo cualquiera otro signo o bajo el de la trivial enseña cotidiana. Y mejores también hubo y los hay, si ocurren asaz espaciados o son de muy efímera o casual presencia, o yacen hebdomeros en reposo y en compás de espera los pluscuamperfectos de la maravilla, verbigratia. La maravilla de un véspero sabático, con su lucero. También después de Ménikin abrilena —zis! la gaviota paso ligera!— gaviota alondra de una rútila tarde. Después de Dorabela, ruiseñora de un sávido breve preludio a la Siesta de otro Fauno... oh Dóminas!

Nunca la misma, pero la misma canción que siempre recommienza. Y desde antes de que Gérard de Nerval lo dijera así: *Cette chanson d'amour... qui toujours recommence*. Hoy es Eunoe, si ayer fuera Agalí, si Annabel otro ayer, si otro ayer Ulalume. Hoy es Clóe, si ayer fuera Xatlí. Y esto ya no es de Nerval sino del asendereado Palamedes o de Baruch. ¿Y Baruch? Baruch: hace ya luengas décadas que ninguna ficción para tí filtra mi vaguitar de alquímico, mi vaguitar de alquímico juglar bajo la luna. Luna: pastel de aljófares para el juglar bulímico –alquímico juglar funámbulo– de acordes fatuos que el viento llévase con estupor de mímico funámbulo alelado –Pierrot hasta los bordes–, Pierrot como no hay otro bajo la luna, bajo del hechizo lunario... (Baruch: es sabio asordes –aquí– tus fatigados oídos, a destajo tañidos por aqueste babilónico engendro –en este caso, insólito descomunal badajo–): Del hechizo lunario, sortilégico acendro mil veces más sortilego si es el paisaje justo: florecida alameda que perfuma el almendro mejor que el azahar: (es aquel más venusto si el azahar idílico), refresca la fontana gorjeante y decora –con encanto vetusto– un busto, (¿el de Musset, acaso? o tarambana quizás y libertino júzgaslo en demasía?; mejor, si no ese busto, tal vez la cortesana vera efigies y grave de Ronsard).

Yo querría —por mí— la villonesca máscara que corroe todo el dolor y el vicio, o la áspera y sombría y asimétrica y noble carátula de Poe. Pero basta. Basta y sobra, Aldecoín. Descansa un poco, al menos, Matías. Nada de eso, Baruch: Pero basta está en el texto que cito. Pero basta. El lunario sortilegio ya es hartó, muy más si va a la vera Parisatis o Cloe o Lesbia, y aunque cruce por la senda el lagarto vivaz, y croe el sapo verdinegro en la alberca, zumbe por las vibrátiles varillas del esparto viento sordo, y el Búho sibilino su terca trova bulule, hosco vigía en la atalaya. Basta con el lunario sortilegio Parisatis o Lesbia o Eufrosina o Aglaya o Cloe, con hechizo sexual su magisterio, dulcísima, ejercita. —La Noche es así gaya: no así es la Noche sórdido refugio, hórrido imperio satánico, y zahúrda, sino lustral asilo deleitable; Baruch: el caso es serio—. Baruch: hace ya luengas décadas que en sigilo rumio mis elaciones, las filtro y las decanto, mas dejólas sepultas durmientes en el silo... Quizá otra vez advénganme los furores del canto y el frenesí poético y el profético morbo... Quizá ese día irrumpa, revestido del druídico manto sacerdotal, nimbado por el estro y el torvo ceño del inspirado demoníaco. Empero, por ahora, Baruch, degusto, sorbo a sorbo, y en tallados cristales, mi silencio señero, mi soledad furtiva, mi desdén insolente. Baruch: hace ya luengas décadas que yazgo en el poético farniente, en la vagancia creadora...

Ahora sí, de todas veras, carísimo Matías Aldecoa, por favor suspende esa tu malhadada EPÍSTOLA A BARUCH, que sólo a Baruch interesaría si la conociera... Y lo dudo. Que a Baruch no le agrada ni tu postura de provicero huero, ni tu impostura de fementido oráculo, ni le peta tu psitacismo (tan etimológico como el más) ni cualesquiera otros de los tus métodos de enseñanza. Además que tú, como enseñar, solo muestras el cobre.

Ayúdale a Bogislao el Doliente a ponerle fin a su proteico RELATO DE RELATOS DERELICTOS Y POEMILLA de von Griphius, que es el de nunca acabar. Anda ahora su Autor en la séptima y penúltima versión de su engendro...

Soy el sueño Tantrís de Leonís, lueñe y remoto, dice: David, hondero, harpista, pastor, poeta, doñeador ávido y goloso; soy el sueño Amadís, el sueño Páris, el sueño Hamlet frío, —metafísico, abstracto, ausente, erótico moroso—, lujurioso latente, si introvertido esquizóideo; soy el sueño Tantrís y Fausto y Proclo —sátiro fauno, y una tercia filósofo absorto (no tan estoico)—, Tristán y Gerineldos, Soleimán, Lancelot, Sergio Stepánovich Stepansky, Rizzio y Apolodoro! Soy el sueño Sosías, soy Daimon, soy el Otro. Yo soy el Doble, der Doppelgänger: yo soy el sueño de innumerables nombres innominables, y el Anónimo y el simple. El multivario, el sin alma, el multánime, el Insólito, el sólito y el Demiurgo: soy Mefistófeles; soy Yago... Soy el mismísimo Demonio-Pandemonio— y un pobre diablo de diabloteín de lo menos diabólico... —Mi flor?— La más cimera de los más altos elatos heliotropos, la más rastrera y mísera de los más abisales bajos

fondos subfondos... ¿Mi música dilecta? —La que rompa los tímpanos —como tímpanos— sordos! —¿Mi color?— Ocre isocre mediocre. ¿Mi profesión? —Soy antifaz de peruétanos y de bolonios... Saltan todos los sueños, uno a uno: —Yo soy el sueño Polidoro, señor del Piélago, dueño del Archipiélago, caimacán de caletas, radas, ensenadas y golfos, amo y esclavo del Océano numeroso! Odiseo y Jasón, Sind-bad, Ibn-Batuta y Juan Caboto, el rojo Erik y Leif Erikson, Pigafetta y Amérigo y Cristóforo!—. Caronte de mi nao, remero galeote, viajero único a bordo! La Rosa de los Vientos es mi flor y mi ruta... ¿Mis perfumes? —Las sales y los ñodos, el aura de mariscos de Afrodita, el sexual tufo ecuóreo! Mi música es el viento turbulento en tumulto, el monzón, el sirocco, el simún, el tifón, el furor de procela por la trompa de Eolo —su caracola milenaria—, el marino rimbombo! Yo soy el sueño Polidoro, el gaviero, el grumete, el galeote, el capitán, el piloto de mi nao! Yo soy el sueño Palinuro, el siervo de Thalasa, y el Doria comodoro! —Yo soy el sueño Ahsvérus por el mar, de un polo al otro polo!... Y emblema del viajero sedentario...Símbolo del vikingo anclado, al paio, ex-Lobo de mar, ex-Lobo, ogaño nauta de fantasía y de ficción, de gabinete, melancólico, mítico y baldo y Ulises u Odiseo absurdo y gafo y anacrónico, ex-Lobo imaginero, imaginario, hipotético e ilusorio... Saltan todos los sueños, todos... Pero yo no sabía.

No faltaba sino que al fin supieras algo o de algo, Bogislao... Y déjate de más sueños. Métete en cura de reposo; tú también, como la Dómina de los pluscuamperfectos en compás de espera., Bogislaus von Grihpius!

31 V 1956

Ver POEMILLA DE BOGISLAO (en VELERO PARADÓJICO - OBRA POÉTICA, Volumen III).

XCVII

Afortunadamente Bogislaus von Griphius no se da cuenta de lo que acerca de él dígase, publíquese y cablegráfiese y aún se le narre por el teléfono. Nuestro colega y cofrade anda en Babia, fuera de que está en observación y sigue un tratamiento de des-intoxicación poética a base del mismo veneno. Síntesis: Bogislaus von Griphius o no se entera o no se da por enterado de lo que a él se refiera. Y vocea de esta guisa —vocea si en murmurio o susurro y en ocasiones cuasi que tácitamente—, y en su retiro, en la caliginosa penumbra de su chiribitil, Bogislaus, monologante, cuando en crisis: Musurgo a lo poeta, poeta a lo Capelmaestre turulato.

Soy el sueño fallido, el sueño horro, el sueño huero, el sueño vacuo, el sueño que no se logra, o se malogra. El sueño en vano. Yo soy el sueño que se resuelve en Ni poema, en Ni cántico, en Ni sonata, en Ni soneto, Ladumila en reposo, del par sin par cerrado todavía. Baladí baladero imbele y baldo, Xatlí. Sueño trovero que ni trova, bardo que ni fabula, vate sin vaticinios, sin enigmas ni oráculos. Vate vidente: más allá del naso no vé —Noche Morena— ni con los mil ojos de Argos. Sueño músico absurdo: musicante ni in-pártibus... Sueño cantor, cantero afónico de duro canto canto sin rima ni razón ni són ni poesía, o con ellos los cuatro —tetrapodo cantero sobre áptero—, o con ellos los cuatro y el ritmo turbulento proceloso y el timbre absurdo y zurdo, áspero y bárbaro, y el acento, tras de cerril, estrafalario, y el patetismo inverecundo ilógico, y el sensiblero pathos romanticoide (pathos ya patotógico) y el fárrago disperso y la mueca macabra y el gelasmo,

y el latente fervor difuso, abstruso, obtuso, pandemónico y vago...
—Yo soy...

Se hace menos aguda la crisis, pues parece que se dá cuenta, Meser Bogislaus, de sus dislates en panbabélico galimatías, y se grita a sí mismo: Básta! Batólogo! Ecolálico! Catacrético aliterante! Vete! ¡Ahueca con tu musurgo-poesía, Mandricardo! Mandricargo es otro de los apodos con que suele nombrarse Bogislaus, en veces. Apodo peyorativo. Bogislaus de salud está muy bien. De la otra salud, digo, descontando —eso sí— su bronquitis, siempre a la vera suya, egeria y ángel de su guarda desde el terciario carbonífero. Claro que de las mientes si anda mal nuestro cofrade. Pero ahora se ensaya en él la *mitridatización*. Se le propinan dosis progresivas de lo mismo que ocasiona su insania. Lo que el viento le trajo que el mismo viento se lo lleve. Me refiero al viento poético o pseudo. El muy laborioso proceso de la mitridatización psíquica, metapsíquica, física aún e hiperfísica de Meser Bogislaus von Griphius, del Aburrá, anda en pleno desarrollo paulatino, y su desarrollo en total acuerdo exacto con el minucioso plan previsto. Hasta —quizá— en demasía minuciosamente detallado en lo nimio y un poco menos en lo aparentemente protuberante. Meser Bogislaus, nuestro paciente, a más de ser pacientísimo —por pereza de impacientarse (mientras no se le

interrumpa en sus soliloquios vaniloquios)—, a más de ser paciente —por nonchalanza abúlica—, paciente en suma altura superlativa de saturación; a más de ser paciente si los hubo y los hay, parece también haber ídole tomando gusto y sabor y regusto al tratamiento —y es obvio: que se le dá lo que le peta. No embargante, no obstante y magüer —en otro sentido— ser incómodo, en su preludeio, el tratamiento incómodo: se le dá lo que le peta pero no cuando le peta. Malgrado ello, bien de su grado acepta ser, nuestro venerable meser y maese, gazapillo de laboratorio, modelo para cabeza de estudio si no para naturaleza muerta (y abstracta), entelequia de ensayo, piedra de toque, etcétera...; todo ello, si, mientras sea en pró (y provecho, para redundar acaso), en pró de la investigación supercientífica, de la empírica especulación y de su personal regodeo. Su particular regodeo de gourmet —y de goloso pantagruélico—(al sentirse convertido pero inconverso) en el centro de intereses de semejante equipo de eminencias. Equipo de sabios y resabios tan interesados en el su abstruso caso y en el su tratamiento por medio de la *mitridatización* progresiva... Equipo de eminentes resabios sabios en su caso interesadísimos ellos, y cuyo caso, aunque no espeluznante, es uno de los más peregrinamente insólitos que registró jamás la Historia (y la Histeria), recordó nunca la Fábula, catalogó la Ficción,

ni enrolaron, pero ni mencionaron ni por alusión, las Mitologías más in-extenso, las Mitologías de nómina o elenco más caudal. Ni la Mitología indiana, ni la china, indo-china o cochinchina, ni la egipciaca, ni la sudanesa ni la etíope, ni la de la Hélade ni la del Lacio, ni las drúidicas, galas o celtas, ni las innúmeras centro y septentrio eurásicas, ni otras Mitologías (aún de las peninsulares e insulares) del Antiguo y del Nuevo hemisferios o continentes, ni las árticas ni las antárticas. El caso de la desviroladización de meser y maese Bogislaus von Griphius, del Aburrá, oriundo de Abylund; el caso del hasta hace relativamente muy pocas lunaciones tenido como paradigma de la cordura y prototipo del equilibrio (del estable y del inestable), el caso de meser y maese Bogislaus, presa ahora no solo de la melancolía, en su máxima expresión de depresión, sino también de toda suerte de manías y de una mitomanía de entre las más exasperadas (pero nada exasperante, aquesta). Sin hacer cuenta de otras subalternas, dejándolas de lado, marginadas, como la ambulatoria y la hilarante, la piscatoria (de pronóstico) almanaquera y la babelizante. La ambulatoria, la dromomaníaca, la peripatética, muy poco filo-filosofante (en el sentido más frecuentemente atribuído, endilgado, al voquible). Y la hilarante, la carcajeante, muy en frío, como en seco y en inmovilidad, de hierática apática seriedad. La sub-manía piscatoria almanaquera (oh, don Diego

de Torres Villarroel quevedesco!) es, por fortuna de los demás, únicamente para su propio entretenimiento, de uso personal, para su solo solaz y disfrute en sus ocios: a nadie daña entonces, perjudica ni inquieta. Le empezó ya aguda cuando, en un cierto relato de los sus innumerados, le dió por decir que había visto caer todas las hojas, todas las hojas, las hojas todas del ocioso Almanaque. En cuanto a la otra manía suya enumerada, la babelizante (y no ya tan subalterna), esa si es de tenerla en consideración y es de mayor cuidado para los prójimos y de la máxima peligrosidad. Y quizá ni hay necesidad de insistir en ello —redundando— pues hartos es notoria —de vista o de oído—. Babeliza el cofrade, panbabeliza galimatizando sin bridas, en avalancha, en alud, y no ha menester dél, ni de los espolines, que le sobra el acicate. La babelizadora manía de meser y maese Bogislaus se hace patente por medio de frutos abundantes pero no propiamente frutos de bendición sino carbonientos. Y la resolución de lo así patente opérase en él automáticamente. Es él un babelizador función y la función se traduce en productos y subproductos teratológicos. La función traducida así, como espectáculo puro, es cosa que daría gusto presenciar... si no diera grima la obreja realizada. Mayor la grima si los panbabélicos frutos del cofrade aparecen tergiversados bajo el Signo de Leo, del mismo Leo no daniélico en el Foso de los Leones.

Y si no...: Brotan ahora todos los sueños, —surtidores eréctiles, erectos, estalagmitas móviles, solfataras erguidas, arco-irisados géyseres...—. Todos los sueños —mástiles, combadas velas—, (sobran los remos y las hélices y las gaviotas y los petreles) (No hacen falta ni maquinistas ni contramaestres, Loreley, ni mecánicos, ni bogavantes ni timoneles...) Saltan ahora todos los sueños, casi todos los sueños, los del Lajón, —alados, ágiles corceles, meteoros-saetas, azconas-bólidos, relámpagos-rehiletes...—. Saltan todos los sueños enfilándose en migratorios vértices. Todos los sueños irrumpen, alcotanes y sacres y neblíes y azores impenitentes! Gerifaltes, halcones, borníes, alfarraces y tagres y alfaneques! No a la caza de cosa alguna! A que los huracanes se los lleven!

Ya continuará el galimatías, después del paréntesis de turno. El mencionado equipo, no equipejo sino equipón de los sabios resabidores interesados en el enojoso caso de nuestro alter-ego meser y maese Bogislaus von Griphius, del Aburrá, oriundo de Abylund y de Lund (Westmanlandia y Escania) lo encabezan y dirigen Baruch, Ebenézer y Alcofribas. Aspasio de Afrodísides, Palamedes-ben-Mosamedes, Apolodoro Pico de Oro de Mindoro, Atenógenes Agrajes y Prendergast, el benemérito don Práxedes Mateo, Icón Maimónides de la Mirandola y el Bobo de Coria quien les acolita y es su secretario, *ad-hoc*, para las actas y los gráficos. Estos, los principales del equipo ya en acción. Bogislaus, en el proceso de su mitridatización, tan campante siempre, siempre de soliloquio en soliloquio, rodeado de los magos

amautas del equipo. Sus otros yoes y sosías, en un segundo círculo, a distancia, vigilantes.

Bogislaus: Yo soy el sueño de mentirijillas, no otro sueño sonámbulo —doctores— ni el dormido despierto, ni el que soñó mil años en lelo duermevela: Discurro a quince cúbitos de los más altos sueños. No puse pies en tierra ni por tomar impulso para ganar altura, pero no soy Ariel, espíritu del aire, ni Puck. Tan sólo exórbite fugado de la llana sucesión de los días, del cotidiano horror. Tan sólo soy exórbite fugado del exilio, desasido del báratro telúrico, a la caza y en pos del lauto Mito. No puse pies en tierra ni por brincar más lejos... Busco mejores aires. Busco mejores aires —como el sueño Gaspar— en inútil rebúsqueda. Soy el sueño que nada quiere, que a nada aspira, ni siquiera a soñar; el sueño puro... Ni siquiera soñar. Discurro a quince codos del ápex y el fastigio, del vértice a la cima: pero no soy —en esta vez tampoco— Icáro, ni Ariel ni Puck... Tampoco ningún sueño, ni el sueño, ni el sueño de mentiras. Yo soy el sueño que se fuga... Que se fuga y retorna... De mí propio me evado y en mí mismo me interno... Vengo de no sé donde... Voy a nunca se sabe... Soy el sueño que danza y gira siempre en redondo. Soy la veleta quieta siempre, siempre en el mismo punto, siempre quieta, jamás inmóvil. Soy ni la Rosa de los Vientos, Xatlí, soy ni la Rosa Náutica que no se escapa de la brújula —Ménikin— y está marcando rumbos y está siguiendo rumbos metida en la bitácora. Soy el sueño que no salió jamás ni de sí mismo ni penetró en sí propio nunca jamás (quizás). El sueño paradoja. El sueño paradojo. Recorrí mundos —dícenme—, surqué todos los pontos, crucé todos los vientos —ceñido a ellos— quieto, en mi sitio, fijo, como el herrón de la peonza. Quietos. En mi sitio. Anclado. Al paio. Quietos. En mi sitio... El búho paralelo sibilino. Señero augur, el solitario albatros. Pero yo no sabía.

Afortunadamente —y se repite— meser y maese Bogislaus no se da cuenta de lo que acerca dél dígase, publíquese y cablegrafíese y aún se le narre por el teléfono. Ni lo que dél opine el corro de los doctores que ahora ensayan con él la mitridatización. Nuestro colega y cofrade anda en Babia, por los de Úbeda, girovagante. Fuera de que está en observación de sus sosías y otros-yoes y paniaguados. Y sigue el mencionado tratamiento de desintoxicación pseudo poética o poética de veras, desintoxicación a base de los mismos venenos. Síntesis: Bogislaus von Griphius, del Aburrá, no puede darse por enterado de lo que dicese con referencia a él, ni de lo que ocurre y hácese en relación con su nombre y con su obrecilla, aquí, allí o más allá de Thalassa. Obvio, que es el primero en sorprenderse de ello y el último en olvidarlo. Si es benévolo sobre generoso el concepto, si es generoso el acto por encima de inmerecido. Ruborece, metafóricamente, Bogislaus, debajo de sus barbas, otro día taheñas. Y desencasquétase la boina —esto si muy de veras; y nada metafórica la acción, y así la acción de gracias de Bogislaus, bajo el Signo de Leo, rodeado de los doctores. Pero yo no sabía.

7 VI 1956

Ver POEMILLA DE BOGISLAO (en VELERO PARADÓJICO - OBRA POÉTICA, Volumen III).

Hay los siguientes manuscritos: a) El laborioso proceso de mitridatización psíquica, metapsíquica, física e hiperfísica de Meser Bogislaus anda en pleno desarrollo paulatino y en total acuerdo exacto con el plan previsto minuciosamente en sus detalles más nimios y en los protuberantes. (Meser Bogislaus, nuestro paciente, a más de ser pacientísimo, paciente en suma altura de saturación, paciente si los hay, parece haber ídole tomando gusto al tratamiento, nada embargante y nada obstante, magüer incómodo en el prelude. Bien de su grado acepta ser gazapillo de laboratorio, cabeza de estudio, entidad de ensayo..., todo ello, sí, en pró de la investigación hipercientífica, de la especulación empírica y de su personal regodeo (al sentirse convertido en el centro de interés del equipo) sabios, resabios, interesados en el su abstruso caso, cuyo caso, si no espeluznante, es uno de los mas insólitos que registró jamás la Historia ni la Histeria, recordó nunca la Fábula, y mencionaron las Mitologías. Ni la indiana, ni la china, ni la egipcíaca, ni la griega ni la del Lacio, ni las innúmeras centro y septentrio eurásicas, ni otras Mitologías (aún las insulares) del antiguo y del nuevo hemisferios o continentes. El caso de la desviroladización de Meser Bogislaus, el hasta hace pocas lunaciones paradigma de la cordura y del equilibrio, presa ahora no sólo de la melancolía en su máxima depresión sino también de la mitomanía más exasperada, dejando de lado la ambulatoria y la hilarante: (peripatética nada filosófica y carcajeante muy en frío). El equipo de sabios, resabios, interesados en el caso de Meser Bogislaus, lo encabezan Baruch y Ebenézer, Aspasio de Afrodísides, Alcofribas Nasier, Palamedes-ben-Nicomedes, Apolodoro de Mindoro, Atenógenes Agrajes y Prendergast, Icón Maimónides, el Bobo de Coria y el benemérito Práxedes.

7 VI 1956

b) Vocea de esta guisa –vocea si en susurro y en ocasiones cuasi tácitamente y en la penumbra de su chiribitil, Bogislaus, monologante: Musurgo a lo poeta, poeta a lo Capelmaestre turulato. Soy el sueño fallido, el sueño horro, el sueño huero, el sueño vacuo, el sueño que no se logra, o se malogra. El sueño en vano. Yo soy el

sueño que se resuelve en ni poema, en ni cántico, en ni sonata, en ni soneto, Ladumila, del par sin par, cerrado... Baladí baladero imbele y baldo. Sueño trovero que ni trova, bardo que ni fabula, vate sin vaticinios, sin enigmas ni oráculos. Vate vidente: más allá del naso no vé, ni con los mil ojos de Argos. Sueño músico absurdo: musicante ni in-partibus... Sueño cantor, cantero afónico de duro canto canto sin rima ni razón ni són ni poesía, o con ellos los cuatro –tetrápodo cantero sobre áptero– , o con ellos los cuatro y el ritmo turbulento procelario y el timbre absurdo y zurdo, áspero y bárbaro, y el acento, tras de cerril, estrafalario, y el patetismo inverecundo ilógico y el sensiblero pathos romanticoide (pathos ya patológico) y el fárrago disperso y la mueca macabra y el gelasmo, y el latente fervor difuso, abstruso, obtuso, pandemónico y vago... Yo soy...

Parece que se dá cuenta, Meser Bogislaus, de sus dislates en pan-babélico galimatías, y se grita a sí mismo: Básta! Batólogo! Ecolálico! Catacrético aliterante! Véte! ¡Ahuéca con tu musurgopoesía, Mandricardo! Que así se llama en veces, peyorativo... De salud está muy bien Bogislaus, descontando su bronquitis, a la vera suya, angel de su guarda desde el terciario carbonífero. De las mientes si anda mal. Ahora se ensaya en él la mitridatización; se le propinan dosis progresivas de lo mismo que ocasionó su insania. Lo que le trajo el viento que se lo lleve el viento.. El viento poético o pseudo. El muy laborioso proceso de la mitridatización psíquica, metapsíquica, física aún e hiperfísica de Meser Bogislaus von Griphius, de Abylund, anda en pleno desarrollo paulatino y en total acuerdo exacto con el plan previsto. Hasta –quizá– en demasía minuciosamente detallado en lo nimio y en lo aparentemente protuberante. Meser Bogislaus, nuestro paciente, a más de ser pacientísimo (mientras no se le interrumpa en sus soliloquios), a más de ser paciente en suma altura superlativa de saturación, a más de ser paciente si los hubo y los hay, parece también haber ídole tomando gusto y regusto al tratamiento –y es obvio– no embargante, no obstante y magüer –en otro sentido– ser incómodo el tratamiento en su preludio. Malgrado ello

—en su preludio—, bien de su grado acepta ser, nuestro Meser, gazapillo de laboratorio, modelo para cabeza de estudio si no para naturaleza muerta (y abstracta), entidad de ensayo, piedra de toque, etcétera...; todo ello, si, mientras sea en pró y provecho de la investigación supercientífica, de la empírica especulación y de su personal regodeo, su regodeo particular de gourmet, al sentirse convertido (pero inconverso) en el centro de interés de semejante equipo de sabios y resabios interesados en el su abstruso caso y en su tratamiento por la mitridatización progresiva. Equipo de resabios interesados en su caso, cuyo caso, aunque no espeluznante, es uno de los más peregrinamente insólitos que registró jamás la Historia (ni la Historia), recordó nunca la Fábula, ni enrolaron, pero ni mencionaron, las más Mitologías más in-extenso, de nómina más caudal. Ni la mitología indiana, ni la china o cochinchina, ni la egipcia, ni la sudanesa, ni la griega ni la del Lacio, ni las drúidicas, ni las innúmeras centro y septentrio eurásicas, ni otras Mitologías (aún de las peninsulares e insulares) del antiguo y del nuevo hemisferios o continentes. El caso de la desviroladización de Meser Bogislaus von Griphius, oriundo de Abylund, del hasta hace muy pocas —relativamente— lunaciones, tenido como paradigma de la cordura y prototipo del equilibrio estable, el caso de Meser Bogislaus, presa ahora no sólo de la melancolía en su máxima expresión de depresión sino también de una mitomanía de entre las más exasperadas (pero naa exasperante aquésta), dejando de lado, marginadas, otras, como la ambulatoria y la hilarante. La peripatética, muy poco filosófica en el sentido más frecuentemente endilgado al vocablo. Y la carcajeante, muy en frío, como en seco y en seriedad hierática. El equipo, no equiejo sino equipon, de los sabios, resabios interesados en el caso de nuestro cofrade Meser Bogislaus von Griphius, oriundo de Abylund y de Lund (Westmanlandia y Escania) lo encabezan Baruch y Ebenézer y Alcofribas, Aspasio de Afrodísides, Palamedes-ben-Mosamedes, Apolodoro Pico de Oro de Mindoro, Atenógenes Agrajes y Prendergast, el benemérito don Praxedes, Icón Maimónides y el Bobo de Coria, quien les acolita —su secretario, *ad-hoc*, para las

actas—. Estos, los del equipo. Bogislaus, en la mitridatización, tan campante, siempre de soliloquio en soliloquio, rodeado de los sabios del equipo. Sus otros-yoes, en un segundo círculo, a distancia, vigilantes.

7 VI 1956

XCVIII

La nao Hiperetusa obsoleta ya su gracia, ahora singla soto el nombre de el bajel Sigdel y reza así su registro de matrícula, matrícula en poder de la Rosa Náutica, de la Rosa de los Vientos. Y esa rosa fue testigo del cambio de nombre y de sexo del artilugio flotador. La nao se hizo el bajel e Hiperetusa se volvió Sigdel, y se volvió tarumba —además, de tarambana sólo que antes era—. Hiperetusa es deformación fonética —y cacofónica talvez— por zurda elisión de la letra alfa: la nao habría de ser denominada Hiper-Arethusa mas la operaria del dactilógrafo (el artificio de teclado no nada musical ni cuando silencioso él y poco locuaz la taquimeca) omitió cierta a y quedó escrito Hiperretusa. Luego quien la locutó por vez primera le restó aspereza al mote desdoblando la ere. Surgió así Hiperetusa como nao y la nao —ya maltrecha y dos lustros en carena— convirtiéndose en bajel y en bajel Sigdel: O. Noe. O es cifra tácita (adicional aunque omitida) y que vale por un oh Noe! oh! en homenaje al primer nauta, al veterano Arca-nauta, y benemérito viticultor y enófilo de pro y provecho (falta texto) ... la moriña orvallada! Todo arrumado, en fardos, quede, todo quede, en pacas, a la vera, marginado;

demore todo —en los silos— a la zaga; súmase todo, consúmase, zabúllase todo en el perfecto pretérito abolido o en el plus-cuamperfecto (que no tiene que ver con los tus pluscuamperfectos, pretéritos, actuales y futuros); demore todo a la zaga, súmase en los Leteos legamosos junto con los Infantes de Aragón (que tampoco sé yo qué se hicieron ni maldito lo que me importa), junto *con las nieves de antaño* de Villon. De Villon. Francisco, si no de Asís, Francisco de París, cerca de Pontoise, por el Sequana medioevo, Madama Burgundófora. Todo, retaguardia del Grande Ejército después del Beresina, todo, todo quédese atrás, que es ello, sólo material para hipotéticas pseudo-memorias para póstumas, o sólo pasto, pasmo y regodeo de las ratas de archivo, turulatas rebuscadoras de anecdotillas. Anecdotillas de antecámara. Todo, todo quédese atrás. Desde hoy, Ladumila, sólo cuenta la ventura próxima ventura, como sí vale la confianza y sí afíncase en veras, como no auto-engáñese la fé, si a sí mismo no miéntese —de claro y crédulo— el iterante musurgo intemperante; el perenne nefelibata, el errático itinerante al azar. Al azar del acaso si con todos los rumbos prisioneros en la su brújula. (Y la brújula en la bitácora de las sus frágiles sienes). Oh! Noé! Oh! —con música de Karl Orff, tu coétaneo, Beremundo de la Tracamundana!—.

Y por ahí he visto ahora a tu alter-ego Bogislaus, en retrato de busto y en su caballete (que no es ningún Pegaso...). En su caballete, Bogislaus, a la vera y tras un ilustre septeto de claros amigos poetas, y con telón o cortinajes al fondo. Aún en el óleo valenciano es posible que ruborezca la emboinada carátula del apabullado vate, del abrumado Meser Bogislaus puesto en la espetera. Por fortuna —acota al margen el festejado colega— las cosas esas acaecieron hartó lejos del distrito especial, a muy confortable distancia ultramarina del intraverso de mi sosías, y al introverso Otro-Yo se le juzgó —con suma benevolencia por lo demás—, se le juzgó en ausencia, se le absolvió en efigie (el veredicto asaz inmerecido, notoriamente injusto), se le absolvió en efigie y se le condenó —entonces— a cadena perpetua de gratitud, olé! Y el verecundo inverecundo reo y otro-yó y sosías, se enteró de ello por el tan cómodo vehículo del control remotísimo. Suma benevolencia! Loado sea ahora y siempre Marsýas abogado de nosotros los desalumbrados pseudo-poetetes! Loado Marsýas, que no Apolo fébeo, patrón de los ciertos poetas, de los poetas de auténtica saturación! Buen Marsýas! clamaba Bogislaus, metido así, sin quererlo, sin aspirar a ello, *entre los palos*. Metido entre los palos como dizque dicen por las abruptas vegas angostas y por las bandas del nativo Aburrá y, creo, así dirán en toda tierra de garbanzos; y en donde cuézanse habas, fabes,

porotos, caraotas, fásoles y judías. Ciertas judías, digo. Y esto es el cuento de todo se sabe si nada se sabe, Ladumila en reposo, la del par sin par. Hoy Fonóe, si antaño Magalí, si Bibiana otro ayer, si otro ayer Melusina. Hoy Ladumila, si ayer fuera Xatlí. Siempre Xatlí! Bibiana siempre, siempre Ladumila aglaofenia...

Por otra parte, caer, caer he visto las hojas todas, todas las hojas, —a fé de Apolodoro, a contrafé de Beremundo— por más que otoño por acá ni cuenta. Martán, Daniel y Casimiro echaron anoche sus cuatros y salieron por peteneras: Casimiro por la tangente, Daniel a obscuras de Darío; Martán habló de otro Escobar.

Caer he visto las hojas todas: Las hojas del zapote, del duraznero y del manzano; las del peral, del melocotonero y del mamey. Las hojas de la encina y las del roble, las del dinde y del guásimo; las pocas hojas del magüey, las del guayabo, las del sicomoro, con las de la gigánteo *sequoia* (*amaro e noia, la vita* —Leopardi—) y las del caunce, a cuyo arrimo —y con ninguna de las de la ley— a cuyo arrimo festejé las bodas de Belinda.

¿De Belinda? ¿Y qué bodas? Déjate de pamplinas, de pamplinadas caro Apolodoro. Y la nao? La nao Hiperetusa, ora Bajel Sigdel? El bajel zarpará, si ya no singla por el ponto, terciado el mes juliano: que es vaticinio y anda en los Almanagues de don Diego de Torres Villarroel, los que consulto, asiduo, cuando no escruto las estrellas y entre pesadilla

y sueño y vuelta a la pesadilla. Anoche torné a dialogar —dice Beremundo— con mis viejos conocidos los búhos bululantes. A dialogar con ellos, tácitamente: Eran los mismos de antaño: Eran seis grises búhos ortos sobre las ramas del chopal, seis búhos -sibilas, absortos, de ojos de rútilo metal; y verde-azul, cogitabundo, un sapo esteta, en el cristal del estanque nada profundo crac-queaba ronco y nasal, mientras la luna solitaria vertía su luz espectral —de arpas y violas tenue aria tímidamente musical...— Y era un jardín vano y barroco de lindo estanque artificial, y un surtidor que estaba loco y un laberinto en espiral. Con voces lelas, atediada brisa besaba la irreal tela ilusoria y plateada de ágil ensueño nocturnal, que urdían las Hadas —aérea— en consorcio con la ideal locura macabra y funérea del vate absurdo y boreal. Por el cansado laberinto sombra todo era sepulcral y era romántico el recinto como clausura conventual y el surtidor cantaba una sonata trémula y brumal y al disco frío que la luna mostró en la comba cenital. Místicos, tétricos,

14 VI 1956 (inconcluso)

Ver RELATO DE APOLODORO y BALADA MONÓDICA DE LA RONDA POR EL JARDÍN (en VELERO PARADÓJICO y TERGIVERSACIONES - OBRA POÉTICA, Volúmenes III y I).

XCIX

Todo, pues, entonces, definitivamente, quédese atrás y con su séquito de sombras y de luces coruscas, oh Ladumila Burgundófora, Rosa Náutica en receso, Rosa, la de los Vientos en vacancia. Todo quédese atrás, demóre todo a la zaga, dícese en susurro, en voz cuasi muda, el perenne divagador nefelibata, en potencia, en próxima otrora taciturno, hoy exultante

de euforia —en potencia, en latencia—; el tozudo errático itinerante iterante; irresoluto —empero— itinerante del azar más ciego. Y del vágulo azar al acaso voluble y del acaso al azar, si con todos los rumbos —los posibles— prisioneros en el estuche de su brújula, y con todos los rumbos y otros más —los imposibles— allí mismo, en su brújula. Y la brújula (si hay quien crea en ellas), la brújula (con tanto primor miniada por otro Benvenuto) metida en la bitácora de las sus sienas frágiles, y enderezado su conato hacia el cofrecillo de nácar blondo, norte de su flecha enhestada. Oh Noé, oh! clama en coro —de heterodoxa, extravagante polifonía— la tripulación en júbilo, masa coral del bajel Sigdel, alborozada si discorde la música del coro, aunque ella tal por cual, básase en alguna de Karl Orff, si el texto dicese ser de Beremundo de la Tracamundana, un tripulante de los supernumerarios del bajel, con veleidades —el sobrero— aedimusúrgicas musurgo-aediformes, cuando menos, los monstruos que lucubra y engendra. Oh Noé, oh! Toda la tripulación del navío —asaz heterogénea sobre heteróclita y aún la huésped supernumeraria, que es o se presume sólo decorativa, toda ella —némine discrepante— está en pró de que el sonado periplo circumnauta se inicie ya. En pró de que se inicie, piafante, la tripulación, tascando el freno. De que se inicie el viaje. Tras del cofrecillo de nácar blondo y del leonado vellocino —otro Jasón—

su capitán piloto, oh Burgundófora. Y la tripulación —toda la cáfila de sus sosías y otros-yóes anhela que cése la estadía, se zarpe *sobre el humo* (díce así un barbarote) se dé la largada y se empróe hacia donde diga Baruch— luego de consultar sus augures y echarle un vistazo a los Almanagues de don Diego de Torres Villarroel. Que se zarpe ya, así sea sólo para costear durante las primeras jornadas en vía de entrenamiento y en són de calentar y desentumecer músculos y mentes y de orear los corazones.

¡Suelta el ancla! ¡Orza! ¡Iza los juanetes! ¡Velas, lonas al viento! ¡Léva el ancla! ¡A las cofas! ¡Orza! ¡Iza! Ya la nao filante se desliza por la rada. La fina proa triza glauco espejo. Febea lumbré obriza corona espumas (como es claro) ¡Atiza! ¡Léva el ancla! ¡A las cofas! ¡Iza! ¡Orza! La nao singla. Con su quilla alforza tersos moarés. La nao es ágil corza triscante como Giannetina Sforza! ¡Per Baco! ¡Atiza! Inmerso en qué cogorza clama Grifo, el piloto de la nao...

Mas todo aquesto se pasa de prematuro puesto que todavía no se ha dado la largada, como que apenas se está en el abastecimiento del bajel. Provisiones de boca, no sólo, sino también pasto para el espíritu y nutricos alimentos para la inteligencia. Para la relativa inteligencia de la tripulación supernumeraria. Los supernumerarios pasajeros del bajel Sigdel son una cáfila de llamados intelectuales y muy de segunda por más que han de viajar en camarotes de primera primerísima.. En camarotes de lujo los intelectualetes

venidos a más de mucho menos que menos. Irá entre ellos —y será el número trece— Agatocles Crisólogo Sucerquia y Tangarife, de San Andrés de Cuerquia. Este otro *quídam*, de la especie de los solemnísimos tiene el cartón (de solemne) y es otorrinolaringólogo (en cuanto profesional académico), es, otrosí, astrólogo empírico (quizá graduado por correspondencia unilateral) y es batólogo aficionado, por no decir amateur a la gala. Es su afición predominante pulsar la lira, tañer la heptacorde (y esto está entre comillas: que quienes asina dijeron la vez primera serían los proto vates de Sonsón cuando no los de Encalichada). Pulsar la lira, tañer la heptacorde es la afición predominante de Agatocles. Y los disparos de su lira (entre comillas va también que esa otra es originada en Cali) distínguense por la cacografía —en general— y por la batología, en particular. Grafómano cataráctico, cacógrafo caudal y batólogo en ubérrima copia es, entonces, nuestro cofrade (y de los supernumerarios) el doctorado otorrinolaringólogo Agatocles Crisólogo Sucerquia y Tangarife, de San Andrés de Cuerquia. La su prosa también es impotable y ello no ha menester de otra demostración. Verdad que no? Y como astrólogo ha de ser inefable. Dejemos a Agatocles, a Crisólo dejémosle, por ahora. ¿Y la del par sin par de los pluscuamperfectos en reposo? Un resorte en reposo y un mástil vagabundo. Y un silencio estentóreo y un

callado tumulto (decía antaño Bogislaus antes del tratamiento, antes de su presunta mitridatización). Y —a propósito—: No se advierte en Meser Bogislaus síntoma alguno de ninguna mejoría. Continúa iterante en su monólogo intemperante. Y así dicese: Escúcha! Escúcha, hermano; escúcha —ahora— la lenta, la tarda voz de las cosas distantes, la tarda voz de las cosas ocultas. Oídos presta a los lucífugos cantos que cruzan por la noche. Adviérte! Adviérte, hermano; adviérte los múltiples, adviérte los vagos sonares que rezongan los ruidos: geniecillos fantásticos! Los ruidos sobrios, y las voces sobrias, jamás audibles para las gentes, las voces varias e indistintas, latentes, que engendran los senos profundos de la naturaleza.

No se le advierte, Ladumila, ninguna mejoría a Bogislaus. No coordina el amigo, pero nada que coordina. Paranoia? Y continúa impertérrito (como que no se escucha, ni siquiera se oye el paranóico búho bululante).

Ház de manera, hermano, que tus ojos capten (retina panóptica) las formas, los modos, los matices de la luz que se desintegra, de la luz que disfrázase, ágil, (avestruz de oro que resalta por más que esconda la cabeza...), de la luz que disfrázase, esquiva, enbrahamánicas metamorfosis, fuerte, intangible, milagrosa: ¡váyan tus ojos a las constelaciones! ¡míra los astros! ¡escrúta los astros!

Y sale Bogislaus a la azotea almenada de su palacete de entretiempro, y se dá al escrutinio de los astros y de las constelaciones. Abre la noche sus vitrinas para exhibir su mercancía. Proción! Orión!

Las Pléyades! La Lira! Estrellas. Estrellas. Estrellas. No veo la mía! díce y agrega filosófico el orate: No veo, la mía! Tanto monta! Para seguir espetando su rosario de naderías: Persigue —salaz— los perfumes que al amor de la brisa navegan. Embriágate —lúbrico— en los nimbos de puros hálitos, que irradian las cabelleras ondulatorias alrededor de las frentes queridas! Bésa las bocas olientes a nardos! y busca además los perfumes abstractos, rituales, excelsos: el olor de los sándalos místicos y de ideales cinamomos...; y el olor de los humos satánicos de los eternos insurgentes!

Así como se oye, Ladumila: continúa Bogislaus con sus humos satánicos; pero creo bien poco en los sándalos místicos ni en los ideales cinamomos como para embeleso de nuestro meser, muy más adicto a los exhálitos de las ondulatorias cabelleras de las piérides de carne y hueso —darianas— y al aroma de nardos a que alude...

No dejes ir los pensamientos —insiste el Cofrade— no dejes ir los pensamientos —pululador enjambre que en el cerebro se embarulla (y cuánto y cómo!), con vagos anhelos de vida y de genio, y que en gérmen ha de morir en el almacigo, nacido apenas... Házlos, házlos surgir, surgir, uno tras uno, pónlos en fila, buen pedagogo; o en rebelión avasallante que broten, que surtan, que irrumpen, en su magnífico e imaginífico desorden.

Esta porción de su discurso si está suficientemente acorde con la realidad y traduce lógicamente lo que ocurrele al amigo en el su caso del barullo caótico...

Lo que sigue si es pura teoría... Lo, además, sumamente platónica. Nada de ello llevó nunca a la práctica. Quizá ahora, culminado el proceso de su mitridatización, sumérase Bogislaus en el silencio.

Porque así dice (o dijo en ya obsoleta ocasión): Pero es más dulce tu silencio —sóla Música— y mi nostálgico silencio. Y el Silencio. Más sabia es la desdeñosa pereza: y más bella. La muelle y exquisita pereza regina... La inmersión en tus aguas calladas, oh propio ser! antes que el ruido que inane asorda! Húndete en el silencio! —sóla Música—. Húndete en el silencio, hermano, en el Silencio!

Lo que ahora viene —y parte final— sería de analizarlo muy a fondo. Andaba Bogislaus en el período macabroico - depresivo - romanticoide - melancólico, aparente, sólo, eso sí: pésima literatura pesimista, seguramente no insincera adrede, pero nada sincera en puridad de evidente realidad. La aclaración no parece impertinencia ni necedad, porque es el hecho que así rezaba la parte final y colofón de la monserga, oh Ladumila Burgundófora del Porce, del par sin par y de los pluscuamperfectos: Toléra el paso taciturno de los días. Toléra el paso lento de los días: la vanidosa caravana inagotable, la vanidosa caravana de cosas vividas ha mucho, de cosas vividas mil veces, y de nuevas, muy nuevas, tan nuevas, —desposeídas de encanto! Toléra el paso de los días, el cortejo de las horas: —la Marcha Fúnebre de Siegfried—. Y déja venir a la Muerte —con mayúscula—, danzarina maravillosa, cuyos giros eurítmicos convergen al céntrico punto de la quietud definitiva.

De todo ello, de todo el fárrago en retahila, no subsiste para Bogislaus sino la Marcha Fúnebre de Sigfrido y apenas como para escucharla de vez en vez, que a nuestro melófilo doliente se le ha atenuado no poco su incipiente wagnerismo de entonces nunca acentuado en demasía.. Son otras músicas, son otras las de su predilección, a mas de la silvana de la flauta que no ya modula, a más de la de las esferas por entre las que suele aún discurrir en iterante planeo; sin hablar de la música aterciopelada que impregna y que satura la cántiga milenaria de las Sirenas: caricioso murmurio, capciosa cantilena, melodía embañadora y contralto sensüal, oh Ladumila en mora! Oh Noé, oh! (con música basada en Karl Orff y letra de Beremundo de la Tracamundana) Ya pronto va a zarpar nuestro bajel Sigdel, la neo-arca-zoológico, también, oh! Noé, oh con animales de toda especie, mas los supernumerarios. Va a zarpar, y tiene como meta el cofrecillo de nácar blondo y el archipiélago de Calypso madura, sito en el Trópico de Capri... Esa es la meta y ese el vellocino para el neo-Jasón, si no dispone otro rumbo la Rosa de los Vientos, metida en la bitácora y en cura de reposo...

21 VI 1956

Ver RELATO DEL CATABAUCALISTA y BAJO EL SIGNO (en VELERO PARADÓJICO y LIBRO DE SIGNOS - OBRA POÉTICA, Volúmenes III y I).

Hay el siguiente manuscrito: Todo, entonces, definitivamente, quédese atrás, oh Ladumila Burgundófora, Rosa Náutica en reposo! Todo quédese atrás; demore todo a la zaga, —dícese en voz alta el perenne divagador nefelibata, otrora próxima taciturno; el tozudo errático iterante itinerante, irresoluto —empero— itinerante del más ciego azar. Y del azar al acaso y del acaso al azar, si con todos los rumbos —los posibles— prisioneros en el estuche de su brújula, y con todos los rumbos y otros más —los imposibles— allí mismo, en la su brújula. Y la brújula (miniada por Benvenuto con tanto primor) —metida en la bitácora de las sus sienes frágiles, y enderezada hacia el cofrecillo de nácar, norte de su flecha. Oh, Noé, oh! clama en coro —de extravagante polifonía— la tripulación en júbilo, del Bajel Sigdel (la música básase en la de Karl Orff, si el texto dícese ser de Beremundo de la Tracamundana, un tripulante supernumerario del bajel, con veleidades aedimusúrgicas) musurgo aediformes cuando menos los monstruos que lucubra y engendra. Oh, Noé, oh! Toda la tripulación del navío —asaz heterogénea— y aún la supernumeraria que es sólo decorativa, toda ella —némine discrepante— está en pró, piafante; en pró de que el sonado periplo se inicie ya. Tras del cofrecillo de nácar y del leonado vellocino —otro Jasón— su capitán piloto. La tripulación —toda la cáfila de sus sosías y otros-yóes anhela que cése la estadía, se zarpe *sobre el humo* (dice así un barbarote), se dé la largada y se empróe hacia donde diga Baruch —luego de consultar sus augures y echarle un vistazo a los Almanagues de don Diego de Torres Villarroel—. Que se zarpe ya, así sea sólo para costear durante las primeras jornadas —en vía de entrenamiento y en són de calentar y desentumecer músculos y mentes y de orear los corazones—.

¡Suélta el ancla! ¡Orza! ¡Iza los juanetes! ¡Velas, lonas al viento! ¡Léva el ancla! ¡A las cofas! ¡Orza! ¡Iza! Ya la nao filante se desliza por la rada. La fina proa triza glauco espejo. Febea lumbré obriza corona espumas (como es claro) ¡Atiza! ¡Léva el ancla! ¡A las cofas! ¡Iza! ¡Orza! La nao singla. Con su quilla alforza tersos moarés.

La nao es ágil corza triscante como Giannetina Sforza! Per Baco! ¡Atiza! Inmerso en qué cogorza clama Grifo, el piloto de la nao...

Mas todo aquesto se pasa de prematuro puesto que todavía no se ha dado la largada, como que apenas se está en el abastecimiento del bajel. Provisiones de boca, no sólo, sino también pasto para el espíritu y nutricios alimentos para la inteligencia. Para la relativa inteligencia de la tripulación supernumeraria. Los supernumerarios pasajeros del bajel Sigdel son una cáfila de llamados intelectuales y muy de segunda por más que han de viajar en camarotes de primera primerísima. En camarotes de lujo los intelectualetes venidos a más. Irá entre ellos Agatocles Crisólogo Sucerquia y Tangarife, de San Andrés de Cuerquia. Este otro *quídam* es otorrinolaringólogo (en cuanto profesional académico), es astrólogo empírico (quizá por correspondencia) y es batólogo aficionado, por no decir *amateur* a la gala. Es su afición predominante pulsar la lira heptacorde (entre comillas: que quienes dijeron así la vez prima serían los vates de Sonsón cuando no los de Encalichada): pulsar la lira heptacorde es la afición predominante de Crisólogo y los disparos de su lira (entre comillas también que ésa es oriunda de Cali) distínguense por la cacografía en general y por la batología en particular. Grafómano caudal, cacógrafo copiosísimo, y batólogo ubérrimo es entonces nuestro cofrade el otorrinolaringólogo Agatocles Crisólogo Sucerquia y Tangarife, de San Andrés de Cuerquia. La su prosa también es impotable y ello no ha menester otra demostración. Verdad? Y como astrólogo es inefable. Dejemos a Agatocles, por ahora. ¿Y el par sin par de los pluscuamperfectos en reposo? Un resorte en reposo y un mástil vagabundo y un silencio estentóreo y un callado tumulto! (decía Bogislaus, antes del tratamiento, antes de la mitridatización) No se advierte en Bogislaus ninguna mejoría. Continúa en su monólogo iterante; y se dice: Escúcha! Escúcha, hermano; escúcha —ahora— la lenta, la tarda voz de las cosas distantes, la tarda voz de las cosas ocultas.

21 VI 1956

C

Hasta mi empingorotado bufete de protonotario de mis escrituras, hasta mi pupitre de escribano particular (escribano vano entre pitre y belitre), hasta mi mesilla de privado amanuense, hasta mi escritorio de secretario exclusivo de don Ego y de los sosías y otros-yóes de mi guarda, háse llegado ahora y compungido y problemático, el inadjetivable Meser Bogislaus, en plan de consulta, en pos de asesoría y consejo y tras el oráculo, en fin de fines y lógico remate-colofón y coda o cauda. Lo que el desea saber hacer tampoco sabría hacerlo yo ni aún aquí, recluso y solitario, en aqueste camarote, y ni antes, cuando al són cantaba de la gaya voz de mi bandurria el último sábado de un febrero. Quiere Meser Bogislaus, el fundido ruterio, que Ego, a guisa de ventrílocuo, desde esta vidriada saetera, cofa al aire, ex-cátedra, desde este estrado y púlpito, y para dejar en su nombre cancelado un episodio, con el estrambote de su correspondiente finiquito, hable por vez postrimera y primera, con alusiones un si son no son veladas de cierta velada y de cierta mareante marea en su torno de él, provista de sonante resaca (y de la que ya vendrá el reflujo). Marea que —como es obvio— marea al más pintado. Y ha venido aumentando en geométrica progresión de algarabía la tal marea —que ya es a modo de alud de procela—: es la de los tan no

en manera alguna merecidas como si generosas, y tan inmerecidas cuanto —por ello— nada agradables en verdad y no poco incómodas —también por ello—. Y benévolas no tanto como embarazosas para mientes como las de Meser, introvertidas, y para temperamentos, como el de Bogislaus, ruborecentes por extremo: La marea —aclara Meser— es la de las distinciones (simbólicas o emblemáticas, dichosamente) y sus secuencias asimilables a actos públicos de fin de curso o a sesiones académicas sumamente solemnes. De ellas y de ellos, las y los distantes, de ultramar o extralímites arcifinios, y en ausencia del ente y con el sujeto en efígie —óleo o carbón— fueron hasta muy entretenientes y regocijantes así, de esa guisa, con la perspectiva tan remota y ya de clavo pasado, y conocidos ellas y ellos, actos y sesiones y distinciones, por referencias a posteriori. Pero no así algún otro, y de ayer y ya en este vecindario y distrito, y con él, el reo a-rebours, de muy cuerpo presente, sin la boina, muy vivo todavía. Ese sí, el acto, no nada divertido para el propio Bogislaus en la picota. El, que, si no en exceso modesto, si es no poco esquivo y recoleto, y, aunque vano de la testa —casquivano— es nada vanaglorioso (la vanagloria o la vanidad mera no se conjugan, no concuerdan, no serían acordes con el orgullo a su humildad inherente, según subrayo él mismo o alguno de los otrosyoes, en algotro de los sus disparateríos

iniciales, de cuando el alborada y el orto y en el preludio). Es nada vanaglorioso Bogislaus, magüer casquivano escribano profuso en vaniloquios. Lo más grave, lo muy grave y en exceso, para Bogislaus —y para mi presunta asesoría— en caso tal y acto primo (primo si: por ventura este es el primero local y el último. El último de los no póstumos si de estos los haya de haber). Lo más grave es su incapacidad, no digamos oratoria, su incapacidad (y la mía) locutora; su nugacidad platicante y su alergia a producirse (como dicen) a producirse en público (y las mías) y su lata nulidad de expresión, aún con el vehículo excipiente de las frases usuales consagradas, gastadas, re-acuñadísimas (que tartajea él —como yo— y tropieza hasta escribiendo). Hasta escribiendo a hurtadillas en el sagrado de su cubículo, el muy retostado grafómano. Grafómanos redomados él y yo y árcades ambo. Ah! Que falta mencionar su obsoleta absoluta carencia de seriedad aún ficticia (carencia de seriedad que le viene —créese— de su general escepticismo, de su particular no creer en sí mismo, como también de su nihilística nonchalanza y de su peculiar alzarse de hombros). Su nonchalanza (dándole a aquesta airosa y aironada voz de la gaula el sentido adicional de... ¿y a mi qué? y de... ¡tanto monta! y de... nichegó! vamos, Sergio). Esa es otra variedad de la denominada nonchalanza eximia, en el babelizante idioma leogrifo, también. Para salir del lío anterior y entrar en otro; es

síntesis, concreción, summa y resumen y balance: Bogislaus, como le ocurre a Leo, no sabe decir nada congruente ni siquiera para testimonio de su agradecer lo que ni merece, ni aspira a merecer, ni espera merecer ni siquiera cuando pase a difunto y a ponerse verde o cárdeno o lívido. Ese es, pues, el episodio número uno de la serie. Aunque el bueno de Beremundo de la Tracamundana, discantaba así en sueños, y ya en duerme vela le dijo a Bogislaus: si el amigo lozano Juan y Juan incumple el convenio hecho contigo de no demostenestizar y sí demostenestiza, contéstale así, mondo (y si quieres, lirondo), con la voz engolada: Todas las peregrinas damas y los próceres caballeros presentes, amabilísimas ellas y tan formales ellos, las y los que me conocen mejor saben que no uso hablar en público porque no sé. Creo que casi que no sé hablar ni en privado, en testa a testa. Las y los que menos me conocen, si no lo sabían ya por referencias, sépanlo pues. Ya están notificados de ello. Entonces —apunta Beremundo— no es que me limite sino que estoy, constitucionalmente, psíquicamente y físicamente y hasta metafísicamente, limitado (malgrado mío) a sólo decir (en mi confusión) gracias, pero muy de veras. Muy de veras de verdad verdadera, porque si suelo ser torpe y zurdo, soy siempre sincero. Y olé! Será como tu digas, Beremundo de la Tracamundana. Otro episodio es el de lo que se quedó en el mero saludo, que resultó

fallido y no de valer la pena (como sabroso episodio mero) aunque iba a ser de qué acendrada valía y de qué oriente, y no para epicedio lacrimógeno en la murria, sino para himno jubiloso epitalamio, oh Ladumínola.

Cancelado quede, hélas! Y también con el apendicular finiquito y las gracias por el saludo mero —por febrero— de nostálgica memoria, de dulce y acre regusto. Y el resto es silencio (como en Hamlet). Pero no a Beremundo se lo cuentes ni se lo narres a Tancredulo. Sino a Yari-Tama.

Torna a decir, Sirena, cuanto decías. Como yo soy la Noche, abre los ojos. Cierra los ojos, ciérralos porque yo soy el Día. Torna a decir, Sirena, tu canción. Como te amo, dame a aspirar el humo de tu pensamiento. Si no te amase, ya me darías tu corazón. Torna a decir, Sirena, tu luz y tu mentira. Como yo no te creo, será una bella historia. Mas si te creo, serás tú, serás sólo tú misma. Torna a decir, Sirena, tu temor... ¿tuyo? Si eres proterva, guarda tus labios secos. Si fueras clara yo te hurtaría los labios húmedos. Lo mismo dá, capciosa Xeherazada, cautelosa, evasiva Dinarzada: dá lo mismo —Dadá—. Pero dame, dame tu boca para besarla, Ladumínola Burgundófora.

¿Y qué hay, Palamedes, de los JOPECÓN? Porque como la facticia y ficticia pseudo mayoría de sus dizque societarios pretendiera darle una sofisticada organización académica al instituto informal, informalísimo de los JOPECÓN, se suscitó en su

abrahámico seno y coseno la más sonante guazábara y gresca de que téngase noticia. Stentórea guazábara pan-babelicosa (de bélica y de Babel). Pan babélica por el aspecto idiomático de la belónica San Quintín y del rifi-rrafe. Que en ella y en él se vociferó, sin necesidad de altavoces, con qué sazonados, salpimentados, con qué emperegilados vocablos y voquibles, en toda suerte de lenguas vivas, en toda laya de lenguas muertas y moribundas y en toda la gama de sus dialectos, subdialectos y germanías, calés, calós y argotes (muy poco gongorinos aquéstos últimos). No obstante —refiéreme Palamedes— predominó en el rifi-rafe y la San Quintín, en él y en ella, el antioquensis aburraensis graifinico, con sus principales derivados, id est, con el bolombólicus stepanskii y el bacataénico netupirombal del principio de la decadencia. En el desconcertado pandemónium idiomático-dialectal estuvieron ausentes el arameo y el sefardita (por que no quisieron asistir a él ni Baruch ni Ebenézer ni los de su tribu) Y por tampoco estuvieron en el Cafarnaum, presentes, ni Matías Aldecoa y Zumalacárregi ni Lope de Lobregón no se oyeron ahí ni el Euskadi ni el Bable ni el guirigay de Cuatro Caminos. Poco se pudo entender de lo que se escuchó vocear en calmuco porque Crótatas entró calamocano de brazo con Crisólogo Agatocles Sucerquia y Tangarife, el eminente otorrinolaringólogo y batólogo. Estos venían de ver cruzar a los ruterros

y de oír a los transmóviles. De ver y de oír entre ánforas y cráteras y copillas. Cuanto a lo de los JOPECÓN, no les resultó; les fracasó la maniobra torpe. No les resultó a los desalumbrados de la sediciente, disidente y sediciosa pseudo mayoría facticia y ficticia. Acabó con la malhadada intentona y acabó con ellos la dialéctica demoledora de Sergio Stepánovich Stepansky —llamado el eslavón perdido—. Y les dió la puntilla —a trompicones— la no menos demoledora dialéctica contundente de la manaza zurda de Sirg-el-Oel, poeta berebere y púgil de los de la cáscara amarga. Le fué muy mal a toda aquésa gentuza verborrágica —trujamanes de feria, gansos del capitolio, engibacaires, abderitanos, macuqueros—. Ese episodio también se finiquitó y canceló.

Luego llegó a la sede Apolodoro ligeramente ebrioso susurrando con su avinada voz: Así canta el trovero con su voz avinada, con su voz áspera, atediada, así canta el trovero su cántiga: Dígasme tú, Villon! Dígaslo tú, Lelián! o dígalo el mismo Preste Johám: ¿dó están las hermosas que ídose han? ¿dó están? ¿dó están? Dígaslo tú, Villon, que lo inquirías! ¿Dó fuéronse penas y gorjas y risas? ¿Dó las venturanzas y las alegrías, las nobles fazañas y bellaquerías, los luengos amores, las guerras prolijas? Dónde las Medeas y las Melusinas? Dónde las Aglayas y las Deyaniras? Dónde las Isoldas y las Brunehildas? ¿Dónde están los fieros fijosdalgos? ¿Los paladines de hierro? ¿Los rojos vikingos aventureros? ¿Dónde los Sigfridos y Carlos Docenos, Boyardos y Cides, los Guzmán el Bueno? ¿Y Aníbal? ¿Guesclines y Neyes y el de Peleo? ¿Donde los titanes que esgrimen aceros, los ínclitos Pares y poetas épicos, dónde los Roldanes y los

Oliveros, dónde los Quevedos, Manriques, Ciranos, heroicos troveros? ¿Dónde los prodigiosos filibusteros y los corsarios y los bucaneros, los Morgan y los Drakes y los Jean Bart epopéicos? ¿Y los Ulises y los Sindbad, los Marco Polo, sempiternos viajeros? ¿Y los Camoens y los Ercillas intrépidos? ¿Los Carlos de Orléans luengos lustros presos? ¿Los Pushkin y Byron enteros? ¿Dónde los Titanes que esgrimen aceros, aceros tajantes de Toledo, aceros de Italia, y los damascenos? Y del propio Villon la bizarra odisea en medio de la hampa: escolares báquicos, gentuza non sancta, reitres, malandrines, maestros de espada, charlatanes, picaros y *mujeres malas*: (así dizlo el fraire y aína más las ama...). Y del propio Villon la áspera ordalia, la odisea trágica, la odisea macabra, el delirio poesco, la pesadilla macbethiana, la bizarra odisea, quien me dirá? ¿y diráme las angustias de tantos poetas de que ni se curan sabihondos textos de literaturas?

Quien sabe quien te lo dirá, Apolodoro. Acaso te lo diga yo mismo —Bogislaus— *Bajo el Signo de Leo...* pero será en otra ocasión, que ya se hizo tarde y hay que escuchar —en el cubil— a Beethoven y a Schubert...

28 VI 1956

Ver POEMA EQUÍVOCO DEL JUGLAR EBRIO: SONATA LATEBRANTE URDIDA EN ANTIGUO Y EN NUEVO (en LIBRO DE SIGNOS - OBRA POÉTICA, Volumen I).

Hay los siguientes manuscritos fechados el 28 VI 1956: a) Hasta mi bufete de escribano particular y mi pupitre de privado amanuense o mi escritorio de secretario exclusivo de los sosías y los otros-yoes de mi guarda, háse llegado ahora el inadjetivable Meser Bogislaus en són de consulta, en pos de asesoría y consejo y tras el oráculo, en fin de fines y lógico remate. Lo que él desea saber hacer tampoco sabría hacerlo yoni aún desde este camarote hermético y ni cuando al són cantaba de la gaya voz de mi bandurria el último sábado de febrero. Quiere Meser Bogislaus, de ventrilocu, desde

aquesta saetera, cofa, ex-cátedra, desde aqueste estrado y púlpito, y para dejar cancelado un episodio con el estrambote de su correspondiente finiquito, hablar por vez postrimera, con alusiones un si son no son veladas de cierta mareante marea en su torno, provista de su resaca —y de la que ya vendrá el reflujo— marea que marea. Y ha venido aumentando en geométrica progresión la tal marea —y ya es a modo de alud de procela— de los tan no merecidos como si generosos, y tan inmerecidos cuanto nada agradables —verdad— y harto incómodos. Y benévolo no tanto como embarazoso —para mientes como la de Meser, introvertidas y para temperamentos, como el de Bogislaos, ruborecentes: la Marea —aclara Meser— de las distinciones (dichosamente simbólicas) asimilables a actos públicos de fin de curso o a sesiones académicas sumamente solemnes. De ellas y de ellos, los distantes, ultramarinos o extra límites arcifinios, y en ausencia y con el sujeto en efigie pintada, hasta muy entretenientes y regocijantes así, con la perspectiva tan remota y ya de clavo pasado y conocidos ellas y ellos, actos y sesiones, por referencias a posteriori. Pero no así algún otro, y de ayer, en este vecindario y con el reo a-rebours de muy vivo cuerpo presente, muy vivo todavía, ese sí —el acto— no nada divertido para el propio Bogislaus. El que si no en exceso modesto si es no poco esquivo y aunque vano de la testa es nada vanaglorioso (la vanagloria o la vanidad mera no serían acordes con el orgullo a su humildad inherente, según subrayó hace lustros él, en algotro de sus disparateríos iniciales de cuando el alborada y en el preludio). Lo más grave para Bogislaus —y para mi asesoría presunta— en caso tal (por ventura este es el primero local y el último de los no póstumos, si de estos los habrá) es su incapacidad oratoria (y la mía), su nugacidad platicante y su alergia a producirse en público (y las mías), y su lata nulidad expresiva, aún con el vehículo de las frases usuales consagradas, re-acuñadísimas (que tartajea él —como yo— y tropieza, hasta escribiendo), y en su cubículo, el muy retostado grafómano —como yo—. Y falta mencionar su absoluta carencia de seriedad (que le viene de su escepticismo general, de su particular no creer en sí mismo como también de su nihilística

nonchalanza (dándole a esta airosa voz gala el sentido adicional de... ¡y tanto monta! y de... ¿a mi qué? y de ... nichegó! vamos...). Esa es otra variedad de la llamada nonchalanza eximia en el babelizante idioma, también.

Síntesis, concreción, suma y resumen: Bogislaus no sabe decir nada (yo tampoco) ni siquiera para agradecer lo que no merece, ni aspira a merecer, ni espera merecer ni cuando pase a difunto y ponerse verde o cárdeno. Ese es el episodio uno de la serie. Otro episodio es el del mero saludo, no valió la pena (como episodio mero) aunque iba a ser de acendrada valía y no para epicedio lacrimógeno sino para himno jubiloso, oh Laduminola. Cancelado queda, helás!; también con el apendicular finiquito y las gracias por el saludo mero —por febrero— de nostálgica memoria, dulce y acre. Y el resto es silencio (como en Hamlet).

Pero no a Beremundo se la digas ni Tancredulo, sino torna a decir, Sirena, cuanto decías. Como yo soy la Noche, ábre los ojos.

b) Porque la ficticia o facticia mayoría de sus societarios pretendiera darle una organización académica al instinto informal de los JOPECÓN, se suscitó en su abrahámico seno y coseno la más sonada guazábara de que téngase noticia. Guazábara pan-babélica por el aspecto idiomático del San Quintín; que en ella se vociferó, con qué sazonados vocablos, en toda suerte de lenguas vivas, muertas y moribundas y en sus dialectos, subdialectos y germanías, calós, calés y argotes —no nada gongorinos—. No obstante, predominó el antioquensis aburraensis greifinus con sus derivados el bolombólico stepanskii y el batacaénico netupirómbico de la decadencia, y estuvieron ausentes, porque no asistieron Baruch ni Ebenezer, el arameo y el sefardita, y porque no estuvieron presentes Matías Aldecoa y Emanuel Pendás, el Euskádi y el bable y el de Cuatro Caminos.

Aumenta en geométrica progresión la marea —y ya es alud— de los tan benévolo cuanto inmerecidos y tan inmerecidos como nada agradables y harto incómodos —para temperamentos introvertidos—: la marea de los actos públicos a manera de premiaciones —dichosamente simbólicas— de ellos, los distantes, en ausencia y en pintada efigie, hasta muy divertidor; pero no así alguno otro (y ayer) con el reo de cuerpo presente y vivo todavía, no nada entretenido para Bogislaus que si no modesto si es muy esquivo y nada vanidoso (dentro el orgullo a su humildad inherente, según dijo hace lustros en alguno de sus disparateríos iniciales cuando el alba y en el preludio). Lo más grave para Bogislaus es su incapacidad oratoria y su alergia a producirse en público y su lata nulidad expresiva, que tartajea y tropieza aún escribiendo el muy retostado grafómano y su absoluta carencia de seriedad (que le viene de su escepticismo tanto como de su nonchalanza).

c) Quiere Meser Bogislaus, desde este ojo de buey, batayola, cofa, estrado, púlpito, ex-cátedra, y para dejar cancelado un episodio con el estrambote de su correspondiente finiquito, hablar por vez postrera, con alusiones un si son no son veladas, de cierta marea en su torno provista de resaca —y de la que ya vendrá el reflujo. Marea que marea: y ha venido aumentando en geométrica progresión la marea —y ya es alud de procela— de los tan inmerecidos como benévolo y tan inmerecidos cuanto nada agradables y harto incómodos; y benévolo no tanto como embarazosos —para mentalidades introvertidas y temperamentos ruborescentes: la marea —dice Bogislaus de las premiaciones (dichosamente simbólicas) a manera de actos públicos y sesiones académicas. De ellas o de ellos, los distantes, ultramarinos o extra-límites, y en ausencia y el motivo en efigie pintada, hasta muy entretenientes así con la perspectiva tan remota y ya de clavo pasado y conocidos por referencias muy posteriores. Pero no así algún otro y de ayer, con el sujeto (reo a rebours) de cuerpo presente, hasta muy vivo todavía, no nada divertido para el propio Bogislaus que si no en exceso modesto si es no poco esquivo y nada

vanaglorioso (lo que no podría estar acorde con el orgullo a su humildad inherente, según subrayó hace lustros él, en algotro de sus disparateríos iniciales de cuando el alborada y en el prelude). Lo más grave para Bogislaus en casos tales (por ventura este es el primero y el último de los no póstumos) es su incapacidad oratoria, su nugacidad platicante y su alergia a producirse en público, y su lata nulidad expresiva, aún con el vehículo de las frases usuales consagradas (que tartajea y tropieza, hasta escribiendo, y en su cubículo, el muy retostado grafómano) y luego su absoluta carencia de seriedad (que le viene de su total escepticismo, de su particular no creer en sí mismo, tanto como de su nihilista nonchalanza —dándole a esta voz gala el sentido adicional de... y tanto monta! y de... ¿a mí qué? y de ... nichegó! Esa es otra variedad de la llamada nonchalanza eximia, en el babelizante idioma también. Síntesis, concreción, suma y resumen: Bogislaus no sabe decir nada ni siquiera para agradecer lo que no merece ni aspira a merecer ni espera merecer ni cuando pase a difunto.

El otro episodio, el del mero saludo, no valió la pena (como episodio mero) aunque iba a ser de acendrada valía y no para epicedio sino para jubiloso himno Ladumila. Cancelado queda, también con el apendicular finiquito y las gracias por el saludo mero de nostálgica, dulce y acre memoria.

Todas las damas y los caballeros presentes, las y los que me conocen saben bien que no se hablar en público casi que ni en privado. Las y los que no me conocen, si no lo sabían ya por referencias, están ahora notificados de ello. Luego no es que me limite sino que estoy psíquicamente limitado, malgrado mío, a decir gracias, tan sólo, pero muy de veras porque si suelo ser torpe soy sincero siempre. Y olé!

CI

Perfumes, aromas ya idos... Aromas, perfumes... Aromas de áloes, sándalos y gomas, suaves perfumes abolidos: ¿en cuáles Edenes perdidos, en cuáles Pompeyas, Sodomias, Lutecias, Corintos y Romas, estáis? oh, Noé, oh! (con música de Carl Orff). De etéreas, gráciles redomas, de pebeteros encendidos en noches de goces ardidos cuando los senos eran pomos de áloes, sándalos y gomas...: perfumes, aromas huídos, suaves perfumes... ¿abolidos estáis? Vaya usted a saberlo!

De una guedeja desprendidos; de candideces de palomas... olor de los besos que tomas de los labios estremecidos de Zumurrud...; olor de nidos; de etéreas, gráciles redomas... ¿en dónde —perfumes, aromas— estáis?

Que lo adivine el adivinador, mientras se aduerme mi fastidio monocorde porque el ensueño azules telas urde... Azules telas urde, en que el milagro de tus ojos —enigmas— mirar logro.

Regresando y a trompicones a lo serio, ¿dónde está Palinuro? ¿Qué se nos hizo? Andará el cofrade con seis de los siete Infantes de Lara, de picos pardos, o en la búsqueda de los Infantes de Aragón? O, epicúreo

y goloso, al amor de la lumbre, triscará con las nieves de antaño que son las áscuas de ogaño? Sábelo sólo el Omnisciente... Oh Noé, oh! Velay! Helás! Y Mordecai! Y volviendo, también, y a tropezones, a la base, al mojón primero y punto de partida o al hito inicial, a pocas toesas de donde está sito, término barbicano, el principio o el fin. Retornando —oh Zumurrud!— por modo metafórico, resulta como saldo haber quedado entonces a la zaga casi que todo aquello y lo otro; haber quedado —quizá a la grupa, así mismo metafóricamente— casi que todo aquello y el resto: Lo que parece no tener suficiente la valencia ni los quilates bastantes como para merecer haberlo dejado estar dentro —en la leonera, cubil del felino— o como para que se tolerase el que anduviese a la topa tolondra y camaleónica ausente, sin saber precisar su deseo, con él y sin él, zig-zagueante a la vera y arrimo, y en sí y no o quizás, y en giros de grisoneta de los crepúsculos y falena de los amaneceres; tan tornátil, errátil, versátil y voluble en aquestos últimos, como idénticamente enfadoso en ese paso de baile del no o quizás o si, y como en aquése, en el de más arriba, tan mareante lo mismo; y mareante hasta para la mismísima aguja de marear y para el propio herrón eje de la peonza, oh Zumurrud! Casi que todo quedó a la zaga —que no ya a la grupa— y galopando con nosotros como en el aforístico verso horaciano.

Quedó a la zaga, si no se canceló definitivamente finiquitándose de encima. Avanza así, ahora así sí —escotero— el ahsvérico viajador, rumbo al rútilo Norte, hacia las nuevas Netupirombas paradisiales o rumbo al Sur de la tiniebla antártica pingüínica o al Levante de albas y albuces y alborozos, o hacia el confín occiduo de los cárdenos arreboles del véspero. Del véspero que sabemos. Que sabemos —cómo no— los del trío sonriente y también ellas las tres. Y gracias. Puntos son cardinales todos ellos. Y todos ellos rutas radiales que son camino que ha de parar en el céntrico polo único de la quietud definitiva, en el irradiante, así mismo radial, foco del Nirvana ledó, como de muy suave peluche, de la acinesia muelle, como de flexuoso velludo, de la ciega y muda y sorda espelunca, como del más fonje terciopelo... Y no es que estemos —oh! Noé, nó!— muy heráclitos o heraclíticos —los del trío— no: que estamos y que somos sonrientes a juro, y siempre tan campantes y demócritos o democritones, y unas veces a pelo y otras a contrapelo (y cuando a pelo —soto la boina— muy metafóricamente, oh neo-nata! oh nao-nata! oh Zumurrud!) Y aquesta es Zumurrud de ojazos lientos, lientos labios y abscónditos jardines lientos. Es Zumurrud la de portentos (no catados, tantálicos festines recónditos) olientes a jazmines. A jazmines y zábilas! Atentos... (Estad atentos, digo, a lo que sigue, cuando siga. Mas si ello ha de seguir,

oh Zumurrud de Babilonia!, que no se diga). O se diga en babélico idioma cancrizante y soterraño. Se aduerme mi fastidio monocorde porque el recuerdo azules sedas hila. Azules telas urde, en que el milagro de tus ojos —enigmas— mirar logro... Logro mirar, iluso! en el ensueño... y en el ensueño —melodioso— tañe... ¿qué será lo que tañe? Sábelo sólo el Omniscio o el Nesciente.

Evadidos ya de la digresión y paréntesis se torna al discurso en decurso: Demócritos o democríticos, pues, hartos; Y nada, nada Heráclitos o heraclitones, somos o estamos los sujetos del Trio. Los del trio. Los del trio de vientos: clarinete, fagot y trompa crisoelefantina... Y así mismo están o son las valvasoras del terceto de cuerdas: viola, violeta y chelo (o la gentil chelito). Y por ellas y ellos loada sea la de los bellos glúteos opulentos, si no la Venus gnídia! O ambas a dos, la Calipigia y la de Gnido, y, en más la de Cirene! Y loada también la tríada de las donosas Cárites! Y alabado Machín el mandamás. Por ellas y ellos y por todo ello. Resulta que los del trío y pirámide son, detrás de músicos y tan virtuosos, redomados retóricos muy notables y —de yapa— duchos en la prosodia —para colmo—. Pero son negados poetas. Renegados vates sosones, dejados de Palas, desheredados de estro, malhadados de las Hadas, arrinconados por las Piérides (o quier Parnásides),

in-numenizados por Apolo fébeo, e inmunizados por el flautero de Marsías. Retóricos de atar y de los exhibir. Prosódicos de enchiquerar y de los exponer. Tan dados, los tan denodados!, a la Oda pomposa didascálica soporosa, como el acróstico de pronóstico y a las décimas, undécimas y a las sonetidades en cantidades. También las del terceto, las del donoso triangulillo, son ellas, fuera de músicos con sweater y faldellines y de musicales instrumentistas y tan virtuosas, doctas en los deportes y expertas en la decoración de interiores. Natátiles sirenas de pró, decoradoras entonces, además, de piletas y balnearios: pero no en el grado en que decoradoras lo son de interiores (en los que actúan ya no como profesionales meramente sino como parte principalísima de la decoración y de ella lujo, ornato y gala). Deportistas eméritas y decoradoras —in vivo— de interiores. Cultoras también del verso que no de la poesía. Su hobby de ellas tres es la escultura. Escultoras aficionadas. Pero más que escultoras, esculturas y de las más escultóricas. Por fortuna no lo son de mármol —Paros, Carrara, Nare o Pentélico— ni de bronce o peña. Por fortuna, oh Noé, oh! dicen los del trío de vientos que se los beben por ellas, las del terceto de arcos. Y qué arcos! Arcos peraltados, arcos lanceolados, arcos elípticos! Arcos del Triunfo. Y arcos voltaicos. Y con qué archivoltas! Arcos son ellas y son la arquitectura y van a ser arconautas:

que viajará el escultórico terceto (viola, violeta y la chelito) junto con el trío (clarinete, fagot y trompa crisoelefantina) a bordo del bajel Sigdel, rumbo a Citeres en el trópico de Eros. Ambos conjuntos y el conjunto de los seis tienen como función principalísima en la neo-arca de Noé conjurar tedios y hastíos de los huéspedes de la Nao y alegrarles o entristecerles oídos y mientes en las veladas luengas cuando las calmas chichas.

Los contrató el Mecenas de la expedición, Monsignore Claudio Monteflavo, maestro de capilla en uso de excelente, de óptimo retiro, luego de haber reencontrado y tomado para sí los tesoros de la Isla de Montecristo... Digo el saldo dellos. Lo que no alcanzó a malbaratar el manirroto botarate de Alejandro Dumas padre. Padre de Alejandro Dumas hijo.

Torna a decir, Sirena, cuanto decías. Como yo soy la noche, abre los ojos. Cierra los ojos, ciérralos, porque yo soy el día. Era la soledad —somnolente vigía— Fué entonces cuando vi la luz morena, Zumurrud, y advertí la luz blanca. Fué entonces, no otra vez. Para la bruna Eixatlúe imaginad, imaginad la noche renegrada, y que, improvisa, iluminaran todas las estrellas. La luz morena, con vaivén de indiana balanceando la plena delicia de su esbeltez, de su esbeltez madura, sazónada, y adolescente, adolescente todavía. La luz morena la melena undula (de rútilo negror —como en la peña, de rútilo negror, salta la hulla—). La luz morena undula la melena, la luz morena, con vaivén de indiana, Zumurrud: no está vestida sino de su cabellera, de sus ojos velados, de sus ojeras enlutadas y de su desnudez. La luz morena undula hombros y brazos, senos breves,

grácil cintura, flancos venusinos, rizado vientre, muslos duros, largos, sobrias rodillas, piernas esbeltas, pies exiguos. Fué entonces cuando ví la luz morena. Zumurrud: fue entonces, no otra vez: imaginad, imaginad la noche de granito, y que, súbito, acordes cantasen las esferas, y mi voz, en unísono!

En cuanto a la luz blanca... Pero esa es otra historia que ahora no viene a cuento; que ayer zarparon todos los navíos y en uno de ellos iba la rubia Aglaya y en otro la pelifulva Eunoe. Y todo fué la sombra barrida por el austro! Una sombra, una sombra que rasguñó la tersa llanura de zafiro —como suelen las nébulas vagarosas, ceñidas por el viento—: la vaga sombra zozobró, tiñendo de violetas sumisas, levemente —y allí su raro encanto— la fimbria de la veste. La vaga sombra sólo en sueños discurre. Y es una imbele música, un perfume inasible, un pungente recuerdo, Zumurrud! Ayer zarparon todos los navios, menos el bajel Sigdel que está en carena. Ya zarpará el bajel y en él los tríos: el de las cuerdas y el de los soplavientos. Por ahí viene otro quídam. Cuál es ese? Cuál es ese que está danzando bajo la noche de violetas purpúreas que los astros doran? Hé visto a Venus y a Sirio, hé visto la estrella de tu frente, Ladumila, los brunos carbunclos de tus ojos, Mirtocleia. ¿Mas dónde hallar los zumos del delirio (y el licor lustral que atesoran) para borrar la ceniza crucificada en mi mente? Hé visto a Altaír y a Bootes, he besado tu boca sin par, Dorabela, hé visto insólitas

piruetas de Algol anómalo, —y los botes del baladín que está danzando bajo la noche de violetas purpúreas que Orión va dorando...: mas dónde hallar, Zumurrud, mas dónde hallar los zumos del delirio (y el licor lustral que atesoran) para no retornar? Porque siempre se torna a las andadas... ¿Cuál es ése que va danzando bajo la noche de violetas purpúreas, que los astros doran? Venus múltiple: En tu regazo, sitibunda clavé mi frente —zahareño—: carne, sangre, lascivia inverecunda —oh multánime ardor, afán siempre disímil, y vagas lumbres de odorante ensueño que los vacíos ámbitos inunda—: Ayer zarparon todos los navíos. No todos. Queda el bajel Sigdel al mando del comodoro Palinuro. Palinuro? Sí, él.

Y el estaba —y está aún— vestido de su insolencia: desnudo entonces. Desnudo entonces como ingenuo mármol. Desnudo y libre, al Sol y al Viento libres! Desnudo entonces. El estaba vestido de su insolencia —Palinuro—. De su insolencia: ¡oh púrpuras y armiños imperiales...! Cuán pobres ante la magnificencia de ésa su soberana vestidura! Manto de Vicio! Manto de Odios y de Males! El estaba —y está— vestido de su Insolencia: desnudo entonces como estatua pura! Y él estaba vestido de su insolencia. Desnudo entonces, desnudo entonces como los mármoles, como los bronce y como la certitud de su demencia toda malabarismos y desgonces... Ficciones! Fantasías de nubes al viento! Descaecidas, abolidas fábulas! Fantasías de nébulas al viento trémulas de emoción, grávidas de pensamiento, leves, inútiles, errátiles, como su ambición, y fugitivas como su contento!

Que está ahora muy aburrido Palinuro, rumiando su congoja y organizando el archivo de sus papelorios. Tiene el propósito de escribir sus memorias para escarmiento de necios y diversión de agudos. Para que bufe el papanatas y se atufe el bolonio y bostecemos todos los que las leamos. LAS MEMORIAS DEL COMODORO PALINURO: como decir la reedición de las de Beremundo de la Tracamundana, alias el Lelo...

5 VII 1956

Ver ARIETAS - ESQUICIO N° 1 (V) y FANTASÍAS DE NUBES AL VIENTO (Quince) (en TERGIVERSACIONES y LIBRO DE SIGNOS - OBRA POÉTICA, Volumen I).

CII

La Música es una revelación más alta que la Filosofía —sin duda alguna— y lo dijo el autor del Rondó de la rabieta por el centavo perdido y de las Treinta y tres variaciones sobre el anodino vals de Diabelli (y primerísimas óptimas variaciones alrededor de nada —con perdón del de las variaciones pésimas). La Música, expresión, más alta que la Filosofía, revelación. Revelación de que manera, Ludovico? La Música antes que la Filosofía para nos los filofilosofantes catecúmenos nada ecuménicos. La Poesía —desde luego— y la Música, alas desaladas que nacen del corazón y del espíritu, del sensorio y del laboratorio, alas motoras del Fénix.

La Poesía y la Música —revelación y expresión— antes que la Filosofía.

Veces veía vagueante viento, las olas alas y naves nubes, y otras veía vientos novagantes, navegantes bajeles cuyas metas les marcaron minúsculas saetas de las brújulas o de las amantes. Las brújulas, si vientos delirantes, las amantes si erráticos poetas juguete de la Isolda o las Julietas, ora volubles, ora tan constantes. Veces veía vagueante viento, las nubes naves y las alas olas, y otras veía vientos papavientos bebiéndoselos ávidos por unas más delusivas que lo fueran otras. Vientos poetas que no serán vientos sino vivo simún sobre las dunas, sino vivo simún para lascivas jacas mansuetas e insaciadas potras. Jacas, potras allegro assai lascivas.

12 VII 1956 (manuscrito incompleto)

Ver SONETO (*Veces veía vagueante viento*) (en FÁRRAGO - OBRA POÉTICA, Volumen II).

CIII

Los *ya no sé qué* de Platón, de Séneca y de Estrabón indujeron a Colón; indujéronle —o algo así como así— a emprender cierta aventura que culminó en nuestro descubrimiento (aunque eran otros sus objetivos y su meta). Culminó la hecha de Cristóforo en nuestro descubrimiento —es un decir—: si nos consideramos continente, no embargante la nuestra notoria incontinencia amplificada por las bocinas de la Fama. E incontinencia no sólo verbal. Decía algo así como así el clásico texto vetusto en que estudiáramos por allá en los albores de la segunda mitad de la primera

década de aqueste Siglo. Quizá esos mismos infundios —o como llamáranse— de Platón, de Séneca o de Estrabón indujeran al León a salir de su guarida y a meterse en los berenginales, en los proto-archi-arquitrabes de la apodada cosa poética. Esos mismos infundios y otros a ellos asimilables y tal cual libraco de caballerías. Y a la, motejada de poética, cosa. Poética de veras, o de mera apariencia formal. Y de veras o de mentirijillas sí de clara y de preclara calidad y categoría de simulación. Lo que no le llevó a ninguna suerte de descubrimiento y ni de continente ni menos de contenido de valía. Ni de continentes, ni de Cipangos ni de qué Catayes. Helás! como diría Baudelaire. Oimé! como dijera Leopardi. Mordecai! como dice Matatías. Velay! como balbuce Matateo...

Después de tantas y de tan pequeñas y de tan magnas y de tan deleitosas...: después de todo y antes del saldo y del finiquito —y hechas muy pocas salvedades adjetivas (para no pasarlo todo entero) el Viaje ha sido sumamente entretenido, divertido —en general— pululante de episodios de muy rico sabor, de episodios y de epicedios de diverso jaez y de guisa voluble, unos por fas, otros por nefas y otros que ni fú ni fá. Por fas, por nefas, si para llores, si para befas... Entretenido en sumo grado el Viaje de circunnavegación por la cosa apodada poética en función de la cosa llamada la vida. La una y la otra

reflejo de la otra y de la una. Entretenido el Viaje de circunnavegación así, de conserva, o en conserva. Entretenido así y mirado desde un crítico ángulo imparcial. Imparcial pero no indiferente. Desde un ángulo analítico ponderado. Ponderado pero no displicente. Desde un ángulo —muy obtusángulo— benévolo, mas sin mayor ni menor complacencia. Desde un ángulo —muy acutángulo— irónico, pero no tan sarcástico. Crítico el ángulo, analítico, si no nada dogmático. Sin huellas ni trazas de dogmatismo. Sin istmo alguno. Sintético el ángulo, pero en jamás de nunca esquemático; esquemático hasta quedar en los huesos mondos, non y no... El Viaje ha sido sumamente divertido —Ladumila del lucero tallado en la frente—. Divertido, como que se es, que nos somos, entre escépticos filosofantes y gimnosofistas de plácido humorismo nonchalante. Sumamente divertido con todo y los berengenaes, las garambainas y los proto archi arquitrabes de la cosa poética. Apesar de ellos, o precisamente por ellos, a lo mejor y de conformidad con la lógica más aristotélica, la paralógica mas aristofánica y con la aristo más acrática. Y apesar de las necias disquisiciones de fastidiosa ética y de presunta fatua estética en que se solía incurrir cuando las mocedades primeras y en las segundas mocedades y en que se suele incurrir aún, en aquéstas mocedades terceras y antepenúltimas. Oh Noé, oh! Muy divertido, soberanamente

entretenido el Viaje de la cosa poética conjurada, conjugada con la vida, o de la vida con la cosa poética, no obstante el estado de permanente flacura de la bolsa, de la escarcelilla de tan irónica aritmética y hogaño más que antaño si menos que en el próximo venturo. A la escarcelilla, *a la bolsa sin blanca llamémosla cuero*: así lo enseña el Refranero... Y *...doña Blanca está en Sidonia y en la bolsa ni un centí*: lo enseña así don Luis de Argote y Góngora, cuando no ergota, cuando no gongoriza, pero si juega del vocablo. No todo ha de ser Soledades! Ladumila.

Y el Viaje continúa, ahora en el bajel Sigdel y con qué cofradía de locatos, altos cantores, bajos cantantes y sota-

26 VII 1956 (incompleto)

CIV

Hola! Bogislao, listo. Apréstate, Beremundo: encasquétate la bóina y atúsate la ex-taheña, de hoy barbicana! Si definitivamente no lo hacemos ahora, Sergio Stepánovich Stepansky y tú, Palamedes, y tú, Apolodoro, —ya no lo haremos ni jamás de nunca, ni nunca de jamás; digo nosotros los sota-poetas e infra-vates del Clan de JOPECÓN y de la Cofradía pseudónima actuante Bajo el Signo de Leo y en el Signo de Saturno: si no lo hacemos ahora no haremos ya nuestro agosto. Punto. Ya no habrá más agostos,

como no fallen las estadigrafías en sus cálculos de probabilidades. O los actuarios en sus cómputos. Punto, otra vez. Al tema ya se volverá, que asaz lo vale: el tema de hacer ya el agosto o de no hacerlo ya —después—. Vé, pensamiento, sobre las alas doradas del Verdi de NABUCO: palabras pobres que superó, sublimizó su música himnaria. Vé, pensamiento, y mira atrás: Yo me encontré, primero no tanto como cuando, sino a poco del pueril despertar ante el milagro poético, inmerso en la floresta de los símbolos —no es sólo un decir— y revestido también —si harto bien poco— de los arreos emblemáticos: revestido, aunque muy poco: por más que el *quídam* aún no era gimnosofista. Si no hacemos ahora *nuestro agosto* —que no lo vamos a hacer— ya no lo haremos nunca: ¿y... a qué hacerlo, oh negligentes? En la floresta imaginífica de los símbolos y de las correspondencias, conexidades y captaciones por onda modulada, y en atuendo emblemático ritual, somero, pero no ante, ni menos mucho entre las columnatas quizá dóricas, tal vez corintias y a juro compuestas del Neo-Parnaso, ni en los pórticos, atrios o peristilos impasibles, imposible. Hecho estatua en aquestos —hierático, ceñudo, fulmíneo—, o convertido en aspirante catecúmeno a oráculo, a augur, a profeta (menor) frente a aquéllas. Topé allí conmigo mismo? Quizá sí. Pero me evadí de la selva de los símbolos y me dí a divertirme con los búhos y con los pingüinos:

aquéllos estáticos, éstos peripatéticos, lucífugos absortos aquéllos, estos cómicamente paradójicos. En la floresta de los símbolos si estuve empero, y no acúsome ni discúlpome de ello, ni de la pasajera circunstancia válgome para urdir palinodia ni enternecido pecavit que finalice en miserere. Y tenía que haber trasegado por ahí —un tanto retrasado y no por culpa voluntaria sino por mor de Cronos—. Trasegué por ahí, como que en el juvenil irrumpir del anhelar en pugnar o intervenir en los predios de la cosa poética, chocó mi ya áspero ser primileylene como primiooperante presunto, chocó —itero— con ése horror, entonces ambiente, de la empalagosa sensiblería serenatera, de la farragosa pastelería oratoria epigónica agónica y de la teatralera necrofilial postura, postura pululante de fantasmones: muchas Parcas, huesas a porrillo, guadañas, fosas y féretros *ad-libitum* y ese desatado, desaforado, incontenible lloriqueo taraceado de sollozos que —entre comillas— *partían el alma*. Oh! Noé! No! Unas, otras, éstas, aquéllas, todas, me sonaban a hueco, me sabían a huero, y me olían a la mismísima podre. Me paseé por la floresta de los símbolos en plan meramente turístico, pero sin cicerone. Y dialogué con los búhos ortos, trascendentales, y con los pingüinos bufonescos en uniforme traje de ceremonia. Quizá podría cargársele o abonársele la responsabilidad del hecho de mi incursión por la floresta de los símbolos,

la responsabilidad inmediata, a G a v o a D (ya se despejará la triple incógnita), o, en lejana perspectiva a Edgar Allan Poe y a Coleridge y a Blake —éstos últimos apenas intuídos...—. Considérase que es mejor dejar todo esto y el resto para los más que imprevisibles, que improbables mucho más, hipotéticos futuros exégetas y pesquisidores de quisicosas de la nadería. Inmerso, si de paseata, en la floresta de los símbolos —primero—, y luego en la selva prolija de los propios mitos e infra-fabulaciones y en las laberínticas encrucijadas de la introspección y de sólitos e insólitos tanteos, ora fallidos, ora suscitadores de hallazgos relativos: magnos hallazgos (si en veces contradizos) para lo poco que se era y lo menos que se es y mínimos hallazgos para lo mucho a que tal vez se aspirara un día. Ya no se aspira sino a vegetar en el silencio y a oír repercutir los ecos en la a manera de marina caracola. Ergo: hallazgos —si los hubo— de valencia relativa, no dentro de la einsteniana relatividad, sino dentro de la relatividad anónima o innominable, de pie en tierra. Re-ergo: bibamus. Beber como vivir para beber por vivir. Vivir como beber para vivir por beber. O viceversa, si lo prefieres, Mordecai. Ergo: bibamus. Y que los otros filosofen o filosofistiquéen a su amaño. A vegetar en el silencio y a contemplar —divertido— el espectáculo, con los ojos del búho, si es el atuendo el bufo del pingüino negligente.

En el silencio, sí. No en la absoluta soledad. Sino circunscrito en el de los JOPECÓN: sus otrosyoes aláteres, sosías y alteregos, sus paniaguados y compinches; sus cómplices y farautes y daimones de turno.

¿Seré fautor de la inútil fazaña? Seré cultor de la imbele folía? Mester de juglaría a nadie daña: ni al sol deslustra ni mi cifra empaña ser ogaño el juglar que ayer solía.

Hola! Proclo, al timón. Alístate, Bogislaus, apercíbete de péñola y papiros. Beremundo: encallétrate la boina, atúsate la barbicana, la taheña de otrora y aguza el romo ingenio! Si definitivamente no lo hacemos ahora, Monteflavo, Palinuro, Harald, Apolodoro, Palamedes, y tú, Sergio Stepánovich Stepansky —ex-Erik Fjordson—, ya no lo haremos en jamás de nunca, en nunca de jamás! Digo no lo haremos nosotros los pseudo bardos, los cuasi-aedos, infrapoetas y sotavates de similor, los de la imponderable cuanto ponderada Cofradía ínclita de los Serapiones, de los JOPECÓN, de la perínclita Hermandad de los neo-Telemitas, y de la trinca y cotarro de beneméritos pseudónimos operantes ahora soto el Signo de Leo y siempre como ahora desde el ominoso, desde el aciago, desde el maligno signo de Saturno. Oído valvasores: si no lo hacemos ahora mismo —pon oídos también tú, Ladumila dilatoria—, si no lo

hacemos ahora mismo, no haremos ya nuestro agosto; ni siquiera nos queda el recurso de hacerlo por diciembre, con efecto retroactivo, y en contradicción, desacato y pugna con los altos dictámenes y con la lógica ordenación de los almanaques y vaticinios de don Diego de Torres Villarroel y de los de Meser Nico de la Farándula. Oído valvasores. Orejillas de nácar, Galatea: Agostos de öro, de mirto y de miel ya no habrá más ni habrá más diciembres en función supletoria; como no zozobren, pericliten y váyanse a pique en barrena los cómputos tan resabios de los estadígrafos; y como no ocurra que haya necesidad de revisar los murales reticulados y de enderezar y retocar las mágicas cifras de los actuarios. Sin hablar de las curvas, Ladumila Galatea Burgundófora, ni del claro lucero tallado en la frente, ni de los ojos chispeantes, ni de la boca golosa, todo lo cual inventarié ayer en el atrio y lo hallé lauto, cabal, en su sazón, en su punto y en el clímax. Galatea, los ojos de alinde muy más tersos que vívidas gémulas irradiantes: la frente de argento; —flava crencha a su frente, flava crencha a su frente las alas, si a las róseas orejas los nidos; frágil cinto que casi se rinde de qué hechizo al agobio —si grato—. En sus ojos giraban las émulas —danzarinas lontananas y trémulas—: estrellada cohorte: de Palas la sapiencia, en sus ojos dormidos. De Afrodita posea el acento caricioso. Medea furente... Salomé, la bacante demente... Casiopeia

danzando en la sombra vagueante, irisada de ópalos... Etcétera y etcétera. Y claro que mucho más...

¿Y qué decir de los pluscuamperfectos, del par sin par en giros deleitos, serpentíneos, de liana y de leona? Punto.

Cuando surjan a la luz, primo, y luego cuando se conozcan y después se releen a espacio las adendas a los apéndices de las MEMORIAS definitivamente póstumas de Beremundo. De Beremundo el Lelo, el Paradislero, el Cambalachero. De Beremundo de la Tracamundana. Cuando se conozcan al dedillo sus memorias, cuya edición Princeps, conjetúrase, aparecerá a fines de la primera semana del primer mes del año dos mil uno, se pondrá tan de claro en claro todo cuanto por acá se ha expresado malamente tan de turbio en turbio: y ya se tendrá como oportuno y pertinente empezar a discutir a fondo, para disentires someros, las hechas y las fechas y las contrahechas, los hechos, manderechos y despechos y las fichas y los dichos y entredichos y el propio meollo y la mismísima enjundia y médula de ese fabuloso TESAURO DE LO INANE, de esa SUMMA TERATOLÓGICA DE LA INSANIA, de ese PANDEMONIUM PANBABÉLICO y de ese Monumento erigido al más monstruoso Cafarnaum y Aquelarre de la Pan-nadería y del Dislaterío. Olé! Ya entonces, y entonces ya en la quinta mocedad

y antesala del óbito, llegado ya al uso de razón y al autodomínio y a la cautela y al equilibrio en el ejercicio de la sindéresis; llegado ya —y precoz— a la plena madurez intelecto-sensoria, podrá Bogislaus condensar en media docena de dísticos —máximo en un soneto sin estrambote— la flor de su sabiduría apolínea y la esencia de su dionisiaca ponzoña poética, para regocijo, alborozo y júbilo y enmienda de Palamedes de Corinto y para despechín y escarmiento de Apolodoro de Samarcanda...

Despertó en esas nuestro *Qüídam*, si dormitaba. O cesó en su monólogo si sólo soliloqueaba como suele... Nadie le oyó, nadie le estaba oyendo —por ventura mutua— ni siquiera lo oía yo que sí le escuchaba prevalido de mis sorderas. Le escuchaba a trancos y durante ellos atento. Atento, es un desdecir, pues mientras monologaba en los trancos yo leía u ojeaba el contexto farragoso de un mamotreto futuro, quizá el nono y no nonato, y releía poemillas ya añosos de algún alter-ego.

¿Dónde bebe sus filtros Edgardo Poe el de alma de sándalo? ¿Por dónde discurre con su Quijano y Rocinante y el buen Sancho, Cervantes, el Manco? ¿Will con el Rey Lear y Falstaff y Yago, Macbeth y Mercutio, Porcia y Coriolano, y Ofelia y Cordelia y el tercer Ricardo? ¿Por dónde pasea Verlaine

cojitranco? ¿Por dónde divaga Baudelaire maniático? ¿Y Rimbaud el anómalo? ¿Y Corbière? ¿Y Laforgue? Soñando Keats y Shelley dónde? ¿Y dónde el germano rui señor acedo y estoico? ¿Y el indio Darío borracho? Tal vez están en la floresta de los símbolos, donde también topa con ellos cuando *las nieves de antaño* que son áscuas de ogaño.

Caer he visto todas las hojas —salvo las del laurel, las del sauz y las del cipariso— (ya caerán —y póstumas— un día, y de improviso, preludio a los macabros soterraños festines). Caer he visto casi todas las hojas: hojas de parra sobre los mis pecados capitales y sobre los más llevaderos —tan inocuos—, y sobre mis Males y mis Bienes. Hojas, copia de hojas; resmas; por toneladas; resmas de hojas vírgenes aún, hojas ya maculadas de desatinos y disparates y de dislates y de paradojas y de tonterías. Y, en más, todas las hojas del ocioso Almanaque —a fé de Apolodoro y a contrafé de Beremundo—. Las hojas del alerce y las del álamo, las de la acacia, las del alcornoque. Hojas, hojas. Más hojas y más hojas: Hojas a que el poeta escriba. Hojas a que el poeta —fariseo— cierto idilio nos dé, que es epitálamo flagrante. Idilio: ¿el de Tristán e Iseo? Quizá. ¿O el de...? tal vez. Detente cálamo! Hojas a que el poeta, aeda, bardo, o lo que sea, se desencarte de su giba poetóidea..., o su tara, estigma y lacra... Y cése al fin! así se dé a la música sacra, así se dé al vinillo a lo que, por artes de birli-birloque y en casa de Tócame Roque.

El pasado es el prólogo, según Shakespeare: oído y buenas noches. Galatea-Ladumila...

2 VIII 1956

Ver RELATO DE APOLODORO (en VELERO PARADÓJICO - OBRA POÉTICA, Volumen III).

CV

Afinca la Poesía sus abarcas en la greda o en la arcilla o planta los pies mismos en el barro, lo que equivale a como, en decir o caviloso, posar los alígeros coturnos en la tersa epidermis o en la áspera sobrehaz de Telus; o sólo planear sobre ella a menos de quince codos, a la manera de Ariel de Shakespeare, espíritu del aire: en decir caviloso, en términos más estilizados, o mejor en los sofisticados términos y dengues de la retoricidad muy amanerada. Aterrizó, aterriza la Poesía, en zuecos o sin ellos, siempre, para así serlo más de veras, de veras, y no sólo vaniloquia y mero pensum (con los significados translaticios que suelen dársele; translaticios, aunque en el fondo siempre —si castigo o si tarea— el resultado dello es de cuasi nulo valor aún literario de certamen (nunca poético ni nada a ello vecino o asimilable).

Empezó así su MONÓLOGO, opus 117 de este año, el capelmaestre turulato, dado ahora a la didascálica, en la última reunión del Clan de los JOPECÓN —en pleno—. En pleno y en la compañía de un grupo de simpatizantes, sus huéspedes en la ocasión. Motivó la reunión el deseo de entonar varios peanes jubilosos en loanza de la supervivencia física y de la metafísica —aparentes— de un cierto *qüídam* vetusto, cultor del disparate, del dislaterío, en formas pseudopoéticas

(a ojo de benévolo), o sólo en formas prosódicas, prosaicas, (a ojo de arquilóquida). Varios peanes de índole diversa, de calidad varia, alborozados casi todos, entonáronse allí. Peanes joyosos si, en lugar del lógico *miserere* atribulado y del pétreo, del plúmbeo *requiescat*, que hubieran venido más al pelo. Más al pelo hipotético, a la hipotética ex-pelambre cimera (ya en fuga, ausente ya y en el recuerdo) de la que apenas quedan trazas flébiles, huellas ralas, rastros simbólicos, emblemáticos restos! Helás! Velay! Ohimé! Hubiera venido mas al pelo el *miserere*, el preludio, el prólogo del *requiescat*.

Pero es optimista el *quídam*, y el que le queda se lo toma con sarcástico humorismo o en sana gorja. Como optimista, recítase: *El Pasado es el Prólogo*, cierto, certísimo, como que Shakespeare lo acuñó así, desde, cuando y entre LA TEMPESTAD. *El Pasado es el Prólogo*, Beremundo, y entre comillas. Y el Futuro el Epílogo. Así concluyó el Lelo, así, como concluiría cualesquiera de los innúmeros Gedeones y de bola a bola. Qué pan-beocios! El pasado fue el prólogo. Ciertó. Ciertó también que en medio del par sin par entreábrese la flor de batatilla, está allí la flor de lilolá con la catleya proustiana y el sésamo descortezado de las mil noches y una noche. El sésamo descortezado que es el mismo ajonjolí, y denominado también

en ellas —las mil y una de Xeherazada— la posada del peregrino, oh Ladumila!.

Y el peregrino vá, como iba, como irá, siempre tateando su mandolina. Monologó así: Yo voy tocando mi vihuela —bajo estas rutas sublunares— fijos los ojos en la estela de consonancias singulares. Yo voy tocando mi vihuela (mejor que el sistro y que la tiorba): y ría y ría —centinela— doña Crítica adusta y torva. Lejanos jardines abstractos, fugaces edenes de ensueño... (En el dominio de los actos resulta inútil todo empeño, decía antaño sin apearse de su clavileño, entonces, sin apearse ogaño dél, lo que nos deja sumamente estupefactos). Yo voy tocando mi vihuela (dále que dále) para los sauces y los pinos, para el ave que esquiva vela, para los sapos nada antinos... (Nada Antinóos, ni el ave, el Búho, ni los sapos verdinegros, de su obsoleta Faunalia). (Abolida ya, por ventura). Yo voy tocando mi vihuela (dále que dále a la bandurria!) Y césen las flautas y violas! Voy tras la luna que riela, como un juglar —el de la murria—, como un juglar que hace cabriolas! Y ríe, ríe, Multitud, de mi canción ingenua y nimia; no hay en mi trova pulcritud... ¡si mi cantar no es flor de alquimia! (¿Pulcritud? Ni en tu senectud, con tu bazofia cacoquimia!) Yo voy tocando mi vihuela (Dále que dále a la bandola!) sin que me importe la opinión del jorobado Pulchinela o del ventrudo Pantalón o de la Maja o la Manola... Orfeo que taña su Lira. Trine su arpegio Filomela. Sople Bouvard, sin tón ni són, y tú, Psiqué, treme y suspira... Yo voy rimando mi canción, y voy tocando mi vihuela mientras el mundo loco gira.

Mientras el mundo loco dá vueltas, querrías decir, porque está probado que no gira, ni siquiera en descubierto...

El peregrino de marras quizá era, y es, uno de los llamados tres en uno, como cierto aceite, los cuales tres, Aldecoa, Leo y Gaspar, van —aún— diciendo versos al mar, van diciendo versos al monte, versos al mentido horizonte, y a la luna sola y triste que a la gente absurda asiste. Van diciendo versos al mar y al mundo..., versos que hacen reír y hacen llorar (de la risa, seguro) Y versos a las amadas (digamos) novias, y sátiras y burlas a las fobias, y a las tiranías yambos, y a las cosas bellas diritambos...! Van diciendo versos al mar, y a Sirio, y a la mujer y a la sapiencia y al delirio... Y ríen de los burgos y ciudades, solemnes, equiláteros: Bagdades y Bizancios y Síbaris son ciudades caras a ese triple corazón! Netupiromba también les era cara. Y vagan por las alcobas de su sueño, y van, ya alegres, ora tristes, mas sin dueño... Y fuman sus pipas (hoy boquillas) de ágiles humos: y en tazas frágiles el zumo beben del Moka sumo. ¡Mas no desdeñan el zumo del alegre hermano vino! Oh Noé, no! ni otros zumos hialinos del nectario! Leo, Aldecoa y Gaspar van recorriendo el camino diciendo versos sin tino, diciendo versos al mar y a la mujer, versos diciendo a la luna y a Altaír, versos diciendo al vivir y al fenecer...

Y lo peor es que no es ninguna mentira ni es ninguna verdad aparente: no es una bella mentira sino una pobre verdad enunciada malamente. Y el desalumbrado peregrino iba él, de mal genio y de peor pergenio, así, en absoluta desconexión de lo demás supervacáneo ambiente. Desconectado de lo otro circundante adyacente superfluo, tan desprovisto él, tan desembarazado de sobranzas —escotero— como ayuno de toda otra descentrada ambición diferente

y de los subalternos anhelares: segundones anhelos lelos de aprehensión fácil, de barata realización.

Y el vagabundo, de mal pergenio y de peor genio, iba él hacia la llamada meta —y si en pos de ilusorio trofeo, quizás sí, quizás no tanto delusorio, o si en pos de botín más halagüeño seguro: no se sabe—. Hacia la motejada de meta, que será el puerto y base de su próximo inmediato vaguear peregrino por rutas citereas; el grao donde está surto su todavía en parte desarbolado bajel: el asendereado Bajel Sigdel —de la matrícula de Nihilia, puerto de la Nolandia Citerior—; listo empero, para dentro de poco, Ladumila, a levar el ancla, enderezar la proa y a salir —desmantelado a medias aún—, a irrumpir, dando tumbos, anadeando, —de lo maltrecha que aparece hoy la vetusta reliquia—, la de antaño oronda nao jocunda filante fanfarrona en la procela. ¡Qué Caribdis! En las más que alegóricas literarias procelas: tempestades en seco, enjutas, mediterráneas. Qué Caribdis! Lo que resultaría una curiosidad bio-bibliográfica de suma trascendencia y de harto fondo doctrinal aunque nunca ejemplarizante ni monitorio, sería —quizá— el saber cómo y por qué nuestro *qüídam*, sujeto de turno, que parla en todo momento y no resuella, y parla en todo instante, suelto el grifo, la espita abierta, de sus famosos periplos de epónimo circumnauta exórbite, el saber cómo y por qué no navegó jamás (fuera de en sueños y pesadillas)

sino fluvial —en aguas dulces— primo, en las mocedades primas, en los prosaicos armatostes que había conocido Mark Twain (antes de ser seudónimo), esos armatostes de rueda ingente en popa —y por el Río Grande de la Magdalena, nuestro mansueto Sindbad—, y luego en almadía medusea, balsa, tolete o jangada (guadua y alambre) o en canoa de ceiba —y por el Río Grande del Cauca medio—. Resultaría curioso, si obvio no fuera: que ello aparece lógico, logicísimo, —visto el caso— sin anteojeras y desde la erguida atalaya de los celebérrimos complejos: ora de los complejos por frustración —acto fallido—, ya por los de represa: los de propósito o conato reprimido; o represo, si suénaos así mejor, oh Viking! oh viking siempre anclado, surto siempre, al paio siempre, siempre en carena y cura de reposo, como cada persona irresoluta, Ladumila. Oh! Ladumila! Suéltala el ancla! Orza! Iza! Al viento velas! Todavía es tiempo de navegar enfrentados al lucero tallado en bajo relieve, sobre los ojos coruscos —entre volscos y etruscos— que rielan en vaivén por las ondas cuando convulsas. Tiempo de navegar aún, Viking mediterráneo! Mediterránea entelequia irresoluta! Afinca la poesía sus sandalias en los prados amenos —de que decían—, en el eglógico césped, huésped de pastorcillas y pastoretos, —pero clava también la hendida pezuña, clava el casco bisulco hecha

caprípede funcional la etérea Poesía, que también es de sangre, y *de carne y hueso* rubendarianos.

La etérea Poesía, también bomba anatómica! ¡Zambomba! ¡Atiza! Cáspita! Clamó unísono así —tenor, barítono, bajo— el trío venerable de Aldecoa, Leo y Gaspar: clarinete, fagot y trompa, también, —y, así mismo, violín, viola y violoncello—, otrosí, gules, azur, sinople; Gules, sinople, azur: que el oro anda como en fuga desde los tiempos del poeta Lora, —y así mismo la plata— hasta en los blasones—. Leo, Gaspar y Aldecoa: Gaspar, Aldecoa, Leo: sólido, líquido, gaseoso, —Keops, Kefrén y Mikerino—; pero no los Tres Mosqueteros, porque eran cuatro, ni los Tres Reyes Magos, que ahora son cinco o más...

Pero nunca las Tres Gracias, si siempre enamorado, el trío, del triángulo de las Quírites! Leo, Gaspar, Aldecoa: Ministril, Trovero, Juglar: Ministril, trovero, juglar —y tres en uno—, de alma singular; vago de todos los caminos: en tu alma funambulesca no cabe lo regular ni los mohínos vivires en urbe grotesca... Señor de la nava infinita! Señor de la landa y de la estepa! Vago de todos los caminos... ¿Cuándo errarás, cosmopolita, por Mossul o por Samarcanda? ¿Cuándo —Mazzepa— jugarás tus destinos al azaroso galopar de los corceles, o al deslizarse de antañeros bajeles, —urcas, galeones, carabelas— dejando, en todo mar, dejando albas estelas rizas de luna? Propósitos reprimidos, actos fallidos! Qué Caribdis! Ministril, trovero, juglar triste y quejoso... Andarán claudicante... ¡muévete el sino prestigioso de eterno errar por el alucinante camino misterioso! Déja el monótono

vivir gris, tardo y zurdo! Véte al viaje frenético por Antares, Ofir o por la Luna... Desorbitado, absurdo, galopa cinestésico tras de las mil y una noches, bajo los astros... Ministril, trovero, juglar de alma singular... Vago de todos los caminos: ¡tus innúmeros rastros confundan al viajero del futuro! Avienta tus destinos al viento aventurero, al suelo duro; entrégate al vagar por el espacio y el abismo... Y por el feérico palacio que hay en tí mismo!

Aldecoa, Leo, Gaspar: los tres en uno. Y el trío hubo de constreñirse a recorrer las vacías galerías de su feérico palacio... Que no es feérico, que no es palacio y que no es suyo aún en el caso de que existiese en sí mismo... Afinque la Poesía sus pezuñas en el barro, Ladumila...

9 VIII 1956

Ver BALADA DEL TROVERO TRASHUMANTE - BALADA INTRASCENDENTE DE ALDECOA, LEO Y GASPAR y BALADA AHSVÉRICA DEL MINISTRIL, TROVERO Y JUGLAR (en TERGIVERSACIONES - OBRA POÉTICA, Volumen I).

CVI

Como siempre ocurriera, aunque no lo dijo el DEUTERONOMIO ni lo confirmara ningún Almanaque ni Catalicón, ocurre ahora que de Ella también no sé —tampoco— el nombre, ya. Lo que significar no podría en jamás el haberlo ignorado siempre, por los siglos. Oh Noé, no!: ése día —un día de prodigio— si lo supe. Ese día epónimo y las mil noches y una noche subsiguientes —mil y una noches únicas— a ése día de júbilo correspondientes, oh Zumurrud, oh Laúd!

De Ella, de cualesquiera Ellas, el nombre ya no sé, como ignoré e ignoro su procedencia y así el itinerario que cumpliera —hasta el arribo a la Insula— desde la incógnita base inmediatamente anterior, de su base, mojón y punto de partida para la jornada. De cuya Nebulosa y, aquésta, en cuál Galaxia sita? La despidiera de su órbita normal un insólito corcoveante giro exorbitante? Saldría —de tan prosaica guisa— por la tangente? Dícelo ningún otro Almanaque ni Catalicón de los que compulsara cada vez y ahora compulso, ora con pulso trémulo, convulso, ora con pulso firme. Cúyo tu nombre? Cómo te llamas?

Desde su rincón, Apolodoro, que leía sus clásicos entre sorbo y sorbo de tequila, contestó: No lo sabes, Beremundo? Ni yo, pero...

Hubo damas de asaz cimera estirpe y —ante tu nombre, Incógnita— anónimashembrasfueran—magüerreputadasepónimas:luminarias de escándalo, faros de vilipendio, arrebatadas piras, flámulas del incendio. Ilustres superféminas sólo por su virtuosa maestría: en las lides venustas, impecables.

Hasta ahí Apolodoro, informando. ¿Cúyo tu nombre? ¿Como te llamas? Venías de tan lejos que ya olvidé tu nombre? Quizás. Y como quiérase que talvez nunca lo supe, oh Zumurrud... ¿Cómo te llamas? ¿Cúyo tu nombre?

Interviene otra vez el memorista de Apolodoro: Escúcha, Beremundo: Hubo donas de asaz señora estirpe, y —ante tu nombre, oh Equis!—, ante tu nombre, apenas sí se memora el suyo, magüer fueran sirenas: Circes y Corisandas, Calypsos, Láis, Helenas, Cleopatras, Dalilas, Frinés, Aspasia, Didos y Bethsabés y Onfalías, Teodoras e Isabeles; favoritas de Rizzios y Amazonas varonas como Cristina; Catalinas de sus validos; Hortensias y Paulinas, Dianas e Inés Soreles; Dánaes, Leda, Europas; sacerdotisas sabias del rito; belicísimas féminas lujuriosas; faunesas deleitables. ¿Venías de tan lejos que ya olvidé tu nombre? No lo repitas, Lelo. Tal vez sí? Tal vez no? Y como, además, nunca lo supiste... y... el nombre, a qué?

No es contigo, Apolodoro: cepos quedos! La Musa, la Combleza, la ex-Vestal, la ex-Novicia, la Cortesana, el Amor Puro: mas ignoro las letras de tu nombre que antaño fueron nema, que antaño fueron sigla de más fúlgido öro, que antaño fueron cifra de mi blasón, emblema sobre mi escudo y símbolo: sellos de la delicia.

Déjate de blasones, de sellos y de cifras, Beremundo, y de escudos: no tienes ni un escudo en qué caerte muerto, ni siquiera muerto de sueño. Y en cuanto a siglas... Tal vez la de los Jopecón...—. Borren lustrales ácidos —detérjanlo— el proclive signo que hondo grabárase sobre el lítico bloque doliente —lancinando...— No! Harto sobras, olvido!

Qué oratorio te muestras, Lelo. Tú, tan sobrio —de palabras, digo— casi siempre... Jamás ni nunca borras, ni elides jamás, lo que por siempre quedó escrito: subsiste, dura, vive cuanto es cenizas sólo si antaño fuera, llamas... oh laúd!

Que te crees tú eso! Por siempre no quedó, ni escrito ni manuscrito. Además, amigo, los nombres también importan poco, casi que menos que lo otro que ni subsiste, ni dura, ni vive, ni son ceniza, ni fueron llamas. Los nombres importan nada: a no ser considerándolos como hitos para la referencia o puntos de enfoque o focos irradiantes, rútilos faros entre la espelunca, en la tiniebla que engendra el paso de los años y como jalones de esa secuencia de años malgastados en truculentas fabulaciones y en engendros torpísimos.

Dicho así, en el estilo gedeonesco usual, sin los arrequives o los requilorios; sin los follajes o los arabescos: todos esos requilorios y faramallas supervacáneos que tanto pétale endilgar a trochimoche, sin tón ni són, a Beremundo: Puede que sea ello precisamente porque ellos nada le petan en el fondo ni en el sub-fondo: como si se complace y regodea en el malabarismo del juego de los contrarios —antítesis— a fuero de masochista humoresco en frío y cortafrío, en punto y contrapunto, en pelo a contrapelo

y de danza a contradanza. Y en golpe a contragolpe y en el viento a soplaviento y contraviento (y marea: vaya si marea!).

Y de aqueste jaez y guisa hasta el infinito (desde el cero). Jalones de la disparatada secuencia del foletto, también, los abolidos olvidados nombres —coruscantes un día joyoso— de las sirenas y las sotosirenas del propio riñon del quijo. Del quijo sí, ya sea éste quijo de oro u oropel, de crisocalco o crisoprasa. Y sean ellas las sirenas magnas o las soto-sirenillas ya de abolorio ya de abalorio mero. Sirenas del resonante océano o soto-sirenillas del arroyuelo: de peregrinas voces todas ellas si, a juicio y juro de quienes —de juicio ayunos— las escucharon embaídos, alelados, pasmarotes. De juicio ayunos todos, salvo el sutil Odiseo ulisida, que era un redomado vivalés (término aqueste no admitido por la academia: dato subministrado por Pendás correspondiente de la de Cangas de Onís). En claro queda sólo, entonces, que Beremundo resultó de amnesia total para los nombres propios; si no tan desmemoriado para las propias gracias de las de los ex-nombres de las donas y las doninas que un día conociera el Quídam. Allá él con su amnesia, y buena pró le haga! Metido yo en mi rincón real, recoleto yo en mi metapsíquico esconce, no en ellas pienso nunca, sino que pienso en ál, ni jamás las escucho, que mis oídos son de bronce.

De bronce mis oídos, pero no son de Midas, áureas, mis orejas —las reales ni las metapsíquicas. Metido en el mi esconce, raspo el laúd, soplo en la trompa o le insufló al fagot vientos de líbera poesía, por no dejar y para me divertir o entretener, como desde cuando —en la Villa de la Candelaria de Aná— la luna estaba lela. Como desde cuando los búhos decían la trova paralela para los trece PANIDAS.

Como desde cuando se interrogara Bogislaus en Nolandia de öro, así: ¿Es ésta la noche cribada de estrellas? Manteo raído de poeta pobre, ¿es ésta la noche cribada de estrellas parpadeantes?—taberna donde beben luz mis sueños sitibundos—, cálidos vinos, ásperas ginebras suaves, whisky; vodka que apuré con Musorgski; ron antillano: fuertes mixturas beben mis sueños en la taberna de la noche. ¿Es ésta la noche? ¿Es ésta la noche donde canta el Silencio? ¿Es ésta la noche henchida de *Inconclusas* en germen, grávida de la *Décima Sinfonía*? Y cuyo el Sordo, y cuyo Franz, para el pergeño? Es ésta la noche donde canta el Silencio con voz alelada los *Cantos y Danzas de la Muerte*, *La Muerte y la Doncella*, o el *Rey de los Alisos*? ¿Es ésta la noche de las soledades fecundas? Aquí erigí la torre de mi aislamiento para escuchar las músicas recónditas y disparar mis flechas a los astros. Es ésta la noche morena. —Es ésta la noche que cribaron mis flechas—. ¿Y es sangre de astros la que tachona el ceñidor de la noche?

O como cuando, allí mismo, anticipándosele a Sergio Stepanyuk —con la careta de Erik Fjordson— salió por peteneras, en scherzo serio, para irruir, así: Tiro los dados en el azul tapete de la noche para jugar al albur supremo! Juego mi vida! La llevo perdida sin remedio...! Bien poco valía! Juego mi vida contra una sonrisa de Venus Cipriota, hembramadura, parpadeante en acecho del primer Cupido; o contra la Osa Mayor que ha de bailar en las ferias al són del adufe; o contra el anillo de latón de Saturno, viejo verde, taimado prestamista, insigne usurero; o contra el rebaño de las Pléyades, —vírgenes necias, capretinas locas. Juego mi vida contra la Cruz del Sur, condecoración barata, o contra un guiñar de ojos de Urano, andrógino, equívoco planeta, ebrio Narciso; o contra el diablo Algol —veleta de Perseo— ágil funámbulo; o contra la farola pintarrajeada de Sirio, trovador nocharniego; o contra el Cinto de Orión que apresa los flancos voluptuosos de la Noche (febril sacerdotisa de los ritos secretos, de las íntimas lides); o contra un beso frío de la Luna ofélida! Tiro los dados en la azul alcatifa de la noche para jugar el albur supremo! Juego mi vida! Bien poco valía! La llevo perdida sin remedio!

Muy juguetón estaba entonces Bogislao con las estrellas de las nebulosas u otras, no con las de la pantalla. Y la vida la jugaba el amigote, de conformidad con el siguiente detalle: Para la burla de Venus Veleta mi corazón es el premio, y mi sonrisa —flor de indiferencia—. Para las flechas del Sagitario el amplio pecho, y mi sonrisa —flor de cansancio—. Para Scorpio traicionero, mis zancajos, y mi risa sin odio! Para Shylock y su balanza, mi carne, que es el precio, y mi sangre —adehala—. Y para Zoilo y Compañía —en el estuche del silencio— la flor de la sonrisa. Juego mi vida, decía Bogislaus en la Nolandia de oro. Bien poco valía! La llevo perdida sin remedio! Juego mi vida —insistía—,

juego mi vida, oh Noche, contra el abrazo perenne de tu cuerpo moreno y felino, fogoso o hecho áscuas de nieve! Contra tu abrazo, oh Noche!, oh Xeherazada! oh tú. Sacerdotisa de las íntimas lides, de los ritos secretos! Me extenuén tus besos profundos! Me extinga entre tus brazos de terciopelo! En tu seno aromoso me sepulte! Y naufrague en tus ojos de sombra y de lascivia y de misterio!

En realidad de verdad, Bogislaus ni se extenuó, ni se extinguió ni se sepultó ni naufragó... Por ahí todavía se le vé, siempre en sus trece, todavía tan campante —a pesar de sus biógrafos. Porque ahora y desde hace algunas docenas de hebdémeros o cuartos de esas de lunaciones, hánle resultado al otro-yo de mi, qué cortejo y cáfila de la barahunda de espontáneos biógrafos fantasistas y qué colección y trahilla de lunáticos exégetas: todo aqueso con ocasión u oportunidad y a propósito y despropósito de cierta premiación puesta bajo el Signo de Bogislao o soto la advocación de uno de sus sosías, o con pretexto de ciertos ocurrentes homenajes que hiciéranle en efigie y a cómoda distancia los más de ellos. Los muy bien intencionados —a juro— biógrafos desbarran a la maravilla y fantasean sin bridas a su amaño, sabor y talante. No sólo dicen dél —de Bogislao— que es poeta (sic) (y ya es aventurarse!) sino que agregan que dizque sabe de música, de ciencias físicas y químicas —y carcajead...— dicen que es ducho en mesteres de agricultura y de ganadería. Afirman también que

luego de vagabundear por Bolombolo —hacia 1927— regresó a Medellín, en 1912, a estudiar ingeniería (dizque aconsejado por la familia de la esposa de su señor padre), a estudiar ingeniería y a deslumbrar con el relato de sus bolombólicas fazañas a los futuros integrantes de PANIDA (docena de trece con él). Sin mentar a Córdoba el del paso de vencedores —otra historia—. Afirman, otrosí, los biógrafos *ad-hoc* y *ad-libitum*, que Bogislaus es expertísimo en no sé cuantos idiomas, cuando es notorio que apenas dominaba en una época el antioqueño de Castilla y ahora se deja dominar por la jerigonza greiffiana pan-babelicóidea. Rabia daría todo ello si no diera grima y si no suscitase risas al leer lo así escrito (con óptima intención, a taco) en torno a Bogislao, el otro yo de su seudónimo o de su doble o de Leo, Aldecoa y Gaspar. Qué le vamos a hacer!

Y el estaba vestido de su inocencia —de su insolencia— Bogislao: ¡oh púrpuras y armiños imperiales...! cuán pobres ante la magnificencia de ésa su soberana vestidura! Manto de vicio! Manto de odios y de ocios y de males! El estaba vestido de su inocencia, de su insolencia: desnudo entonces como estatua pura. Desnudo y libre, al sol y al viento libres! Desnudo y libre, Bogislao, si prisionero de sí mismo...

23 VIII 1956

Ver VARIACIONES SOBRE UN AÑEJO TEMILLA - TRES NOCTURNOS DEL EXILADO (1-2) (en VELERO PARADÓJICO y LIBRO DE SIGNOS - OBRA POÉTICA, Volúmenes III y I).

Hay varios manuscritos tachados y fechados el 23 VIII 1956:

a) Como siempre ocurrió, de ella *también* no sé *tampoco* el nombre ya, lo que no significa haberlo ignorado siempre: un día si lo supe; un día y las mil noches y una noche a ése día correspondientes.

b) ...Jamás no nunca borres ni elides jamás lo que por siempre quedó escrito: subsiste, dura, vive cuanto es cenizas sólo si antaño fuera llamas... Zumurrud! Pero los nombres importan poco, a no ser considerándolos como hitos de referencia o puntos de enfoque, o focos irradiantes, rútilos faros en la espelunca de la tiniebla que engendra el paso de los años: como jalones de esa secuencia de años. Dicho así, en el estilo gedeonesco usual, sin los arrequives y requilorios supervacáneos que tanto petanle endilgar a Beremundo, quizá porque no le petan: como si le gusta el juego de los contrarios, a fuero de masochista humoresco en punto y contrapunto y en pelo a contrapelo y en danza a contradanza y en golpe a contragolpe y en viento a contraviento y de este jaez hasta el infinito —desde el cero—. Jalones de la secuencia los olvidados nombres —coruscos un día— de las sirenas y soto-sirenas del quiijo de oro, u oropel, de crisoprasa o crisocalco y de abolorio o de abalorio.

c) ...sin los arrequives y los requilorios, sin los follajes y los arabescos: todos los perifollos y faramallas supervacáneos que tanto pétale endilgar a Beremundo. Puede que sea ello precisamente porque no le petan en el fondo ni en el subfondo: como si se complace en el juego de los contrarios —malabares— a fuero de masochista humoresco en frío y cortafrío, en punto y contrapelo y en danza a contradanza. Y en golpe a contragolpe y en viento a contraviento y soplaviento y de este jaez hasta el infinito —desde el cero—. Jalones de la secuencia, también, los olvidados abolidos nombres —coruscantes un día— de las sirenas y soto-sirenas del

quijo. Del quijo ya sea este quijo de oro u oropel, de crisocalco o crisoprasa. Y sean las sirenas o las soto-sirenillas de abolorio o de abalorio; sirenas del resonante océano o soto-sirenillas del arroyo; de peregrinas voces todas ellas, a juicio de quienes —de juicio ayunos— las escucharan embaídos... De juicio ayunos todos, salvo el sutil Odiseo, que era un vivales (término no admitido por la academia: dato para Pendás). Lo que si queda en claro es que Beremundo resultó desmemoriado para los nombres propios (si no para las propias gracias) de las donas y las doninas que un día conociera. Allá él. Y buena pró le haga! Metido en mi rincón real, recoleto en mi esconce metapsíquico, no en ellas pienso nunca, sino en ál, ni jamás las escucho, que mis oídos son de bronce —pero no son de Midas, áureas, mis orejas —las reales ni las metapsíquicas.

d) ...biógrafos. Porque ahora hánle resultado al otro-yo, qué biógrafos y qué exégetas lunáticos con ocasión de cierto premio puesto bajo el Signo de Bogislao y de ciertos homenajes en efigie —a cómoda distancia. Le dicen hasta descendiente de José María Córdova, cuando lo cierto es que su bisabuelo —de Bogislao y mio— el doctor Obregón era sólo primo hermano de José María (y de Salvador, claro) (y de las hermanas y hermanos de Salvador y del del paso de vencedores). Dicen de Bogislao fuera de que dizque es poeta que sabe de música, de física, de química y de agricultura y de bóvidos y que luego de ambular por Bolombolo (1927) estudió ingeniería en 1912 aconsejado por la familia de la esposa de su padre, y que él sabe no sé cuantos idiomas cuando apenas dominaba el antioqueño y ahora se deja dominar por el greiffiano panbabelicoideo. Rabía daría si no diera risa, leer lo que se dice (con la mejor intención) de Bogislao el otro-yo o de su sosías o seudónimo.

e) ...biógrafos. Porque ahora, desde hace algunas docenas de hebédmeros o de lunaciones, hánle resultado, al otro-yo, qué cáfila de espontáneos biógrafos fantasistas y qué colección de lunáticos exégetas: todo esto con ocasión u oportunidad y a propósito de cierta

premiación puesta bajo el Signo de Bogislao o soto la advocación de uno de sus sosías, o con pretexto de ciertos homenajes que hiciéranle, en efigie y a cómoda distancia, los más de ellos. Los muy bien intencionados —a juro— biógrafos desbarran a la maravilla y fantasean sin bridas. No sólo dicen dél —de Bogislao— que es poeta —y ya es aventurarse!— sino que dizque sabe de música, de ciencias físicas y químicas y —no carcajeéis— que es ducho en mesteres de agricultura y de ganadería. Afirman también que luego de vagabundear por Bolombolo —de 1926 a 1928— regresó a Medellín —en 1912— a estudiar ingeniería y a relatarles sus fazañas bolombólicas a los futuros integrantes de los *Panidas* —docena de trece, con él—. Afirman, otrosí, los biógrafos *ad-hoc* que Bogislao es expertísimo en no sé cuántos idiomas, cuando apenas en una época dominaba el antioqueño de castilla y ahora se deja dominar por la jerga greiffiana pan-babelicoidea. Rabia daría todo ello si no diera tanta risa al leer lo así escrito (con óptima intención, a taco) de Bogislao el otro-yo de su seudónimo o de su sosías o de Leo, Aldecoa y Gaspar. Qué les vamos a hacer! Y el estaba vestido de su insolencia —Bogislao—: ¡oh púrpuras y armiños imperiales...! Cuán pobres ante la magnificencia de ésa su soberana vestidura! Manto de vicio! Manto de Odios y de Ocios y de Males! El estaba vestido de su inocencia: desnudo entonces como estatua pura. Desnudo y libre, al Sol y al Viento libres! Desnudo y libre, Bogislao, si prisionero de sí mismo...

CVII

Se decía desde este mismo foco, ha poco, que al más vetusto, al decano de los Otrosyóes y Dobles del cotarro, por ventura, o sin ella, de ocasionales circunstancias insólitas o casuales, hánle resultado —en serie-en reata— ciertos fantasistas biógrafos espontáneos de asaz desvirolada imaginación, de tanta

inventiva cuanto poca información fidedigna valedera, y de ejercicio en torno al tema baladí de la su vida y milagros —en cuanto a esperpentos—. Desbarran ellos a la maravilla, despotrican que es un lujo, todos ellos los de las series y reatas de fabuladores sin control ni lastre. El paladín Córdova Muñoz, el de las armas a discreción y el paso de vencedores, no es ascendiente del Otro-yo, como uno de los biógrafos afirma: es solo sí, como Salvador, su tataradeudo, ya que José María y Salvador eran primos hermanos de Francisco Antonio de Obregón Muñoz, bisabuelo del Otro-yo en aprietos. De él si descende —lo que asaz le honra y place— el añoso sosías societario del clan de los JOPECÓN. Si no fuera de extremada comicidad todo el batiburrillo de zarandajas urdido en su torno dél, batiburrillo suscitador de las llamadas *homéricas*, del estrepitoso gelasmo otrosí, daría harta grima él, grima si el batiburrillo, con qué caudal cortejo de rabietas y de sarcasmo en el escoliado comentario. Si no fuera —itero— de extrema comicidad el barajustado tejemaneje y el dále-que-dále al dícese y cuéntase. No obstante haberle dedicado una decena de lustros a ese empeño, lo cierto es —de toda verdad— que ni el mismo sosías en trance conócese a sí propio; que el propio Otro-yo se ignora a sí mismo a cabalidad. Cierto lo dicho, ¿qué no les ocurrirá a güelfos y gibelinos, a abencerrajes y zegríes (o gomeles) o a Sénecas

o a Cínicos? Para no meter en danza a Capuletos o Montescos que tampoco nada tendrían que hacer en esa galera, ni situar en el lío de los arquitrabes a los partidarios de la una o de la otra rosas, también ambas rosas sin oficio en el bateo y en el garabateo en torno a Matías, Matatías, Mateo y Matateo, los últimos Adones.

Y el otro-yo en berlina y postrimer macabeo, continúa en su bicoca, vale decir en su chiribitil y osera leonera, cantando siempre —si en susurro— la otra CANCIÓN DE LA TORRE MÁS ALTA (que la óptima y primera y de la juventud ociosa la cantó Rimbaud: por delicadeza yo perdí mi vida).

La que balbuce el Otro-yo es de asaz baja ley: Canción de la torre, canción de la torre más alta, cantádola hubo, cantádola hubo, un día, el Vago Máximo! (Cantádola hubo es transposición extravagante de Húbola cantado, observa Ene Ene).

Canción de la torre, canción de la torre más sola, cántala el Mínimo Vago! — Canción de la torre lontana, señera; canción de la torre más sola, y erguida. Y en cálido yermo se asienta, y es gélida cumbre, y es nido de voces turbulentas, cenital atalaya! En cálido yermo se asienta, porque así lo sueña mi espíritu libre! La torre más sola: la habita mi espíritu esquivo; la visita el viento; la visita el ensueño, de elásticas alas, —si le llama mi pensamiento fugitivo. La visita el mágico tumulto de la música —el ceño fruncido, la boca cerrada— (Simbólico Sordo, grávido sordo pleno de toda la melodía, saturado

de toda la armonía). La visita el tedio, que acorre al clarín de mi voz, y es delicia y es placer y es regalo y lujuria a mi espíritu excéntrico: fragua, con él, fantasías mi acidia; —pálido tedio, larva: y por honda ironía, motor de las hechas más grandes y de las diminutas—. Canción de la torre más sola, señora; canción de la torre lontana, y erguida: y en cálido yermo se asienta; la habita mi espíritu esquivo, sesgado, protervo, mi Señor, mi siervo; y es cálida cumbre, nudo de canciones, nudo de pasiones, cenital atalaya (porque así lo quiere mi espíritu libre: mi Señor, mi siervo) — Canción de la torre más alta, cantádola hubo un día el Máximo prófugo. Canción de la torre más sola, el Mínimo Prófugo cántala. Canción de la torre, canción de la torre más sola; canción de la torre, canción de la torre lontana.

Esta es la que balbucía el sosías de turno, en la estepa mínima de su chiribitil y mientras tañía, displicente, su zampoña. El texto de lo que cantaba a mezza-voce no proviene tampoco del DEUTERONOMIO ni aún del PENTATEUCO. Al decir de los enterados parece ser, sí, sacado (el texto de la canción ya traducida al pan-babélico greiffiano) de alguno de los ya innumerables LIBROS APÓCRIFOS (de la más auténtica Apocrifariedad) topados —ignórase dónde, cuándo y cómo— por nuestro primer buzo de archivos y de bibliotecas alejandrinas, el venerable Meser Ebenézer-ben-Papirus, que antaño secretarió en segundo al de Marras, y acolitó en tercero al Preste Juan de las Indias.

Cantaba nuestro sosías de turno y nadie oía ya los sones que cantaba en seco ahora y ni al són de su bandurria, metido en la tundra minúscula de su chiribitil —todavía— y en procura o cura de reposo, tras de la zambra última con aquellos servios (y aquéllas cróatas) acaecida en típicos suburbios, salpimentada ella —la zambra— con adverbios turbios —dicen— y con epítetos no asaz miríficos. Cantaba y nadie oía a Bogislao lo que cantaba en seco, sin laúd acompañante o ladumila. Sin laúd? Cuál laúd? qué se fizo el laúd, hóbby de Bogislao? Bogislao no ha querido decirlo a nadie, pero ni siquiera a las tornátiles sirenas de ojos de crisoprasa, ni a las valkirias de láctea piel y de cabellera medúsea, como tampoco a las tornátiles sirenas, gacelas agarenas, las de ojos brunos y de cenceño cuerpo serpentíneo...

Ni... Ni a ellas ha querido decirlo Bogislao, hecho Esfinge. Esfinge sin secreto es Bogislao, o serio finge el muy socarrón. Ni lo ha dicho ni lo dirá, puesto que desde ahora va a dedicar sus ocios beocios a las estadísticas y los cómputos de pronóstico —primo— y luego reales, del torneo de ajedrez, entre naciones por equipos, que va a jugarse en las tierras de Pushkin, de Gogol, de Dostoyevski, de Gorki y de Musorgski, Maiakovski, Stravinski, Andreyef, Iésenin, Prokofieff, Shostakovich, Jachaturian, tierras también de Aliéjin,

Bogoljubov, Botvinnik, Smyslov y del estonio Keres. Y en el ajedrecístico torneo de naciones por equipos en quatúor ha de intervenir el titular de Colombia y en la sede del principado del Mariscal Miguel Ney. El equipo de ajedrez de Colombia: David pigmeo ante que descomunales Golías. Mínimo Gulliver entre los Gigantazos. Lo que no quiere en concreto, nada definitivo, nada peyorativo menos, ni mucho menos en contra. Más bien —con optimismo— quiere sí decir en pró. No se olvide al arriba mentado David, pastor, poeta, arpista. Recuérdesse al citado David, Rey, antes hondero que a Goliath puso en tierra. Memórese que Gulliver también estuvo en el país de los enanos. Ya —desde Swift, el Deán— todo era relativo. No se olvide —además, entonces— que asistirán otros países con equipos no tan fuertes, equipos iguales e inferiores al nuestro. Y otros equipos de otras naciones, de cuya potencialidad ajedrista no se sabe. Dicen que a ese torneo internacional de los escaques también irán los de Irán —jugadores de ajedrez— que —a lo mejor o a lo peor— son unos mandacallares jaquemáticos. Bogislao elabora ahora —aunque no en llave con Fabio— sus gráficos, a fin de tenerlos listos para la próxima semana. Eso por los lados del juego de los escaques.

También está Bogislao en continuar la composición de su SONATA-DÚO PARA VIOLA DE GAMBA Y CLAVECÍN (cuyo primer movimiento se inició y finó en el segundo mes del año). Revisará ahora ese primer *allegro con fuoco*, le hará algunas correcciones adjetivas y entrará de lleno en el segundo movimiento de la SONATA, *Larghetto con espressione molto cantabile*, en forma de *Lied con variaciones libres*. Esta segunda parte le embargará todas sus horas libres desde ahora hasta finar el año: que se trata de la sección cumbre de la SONATA. La SONATA-DÚO y un CICLO DE CANCIONES CON OBLIGADO DE LAÚD, ¡oh Ladumila! son el programa de ejecución inmediata para Bogislao aparte de sus actividades oficinales y de las gráficas estadísticas del torneo de ajedrez entre naciones, por equipos, que se juega en el curso de septiembre y del otro torneo entre octubre y noviembre, en homenaje a Aliéjin y en que participarán grandes maestros, primerísimas figuras del tablero.

También tendría, Bogislao —si hubiera ocasión para ello— de compilar una cierta ANTOLOGÍA de su obra pseudopoética para editarla en la región del Guadarrama. Dudo que lo haga, pues, aunque le place re-leerse, le suscita hastío inenarrable la puesta en copia —mecanografiada— de sus esperpentos y truculencias rimadas o no pero ritmadas casi

siempre. Sin olvidar aquel añejo SONETO suyo que trata de su pereza: Oh, la Pereza es de raso o gamuza...! ¿Para qué laborar, si eso es útil. Hidalgo? La pereza agiliza, apresta, aguza... Pereza... ¡oh palafrén que yo cabalgo! Jauría de ensoñares, densa, azuza... ¡Oh Pereza que es todo y Nada y Algo! Búho me apoden, díganme lechuza: de mis Pereza y Noche nunca salgo... La Pereza es sillón de terciopelo, *sendero de velludo...*, la Pereza es la divisa de mi gentileza y es el blasón soberbio de mi escudo, que en un campo de lutos y de hielo se erige como un loto vago y mudo.

Y en el otro escudo está el Grifo rampante entre dos estrellas de oro. Ese SONETO A LA PEREZA, de Bogislao, quizá no aparezca en la ANTOLOGÍA, como tampoco los que tal sosías le endilgó a dos de sus otrosyoes ya semi-abolidos, Leo y Matías: Leo Legris es el nombre que porta —para esquivar el irónico gesto— mi extravagancia, que, riendo, soporta, la burla, la estultez y el elogio indigesto. Mi aburrimiento es largo, pero la vida es corta (¡y lo escribía en 1920!). Mi vanidad... ¡Mi vanidad no vale el resto...! Y el resto es casi siempre lo que a ninguno importa... Vanidad —para mí, decía— es la toga de asbesto: pues nunca deja que me quemen las rabias, ni que de necios me atosigue la acerbía (por acerbía o por acerbidad), ni que el aplauso —inexistente por lo demás y más entonces—, ni que el aplauso me torne menos mío! Leo Legris que habita las Ilusorias Babias... —concedido—, y la torre feudal de su soberbia! —Aceptado..., y, en prueba, mirad cómo sonrío...!

Y sonreía —en verdad— con cierta ingenua frescura maliciosa, Laúd: no como sonrío ahora, sarcástico y escéptico...

Y Matías? Más serio el caso del vascongado Aldecoa: Aquí, rígido, un vate paradójico yace: (parece epitafio y no lo era ni aún éslo) Matías Aldecoa, juglar, nefelibata por cuyo verso ríspido, como cinta de plata riel a un dolor, que, presto, se esfuma y se deshace... Es trovero de antaño, de romántica face; (fase, no de la luna, no obstante lo que ahora sigue, sino *face* como *faz*). Con la luna —no os lo decía—, con la luna —a los trenos de dolida sonata—, aduno sus ensueños..., y ya nada desata los quiméricos hilos de ése místico enlace... ¡Matías Aldecoa! bardo desconocido que discurre —la veste fúnebre y decadente, por los cielos plumbales de Levante o Muriente! Sus versos —que disfrazan un soñar retorcido— nunca nada dirán a Presente o Futuros, gracias al modo errátil y a los ritmos oscuros!

Con todo y el aparente epitafio, por ahí ambula también Matías Aldecoa ya no fúnebre ni decadente ni tan romántico, pero aún le subsiste el estilo enrevesado de soñar tuerto y de ritmos latebrosos. Los hay tozudos! Los hay empedernidos! Los hay testarudos! —Testarudos?— Los hay intemporales, oh Ladumila!

Y, ahora, a poner las mientes y los sentidos todos en la SONATA-DÚO PARA VIOLA DE GAMBA Y CLAVECINO (cuya culminación se avecina) y en el CICLO DE CANCIONES Y DANZAS DE LADUMILA, con acompañamiento de clavecín y laúd obligato. Las cantará el alto cantor —aunque bajo cantante— Bogislaus von Griffius. Y el ajedrez? Buenas Noches.

30 VIII 1956

Ver NUEVA CANCIÓN DE LA TORRE MÁS ALTA - ¡OH, LA PEREZA!
- LEO LEGRIS - MATÍAS ALDECOA (en LIBRO DE SIGNOS
y TERGIVERSACIONES - OBRA POÉTICA, Volumen I).

CVIII

Muy clara, enfática, la narración que le escuché y no en sueños a la llamada Egeria y al filo del mediodía: ocurre, según lo referido, que interpusieron los Hados adversos —oxte!— ciertos inconvenientes de índole pasajera, de los motejables de imprevisibles, inconvenientes así suscitados que retardaron la prosecución planeada y la puesta en el obrador de la ya célebre SONATA-DÚO PARA VIOLA DE GAMBA (o VIOLA D'AMORE) Y CLAVECÍN —clavecín bien temperado; SONATA-DÚO cuya primera parte —*allegro di molto*— se concluyó meses ha —sí, en cierto sentido, en esbozo— hacia el tercio final de la última década —abreviada— de febrero. Digo que en esbozo, abocetado si bien se concluyera bien, porque es obvio que no sobra y antes sí importa perfeccionarlo en sus detalles y darle un acabado final: lo que bien puede hacerse —simultáneamente— mientras se labora en el segundo movimiento y cumbre de la SONATA-DÚO: el anunciado esperadísimo *Larghetto espressivo assai*, en forma de Lied, con variaciones, cadencia y coda. Aquellos enfadosos tropiezos dilatorios —los que la Egeria refirió en su relato—, de mora apenas, transitorios por ventura, quizá ya no se presenten otra

vez, talvez no operen de nuevo interfiriendo el desarrollo de la obrecilla de marras, de la sonata quasi otra fantasía que se pergeña con empeño moroso, amoroso, con solícito afán y concertada armonía sensorio psíquica. Todo lo cual se ha de conjugar y entreverar con el propósito de hacer de la SONATA un monumento ojalá duradero, en grado sumo deleitable, generador de alborozada euforia y jubiloso optimismo. Amén. Vamos! La Egeria de los perfectísimos, la del mínimo lucero esculpido en la frente: Me quedastú, y el claro sortilegio de tus ojos rientes: consu hechizo mi soledad se puebla. Me quedas tú, y tu risa, cuyo arpegio me embriaga, y tu tesoro de oro obrizo, solaz del alma sola: la gris niebla tu regalo aureola; para decirlo así en el bogislaico atemperado, equivalente al pan babélico a mezza-voce y con sordina. Que el pan-babélico absoluto pasa por incomprensible, latebroso y abstruso. Pasa o posa de —acota insidioso el proclive de Beremundo— incomprensible a su turno. Incomprensible tanto como el dialecto beremundino beremundano galimatíaco, de exótica procedencia berebere: dialecto matizado de bable, con ataujía de antioquense de Castilla la vieja y con taraceas argóticas gongóricas ludovicas, que no fray -Hortensianas. Dícelo de esa guisa nuestro Mirandola, nuestro filólogo de testero, nuestro emeritísimo semasiólogo, en consulta. Dícelo y sale por la tangente, caballero en Pegaso, rumbo a las nebulosas,

donde dicta nuestro lingüista un cursillo de verano, *ad-usum delphinorum, ex-cáthedra*. Allá se queda y buena pró les haga a sus discípulos y a sus discipulesas. Por acá no hace falta su sabihondez —digo acá en el cenáculo de los JOPECÓN que somos unos escribidores intuitivos sin mayores ni menores disciplinas ni deseo de poseellas. Tal dice —al menos— nuestro vocero, el inefable Palamedes, grafómano indocto, batólogo, catacrético, aliterante, etcétera y etcétera sin saber ni por qué, ni cómo ni cuándo ni en qué consisten máculas tales y dizque mayúsculas. De la su incoherencia y su behetría si se percata el qüídam, cuando no está calamocano y el cálamo esgrime currente. Buen Palamedes, llamado —no sé por qué—, el Funámbulo.

Lívidos son los sarcasmos del Funámbulo —lívidos, fríos, sórdidos fantasmas—. Les anuncia un juvenil cascabeleo: ¡músicas locas! Venid a ver sus trápalas y suertes! Venid a verle!: Jugador de Enigmas, Juglar de Signos, Químico de Acordes: por mediación de insignes paradigmas os henchirá de hastío hasta los bordes, odres inertes! (Diríjese a Sergio, a Matías, a Matatías, a Mateo y a Matateo). Aprestad los oídos, logotetas ávidos de escuchar para luego lucir, a toneladas, la Elocuencia: toneladas de ruido: ¡imaginad ése volumen!

Déjate de pamplinas, Palamedes! y escucha el silencio que canta, sin garganta, mientras calmas tus sedes, Palamedes! Tú también, Bogislao, déjate de pamplinas y de SONATAS-DÚO y de CANCIONES

CON OBLIGADO DE LAÚD. Ya no aparece el laúd en la música de cámara.

En el ajedrez, en el noble juego de los escaques —como en todo, como en el juego de las damas también (arguye Pero Grullo)— las unas son por fas y las otras por nefas, veces que sí, veces que no, triunfos y duelos. Al Este de Borodino nuestro equipo en el torneo entre naciones, los cuatro justadores ante tableros han venido actuando con suerte varia. El resultado ante Rumania vino a ser éste: perdieron el primero y el cuarto de los nuestros, ganó el segundo e hizo tablas el tercero. Con Hungría, tablas lograron —de valía— el primero y el segundo, ganó el tercero al magyar, y perdió el cuarto. Con Bélgica, empataron el primero y el segundo, triunfó el tercero, perdió el nuevo cuarto. Con Irán (los de Irán les resultaron a los nuestros mucho más jaquematemáticos de lo que se esperaba), con Irán, triunfaron el primer tablero y el cuarto (nuevo), perdió el segundo e hizo tablas el tercero. Y hoy, con el equipo de Grecia logró Colombia un triunfo rotundo, total: lo derrotó por cuatro a cero en 26, 31, 29 y 40 jugadas. Olé! Se continúa en la elaboración de los gráficos del torneo y en los cálculos reales y en los de conjetura, vaticinio y pronóstico —muy optimistas y parciales (obvio)— y que ojalá resulten no tan exagerados como parece...

Despierta en estas el dormitante Palamedes homérico y reanuda —estentóreo— la retahila de sus pamplinadas y despotricaciones del quijo: Aprestád los oídos! Parád esas orejas, Rey Midas, pan-beocio, Multitud!: para escuchar mis Risas Circunflejas: La flor de mi cacumen en igniscencia! Síntesis, concreción, cima y resumen de mi paradojal munificencia, ¡Oro, Perfumes y Diamantes de Mi Ocio!

Disparates del quídam en vacancia...

Volviendo a la flora, a la floresta de la pseudo poesía de los otros yoes y sosías, floresta en la que pululan animalias peregrinas, anómalas, de las faunalias más absurdas, codo a codo con las floraciones más monstruosas, más teratológicas: la flora dicha no la catalogó Linneo. Cuanto a la fauna, si no la pone en índices Bogislaus, quedará anónima, fuera del rol, en babilónica behetría además. Hora y fauna anónimas y lo mismo las especies minerales que también se presentan. A falta de nombres se les distingue con cifras indescifrables que les endilgó a capricho uno cualquiera de los eneenes de la zutanería perenceja. Cifras inaudibles, palabras sin sentido. Oiga entonces, Oye, oíd, palabras sin sentido conocido: las otras son tan huecas si sonoras (dice mi Risa) como tambor de feria (añejo símil de Pero Grullo: eso es lo verosímil). Las palabras profundas, salomónicas (torna a decir mi Risa o mi Sonrisa) —tan profundas que no se toca fondo—

(símil vetusto asaz, no nada gris, mas sí del buen mesiéu de la Palís...) ésas son tan absurdas y tan cónicas como el mundo es redondo —afirmación de la que no respondo—: cónicas, óiga, Beremundo; cónicas óye, Zumurrud. Cónicas y cómicas y burdas, Sergio. Zurdas, oíd, Legión. Y absurdas como el escolio que a mis trovas urdas, Apolodoro, zoilo pazguato inepto. Dice, hasta aquí, mi Risa o mi Sonrisa —no la de Mona Lisa— pero tampoco la de Gwynplaine. Oiga, entonces, óye, oíd, la que entre brumas voz se esquivo y se recata: el iris en el ópalo, la embriaguez en la vid, el diamante en la entraña del concepto (y allí el agudo tópalo), la estatua en el cincel; y en las crines del arco o en el vientre del clave, la Sonata. Oiga entonces, óye, oíd cómo improvisa el viento en las jarcias y lonas de ese barco polífona cantata. En las jarcias y lonas del bajel Sigdel, hoy, como antaño en las de la pretérta nao Hiperetusa, condenada a carena perpetua. Oiga entonces, Bogislao, óye, Laúd, oíd, mandacallares, valvasores, chusma, palabras sin sentido (conocido): lujuriosos vocablos purpúreos, flámulas, gallardetes, grímpolas, banderolas que cabrillean por los campos azúreos; signos que se retuercen (danzarinas de sensaciones); fantasías de vuelo de alciones; fantasías al ritmo ecuóreo de las trépidas olas; fantasías de nubes al viento (peregrino estentóreo): palabras sin sentido,

grávidas de pensamiento. Palabras sin sentido... (por muy simple parece sibilina la palabra: por clara y cristalina). Oiga, y a nadie diga nada —Xeherazada—. Oiga entonces; óye, oíd, sólo, sólo la voz sorda, la vaga voz amorfa —fúnebres hopalandas, pesadas colgaduras—; la obscura voz insólita que taladra el silencio con graznido alelado. Sólo, sólo la voz vertical y nuda (donde no se relievan vulgares aristas ni se redondean períodos vacuos). Y en el mundo vacío y en el preñado mundo sibilino, se oye sólo la voz nuda, la voz sobria, la voz nuda, la que dice palabras sin sentido conocido: palabras sin sentido, traen ellas lüares plateados —Ladumila—; lüares plateados, y recónditos mensajes enigmáticos y abscónditos, —o sólo laberínticos y sabios—, que balbucieron las estrellas con los ojos abiertos y los unidos labios... Pero, ahora, Laúd, entreabre los labios aunque cierres los ojos. Ahora, mañana, ya que no ayer... Sutil vuelo de velas por mar de acero y de öro es así el himno que canta mi capricho gozoso —por más que la severa boca me infunda miedo y cejijunto el espíritu vidente guarde silencio. ¿Ha de ser la perenne Elegía? ¿El treno monótono? ¡Un día he de cantar, alegre como el marino eufórico! En el puerto que el sol enceguece —sol de oro y de fuego— beberé ron y whisky y gin días enteros! Y hé de danzar todas las danzas bárbaras! Será mi amor frenético la más esbelta mulata! Cambiaré

cuchilladas con el jaque más bruto! Sutil vuelo de velas por mar de bronce y cinabrio, es así el himno que canta mi corazón solitario: guarda silencio mi espíritu vidente, cejijunto... Retorna a tu cubículo, monseñor de la Flema, señero, esquivo valvasor estoico. Recuerda que, como tremar asordinado de invisibles violines y de oboes arrullos y de flautas gorjeos —Filomelas y Apolos y Orfeos (arcanos de armonía)— son los idos esplines odiseos. (Pugna el espíritu, labora y lidia, lidia y labora —libre de morbos decadentes antes y ahora— sólo por plácidas sendas perfumadas...?).

De veras, Palamedes, quizá también sea así, como también talvez sea precisamente lo contrario. Todo es uno y lo mismo se dijo há cuartos de siglo. ¿Y a dónde fueron en fuga excéntrica turbios esplines tan deliciosos como los deseos? Filomelas y Apolos y Orfeos (arcanos de armonía) son los idos esplines que me dejaron y no tornaron... Turbios esplines...: —como tremar asordinado de invisibles violines son los idos esplines odiseos, monseñor de la Flema, señero, esquivo valvasor estoico —después de elato—. Libre de morbos decadentes antes y ahora: ¿turbios esplines a dónde fueron? ¿y a dónde fueron rabias afines —indómitas y apenas latentes— y tanta cólera sonora, y ésos rugidos estridentes, y aquellas frías risotadas, y así la abulia y así la acidia también

fugadas? Se irían con los infantes de Aragón detrás de las capretinas locas, talvez en busca de las áscuas de ogaño, talvez a caza de *las nieves de antaño*, de la suite de Xeherazada, del cortejo de Orfeo, del tropel de los sueños —mariposas de Muzo, grisonetas de ceniza, noctívagas o véspero ambulantes entelequias—. Recuerda Apolodoro: como tremar asordinado de invisibles violines, de laúdes arrullos y de flautas gorjeos —Filomelas y Apolos y Orfeos (arcanos de armonía) son los idos esplines odiseos: y otrosí las alaudas migratorias...

6 IX 1956

Ver CANCIÓN LIGERA y FANTASÍAS DE NUBES AL VIENTO (Catorce) (en *VELERO PARADÓJICO* y *LIBRO DE SIGNOS* - OBRA POÉTICA, Volúmenes III y I).

Hay dos manuscritos —inconclusos— fechados el 6 IX 1956: a) Según narra la Egeria ocurre que ha habido inconvenientes transitorios, de los motejables de imprevisibles —suscitados por Hados adversos—, inconvenientes para la planeada prosecución de la puesta en taller de la ya célebre Sonata-Duo de viola de gamba (o viola d'amore) y clavecín —clavecín bien temperado—; Sonata-Dúo cuyo primer movimiento se concluyó meses ha —si abocetado en parte— hacia el tercio final del último tercio de febrero. Digo que abocetado, aunque se concluyera, porque no sobra y si importa perfeccionarlo en sus detalles, revisarlo y darle un acabado mejor: lo que bien puede hacerse —simultáneamente— mientras se labora en el segundo movimiento de la Sonata-Duo: el *Larghetto espressivo* en forma de *Lied*, con variaciones, cadencia y coda. Aquellos inconvenientes —los que la Egeria narra— de mora, transitorios por fortuna, quizá no se presenten otra vez: talvez no operen más interfiriendo el desarrollo de la obrecilla, de la Sonata quasi otra fantasía que se pergeña con moroso, amoroso empeño,

afán solícito y concertada armonía sensorio-psíquica. Todo lo cual se conjuga y entrevera para hacer de la Sonata un monumento duradero, en grado sumo deleitable, generador de euforia y de optimismo. Amén. La Egeria del mínimo lucero esculpido en la frente: Me quedas tú, y el claro sortilegio de tus ojos rientes: con su hechizo mi soledad se puebla. Me quedas tú y tu risa, cuyo arpeggio me embriaga, y tu tesoro de oro obrizo solaz del alma sola: la gris niebla tu regalo aureola, para decirlo en el idioma bogislaico temperado equivalente al pan-babélico a mezza-voce y con sordina. El pan-babélico absoluto pasa por incomprensible. Pasa por o posa de —acota el malicioso Beremundo— incomprensible. Incomprensible tanto como el dialecto beremundino beremundano galimatíaco de exótica procedencia berebere: dialecto matizado de bable, con ataujía de antioqueño de Castilla y taraceas argóticas gongóricas, que no fray-hortensianas. Dícelo nuestro filólogo de testero, en consulta.

b) Ha habido inconvenientes de los motejables de imprevisibles para la prosecución de la ya célebre Sonata-Duo de viola de gamba (o viola d'amore) y clavecín, cuyo primer movimiento se abocetó meses ha, hacia la mitad del último tercio de febrero. Digo que se abocetó, aunque se concluyera, porque no sobra perfeccionarlo en sus detalles y darle un mejor acabado: lo que puede hacerse mientras se trabaja en su segundo movimiento —de la Sonata-Duo—: en el *Larghetto con espressione* en forma de *Lied* con *variazioni*, Cadenza y Coda. Los cuales inconvenientes —de mora— transitorios por fortuna, quizá no se presenten otra vez e interfieran el desarrollo de la obra que se elabora con empeño amoroso y solícito afán y concertada armonía sensorio-psíquica, todo lo cual se conjuga para hacer de la Sonata algo deleitable en grado sumo.

CIX

Sin dejar —por ahora— de insistir en ello, como que somos testarudos, de rudísima testa en otro sentido además —hagámosle a ciertas cláusulas y propósitos lento paréntesis, de los prustianos, y que él sea sosegado interludio, compás de espera, al acecho—, y pausa en la jadeante brega, inútil, a la vista (parecía así); saliéndonos un lapso por la tangente, a ver qué pasa, a ver si ocurre —mientras—.

Por fuera de las usuales tergiversaciones, divertimenti, fantasías y demás variaciones de la nadería ritmada que por estos predios se suele perpetrar a destajo; por estos solares leontófonos; pero por dentro sí, de otros anhelos, acaece que a la fin y postre tampoco se hizo el agosto anunciado. No hicimos nuestro agosto, oh cofrades crédulos: ni tú lo hiciste, tú, el trovero tañedor del laúd de nácares, ni tú, el relator y coronista de la hecha, ni tú... la contraparte, el basso-ostinato. Por las trazas, Bogislao, no pinta mejor septiembre, ni con las claves a la mano se puede augurar que se cambien las tornas y sonrían, favorables, las hadas y desarruguen el ceño los hados cejijuntos. Qué les vamos a hacer a las hadas (esquivas?) y a los hados adversos. Con todo, nada empézcate, laudista, y sigue adelante. Si a Sirenas adulas y a falagueras ninfas silvanas loas y a hamadriadas,

no por ello esperes siempre el lauto don, la peregrina ofrenda, la invaluable dádiva ni el premio deleitable: sea toda tu querella perenne sola música para los sordos oídos dentro el estuche de las sonrosadas orejillas. Mas no cejes Bogislao. Ni tampoco tú, Sergio el Stepansky; ni tú, buen Beremundo de la Tracamundana: que así va el mundo aquí, y no sólo para nos, como va en Taprobana y quizá en Babilonia, en Pafos, en Citeres, como en Copacabana. Ni tú, Beremundo, magüer que en aqueste último lío eres tercero apenas (el tercero en discordia) camino para cuarto. Toda la cantiga sea la vágula favila soltada al viento, canción que al viento ni adula, si entre sus alas boga —sus alas olas— y en sus cimas vaga —simas y cimas— y en sus senos yace. En el su seno —que no en el de Abraham, de Ur, de Caldea (y de los crucigramas): en los sus senos tibios. Tañedor fracasado de laúd, fallido relator —in-péctore— y coronista —en sigilo— de esa maga, y tú tercero-cuarto? Beremundo, en cuarteada tercería coadyuvante, cesante: tornad en grupo al habitáculocubilchiribitil, y reposad allí, mansuetos, urdiendo mamotretos y estadísticas ajedrezales y el neo-cancionero: lo que constituye labor amena, sumamente descansada y anodina y desopilante.

No pinta ogaño septiembre —por las trazas— como pintara antaño, como pintó un septiembre y trece de un otro año; el de las mismas cifras en contraste: el que fuera inicio del mito netupirombático de hace la cuarta precisa. De ello testigo el pétalo de la rosa en el búcaro y en el violado camarín. En el violado camarín la seda y el sutil vello y de odorante nardo discreto olor y la hora soñada: yo me enveneno con un recuerdo... O por lo menos se envenenó con él un rato largo, digo, el autor del desaguisado (del poético).

En el violado camarín, el mudo férvido amor que en las pupilas arde y el tibio zumo de la boca henchida... Yo me enveneno con un recuerdo. En el violado camarín, desnuda la plena forma sobre el raso verde y a mí enlazada la delicia toda... Yo me enveneno con un recuerdo.

No pinta ogaño septiembre como antaño... Sabédlo bien vosotros los del grupo de los JOPECÓN e idos —mudos, quedos, ledos, rudos— al habitáculo-cubíl-chiribitil a papar vientos: quiero decir a soplar vientos —que hace tiempos no estudiáis: sopla tú, Bogislao, el clarinete, tú Stepansky la flauta —que no ya modula— tú, Beremundo el fagot, y tú, el de marras, dále a la trompa hasta que te hinches de mofletes como los chirimeros del poblacho. También —en los interludios— podréis leer novelas policíacas o releer la obra completa de Honoré de Balzac como os lo

tengo aconsejado. Nada de cancioncillas más o menos ligeras (de cascos o de factura); nada de esos tremebundos relatos-cuentos de los de nunca acabar: y, sobre todo, nada de sonatas-dúo, sonatinas ni sonatas ni sonetos (sin o con estrambote).

Dáos a la música, como intérpretes, ya que todas las músicas naufragaron en el piélago —las que solíais componer—. Todas las músicas vuestras naufragaron en el piélago: con los dedos unidos se hundieron verticales —buzos maravillosos— y se quedaron adormidas sobre el turbido seno fluvial: pues ni siquiera en linfas saturadas de sales! ¡En aguas dulces zozobraron los musicales alborozos! Danzando venían —tanagras sensuales, lujuriosas mozuelas—, y ondulaban los senos gordezuelos, el vientre sobrio, los muslos calipigios. Todas las músicas naufragaron en el vórtice cuando hacia nos venían —grávidas de prodigios—, cuando hacia nos tornaban —pletóricas de vuelos—. Con los dedos unidos, los alborozos musicales se hundieron verticales. Y así los otros alborozos.

Así lo afirma el PENTATEUCO, de acuerdo con el DEUTERONOMIO. Y a tono con los grises días con el orvallo (o mollizna o sirimiri): Y en grises días ya no se oye sino monótono són asordado. Vano es entonces, vano es entonces acudir a trompetas de ocre rojo, trompas de añil, clarines

de cobalto. Ya no se oye, ya no se oye sino clangor bajísimo y opaco de tremulentos órganos distantes y de bronces que agobia la neblina, —fúnebres y lontanos—. En grises días ya no se oye sino fatídico batir y triste que marca la derrota: destemplados tambores... Vano es entonces, vano es entonces el estridor de roncós añafles belisonos, y vana la fanfarria de los cobres sobreagudos, —heraldos de victoriosas lides—. Ya no se oye, ya no se oye sino clangor bajísimo de humildes plañideras y de espíritus débiles que el pavor sobrecoge: no obstante —y más si en vano—, con ánimo infrangible, cantád, cantád, Poetas, cantád —con voz que azote los ámbitos y préñelos— peanes de alegría sin término ni linde!

Por manera Bogislao, Stepansky, Beremundo, y el de Marras, que se os levanta la prohibición de Suso y podéis daros a perpetrar poesía de veras —o el sucedáneo de ellas— en desatado ritmo, en tropel, avalancha o alud: Aunque sin obligato de laúd y clavecín por ahora que convalece el laúd!

Y nada de poesía melancólica ni palinódica retrospectiva como las que solía balbucir Iván de Clotos: Estrellas filantes —eternidad de los instantes— por el techo zurcido de rotos... Esos que ahora pudieran llamarse años y que fueron fugitivos momentos —poco después..., un minuto antes...—. Aquéllas que ahora debieran llamarse Musas —perennales como las Nueve que enumeran— y que fueron de un nictémero amantes... Mariposashuidizas, efímeras falenas, nubecillas errantes... Estrellas filantes, así como torturas de Sísifo y Laocoonte y Prometeo y Ugolino, todos los cotidianos diminutos tropiezos ni inquietantes. Estrellas. Estrellas filantes —eternidad de los instantes— por el techo zurcido de rotos: como solía balbucir Ivan de Clotos en Idus idos hartos ya remotos. Esos que ahora pudieran llamarse años y que

fueron fugitivos momentos —poco después..., un minuto antes...— Estrellas filantes: o empresas de Jasones y de Aníbal o de Hércules y de Napoleones, bajas aventurillas de principiantes. Anodina aventura, hecha descaecida, proezas vacilantes... Estrellas filantes: o creaciones de Shakespear o Beethoven o Leonardo o Newton, —esos planos esperpentos— apenas si rampantes... Estrellas. Estrellas filantes —eternidad de los instantes— por el techo cribado de rotos.

Y así seguía Iván de Clotos: Ronco tropel, ronco tropel de plañideras, —me persiguen las horas idas: los años me persiguen, no gozados, no gastados, no usados, no sufridos, no engrandecidos, ni apenas logrados... ¡Ronco tropel, ronco tropel de plañideras, ronco tropel, ronco tropel de lobs ululantes! Estrellas. Estrellas filantes —eternidad de los instantes— por el techo zurcido de rotos.

Por fortuna Iván de Clotos canceló los compromisos que dizque tenía contraídos con la Poesía, y se dedicó al cultivo de sus vicios aristocráticos y de sus democráticos retozos y de sus embelecocos matemáticos y de sus droláticos alborozos y sus gozos elásticos. Por fortuna, oh amigos del quinteto de vientos, que ya os llegó el del oboe meliflúo, Claudio Monteflavo. A estudiar en el habitáculo-cubil-chiribitil para dar luego el espectáculo sin el obstáculo técnico. Y ya no más por estradas y rúas el vagar oteando el lucero frontal y la turgente arquitectura de la entelequia dilatoria, o en cerrado recinto el persistir en la búsqueda de escuchar la voz evasiva entre la caracola teleresonante. Injusticia incalificable, que hoy

la escuché dulcisona —todavía doliente—. Si a sirenas avalas y a silvanas ninfas loas y a hamadriadas, que toda esa erótica melodía, esa cariciosa cantilena sea sólo a que la escuchen las arañas de Rémy de Gourmont con sus sordos oídos, a que la oigan sin percatarse della tus otros yóes y sosías imbuídos en sus propias ondas sonoras. Y ha llegado el Fastidio. ¿Qué es el Fastidio?

Según otro nimio poeta, es el fastidio hosco símbolo huraño: mi linterna de Diógenes y mi toga cesárea: la Cruz del Sur que guía mi expedición icárea; mi cojera de Byron, de Heine mi parálisis, mi Sordera, mi Manquedad y mi Epilepsia: tulipán de mis síntesis, loto de mis Análisis; vaho de alóes y de sándalos y resinas.

Ha llegado el Fastidio. Mas no se irá, si es lógico, harto de aqueste atroz bátrato? Ya se irá. Ya se irá. Ya se irá con su bella música a algotra parte; si aquí el fastidio es obvio, es redundante. Si aquí el fastidio es... Y es un suave nephentes, es un eximio aroma de espirituales elaciones y de místicos deliquios, y es el Daimón, el cómplice del arte, el ángel de Sodoma... ¡el Fastidio, el Fastidio muy más valioso que la hefestita y que el iridio, y casi tanto como el odio! Fastidio, amigo mío, oh, no te vayas, oh, no te vayas, vén! Acompáñame en estos antípodas de Kedén —sin Eva primitiva, sin Lilith tentadora, sin sierpe tentadora, o con ellas muy numerosas pero no muy concomitantes... Acompáñame en estos antípodas

de Kedén, Fastidio, hermano mío... oh, no te vayas, oh, no te vayas, vén! Y, si has de irte, como Mániquin, vayámosnos juntos, vayámosnos juntos, por donde nos lo indiquen los dedos de las estrellas, y hacia cualquiera de los ciento cuarenta y cuatro puntos que señalan los cuernos de oro de la Rosa de los Vientos Errantes... Pero yo no sabía y ya lo sé y ahora se esparce la serena alegría por todos los ámbitos, ahora el corazón jubiloso calor dimana como un foco vital: arrecido de ayer, jubiloso de hoy, saturado de esperanza, nutrido de deseo.

Bien por ahí. Regular en el ajedrez por la moscovia. Tras dos empates valiosos con Chile y con Holanda vinimos a perder $-3\frac{1}{2}$ a $1\frac{1}{2}$ — con nuestros antiguos paisanos los suecos (nuestros, digo, por mí y por el otro yo). Quizá hoy sea el desquite, con los noruegos.

Siasirenasadulas,yadonosasninfassilvanasloasyahamadriadas laudas, espera, ahora sí, el lauto don, la peregrina ofrenda, la invaluable dádiva y el premio deleitable de la propia Venus gnidia... Que ello advenga muy pronto, mañana y sea toda tu querella para los atentos oídos dentro el estuche de las sonrosadas orejillas de la del lucero esculpido en la frente, de los labios jugosos retozantes, de los ojos coruscos y del par mas que perfecto ménikin!

13 IX 1956

Ver ARIETA - CANCIÓN DE GRISES DÍAS - NOCTURNOS DEL SOLITARIO (Nº 8) (en VARIACIONES ALREDEDOR DE NADA - OBRA POÉTICA, Volumen II).

Hay el siguiente manuscrito: A la fin y postre aconteció que tampoco hicimos nuestro agosto: ni tú el trovero tañedor de laúd, ni yo el relator y coronista. Por las trazas, Bogislao, no pinta mejor septiembre. ¿Qué le vamos a hacer? No empézcate, laudista y sigue adelante. Si a sirenas adulas y a silvanas ninfas loas y a hamadriadas, no por ello esperes dones lautos, peregrinas ofrendas ni el premio deleitable: todo sea la sólo música para los sordos oídos. Mas no cejes Bogislao. Tampoco tú Beremundo de la Tracamundana: así va el mundo aquí y en Taprobana y quizá en Babilonia como en Copacabana. Tú Beremundo que en aqueste lío eres tercero: el tercero en discordia. Todo sea la vágula canción soltada al viento, que al viento adula y en sus alas boga: —sus alas olas—, y en sus cimas vaga —sus cimas simas— y en sus senos yace. Que no en el seno de Abrahám de Ur, de Caldea, y de los crucigramas.

Tañedor fracasado de laúd, fallido relator y coronista de esa saga, y tu, tercero, Beremundo, coadyuvante cesante: tornad los tres al habitáculo, cubil, chiribitil, y reposad allí, mansuetos, urdiendo mamotretos, que es labor sumamente descansada y anodina y desopilante. No pinta ogaño septiembre como pintara antaño, como pintó el septiembre 13 del año de las mismas cifras en contrario: inicio del mito netupirombaico de hace la cuarta precisa. testigo el pétalo de la rosa en el búcaro y en el violado camarín. En el violado camarín la seda y el tibio abrigo y de odorante nardo discreto olor, y la hora soñada: yo me enveneno con un recuerdo... O por lo menos me envenené con él un rato largo.

13 IX 1956

CX

Contra lo que se tenía concertado —oh Beremundo!— lo planeado se convirtió en humo de pajas y alharaca verbosa que celaba un propósito baladí de vanidad diminuta. Otra cosa se pensó pero no aconteció el mañana rutilante tras de ése ayer de ventura.

Otro mañana de los tenidos por únicos, diferente de los de uso cotidiano, planos y mohinos. Qué acaeciera? Qué acaeció? Si alguien lo sabe no lo sé yo. Ni lo dijera si lo supiera. Ya advendrá —si es de los de advenir— el conocimiento de lo ocurrido y el despejarse de la incógnita Equis. Vaya enigma! Por los lados del tabuco donde acampa la trahilla, vése ahora qué redundar, qué pulular de parejas incógnitas, de similares enigmas, y qué óptima cosecha de problemillas por resolver y de acertijos por descifrar: cosecha de frutos, flores y faunalia de toda índole, cada categoría y de uno u otro estilo. A los y las de tal cosecha mejor no mencionarlos, no darles hierarquía de categoremas. Como siempre antes se obró, mirar con displicente escepticismo fatalista cómo se van o no se van desvaneciendo o como se incorporan al patrimonio y pasan a archivar en las orondas cavas y en los repletos plúteos. Tampoco hacer referencia —ocasional siquiera o marginal— a cualesquiera mitos, emblemáticas entelequias o simbólicas figuraciones de la fantasía ni cuando toman cuerpo y logran sapidez ni cuando son suspensos espíritus del aire, arielescos, generados por el ensueño en función creatriz pigmaliónica o solo pigmeoleónica (que así también vale el decir). Sin tanta pompa y aparato, sin tanto boato —retóricos— de la faramalla, tomarlos como son y cuando sean y como sean y cuando son, a ellos y ellas, seres y cosas

y accesorios embelecos y quisicosas de las cosezuelas y de los serecillos. A ellas —serecillos— besarle la boca, el pico, y los sus picos ricos también besarlos —cálido homenaje—: que siempre se cambió la vida —díjose— *por una sonrisa y cuatro besos*. —Cuatro, como cuota mínima y a buena cuenta del saldo—. Y embelesarse cuando el alborozo y alborozarse cuando el embeleso, de conformidad con el sistema filósofo-sensorio de Palamedes y con el DISCURSO DEL MÉTODO de Apolodoro (y de sus prácticas), puestos (sistema, prácticas y discurso) en buen romance y a prueba por nuestro alto mentor y corega decano —concertino en veces— Meser Aspasio de Afrodísides, varón sapiente, espejo de paladines, adalid de espejismos y parangón de la cartesía y de lo cartesiano. Aspasio (enamorado cuando floreciera, hacia el milenio), enamorado de la auténtica y real Afrodita de Gnido —resobrina de la topada esculpida en la Isla de Melos—. Hace mil años (y meses) la Afrodita de Gnido y de Aspasio (un espacio de tiempo) tomó soleta y levó el ancla.

Y así dijera entonces nuestro mentor, corega y docto Amauta: La Afrodita de Gnido ya tomó soleta y piénsase hoy (hoy de diez siglos ha) que la tomó con rumbo desconocido. Hacia la última Thúle, de ahora penúltima? Rumbo desconocido y meta, por ahora, y mientras convenga anunciarlo: ya se sabrá si es que

por el momento se ignora. Su regreso no ha de ser tan inmediato si es que torna, decía nuestro Oráculo y Augur. ¿No ha de tornar, si es tornátil? Tornátil como aquellas tornátiles sirenas de ojos de crisoprasa. Buen viento por la popa, etcétera, y parte sin novedad —Afrodita— muy besada por la brisa y por la ávida boca golosa de Poseidón si no por la ídem de ídem de Eolo, si no por la de ídem de ídem e íbidem de Sirg-el-Oel de los ósculos voraces! La de Gnido (agregó entonces también Aspasio) no es ella un artificio de retórica ni de madera repulida con articulaciones metálicas —títere ni tampoco maniquí para exposición de modelos—, ni es muñeca de trapo ni es artilugio entelequial ni intelectual monigote femenino, sino que es una preciosa tanagra figulina —pero tampoco de terracotta ni de cartón piedra, ni de plástico algún—. Es una a modo de tanagra o de figulina de primorosa, brincante humanidad, una muy sensual animalia linda, muy bella de armadura anatómica, muy temperamental otrosí, y dueña de un espíritu despierto, osado, burlón, y de una mente aguda. Y no adolece de ninguna manquedad ni deficiencia: antes le sobran agravantes. Y es, como todas ellas sus congéneres (desde Lilith) asaz embaïdora Circe, Dalila mentirozuela, muy ducha en ardides, en estrategias cautelosas y en gambitos y contragambitos de la celada. La Afrodita de Gnido tomó ya soleta, levó anclas, izó velas, con rumbo a algún rútilo Norte o de Sur otro tal, más allá de la

gélida región de Weir futura —y futura región de Weir ulalúmica— cerca de los Grandes Lagos o de los Magnos Fjordos. No me plugo tanto así un cierto esguince como hartito asaz si me petara lo donado, deleitable presentalla abre-boca (aperitivo dícenle también). Eso les relatara Aspasio de Afrodísides a sus discípulos y oblatos turulatos, en el tabuco. Y no sé a cuento de qué, o sin venir a cuento. O para que tomara cuenta de aquello, Bogislao, que anda ahora hecho tarumba a todas luces y desde hace rato, de una otra Sirena, mitológica sí, mitológica no, sirena a toda vela. No sirena varada pero si en carena —como nao de alto bordo— y en cura de reposo. La cual sirena —cuenta Bogislao— muy pronto dejará su retiro transitorio y dejará —también— escuchar su canto que es sumamente melodioso. Y no es que lo diga Odiseo el ulisida en su Rapsodia. Cónstale a Bogislao por percepción directa, no por lectura o relectura y sí de oídas pero porque la oyó y escuchó en persona.

Si a Sirenas adulas y a donosas ninfas silvanas laudas y hamadriadas loas, espera ahora sí, el lauto don, la peregrina ofrenda, la dádiva invaluable y el premio. Que ello advenga muy pronto: yo me enveneno con un recuerdo. Es necesario el contraveneno en dosis frecuentes para lograr la mitridatización. Válame Dama Gudúla, tañedora

del laúd. Para no hacer como Beremundo cuando otra Venus de Gnido o de Cirene tomó también soleta.

Al amigote de suso le dió por perpetrar yámbicos en torno a DE ODOIO, DE IRA, DE BEFA. De ello hace un quinto de la centena: Este es el Odoio mío, para hacer con el joyas de exótico fulgor, en su morbosio montaje musical caricioso. Joyas para tus dedos. Venus Gnidia! Faros de pulcra luz sobre las boyas en tumbos de caríbdica perfidia. ¿Odoio? —Desdén benévolo, con cuya cansada esencia destilar deseo no acedo filtro sino melhibleo licor lustral para ofuscar mis sedes. Fino desdén cimero: (el aura tuya bata en su derredor fallidas redes...) Y ésta es la Ira mía, y en su glacial hoguera tornar hé turbia hez y torvo fraude (en cenizas la hez, en tibio laude la falacia), y será pristino ensueño la que —en férvidos cantos prisionera— fué efímera aventura. Sed sin Dueño...

Curioso el caso de Beremundo iracundo, tremebundo, cuando el es tan mansueto ¡Cosas de la función poética!

¿Ira? (continuó) ¿Ira? —Desdén benévolo con cuya cansada esencia entretejer procuro no yambos acres sino el himno puro de jubilante música serena. Alto desdén y sordo: (el aura tuya muda es en su redor voz de sirena...) Si a sirenas adulas, Beremundo... Y ésta es la Befá mía, para forjar un verso soslayado, que burle el episódico mimo-drama patético y melódico. Verso para escandirlo mis bufones. Los tenía entonces Beremundo, pero los licenció. Sessgado virolay no nada terso mas henchido de rudos, viros sónes. ¿Befá? —Desdén benévolo con cuya cansada esencia adormecer consiga protervo afán, inválida fatiga, y en vágulo recuerdo los convierta... Hosco desdén señero: (el aura tuya cae a sus pies a modo

de hoja muerta...) Odio? Ira? Befá? —Oh no: vago mutismo preñado de una risa indiferente. Limpio silencio erguido eternamente. Y, sólo, a la sordina, *sotto voce*, más que de ál, mofarme de mí mismo, del día azul y la morena noche.

También del maniquí, del títere, del fantoche, Beremundo iracundo, inverecundo! Y déjate de trovas: no con ellas arrobas ni a las sirenas bobas —si es que de éstas las hay—. Dedica en cambio tus ocios a desembarazar tu vocabulario (que es tu único numerario): a desembarazarlo de voces tan obsoletas —unas— como desuetas; tan neológicas —otras— como no de lógica aceptación —y tan inútiles, las otras y las unas: retorna al antioqueño básico inicial o a la jerga habitual de los plumíferos al uso taraceada del platense y del matritense... y del bacataense. Para así —con el corriente idioma, con el lenguaje en curso y circulación— pergeñar los monumentos magnos y mínimos de la ineptia grafomaniaca de diario empleo y consumo. Ineptia grafomaniaca es un mero decir: que tal idioma es para gastarlo en el trivial verbeo, en el paroleo y el platicar con los tertuliantes y tertuliano. No nunca para la escritura funcional misma, cuyos frutos los cata sólo el propio regodeo y regusto o el personal desplacer y rechazo tras el saboreo (también gózase a contrapelo y háyase diversión en el despropósito y tópase gracia en el esperpento). En la escriptura funcional misma continúese como viénese: nada de reversar, oh Ladumila!

Es oportuno volver a las SONATAS-DÚO y al ciclo de los lieder con obligato de laúd, a más del clavecín o del piano de cola como es de precepto. Y tornar a la preparación del SEXTO MAMOTRETO y del PAN-LEXICÓN DE MISTER GREY, el de la barba ex-taheña, el amigote de Sergio Stepánovich Stepansky y paniaguado de Bogislao, de Apolodoro, de Palamedes y de Beremundo de la Tracamundana. El cual PAN-LEXICÓN, CENTÓN Y CALEPINO se asemeja a la tela epitálamo de Penélope, cónyuge de Odiseo, sólo que la tejen y destejen entes pantalonudos de pelo en pecho y testas glabras, entes pesquisidores de palabras abracadabras y de vocablos del más genuino neo-babélico y de voquibles de los inexequibles e inaudibles como posibles, decibles e inexhaustibles. También inabolibles por dictámen. Y éste PAN-LEXICÓN...

Mas ya la clépsidra marcó la hora de cesar y de salir por la tangente, mejor que por peteneras si a Sirenas adulas y a peregrinas ninfas silvanas loas y laudas a Ladumila del lucero inciso.

20 IX 1956

VER DE ODIO, DE IRA, DE BEFA (en VARIACIONES ALREDEDOR DE NADA - OBRA POÉTICA, Volumen II).

Hay los siguientes manuscritos fechados el 20 IX 1956: a) Pero no hubo el mañana tras de ese ayer, otro mañana de los únicos, diferente de los de uso cotidiano. Que acaeciera? Que acaeció? Si alguien lo sabe no lo sé yo. Ya advendrá el conocimiento de lo acaecido y el despejarse de las incógnitas. Por los lados del tabuco hay qué

pulular de incógnitas y que óptima cosecha de problemillas por resolver, y de toda índole, toda categoría y todo estilo ellos. Mejor no mencionarlos, no darles hierarquía de categoremás: mirar con displicencia cómo se van o no se van desvaneciendo o cómo se incorporan al patrimonio. Tampoco hacer referencia ocasional siquiera a mitos, a emblemáticas entelequias ni a simbólicas figuraciones de la fantasía cuando toman cuerpo y sapidez ni cuando son suspensos espíritus del aire, generados por el ensueño en función pigmaliónica o pigmeo-leónica (que así también vale decir). Sin tanta pompa sin tanto boato retóricos, tomarlos como son y cuando sean y como sean y cuando son, seres y cosas y accesorios embelecados de los seres y quasi cosas de las cosezuelas. Besarle el pico y los suspicósicos también besarlos —homenaje—: que siempre se cambió la vida por una sonrisa y cuatro besos: cuatro como cuota mínima. Y embelesarse cuando el alborozo, alborozarse cuando el embeleso, de conformidad con el sistema filosófico de Palamedes y con el discurso del método de Apolodoro, puestos (sistema y discurso) en buen romance y en práctica por nuestro mentor Meser Aspasio de Afrodísides, varón sapiente, espejo de paladines y parangón de la cortesía y enamorado (hacia el milenio floreciera) de Afrodita de Gnido. Hace mil años Afrodita de Gnido y de Aspasio (un espacio de tiempo) tomó soleta. Y así dijera entonces nuestro mentor y docto amauta: La Afrodita de Gnido tomó ya soleta y piénsase hoy (diez siglos ha) que con rumbo desconocido (¿hacia la última Thúle?) por ahora y mientras convenga enunciarlo: ya se sabrá si es que por el momento se ignora. Su regreso no ha de ser tan inmediato si es que torna. No ha de tornar si es tornátil? Como aquellas otras tornátiles sirenas de ojos de crisoprasa. Buen viento etcétera y parte sin novedad —Afrodita— muy besada por la brisa y por la ávida boca golosa de Poseidón si no por la ídem de ídem de Eolo, si no por la de Sirg-el-Oel de los ósculos voraces. La de Gnido (agregó entonces Aspasio) no es ella un artificio de retórica o madera repulida con articulaciones metálicas —títtere ni tampoco maniqué para exposición de modelos— ni es muñeca de trapo, ni es artilugio entelequial, sino que es una tanagra figulina

—pero tampoco de terra-cotta ni de cartón-piedra—. Es una a modo de tanagra, de figulina de primorosa humanidad, una muy sensoria animalia linda, muy bella de anatomía, muy temperamental otrosí, y dueña de un espíritu despierto, osado, y de una mente aguda. Y no adolece de ninguna manquedad ni deficiencia. Y es, como todas ellas sus congéneres (desde Lilith) asaz embaïdora Circe, mentirozuela, muy ducha en ardides y en estratagemas cautelosas y gambitos de la celada. La Afrodita de Gnido tomó ya soleta, rumbo al rútilo norte, más allá de la gélida región de Weir —futura y futura región poeana—, cerca a los grandes lagos. No me plugo tánto cierto esguince como harto asaz si me petara lo donado, deleitable presentalla abre-boca (aperitivo dicen también). Eso les relató Aspasio de Afrodísides, a sus discípulos, en el tabuco, y no sé a cuento de qué o sin venir a cuento. O para que tomara cuenta de ello Bogislao que anda ahora tarumba y desde hace rato, de otra Sirena, mitológica sí, mitológica no, sirena a todas luces. Y no sirena varada pero sí en carena —como si fuera nao— y en cura de reposo. La cual sirena —cuenta Bogislao— muy pronto dejará su retiro y dejará escuchar su canto también, que es sumamente melodioso.

b) La Venus de Gnido tomó soleta digamos que con rumbo desconocido —por ahora y mientras— ya se sabrá si es que ahora se ignora. Buen viento, etcétera y parte sin novedad besada por la brisa y por la boca golosa de Poseidón sino de Eolo o de Sirg-el-Oel de los ávidos ósculos. No es ella un artificio de madera con articulaciones de alambre —maniquí o títere— sino una tanagra pero tampoco de terracotta: es una primorosa humanidad, una animalica bella —de anatomía— y de espíritu despierto y mente aguda y como todas sus congéneres embaidora y mentirozuela.

c) Mejor no mencionar, no darle jerarquía de categorema a la Afrodita de Gnido. La Afrodita de Gnido tomó ya soleta y dígase hoy que con rumbo desconocido —por ahora y mientras convenga enunciarlo—: ya se sabrá si es que ahora se ignora. Su regreso no

será tan inmediato si es que torna. No ha de tornar, si es tornátil? Buen viento etcétera y parte sin novedad muy besada por la brisa y por la boca golosa de Poseidón si no la de Eolo si no la de Sirg-el-Oel de los ávidos ósculos. La de Gnido no es ella un artificio de madera pulida con articulaciones metálicas —títere ni maniquí para exposición de modelos— ni es artilugio entelequial sino que es una tanagra —pero tampoco de terracotta-. Es una a modo de tanagra, de primorosa humanidad, una animalia sensoria, bella de anatomía, muy temperamental (parece) y es de espíritu despierto y mente aguda. Y como todas ellas sus congéneres embañadora, mentirozuela, muy ducha en ardides y estratagemas cautelosas. La Afrodita de Gnido tomó ya soleta, rumbo al rútilo norte más allá de la gélida región de Weir —poeana— cerca a los grandes lagos. No me plugo cierto esguince, si hartó asaz me petara la donada deleitable presentalla abre boca.

d) Y así con el corriente idioma pergeño los monumentos magnos de la ineptia grafomaniaca de diario empleo: aunque fuera mejor dejarlo, el idioma para el trivial verbeo, para el paroleo y el platicar en la tertulia. No nunca para la escritura funcional, cuyos frutos son para el propio regodeo y regusto o para el personal desplacer y rechazo (también se goza a contrapelo, como divierte el despropósito, como hace gracia el esperpento.

CXI

Hasta hace dos noches yo creía en ello de buena fe, el don Candidote! Y aun tenía escrito algo así como que: De conformidad con lo acordado en la ya celeberrima y de un véspero, dominical, entrevista y conferencia, y en topes y paroleos posteriores brevísimos (al paso) se resolvió aceptar que es menester acudir —pero ya mesmo— solíalos, en auxilio,

protección y alivio de nuestro añejo amigote el Neo-Job, nuestro Job —que no es ningún Jóbbby—. El neo-Job de nuestra vera: y, lo de neo es un inválido decir o una anodina figura de la retórica mansueta; como que el dicho Job, si de novísima data, compite en antigüedad con su perilustre homónimo, el viejo y apabullado Job de la Idumea. Se aceptó y fraguó que yo he de hacerlo por parte mía y que tú también tienes que poner la porción y cuota que te corresponde (y parte principalísima) en la ya planeada y ya, en su preámbulo, iniciada obra peregrina, y obra (maestra), de las de singular misericordia (muy sabrosa de hacer): que toda bella acción trae consigo la recompensa y en sí misma está el premio y en el centro preciso el galardón. No se si aquesto está, patente, así, en el PENTATEUCO o en el DEUTERONOMIO, pero sí en los PROVERBIOS y más ampliamente expresado, seguro, en el CANTAR DE LOS CANTARES del bienaventurado Salomón-ben-David (y de Bethsabé), oh Job y Ladumila! Y consta en el FLORILEGIO DE LA DOCTA SAPIENCIA Y AMATORIA SOFÍA de Mosén Hilarión.

Claro que la obra de Hilarión fue escrita años antes de meterse anacoreta y vestir el atuendo del eremita. Tú también tienes que poner la parte y cuota que te corresponde —porción principalísima y sine qua non—. Tienes que hacerlo, sí, tiénelo, pero es ya, y no ahora en relación con el mandato segundo sino en conexión,

en conjunción copulativa con el mandamiento de los mandamientos —que los hay e imperativos: con el único y tan deleitoso de acatar y cumplir. Y es centro de interés y sincronizado motorcillo y punto de apoyo de su palanca —no la de Arquimédes—; la palanca —digamos— de Beremundo que ahora estudia el papel de Job. Oh beatísima Dea, la del lucero inciso!: Memórate de Job —el Otro— en su Idumea! Recuerda a Beremundo en su trasmundo y a Bogislao de Pipiripao en el chiribitil y camarote de su Nao! Oh beatísima Dea del trofeo indeciso intercolumnio: tu no tienes idea de cómo Job —el de ahora—, de cómo Job jadea (y quizá nó por culpa de Vertumnio, que no lo afecta el cambio de luna) sino por culpa de la dilatada espera en vano, del paréntesis largo sin aún episodios. Repitamos lo que ya dijo Pero Grullo (si no fuera Gedeón): *el que espera desespera* y desesperó hasta el zonzo y paciente Job, que era manso de cabestro... Tú no tienes idea, Dea! pero sí tienes —claro— y con qué hacer algo (de lo concertado) en pró de la salud y de la salvación y del placer y regocijo de aqueste malaventurado discípulo epigono del Job idumeo... Hasta hace dos noches yo creía en ello de buena fé, don Candidote, y aún tenía escrito algo así como así... Quédese de ese tamaño el escarceo. Nuestro Job debe ignorar lo que se maquinaba entre nos para su beneficio y conveniencia: que ello o algo afín le llegue por modo sorpresivo a su tabuco y bicoca mientras

maldice, impreca y deprecia, y en qué coral de lamentaciones. Mejor o peor el Coral suyo que el tan sonado y sonante de las lamentaciones de su colega el corega Jeremías. Gemías, Jeremías hartos menos que Job. Jeremías y Job, ambos con Jota inicial. Con la Jota que es la mismísima letra Jod del arameo o del judeo (en concepto de nuestro Pico de la Mirandola, de nuestro Nico de la Farándula, de nuestro Tico de la Adamándola). Quédese de este tamaño el episodio: hasta hace dos noches podía creérsele viable. Dejemos, entonces, a Job en paz. A lo mejor ese neo-Job no es sino un pretexto para discurrir naderías en su dintorno. Y, si es Job, lo es pero nada jeremítico. Y, si jeremítico, jeremítico en gorja para la burla y la befa, para el propio solaz. Dejemos entonces a Job en Paz y retornemos a la base, que hay mucho por hacer (digo por escribir) y se dispone ya de pocas lunas para ello.

Se ha descuidado la puesta en forma de lo que integrará los mamotretos próximos: el sexto, que ha de nominarse VELERO PARADÓJICO, y el séptimo y antepenúltimo, integrado —en parte— por las versiones definitivas del RELATO DE RELATOS Y POEMILLA DE BOGISLAO y del de LOS OFICIOS Y MESTERES DE BEREMUNDO EL LELO, SEÑOR DEL OCIO. Tornar a los mamotretos dichos, a las MEMORIAS PÓSTUMAS —también dejadas de lado— y al PAN-LEXICÓN DE MISTER GRAY, el de la barba

ex-taheña (barbicano hémosle ahora). Sin prescindir de ensayar los dedos en cancioncillas mínimas y layes y virolayes y rondeletes, y de salir por yambos en monitorios doctrinales serventesios y en sarcásticas odecillas de soterraña virulencia ejemplarizante. Labor ingente, y restringido el tiempo de que dispones, como no pases de la sexquicentena, bardo en camino de matusalémico! Por fortuna cuentas con el equipo de tus sosías y otros-yóes, todellos desaforados grafómanos y empedernidos suda tinta, maestros esgrimidores de la péñola, calamitosos cálamo en mano, de frecuencia no modulada sino funcional.

Por manera que, desde la noche de este hoy se inicia la empresa magna, dejando de lado, dejando de lado rüidos inanes de ventolina. Busca, busca el espíritu mejores aires: No es harto mejor la serena vida interior, en el silencio, en el preñado silencio, concitando las fuerzas ocultas? No es el Verso una música de arpas, música de cristales, surtidor vidrioso? Música y Poesía: regocijo de los corazones y quintaesencia del sentir y lujuriosa síntesis del pensar, —lepor, lauticia, letación inefable...

Qué te crees tu eso... o que te lo creías (en los tiempos de Upa y del buen Rey Dagoberto). Después de tantas y de tan pequeñas cosas, busca el espíritu mejores aires, mejores aires. Yo, Bogislao,

nunca fuí de aquésa turba quejosa, de ésas horras huestes: sino que en orgulloso narcisismo (espiritual) aposenté el entero ritmo de las fazañas antañonas y el palpitante ritmo de mi iluso ensoñar, y también el turbulento, inverecundo ritmo de mi pasión desbordada, y el ritmo sincopado de mi definitivo aburrimiento: ¡en orgulloso narcisismo, oh Risa! (Claro que espiritual y a ratos). No es el verso una música de arpas, de asordadas viölas, en recintos sedantes, por el véspero?

No nos fué tan bien como podía esperarse, no nos fué tan mal como podía temerse, en el Torneo de ajedrez entre naciones, por equipos, jugado en la urbe moscovita. En realidad faltó experiencia en el cuarto tablero colombiano (el titular y los dos suplentes). De estos tres (cuarto, quinto y sexto) algo más en realidad consiguió el quinto. Cuando los titulares de los tres primeros tableros hicieron —en promedio— más del 58 por ciento, el cuarto (en conjunto) se acercó al 29 por ciento: la mitad. Con el 58 para todos los del equipo, se habría logrado un puntaje mayor en 5 al obtenido. Así podría haberse —lógicamente— aspirado a los puestos 14 o 15, en lugar del puesto 18 a que se llegó. Fantasías aritméticas, Bogislao! Fantasías aritméticas? Quizá sí, quizá no, talvez, quien sabe... Archívese a Job. Envíesele a que haga compañía a Jeremías.

Y enderecemos nuestras garras a la conquista de las nubes, volubles como los corazones... y —cual los corazones— inmutables.

Que yo, señor, así dudéislo, yo señor, soy acontista. (Aunque de baja hierarquía y kilataje).

Yo señor, soy acontista. Mi profesión es hacer disparos al aire. Todavía no habré descendido la primera nube. —A lo mejor sí y no solo la primera—: mas, la delicia está en curvar el arco y en suponer la flecha donde se puso el ojo. Yo señor, soy acontista. Bien. Azores y neblías, gerifaltes, tagres, sacres, alcotanes, halcones, ¡acudid a la voz del acontista!

La voz del acontista es harto grave, de timbre opaco, las más de las veces y nada modulada. Muy mal dotado de voz, el acontista. Y si éso es profesión, la de acontista, las corre parejas con la voz o la vozacha. Mal anda nuestro prójimo el flechador de nubes! Y con su capital representado en ese aviario de rapaces de la altanería: aviario hecho ya colección de museo —disecados los bichos— momias y en el alcándara sitios.

Yo señor, soy acontista. También he sido juglar en los mesones. Revendedor de bulas. Tañedor de laúd (no ahora). Y tragador de fuego y engullidor de sables. Y bufón en las ferias. Damas de los castillos a catar diéronme frutos de acendrada virtud: noches de bendición y vésperos y mediodías, de seguro, idénticamente bendecidos: Otras noches fueron bien miserables. Yo señor, soy acontista (y no mal fabulador quimérico y apocrifario optimísimo cuanto optimista). También me

he entretenido en cosas serias: conocí al asno de Buridán y al propio Buridán que estuvo en la Tour de Nesle (alguna vez fui con él, pero me devolví de la poterna). (No muy bragado el del RELATO) y ví ahorcar en Montfaucon a Messire Enguerrand de Marigny. Poco en letras leí (no tenía para qué decirlo que lo advierte el más romo). Poco en letras leí... Mas sí he bebido buenos vinos, paladeado vianda tierna y comido el mejor pan (hora de trigo, el pan, ya de maíz; también de choclo, dice Proclo). También he sido jugador de dados...

Otro infundio, amigote del RELATO. No has jugado jamás a los dados, magüer paisa. Sabes más de ajedrez y del juego de damas y en uno y otro siempre te jaque-matifican desde la apertura... Recuerda cuando jugabas a los escaques con la más graciosa de las Cárites. Por ley de cortesía tenía ella las blancas, disponía de la apertura, le correspondía romper el juego o los fuegos y tomar la iniciativa. Desde la apertura te dominó y esperó confiada el contra-ataque tuyo por el flanco dama... Nequáquam! Dueña del centro ya, te atacó por el flanco del Rey: no te valió el enroque largo: con él le diste en la vena del gusto y cuác! Te jaquematetizó! Y así todas las veces... (Pero no vas a negar tú, Proclo, que el juego es divertido y es muy grato ser vencido así y no sólo por la más graciosa de las Cárites).

Yo señor, soy acontista. Todavía no habré descendido la primera nube... (Qué te crees tu eso!). Mas la delicia está en curvar el arco y en afincar la flecha donde la clava el ojo. Yo señor, soy acontista! También resulto un poco lento y un mucho largo en las mis relaciones... Juzgo que hay caso de fantasía en mi rapsodia: pero, ni yo soy Tácito, ni aquestos son *Anales*... Tampoco he de cantar la palinodia ni de irrumpir en monótonos trenos! Yo señor, soy acontista. Nada más. Nada menos. Y tengo sueño y tengo sed señor. Salud! Y abur! señora, abur! Y hasta otra vista.

Hasta hace dos noches yo creía en ello de buena fe, el muy tan candidote! Y aún tenía algo escrito así, y no poco más por escribir asá... Para decir es tarde lo que jamás se dijo: temprano todavía para nunca decirlo... Quizá sí, quizá no, talvez, quién sabe. Si asá. Si así. Pero lo malo es que todas estas cosas vienen a dar en un fracaso irremediable o en la suma venturanza...

27 IX 1956

Ver RELATO DE GUILLAUME DE LORGES (en VARIACIONES ALREDOR DE NADA - OBRA POÉTICA, Volumen II).

Hay los siguientes manuscritos: a) De conformidad con lo acordado en la ya celeberrima conferencia celebrada en el véspero dominical y en entrevistas posteriores brevísimas y al paso es menester –pero ya– acudir solícitos en auxilio, protección y alivio del nuevo Job. Y lo de nuevo, es un decir o figura retórica, que casi compite en antigüedad con su homónimo ilustre, el viejo y Job de Udumea. Yo hé de hacerlo, por parte mía y también tienes que poner la porción que te corresponde y parte principalísima en la planeada y ya iniciada obra peregrina y obra de singular misericordia y muy sabrosa de hacer que toda bella acción trae consigo la recompensa y en sí misma está el premio. No sé si aquesto está en el Pentateuco o en el Deuteronomio. Mas es obvio

que sí esté en los Proverbios y en el Cantar de los Cantares del bienaventurado Salomón ben Daúd, ben Bethsabé, Ladumila. Tienes que hacerlo, tiéneslo pero ya, y no en relación con el mandato segundo sino en conexión con el mandamiento de los mandamientos —que los hay—, con el único y deleitoso centro de interés y con el sincronizado motorcillo y su palanca —no la de Arquimedes—: la palanca de Beremundo que ahora estudia el papel de Job. Oh dulcísima Dea, la del lucero inciso, —memórate de Job, el otro, en su Idumea! Recuérdala a Beremundo en su trasmundo y a Bogislao de Pipiripao en el tabuco y camarote de su Nao! Oh dulcísima Dea del trofeo intercolumnio, tú no tienes idea de como Job —el de ahora— de cómo Job jadea (por culpa de Vertamnio quizá no, que no lo afecta el cambio de luna) por culpa de la dilatada espera en vano. Pero Grullo lo dijo ya: *el que espera desespera* y desespera hasta el paciente Job. Tú no tienes idea, Dea! pero sí tienes que hacer algo —de lo acordado— en pro de la salud y la salvación y del placer y regocijo de aqueste malaventurado discípulo del Idumeo. Nuestro Job debe ignorar lo que se maquina entre nos para su beneficio y conveniencia: que le llegue de modo sorpresivo a su tabuco y bicoca mientras maldice, impreca y depreca en qué coral de lamentaciones mejor o peor —el coral suyo— que el de las lamentaciones de su colega el corega Jeremías. Gemías, Jeremías, harto menos que Job. Jeremías y Job, ambos con jota inicial. Con la jota que es la letra Jod del arameo o del judeo (en concepto de nuestro Pico de la Mirandola, de nuestro Nico de la Farándula, de nuestro Tico de la Adamándola). Adamando la Dea como no tienes idea! y como tienes que tenerla, y no tenerla, que sustentarla y no befarla. No todo sea humo de parla y viento de parola. No cuadra el bizcochuelo de pera cuando existe la compota de manzana.

27 IX 1956

b) También tú tienes que hacer la porción que te corresponde en la planeada y aún iniciada aventura peregrina. Tienes, tienes que hacerla pero no en relación con el mandamiento segundo sino con el mandamiento de los mandamientos y único centro de interés y sincronizado motorcillo y palanca —la de Arquimedes?— palanca

de Beremundo que ahora estudia para Job. Oh dulcísima Dea, memórate de Job en Idumea, de Beremundo en su trasmundo, de Bogislao de Pipiripao! Oh dulcísima Dea tu no tienes idea de cómo Job jadea! Tu nomtienes idea, Dea, pero si tienes que hacer algo en pro de la salud y el regocijo del malaventurado discípulo del Idumeo.

CXII

De aquellas abigarradas si nunca aborregadas huestes de peregrinos pan ambulantes; de éncias peregrinas que dejaron su cubil-bicoca-chiribitil-tabuco diogénico; de aquellas bandas de saetillas rapaces de la altanería que desenzarpárose de su alcándara, los grifones, para tomar, unas y otras, huestes y bandas, radiales rutas diversas migratorias por los ámbitos ilímites de los rumbos todos de Nuestra Señora la Rosa de los Vientos, (y otros rumbos insólitos distintos de los de la Rosa, los cuales están en su brújula, la brújula en la bitácora y la bitácora en el camarote-camarín-retrete de la rumbosa Dama). De aquellas peregrinas huestes de peregrinos, de aquellas bandas de la grifada estirpe halconera, los unos, los que llegaron hasta Serendib y allí plantaron sus Reales; los que erigieron sus tiendas de lona soto la luna en los ejidos de Amecameca de Juárez o en la Concordia de Ñito; los que pasaron por Pabón —donde posaron una tarde áurea antes de seguir hacia Tenche, Encalichada u Ochalí; los que se nacionalizaron

babilonios, prendados de los babilonios ojazos de las babilonias...— mas las dejaron presto, a Babilonia y a las babilónicas, para viajar hasta Korpilombolo, antesala del Círculo Polar Artico, todavía ellos en búsqueda, a la caza de Gaspar de la Noche. Esotros, los que saltando de ínsula en islote, de islote en cayo, de cayo en bajío, de bajío en arrecife, regresaron de Escocia a la nativa Escandinavia; como los circumnautas neo-jasones pro-medeadas que en su velero paradójico, surto por lustros en Utría —tras de estar otros años luengos en carena— zarparon al azar de los vientos y al albur de las marítimas corrientes, por el Pacífico proceloso, por el mansueto Mar del Sur. Se sabe de aquestos hasta que cruzaron el estrecho de Torres hace doscientos veinte y dos días... y nada más después. La brigada volante enfiló hacia el Norte rútilo, digo mientras se perdieron de vista los de la alígera flota en vértice. Luego... sábelo el gerifalte puntero. La bullanguera trinca o cáfila que fuese tras el gonfalón y soto el comando de meser y seor Sergio Stepánovich Stepansky, el de Nijni Novgorod, a giba de dromedario o entre jorobas de camello, salieron ya de Ecbatana camino de Taxkén en el ex-Turquestán: boletines dieron nuevas suyas desde Samarcanda, —dieron nuevas y ellos (la trinca) algunos conciertos y recitales de cámara—. Se ignora si aún actúan allá o si fuéronse con su música a algotra parte o a la punta de alguna cornucopia. El grupo bullanguero que fuérase

tras la enseña de Stepansky lo integran —primo— sus trece circasianas de órdago, las nueve piérides —las pegásides de la Fama— y las tres divinas Cárites —con sus tres Gracias correspondientes. También van a su zaga las Pléyades, las triscantes, pimpantes siete capretinas locas. Y luego —en más— sus conjuntos de cámara: su quinteto de vientos (flauta, oboe, clarinete, fagot y trompa); su quinteto de cuerdas (los violines, la viola, el violoncello y el contrabajo —éste es, además, segunda viola y violoncello segundo, de primera—.) También van sus bufones, su copero mayor, sus coperillas menores, su maestresala, sus ministriles, sus oráculos, sus augures, sus magos, sus astrólogos, sus amanuenses, sus crucigramatistas y sus pan-babelgramáticos. De aqueste equipo bullanguero fuera de lo dicho, antedicho, todo lo en más se ignora; nada entonces se sabe. Una vez lleguen a Taxkén y de allí salgan. De allí... Sospéchase, sí, que su propósito (el de Stepansky) es el de internarse —con su Corte— en una cierta incierta abadía de las telémicas, sita ella en no infiérese cual Tebaida de clima medio, propicio al hedonismo que dizque profesan (él, ellas y ellos). Hedonismo edénico adánico; edenismo, adanismo hedónicos, o algo así. Adanismo con Evas y Lilithes circasianas u otras si de similar hierarquía cuali-cuantitativa. Obvio decir que ni Stepansky ni los de su séquito, cohorte y reata dieran a conocer (o dejaran

asidero para intuir) la ubicación de su retiro. Obvio decirlo. Como necio el preguntarlo. Ni más faltara. Otros quienes, entre los prófugos del cubil, chiribitil, manoir, tabuco, bicoca, andan por ahí a la topa-tolondra, turulatos y todavía intra-muros, sin osar alejarse de los lindes urbanos, de sus fronteras arcifinias. Presúmesese que esperan aquestos el próximo arribo de su adalid y capelmaestre —Beremundo— que está en Babia, —no como siempre lo estuviera: en sentido figurado— sino que está allá, en Babia, físicamente ahora, en persona y de traje obscuro, dictando ex-cátedra sus lecciones de Logomaquia intensiva, de Crestomatía a contrapelo, de Semántica berebere —que es insolitísima semasiología paradoja—. Aquéllos otros, los epígonos de Palamedes y de Apolodoro, cultivan sus ocios entre el Sitio de la Tasajera y Copacabana, a orillas del Porce, en la hacienda de algún amigote. Y con la fuga de sus otros-yóes, aláteres y sosías, quedóse solo Bogislao, bajo el Signo de Leo —en apariencia— si soto el signo aciago de Saturno en realidad, en puridad de verdad. Quedóse solo Bogislao, solo de sola soledad y en SOLEDADES de don Luis de Argote y Góngora. Bogislaus von Griphius, *Príncipe de Aquitania de la torre abolida* según Nerval, el primer desdichado.

Cómo irá a darse ahora Bogislao al monólogo interior, al soterrano íntimo soliloquio. En trances tales que hánle sido, que le son frecuentes, se exaspera su ansia infra-introspectiva, exagera su maniático afán pseudo-analista; interroga a su Esfinge (la también sin secreto); expurga los laberínticos repliegues de su Etos subconsciente, de su pathos sexuo-sensorio. Y el monólogo...: no cuadra el bizcochuelo de pera cuando existe la compota de manzana. Tampoco aprovecha para maldita la cosa tanto talvez-quizá -puede-que-sí-quién-sabe y ojalá-y-vuelva-luego-que -no-hay-qué-darle. Oxe! indecisiones! Seamos enfáticos si afirmativos, si negativos, enfáticos. Doscientos veinte y dos días —días de menos o de más— que el Velero Paradójico pasó por el estrecho de Torres... Las otras por Ecbatana... ¿Cuándo tornará Beremundo de su trasmundo?

Unas se acercan con paso dormido, como en el sueño, cuando el sueño huyó. Otras con paso de danza, medido...

El dorado crepúsculo sobre el río vertía monedas falsas de asaz legítima apariencia, y —de adehala— pedrería de esa que halló Aladino cierto día (o noche) en mi presencia. El dorado crepúsculo... Recuerdo, recuerdo que era en tierras de lueñe Robinsonia. Robinsonia, refugio del musageta orondo: vate antaño lunario, antaño citareda macabrista, funámbulo trovero fantasista y que, hogaño, no a Diana sino a la selva asorda con su insólita cántiga tremenda —rival de la cigarra que en la selva redunda, y del río y su queja gemebunda que sólo cesa cuando se desborda—

(El río, digo, cara Melisenda). Robinsonia, refugio del musageta orondo: porque era, entonces, Yo —rápsoda inulto—, el Exilado, con veleidades aventureras: no ahora el vate culto, gongorino (al decir las plañideras...): el Exiliado, el Extranjero, llano y mondo, el Exiliado, con veleidades aventureras (como agora y mañana). Quizá sí, quizá no, talvez, quien sabe. El fugado crepúsculo sobre el río regó legítimas estrellas —monedas invaluable—. Puñados de monedas para los miserables la noche dispendía con lujo millonario. Legítimas estrellas, auténticas estrellas, sobre la sien del zahareño solitario. Estrellas caídas del estuche de terciopelo de la Noche Encendida. Según cuentan. El violado crepúsculo... Recuerdo, recuerdo el ánima en vela! De filtros rebosante —angustiados— el indomado espíritu! Ebrio de vida, ansioso, el corazón, tras límites vuelos! En mis oídos cantaba la voz de Eleonora! En mis oídos cantaba la voz de Isabeau, la valkiria! En mis oídos cantaba la voz de Dinarzada! La voz de Melusina! Sobre mi pecho reclinaba su cabeza ensoñadora Xeherazada, y sus brazos acariciaban mis sienes insurgentes! Delante a mí las bayaderas danzaban sus danzas más exquisitas! Delante a mí cantaban las excelsas músicas y en mis oídos vertían los sónes excelsos: en mis oídos cantaba la voz de Eleonora, annabélica, la voz de Ladumila ulalumínica, y en mis oídos cantaba la voz de Dinarzada, y en mi boca sarcástica se posaban los labios febriles de mi Noche Morena...

Bien. ¿Y que se sabe de Job? Parece que le han dado esperanzas. Ha de ser para pronto, que es grave asaz el estado de Job, y no da tregua. Hay que acudir pronto con la panacea, con el sanalotodo único! Nada de penicilinas para Job. Para Job, la droga mirífica! Pero ¿qué se sabe de Job, además? No se le vé por las calles, deambulante, ni por el cafetín, tertuliano,

ni ha vuelto a visitar el chiribitil-biblioteca-pinacoteca-discoteca-mecanotaquimeca. ¿Andará turulato también, a la topa-tolondra, de Ceca en Meca o por Amecameca de Juárez? Nadie lo sabe. Quien lo supiera, sabría harto más que Briján. En el peor de los casos iría con los otros sus pares —tales para cuales— y estaría pescando sabaletas del Porce por el Sitio de la Tasajera y por el de Copacabana y en espera de que se cumpla con él la obra de misericordia prometida. Hace doscientos veintidós días que la espera el mísero neo-Job, tañedor de laúd y lamentable trovero jeremítico. Recuerdo que yo estaba con el amigo Job y quizá fuese acuavita sueca lo que libáramos.

Después de que escanciáramos el vaso postrimero —metidos ya en la sima berroqueña— nos dimos a decirles, a Orión, a Fomalhaut, a Aldebarán, nuestra congoja, y a Proción y al divino Boyero: no sonreían, no sonreían, sino que se hermanaban con nuestra ánima pequeña, no se mofaban de nuestro diminuto afán. Muy más allá del mundo de los astros queda el país difuso de los sueños; muy más allá del campo de los sueños el reino está —brumoso y coruscante— de la locura, que en sus brazos muelles todo el amor ilímite atesora. Después de que vaciáramos el último jarro de vino —no era dizque acuavita sueca?— nos dimos a vagar bajo el tenso vientre maduro de la noche, áureo vientre y endrino: ya nos cantaba su canción zahareña, sensual, sexual, la noche, perfumada de jazmín y de incienso. Canción epitalámica, imbuída en un ambiente tibio de calígine: infusa de la música felposa que integra el sortilégico Nirvana; canción de éxtasis denso, que resume y acendra —entre sus filtros— la ventura...

Para monólogos, el inefable Bogislaus von Griphius, nuestro infatigable soliloquista de cabezal y de testero. Monologuista, soliloquero. Y continúa: Yo, no río. Yo estoy callado definitivamente, y hace siglos (nadie va a creerlo!) Yo no río. Yo miro todo por cima de los hombros, y hace siglos. Yo no río. No lloro. Discurro distraído... Yo fui de los guerreros que justaron en Trebbia y Trasimeno, al lado del fabuloso Aníbal, y no hubo tales delicias de Cápuá, sino el lógico dispendio de sobrantes calorías. ¿Para qué íbamos a torcer el curso de los astros? Fui lector de Cristina y quizás otra cosa muy más dulce. Del bravo Carlos XII fui ayudante. Qué paladín heroico! Qué adalid! También estuve en la retirada de Rusia, con el Corso. Víctor Hugo refiere cómo nevaba, cómo nevaba, cómo nevaba siempre... Si así fue, no advertí: era tan divertido Beyle con sus anécdotas! Y luego, que —al lado de Miguel Ney subía la temperatura...

El violado crepúsculo sobre el río dejaba caer las amatistas falsas, caer las amatistas y disparaba —del más raro oriente— margaritas que Cleopatra no bebiera... y —de ahehala— a guisa de presente sobre el río ponía a la misma reina de Saba —Makéda toda luz, toda noche sombría— desnuda, apenas vestida de sus rubores decadentistas y de sus cabellos y sus vellos de jacinto y de las amatistas crepusculares y de epitalámicos olores... Así Laúd, del capitel al plinto, como Makéda...

4 X 1956

Ver ESQUICIO Nº 2 (VI) - RELATO DE ALDECOA - RELATO DE PROCLO Y RELATO DE GASPAR (en LIBRO DE SIGNOS Y VARIACIONES ALREDEDOR DE NADA - OBRA POÉTICA Volúmenes I y II).

Hay el siguiente manuscrito: De aquellas tropas de peregrinos pan-ambulantes que dejaron su cubil-bicoca-chiribitil-tabuco, de aquellas bandas de saetas rapaces de la altanería que des-zarpáronse de su alcándara, para tomar, unas y otras, radiales rutas diversas migratorias por los ámbitos de los rumbos todos de Nuestra Señora la Rosa de los Vientos (los rumbos

della en su brújula, la brújula en la bitácora, y la bitácora en el camarote-camarín-retrete de la Rosa). De aquellas tropas de peregrinos, de aquellas bandas de la grifada estirpe: los que llegaron hasta Serendib y allí plantaron sus Reales. Los que erigieron sus tiendas de lona soto la luna en los egidos de Amecameca de Juárez. Los que pasaron por Pabón —donde posaron una tarde antes de seguir hacia Tenche u Ochali. Los que se nacionalizaron babilonios, prendados de los ojazos babilonios de las babilonias, mas la dejaron presto (a Babilonia) para viajar hasta Korpilombolo (antesala del Círculo Polar Artico) todavía en búsqueda, a la caza de Gaspar de la Noche. Esotros que, saltando de islote en islote, de isla en cayo, de cayo en bajío, de bajío en arrecife, regresaron de Escocia a la nativa Escandinavia. Como los circumnautas neo-jasones que en su velero paradójico surto por lustros en Utría —tras de estar otros años en carena— zarparon al azar de los vientos y al albur de las corrientes marítimas, por el Pacífico proceloso, por el mansueto Mar del Sur. Se sabe de aquestos que cruzaron el estrecho de Torres hace trescientos diez y siete días... Y nada más después. La brigada volante enfiló hacia el Norte rútilo —digo, mientras se perdieron de vista los de la aligera hueste. Luego... sábelo el halcón puntero. La bullanguera trinca que fuese tras el gonfalon y soto el comando de Sergio Stepánovich Stepansky, a giba de dromedario o entre jorobas de camello salieron ya de Ecbátana camino de Taxkend en el Turquestán, dieron nuevas suyas desde Samarkanda (y algunos conciertos y recitales de cámara). Se ignora si aún actúan allá o si fuéronse con su música a algotra parte; el grupo bullanguero que fuese tras la enseña de Stepansky lo integran —primo— sus trece circasianas de órdago, las nueve piérides y las tres divinas Cárites, y luego sus conjuntos de cámara: su quinteto de vientos: flauta, oboe, clarinete, fagot y trompa: su quinteto de cuerdas: los violines, la viola, el violoncello y el contrabajo (éste es, además, segunda viola y cioncello segundo), sus bufones, su copero mayor, su maestresala, sus ministriles, sus oráculos y augures, sus astrólogos, sus amanuenses y sus crucigramatistas y babelgramáticos. De aqueste grupo bullanguero, fuera de lo dicho,

todo se ignora, nada se sabe, una vez lleguen a Taxkend y de allí salgan. Sospéchase sí que su propósito (el de Sergio) es el de internarse —con su Corte— en cierta abadía telémica sita en no infiérese qué Tebaida de clima medio propicio al hedonismo que profesan (él, ellas y ellos). Hedonismo edénico, adánico, edenismo, adanismo hedónico o algo así. Adanismo con Evas y Lilithes circasianas u otras. Obvio decir que ni Stepansky ni los de su séquito y reata dieran a conocer —a dejar asidero para intuir— la ubicación de su retiro. Ni más faltara. Quienes, entre los prófugos del cubil, chiribitil, bicoca, *manoir*, tabuco, andan por ahí a la topa-tolondra, turulatos, y todavía intra-muros, sin osar alejarse de los límites urbanos. Presúmese que esperan el arribo de su adalid —Beremundo— que está en Babia, no como siempre lo estuviera: en sentido figurado, sino que está allí físicamente, en persona, dictando sus lecciones de logomaquia intensia, de crestomatía a contrapelo y de semántica berebere. Y, con la fuga de sus otros -yóes, aláteres y sosías, quedóse solo Bogislao, bajo el Signo de Leo —en apariencia— si soto el Signo de Saturno —en puridad de verdad. Quedóse solo Bogislao, solo de sola soledad *Príncipe de Aquitania de la Torre Abolida* según Nerval, el primer desdichado. Cómo irá a darse Bogislao, al Monólogo interior, al soterraño íntimo soliloquio. En trances tales que hánles sido, que le son frecuentes, se exaspera su ansia infra-introspectiva, exagera su maniático afán pseudo-analista; interroga a su Esfinge (la también sin secreto); expurga los laberínticos repliegues de su Etos subconsciente, de su pathos sexuo-sensorio. Y el Monólogo...: no cuadra el bizcochuelo de pera cuando existe la compota de manzana. Tampoco aprovecha para maldita la cosa tánto talvez -quizá-puede-que-si-quién-sabe-y-ojalá-y-vuelva-luego-que-no-hay -qué-darle-Oxte! indecisiones! Seámos enfáticos si afirmativos, si negativos, enfáticos. Doscientos veinte y dos días —días de menos o de más— que el Velero Paradójico pasó por el estrecho de Torres...

CXIII

Como ayer lo vió bien y hallólo bien quien podría no hallarlo así, pues ea! y adelante con los faroles y con el cuento o quier ficción o fábula milesia. La que adviniera de los montes y de los áureos, raudos ríos. La que llegara de las selvas a ser la huésped de mi Insula. Luenga la espera. Largo el viaje. Caprichoso el itinerario y accidentado el recorrido. Surcó bajíos y rompientes, sorteó sirtes y roqueras, esguazó ríspidos torrentes, capeó hirsutos temporales-sirocos, tifones, simunes —y hendió las nubes, icarina—, mas no falláronle las alas, y, al fin, recaló en la bahía, la que viniera de los montes, la que tornara de los montes a ser huésped de mi bicoca y soberana de mi feudo. Mi feudo, bicoca, torreta, cubículo, manoir, covacha o habitáculo.

Como dijera nuestro Oráculo, quizá en babélico versículo. ¿En jerigonza de la zonza? ¿En guirigay? ¿En pan-babélico? Que lo defina mister Gray —el del sonado Lexicón, pan-Lexicón aristotélico—, nuestro Pico de la Mirandola, nuestro Nico de la Farándula... La que tornara de los montes, la que adviniera de la Selva de Brocelianda, de la Floresta de los Mitos.

Doscientas treinta y tres o cuatro lunas después de haber pasado con buen viento nuestro bajel por el estrecho de Torres, volvió a saberse de la suerte y ventura de su tripulación, de los mis otrosyóes excursionistas, de nuestros amigazos marineros. Volvió a tenerse nuevas dellos, los neo-nautas circumnavegadores a bordo del Velero Paradójico. A bordo del bajel Sigdel, reencarnación avatárica de la ex-nao Hiperetusa. Bajel piloteado por Palinuro, el último superviviente de los Argonautas de Jasón. Dicen ellos, los excursionistas —por carta y no de marear— y no terminan de decir. Y cuentan ellos —corresponsales— y tampoco acaban de contar. Ni empezamos nosotros —leedores de sus epístolas— a creerles ni los cuentos, relatos y dichos, ni los infundios, ni las fazañas, las trápalas ni las fantastiquerías. Parece evidente, sí, que regresarán pronto a reforzar nuestros equipos pan-musúrgicos, a fortalecer nuestra Cofradía de los JOPECÓN y nuestra trinca de los PO-PEN-PEPO. Beneméritas ellas, las citadas sociedades, las citadas instituciones de inutilidad común, comprobada. Créese. Y benemeritísimos ellos, los aludidos equipos. Integrados aquestos —los equipejos— por la caterva de los turulatos de la poetería desenfrenada, ex-desmelenada; de la goliardería trovadoresca, de la ribalda alfarachería de los rimadores guzmanes; del cotarro pseudo-villonil de sota-copleros inultos, epigónicos, estultos, derelictos,

confesos tras convictos. Integradas aquellas —las instituciones— por los mismos menganos y por otros tales por cuales zutanejos de idéntica perencejidad. Así es. Doscientos treinta y tres o cuatro días más tarde —con sus noches ¡oh Laúd-Zumurrud -Alud! Y poco después de reiniciada la cabalgata, la empresa parecía como que estuviese periclitando, parecía que no estábase presentando bien. Pero —a la mitad del recorrido— se enderezaron las cargas, como antaño dijera Estebanillo (no el González de la picaresca, hombre de buen humor, sino el Jaramillo de la Finanza). Enderezamos las cargas y continuó la excursión-incursión normalmente, hasta su dichosa culminación; continuó el viaje como por sobre rieles o railes paralelos. Ibamos rumbo —ogaño— a Bolombolo, donde estuviéramos antaño. Hicimos alto en la jornada. Paramos frente a la posada del peregrino (ilusionados peregrinos apasionados), posada sita en el angosto y augusto vallejuelo. En la misma bifurcación de los caminos o en la propia confluencia de ellos. El camino que viene de la Concordia de Ñito o a la Concordia lleva, y el camino que parte de la Otra Mina de Don Efe, o allá conduce. Es un edénico paraje que ubícase muy cerca de donde júntase la Comiá con el Cauca: que allí es el cruce de los caminos en referencia. Que hasta allí llega y se bifurca el que viene —Cauca arriba— desde El Cangrejo de la Guaca, o allí confluyen para hacerse

uno, los ya nominados. Ese sitio —abra estrecha— se llama la Ye de Comiá o el Delta de El paso de la barca; y es nemoroso refugio eglógico y ardiente, joya al par y joyel del paraíso bolombólico.

Ya no habita por allá, en la región, la Rosa de Bolombolo de que habló Sergio Stepansky (si no fué Erik Fjordson) en su CANCIÓN DE ROSA DEL CAUCA. Canzonetta que empieza así: Cerca de donde júntase la Comiá con el Cauca, Rosa pícara vivía —del campamento lujuriente Hada. Que empieza así y acaba así: ¿donde amarás ahora, Venus de Bolombolo, Láis del Cauca? Ya no habitará allá, no amará ni en otra parte quizá. Cuando Sergio —si no fué Erik— escribió su Canción, ya Rosa habíase ídose de la zona bolombólica, para su Titiribí.

Lo dicho. Ahora si se va a reanudar la composición de la portantos heraldos anunciada SONATA PARA VIOLA DE GAMBA Y CLAVECÍN. Ya se revisó el primer movimiento. En más, ya se escribieron en firme los primeros compases —tema y motivo conductor— del segundo movimiento: el *Larghetto assai cantabile*, en forma de Lied, con variaciones modales y rítmicas, cadenza *ad-libitum* y re-exposición del tema al final. Con el mismo tema y paralelamente a la SONATA se escribirá un POEMILLA: como que la Música y la Poesía —para nos— siempre andarán unidas. Son las alas gemelas de la fantasía, el par de remos de la ideación.

Y no solo en concepto de Bogislao, alas y remos. Y ni en concepto dél, sino ajeno, dicho y redicho talvez desde el inicial crepúsculo antelucano poético, —desde los primeros vagidos del primer Anfión u Orfeo. Se escribirá, no sólo un POEMILLA, sino una secuencia de ellos, variaciones sobre el mismo tema, que asaz plácenos.

Quizá la serie de poemillas ni se publique nunca, ni mucho menos —sin quizá— se espete a viva voz, talvez ni al oído de nadie. De nadie más, digo, oh Zumurrud. La que adviniera de los montes a ser la huésped de mi Insula. Insula mía, nada sanchopancesca ni barataria. Nulamente barataria, ni dándola de barato, y no obstante la simplatía que por allí campa; no obstante: como que importan más, como que son más caras, otras riquezas. Qué hallazgo! Hallazgo? Si este es un descubrimiento lapaliciano de Gedeón, fijamente, o del seor Pero Grullo: no es descubrimiento ni hallazgo —pues— ni de Palamedes ni de Claudio Monteflavo ni del Adón de los Adones (que son los más próximos asesores de Beremundo el Lelo, cuando interdicto).

Recuerdas, Beremundo, amnésico a saltos, recuerdas —si está lúcida hoy tu memoria— esotros viejos mitos de la era selvática? El mito de Morgana, el de Melusina, el de Bibiana?

Oh! Bibiana —decías—: ¿No está en tu cuerpo toda la euritmia, como en tus ojos amor en acecho? Como en tus labios —de cuya sonrisa copia desearan las diez y ochescas preciosas preciosas— la gracia felina y el sacro fuego que infunde en las venas la fiebre de amores y fina lascivia? Y ahora has tornado de lontana corte, portando atavíos de magia y ensueño, Fata Bibiana. Y el lucero inciso, en más. Arpados laúdes, melados oboes y el cálido canto de los clarinetes alaben tu arribo; tu arrogancia lóen pulidos rondeles; y los serventesios y las vilanelas a tus pies se postren, Fata Bibiana, Fata Zumurrud. ¿No está en tu cuerpo toda la lujuria y en tus claros ojos y en tu boca fresca? Vestida de hielos, te veo desnuda. Desnuda... Desnuda te vistes de fuego: como una bacante me abrazas y besas... Cuando hablas o ríes se acalla la música... Como tú caminas. Salomé danzára... y como tu danzas...: toda está en tu cuerpo —Fata Bibiana—, toda está en tu cuerpo, toda la locura...

Oh lelo! oh turulato Beremundo!: si a sirenas adulas y a silvanas ninfas loas, si a hamadriadas, a dríadas y a cárites exaltas, sigue en ello, no cejes, que es donoso ejercicio y homenaje tan grato de rendir. Como tú, Bogislao de mí, don pseudo-bardo, don poetete leologográfico: mal que bien, peor que mal, también insiste en ello, no cejes tampoco en tu manía de cantar, siempre cantar. Cantar y oír cantar a las sirenas, siempre oír cantar y siempre amar a las sirenas siempre: Bajo el Signo de Leo. Bajo Leo la sirena y Leo bajo el Signo de Saturno y Saturno, moroso y taciturno, mesándose la barba y la melena, preludiando un NOCTURNO. NOCTURNO chopiniano, piano, piano...

Déjate de chacotas, Palamedes, que parlo en serio —casi siempre, hermano—: harto bien, Palamedes, lo sabedes. La que venía de los montes a ser la huésped de la Insula, de la bicoca y la torreta: la soberana de mi feudo seudo... Para decir es tarde lo que jamás se dijo. Temprano todavía para nunca decirlo. Ya todo se dirá, si al oído de nadie, cuando lo marque el horologio, cuando la clépsidra lo indique. Ya todo se dirá, si con tácitas voces, con hierático acento y en cláusulas abstrusas de sentido recóndito. A su tiempo y sazón y en instante oportuno. Temprano todavía: ¿Cuando será que el viento me barra y borre con su alarido? Vagar en tanto: vagar y divagar... oh Soledad sin unidad y sin edad. Y algo más que vagar ahora: algo más, pues irrumpe de no se sabe donde, de no inquiérase dónde, lograda fantasía: oh Zumurrud! Lograda fantasía; reverdecer joyoso, cactus rojo en el lleco. Lograda fantasía que tibia miel alquimia, que acerba pulpa esconde, que ardiente hechizo oculta, que aciago filtro acendra, que angustia áspera cría, que alto deleite engendra, y así mi regocijo y mi dolor y mi oprobio y mi alegría: para mejor soñar gusto el insomnio seco y el ensoñar sin eco y ver las cosas por la cara y por el sello (el Debe y el Haber, el anverso, el reverso). Tesis, Antítesis, para obtener la síntesis (anota, al margen, Palinuro). Y algo más que vagar, ahora mesmo: Algo más, pues irrumpe de donde nunca sábese lo que no sé y a que en el viento

grábese... Algo más, de que nutro mi vagancia. Algo más de que cólmase el mutismo, llénase soledad de resonancia ecoica, —soledad es caracola que el mar recata en su espiral de ola—, —mutismo es el silencio metido entre sí mismo—, —vagancia es ensoñar, sólo ensoñar, sin cavilancia—. Algo más, de que nutro mi bulimia sensorial, de que nutro zafírea hambre de ilusión: unidad es multánime, varia, dispersa, unánime, no única. Algo más que oquedad vacía puebla de calandrias, alondras, ruiseñores bulbules y de azores neblíes y halcones esparveres...: algo que pone lumbre, ardor, en fonje niebla; púrpura, múrex, rojo vívido y en aciagos azules ominosos, y fé y júbilo (dormían bajo de siete sellos) en el hastiado espíritu y el corazón en sus atardeceres... Oh corazón en alborada si tardeño! Oh espíritu en función, si ya dormía, si dormitaba —que es peor—, pero homérico poco... Vagando y divagando en el tras-sueño, vagando a duerme vela: como antaño solía tal suelo aún... Oh ensueño zahareño! Qué magia y cavilancia la del loco señor de la más cuerda peregrina Folía! (En realidad no es poco orate nuestro cuerdo amigo y otro yo y sosías. Aunque no tan orate como amnésico, ni tan amnésico cuanto grafómano mitomaniático drolático). Qué le vamos a hacer, no tiene cura ni se cura él de sanar ni de curarse en salud.

Y es una locura tan inofensora, tan mansueta, plácida tanto y hasta divertida en veces. Se le disuelve la locura en ácidas ondas de vaga poesía en ardua prosa o en arcano verso y en hondo platicar consigo mismo o con la egeria, a quien le dice: Yo soy el Viento. Y al azar discurro. Y a tí y a mí la misma melodía nos exalta, Zumurrud! Me abrego del susurro de tu voz! Es mi afán tu propio afán! Yo soy el Viento. Aligero discurro por los collados. Con mis brazos ciño la esbelta línea, el musical susurro y el tibio aroma y el logrado afán! De grana ardiente el gris otoño tiño, y entre mis brazos de tiznado armiño vibran los sueños que a mi ardor se dan. Tu férvida pasión nutre la mía! Siciar tu árida sed mi sed ansía, y henchir tus sueños, Zumurrud! Qué le vamos a hacer, no tiene cura, ni sanar desea... por ahora.

18 x 1956

Ver CANCIÓN DE ROSA DEL CAUCA - CANCIÓN DE BIBIANA (en VARIACIONES ALREDEDOR DE NADA - OBRA POÉTICA, Volumen II).

Hay dos manuscritos fechados el 18 X 1956: a) La que adviniera de los montes y de los ríos áureos raudos. La que llegara de las selvas a ser la huésped de mi Insula. Caprichoso el itinerario y accidentado el recorrido. Surcó bajíos y rompientes, sorteó sirtes y roqueras, esguazó rípidos torrentes, capeó hirsutos temporales —sirocós, tifones, simunes— y hendió las nubes icarina, y, al fin, recaló en la ensenada la que viniera de los montes a ser huésped de mi bicoca y soberana de mi feudo. Bicoca, torreta, cubículo, *manoir*, covacha o habitáculo. Como dijera nuestro Oráculo, quizá,

en babélico versículo. ¿En jerigonza? ¿En Guirigay? ¿En pan-babélico? Que lo decida Mister Gray —el del sonado Lexicón, Pan Lexicón aristotélico—, nuestro Pico de la Mirandola... La que tornara de los montes, de la selva de Brocelianda. Doscientas treinta y tres lunas después de haber pasado con buen viento por el estrecho de Torres, volvió a saberse de la suerte y ventura de nuestros amigos excursionistas marineros, volvió a tenerse nuevas dellos, los neo-nautas, circumnavegadores a bordo del Velero Paradójico. A bordo del bajel Sigdel, reencarnación avatárica de la ex-nao Hiperetusa. Bajel piloteado por Palinuro, último superviviente de los Argonautas de Jasón. Dicen ellos, los excursionistas, —por carta— y no terminan de decir, y cuentan ellos —corresponsales— y tampoco acaban de contar. Ni empezamos nosotros —leedores— a creerles ni los cuentos ni los dichos, ni los infundios ni las patrañas. Parece evidente, sí, que regresarán pronto a reforzar nuestros equipos panmusúrgicos, a fortalecer nuestra Cofradía de los Jopecón y nuestra Trinca de los Popen-pepo. Beneméritas, Laúd, las citadas sociedades, instituciones de inutilidad común comprobada —créese—. Y benemeritísimos los aludidos equipos. Integrados —aquéstos, los equipejos— por la caterva de la poetería desenfrenada, ex-desmelenada, de la goliardería trovadoresca, de la alfarachería de guzmanes rimadores, del cotarro pseudo-villonil de sota-copleros inultos, epigónicos, estultos, derelictos, confesos y convictos. Integradas —aquellas— por los mismos menganos y por otros tales por cuales zutanejos de idéntica perencejidad. Doscientos treinta y tres días más tarde —con sus noches... Y poco después de reiniciada la cabalgata la cosa parecía como que estaba periclitando, parecía que no estaba presentándose bien. Pero —a la mitad del recorrido— se enderezaron las cargas —como dijera Estebanillo, no el González de la picaresca, hombre de buen humor, sino el Jaramillo de la Finanza. Enderezadas las cargas, continuó el viaje normalmente hasta su dichosa culminación, continuó como por sobre railes paralelos. Ibamos rumbo a Bolombolo, donde anduviéramos antaño. Hicimos alto en la jornada frente a la posada del peregrino

—peregrino ilusionado y apasionado—, posada sita en el angosto augusto valle. En la misma bifurcación de los caminos o en la propia confluencia de ellos: el camino que viene de la Concordia de Ñito o allá lleva, y el camino que llega de la Otra Mina de don Efe, o allá conduce. Es edénico paraje sito cerca de donde júntase la Comiá con el Cauca que es el cruce de los caminos en referencia. Que allí llega y se bifurca el que viene —Cauca arriba— de El Cangrejo de Guaca, o allí confluyen los ya nominados. Ese sitio se llama la Ye de Comiá o el Delta de El Paso de la barca, y es nemoroso refugio eglógico y ardiente, joya al par y joyel del paraíso bolombólico. Ya no vivirá por allá la Rosa de Bolombolo de que habló Sergio Stepansky en su Canción de Rosa del Cauca, que empieza así: Cerca de donde júntase la Comiá con el Cauca, Rosa picara vivía —del campamento lujuriente Hada... Ya no vivirá, ni en otra parte quizá. Cuando Sergio escribió su Canción ya Rosa habíase ido de la región o zona bolombólica.

Ahora si se va a reanudar la composición de la anunciada Sonata para viola de gamba y clavecín. Ya se escribieron en firme los primeros compases —tema y motivo conductor— de su segundo movimiento, el *Larghetto assai cantabile*, en forma de Lied con variaciones, *cadenza ad-libitum*, y reexposición del tema al final. Con el mismo tema y paralelo a la sonata se escribirá un poemilla, como que la música y la poesía siempre andarán unidas: son las alas gemelas de la fantasía, el par de remos de la ideación. Y no sólo en concepto de Bogislao. Y ni en concepto dél, sino ajeno, dicho y redicho desde el crepúsculo antelucano inicial, desde los primeros vagidos del primer Anfión u Orfeo. Se escribirá, no un poemilla sino una secuencia de ellos, si variaciones sobre el mismo tema. Quizá la serie de poemillas ni se publique ni —menos, sin quizá— se espete a viva voz, talvez ni al oído de nadie. De nadie más, digo, oh Ladumila. La que adviniera de los montes a ser la huésped de mi Insula. Insula mía, nada sanchopancesca ni barataria. No obstante la simpatía: que importan más, que son más caras otras riquezas. Y este es un descubrimiento del seor Pero Grullo, no de Palamedes

ni de Claudio Monteflavo ni del Adón de los Adones, los asesores de Beremundo.

Y el mito de Morgana, de Melusina, de Bibiana? oh Bibiana: No está en tu cuerpo toda la euritmia, como en tus ojos amor en acecho? Como en tus labios la gracia felina y el sacro fuëgo que infunde en las venas la fiebre de amores y fina lascivia? Y ahora has tornado de lontana Corte, portando atavíos de magia y ensueño, Fata Bibiana: arpados laúdes, mlados oboes y el cálido canto de los clarinetes alaben tu arribo: tu arrogancia loen pulidos rondes; y los serventesios y las vilanelas a tus pies se postren, Fata Bibiana. No está en tu cuerpo toda la lujuria y en tus claros ojos y en tu boca fresca?

b) La que viniera de los montes a ser la huésped de mi Ínsula; caprichoso el itinerario: surcó rompientes y bajíos, sorteó sirtes y roqueras, capeó hirsutos temporales —sirocós, tifones, simunes— y —al fin— trcaló en la ensenada la que viniera de los montes, a ser la huésped de mi bicoca. Bicoca, torreta, cubículo, manoir, covacha o habitáculo. Como dijera nuestro oráculo en su babélico versículo. ¿En babélico? ¿En guirigay? ¿En jerigonza? Que lo decida Mister Gray —el del mentado Lexicón—, nuestro Pico de la Mirandola. La que volviera de los montes... Doscientas treinta y tres lunas después de haber pasado con buen viento por el Estrecho de Torres, volvióse a tener noticia de ellos, volvió a saberse de la suerte y ventura de nuestros amigosotes marineros, los neo-nautas circunnavegadores a bordo del velero paradójico. A bordo del bajel Sigdel, reencarnación de la ex-nao Hiperetusa. Bajel piloteado por Palinuro, último superviviente de los Argonautas de Jasón. Dicen ellos —por carta— y no terminan de decir, y cuentan —corresponsales— y tampoco acaban de contar. Ni empezamos nosotros a creerles ni los cuentos ni los dichos. Parece evidente, sí, que regresarán pronto a reforzar nuestros equipos pan-musúrgicos y nuestra Cofradía de los Jopecón y nuestra trinca de los Po-pen-pe-po. Beneméritas las citadas sociedades, instituciones de inutilidad

común —creese—. Y beneditísimos los aludidos equipos. Integrados —aquéstos— por la caterva de la poetería desenfrenada, de la goliardería trovadoresca, de la alfarachería rimadora, del cotarro villonil de sota-copleros inultos, epigónicos, derelictos. Integradas —aquellas— por los mismos y por otros tales por cuales zutanejos de idéntica perencejidad. Doscientos treinta y tres días más tarde —con sus noches—... Y poco después de iniciada la cabalgata la cosa parecía como que no estaba presentándose bien, pero —a la mitad del recorrido, se enderezaron las cargas— como dijera Estebanillo, no el González de la picaresca, hombre de buen humor—. Enderezadas las cargas, continuó el viaje normalmente hasta su dichosa culminación, como por sobre railes paralelos. Hicimos alto frente a la posada del peregrino —ilusionado y apasionado—, posada sita en el angosto agosto valle, en la misma bifurcación de los caminos o en la propia confluencia de ellos: el camino que viene de la Concordia de Ñito, o allá vá, y el camino que llega de la Otra Mina de Don Efe o allá conduce... Cerca de donde jútase la Comiá con el Cauca es el cruce de caminos en referencia. Que allí llega y se bifurca el que viene —Cauca arriba— de El Cangrejo de Heliconia o allí confluyen los ya nominados. Ese sitio se llama la Ye de Comiá o el Delta del paso de la barca, y es nemoroso refugio eglógico y ardiente, joya al par y joyel del paraíso bolombólico.

CXIV

Decididamente es diluvial la época —en el altiplano al menos— y para más de cuarenta días y cuarenta noches, si no marran los Almanagues y Pronósticos de Don Diego de Torres Villarroel. Y sobre el reciente hecho venturoso —ex-Bibiana— ya van corridas doscientas veinte horas antelucanas, diurnas, vesperales y nocturnas, cuidadosamente contadas,

nimiamente registradas en el Breviario. Afuera, el caso diluvial. Afuera, todo, todo igual y paralelo mas no en su perfección exacta absoluta, pero no invariablemente igual, porque a veces no llueve en pleno, sino que a ratos apenas mollizna, opera a ratos apenas el sirimiri, funciona sólo el calabobos que a agudos también cala. Y hasta —de vez en vez— se le ve la faz al aterido sol, al ex-rubicundo Febo. Y en veces se ve el lucero y se ven sus otras luminas y partes. La ex-oronda faz se le ve al ex-rubicundo Febo Apolo de los clásicos, cuasi-clásicos y románticos no modernos, pero no de los ídem contemporáneos. ¿Y para nada hubiéramos de venir a hablar de Febo como de los neoclásicos y de los neorrománticos, existencialistas o memos, poco solares aquestos y nada lunarios? Afuera, todo, todo sigue igual. Y en veces se vé el lucero y su graciosa cohorte de atributos, más no con la frecuencia ansiada, aunque tampoco cual mejor quisiera vérselo dándole largas y cortas al deseo y al regusto. Sobre el hecho venturoso ya va la década transcurrida bajo el signo de acuario. Aqueste nada impermeable tiempo del orvallo, de la mollizna, de la llovizna, del sirimiri, del paramillo calabobos —cuando no del desgalgado chaparrón, del chubasco y del aguacerazo— tiempo es mirífico —por contraste, en contrapunto, en discante, obligadamente otrosí— para perderlo en tareas de autocopista, de antólogo *ad-hoc* —*ad-ínterin*—, tareas hórridas ejecutadas en recinto

cerrado. En recinto cerrado, en cuyo refugio mismo sobre-óptimo fuera paladear, degustar el tiempo del orvallo en lides lautas, oh Laúd! Lautas lides sumamente laudables, adulables aún. Tiempo de sirimiri, contratiempo de orvallo y de mollizna, mirífico, óptimo así. Pésimo, nulo, para usarlo al aire libre —si húmedo— en ambulatorios peripateticismos no todos ellos tan filosóficos como los de nuestro Mentor y Néstor, Aspasio de Afrodísides. Ambulaciones peripatéticas y dromomanía de la vagancia. Y de la vacancia ahora, mientras —y en el sellado recinto también— cuán bienvenida! —lléguese, con la huésped, la alegría— y la ocasión de emplearlo, el tiempo, en mesteres de muy altos linaje y quilataje, mesteres dadores de fruición y embeleso de sabor indecible, deleite inenarrable y éxtasis elato. Y no sólo —literalmente— en literarios mesteres u oficios de los de Beremundo, mas si en afines, todellos tales tocantes, atingentes, cooperantes, coadyuvantes a la Poesía —como decía el divino Platón, no todas las veces platónico...—. Coadyuvantes, cooperantes, atingentes, tocantes a la hecha literaria; que la literatura es no sólo retórica ánfora o copa prosódica para colmadas de meras abstracciones o de hidromieles de la preceptiva. Anfora abstracta no, para poblada de ecuaciones o de flores de trapo o de arrequives sensibleros. Nada de eso. Que es crátera y es arca y cornucopia continentes

de pensamiento vivo y de vida, cogitante, de motos sensorios, sensuales, de carne y savia y jugos y de sangre y de seso y de sexo, tanto como del artilugio meramente mental, cerebral en frío y de los formales artificios figurativos, decorativos, en gélido y en tibio, de habilidad mera o de sólo oficio; con molde y cartabón y cánones prescriptos. Por contraste, aueste tiempo de lluvias, diluvial, más que mirífico, reóptimo, oh Laúd, oh Alauda! para aquellas tareas de adorno —digamos— gratuitas, personales; y para en ellas perderlo, y para —perdiéndolo maravillosamente así— aprovecharlo —en bella, en sana lógica— y por contera, de yapa, de adehala, perfeccionando más y más la SONATA-DÚO —básica opus— y dándole forma —quizá definitiva— al ciclo de lieder y a la secuencia de poemillas, rondeles y cantilenas, obrecillas menores, de la SONATA -DÚO emanadas, y variaciones todellas de su tema eje, tema que asaz nos peta y subyuga. Todo tiempo perdido fué mejor —modifica así Aspasio el texto, ya del Refranero—. Todo tiempo perdido fué mejor, perdido así, mejor que aprovechado sosamente en las usuales naderías, de las motejables de útiles, tan cotizables, tan cotizadas con prima o premio, de tan opíparos dividendos y tamaña plusvalía. Todo tiempo perdido fué mejor, lo afirma Aspasio de Afrodísides. Perdido de esa guisa. Ganado a Cronos de ese jaez.

Las antedichas otras tareas subalternas, las subtareillas por ejecutar allí, en la bicoca, entre tanto, perdiganando cuasimecani-automáticamente el tiempo de las molliznas, y sub-aprovechándolo por tangencia, van a ser tareas de compilación, refundición, selección, poda, injertos, corrección, adenda; también de excogitación antológica, a ver si algo se topa merecedero, con base en las poeterías ya impresas —y en libro o mamotreto o fascículo—, de las lucubraciones rimadas —rimadas o no—, y ritmadas, ritmadas o tampoco. O tan poco rimadas y ritmadas. Y arrímicass y arrítmicas. Lucubraciones todas, pero todísimas ellas, fruto del desempleo y vagancia de nuestro equipo de poetas o de exmelenudos sujetos tenidos por tales o por algo parecido, a ello asimilable. Señores, sí, de ocio completo. Compilación, haza acervall, arrume, o lo que sea, de ese material inconexo en alud, puesto ahora en cierto orden o concertado en incierto desorden, para efecto de lo editar, por los lados del Guadarrama, como FLORILEGIO - CENTÓN-FLORILEGIO-FÁRRAGO de esos productos, de tales sub-productos, cosechados bajo el aciago influjo saturnino, soto el Signo de Leo y de sus otrosyóes, e infra su sello, su nema, su lema, su sigla y su cifrada rúbrica y señal, o emblemático o simbólico diseñado fonema o estigma leográfico y enigma. Bajo el Signo de Leo, la Sirena y su canto cautivante. El signo sobra, dice Alud, tañendo su Laúd. Ah! si no fuera de hartura

singular pluralizada al infinito la tareílla. De plural tedio singularizado esa labor. Y de fastidio horrendo tal oficiecillo. Unas y otro productores de magno aburrimiento bostezante. Refiérome a la empresa esa antológica, de platitude total. A la empresa de autocopiar, en el dactilógrafo, los engendros tantas veces vistos, eso: lo transcripto manuscrito tantas otras ocasiones, y espetado —si en fragmentos y a trancos— hasta desde esta Sede. Si el mentado dactilógrafo (artificio de teclado y Olivetti) fuese digitado por gentil dactilógrafa, dactilógrafa y sirena, y sirena Zumurrud! ex-Bibiana! Entonces si, claro que entonces si se copiaría —con alborozo—, piano, piano, pian, pianino, el material para la tal ANTOLOGÍA y para diez antologías si fuera menester. Y entre copia de poema y copia de poemilla se trabaría el diálogo con la Sirena. Y entre dúo y dúo, copia de más cancioncillas. Piano, piano se tendría el FLORILEGIO, si no para ya, al cabo sí de las mil y una. Y se tendría, en más, puesta en marcha la gestación de poemas venturos, de próxima eclosión. Poemas venturos generosamente generados por la inmediata ventura misma. Lluve tras de los vidrios (verleniana lluvia si no en mi corazón). La eclosión de tales poemillas avecínase.

Sin que ello empiece la facturación en serie que hacerse suele, de las patrañuelas burlonas y de los irónicos sonetines o romancillos yámbicos (cuando satíricos) o sólo juguetones, y de las baladetas baladíes, de pasmosa inanidad, como aquella añejísima —de vetustez venerable— PEQUEÑA BALADA RIENTE DE LOS SAPOS EN LAS CHARCAS, que tanto place a Beremundo cuando tópose jovial, tiéntase y hállase pueril y siéntese eutrapélico de los más panglosianos.

Los sapos en las charcas serenatas jocundas van a decir a las deidades zarcas de las noches profundas: para reír! Y a los lagos dormidos y a los mares revueltos van a decir, y a necios presumidos y a pazguatos esbeltos: para reír! Y a la luna —yacente Desdémona impoluta— van a decir, y a la gregaria gente y a la pandilla bruta: para reír! Y a los ruidos baratos de emasculadas liras y a shailokeños tratos y a harpagonas mentiras. Y a las florestas sordas y a jardines absurdos, y a institutrices gordas y a los burgueses zurdos! A insignes pedagogos ahitos de catálogos y a sucios demagogos y a malsines análogos. Y a solteras apáticas y a doncellas históricas, y a las Dueñas Gramáticas y a las tales Retóricas. Los sapos en las charcas serenatas jocundas van a decir, y mis pupilas zarcas, falaces y profundas, van a reír!

Tenía la risa fácil nuestro quídam, por entonces. Todavía ríe y sonríe más, pero no por naderías de esa laya... Pero ríe o sonríe pocas veces.

Por un tiempo se tornó harto serio y ceñudo, si se le cree a don Diego de Estúñiga y a su RELATO nonchalante: Con viento fresco, idos, idos, idos, fantasmas lívidos! Luengos son años y muchos —conmigo— que estáis, fantasmas, fantasmas lívidos! Luengos son años... Desde ésos años: —ingenuo niño, boca fragante, rubias guedejas, ojos atónitos de gualda y oro—; hasta estos años: —turbio y mohíno, boca hastiada, gríseas ojeras, duros, sarcásticos, áridos ojos...— Luengos son años! Desde ésos años: —mancebo esquivo, boca anhelosa, densas ojeras, ávidos, ebrios, pasmados ojos—; hasta éstos años: —de horror ahito, boca sangrante, calva melena, ojos acedos de gris y rojo...—. Desde ésos años: —Werther gratuito, Manfredo fosco, René tronera, Leopardi, Shelley, Sorel y Adolfo; y hasta éstos años: —burlón y frío, boca amargada, barba ex-taheña, duros, sarcásticos, ásperos ojos—; desde ésos años: —Baco Dionysos, júbilo y danzas, boca sedienta, húmidos ojos de brillo erótico—; desde ésos años: —mancebo ríspido, lúbrico y lúgubre fatal poeta, boca angustiada, rútilos ojos—; desde esos años: —sátiro en rijo, boca gozosa, negras ojeras, ojos lascivos y acero y oro... Luengos son años...! Ni qué decirlo. Y hasta éstos años: —galán manido, boca anhelosa, boca sedienta, ávidos, ebrios, voraces ojos, salaces ojos—; hasta éstos años: —acerbo, cínico (desdén, desprecio, befante mueca) ¡Y errante, exórbite y huraño y solo! Luengos son años! Y a qué decirlo! Luengos son años que estáis conmigo, fantasmas lívidos, fantasmas lívidos, larvas, empusas... Con viento fresco ídos... ídos... ídos...!

Y se fueron los tales hace lustros, por venturanza, seor don Diego de Estúñiga! Oxe Melancolía! clamó estentóreo el quídam, a poco de que se escribiera y espetárasele ese RELATO de aparatosa acerbidad mixtificada no poco. Lluve tras de los vidrios

(verleniana lluvia si no en mi corazón, oh Zumurrud.)
Y sobre el hecho venturoso ya van corridas las
contadas horas dichas, antelucanas, diurnas, del
véspero y de la noche. Que no corran, que no
transcurran muchas más, así perdidas y sólo empleadas
en menesteres antológicos —de oficio— y en paseatas
por las rúas, sin rumbo, debajo del sirimiri calabobos,
del orvallo calabóinas y empapa papanatas
papandujos.

No sería mejor...? Y pronto, digo, y dices.
Claro que si sería mejor y lo será reóptimo,
ex-Bibiana... Para decir es tarde lo que jamás se dijo.
Temprano todavía para nunca decirlo: decirlo a nadie,
a todos, a si propio? O, en susurro —tan sólo—,
al oído de la sirena del lucero inscrito?

25 X 1956

Ver PEQUEÑA BALADA RIENTE DE LOS SAPOS EN LAS CHARCAS
Y RELATO DE DIEGO DE ESTÚÑIGA (en TERGIVERSACIONES y VARIACIONES
ALREDOR DE NADA - OBRA POÉTICA, Volúmenes I y II).

CXV

Caer he visto casi todas las hojas —aunque otoño no es estación
por estas latitudes—, caer he visto casi todas las hojas del ocioso
almanaque. Caer he visto casi todas las hojas, aunque Otoño
no ocurre por aquestas Batuecas, casi todas las hojas secas.

Desde cuando Edgar Allan Poe annabélico -releed -si no- Ulalume o leedlo si no— es octubre aciago mes, infausto, de pronóstico. No obstante, en este octubre que pasó ayer hubo un deleitable día, si de oro, si de perlas. En su propia mitad, octubre fue munífico, propicio sumamente; ledó y gayo su don... Empero, a su final volvió *por sus fueros* entre comillas, tornó a su básica nefestidad y ésta culminó y se hizo más patente en la fecha del veintiocho, como desde hace veinticinco años, cuando el Panida Fortunato, del corazón de Maquiavelo niño, de la voz asordinada, del lancinante lápiz buído optó la evasión tangencial. Fortunato, Baruch, Daniel! Daniel Zegrí cuando Leo Legrí, cuando Jovica que también se fué otro octubre, cuando... En los años en que el siglo veinte llegaba a la pubertad, cambiaba de voz, se le anunciaba el bozo y catorceaba adolescente. Punto.

Después de octubre —tan generoso en su precisa mitad, llégase hoy aqueste otro que es antevíspera del año por llegar. Antevíspera de nada fundamentalmente distinto: Que todos ellos los años (oh La Palice!) son el mismo entrevero de cuotidianas naderías, de planos embelecos horros, de mesteres absurdos vanos, y de tal y cual instante de maravilla o momento de su apariencia en similor o superada: que ello viene a lo mismo, a la par, igualmente valedero, con o sin plusvalía, según dicen los Mágicos y refréndanlo

Amautas del cogollo. Miraje y espejismo cuentan como la propia realidad, real, subreal o sobre real (para los fantasistas sempiternos). Hay augurios de ventura, presagios de leda compañía a la vera y arrimo, propósitos de mutua amistad amorosa, oh Zumurrud! Miraje y espejismo cuentan como la propia verdad, ya cima o sima, ya clímax, apex o bátrat, abismo. Para ellos y ellas, fantasistas impenitentes. Entre ellas la lontana Quimera ojizarca de la leonada medúsea cabellera en rojos y el borbónico bello sensual, y la cercana Esfinge del par simpar y el inscrito lucero en el ático y la melada boca. Entre ellos, aquél que busca descifrar su oráculo recóndito, desentrañar su enigma, y que indaga por la fórmula sesámica. Entre ellos, también éste, que es el coronista —mero amanuense subalterno, para actas y anales—, cuyo confidente me soy y me soy corrector de pruebas y de sus caídas prosódicas y de sus dislates estilísticos. No viene a cuento el cuento, ni cuenta para maldita la cosa... Mientras no precipítese el desenlace, suscítese el episodio clave o entrevéase —al menos— su trama y lo que bórdase en su anjeo (cañamazo decía —en griego moderno— Penélope ulisida) —(si no mintió Odiseo)—.

Todo el nuestro equipo de poetas y escritores vanos y de escribanos poetas, dactilógrafo *ad-hoc*, dáse ahora a la tarea magna de poner en albo papiro, con tipo tecleado, los textos pretextos contextos de nuestro presunto próximo reantologizado titular —reantologizado por *tercia* vegada— y sota-poeta *in partibus, urbi et orbi*. En esa tarea y (de paso) en trasladar así mismo, ya no para florilegio alguno o Centón ninguno, los manuscritos suyos dél, de lo no puesto en libro aún, y que ha de aparecer en próximos —en vida suya o póstumos— mamotretos de los de la mismísima flor del fárrago y de la purísima nuez del esperpento. Dejémosles en ello y en el taller u obrador, a los operarios, a los peones de brega del equipo, laboriosas hormigas, abejas diligentes. Dejémoslos en ello: en esa empresa secundaria quizá no fracasen tan estrepitosamente, tal vez no fallen de tan acomplexados, como les suele acontecer cuando pugnan a empinarse, por ver de aparecer de protagonistas y fautores: primerísimas partes en el tingladillo de la farándula. Y nos, cigarras, aunque entes condignos, hagámosnos a un lado —a la vera, a la zaga, *avante*— negligentes, nonchalantes, veedores meros del espectáculo, espectadores de la farsa, del embeleco del *show*, los cepos quedos, envainada la peñóla, encasquetada la boina, cejijunto el ceño. A un lado, marginados, por fuera de la órbita, cigarras, cigarrones no estridulantes, por un lapso en receso,

muy contemplativos, abstractos. Apenas sí, de la boquilla en ristre dejar que surta el humo del cigarrete rubio en combustión. No por boquilla alguna el humo del magín ni el exálito del meollo, que ahora alquitáranse en sus celdillas: quizá decanten miel o acendren aloes. Ni por espita alguna el mosto en fermentación todavía o ya en proceso de añejamiento en las cubas, por las cavas. Fermentando, añejándose, si no torciéndose ya: lo sabrá quien los cate, si catarlos a alguien pete. Por propia voluntad a la orilla echados y a ella hechos y echados a la bartola en hamacas hipotéticas, en cuchetas de velludo imaginarias o en reales yacijas nada regias, o sentados en sus butacas aforradas de piel de onagro, degustarán el ocio pródigo, el vacío éxtasis beato. Vacaremos, embelesados pioneros de la inacción, dichosos parangones de la desidia, condotieri de la ignavia, en elata acinesia filo-filosofística ataráxica. Ellos. Ellos. Lo de nos es facticia pluralidad.

Y yo... ¿Yo de mí? Nequáquam! Siempre solo, nunca en fila. Pero en la misma actitud o a ella asimilable. Yo continúo en cura, en observación, en tratamiento. Mi sistema terapéutico básase en el empleo de la egoterapia intensiva. Este tratamiento vale más u obra mejor que la más perfecta y eficiente de las mitridatizaciones. Cúrase el paciente como una pipa de fumar o como una pipa, barril, candiota,

barrica o tonel. Y es medicina (la empleada en la egoterapia) que se dá de barato. Y se dá silvestre —la panacea, el sanalotodo mencionado—, se dá silvestre sí en mis propios predios latifundios y aún en mis zonas de influencia: en los fundos y feudos y dominios (condominios) de mis sosías valvasores y de mis otros yóes vasallos, todellos chusma soto mi marca y estandartes, gonfalones, gallardetes y oriflamas. Todellos huestes y mesnadas que van tras mis heraldos trompeteros, mis senescales, atabaleros y cornetas. Que van a la conquista. A la conquista de... ¿De qué? Como no sea a la conquista del reino de Nihilocia antártica, a la del de Nolandia mesopóntica o a la del lueñe reino de Nadivia Ninivita mediterráqueo, sito en el propio riñon del archipiélago de las Sirenas, —por el Trópico de Pafos— al sur de la cintura ecuatorial, en su centro propio y meridiano. Y todas estas aventurosas epopeicas fazañas belicísimas —en el territorio de lo poético, cuando el pasmarote de nuestro corifeo Gaspar de la Noche —de la nómina de nuestros condestables— amenaza al menguado circulillo de sus particulares paniaguados y seides, con la eclosión —así lo denomina— de una nueva serie de sus Prosas. Las PROSAS DE GASPAR corren parejas con sus versos. Siempre sus prosas han navegado de conserva con ellos —singlando a la deriva—, aunque no existen, entre unos y otras, las correspondencias que tópanse y aprécianse entre los PEQUEÑOS POEMAS EN PROSA

(*El Esplín de París*) y LAS FLORES DEL MAL de Carolus Baldelario. Fuera de que algo va de Pedro a Pedro. La amenaza vale poco, en sí. Importa aún menos en relación con nuestros planes y menos aún más en el desarrollo y proceso operante de los propósitos, enunciados o tácitos. Fuera de que la tal amenaza jamás podría interferirlos. Distraería apenas una parte mínima —y que no cuenta— de nuestros efectivos: el circulillo de sus paniaguados y seides: gentuza pusilánime, mansueta asaz, sin nervio, sin brío, dada a la búdica contemplación nirvánica.

1 XI 1956

Ver RELATO DE APOLODORO (en VELERO PARADÓJICO - OBRA POÉTICA, Volumen II).

Hay varios manuscritos fechados el 1 XI 1956: a) Después de octubre, en su mitad munífico y hacia su fin aciago: que el veintiocho del tenebrante mes fecha es nefasta desde hace veinticinco años, llégase aquí este y antevíspera. Antevíspera de nada diferente que todos ellos son el mismo entrevero de naderías cuotidianas y de tal y cual instante de maravilla o de su apariencia. Que viene a ser igualmente valedero. Miraje, espejismo, cuentan como la propia realidad para los fantasistas sempiternos, entre ellos la Esfinge ojizarca de la leonada cabellera y el borbónico belfo, entre ellos quien busca descifrar su oráculo recóndito, y el coronista —mero amanuense subalterno— cuyo confidente soy y corrector de dislates estilísticos. No viene a cuento el cuento ni para maldita la cosa cuenta mientras no precipítese el desenlace o entrevéase —al menos— su trama y lo que bórdesse en su anjeo (cañamazo decía Penélope ulisida).

Todo el equipo de poetas vanos y de escribanos dactilógrafos *ad-hoc* dáse ahora a la magna tarea de poner en tipo tecleado los textos pretextos de nuestro presunto antologizado —por tercera vez— sota-poeta, y —de paso— ya no para Florilegio los manuscritos de lo no puesto en libro aún y que ha de aparecer en próximos o póstumos mamotretos de la flor del fárrago. Dejémos en ello a los del equipo; en la empresa subalterna quizá no fallen tan estrepitosamente como les suele acontecer cuando pugnan por aparecer de protagonistas y fautores. Y nos, hagámosnos a un lado, negligentes, nonchalantes, espectadores meros del *show*, los cepos quedos, encasquetada la boina: de la boquilla en ristre surte el humo del cigarrete en combustión; el humo del majín alquitárse en sus celdillas; el mosto en fermentación o ya añejándose en las cavas, si no torciéndose: se sabrá al catarlo. Hechos al margen, echados a la bartola en su hipotética hamaca, degustarán el ocio, vacarán embelesados, pioneros de la inacción, parangones de la ignavia, condotieri de la desidia, en elata acinesia filo-filosofística atarácica. Yo... Yo? Yo continúo en cura por medio de la egoterapia intensiva que vale por la más perfecta de las mitridatizaciones, y es tratamiento que se dá de barato y se da silvestre —la panacea— por mis predios latifundios y aún en mis zonas de influencia: los dominios y feudos de mis sosías valvasores y otros yoes vasallos, soto mi marca y estandartes, huestes, mesnadas que van tras mis heraldos trompeteros, mis edecanes y cornetas a la conquista de... como no sea del reino mesopóntico, de Nihilocia antártica, del de Nolandia mesopóntica o del de Nadvia mediterránea sita en el archipiélago de las Sirenas —Trópico de Pafos— al sur de la cintura ecuatorial, en su propio meridiano.

b) Caer he visto las hojas todas del ocioso Almanaque, caer he visto todas las hojas, aunque Otoño no es estación por estas latitudes, por aquestas Batuecas. Caer he visto las hojas secas...

Desde Edgar Alan Poe —releed si no Ulalume, o leedlo— es octubre mes aciago. No obstante, en este octubre que pasó ayer hubo un deleitable día si de oro si de perlas. Octubre fué munífico esa vez. Empero hacia el final tornó a su básica nefastidad que culminó y se hizo más patente en la fecha del veintiocho, como desde hace veinticinco años, cuando el panida Fortunato, del corazón de Maquiavelo niño, de la voz asordinada, del lancinante lápiz buído, optó la fuga, la evasión tangencial. Fortunato, Baruch, Daniel! Daniel Zegrí, cuando Leo Legrí. En los años en que el siglo veinte llegaba a la pubertad, cambiaba de voz y catorceaba adolescente. Después de octubre generoso en su oprecisa mitad, llégase aquéste otro que es antevíspera del año por llegar. Antevíspera de nada fundamentalmente diferente: que todos ellos los años son el mismo entrevero de cuotidianas naderías, de planos embelecocos, mesteres absurdos, y de tal y cual instante de maravilla o de su apariencia en similor o superada: que viene a ser lo mismo a la par, igualmente valedero, según dicen los Mágicos. Miraje y espejismo cuentan como la propia realidad subreal o sobreal (para los fantasistas sempiternos). Hay augurios de ventura, oresagios de leda compañía, propósitos de mutua amistad amorosa, oh Zumurrud! Miraje y espejismo cuenta como la propia verdad como cima y sima, clímax, apex y baratro, abismo. Para ellos y ellas, fantasistas impenitentes. Entre ellas la Esfinge ojizarca de la leonada cabellera y el borbónico belfo, y la Quimera del par simpar y el tallado lucero en el ático; entre ellos, aquel que busca descifrar su oráculo recóndito e indaga por la fórmula sesámica; entre ellos, también éste, que es el coronista —mero amanuense subalterno—, cuyo confidente me soy y me soy corrector de pruebas y de sus dislates estilísticos. No viene a cuento el cuento, ni cuenta para maldita la cosa, mientras no suscítese el desenlace o entrevéase —al menos— su trama y lo que bórdese en su anjeo (cañamazo

(incompleto)

c) Después de octubre, en su mitad munífico y hacia su fin aciago como que el 28 es fecha nefasta desde hace 25 años cuando fugóse Fortunato el Panida del lápiz buído y de la voz asordinada. Ah! Baruch! Fortunato! Daniel! Daniel era Zegrí, cuando Leo Legri

Dióme una hierba lauta, amorosa
—la mi sirena de voz velada
dióme la rosa también, ornada
—de vellón tibio —rosa musgosa—

Gaspar de la Noche amenaza al círculo de sus paniaguados otrosyóes, con la eclosión de una nueva serie se sus Prosas. Las Prosas de Gaspar corren parejas con sus versos y siempre han singlado de conserva con ellos, aunque no existen entre unos y otras las correspondencias que aprécianse entre los Pequeños Poemas en Prosa —El Esplín de Paris— y las Flores del Mal de Carolus Baldelario. Fuera de que algo va de Pedro a Pedro. Diome una hiedra, liana ardida la mi sirena, ex-Bibiäna: Leona, cíñeme la liana, la hiedra cíñeme, Panida. Octubre quince, octubre quince. El horologio marca cinco cuando la azcona en ella hinca: casi no veni, vedi, vince. Casi que cuéntanme los diez; mas no fué el caso en esa vez: a tiempo alcé ¡casi delinco! Casi... y quedé con honra y prez. Octubre quince y cinco y cinco. Las Prosas de Gaspar —nueva secuencia— ¡amenaza! catástrofe! Peligro! Son fruto de la gaspárica demencia. Antes que advengan fúgome, huyo, emigro. Voyme hacia las antípodas, a ciencia y a paciencia de quien así denigro. No solo soy León, también me atigro.

CXVI

Proseguía así la suite de parrafadas de Gaspar: danzaban —si era danzar ese irrumpir de gráciles bacantes y maduras, de esbeltas y de grosezuelas, de estilizadas como cenceños pajecillos, o de valkiricas madonas de fértiles mamilas enhiestas y de calipigias rotundidades sobrias: danzaban, si era danzar ese giro vortiginoso, animada metopa de ménades lujuriantes, exultantes, —friso en marcha y al són de fanfarrias sabáticas, de scherzi de jubiloso delirio, de frenético ritmo apocalíptico. Pero yo soñaba esa vez si no todavía (elíptico)—. Y me bebía el mar sordo, el dulcérismo, acérismo mar —si presentido o ya descaecido por el naufragio—, el dulcérismo acérismo mar sordo: espejo sin lustre, de odiseas mezquinas, de Circes segundonas, de Sirenas en trance de afonía, de Calipsos adocenadas, limitados periplos y de centrípetas fugas: ¿Una noria es la rosa de los vientos? Es una de las célebres historietas desusadas de Gaspar, o historias desueltas o fábulas en elipsis (no en elipses ni espirales ni en catenarias). Para que iría a contar yo (Gaspar) lo que no íbaseme a entender, aunque (dicho) con clara esencia y en simple forma de neto contorno, sin bordaduras ni calados, invariado el tono, el timbre parejo, fundamental el color, —para que iría yo a contar lo que nadie había me pedido conocer?

Extractos de un añero escrito que corroyó, si el tiempo, también el abandono. Sus bordes, caprichoso malinas. Desvaídos los caracteres. Isabelino el lino. Rutila de heroica petulancia el texto simple, el esquemático racconto castrado de taraceas digresorias, cercenado de airones adjetivos. Cenceño; óseo; medular: Buído estilete, saeta locomóvil, preciso apotegma, química exactitud. Cláusulas coloquiales, sin interlocutor, no siéndolo desdobladas entelequias, función formal, Evas de sí propio, criaturas de Prometeo, pigmaliónicas. Retañe, caracola de Museo; eco sávido aún; perfume todavía por las glorietas aromando, (críptico...) Eso dicho parece ser de las PROSAS DE GASPAR de la primera época, asaz lontana ya, puestas en olvido, ex-humadas hoy por un ratón de biblioteca o buzo de archivos, harto desocupado al parecer y... tan ocioso, como dicen las titiribiseñas del quijo.

Las NEAS PROSAS DE GASPAR y de sus satélites conquie ahora se nos amenaza, serán cosa peor si es posible, y escritas más a la diablo. Y serán unos escritos de muy diferente estilo o desestilo in-estilizado, tal como el que ha empleádose y empléase en ciertas columnas no salomónicas, columnas leoninas y columnillas leológicas casi paleontológicas, unas y otras dispersas por ahí, acá y acullá. Inhallables algunas —su mayoría— por ventura.

Las demás —por suerte— tampoco incorporables en el centón o serie de nuevas pseudoprosas gasparescas, por intrincadas, ésas, éstas por baladíes, todas porque no se justificaría —por fortuna— malbaratar el ocio en restauraciones de esperpentos de la laya, —cuando el dicho dichoso ocio podría botarse en escribir otros análogos monólogos —catálogos homólogos—, otros soliloquios tales por cuales, y unos que otros coloquios y diálogos con las Esfinges, con las Sibilas y con las Egerias. O aprovecharse —el ocio redicho— en la meditación cejijunta, en el elato éxtasis contemplativo. En cuanto a las prosas, columnas, columnillas y demás zarandajas... dejarlas por ahí. Y el que venga atrás que arrée y las colacione para póstumus, o las deje arrumadas o no en el Cuarto del Búho y de San Alejo, mientras no estorben. Y si el moho las arruina o la legión de ratoncillos dan cuenta dellas... Mejor que mejor, voto a San Vito!

Estoy por creer que ya ni se recuerda que Colombia compitió en reciente torneo internacional de ajedrez por equipos, y que clasificó décimo octavo entre treinta y cuatro. Se las vieron allá entre sí ciento noventa y siete ajedrecistas. Sólo tres de ellos jugaron el máximo posible de partidas: diez y nueve partidas cada uno. Y los tres fueron los colombianos Cuéllar, Sánchez y de Greiff, que no pudieron tener descanso como los demás competidores. Individualmente

los tres nombrados ocuparon honrosos sitios en su correspondiente. Así, Cuéllar quedó de décimo quinto entre los treinta y cuatro primeros tableros. Sánchez de quinto entre los treinta y cuatro segundos tableros, y de Greiff de séptimo entre los treinta y cuatro terceros tableros. En su orden, obtuvieron los siguientes porcentajes: 52.63, 63.16 y 60.53. Si los otros tres ajedrecistas del equipo —el cuarto jugador— hubiesen rendido como los tres citados, nuestro equipo clasificara quizá entre los doce primeros, y sin quizá, seguramente entre los tres siguientes, por encima de diez y nueve países. Con todo, diez y seis equipos quedaron tras el nuestro. Así nos lo cuenta y muestra nuestro estadista estadígrafo el seor Beremundo de la Tracamundana.

Nos refiere también, el mismo Meser, de sí y de un su acólito: íbamos tan nonchalantes, tan despreocupados, tan negligentes y tan sin oficio como sin beneficio, antiyer, bajo de las constelaciones y por entre las nebulosas, en vago discurrir y lelo vagar sin objetivo, sin propósito, casi que sin ni pretexto disculpador. Ibamos así, quizá apenas por ver de mirar las coruscantes vitrinas en que exhibe sus pedrerías Urano, sus gémulas y gemas rutilantes. Antiyer fue muy clara la noche. El viejo lapidario en vasto estuche de peluche entrevera Rigeles con Prociones, zafiros y corindones, Arcturus con Oriones,

hefestitas y somortas, Canopus con Altaíres y Aldebaranes, granates y crisoprasas y berilos. Sirios con Betelgeuses, adamantes, topacios y rubíes, Algoles con Fomalhauptes, y el titilante lucero vespertino con Alfa y Beta de la Lira. Los que así íbamos (él, don Ene, y yo, Beremundo) somos también Alfa y Beta de la Lira, de la analfabeta Lire heptacorde: Alfa y Beta, lirones, de la Lira. Pero no somos en ningún modo ni caso ni sentido, aún figurado, ni rútilos ni iridiscentes ni contamos entre los de las primeras magnitudes dentro de la nómina estelífera, ni dentro del liróforo elenco. *Liróforos celestes* (entre comillas) mucho menos: sino liróforos lirones de pie en tierra, trajinantes sin coturnos por las rutas sub-lunares, de castillo en mesón, de torreón en hostería, de bodega en bodegón, de posada en cortijo, de tenducho en albergue, y ni de Scila en Caribdis ni de la Ceca a la Meca, que también son lugares comunes y de nulo interés para turistas del cogollo como nos, ni para líricos de nuestro jaez, ni líricos lirones delirantes del meollo y de la médula y de la nuez. Bajo de las constelaciones cuando estas se dejaban ver entre telones. Y bajo de la ciega noche cerrada cuando no. Y entonces no veíamos por mirar las vitrinas de Urano, sino que él, don Ene, se ensimismaba y yo, Beremundo, me enmimismaba. Sumamente introversos ambos, introspectivos auto-analizantes buzos. El y yo y en veces nuestro

cogitador titular. Y ya hechos trío. Ya no en plural. Ya en singular. El trío, sin un solo efugio, sin un mero subterfugio —en casa ya— discurre en ella, en su refugio; filosofa en su estípite, cogitador tres veces titular, mago del silogismo, campeón del logicismo y parangón del aristotelismo, tomista poco, hasta donde no más, si puesto al día el aristotelismo puro. Tan aristotélico él como mefistofélico yo y maquiavélico el otro, asistente y asesor y parte. En conjunto se es el eutrapélico sumo, oh Zumurrud! Y no se es nada más pero tampoco se es nada menos: eutrapélico mundo y lirondo, de lirondez y de mondedad asaz notorias, si virtudes, asaz notorios, si defectos, si estigmas, si vicios. El trío discurre en su refugio, icástico él, sin supercherías, superfetaciones, ni mixtificaciones ni trastiendas ni segundas intenciones ni distingos. No es, el trío, nada superchero. En su percha, ex-alcándara, sus neblíes, esparveres, sus alcotanes y halcones. Superchero, para el tabardo y para la bóina, ya no para el abolido chambergote de sota-poeta, ni para la capa o el manteo del tarambana doñeador nocharniego que se era cuando clérigo suelto, bachiller sopista y societario de la tuna, de la tunante estudiantina goliardesca pilatunosa. El trío discurre, icástico ahora él. Regustos de la antañería rumia ahora en su murria, oh Zumurrud! y cavila —ahora— en ogañerías del propio fuste, tañendo en su bandurria y trasegando

—en ritmo alterno— porciones mínimas del autóctono tequila o quier mezcal nativo. Ello de acuerdo con el régimen prescrito por Diógenes el puritano (previa consulta suya que le hiciera al purista de Buriticá) cuando habló el trío, con ellos, del limonero del culebrero de Apogodó, del caserío de Obregón, del Paso Real del Cauca, del Tonusco y del reverendo Lara. Entre porción del brebaje dicho y rasgueo de la vihuela adviene el interludio de la cavilación y de la rumia, en su refugio. Se tiene así una novísima versión del trio de los espíritus, del Geister Trio incorporado al terceto cogitante.

Trío no ahora —el de los espíritus de hoy— para violín, violonchelo y piano, sino trío para esplín, desvelo y anís hermano. En el fondo otro trío entre telones, transposición del otro: tercian en él, magín, vuelo y nepentes leteano. Mondo y lirondo, sin eufemismos, sin efugios, sin subterfugios, sin mixtificaciones y sin supercherías y sin charlatanescas simulaciones. Cuando murió Alienor —decía meser Gaspar de la Noche en las sus PROSAS tan añeras—, cuando murió, la ví desnuda. Apenas la vestía un trémulo picotearla de las estrellas que aún no le bebían la sangre pero ya le eclipsaban su luz irradiante y la teñían de lirios. La teñían de lirios de cárdenos amatistas, de présagos livores. La ví desnuda, grísea noche lunar por caminos de silencio bordeados

de sauces en lluvia, ciparisos odoríferantes y por eucaliptus vigías de acre fragancia sepulcral. Cuando murió Alienor —decía el seor Gaspar de la Noche en las sus PROSAS elípticas—. Cuando murió... pero si vive aún Alienor aunque no por estas Batuecas, que emigrara la madamina y no ha poco. Lo que ocurre es fácilmente explicable para quien conoce a Mosen Gaspar y sabe de sus esguinces, gambitos, celadas, ardides, trápalas y suertes. No ha muerto Alienor. Menos aún vía Gaspar quien —no wildeano— oxe! no mata lo que más ama: pero si lo da por muerto y hecho momia, cuando sálese de su órbita. Gaspar de la Noche, Búho sibilino, Peripatético pingüino, Buda cogitabundo, si no mástil vagabundo, si no Dionysos desaforado: todo exultante impulso periférico. Fervoroso, furente, ávido, insaturable!... Cuando no claudicante entelequia de perfección vegetativa. Cansada sombra sin deseos. Función de indiferencia y desamor y desdén transcendental: que así tal parecía (en veces). Y sin embargo, yo vacilaría en definirlo. Nada puedo decir. No es tiempo aún. Ni a nadie importa. Ni a mí —Bogislao— ni a tí. Mucho menos a él mismo. Difícil comprender a Meser Gaspar de la Noche. Críptico, Elíptico. Y en veces, Zumurrud, se vé el lucero y su graciosa cohorte y cauda de atributos, mas no con la frecuencia ansiada, pero no más a la vera y arrimo como se ansía,

para darle largas y cortas al deseo, al gusto, al regusto, al saboreo...

8 XI 1956

CXVII

Cuando la molestia se inició, en el preludio antesala de su comienzo, parecía ella que no iba a aspirar a ser sino otra más de esas periódicas jaquecas anodinas, de ésas que el montón suele considerar como emanadas, producidas, consecuencia, por y de supersaturación de hidromieles destiladas. Tras las noches de alcoholes, etcétera. A ello la atribuyen los asclepios aficionados ocasionales y quizá los Asclepios Esculapios diplomados, que —unos y otros— frecuentan su compañía y participan en las rituales si espaciales libaciones, cuando son de precepto. La compañía —preciso— de la víctima de la jaqueca, que es individuo de la haza, de cuyo nombre no consigo membramne, pero ni lo deseo, a fe. Una anodina jaqueca lograda —quizá como opínase— merced a iteradas incursiones (o por gracia dellas) a la cavícula umbrosa, húmida, donde aposéntase, asílase y recátase el coqueto si diminuto Bar de caoba, en cuyo seno metálico frigorífico demora la breve cuanto lucida secuencia de selectos productos alambicados. De hiperbórea procedencia en su mayoría: vodka letón, vodka polonés, vodka ruso, schnaps danés, schnaps noruego, schnaps finés,

schnaps lapón, schnaps sueco, schnaps islandés (aqueste último añejísimo cuéntase en las sagas: que allá lo llevó consigo Leif Erikson según ciertas, o el propio Erik el Rojo, según otras tan ciertas, cuando dió con su prócer humanidad en tierras de la ventura Rejkjavik, de paso para la futura Groenlandia, de paso para Vinlandia, otrosí). Y otros no menos ilustres destilados de más meridionales oriundeces, también allí tópanse. Entre ellos el Gin de Nederlandia en su envase cilíndrico vidriado. El suave y acedo gin que asaz placía a Till Eulenspiegel y a Lamme Goezdak, y no sólo a ellos, sino también a Desiderio Erasmo: y que no asaz desplacía a Rembrandt van Rijn. Menos si le petaba beberlo, porque le petaba (como suele maldecirse) a Lamoral, conde de Egmont, más dado a los vinos franceses y renanos (los de Borgoña en especial). Al de Orange nada que le placía el Gin: abominaba dél un mucho, pero un mucho máximo Guillermo el Taciturno, quien —para hacerle honor a su apellido se aficionó en exceso al jugo de naranjas: resultado de tan absurdo empeño, afición o manía, el mote con que se le conoce. Volviendo a la anecdotilla, parecía que iba a ser o que ya lo era, apenas una modestísima y mera jaqueca. Que luego se tornó jaquetón macanudo para convertirse —muy poco después— en la mayor cefalalgia de que tiénese noticia en este siglo y medio largo: cefalalgia comparable a las ingentes que padecieron —no simultáneamente—

Carlos Segundo de Inglaterra (según el más enófilo de los tres Mosqueteros) y el mansueto y gordo Capeto (el de María Antonieta), a quienes —como sábase— hubo que operar de urgencia. A aquese con el ingenio o artefacto de Monsieur Guillotin, a aquése, otrora, con el hacha. Pero si a éste sujeto, el sujetillo de la anecdotilla, le aplicamos también el capitis deminutio, le cercenamos, le elidimos la testa... Horror! ¿Dónde entonces, dónde satanes le acomodamos la vizcaína bóina? ¿Y dónde luzbeles le encasquetamos el gorro neo-frigio de cuasi-astrakan, el neo-cólbak sin apéndice, que le llegara de las estepas para envidia de Sergio Stepánovich Stepansky? La decapitación de nuestro malhadado personaje pondría feliz a Sergio, es cierto, quien suspira, solloza, singulta, (ulula casi el estepario lobo!) por la prenda últimamente citada. Para el caso policefálico del quídam parece que hay otrasolución, la insinuada por otro de los asclepios ad hoc: es ella lograr —por artes de birli-birloque u otras— que la su ex-jaqueca se transforme en lo que podría llamarse Panletárgica progresiva, de la cual se conocen algunas variedades más comunes: la encefalitis de la letárgica por excelencia (es la más calificada de ellas) o sea encefalitis de las pétreas; otras son estas, a saber: la encefalítica de primera, la petrescefalia de segunda y la capitoleolitis de tercera. Que si se le extiende (cualquírase de las citadas) de la testa por la faz y hasta el busto o hasta donde toca tierra con los no tan

breves pies, se evitaría —dado el caso— el esculpir aquél —póstumo— o el esculpir la estatua, también póstuma (busto o estatua, uno u otra, de Paros o de Pentélica, o del de Nare. que también es mármol, pero no tan de Carrara). El busto de nuestro *héroe* (entre comillas) o la su estatua (ecuestre aquesta: y él, muy sí señor, caballero en Clavileño) (como lo estuvo siempre, en vida). Busto o estatua —los marmóreos— si no nada apolíneos belvederes, hartos si muy dionisiacos o quier báquicos, aunque ni una ni otro coloreados. Y para que no *muestre el Calvo sino su faz a las edades* tocado estará *per sécula* con el gorrete estepario, otrosí pétreo: y la boquilla en la belfa boca, disimulando su sardónica (entre risa y gelasmo y rictus) sonrisa displicente. Tal el ente. *¡Parece que habla!* dirán los pasmarotes cuando pasen a su vera marmórea: a su vera y ante su vera efigies... Parece que habla! Por fortuna, apenas lo parece: pero no habla, pero no hablará más, jamás! olé! Y es probado: porque de busto parlante alguno, no se sabe. Y de estatua parlante, se sabe sólo de la del Comendador. Ciertos si que el Cuervo habló plantado en el busto de Palas Atena. Quizá parle también el búho paralelo si se para en el birrete neo-frigio que cubre la glabra cholla pétrea de nuestro quídam. Suerte que el búho de marras disfruta de alalia cuasi total y apenas si bulula... El búho fijo, solemne, quieto. El búho, tacitón si no retácito ahora, nunca fue

demasiado parlanchín, verboso ni parolero. Y esos que descendiendo desgalgándose de las más altas cimas afincaron las plantas, desnudas de coturnos o de botas, desembarazados de abarcas, en la jungla —si allá—, en el manglar —si acullá—, o en las paludes, ciénagos y caños ribereños y aledaños del Rio Grande de la Magdalena, no en pos del tesoro de El Dorado, ni del dorado vellocino de ninguna Medea, en prosecución tampoco de la Licorna ni de la Gran Bestia, ni en la búsqueda de la fuente de Juvencio, quizá ni en la rebúsqueda de lo obvio, apenas —quizá— sí por obtemperar, por cumplir y para dejar verdadero el sino migratorio de la estirpe vikingica, a la caza de nada concreto ni de nada abstracto o de todo a la vez y de lo que salga —por contera—. Los tales, luego, pararon en sedentarios viajeros sólo imaginarios, casi un siglo después. Viajeros en su covachuela anclados, viajeros circumnautas de itinerarios marcados —con alfileres de cabecicas multicoloras— en los inertes mapas péndulos, adosados a los muros, a las cuatro paredes del habitáculo, o en el orondo mapamundi de peana, puesto sobre la mesa-escritorio, cuando no en la mental mapoteca. Hétele de esa guisa hecho un nada atlético Atlas, portante, soportante del ponderoso Atlas de los cartógrafos asilado en el cubículo donde también anúdanse —serpentinós— sus sesos.

El tipo del cuento lleva también, en el ojalete de la solapa inserta, la Rosa de los Vientos —que ya no estílese la gardenia—. Y la brújula? En la bitácora? Y la bitácora? Bitácora para qué? Si la brújula es de bolsillo le cabría en el hipotético bolsillo del inexistente chaleco. Además, tampoco hay brújula ni aguja de marear. Marea sin aguja el tipo. La mera Rosa de los Vientos en el ojalete de la solapa, adelante y sobre el sitio donde suele llevarse el corazón, cuando háyle y funcional (y en funciones no sólo vegetativas).

Aquí mis burlas espeto. De mí búrlome, y, de canto, de lo demás, si no tanto como del propio sujeto... Las Musas con quien me meto (¿si habrá error en ése quien?) son víctimas de mi Canto...: por más que las quiero bien... Aquí mis burlas espeto. Aquí, aquende y acullá, desde los tiempos de Upa.

Lo que fue afición pasajera, ocasional, accesorio, convirtiéndose en manía y es ahora meollo y substancia esencial de la cosa y hasta la cosa misma. Hélo monotemático, detrás de monotónico. Y no le valen reprimendas monitorias aspérrimas de los de la cátedra, ni amigables moniciones de los del corro. Contra unos y otros perpetrara su propia ADMONICIÓN A LOS IMPERTINENTES, amén de otros serventesios yámbicos harto arquilóquidas. Si anda mal de las meninges, anda peor —apenas gatea— de lo numulario. Y su juicio y razón padecen de total ataxia locomotriz. Bien.

La discoteca de los JOPECÓN háse enriquecido ahora por los lados de Glinka y de Musorgski, de Prokofief y de Shostakoviks principalmente. Zumurrud ha de escuchar también unas regrabaciones de Chaliapin, graves. Graves, digo, en cuanto a la voz del alto cantor, aunque bajo cantante. Y ya pasó un mes, de los de uno más de treinta días, en blanco. Tolerado sí, a base de música, de noticias de torneos de ajedrez y de sus gráficos, y de labores de enmienda, corrección y aún de creación de textos poéticos: pretexto para tales labores la anunciada edición de la OPERA OMNIA de Beremundo, o sea la de un voluminoso mamotreto de mamotretos, centón de centones y Pandemónium del Disparaterío concertante. Suelo henchir un mamotreto de vez en vez, y allí planto nugacidades, so manto de campar por mi respeto. Grimorio, a la fin, repleto de aire...; no sólo: también guarda befas... en él, meser Beremundo. Y continúa el Lelo:

Otrosí: trovas ensarto, aunque no son margaritas (que las vales, si cogitas en quien las oye) (muy harto) Vinos dulces no reparto mucho menos. Y ni imparto normas, ni normas comparto: solo, habito mis Reales.

Qué reales, ni reales de vellón, ni vigésimas de maravedises ni fracciones de As. Gélido frío en torno. Pero no empece el frío: si Bogislao es horno escandecido. Si alumbra en la covacha la de Aladino: Ladumila y Laúd y Zumurrud traen consigo

la aladinesca lámpara y el cabalístico, el mágico, el sesámico, el mirífico, el simbólico anillo: llave a la vez y puerta del tesoro en su estuche nacarino...

Cuando le conocí o creí conocerle, por primera vez, a Beremundo, y aunque poeta ya en ejercicio no se le advertía aún el propósito nefasto de volver elegía la trivial ocurrencia kalendaria. Con todo, era poeta, en mi desprevenido concepto, así transitase a campo traviesa y aún por los de Úbeda, con muy contadas reintegraciones a la ruta trillada, entre las paralelas preceptivas: evadiéndose, empero, por la tangente inmediata, la más próxima y vecina. Nefelibato, antes que postillón de diligencia, ni siquiera dejándose regir de los vientos, sino cruzándolos en veces, en veces aprovechando su derrota, si coincidía con la de su rumbo, cuando no haciéndoles dique de su pecho —cantil de esa resaca— para embriagarse con su cólera vociferante. Nefelibato, hendiendo alborozados zafiros o telones cinéreos, surcando acerbos tumbos, desgalgándose por los vórtices y vacíos, o muellemente meciéndose embelesado en hialinas hamacas imponderables. Cómo burlaba Beremundo del dómine pedante, de la bestia dogmática, del terco mulo retórico, sordo muy más que langosta en conserva y que pedagogo en cecina, detective de gemelos sonsones, de apareados embelecos para endilgarlos iterativamente, sin los cuales hitos se

perdería, el simple, definitivamente Minotauro por el rítmico laberinto, definitivamente Minotauro con no nada a Ariadna atingente, ni cosa prójima. Cómo reía del relamido versista de salón, del engolado mastodonte académico, de la estantigua fósil, de la chirle momia en botón. Cómo befaba del Tartufo, del eternal fariseo pudibundo —para reír—, y del... Pero ya no más.

15 XI 1956

Ver BALADA-CUASI CORRIDO (2) (en FÁRRAGO - OBRA POÉTICA, Volumen II).

CXVIII

También bajo todos los otros signos zodiacales y bajo del kolpák de piel de oso y enfrente de la vodka cuando háyla... Y háyla en porciones mínimas y muy de vez en vez y anda entonces de Herodes a Pilatos, que son muchos sus adeptos. Bajo también el sujeto si no profundo y aunque alto, sino abaritonado bajo cantante, que no canta, por ventura de los inquilinos vecinos, y del huésped esporádico y de la huésped aún más esporádica. Bajo el Signo de maravedises, otro si. Y, desdichado Atlas jaineano, bajo el fardo de qué balumba de pequeñas cosas reales y de magnas ficciones, fantástiquerías y quimeras. Tanto monta! Nichegó! Ah!: por culpa, no tanto de un lontano bachillerato ni tan deficiente, si tanto y más, por culpa de la mariposeante inconstancia y de la desaplicación del sujeto, en ene más uno, posteriores,

conatos de aprendizajes aditivos para fortalecerlo profundizándolo y para extenderlo, verbi-gratia a base del estudio metódico de otras lenguas distintas de las sí, aunque superficialmente, dél conocidas (a trancos y entre lagunas), tales —no las lagunas ni los trancos, sí las lenguas—, tales como el idioma en que escribieron Villon y Baudelaire, como el en que escribieron Shakespeare y Blake, como el en que escribió —si escribía— Alves Pacheco, como el en que escribieron Bandello y Leopardi, como el en que escribieron Quevedo, Gracián y Góngora... Porque el antioqueño no lo estudió sino que lo aprendió de oídas. Ni estudió el greiffiano pan-babélico, ni lo aprendió, ni lo aprehendió, sino que resultó sabiéndolo de corrido, quizá por artes de birlibirloque, o merced a la virtud cabalística del ábrete-sésamo y del abracadabra capicúa. Esas fallas idiomáticas del sujeto: ¿cómo es que ignora el sueco, el ruso y el alemán? Esas fallas imperdonables, máxime si páranse mientes en su denodada afición a las humanidades y a su cultivo (entre comillas) como dícese. Anda escrito, en versos dél, cierta palabra en su versión incorrecta. Nichegó!— Díjose así: Silencio. Silencio. Silencio. Vibran fluídos eléctricos en el orbe de mi cerebro. Tempestades en seco. ¡Nichegó! Porque todo lo antedicho está dicho sólo para luego referir cómo aconteció lo siguiente: que apenas en este hebdémoro vino a enterarse nuestro sujeto que no se dice nitchevó como lo escribiera

antaño, sino que se dice nichegó (por: tanto monta!, por: ¿a mí qué? o por: me importa un pito, tal o cual cosa o actitud o situación, o entidad psíquica o corpórea maravilla, o suceso, fracaso, éxito, triunfo, rota, o lo que fuese). En el idioma de Pushkin y de Gogol, se dice nichegó! Sépase. Y, lo escrito, mal escrito está y quedó. Se corregirá, sí, cuando aparezca la hipotética ANTOLOGÍA o quier FLORILEGIO, o si ocurre de veras la presunta edición de la obra completa, del disparatorio en centón. Así va la ANTOLOGÍA, así va el MAMOTRETO DE MAMOTRETOS, *Cosí va il mondo*: tres pasos adelante, cinco pasos atrás. Dejando el mundo al lado, si no en paz, antología y mamotreto van de tropezón en traspíe o girando sobre si mismos. Se repara, afeita, restaura y acondiciona un poemilla y luego se rehace, contrahace o se destruye o se reemplaza por una nueva versión dél o por otro poemilla. A ese paso, centón y florilegio, *opera omnia* y antología estarán listos para editarse cuando el primer centenario del nacimiento de Beremundo el Lelo, señor de la Tracamundana y de sus egidos. Y sépase de una vez que Beremundo es el menor de los sobrinos de Bogislao el Ido, y que Bogislao es un mozalbete aún, *entre las verdes ramas* epifánicas. Beremundo gatea aún —en sentido figurado— y garabatea todavía —en sentido figurado, no, helás!: en desfigurado sin sentido, si. Qué le vamos a hacer. Presúmese que Bogislao desaparecerá

de entre los vivos —él, tan zoquetón— al iniciarse el año dos mil uno. Según los cálculos y los cálculos de probabilidades, Beremundo le sobrevivirá treinta y nueve años, dos meses y veintisiete días. Hacia el año dos mil y cuarenta ocurrirá —fijo— su prematuro deceso —apenas centenario—. Y entonces aparecerá la ANTOLOGÍA O FLORILEGIO y —en varios volúmenes— el CENTÓN DE CENTONES O MAMOTRETO DE MAMOTRETOS y OPERA OMNIA. Dígolo teniendo en cuenta la lentitud con que se avanza en la tarea: al paso a que se va en la revisión, ordenación y puesta en limpio, que no en claro. Y como el nutrido —si mal nutrido— grupo de grafómanos de su séquito no cesa de escribir a troche-moche, dále que dále, como si la hecha fuera cosa de juego o divertimento fútil... Cosa de juego! Siendo labor en serio, dura, tarea ardua, hosca empresa difícil cogítese y dedúzcase entonces: nunca será completa la tal opera omnia. Jamás lo estará. O lo estará cuando póstuma. Como no se corte presto, en seco, a cercén, drásticamente. Como no se le cancele la licencia colectiva a la trinka de grafómanos, al séquito de otros-yóes y maestros sustitutos.

Como no se... Como nó, si señor: cómo, no sé. Y repetir ene veces, una vez por cuenta de cada paniaguado la invocación a Palas, de Bogislao, cuando sus primeras mocedades: Tú, Palas Atenea, muéstrateme desnuda bajo el astro nocturno, luciferina Dea, mujer hecha

de mármoles, dominadora y muda, de cimera dorado y argentino coturno! Muéstrateme desnuda, oh Palas Atenea! Y de tus ojos rubios se derrame la gracia, y a mi espíritu la dones, y la suave ironía, y el insidioso gesto, pero también la enfurecida tea para lanzar al rostro del eternal Hefesto la injuria que sus hábitos proclame (¿y quién le dice tal a Hefesto?), y el desprecio solemne de alto señor hacia servil lacayo, y el tremebundo, el furibundo rayo, que nada deje indemne!

(Hubiera sido espectáculo remacanudo ese de ver a Bogislao jupiterino con su fagote de rayos en mano. El jovial Bogislao de Jove fulmíneo!).

Muéstrateme desnuda, tú. Palas Atenea! Y de tus labios milagrosos deja caer el áurea abeja —la perenne armonía— que preste euritmia a mi rapsodia ruda, —y el sutil pensamiento, oh tú, Sabiduría! para colmar el ánfora vacía— huésped apenas del errátil viento! Muéstrateme desnuda, tú, Palas Atenea!

Ahora es cuando menos entiendo a Bogislao, que así continúa: Vuelve después la espalda —bajo el astro nocturno— al Pierrot solitario, juglar, rapsóda o trovador lunario, de ritmos sordos y de rima balda ¡señero y taciturno cautivo de tus ojos de esmeralda!

Todavía se ignora en este bajo mundo si la gentil Minerva se le apareció o no a Bogislao, si le mostró por fas y por nefas y de tres cuartos. Parece si que no le proporcionara los dones que le solicitó, digo, a juzgar por los posteriores frutos del fallido ingenio, del siniestro estro del colega. Como insista Bogislao,

quizá ahora se le muestre y se muestre más compasiva, más cooperadora y coadyuvante no solo con él sino también con sus corifeos del cotarro. Por lo que se infiere —oyéndote pensar como por cuenta de Bogislao— parece que no sólo a Minerva has dejado por un tiempo en paz, sino también las has dejado, en su sosegado retiro, a las otras Deas del Olimpo —salvo a una— que tiene sus representantes no siempre marmóreas, en estas zonas ya no olímpicas sino telúricas. Sólo que... Si, ya sé que ahora cruzas por un nublado período del más agudo escepticismo y no crées en las quimeras ni en las silvanas ninfas ni en sus enlabios. Si. Verdad. A ratos. Aunque ésta mañana escuchaste su voz embaïdora...

Se también que ahora se ha recrudecido tu sed de soledad. Ahora, en tu cubil, lees, relees, escribes, oyes y escuchas a Beethoven y Mozart, a Schubert y Musorgski, a Vivaldi y Monteverdi, a Orfeo y a Orff. Y a ti mismo te oyes y te escuchas: tiempo hay también —dirás— para las músicas peores y para la de las esferas. Y como careces de oídos de mercader. Cierto. Ni de mercader de Venecia. Y como no hay mejor sordo... Etcétera, cofrade.

No me endilgues ahora el REFRANERO. A otro pancesco can más asanchado con esos óseos embelecós fiambros tan sumamente tópicos —nada típicos— y de estirpe bajuna, tan barataria cuanto reobvia, tan lugarcomunicantes cuanto vaso gedeónicos; así de bolaabolescos cuanto de cajón y de cajón de sastre y desastre remendón detrás de sastre. Se ha recrudecido tu sed de soledad. Bien.

Pero esta mañana... Ahora tengo —en más— otras sedes, Atilano. Tengo una sed de búdicos nirvanas —zahareño no oír, callada acidia—, ojos enceguedidos por el éxtasis, espiritual ardor, psíquica lidia (Mala cosa, Bogislao).

Tú, Viaje Azul, Deliquio, Noche Intacta, Música..., oh tú, mi inasequible Dueño: ¡llévame a tus refugios ataráxicos! Quiero tañer tus fibras y el prodigio de tu entraña exprimir! —don inefable para mi sed de fugas y de ensueño! Déjate de monsergas, Bogislao! Te aprovecharía ahora una ducha fría y luego un vaso de Tokay o de Borgoña... Déjate de pamplinadas esotéricas! Tengo —en más— otras sedes, Benvolio: tengo una sed de vinos capitosos... Anda y cuéntaselo a Zumurrud!

Tengo una sed de vinos capitosos —venusino furor, pugnas salaces, ojos enloquecidos por el éxtasis, bocas ebrias, frenéticos enlaces—. Tú, Dinarzada, tú, Fogosa Mía, tú, Ladumila, Vid de mis Deseos; ¡dóname tu lagar tibio y recóndito! quiero oprimir tus uvas!

y tus vinos exprimir! fulgurante filtro cálido para mi sed de zumos citereos!

Esa canción me suena mejor, Bogislao... Te aprovecharía otra ducha, mientras tanto... y otro par de jarros de Tokay o de Borgoña. Abur, Atilanete! Abur! Benvolio! con buen viento... Si váis al Capitolio, saludes a las Ocas. Bogislao también bajo todos los otros signos del zodiaco y bajo del kolpák de piel de oso adulto y en frente de la vodka cuando háyla. Bajo también el sujeto —aunque alto— si no bajo profundo que no canta por ventura de los esporádicos huéspedes contertulianos y de la huésped del lucero aún más esporádica. Bajo el Signo de Leo. La Sirena. La Cirana. La Zarina.

Despertó en esas, Bogislao, quien —si no dormía— dormitaba (no tan homérico). Y le abrió las puertas a la música, a la caja de la música con lunas de ebonita: Gira la negra, gira la luna, gira la negra luna, gira sobre sí propia, gira la negra luna de ebonita, gira la negra luna de ebonita, sobre sí propia, y canta: Y lo que canta es la Música Viva: Oye el *Viaje de Invierno*, de Franz Schubert, y el *Vagabundo*, el *Rey de los Alisos* y el *Doble y Ganimedes* y *Ante el Mar*, y de Schumann, *Amores de un Poeta*, y de Duparc, *Invitación al Viaje* y la *Vida Anterior*... Los *Cánticos* y *Danzas de la Muerte*, y *Sin Sol*, de Musorgski. Y oye, en la noche, y en *Tristan e Iseo*, la voz vigía de Brangane, plena de lo fatal, o el corno quejumbroso, si no los *funerales de Sigfrido* o el *tránsito al Valhala*, milagroso tumulto. Y tú, plasmado en bronce, los vastos himnos oye,

oye las soberanas sinfonías con que la voz del Sordo el orbe nutre! Las acendradas síntesis: sonatas y quatuors, insólito prodigio, filtros puros! La *Misa en Re*, misterio panteísta y el trágico clangor de *Coriolano*: oye la voz del Indomado Prometeo, oye la voz del Sordo, oye la voz del Sordo! Gira la negra luna de ebonita, sobre sí propia, y canta: Y lo que canta es la Música misma, oh Zumurrud!

22 XI 1956

Ver DOBLE CANCIÓN - SUITE DE LA LUNA NEGRA (en VARIACIONES ALREDEDOR DE NADA - OBRA POÉTICA, Volumen II).

CXIX

Releyendo los clásicos del dislate topé con aquesta nadería bazofial, paradigma de lo inane absoluto, ejemplo de grafómanos —como ciertos que yo conozco—, de escribanos vanos de los que escribimos a la topa-tolondra, sin tener nada qué referir, sin tón ni són ni estribillo ni razón que dar ni mensaje. A como salga y salga de donde saliere: Bien que no ha de ser nada interesantísimo, ni interesante —mondo—, quiero hacer el relato (dice por ahí) de mis últimas andanzas, para regocijo y mofa, o mofa —mondo—, de futuros seres descabalados y excéntricos. Se sabe —de modo seguro y fuente— que no trato de sorprender la buena fe de Don Nadie, el lector, ni de epatar (galleando), como es el uso. Nó que nó. Tal vez por pura manía paradojal, o meramente contradictoria, sincero suelo ser, en ocasiones, y a mi manera, es cierto, pero —al cabo— sincero: que es ya algo en estos días

pésimos del mundo. Y abandoné —hace ya de eso bastante suma de tiempo— mis quehaceres fijos, a soldada, y vivo, ahora, de buena voluntad empecinada, de mis fabulosos ahorrillos, de lo que me producen las pesquerías de perlas de Manaar y el Cabo de la Vela, y los placeres platiníferos del Chocó, y la captación de mariposas de Muzo..., y de lo que me dá la *péñola*: cuando a largas, y por mandato imperativo (y tanto! como que contrarresta mi pereza), escribe, mi *péñola*, mi *pendolón*, aquellas famosas farsas tabarinescas, de tan enorme éxito en las ferias de Ofen, Auzd, Kazan, Nüremberg y Nijni-Novgorod. Porque habrás de saber —si se ignora— que escribe con éxito —mi pluma— y con mil-y-una-nochesco fruto contante, invertible y sonoro. La verdad es que resultó una bondadosa mentira, una benévola calumnia, aquello de que yo hubiese re-encontrado los tesoros de la Isla de Montecristo y los del Capitán Kidd y los de otros bonachones filibusteros, bucaneros, piratas, corsarios y Hermanos de la Costa. La verdad es —además— que no siempre un Birú ni un Catay ni un Eldorado es lo que se me paga por las farsas, tergiversaciones y facecias feriales: maravedises, ases y copekas (nada de óbolos, nequáquam!); certísimo, de adehala, que no todas ellas reciben aceptación del talentoso público, y, sí, cómicos y desdeñosos como divertentes rechazos; y es posible que no extreme la mentira si afirmo —categórico—

que escribe poco, poquísimo —mi pluma—, casi únicamente cuando estoy muy cansado de hacer nada, o de hacer *mi pereza* como dicen. De hacer nada o de no hacer nada (*ad-libitum*). Y resulta útil no ignorar que todo mi tiempo, salvo los cortísimos instantes supradichos, los consagro al suave y acedo cultivo de mi pereza, con notorio perjuicio para la agricultura o el periodismo, la veterinaria (*nova et vétera*) o la burocracia, la estrategia, el apostolado, la castrametación, el tan mentado foro, la manufactura de adocenados y manidos versos *al uso*, o la oratoria vocinglera y mulata —cuanto pobre— por ágoras y plazas, congresos y academias, zocos y cafetines. Suave y acedo cultivo del vagar, suave y acedo, dulcísimo y aspérrimo, delicioso..., y tan horrible como la lectura de una Oda, pindárica o no pindárica. Las horas —mías— felices horas ora y torturantes, pasan lentas y sosegadas, o tumultuosas y acerbas mientras en ellas bordo lindas tapicerías, vagarosos decorados de ensueño, aguafuertes de espanto y de locura, juegos de invención y fantasía. Farsas, tergiversaciones y facecias feriales. Juegos de invención y fantasía. Sonatas melancólicas, lancinantes; lunáticos idilios, idilios langorosos, morbosos dúos de alcoba; tragedias shakespereanas, de pesadilla y de horror..., o —mondo— vaguedad, inconsciencia, grises neblinas, densas brumas de adormecida nonchalanza, humaradas de oriental

cigarrillo, azúreas...—. Arrullo de obscuras músicas del Norte, luz abismal de músicas esclavas, cascabeleo de meridionales músicas, sopor de las incensarias danzas moriscas, egipcias y arabescas; filtros de enervación y de éxtasis de las danzas hindúes y niponas...

Larga enumeración. Evidente. Asaz notorio. Pero así ha dado en escribir mi pluma —mi penna— mi pendolón. Y básicas no son, y esenciales virtudes de la pereza, la lentitud, la nimiedad, la imprecisión vacilante, el ir y venir?... Y yo suelo ser —también— lógico, a las veces: singularmente cuando la lógica concuerda con la real gana de mi capricho, de mi capricho del momento, de mi capricho de turno...

Después de tanta palabrería, oh Zumurrud! advierto que no he iniciado el recuento de mis andanzas y aventuras: lo cual —conjeturo— no ha de torcer el curso de los astros... Lección de nada. De nada de nada. De nada en dos platos no. De nada es una dorada vajilla completa...

Y ahora se continúa. Y ogaño como antaño. En la stela, en el retiro, también continúa el recoleto bajo el kolpák de piel de oso adulto; también bajo el Signo de Leo y ante la efigie de Musorgski pintada por Répin. Alejado el recoleto ahora de la influencia

patente del Signo de Saturno gracias a las de la huésped, la donina del signo del lucero tallado en el capitel, corona de la mirífica columna.

Bajo el Signo de Leo, la sirena, entonces, también. Y canta ahora, gorjea, modula, si, la Sirena. Y lo que canta —sabédlo— es el novísimo CICLO DE LIEDER (texto de Bogislao, música de Beremundo, revisados, texto y música por el capelmaestre Claudio Monteflavo, que tanto sabe de lo uno como de lo otro: mucho, poco o nada, a elegir). Texto de Bogislao, música de Beremundo, supervisión de Claudio: con lo cual todo queda dicho, si para bien, si para mal, si para peor. Para mi tengo que el ciclo de lieder es de valor discutible: los poemillas... psit. La musiquilla... psit. Pero bellísima es la voz de la que el bienhadado ciclo canta. Bella la voz. Bella Ella. Ya a ello se volverá en su momento. Al ciclo ha de tornarse con desprevenido criterio, ponderación, ecuanimidad: Bogislao y Beremundo, sus fautores, y el supervisor, solicitan el juicio de los doctos doctorados y de los indoctos pero sagaces no acartonados.

Por ahora se informa a la mesa directora de la Cofradía, que el balance de la semana que hoy culmina demuestra como, si es evidente que algo va de Pedro a Pedro, también lo es —y de evidencia suma— que algo asimismo va de jueves a jueves. Algo va

o algo viene o adviene. Y en realidad algo advino, algo vino fastuoso de las goteras de Ofir, de Golconda, de Jauja y de Serendib, y lo que adviniera lo trajo consigo la mismísima soberana de los susodichos fabulosos reinos, lo trajo la belkisiana y makedina mandamás de todos ellos y otros y de Saba también y de sus penínsulas e ínsulas y piélagos y archipiélagos subvasallos y con la marca de su feudo. Lo que así vino y que ella trajo y no a guisa de tributo, que es a ella a quien ha de rendírsele y a quien se le rinde, y lo rinde —en el caso— sí el vetusto Salomón de davidiana estirpe real, si el añejo Solimán de davídica progenie poética. A ella el tributo, el loor y el homenaje y las parias, a ella, a la dona peregrina. Lo trajo a manera de presentalla, de don gracioso inter pares. Siendo ella simpar por lo óptimo y el viejo optimate Solimán simpar por lo repeor. No en sentido totalmente peyorativo a questo. Par simpar de sim pares entonces y sin nones, para no discutir. Vino la Soberana, de mi feudo también dueño y señora, huésped de la bicoca, del castillo de Viento y de Ficciones, castellana.

Beremundo lee ahora al poeta Hernando Domínguez Camargo: *De rosado cristal brazo desnudo, tejiendo el aire al otro se eslabona, y de la más pesada el pie más rudo, que en la anudada se giró corona, (sin violarla en un hilo) correr pudo en la que Aragnes vidriosa zona al viento implica, sin que el viento pueda sentir el laberinto en que la enreda. Perlas sudara el aquilón*

más seco, con las que lame el céfiro en la frente, de la que haciendo a la pizarra eco al aire se ha librado diligente; en la mano responde el marfil hueco, y el pié las leyes de los golpes siente tan leve, que la hierba a quien no humilla, piensa que el viento se calzó jerguilla. Ni el oro fuera oro en su cabello, ni el nácar fuera nácar en su frente, ni en cada hoja de su labio bello sueldo el rubí tirara de luciente: la nieve le tiznára el blanco cuello, la perla le manchara el neto diente, su mejilla la rosa obscureciera, y a su carne la pluma endureciera. Si hay Fénix en la Arabia de lo hermoso, o ella lo cifra, o lo duplica ella: si pavón en la América ostentoso, todos sus ojos en sus ojos sella: si cisne en ias espumas endechoso, ateza en su candor su pluma bella, si lilio entre la nieve ha habido cano, negra violeta lo tiñó su mano. Si un arco ilustra el brazo de Cupido, habráse en sus dos cejas duplicado, y en sus pechos de plata dividido; si más de un Potosí se hubiere hallado; si Ponto de sirenas dulce ha habido, al de su boca estrecho habrá llegado: si cuna tiene el sol, urna la estrella, será el hoyuelo de su barba bella. Oficina la mar su breve boca, consagrará del ámbar, cuyo aliento, en diente y diente, como en roca y roca, por adobarse le inculcara el viento: pues su fragancia articulada aboca de matutinas aves el acento; que en lo que exhala el labio, en lo que dora el cabello, la juran por su aurora. Aquesta bella, pues, si populosa metrópoli real de la hermosura, galera era de Julio cariñosa, donde en cadena dulcemente dura, su planta se implicaba silenciosa; cuando la cuerda de Cupido impura, su espalda hiriendo, al brazo vinculaba por remos los arpones de su aljaba.

Mientras leía Beremundo octavas del poeta Domínguez Camargo, otros tarambanas de la Cofradía regresaban a sus casetas de invierno tras de vana excursión por la manigua en busca de aves raras así mismo gongorinas como los papemores y bulbules darianos, y de flores inusitadas también, de exóticas

orquídeas no catalogadas aún, de la folklórica flor de lilolá, de la emblemática flor de lis, y de la flor que, exprimida, suministró el filtro que a Tristan donára Iseo. Y Zumurrud donó a Leo. Esa es la flor innominada, la sola flor y sólo flor: la de la selva paradisiaca. Regresaron sin bulbules y sin papemores y sin ninguna flor. Empero, dieron con ella aquí, donde no la buscaron los pazguatos... Pero es larga esa crónica y se aplaza su continuación.

Y sigue leyendo Beremundo: Calzó silencio el grillo más parlero, vistió sueño la esposa más despierta, giróse mudo el más locuaz madero, la más vocal cadena calló yerta: o bien adunco, o mal torcido acero la dura profanó ilibada puerta: durmió pesado o ya se giró lento, Argos armado el cepo de ojos ciento. Desatado en letargos vino pudo tullirle el sueño a la dormida guarda, las orejas atarle a un mármol rudo, y una piedra a los pies: calzarle tarda: un preso y otro cuyo paso mudo, aún del céfiro blando se acobarda, bebiendo sombras, enfrenando alientos, no pisan tierra, por pisar los vientos. El pesado melón, a quien enjuga sangre de néctar, ya paja dorada; la pasa complicada en mucha ruga, cadáver de la uva preservada; y abierta la real dulce pechuga, pelícano de frutas la granada, que de mudas abejas carmesíes colmena fué süave de rubíes.

Estas y muchas más... Hay qué leer a don Hernando Domínguez Camargo.

29 XI 1956

Hay los siguientes manuscritos fechados el 29 XI 1956:

a) Se continúa bajo el kolpák de piel de oso adulto, bajo el signo de Leo; y ahora alejado del ominoso signo de Saturno gracias a las de la del signo del lucero en el capitel corona de la columna mirífica. Bajo el Signo de Leo la sirena canta ahora, modula: es un ciclo de lieder con letra de Bogislao y música de Beremundo. Con lo cual todo queda dicho, si para bien, si para mal. Bellísima la voz de la que el ciclo canta. Ya se tornará a ello, en su momento. Por ahora, se informa que el Balance de la semana que hoy culmina demuestra que si es evidente que algo va de Pedro a Pedro, también lo es —y de evidencia suma— que algo asimismo va de Jueves a Jueves. Algo va o algo viene o adviene. Y, en realidad algo vino, algo advino de las goteras de Ofir, de Golconda y de Jauja y de Serendib, y traído por la mismísima soberana de los fabulosos susodichos reinos, la belkisiana y makedina mandamás de todos ellos y de Saba también y de sus penínsulas e ínsulas, piélagos y archipiélagos subvasallos y con la marca de su feudo. La que así vino, que ella trajo, y no a guisa de tributo, que es a ella a quien se le rinde y lo rinde —en el caso— si el vetusto Salomón de davidiana estirpe real, si el añejo Solimán de davídica progenie poética. A ella el tributo y el loor, a ella, la dona peregrina. Lo trajo a manera de presentalla, de dón gracioso inter-pares, de par en par a par: siendo ella siempre como óptima y el viejo Solimán optimate simpar. No en sentido peyorativo —par sin par de simpares, entonces— para no discutir. Vino la soberana, de mi feudo también dueña y señora.

b) El balance de la semana nos demuestra que si algo vá de Pedro a Pedro también algo va de jueves a jueves; algo va o algo viene: y, en realidad, algo vino desde Ofir traído por la mismísima soberana del fabuloso reino, Makeda la mandamás también de Saba e ínsulas feudatarias. No a guisa de tributo —que el tributo non diéralo— en el caso el vetusto Soleimán, y a ella, la dona peregrina, sino a manera de presentalla inter-pares, siendo ella simpar como óptima y el viejo Soleimán, simpar en sentido peyorado. Par simpar,

entonces como líneas asintóticas enfrentadas, que crúzanse solo en el infinito, pero que cada vez están más cerca: la una en oblación sobre la otra.

Oro, incienso y mirra. Oro obrizo atizianado, incienso en el propio incensario y asimismo la mirra nada amarga, aromática sí.

Quiero que tornes a mi vera, vera
Ladumila, y te dés y me recibas,
no sólo en el erótico entrevero,
no sólo en calisténica lascivia,
sino en otras gimnasias: toda entera.

Toda entera, tú, mía, y prisionera,
yo tuyo, entre tus brazos prisionero:
toda te dés y todo me recibas,
lastres atrás, adelante fuerzas vivas...

Ver CANCIONCILLA (*Quiero que tornes a mi vera, vera*)
(en POESIA NO INCLUIDA EN VELERO PARADÓJICO - OBRA POÉTICA,
Volumen III).

c) En la estela, en el retiro, continúa el recoleto bajo el kolpák de piel de oso adulto como bajo el Signo de Leo. Otrora el recoleto alejado del ominoso signo de Saturno gracias a las gracias de la del signo del lucero en el capitel, corona de la mirífica columna. Bajo el signo de Leo, la sirena —entonces— canta ahora, gorjea, modula; y lo que canta es el ciclo de lieder (texto de Bogislao, música de Beremundo) con lo cual todo queda dicho, si para bien, si para mal, si para peor. El ciclo de lieder es de valor discutible: los poemillas, pst, la musiquilla, pst. Pero es bellísima la voz de la que el bienhadado ciclo canta. Ya se tornará a ello en su momento. Al ciclo ha de volverse con desprevénido criterio, ponderación

y ecuanimidad: Bogislao y Beremundo sus fautores, solicitan el juicio de los doctos doctores y de los indoctos pero sagaces.

Por ahora, se informa que el balance de la semana que hoy culmina demuestra como si es evidente que algo va de Pedro a Pedro, también.

CXX

Ya de regreso de su rápida excursión por la Marca del Combeima, de sus abluciones en la quebrada de Opia donde —fijo y seguro casi— naufragaron sus espejuelos, como en sus ondas zozobró —zabullendo con él— su horologio de pulso. Ya de regreso, en la noche del lunes vió el sota-bardo anheloso la que vigila sobre el corazón, la que reposa, palpitante, encima del corazón. La vió el peregrino ilusionado, el apasionado peregrino perencejo. En la noche del lunes la vió Zutano, vió la colina con su rosado pico, oh Zumurrud. Pero, mientras se itera y reitera, háse de continuar con la narración en que se empleaban vagares sin oficio, labios y oídos en desempleo.

Como veníase diciendo (por el titular de la Cátedra del Ocio Necio) —en vez anterior— sábese que regresaron también los tarambanas erráticos de la Cofradía, los paniaguados papasales giróvagos, los sosías papavientos circumnautas y los otros yóes

otros, pazguatos viajadores. Y tomaron mohinos, sin bulbules, sin papemores y sin ni el pájaro de fuego que les resultó ser pura música. Volvieron —digo— rostrituertos, y sin ninguna insólita flor y sin la sólita flor doméstica aún. Hato de inanes! Punta de ineptos! Corro de imbeles! Azores y neblíes y alcotanes en decadencia! La flor insólita estaba aquí mesmo (ya dí con ella otra vez): donde no la advirtieron los sin malicia, si la buscaron, o donde no la buscaron los desalumbrados paparotes. Desalumbrados de la Minerva los zonzones, zahoríes a contrapelo, que optaron el vagabundeo por la periferia. Estaba y está aquí la sola flor, oh memos! Que siempre obra a la vera lo que se estima hallarse ex-orbite. Que siempre singla dentro de la órbita lo que en vano persíguese por las más remotas espirales. Por los de Úbeda los tales, por los antecos y periecos y por donde penden de los pies los antípodas. No lo propio que ocurriera a los tarambanas esa vez y las anteriores, que les ocurre y que les habrá de ocurrir si en ello insisten, no lo propio —repito— acaécele a quien —como Zutano, alias Mengano— vive siempre y siempre actúa dentro de sí, recoleto en su diminuto Mundo, en él inmerso, en su mínima orbícula inscrito. Araña, él, no tan laboriosa, y Ulises de la Aragnes penelópica él, mal Odiseo por contera. Araña él, Perencejote, con su red ya tendida desde los de Upa, con su red, tela no atrapa moscas, sino esparavel

incauta óptimas criaturas. Criaturas de las elatas, de las a su ser afines, serafines de sávida realidad corpórea bella: criaturas lautas, sirenas-circes bellas en carnación, bellas en armadura ósea frutecida. Criaturas deleitables como luz y color, como fuego y tibiedad, como exálito aromoso, madoroso, como amoroso relente, como frenético ritmo y sosegado, como cariciosa melodía. Dotadas, además, de espiritual efluvio, de cordiales rogos, sexuales piras y de lumbres sensorias, oh Zumurrud! Aragnes él, no atrapa moscas, atrapa musarañas, sino capta creaturas-musas y aprehende parnásides engendros, cifras del ensueño, emblemáticos símbolos de la fantasía. De creaturas asibles e inasibles. Creaturas en teoría —no teóricas—: de ellas creaturas prometéicas, de ellas pigmaliónicas creaturas, de ellas criaturas pigmeo-leónicas, todellas de similares hechizos, de encantos émulos y de gracias pares y gemelas. Ellas, musas no siempre, ellas no siempre todas piérides, de las darianas, de las tan *musas de carne y hueso*. Mas, si no siempre tan darianas, siempre sí, todas ellas siemprevivas, siempre vivas creaturas del embeleso y del pánico regocijo. Aquéllas y éstas, criaturas y creaturas, vívivas, vivaces, funcionales (y no en funciones trigonométricas). En ejercicio, simultáneamente, o alternando unas y otras, rotativas y no en frecuencia tan espaciada como para que en lapso largo o breve —que es mejor— falte una dellas,

no exista u opere una dellas, no opere ni exista alguna, de unas o de otras o de entrambas especies, a la vera. A la vera y al arrimo y soto el signo joyoso u ominoso de Zutano. El diminuto Mundo, el disminuído Orbículo, el minúsculo ex-Magno Orbe, el Kosmos parvo, son, serían, fueran —así— la aladínea mansión, el habitáculo feérico, el huerto paradisíaco, el vedado coto exclusivo. Y no en el coto posible que sean a empecer ofídicos endriagos ni flamígeras figuraciones angelo-demoníacas, Zumurrud!

No aquellos que a las éncias segundonas, que a los subalternos tarambanas acaeciera, ocúrrele a quien —como Menganejo, alias de Perencejo— apodos del de Marras, vive dentro de sí y en su mínimo feudo inscrito, y en la dulcérriba compañía —espaciada, helás!— de la su huésped, la del lucero frontal, la de los prodigios pares y la del simpar refugio (asilo y ara). Que aqueste Perencejo actúa, dentro de su órbita restricta, con las doninas y las donas del mito, con la dona real, y con sus más o menos imaginarias musas encubridoras y egerias cómplices; quimerillas satélites que coadyuvan en veces y en toda ocasión distraen y entretienen. En ocasiones creaturas y criaturas, unas y otras en una, hechas así la concreción, la flor, el fruto y el símbolo intemporal. Zumurrud así, ahora a la vera, la criatura real y la criatura del ensueño. Hoy y siempre.

Oh Mujer, arcangélico vampiro, demoníaca Ofelia, desdemónica Circe, cándida cervatilla, híspido endriago! Todo lo excelso aroma en tu sollozo y en tu suspiro y en tu sonrisa! Perfuma en tu pasión lo deletéreo y lo inefable, lo joyoso y lo aciago! Tifón de tempestades, siroco de procelas, tornados y simunes, y sosegada brisa cantan en tu pasión, y un trémulo murmurio pulcro balbuce en tu corazón! (como cantaba antaño Beremundo, si es del caso creerle a Apolodoro. O como trovara —antaño— Apolodoro, si ha de prestársele fe a Beremundo) (que ninguno de los dos quiere apechar con la sobre-carga del tal relato apócrifo, que es, en realidad, parte mínima del RELATO DE HARALD EL OBSCURO) y quién es, o quien fue, o quien luzbeles sería Harald el Oscuro? Valdrá la pena de entrar a debatir si Harald era el obscuro o fuera el claro? Quizá tampoco Harald, como nunca el de marras lo fuera, sería un modelo de claridad clásico (de la de Panesso).

Valdrá la pena entrar a discutir en torno a eso de la claridad en la poesía? Claro que no! El RELATO DE HARALD EL OBSCURO es de total claridad. Es casi elemental: Oh playas verdeantes de algas marinas, sobre las guijas de estridente diamante y flavo cobre. Oh piélagos preñados de la cálida voz de las sirenas. Oh piélagos que nutre denso susurro: —trenos de náufragos a la deriva por sus senos procelosos, y que ya dormirán en las ondas serenas. Yo anhele tus ilímites

planicies: hielos glaucos, brumas, nieblas —última Thúle— para ulular mis turbios himnos raucos. Yo soy Harald, soy Harald el Oscuro. Todos los viajes, todos mis viajes, son viajes de regreso. Yo torno ahora, retorno ahora del azur y hacia el azur. Violada luz diaprea sus rútilos zafiros. Voz de sangre sus zafiros denigra. Mas nó otro azur desea mi vagabundo sueño: solo ese azur cebrado de violas, ese azur ocelado de abenuz! Oh piélagos transidos de agorera pavura irremisible. Oh piélagos que asorda gríseo clangor: equale de trombones, en lento ritmo y voz velada, audible sólo para los seres que un Fátum fúnebre señale... Yo anhele tus límites planicies: hielos glaucos, brumas, nieblas, —última Thúle— para ulular mis turbios himnos raucos. Yo soy Harald, soy Harald el Oscuro. — Dancé cantando mi canción acerba. Era el véspero, casi la noche, era el véspero de ceniza. El tardeño cocuyo su luz irradiaba. Su lumbré ingenua mi ingenuo corazón iluminaba. Mas mi espíritu pérfido mi ingenuidad enerva, y en el ingenuo corazón desliza fragante zumo de su ponzoñosa hierba. — Divagar. Divagar por inéditos climas. Metafísicos vórtices. Remansada sapiencia. Júbilo y alborozo sensüales. Ebrias sedes. Acidia muelle. Venus autumnales, ingravidas adolescentes: oh vendimias opimas! Yo soy Harald, soy Lancelot: —blanda sonrisa, corazón perjuro—; yo solo amo tu amor, tu amor áspero y ledó, venenoso y lustral, proclive y puro, pérfido y claro, y abisal y erguido!

Etcétera, etcétera, etcétera. Fárrago? O poesía nova et vétera. *Ad-libitum*.

Fue entonces cuando se agitó la comba noche de oro trémulo, y las densas nubes encegüecieron el prodigio. Se paseaba el viento y en su corcel de resonante casco y entre la sombra pávida soplando ogaño el viejo corno eólico. Cárdenos lampos de estridente lumbré, instantáneo livor regaban por la fusca noche encinta. Hálito de las selvas milenarias, vaharadas del cántico del río, ecos del mar lontano, traía entre sus brazos el viento vagabundo. Bullían en mis

sienes, furia vidente, errátil fantasía musical, dionisiaco alborozo, claridad apolínea, y el Delirio. Y el corazón batía su ritmo matemático y en combustión latente, fríamente. Fríamente?

Quizá sí, quizá no, tal vez, quien sabe.

Luego cantabas con voz de sirena —para mis oídos— la cántiga honda. Lejana, lejana, tu voz me traía el perfume tibio de tu morbidez. Danzaba en mis sienes el febril deseo que ardía en tu boca jugosa y ladina... Y por mis oídos vibraba el lascivo timbre acariciante de tu voz, que el viento —furaz— me vendía, como los olores de tu voluptuosocuerpo estremecido. Todastuspalabraseran aromosas, armoniosas: —nardos, violetas, miosotis, lánguidos laúdes, flautas pasionales—: ¿con ellas venía sabor de tu boca? Luego cantabas con voz de sirena —para mis oídos— cánticos amantes. Mi hastío recóndito, mi señera fuga, turbaron felinas tus manos pequeñas. Mi búdica torre, guarida, covacha, poblaste de ensueños y músicas únicas! Mi búdica stela desértica, sola, llenaste de efluvios de tu sér en áscuas! Por todos los ámbitos de la estancia gélida topaba mi sombra tu cálida sombra...

Etcétera. Etcétera. Etcétera. Musiquilla nova et vetera. Nadería ad pédem létera.

Ya de regreso Bogislao de su fin de semana por los lados de Doima, dedicóse a sus mesteres de rutina. Ocho horas contables para la burocracia. Ocho horas contables para soñar despierto. Cuatro horas para la pesadilla, dormitando. Y el saldo para escribir las TERGIVERSACIONES, los SIGNOS, los FÁRRAGOS

y las VARIACIONES ALREDOR DE NADA y en torno de sí mismo. Oh Zumurrud!

Como una nube, así fué transitorio. Zizz! La gaviota pasó ligera! Se ha confundido con el azur: ¿y a qué seguirla? ¿y a qué más verla? Quedó en los ojos, a jamás presa, su fina sombra contra la luz! Zizz! La gaviota pasó ligera! Como una nube, así fué duradero, como una nube, como una nube al transitorio viento fugaz: Yo lo soñé irrompible! Buen viaje! Abur! (Viajero yo también soy, de sino emigratorio, también yo soy tornátil, de esencia asaz fungible, como la nube que llega y luce y cruza y nada más...). Zizz! La gaviota pasó ligera! Se curva —y así al amor el espíritu hirsuto y el desdeñoso corazón forajido—, se curva a la Alegría mi Tristeza hosca. Y como a la ambiente bullanga el exquisito Silencio. Y como al departir en círculos banales mi Soledad: se curva a la Alegría mi Tristeza hosca y así al Amor el Espíritu hirsuto como el señero corazón forajido. Algo va de lunes a jueves. Todos los viajes, todos mis viajes son viajes de regreso...

6 XII 1956

Ver RELATO DE HARALD EL OSCURO - RELATO DEL SKALDE - FAVILAS (en VARIACIONES ALREDOR DE NADA - OBRA POÉTICA, Volumen II).

Hay los siguientes manuscritos fechados el 6 XII 1956: a) En la noche del lunes vió el poeta anheloso la que vigila encima del corazón, la que reposa, palpitante, sobre el corazón, la vió el peregrino ilusionado, apasionado, ya de regreso de su rápida excursión por la marca del Combeima, de sus abluciones en la quebrada de Opia, donde—fijo—naufragaron sus espejuelos, como en sus ondas sabulló con él su horologio de pulso. En la noche, la vió Zutano, vió la colina con su rosado pico, oh Zumurrud! Pero se ha de continuar la narración en que se empleaban varios sin oficio. Como se venía diciendo por el titular del ocio, en vez anterior, regresaron también los tarambanas erráticos de la Cofradía, los paniaguados papasales, los sosías papavientos y otros yóes pazguatos viajadores. Y tornaron

sin bulbules, sin papemores y sin ni el pájaro de fuego. Volvieron, digo, y sin ninguna insólita flor y sin la sólita flor aún. Hato de inanes! Corro de imbeles! Azores y neblíes en decadencia! La flor insólita estaba aquí mesmo, donde no la buscaron los paparotes desalumbrados de la minerva, zahoríes a contrapelo, que optaron el vagabundeo por la periferia. Estaba y está aquí la sola flor: que siempre obra a la vera lo que se estima hallarse ex-órbita. Que siempre singla entre la órbita lo que en vano persíguese por las remotísimas espirales. Por los de Úbeda los tales, por los antecos y periecos y por donde los antípodas. No lo propio que ocurriera a los tarambanas esa vez, y les ocurre, y les habrá de ocurrir, si en ello insisten, acaécele a quien, —como Zutano, alias Mengano— vive siempre y siempre actúa dentro de sí, recoleto en su diminuto mundo e inmerso en él, en su mínima órbita inscrito. Araña no tan laboriosa, él, y Ulises de la aragnes penelópica él, mal Odiseo. Araña él, Perencejote, con su red ya tendida, tela no atrapa moscas, sino esparavel incauta óptimas criaturas. Criaturas de las elatas, de las a su sér afines, serafines de realidad corpórea bella: criaturas lautas, bellas en carnación, bellas en armadura ósea. Criaturas deleitables como luz, como fuego, como exálito aromoso, como amoroso relente, como frenético ritmo, como cariciosa melodía. Dotas, en más, de espiritual efluvio, de cordiales rogos y de lumbres sensorias, oh Zumurrud! Aragnes él no atrapa moscas, sino capta creaturas y aprehende engendros cifras del ensueño y de la fantasía. De creaturas asibles e inasibles. Creaturas, de ellas prometéicas, de ellas pigmaliónicas, de ellas pigmeoleónicas, todellas de similares hechizos y de gracias pares y gemelas. Ellas, no siempre, ellas, no siempre, todas, de las darianas y tan *musas de carne y hueso*. Mas si no siempre tan darianas, todas ellas sí siempre vivas, siempre vivas creaturas del embeleso y del pánico regocijo. Aquellas y éstas, criaturas o creaturas, vivas, funcionales. En ejercicio, simultáneamente, o alternando unas y otras, y no en frecuencia tan espaciada como para que en lapso largo falte una, no exista alguna, de unas o de otras o de entrambas especies, a la vera y arrimo y bajo el signo del Zutano.

El diminuto Mundo, el minúsculo Orbe, el Cosmos parvo, son —así— la aladínea mansión, el habitáculo feérico, el huerto paradisiaco, el vedado coto exclusivo. Y no en él posible el que empecen ni ofídicos endriagos ni flamígeras encarnaciones ángelo-demoníacas, oh Zumurrud!

No aquello que a los subalternos tarambanas acaeciera, ocúrrele a quien —como Mengano, alias el Perencejo— vive dentro de sí y en su mínimo feudo, y en la dulcísima compañía de la su huésped, la del lucero y los prodigios pares y del simpar asilo. Que Perencejo actúa, dentro de su órbita restricta, con las doninas y las donas reales, musas cómplices, y con su más o menos imaginarias quimerillas satélites que coadyuvan en veces. En ocasiones, unas y otras en una, hechas la concreción, la flor, el fruto y el símbolo intemporal. Zumurrud, ahora a la vera, la criatura real y la creatura de ensueño: Hoy y siempre: Oh Mujer, arcangélico vampiro, demoníaca Ofelia, desdemónica Circe, cándida cervatilla, hispida endriago! Todo lo excelso aroma en tu sollozo y en tu suspiro y en tu sonrisa! Perfuma en tu pasión lo deletéreo y lo inefable, lo joyoso y lo aciago! Tifón de tempestades, siroco de procelas, tornados y simunes, y sosegada brisa cantan en tu pasión: y un trémulo murmurio pulcrob albuces en tu corazón! (Como cantara Beremundo, si es el caso de creérsele a Apolodoro; como trovara Apolodoro, si ha de prestársele fé a Beremundo: que ninguno de los dos quiere apechar con la sobre-carga de tal relato, que es, en realidad, parte mínima del Relato de Harald el Oscuro) Y quién es, o quién fué, o quién sería Harald el Oscuro?

b) Regresaron —se dijo— los tarambanas papasales y pazguatos de la Cofradía, sin bulbules ni papemores y sin ninguna insólita flor. La flor insólita estaba aquí, donde no la buscaron los desalumbrados paparotes. Estaba y está aquí la flor: que siempre está a la vera lo que se estima hallarse ex-órbita. Que siempre anda entre la órbita lo que persíguese por remotísimas espiras. No lo propio que ocúrrele a los tarambanas acaécele a quien, como Zutano, vive siempre

y actúa dentro de sí, en su diminuto mundo inmerso, en su mínima órbita inscrito: araña no tan laboriosa ni tan Penélope. Araña con su red ya tendida no atrapa moscas sino incauta criaturas a su sér afines, de realidad armónica bellísima: en carnación, bellísima, bellísima en armadura ósea; criaturas deleitables como luz y perfume y melodía, dotadas, es más, de espiritual efluvio y fuegos cordiales. Araña no atrapa moscas sino capta criaturas del ensueño y de la fantasía: de ellas prometéticas, de ellas pigmaliónicas o pigmeoleónicas, de similares hechizos si no siempre ni todas siempre tan de las darianas y *musas de carne y hueso*. Si no tan darianas todas siempre si vivas. Vivas simultáneamente criaturas y criaturas o alternándose unas y otras y no tan espaciadamente como para que en lapso largo no exista, de unas o de otras, alguna a la vera del Zutano. El diminuto mundo es habitáculo feérico, huerto paradisíaco, coto vedado. Y no empecen ofídicos endriagos ni encarnaciones angélico-demoníacas. No aquello que acaeciera a los tarambanas, ocurresele a quien —como Zutano (alias de Perencejo)— vive dentro de sí y en aquella dulcísima compañía, y actúa en su mínima órbita, con doninas y donas reales y con imaginarias quimerillas satélites. Zumurrud ahora a la vera, criatura real y criatura de hechizo.

c) En la noche del lunes vió la que vigila encima del corazón, la que reposa sobre el corazón, el peregrino apasionado, de regreso de sus abluciones en la quebrada de Opia y de su rápida excursión por la marca del Combeima. La vió Zutano, la colina, con su rosado pico. Como se venía diciendo en vez pasada, regresaron también los tarambanas de la Cofradía, los papasales, papavientos y pazguatos viajadores, y sin bulbules ni papemores ni el pájaro de fuego y sin ninguna insólita flor y sin la sólita aún. La flor insólita estaba aquí, donde no la buscaron los desalumbrados paparotes en su vagabundeo por la periferia. Estaba y está aquí la sóla flor: que siempre está a la vera lo que se estima hallarse ex-órbita. Que siempre ambula entre la órbita lo que en vano persíguese por remotísimas espirales. No lo propio que ocurriérase a los

tarambanas esa vez y les ocurre y les ocurrirá si en ello insisten, acaécele a quien, como Zutano —alias Mengano— vive siempre y actúa siempre dentro de sí, en su diminuto mundo inmerso, en su mínima órbita inscrito: araña no tan laboriosa y Ulises a la vez de la aragnes penelópica. Araña, Perencejo, con su red ya tendida, tela no atrapa moscas sino red incauta criaturas. Criaturas a su sér afines, serafines de realidad corpórea bella: criaturas bellas en carnación, bellas en armadura ósea; criaturas deleitables como luz, como fuego, como perfume y como melodía. Dotadas, en más, de espiritual efluvio y de rogos y lumbres cordiales y sensorias. Aragnes no atrapa moscas, sino capta creaturas y engendros del ensueño y de la fantasía; creaturas asibles e inasibles: de ellas prometeicas, de ellas pigmaliónicas, de ellas pigmeoleónicas, de hechizos similares y gracias gemelas. Ellas no siempre, ni siempre todas, de las darianas y tan *musas de carne y hueso*. Si no tan darianas, todas ellas siempre si vivas creaturas del embeleso. Aquéllas y éstas, criaturas o creaturas, vivas y simultáneamente o alternándose unas y otras y no tan espaciadamente, como para que en lapso largo no exista, de unas o de otras y de ambas, alguna a la vera y arrimo del Zutano. El diminuto mundo, el minúsculo Orbe son el habitáculo feérico, el huerto paradisíaco, el exclusivo coto vedado. Y no en él, a que empeczan, ofídicos endriagos ni flamígeras encarnaciones angelo-demoníacas. No aquello que a los tarambanas acaeciera, ocurrele a quien —como Mengano (alias de Perencejo)— vive dentro de sí y en su mínimo feudo y en la dulcísima compañía. Que actúa en su órbita restricta con las doninas y las donas reales y con imaginarias quimerillas satélites. Unas y otras en una hechas la concreción, la flor y el fruto. Zumurrud ahora a la vera, criatura real y creatura de ensueño: oh Mujer, arcangélico vampiro, demoníaca Ofelia, cándida cervatilla, hispido endriago! Todo lo excelso aroma en tu sollozo y en tu suspiro y en tu sonrisa! Perfuma en tu pasión lo deletéreo y lo inefable, lo joyoso y lo aciago! Tifón de tempestades y sosegada brisa cantan en tu pasión: y un trémulo murmurio pulcro balbuce en tu corazón! (Como cantára Beremundo, si se le crée a Apolodoro, como trovara

Apolodoro, si fé se presta a Beremundo: que ninguno de los dos quiere cargar con tal Relato que es, en realidad del Relato de Harald el Oscuro).

Y quien sería Harald el Oscuro? Quizá tampoco Harald, como nunca el de marras sería, un modelo de claridad clásica. Valdrá la pena de entrar a debatir eso de la claridad en la poesía.

CXXI

Valga entonces la palinodia, más el pecavit. Valgan otrosí la venia, el pleito homenaje, el zalamalec y el deponer los aceros flexibles ante la diva Cáríte. Y a que de nuevo florezcan mirtos y almendros y azahares, y haya acopio de succulentos frutos, sápidos y aromosos. Por fortuna y para el gaudio también algo va de miércoles a lunes, de la ceniza al áscua latente, del cogitar moroso ensimismado al paladino coloquio. Por fortuna, oh Zumurrud! —y algo viene, que es mejor—. Y así, el lunes de San Melquíades aporté, desde las horas tempranas matutinas, venturanza jubilosa. Llegó el anuncio con el heraldo y por la vía de unos ojos coruscantes que fulgían lientos, transparentando —en su reproche— vívivos anhelos y transmitiendo el olvido magnánimo de insensatas querellas y celos y del agravio sin raíces ni motivación en qué afincarlas. Valió entonces lo dicho. Tenía que valer. Y de lo dicho y tras el entredicho pasemos al capricho. Palinuro el beocio, ex-remero de galera, mora ahora

en el nicho, en la huronera: Lo que en sus lautos ocios desbarahusta Palinuro en vacancia, primero penseroso, cogitante, caviloso, acre —cuando la Cáríte lontana— en soliloquios hamletianos de la conjetura, y —luego— cuando, apeándose de la stela, dále, para entretenerse aún en su hacer nada, por dedicarse a empeños cuasi-literarios, pseudo-poéticos, en plan supuesto dizque de poner en orden lógico el caos auténtico, y en estética forma el bric-a-brac teratológico, quiero decir —a ellas refiérome— las lucubraciones pizpiretas cuanto falenciosas, que engendro son de su lunático magín pimpante, de su caletre saturnino, en su manía tergiversadora ajuglarada. Le dá luego a Palinuro el beocio (aunque fenicio) por ello, después de la cavilación lela. Y ello, todo ello, los engendros, las lucubraciones, no llega a mi conocimiento y a la criba y tamiz que en ello operan, sino después de haber pasado por la crítica zaranda de Beremundo, de Proclo y de Aldecoa, y por el zoilescos arel de Polidoro. Son todos ellos sus más allegados asesores, sus más asiduos consejeros áulicos. Audiente, si espétales el producto de su Minerva a viva voz, o veedores leyentes de lo que vierte su cornucopia, si opta comunicarlo haciéndoselos conocer escrito y haciéndoles admirar —de yapa— la muy bella pastrana de sus manuscritos (Pastrana para él, garrapateo, garabateo, escarabajeo, para mí). Un tanto desbrozado llégame —así— lo que

desbarahusta Palinuro el Fenicio (y beocio) en su vacancia, en el ejercicio de su ocio prolífico, conjugando el farniente forastero con el criollo hacer nada. Cálome entonces las hipotéticas quevedescas antiparras (como que mis físicos espejuelos reales y patentes naufragaron en la Quebrada de Opia que copia el cielo azul y refleja las ceibas y los arrayanes de la riba, y que desalteró la ardida piel de mi propia inopia corpórea con sus linfas, lustrales en más de frescas. Las antiparras metafóricas. O me apercibo de la lupa —también imaginaria— y dóyme a escudriñar en su recóndito sentido y aparente sinsentido, a descifrar los oráculos inanes o trascendentes y los enigmas vacuos o de significado profundo, que pueblan los meandros y recodos del laberinto en que paséanse de brazo sus insanias —la mental y la verbalística—. Empero, adviértese en los últimos destilados de su zacatín, vendimia de su meollo o cholla, salido de los picos de su péñola, un cierto atisbo de cordura relativa, de equilibrio —o de su remedo—. Como no sea que yo también —como Beremundo— me esté contagiando de su mansueta folía, compenetrándome —quizá— de su psicosis, o, talvez, dejándome embelesar (incauto) de los enlabios embaidores que obran en sus patrañas, en su pan-disparatorio desconcertado si armónico. (Armónico dentro de la peculiar armonía suya, ajustada a los propósitos musúrgicos suyos —anárquicos o nihilistas,

según sus cánones y normas, nada dogmáticos, nada cartabónicas, cánones y normas elaborados por su capricho veleidoso en función de su fantasía, o por su fantasía tornátil, operario subalterno del subconsciente —pero no siempre, que no es tan dócil—. Pero no hay nada de eso, meditando un poco más. No existe tal contagio. Libróme dél, desde un ogaño lueñe, la mitridatización, quizá. Libróme dél, talvez, la contra: porque inmunízame la propia mía folía, más aguda que su locura, más notoria que su insania, según cuentan los exégetas dellas entrambas. Folia propia, cuyos síntomas... Dejemos esos síntomas en paz. ¿Para qué hablar ahora déellos, síntomas y sintomillas? También el Martes de San Dámaso de Ampurdán, presentóse propicio asaz, generoso y munífico, cuando el sol corrido un poco ya del zenith, y aunque no viérasele al ex-rubicundo Febo Apolo la faz, velada por las hopalandas de los nubarrones cinéreos, nuncios del vecino chubasco-chaparrón que, a poco, desgalgárase. Breve coloquio, entonces. Breve duetino de laudín agudo y fagot grave, o de mezzo-soprano y bajo cantante mal cantor, o de dulcémiele y retorcido serpentón, o de calandra o alondra alauda y pingüino peripatético. Breve coloquio, entonces, coloquio prologuial o preludio. Breve dúo, prelusión o proemio del GRAN DÚO CONCERTANTE en estudio, programado ya para el día de San Espiridión.

Después, más tarde, al véspero obscuro en lluvia, y del véspero —ya luminoso con su lucero— hasta la hora de la retreta, se continuó en el coloquio y dúo. Ora epigramático el dúo, crucigramático el coloquio, a ratos, luego coloquio y dúo con alusiones interlíneas, otras veces sin el juego de los labios, con el juego de los meros ojos ávidos. Hasta aquí tratóse del más grato de los martes damasenses o damasenos, diva Cáríte, oh Carina! Preludio, proemio, prolusión y antesala prologuial, para abundar en la sinonimia. Retornando a los síntomas de la propia folía —dejados en el aire, en suspenso— puede decirse que no son tales (ni para los indoctos siquiera) sino que son las aprensiones de un otro de los molierescos enfermos imaginarios típicos. De un otro, aprehendido, a su turno, por las zarpas de qué trinca de inválidos complejos de peyoridad y por las fauces de qué trailla de molosos leoncicos balboenses, a la caza de quien —sin serlo— está hecho un basilisco. Basilisco? Pura furia poética la suya, sin ni la mínima peligrosidad: bastaría con no leer sus infundios. Aunque podríase leerlos, a trancos, desde un ángulo de indiferencia o ubicándose el lector en Sirio o en sus antípodas. Así lo hago yo y diviértome —desdoblándome—: si son míos los infundios los analizo, ecuaníme, como ajenos, y los repudio —si es del caso— o los adopto y les impongo mi cifra y mi sello y mi signo y mi cédula. En ello ando

en estas anuas postrimerías, ahora que actúo en ello, que estoy en plan de antólogo, y, detrás de Leo, releo. Releo qué copia de monumentos de la ineptia, de catafalcos, de mausoleos de la inopia propia y de la ajena —relativamente—; de la de los otros-yóes y sosías coadyuvantes.

De éstos, uno es GASPAR llamado el Errabundo, cuyo RELATO QUINTO pasará por el tamiz, y para que pase por el aro, antes se la verá con el arel: Yo soy Gaspar, bufón de la reserva —califiqué servicios—. Poeta no doctor, que tolerancia me licencia —dice—. Bufón en ejercicios —no espirituales— y en ejercicio —de contrabando— ya intermitente. Cabalgo a Clavileño: ¿hay otro potro (yo no lo sé) de los que pastan hierba? Jamelgos otros ví cuya arrogancia los incita a yantar ante manteles y a beber en cristales cuando el sicio...: (que se abrevaban antes en la fuente si desembarazados del cabestro). Cabalgo a Clavileño: el tal Pegaso ya no es de paso, pero ni de trote: de mal montado se volvió de carga. Pegaso, abur! Cabalgo a Clavileño. Gaspar yo soy. Nunca fuí Garcilaso; en jamás fuí Quijote: yo soy Gaspar sin lanza en astillero, sin adarga (nueva ni antigua). Gaspar soy, hijodalgo y valvasor y sin galga —rodada— ni galgo corredor. Gaspar yo soy. Argonauta era ayer desaforado: desaforado viking, por zafíreas inmensidades, —¿las gustáis azúreas? ¿glaucas os petan más? Viking de ancestro pirático. Ibn-Batuta de periplo más o menos jasóneo (la voz jamás atiplo: no para tal idóneo), más o menos jasóneo, cuyo áureo rizo obrizo toisón o el no siempre de öro crespó, muelle vellón, tibio tesoro de Medea, botín (si invaluable) pobre delante a mi aventura maravillosa y lauta codo a codo con Juan de Cipagauta! (Si allí me refería al vellocino de öro (y de Medea) y de Jasón (como trofeo), por el fin la alusión se hace al marino

viaje que fice con el mustio Orfeo de Cipagauta, tañedor de flauta como yo, y, como yo, mayor que feo).

Dice Gaspar: Yo soy Gaspar, bufón de la reserva. Y en mi mester de juglaría —que ya va largo— nada tuve que ver con la caterva, ni con tribus ni trincas ni morrallas; que discurrí, seño, tras de la sombra mía, sonriente a las veces, pocas otras amargo, si casi siempre taciturno —lejos del alborozo, del regocijo y de la algarabía mesnaderos—: taciturno si diurno, taciturno hacia el véspero, taciturno otra vez cuando nocturno y hacia el amanecer... Naciera bajo el signo de Saturno? Qué lo voy a saber... ¡Sábelo Alah! (No curo de sabello ni me importa ignorarlo). Como decía Palamedes: *Muy más sabédes por lo que atán bien ignorades que menos ignorades por lo que mal sabédes, Palamedes*. Palamedes! Ese sí que era un gallo! Y cómo me tomaba del cabello! —que yo le tuve —y rubio— cuando mis mocedades— (*Mocedades del Cid* decía Palamedes). Yo soy Gaspar, poeta no de turno sino poeta permanente —para mi— si con poco intercadente, y, con mucho, descalzo de coturno, de pie a tierra. De pie en tierra, Gaspar. Y en mi mester de juglaría de seguir he, moviendo a incruenta guerra, como don Palmerín de Inglaterra, como Amadís de Gaula, como Aristodemón de Bobería, y como tanta birria y tanto y tanto maula (si no se me aprisiona en férrea jaula). Premonición: ni de hierro, ni jaula: sótano de cemento! (y esto será para otra historia u otro cuento).

Mis labores de antólogo continuarán por lunas y lúnulas pero no de seguido, que ha de atenderse también, y simultáneamente, al juego del garrapateo para meter y tirar palabras en el scrabble, mientras tanto. Y hay qué atender al dúo concertante y a la sonata dúo y al ciclo de Lieder para el SEXTO

MAMOTRETO. Y al escribir las memorias póstumas de Bogislao y al aderezarle las memorias suyas al amnésico Beremundo de la Tracamundana. Tal ajetreo quien aguántalo? Labor tamaña quien afronta? Ya se sabrá, a su tiempo. Nichegó! Tanto monta! Y el ajetreo? Aguántalo o no aguántalo?

La de anoche fue otra noche de Tántalo... si muy rica en augurios, murmurios entre líneas: vendrán las noches aladíneas y los vésperos (de Aladino, también) y los crepúsculos antelucanos... ¡oh Tantálica!

De seguir hé pugnando con las nébulas —bodlereano—, bebiendo tifones o simunes. De seguir hé tras las fábulas y los mitos y fantastiquerías y ficciones... Yo soy Gaspar, juglar bajo la luna derogada, bajo la noche para siempre abolida, debajo de las constelaciones venidas a poco. Yo soy Gaspar, oh testas berroqueñas! Dejando a un lado esdrújulos o esdrújulas cambio de rumbo al consultar mis brújulas. (Brújulas: brujas pequeñas) (por más señas).

13 XII 1956

Ver RELATO QUINTO DE GASPAR (en FÁRRAGO - OBRA POÉTICA, Volumen II).

CXXII

En los dos heptémeros de ausencia se descansó en cuanto al verbeo de una vez a la semana; cuya fecha —la del verbeo— saturóse de éxtasis y de melodía, así como las fechas subsiguientes, de cumplido alborozo jubilante. Oh gaudio! y así las precedentes.

No todo ha de ser ominoso y aciago y adverso ni indiferente, cotidiano e insignificante en su plitud vegetativa. Se descansó en el verbeo de espetar y echar al aire público y se laboró en la cosa poética y en la musical y en las zonas del ensueño función de la realidad y de la real función del lauto ensueño encarnado: y en las MEMORIAS PÓSTUMAS de Bogislao también se laboró, si indirectamente, como pasa a saberse: no se tenían metidas en olvido total las tan trascendentes, como básicas y fundamentales, MEMORIAS PÓSTUMAS de Bogislao (el amnésico segundo, que Erik Satie ya tenía pergeñadas las suyas, las MEMORIAS DE UN AMNÉSICO, cuando nuestro sujeto ni gateaba ni garabateaba aún menos). Mejor amnésico sí, Bogislao, como que sus presuntas MEMORIAS ni las escribe él mismo ni las dicta siquiera, sino que son obra hecha, al sabor y talante, por cualquiera de sus negros paniaguados literarios o de sus amanuenses y escribas de turno, documentándose sus fautores —dicen— en sus engendros poéticos y antipoéticos. Con mayor frecuencia, sus MEMORIAS son obra del tarambana de Beremundo de la Tracamundana, señor del Ocio, en vacaciones vitalicias y el más desocupado de todos los societarios del farniente, de los serapiones de la acinesia, de los espiridiones del búdico éxtasis contemplativo y de la elación en su forma nirvánica. No se tenían en olvido las MEMORIAS, pero si es cierto

que transitoriamente se habían dejado de mano para atender a otros mesteres y menesteres de menor cuantía si de mayor predicamento ocasional, o para obtemperar a imperativos mandatos de índoles diversas, que le corresponde cumplir a Beremundo secundado por la cáfila y trailla de los escribanos susodichos. —Gentecilla subalterna, por lo demás, muy de pie a tierra y sin posibilidad de vuelo—. Ahora sí habrá que volver a la faena memorializante, así sea encomendándola al memoriógrafo interino y primer suplente ad-hoc: a Meser Claudio Monteflavo, el conocido kapelmaestre en receso y desuetud y el celeberrimo madrigalista monteverdiano en licencia absoluta por obsoleto, y quien entretiene su hacer nada urdiendo naderías *como quien no quiere la cosa* —entre comillas—. Se ignora quién acuño la frase la vez primera: talvez fuera El Tostado si no Lope de Vega y Carpio; quizá alguno de sus epígonos; acaso algotro de sus discípulos imitadores. Precísenlo -si es del caso- las orondas Academias o los oficiosos sin oficio, que proliferan, pululan, redundan y superabundan y que en tales labores se complacen. Meser Claudio Monteflavo kapelmaestre, ahora memoriógrafo sustituto, nos va a narrar *en prosa que vale bien su verso* (transposición aleve subrayada y en itálica o bastardilla), es decir en prosa tan prosaica como su verso (que su especialidad es la música a capella) las truculentas fazañas

de Bogislao, digo las comprendidas entre los años cincuenta y seis y sesenta y tres de la su era arbitraria. Recuérdense que las MEMORIAS PÓSTUMAS PRESUNTAS DE BOGISLAO EL APOCRIFARIO, divídense en trancos, movimientos de sonata, o períodos de siete años cada uno. Actos o entreactos o ciclos también de trescientas sesenta y cinco semanas y pico, cada cual.

Tiénense escritos y revisados y anotados, los primeros cuatro trancos iniciales: lo pertinente hasta el año veintiocho *flat* de su era, o primera época o primer estilo (si se aplica, con desacato mayúsculo —al Sordo— la clasificación de von LENZ BEETHOVEN Y SUS TRES ESTILOS). En las MEMORIAS existe una dilatadísima laguna, y aún lago ingente, que comprende los trancos quinto, sexto y séptimo: época crucial. En apuntes borradores tiénese lo correspondiente al período octavo (del año cuarenta y nueve de su cómputo al año cincuenta y seis) último de la segunda época o segundo estilo (ciclos quinto, sexto, séptimo y octavo): a queste octavo tranco trunco, existe como dijose, depositado en la Biblioteca Neo-Alejandrina de Ebenezer-ben-Platón-ben-Mordecai-el-Alhelí, quien expúrgalo, cotéjalo, glósalo y analízalo en asocio de su docto equipo de exégetas zahoríes. Consideran los más enterados, los más duchos, los de mayor hondura psicológica y de mayor captación de matices y modulaciones en los fenómenos sensorio

-espirituales que la época inscrita en los trancos o ciclos faltantes o en estudio, del quinto al octavo, es de muy delicada expresión escrita, por muy rica en acaecimientos íntimos de los para tenerlos celados, en suma reserva y sigilo: quizá no serán dados a la publicidad los dichos pasos sino hacia las postrimerías del año dos mil ciento treinta y cuatro. Y de los subsiguientes actos, entreactos, heptalogías o como sea, ni se diga: precisamente por tales condiciones los va a aderezar Meser Claudio Monteflavo, cima de la cautela, suma de la discreción, parangón del eufemismo..., fuera de que el tal meser emplea un estilo tan enrevesado y críptico, tan absconto, que nadie va a saber descifrar su enigmático y abstruso galimatías. Sin tomar en cuenta, como detalle adjetivo relativo, la calidad de su grafía ininteligible si las hay o las hubo, a prueba de los más sapientes y sagaces paleógrafos linceos. Por lo que se oye referir en los cenáculos y peñas frecuentados por los del cotarro, parece que ya anda en ello Monteflavo y alguien ha tenido ocasión de ojear y hojear hasta una docena de cuartillas mayores de las MEMORIAS, y ellas referentes a las últimas cinco semanas *en globo* de la Vida de Bogislao (según sus memorias póstumas presuntas aderezadas y puestas en su romance babélico por nuestro citado tantas veces, quídamcete, el ex-madrigalista gesualdino). Quien las hojeó y malojeó transcribela así, esas cuartillas de las MEMORIAS, de

memoria: Aunque es lata verdad que incide, que cae, que incurre, en tales, con cierta frecuencia ondulante, fluctuante, no periódica, ni siempre en forma tan aguda, se suele dar Bogislao, como ahora se dá, a las investigaciones precolombinas, preneogranadinas, a la rebúsqueda y oteo y al acopio y copia de datos referentes a sus ancestrales raíces nortañas, por el lado de los suecos y godos y vándalos, como que desde hace siete lustros viene anunciando la biografía de su bisabuelo el capitán de Estado Mayor Carl Sigismund Fromholdt von Greiff nacido en Abylund en 1793 y muerto en Remedios de Antioquia en 1870. Investiga en la Historia de Suecia y en los archivos existentes en la familia —tan incompletos, helás!— desde la época de Gustavo II Adolfo Wasa, el Grande, hasta Carlos XIII y los primeros siete años del reinado de Carlos Juan, el ex-Gascón jacobino. Entre el Rey de Hielo segador de las mieses papistas con el su falce cesáreo hasta el príncipe galo elegido heredero del duque de Sudermania. Cosa de dos siglos muy más que legendarios, de épica resonancia heroica, durante los cuales aparecen, actúan aquilinos y sumérgense luego soterraños, al són de las fanfarrias Bannér, Torstenson y Wrangel, Cristina, Oxenstjerna, de la Gardie y Carlos Gustavo, el meteórico Carlos XII de Narva, de Pultava, de Bender y de la estepa cosaca, y —harto menores— Gustavo III y Gustavo IV. Protagonista, el penúltimo, del BAILE DE MÁSCARAS —in vivo para difunto

y luego operático y con su nombre en el primer reparto—, y, el último nombrado y cuarto, depuesto el 13 de Marzo de 1809 por una docena larga, de trece o de catorce conjurados nobles suecos, entre ellos nuestro Johan Ludvic Bogislaus, quien lo apresó —der Köninggreiffen— tras de que el ya ex-Rey lo hiriese.

Ha abandonado, entonces, Bogislao el menor, la flüente elaboración intensiva de poemillas, de canzonetas, de tensones y serventesios, de layes, virolayes y dezires, de somníferos relatos-rios y de Variaciones hasta el infinito —como siempre Alredor de Nada en abstracto —ni en concreto— o en torno a las míticas sirenas o a las reales donas miríficas. Ahora se sabe que de sus diez y seis horas libres, dedica Bogislao cuatro —teóricas— a la Biografía dicha del señor Capitán; tres al pergeño de los poemillas; cuatro al sueño ensueño aladíneo real que los inspira; y las cinco restantes al velar vagueando, al escrablear, al dormitar creativo infra-consciente; luego al dormir plúmbeo; todo ello entre lecturas, rituales libaciones nectáreas, tal cual pasa-boca, tal cual visión memorable si tantálica, tal cual suntuoso acto, y —como fondo ambiente— las audiciones de las músicas —grabadas en la luna negra de ebonita o engendradas en la su propia diminuta caracola craneana. Caracola sonante, cámara resonora en la

que juega el minúsculo cuarteto de cuerdas locas (el mismo que se embarulla, como antaño se embarulló) en ése cáos mínimo abracadabrante donde se anudan serpentinos sus sesos posesos. Las míticas Circes y Calypsos de Odiseo, las mitológicas sirenas embaidoras ulisidas y las reales donas y las patentes féminas ninfas silvanas bogisláicas, hora son una única elata Dea. La Dea del lucero burilado, del alzado proel melado, del otro par simpar, pentélico, de la lucerna ilusionada y de la Isla del Tesoro, nemorosa, circuída por el mar de los jazmines sonrosados y de las dahlias y camelias nacarinas, odoriferantes... El sortílego mar tibio... Bogislao...

Como es obvio, Bogislao anda ahora hecho tarumba, tarumba en grado máximo —oh Zumurrud!—: Ciertó que hecho tarumba anduvo siempre, aunque no tanto como ogaño —conceptúa, enfático, Claudio Monteflavo, su memoriógrafo sustituto. Hecho tarumba —explica— en cuanto poeta hadado: porque como unidad lata, integrante de la amorfa masa citadina, del amorfo conglomerado distrital —nunca sale de la Urbe ni regresa de los de Úbeda— es Bogislao de lo más adocenado, de lo más discreto, de lo más ene-ene. No se le vé por las rúas ni estradas, porque, o está en su cubil o en la bicoca, (allá disparatando —de soliloquio en soliloquio—

a toca-teja o por cuotas —si su otro-yo le concede crédito— y sin tón ni són —por tácito—), acá, devanando su sueño ensueño; o porque ambula aéreo, exactamente a quince codos de los transeúntes sobre el pavimento: y no se le vé entonces: que no lo permite la neblina. O porque si no está ni en el cubil ni en las rúas o estradas: entonces nada importa, a nadie más importa donde esté.

Vago otra vez por medio a las neblinas como antaño vagué por las azules ondas, entre gorjeos de bulbules, tras peregrinas donas y doninas: ogaño de tí en pos, de labios gules...

(Cantaba así Mengano Peranzules, señor de la Nonada y las pamplinas).

27 XII 1956

Ver CACIONCILLA (*Vago otra vez por medio a las neblinas*) (en *VELERO PARADÓJICO - OBRA POÉTICA*, Volumen III).

Índice general

Poesía

VOLUMEN I

TERGIVERSACIONES
Y POESÍA. ESCRITA ENTRE 1912 Y 1924

LIBRO DE SIGNOS
Y POESÍA. ESCRITA ENTRE 1925 Y 1930

VOLUMEN II

VARIACIONES
ALREDOR DE NADA
Y POESÍA ESCRITA ENTRE 1930 Y 1936

FÁRRAGO
Y POESÍA ESCRITA ENTRE 1937 Y 1954

VOLUMEN III

VELERO PARADÓJICO
Y POESÍA ESCRITA ENTRE 1954 Y 1957

NOVA ET VETERA
Y POESÍA ESCRITA ENTRE 1957 Y 1972
POESÍA NO FECHADA O INCONCLUSA

Índice general

Prosa

VOLUMEN I

PROSAS DE GASPAR
(CUARTO MAMOTRETO)

PROSAS DE GASPAR
(SEGUNDA ÉPOCA)

EXTRAVAGANCIA Y CAPRICHIO

COLUMNA DE LEO

LA COLUMNA DE LEO

COLUMNILLA DE LEO

BÁRBARA CHARANGA - BAJO EL SIGNO DE LEO
(SEXTO MAMOTRETO)

VOLUMEN II

BAJO EL SIGNO DE LEO

VOLUMEN III

ESCRITOS SOBRE MUSICA

CORREO DE ESTOCOLMO

VOLUMEN IV

ALGUNAS CARTAS ENVIADAS

VARIA

TRADUCCIONES

Obras Escogidas

Esta primera edición de *León de Greiff Prosa Volumen II, Tomo 1* se publicó en la ciudad de Bogotá en el mes de abril del año MMXXVI.

Para la edición de las obras que integran la Colección Obras Escogidas se usó la familia tipográfica Ancizar, en su variante Serif a 10,5/13 puntos.

La Colección Obras Escogidas, dirigida por la Rectoría de la Universidad Nacional de Colombia, es un proyecto editorial que se enmarca en la celebración del sesquicentenario de la fundación de la Institución, que tuvo lugar en 2017. En esta colección se reúne una amplia selección de textos de intelectuales de la Universidad que han sido fundamentales para su desarrollo histórico y que, además, han ejercido gran influencia en la construcción de nuestra nación.

Esta versión digital, en acceso abierto, de la *Obra completa* de León de Greiff, poesía y prosa, hace parte de la apuesta de la Editorial Universidad Nacional de Colombia por la democratización del conocimiento, con lo cual se abre la puerta a lectores y lectoras de todo el mundo para que conozcan la obra de uno de los escritores más prolíficos y originales de la literatura colombiana. A medio siglo del fallecimiento de León Greiff, se presenta al público una nueva edición, revisada y corregida, de los diez volúmenes que conforman el corpus de su *opera omnia*.

